FRANCISCO NARLA

BALVANERA

LA PUTA BEATA, EL FRAILE DESCREÍDO,
EL INDIO COJO Y EL HIDEPUTA HONRADO

Lectulandia

Su madre era puta. Su padre, inglés. No tenía apellido cuando el apellido era lo único que espantaba el hambre. Aún así, iluso, Camacho se empeñó en ganarse el pan con el único mérito de ser honrado, y todo se fue al carajo.

A la fuerza ahorcan.

Una puta beata, un indio mudo, un fraile descreído y ese hideputa honrado intentarán robar el mayor cargamento de la historia de la flota de indias.

Al otro lado de la mar océana, en aquella Nueva España de un imperio donde no se pone el sol, en un Yucatán donde la lluvia tropical borraba las misericordias, las bodegas de la Balvanera se estaban llenando con la mercancía más valiosa de su tiempo: el palo de tinte. Y, mientras, la parca buscaba cobrarse sus deudas…

Francisco Narla

Balvanera

LA PUTA BEATA, EL FRAILE DESCREÍDO, EL INDIO COJO Y EL HIDEPUTA HONRADO

ePub r1.0
Titivillus 15-11-2022

Título original: *Balvanera*
Francisco Narla, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Lector, librero, periodista, editor… Nunca me cansaré de repetirlo, gracias. Gracias una vez más por darles una oportunidad a mis cuentos, espero no defraudaros.

Para Enriqueta, la niña a la que le gusta caminar en el agua, hablar con los bonsáis y hacerse la manicura con una banqueta. Bienvenida.

Y para Poe, que ronroneaba corrigiendo borradores. Gracias, querido amigo, ojalá caces muchos pajarillos en los bosques del norte.

Durante el siglo XVI, las casas reales, los nobles, los más ricos comerciantes del viejo continente vestían de negro.

De todas las mercancías que llegaban desde las Indias, la más valiosa, la más codiciada, era el palo de tinte.

Mi madre era puta.

Mi padre, inglés.

A punto estuve de quedarme sin padrino.

No había cristiano que se ofreciese. Con el agua bendecida, se brindó un trujillano que bebía los vientos por mi madre; un segundón al que se comieron los tiburones en el canal de la Mona cuando naufragó su tartana. Lo único que no se tragaron los bichos fue su nombre; ese me lo dejó a mí: Isidoro Bernal María de la Santísima Merced de la Visitación y Brochero.

Mi madre quiso darme con la seguidilla lo que no tenía por linaje, pero sirvió de poco. De nada, más bien.

De crío fui «el chico de la Camacha» y, con los años, por más que porfié en contra, Camacho.

La verdad es testaruda.

Mi padre navegaba con ese par de bellacos de Juan Achines y Francisco Draque. Fue uno de los que atacaron San Juan de Ulúa. Y también uno de los que huyó como una rata cuando los cañones del capitán Luján escupieron fuego.

Y mi madre… Mi madre no tenía otra herencia que la escondida bajo la falda.

Había abandonado tierra de Plasencia al descubrirle un amorío con un novicio del monasterio de Guadalupe. La vergüenza espoleó sus ansias de cruzar la mar océana. Nunca hablaba de su vida antes de embarcar.

A la pobre la desbarató la golpiza de un cabrón con pintas, un boquifino con agarraderas en la Audiencia de los Confines. Lo que pasó en Yucatán, en Yucatán se olvidó. Ni siquiera multa pagó.

Me quedé solo, con mi nacimiento por condena. Ni hijodalgo ni gentilhombre. Ni tierras ni cargo del que mamar. Ni sangre de cristiano viejo ni título ni ditado. Ni siquiera podía presumir de no tener raza de judío. Menos aún de moro.

Me sobraban nombres y me faltaba pan. Mi único patrimonio era el hambre.

Podía haber pedido limosna, pero el orgullo me cerraba la mano. Y, por puta que fuera, siempre he creído que mi madre deseaba algo de más enjundia para mí.

No quería ser el hijo de la Camacha. Quería ser el señor Bernal.

Intenté labrarme una reputación limpia como confesión de fraile. Me ofrecí de recadero, de mozo o de mulero. Acarreé piedras, cargué con los estibadores, cepillé tablones en las atarazanas. Por un real. O por la comida.

Al cabo, la fortuna, que es la más puta de las putas, me sonrió con un requiebro: le salvé el pellejo a un piloto gallego al que las deudas de naipes habían metido en aprietos.

Yo buscaba algo que echar al gaznate entre los desperdicios de El lagarto cuando apareció un matasietes de chambergo roñoso para meterle el palmo de una vizcaína por la riñonada. Grité, y el fulano se evitó visitar los infiernos. Y me tomó como grumete.

Los que tienen posibles buscan recado de escribir y dejan últimas voluntades. Yo me sorbí los mocos, aprendí a rezar el paternóster y me encomendé a los tres dedos de grueso de la tablazón de *Nuestra Señora del Rosario*.

Ni derecho a cofre que dejar en cubierta tenía. Y cada noche me ataba el calzón con siete nudos, para que no me encularan los desviados.

Me acostumbré a ablandar en vino el bizcocho infestado de gorgojos, a roer el pan de cazabe, al hedor de las sentinas, a la picazón del vinagre cuando se baldeaba. No me acostumbré jamás a la sed. Aún hoy, a veces me asalta un regüeldo con el sabor de aquella agua corrompida en el fondo de los toneles que, apenas zarpados, no podía beberse sin enredar el triperío.

Aprendí a cumplir y a obedecer. Aprendí las cuatro reglas, a escribir de ocho renglones, a contar para las guardias, a hacer los nudos de los aparejos. Y también aprendí de las mercaderías en bodega. Los vicios y virtudes de la grana cochinilla, la cera, el nopal, los cueros, la miel y cuanto se llevaba a La Habana para la partida de la flota.

Para cuando me afeitaba, entré de aprendiz en el almacén de un mercader que hacía fortuna con el palo de tinte.

Y me descorné por hacer las cosas como era debido. Iba a misa los días de Nuestro Señor, guardaba la cuaresma. Hasta inclinaba la cabeza cuando pasaba algún jerónimo murmurando jaculatorias. Y jamás robé. Ni una blanca. Nunca.

Poco importó. Todo se fue al carajo.

Desde el día que me parieron tenía andado el camino, y poco podía hacer por apartarme. Al final, cuajó lo que tenía que cuajar. Una vida entera lustrando reputación quedó ahogada en agua de borrajas.

La primera piedra cayó al volver a los almacenes con el último cargamento. De ahí en adelante rodé cuesta abajo.

Ahora echo reojos por encima del hombro, igual que Guillermo, el de Orange. Ese hereje no dobla esquina sin mirar si le espera la boca de una pistola. Hasta dicen que duerme con sus perros.

Y yo voy con el corazón en un puño, temiendo que en cualquier callejón aparezca una toledana que me eche el bofe al aire.

Ahora, la única familia que he tenido podría estar muerta. Ahora, no sé qué ha sido de ella.

Eso sí, mi nombre, entero, de la primera a la última letra, se conoce de la especiería a las Indias. Hasta en la corte.

Y mi madre no estaría orgullosa.

El mismísimo rey Felipe ha puesto precio a mi cabeza.

«Y demás de esto, pondérenlo y piénsenlo bien los curiosos lectores…».

Bernal Díaz del Castillo,
Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España

Decía que había sufrido en San Quintín de tambor. Presumía de haber descabellado a más flamencos que el Tercio de Saboya. Contaba que había formado de piquero, primero, y de arcabucero después. Y también se jactaba de que, cuando pidió licencia, mandaba de alférez.

Eso decía él. Y otros lo desmentían, aunque nadie tenía el cuajo de echárselo en cara.

No decía, sin embargo, sus razones para cruzar la mar océana. Y menos aún cómo un respetable oficial, con su banda, su paga y su patente firmada, había acabado de cazador de esclavos.

Así se ganaba el pan hasta que Melchor de Mora e Hijuelo lo contrató para escoltar sus envíos. Y todos sabían que no lo había elegido por las buenas referencias, sino por las malas.

Pese a los calores, sabedor del polvo que levantaba, vestía coleto recio, de los que alivian cuchilladas traperas. Lo cruzaba con una canana donde colgaba una ristra de petaquillas, cebada cada una de ellas con la pólvora para un disparo. Y en la muñeca llevaba siempre enrollados dos palmos de mecha.

A Damián de Roa bastaba echarle un vistazo cansado para no dudarle las intenciones. Y nunca parecían buenas.

Allí, comido por la espesa jungla, con sus ropas de soldado gastado, tenía algo de aparición salida de cuento de viejas. Bajo el mostacho asomaba un colmillo retorcido y en los labios, una sonrisa revenida. En la mano, un sable de batalla. Al cinto, la quitapenas, lista para descerrajar plomo. En el pecho, la guerra y, a los pies, un indio que se agarraba la riñonada con manos ensangrentadas.

El herido suplicaba por su vida. Farfullaba, misturando su lengua con algo en cristiano. Y Roa no le prestaba atención; miraba ceñudo en derredor.

La bronca no había terminado. La jungla se agitaba con escándalo. Desquiciados, los micos brincaban de rama en rama. Los tucanes y las lorillas graznaban. Cargadas a más no poder, las más de cincuenta mulas, con los ojos espantados, resoplaban, pugnaban por alejarse de la muerte que olían por doquier.

Pero la mano firme de los hombres de Roa no daba tregua a las bridas. La partida de ocho traía el último cargamento de la temporada. Y la ruta, costeando desde los bosques de Río Lagartos hasta la villa de Campeche, era una tentación para quienes aún tenían fuerzas para rebelarse contra Castilla. Testarudos, los indios no se convencían de que sus mazas y cuchillos de negra piedra poco podían contra el acero toledano.

Camacho llegó a tiempo de ver cómo Roa rajaba el gaznate del indio a sus pies. Y todo el alivio de encontrarse con la partida se desvaneció.

—Echa una mano, pisaverdes. ¡Haz algo útil! Ayuda a asentar a las mulas —espetó el soldado al verlo allí plantado—. Y vosotros dos —gritó volviéndose hacia un par de hermanos gaditanos que siempre se acababan el uno al otro las frases—, salid tras el que marchó corriendo; aún está a tiro de mosquete.

Y se echaron a la selva. El resto de la partida se afanó: había que degollar una mula con la pata quebrada, repartir la carga entre las demás, rematar al resto de los indios y, lo más importante, ponerse en marcha cuanto antes. En la jungla merodeaban más que indios. También negros cimarrones, gente de la competencia y, si picaba la avaricia, incluso piratas dispuestos a jugársela en tierra.

Tras mirar compungido los cadáveres, haciendo de tripas corazón, Camacho cerró bajo llave el espanto de la carnicería.

Tenían prisa.

—A de Mora se le antojaba que tardabais y me mandó venir…

Un chistar lleno de desdén lo interrumpió:

—A de Mora se le antoja lo que no tiene ni repajolera idea —tascó Roa—. Ya advertí yo que estos condenados —enfatizó sus palabras sacudiendo un puntapié al cadáver— andan levantiscos. Saben que se zarpará pronto y, para colmo, los herejes comeboñigas de los ingleses están a la que salta. Andan ofreciendo baratijas y cascabeles.

A falta de plumas, el único ornamento del sombrero era un cerco de sudor; bajo el ala chafada por el bochorno, los ojos de Roa relampaguearon.

—Esos protestantes de mierda compran lo robado y tienen el cuajo de contrabandear bajo nuestras propias narices… ¡Ingleses! En la picota los ponía yo a todos, ¡empalados como pollos…!

Camacho sintió el rubor correteando por sus mejillas y decidió prestar atención a su propia mula, que piafó nerviosa.

Callaron entonces los monos, y las cabezas de los vivos se volvieron hacia la jungla. Las manos apretaron las empuñaduras. Se espesó el silencio.

Iba a preguntar al soldado, cuando un silbido le dio la respuesta. Haciéndole bailar el flequillo, una flecha pasó a una pulgada de afeitarle las cejas, a dos de negarle las ideas.

—Parece que sigue la juerga —aulló Roa, macabro.

Y el hijo de la Camacha tuvo la certeza de que no era bravuconería. El veterano estaba encantado de dar trabajo al hierro que empuñaba.

Arrepintiéndose de inmediato de no haber ingeniado una excusa para no verse en aquellas, Camacho empezó a retroceder. Había oído las historias. Los rumores corrían, y todos en Campeche, Mérida o Tabasco temían a las partidas de rebeldes. Todavía se recordaba lo que contaran los hombres de Montejo al salir de la selva tras la conquista de aquellas tierras. El horror de los sacrificios seguía murmurándose sobre las copas de vino en las tabernas de Nueva España. Más de un trujillano había muerto viendo cómo, recién arrancado del pecho abierto, su propio corazón dejaba de latir frente a sus ojos en la mano ensangrentada de un pagano con el rostro deforme.

Encarnando esa pesadilla, aquellos demonios salieron de la espesura como una jauría.

Por delante de los más de veinte salvajes venían a toda prisa, trastabillando y maldiciendo, los dos gaditanos. Buscaban el socorro de sus camaradas; pedían cobertura.

Las mulas se espantaron.

Los hombres blasfemaron.

Un portugués, corto de estatura y ancho como un cepo, cayó de pronto al suelo sujetándose el muslo. Entre sus dedos tintos sobresalía el astil de una flecha.

—¡Voto a Cristo! —se oyó.

—¡Capadlos a todos! —gritó Roa por respuesta.

Uno de los indios aulló algo incompresible. Pero los cristianos entendieron sin fraile que tradujese.

—O a cenar con Cristo o a Constantinopla —gritó un guipuzcoano que presumía de haber luchado en el Milanesado y que se manejaba con la ballesta.

Sin tiempo para un tedeum, la batalla se tragó a Camacho. A punto estuvo de cagarse en los calzones; lo suyo eran la escribanía, la tinta y las cuentas del negocio, no jugarse el pellejo para guardar la mercancía.

Uno de los gaditanos, Camacho nunca sabía quién era Antón y cuál era Juan, forcejeaba con uno de los indios. Otro par, un cacereño paticorto y un toledano grande como un buey, se jugaba la vida entre gruñidos. Intentaban

proteger al portugués caído, que maldecía con acento de su tierra y se cagaba en todos los descubrimientos y venturas de las nuevas tierras allende el océano. Allí no había Gran Capitán ni ondeaba la Cruz de San Andrés. La única disciplina la ponía el ansia de mantener el pellejo entero, y cada cual se las apañaba como le cuadraba.

Camacho, horrorizado, seguía reculando.

Un acierto del guipuzcoano le vació el ojo a un indio corto de talla y largo de talle. Cayó como un fardo.

Aquello no eran rumores de taberna. Camacho intentaba apartarse del camino. Refugiarse junto a un árbol, esconderse en la espesura como un conejo.

Pero uno de los mayas lo vio y se echó hacia él. Desnudo a no ser por un taparrabos, tenía el cuerpo cubierto de oscuros tatuajes. En la mano llevaba una tranca como un bate de jugar al mayo, aunque en los bordes, como salvajes puntadas, se incrustaban pedruscos de obsidiana. Pero lo más inquietante eran sus ojos, casi negros; bizcos.

Por fortuna. El último de los hombres de Roa, un jerezano rubicundo que se gastaba cuanto ganaba en vino de su tierra, justo despachó a otro de los indios y se interpuso. Tuvo ocasión el hijo de la Camacha de pensar en cuál sería el precio de las botijas de jerez, deseoso de pagar el favor con una ronda generosa.

Casi respiraba con alivio cuando el asunto se torció. El jerezano se despistó, y el indio se aprovechó. Lo cogió de través tras esquivar un envite.

Se escuchó la blasfemia del cristiano al saberse condenado.

El golpe sonó tal que el tronzarse de una rama. Le dio dentera, y no le llegó la camisa al cuerpo.

El indio no perdió el tiempo. Apoyó el pie sobre el hombro del muerto y tiró hasta sacar aquel extraño mandoble incrustado en la nuca del borrachín. El chasquido al liberarlo resonó con repeluzno. Y se echó a andar hacia Camacho.

La macana bailaba al compás de los pasos. De una de las piedras, tras vacilar un instante, cayó un cacho del jerezano. Tenía pegado un mechón moreno y ensortijado. Quedó allí, reluciente de sangre fresca, en la tierra oscura y pisoteada, a merced de las hormigas.

Tragando con dificultad, miró a todos lados buscando ayuda, pero no había quien echase una mano. Todos estaban ocupados. El tronco de una ceiba le dio en la espalda y, con un vistazo sobre el hombro, comprendió que o se echaba a correr o plantaba cara.

Solo verlo tan cerca le enfrió el espinazo.

De niño le habían apretado la sesera entre tablas. Su calavera deforme se afinaba en la coronilla, donde colgaba una coleta extraña; llevaba parte de la cabeza rapada y el resto de las guedejas, en trenzas, y en los dientes que asomaban unos engarces de jade le descuadraban la boca.

Buscó con qué defenderse.

No lo encontró.

Pese a los muertos bajo el acero toledano, pese a las mañas del guipuzcoano con la ballesta, los indios seguían siendo mayoría, y no había a quien pedir auxilio. El que menos asuntos pendientes tenía luchaba contra dos y esquivaba los envites de un tercero.

Feroz, el indio sonrió revolcando los labios. Levantó el brazo con la macana.

—Perra suerte —gruñó maldiciendo su sino, convencido de que iba a abrirle la crisma.

Aquella mañana, al despertar, todo se había antojado prometedor. Mora estaba por llegar de Mérida; al fin podría hablar con él.

Aquella mañana le había parecido que los esfuerzos de toda una vida iban a dar su recompensa.

Y se había equivocado.

Aquella mañana, había abierto los ojos temprano, como tenía por costumbre. A tiempo de escuchar a las campanas de San Francisco doblar las seis, antes de que el amanecer animase a los gallos a fanfarronear ante las ponedoras.

Y, aplacando los nervios, se había puesto en marcha de inmediato. Mora podía presentarse en el almacén más pronto que tarde, y Camacho quería asegurarse de que el patrón no tuviera quejas.

Sería más fácil convencerlo si estaba contento. Y tenía que convencerlo. Había llegado su oportunidad.

A levante de Campeche, fuera de la villa y lejos de la protección de los tramos amurallados, la casucha no era gran cosa. Un pegote en la montonera de chabolas que conformaban la barriada de Guadalupe: el cuartel pobre del lugar, donde vivían los jornaleros, los indios que habían aceptado las parábolas de Cristo y los que no tenían otro remedio.

Encalada con polvo y hierbajos, era apenas una habitación, una ventana cubierta de entramado de caña y unos cuantos trastos. No daba para más. Camacho llevaba largos años rigiendo su economía con severidad franciscana.

Apenas desperezado, dio cuenta de un desayuno barato. Una fruta local para la que los recién desembarcados eran incapaces de destrabar la lengua. Y con la pitahaya prendida entre los dientes estiró las sábanas de algodón de maguey, bastas pero baratas.

La escasa luz de una vela de sebo alargaba sombras en los trastos: una colección de cubos.

En un aparador desvencijado había también potes de barro, pinzas, removedores, cucharones, saquillos de sal y una tinaja de vinagre para usar como mordiente. Una mesa sin desbastar, un taburete, un cofre desfondado y un catre de marinería era cuanto se veía, aparte de los cacharros de tintorero. Recordaba más al taller de un alquimista que al acomodo de un aspirante a mercader.

Terminando la fruta, Camacho revisó la larga ristra de probaturas.

En las últimas semanas había cambiado proporciones en la receta de la cochinilla, y ahora examinaba el resultado satisfecho. Había conseguido un

vibrante carmesí que haría delicias entre los abolengos de Sevilla.

En otro cubo había metido los rotos de una jaqueta de algodón blanco que había vestido hasta deshilacharse. En el agua, tinta tras una semana de infusión, flotaban trozos del palo.

Para no arruinarse las manos, sacó los trapajos con unas pinzas y, aún chorreando, los colgó pulcramente en un cordel tendido entre dos esquinas. Se habían vuelto negros como ala de cuervo. Un luto riguroso al alcance únicamente de los bolsillos más llenos.

Se le escapó una sacudida del mentón. Negaba, incrédulo, asombrado por los caprichos que se regalaban quienes no conocían el miedo al hambre. Lo que se pagaba en Madrid por un paño tinto de palo servía para vestirse toda una vida si uno se conformaba con el marrón desvaído de la rubia o el gris ceniciento de la cáscara de nuez.

Lo sacó de sus abstracciones el perro de su vecino, que trabajaba de oficial en una tahona. Ladraba, contento de que su amo llegase a casa tras sacar las hornadas del día, y Camacho, con sobresalto, comprendió que se le hacía tarde.

Se le escapó un reniego entre dientes.

A toda prisa, tragó el último pedazo de fruta y se aseó en la palangana. Tomó el blusón, uno de los dos que tenía. Había visto tiempos mejores; estaba raído, sobado en las costuras y cubierto de remiendos, casi tantos como las calzas de lanilla. El jubón, muy al contrario, era una pieza de buena calidad. De los que llamaban de nudillos, con cuello alechugado. Teñido, como no podía ser de otro modo, de lustroso negro. Era lo único allí que no parecía gastado y viejo.

Se ajustó también una golilla sin vueltas y comprobó su aspecto en un espejo de baratillo que tenía en el armario. Se aseguró, pese a las prisas, de que el jubón tapaba las faltas de las calzas y el raído blusón.

El pelo, ceniciento por canas tempraneras, tendía a desordenársele. Mechones revoltosos le cruzaban la frente; enmarcaban el pálido azul de sus ojos, la única herencia que le dejara su padre.

Oyó a su vecino dar los buenos días a la familia y, sin perder tiempo, se acercó al aparador y echó mano de un pote descascarillado. Había dentro migas resecas de viejas tortas de maíz. Sacó un pellizco y lo salpicó por la pechera.

Lo último que hizo antes de salir fue agacharse junto al catre y mover una losa suelta que había debajo. Sacó un cofrecillo con herrajes cubiertos de

cardenillo y lo abrió con un llavín escondido en el armazón del colchoncillo de paja.

Dentro había una montonera de monedas. De varias cecas y distintas añadas, se juntaban allí cuartillos, reales de a dos, de a cuatro, de a ocho; sobre todo plata, aunque también piezas de oro, y también un puñado de escudos y unos pocos medios. Lo que más abundaba eran los duros; algunos brillantes, recién salidos del timbrado en Segovia; otros, roñosos.

Tintinearon entre sus dedos, y Camacho puso cuidado en escoger dos de a cuatro. Los sopesó en la palma de la mano y, mordisqueándose el labio, dudó.

Hizo el gesto y se detuvo. Lo pensó mejor y se arrepintió. Al cabo, devolvió uno de ellos al rebaño y se guardó el otro en la faltriquera. Uno solo.

⁂

Las calles de Campeche lo recibieron despertando.

Amanecía entre ocres y naranjas. El bochorno de la jungla callejeaba por las esquinas buscando acomodo para el día. Los gatos, paseando por los aleros, se recogían después de una noche de ronda y los perros los miraban con suspicacia.

De los puestos callejeros llegaba el olor de brasas cocinando desayunos menos frugales que el suyo. Cerca de su casa se estilaban el nopal asado, el ají y los gusanos de maguey ensartados. Fuera de la barriada, donde las viviendas cobraban altura y lustre, pan de maíz con pavo braseado, más al gusto de los que aún preferían algo que recordase los sabores de Sevilla.

Se cruzó con un zagal que se esforzaba en arrastrar malamente un capazo cargado de arena. Campeche parecía siempre tener algún rincón en el que se estuviera levantando un nuevo edificio y, por supuesto, los trabajos de las defensas no se acababan nunca.

Como todos los días, siguió el entramado de callejuelas hacia el robusto convento de San Francisco y dobló la esquina para atravesar el mercado donde los nativos vendían pescado a los suyos. Caminaba con paso ágil a poniente, hacia el corazón de la villa, preguntándose por enésima vez si el patrón accedería.

Al pie de un murete, una mano abierta enseñaba viejos callos. Un indio, cubierto con un poncho de henequén lleno de lamparones, pedía caridad. Estaba sentado en una enjalma para cargar borricos. Una de sus piernas se había roto tiempo atrás, y el cirujano había hecho un pobre trabajo; la tenía contrahecha y las rozaduras del talón confesaban la cojera. Masticaba savia de zapote para engañar el hambre y se adivinaba, por el hueco en las mejillas,

que hacía mucho, demasiado, que aquella pasta de *txicli* era lo único que se podía permitir para mantener las tripas ocupadas.

Camacho vio en los ojos pardos la triste resignación de toda una raza.

El indio no dijo una sola palabra. Solo avanzó aquellos dedos encallecidos, y Camacho se llevó la mano a la bolsa. Allí estaban las tres pesadas llaves del almacén y una única moneda. Sus dedos titubearon.

El pedigüeño no insistió. Estaba acostumbrado a arrepentimientos.

Camacho frunció el ceño.

Y en aquella mano gastada se quedó su capital para todo un día.

En el siguiente cruce, la cortesía lo obligó a detenerse. Una señorona emperifollada de terciopelo apremiaba a una indiecita cargada con una cesta para que se apurase rumbo al mercado. Respetuoso, pese al rostro avinagrado de la mujerona, Camacho se inclinó y dejó en el aire un «Buenos días nos dé Dios» que nadie respondió.

No advirtió que la mirada del indio seguía clavada en su espalda y que la moneda continuaba en la palma abierta.

Al llegar a la barriada del puerto, el auténtico corazón de la ciudad, el ajetreo se intensificó. El día comenzaba con las prisas de los negocios por hacer sus dineros; se advertía el trajín, había pilluelos que corrían de un lado a otro y secretarios atildados que se cruzaban con rudos pescadores que volvían de faenar. También soldados de la flota que se recogían después de una noche de jarana.

Allí las fortificaciones estaban terminadas y, a su sombra, se extendían los almacenes de los mercaderes, la cofradía de los estibadores, los despachos de los escribanos, los comercios y todo el entramado de intereses que vivía mirando al océano. Un entramado cosido con contratos, arriendos, ventas y compras que mamaban de lo que se descargaba a la llegada de la flota y de lo que se cargaba para el tornaviaje.

En el Yucatán no había oro. Tampoco plata. Por no haber, ni siquiera había trigo: el que se plantaba se marchitaba o acababa cubierto por espesas matas de parchas y cundiamores. En aquellas tierras, los mejores cultivos eran los sueños alocados y la desesperanza; todo lo demás tenía que llegar desde Sevilla.

Siempre había necesidad de abastos. Desde la barra del Guadalquivir se traían chinelas, cerdas de zapatero, flecos de seda, bonetes de clérigo, estuches de fraile, cristal de alquimia, carey, ébano, arcabucejos de Holanda, gemelos argentados, rodetes, sierras, anafes, escobillas de limpiar ropa, piedra

de sufre, acíbar, ámbar, campanillas, azuelas, conteras de espada y vainas para cuchillos.

Y telas. De las corrientes para los que no tenían otra cosa que lo puesto: naval, ruan, brin, paño, lienzo, toca, vitre, angeo. Y de las buenas, de las que solo compraban los ricos: argentaria, damasco, raso, seda, pelo de camello, limistes.

Y vino: de Jerez, de Comillas, de Toro. Nuevo o añejo. Exquisito e imbebible.

Y aceite. Los pobres habían aprendido a apañárselas con manteca de cerdo, pero quienes tenían posibles querían buen jugo de olivas andaluzas.

Había negocio incluso para menudencias como almendras, alcaparras, orégano, matalahúva o avellanas. También para miríadas de pequeños abalorios y cuentas con las que contentar con displicencia a los indios.

De todo había y todo faltaba; en especial para quienes llevaban la bolsa vacía. Porque lo que se pagaba con un duro en Sevilla, costaba en Yucatán cinco, eso si había suerte y el vendedor gastaba humor para regatear.

Todo tenía que llegar hasta allí. Y desde aquel confín del mundo apenas había qué mandar de vuelta: algo de miel, cera, algodón y, más que ninguna otra cosa, tinturas. La pasta de añil, la grana cochinilla y, sobre todo, el palo de tinte. Esos eran los tesoros que el Yucatán ofrecía a Castilla.

En ese trasiego había dineros que cambiaban de una mano a otra. Y al calor se arrimaban mercaderes, consignatarios, recaderos y comisionados. Se movían modestos ahorros de toda una vida deslomándose, y también enormes fortunas. El puerto y su inevitable comercio daban de comer a Campeche.

Y allí, en medio del tumulto, estaba el negocio de su patrón, don Melchor de Mora e Hijuelo, uno de los más pudientes mercaderes de Nueva España.

Su padre había sido uno de los encomenderos favorecidos tras la conquista, y ahora la familia poseía una extensa hacienda ganadera en el alfoz de Mérida, una propiedad con más de cien indios al cargo. Melchor de Mora pasaba la mayor parte del año en la capital, pero en la primavera, cuando se preparaban los cargamentos para la flota, se dignaba a bajar hasta Campeche para supervisar el negocio.

Su litera acababa de frenar a la puerta de sus almacenes. Justo a tiempo de ver cómo su empleado, puntualmente, se afanaba con las tres grandes cerraduras que aseguraban el portón, bajo la mirada somnolienta de los dos matarifes que Roa había dejado de guardia esa noche.

—Buen día, patrón —saludó Camacho, animoso.

Se había dado la vuelta de inmediato, tras identificar los jadeos de los porteadores a su espalda.

Los guardas se enderezaron y cruzaron una mirada nerviosa. Uno de ellos dio un grito, y otros dos que habían estado de ronda alrededor del almacén se acercaron a paso rápido. Todos iban armados; el más amigable parecía hecho de esquirlas. Los cuatro sacaron pecho y alzaron barbilla, como si hubiera llegado el mismísimo Juan de Austria a pasar revista antes de Lepanto.

Mora, enfundado en los mejores paños y galas, tan impoluto que parecía haber brincado de un cuadro de la corte, abandonó el asiento forrado de terciopelo. Al cuello llevaba una impecable golilla de blanco algodón egipcio, radiante y plisada en incontables pliegues. Y en el resto de las prendas presumía de la calidad de su propio negocio, vistiendo riguroso negro.

De rubios cabellos ensortijados, tenía el rostro bendito de un querubín en un retablo mayor, tan redondo y tan bien hecho que costaba mirarlo sin preguntarse quién habría sido el escultor de semejante prodigio. Porque en la viña del Señor había rostros que parecían hechos de retales y otros, como el del mercader, en los que nada sobraba, nada faltaba y todo estaba en su justa medida. Para colmo de envidias, los años no parecían hacerle mella, pues con más de cincuenta a cuestas seguía teniendo el lozano aspecto de un mozalbete en edad de merecer.

Daban ganas de llamarlo Gabriel o Rafael, como los mismos arcángeles. Al menos, hasta que abría la boca y se veía la ruina que habitaba allí dentro. Toda la belleza de aquel rostro angelical se malograba con dientes escasos, negros y picados que se desbarataban en todas direcciones y que, quizá, eran la causa del hediondo aliento que siempre lo precedía. Para disimular los malos dentados se dejaba largos bigotes y perilla, pero el mal tufo tendía a escaparse.

Solo tenía otro defecto en contradicción a su bello rostro. Aún bien plantado, con hechuras de galán en novela de caballerías, era tan corto de talla que tuvo que saltar desde el estribo para echar pie a tierra.

Se limitó a gruñir por todo saludo. Marcaba distancias con sus empleados, de los que no esperaba buenos modales, sino eficiencia.

—¿Cómo va?, ¿está todo picado? El tiempo apremia, ¡apremia! ¿Cuándo llega Roa? —soltó del tirón, sin detenerse, despidiendo a los porteadores y echándose al umbral, todo a un tiempo.

Camacho no supo a qué contestar y decidió emplear la diplomacia.

—Según dejó ordenado, patrón.

Mora le echó un reojo severo.

—¿Seguro? Más te vale —dijo como amenaza velada—. Tengo noticias preocupantes —afirmó—. Ese metomentodo de Bacheli está intentando que Pedrarias apremie al maese. Anda pagando a quien asegure que la temporada de huracanes se adelantará, y hay más de un carpintero que se está haciendo de oro gracias a sus sobornos; las reparaciones van rápido, ¡demasiado…!

El ceño de Camacho se frunció.

Con aquellas prisas, cabía que el patrón no quisiera discutir sus ideas.

Ansioso, Camacho comprendió que, por el momento, no convenía preguntar. Y a punto estaba de echarse a andar tras el patrón cuando, por el rabillo del ojo, vio que el capataz, también puntual, traía del dormitorio común, una casucha aneja a los almacenes, a los jornaleros.

Julián era un salmantino animoso que había emigrado al quedarse huérfano. A su padre, campanero en una ermita, tocando a nublo para avisar de que se avecinaba pedrisco, lo había dejado tieso un rayo que rajó el bronce por la mitad como cáscara de huevo.

Fue Camacho, una vez ascendido de capataz a encargado, quien había elegido y contratado al salmantino. Y ambos se llevaban bien, salvedad hecha, quizá, de cuando el buen humor del hijo del campanero lo llevaba a excederse.

—Buen día, patrón —le dijo animoso a Mora.

El mercader, con cara de pocos amigos, se limitó a devolver el saludo con un gesto de la mano y se apresuró hacia el interior del almacén.

Acostumbrado a aquellos desaires, Julián no perdió su buen humor. Miró entonces a Camacho y advirtió el ceño fruncido.

—Y buen día nos dé Dios, inglés —añadió con una sonrisa pícara.

Camacho tardó en darse por enterado; cuando lo hizo, descolgó una mirada torva. No pudo aguantarse la réplica, cargada de retranca:

—Bien empieza. Están sonando las que dejó pendiente tu padre…

A lo lejos se oían los bronces de San Román y San Francisco. Daban las siete al alimón.

—A ver si no las dio porque estaba ocupado con tu madre…

De no ser porque Mora andaba cerca, se hubieran echado a reír.

Julián era al único a quien Camacho tragaba ese tipo de bromas. Sabía que no había maldad y se había acostumbrado al incorregible capataz, quien, por lo demás, era hombre cumplidor, puntual y laborioso, y, al gusto de su encargado, trataba con dignidad a los esclavos e indios.

—¿Todo bien? —preguntó Camacho, antes de seguir a Mora al interior.

Como un soplido sobre una vela, la pregunta apagó la sonrisa de Julián. Asintió sin convicción antes de contestar.

—Es un chico fuerte…

Bajó entonces la mirada, y una sombra de vergüenza le oscureció el rostro.

—Si vuelve a suceder, haz que llamen al converso.

Julián intentó protestar, pero Camacho no se lo permitió.

—Ni lo pienses. Yo me haré cargo.

El capataz se frotó la coronilla y siguió mirando al suelo.

—Te devolveré hasta el último cuarto; lo sabes, ¿verdad?

Camacho le puso la mano en el hombro y apretó con fuerza. Dudaba que fuera cierto, pero no se lo hubiera dicho jamás.

—Claro, pero no te preocupes por eso ahora…

Julián alzó el rostro con timidez, y los dedos del encargado volvieron a apretarse.

—¿Están listos los hombres para un último arreón?

La cuadrilla la formaban media docena de esclavos negros a los que lideraba un gigantón de piel oscura como noche sin luna al que llamaban Estebanico, y un par de indios de fiar que el propio Mora se había traído de su encomienda.

—Lo están —aseguró—, no te fallarán.

Camacho asintió.

—¿Has escondido el látigo? —preguntó entonces con un gesto del mentón hacia la espalda de Mora.

Ahora fue el capataz quien inclinó el gesto.

—Pues pongámonos en marcha, y con tiento —añadió cauteloso—. Tiene más rotos en las tripas que de costumbre…

El capataz miró a Camacho con preocupación.

—Ya, no hace falta que lo mentes. —Comprobó si Mora se había alejado —. Dicen que le ha salido mal un negocio en Río Lagartos. —Se mordió el labio, preocupado, y añadió algo más—: ¿No creerás que podemos perder el trabajo?

Algo había oído Camacho, pero no pensaba dejar que Julián añadiese otra preocupación a las que ya tenía.

—Son rumores. A la casa de Mora, si le sobra algo, son dineros —aseguró sonriente—. Y ahora, ¡vamos! Hay mucho que hacer todavía…

La cuadrilla, su capataz y Camacho se hacían cargo del tasado, cortado y preparado de la mercancía. Roa y sus perros de presa iban y venían de los cortaderos, donde negros esclavos se deslomaban en los bosques. Talaban de sol a sol y se arriesgaban con las serpientes, los alacranes, los jaguares y los

caimanes, bichos que proliferaban en los mismos pantanales donde crecía el palo de tinte. Además, los hombres armados mantenían la disciplina en las partidas de leñadores, evitando fugas o robos, y guardaban los almacenes.

Y, con todo aquel entramado, Melchor de Mora e Hijuelo se enriquecía a manos llenas.

El palo se talaba en los bosques costeros, donde, pese al abuso, seguía siendo abundante. Desde los cortaderos viajaba con las recuas de mulas, cargadas con troncos y ramas que llegaban enteras hasta el almacén para ser picadas en pedazos que se guardaban en grandes corachas de barragán encerado, preparadas para las húmedas bodegas de las naos; allí debían acomodarse a las curvas del casco y, lo más importante, mantenerse secas. El valor astronómico que alcanzaba al otro lado del océano dependía de su capacidad de volver negra la más pura lana de las ovejas de Castilla, y, si una fuga o una mala maniobra metían agua en las bodegas, el palo dejaba en la mar el tesoro en tinte que escondía.

Camacho volvió a guardar las llaves en su bolsa y, para cuando todos entraron en el almacén, Melchor de Mora ya iba de una coracha a la siguiente, supervisando el trabajo realizado durante la estación seca. Revolvía los trozos de madera y examinaba ejemplos tomados al azar con aires de orfebre.

Camacho lo dejó hacer. No se decidió a hablar hasta algo más tarde.

—Un placer tenerlo aquí con nosotros, patrón —dijo con amabilidad—. Espero que el viaje desde Mérida haya sido agradable.

Sin volverse para mirar a su empleado, Melchor contestó con apenas un gruñido:

—Llegué ya hace dos días, pero he estado ocupado…

Camacho inclinó el rostro demostrando interés por una explicación que no llegó, y, conociendo a su interlocutor, prefirió no añadir nada.

Más allá de las filas y filas de corachas, todas abiertas, Julián organizaba el trabajo del día y dividía a los hombres. Aún quedaba palo que trocear.

Estebanico, que era el más mañoso, se dedicaba a afilar las hachas y azuelas. El resto de los negros se ocupaban en desbastar y tronchar las ramas, y los indios, con herramientas más pequeñas, usaban caballetes para apoyar los trozos que les pasaban los otros y sacarles los pedazos que irían en las corachas.

Dispuesto, Camacho seguía la ronda de su patrón. Estaba nervioso por hablar sobre la propuesta que le había anticipado en las cartas que enviaba dando cuenta del negocio. No dejó que trasluciese su angustia; al contrario, se

mostró sereno. Pero le sudaban las manos, e incluso tuvo que aguantar más de una mirada cargada de recochineo del salmantino, que sabía de sus cuitas.

—Debes encargarte de que se apuren —lo apremió Mora con mal tono—. Como no esté todo listo a tiempo, me encargaré de que acabéis todos en la calle, mendigando —aseguró con frialdad, sin alzar la voz.

No hubo ni un solo cumplido por lo hecho hasta el momento. Tampoco una queja.

Y Camacho supuso que tendría que darse por satisfecho y guardarse sus ganas de preguntar. Como también se guardó de señalar que iban adelantados y que apenas quedaba qué trocear antes de que Roa regresase con el último cargamento.

—Ahora mismo se lo digo a Julián, patrón.

Para entonces, sonaban ya las ocho en los campanarios de la villa.

Las ocho campanadas lo despertaron con un sobresalto.

Lo primero que pasó por la cabeza de Gundemaro fue que tocaban a rebato. Temió que los piratas atacasen; con un amén, se imaginó recogiendo una vez más huérfanos asustados y consolando viudas. Sin embargo, en cuanto se le iluminó el raciocinio, comprendió que tan solo había dormido más de la cuenta.

Respiraba aliviado para cuando el último golpe de badajo se desvanecía. Abrió los ojos y, tras pestañear, no pudo evitar murmurar:

—Alabado sea el Creador en su infinita grandeza. Bendito sea por disponer tanta belleza en la faz de la tierra.

Frente a él relucían un glorioso par de caderas mulatas, iluminadas por la luz sincera de la mañana. Se advertía el fino vello, un par de lunares que hacían equilibrios en el valle del espinazo y una adorable marca de nacimiento que recordaba a una malva. Hacia el sur se coronaban en nalgas tersas y rotundas que invitaban al pellizco; al norte descendían hacia una cintura afinada que ofrecía asidero.

Y, como si le costase creer que aquello no fuera un hermoso espejismo, se frotó los ojos. En aquel trabajo se encontró una legaña, y se deshizo de ella sin miramientos, arrastrando luego la mano en las sábanas, que habían conocido mejores tiempos.

Le hacía falta un afeitado y le hubiera sentado bien echarse agua fresca encima. Además, su cuerpo, apenas despierto, reclamaba otras atenciones. Se le llenó la boca con un portentoso bostezo, y también dejó escapar un largo y pesado cuesco; sin embargo, el panorama que tenía ante sí atrapó toda su atención.

La muchacha dio un respingo y se volvió apenas antes de murmurar algo ininteligible. En el torso, bajo el hilo basto, se adivinaban otras cumbres que inspiraban al desafío de la conquista.

Gundemaro se olvidó de la legaña y tiró con picardía de las sábanas. Quedó al descubierto la loma de un pecho generoso, y él contempló embrujado el goloso pezón.

Ni sus muchos años, demasiados, según él mismo reconocía, ni los excesos de la noche anterior impidieron que su cuerpo reclamara de nuevo atenciones.

El deseo se encendió. Notó cómo se endurecía. Y no pudo evitar dar gracias al Señor por aquel pequeño milagro.

Alargó uno de sus brazos regordetes y trazó con las yemas de sus dedos los rumbos que llevaban desde el ombligo a la curva de los senos, sobre los que se derramaban mechones de una melena que quiso enredar entre sus manos.

La muchacha, adormilada, volvió a susurrar un sinsentido y giró el rostro. Dejó ver su boca, hecha de labios esculpidos con besos. Y a Gundemaro le gustó advertir cómo se curvaban en una sonrisa maliciosa que bien valía un mayorazgo.

Ella abrió los ojos. Se desperezó estirando los brazos. Sus pechos se bambolearon prometiendo placeres mayores que la fruta prohibida que encandiló a Eva.

A él se le escapó un suspiro de impaciencia.

—Ni tan siquiera un buenos días nos dé Dios —dijo somnolienta, fingiendo protesta. Y lo miró fijamente para pestañear luego con coquetería.

Gundemaro gruñó, con deseos de atajar aquel juego. Buscó la mano de ella. La atrapó. Y la llevó hasta el horizonte más allá de su contundente barriga, animándola a encontrar lo que allí empezaba a palpitar con ansia.

—Se hace tarde —advirtió remolona, luchando débilmente por soltar su mano.

Él no le hizo caso. Apretó los dedos y corcoveó ofreciendo su miembro.

—La Brava protestará. Sabes bien cómo se pone. Siempre lleva prisa.

Ella protestaba con la boca, pero sus dedos apretaron hasta que Gundemaro sintió un divino dolor, y entonces empujó, haciendo que su gordo culo retemblase.

—El Señor proveerá —contestó, y agitó la muñeca de la muchacha para que la mano se moviera adelante y atrás—. El Señor proveerá.

Se tumbó boca arriba, pateando torpemente las sábanas y alzando al cielo su barrigón cubierto de pelillos canos.

—Olvida las protestas y ven —suplicó, tirando de ella.

—Debemos vestirnos y bajar —advirtió ella con aires de maestra.

—El deber siempre me ha parecido mucho más insustancial que el deseo —repuso ceñudo—. Además, la voluntad es el motor primario de todos los poderes del alma y también la causa eficiente del movimiento del cuerpo.

—Pero qué…

—Eso escribió Tomás de Aquino: la voluntad, ahí radica parte del misterio del hombre…

—La mitad de las veces no sé qué dices.

—Ah, pero no todo el entendimiento depende del discurso —añadió él, tirando de ella con más fuerza.

—Eres incorregible… —La muchacha sonrió con resignación.

Con evidente práctica, se mojó los dedos de la mano libre con saliva y los llevó a su sexo, donde se entretuvo un tiempo que a él se le hizo eterno. Luego se sentó a horcajadas sobre él y lo condujo a su interior.

Comenzó lentamente, deslizando sus caderas adelante y atrás. Deteniéndose en cada extremo, apretando en dulce agonía y relajando súbitamente la presión.

Él recogió aquellos pechos entres sus manos ansiosas. Y bebió de ellos, hasta que el esfuerzo de incorporarse lo agotó y no le quedó más remedio que caer con pesadez, lamentando la condena de hacerse viejo.

Entrometido, el sol de la mañana se colaba por la única ventana del cuarto para descubrir apenas la cama que crujía, una silla en la que se amontonaba la ropa y un palanganero con aires de ruina. Era un lugar hecho para una sola cosa; poco importaban las comodidades mientras hubiera un jergón. En una esquina, contra el techo, una telaraña era la única decoración. La puerta, de tablones sin desbastar, no tenía otra cosa encima que una capa de cera aplicada con prisas.

Ocupados como estaban con otros menesteres, ninguno le hubiera prestado atención de no ser porque en ella sonó el puño impaciente de alguien que llamaba desde el otro lado.

—¡Vamos!, ¡vamos! Esto no es una fonda —protestó una voz ajada—. Arriba, se hace tarde. ¿No dicen eso de que Dios ayuda a quien madruga…?

Desde la cama, con tanta tarea pendiente, Gundemaro solo pudo dejar escapar un regaño. La muchacha sí tuvo tiempo.

—Te lo advertí —susurró mirándolo—. Ya va, ya va —añadió, elevando la voz y volviendo el rostro hacia la puerta para hacerse oír—. Nos estamos vistiendo —remató, guiñándole un ojo a su amante, que no fue capaz de hacer otra cosa que bizquear.

El puño volvió a retumbar en la puerta.

—Pues apuraos, diantres —exigió la voz al otro lado—. Y sin reparos, que no tenéis nada que enseñar que no se haya visto antes en esta casa.

A Gundemaro, entre labios fruncidos, se le escapó otro reniego.

—Vieja bruja… No comprende los entresijos de la voluntad y la confrontación entre el pecado y la moral.

Apenas pudo pronunciar esas palabras. Se le escapaban las fuerzas en otros apremios. La muchacha descabalgaba, dispuesta a obedecer la llamada.

—No, espera, espera, ya casi…

Volvieron a golpear la puerta, que retembló contra la jamba con un sonido sordo.

La muchacha dudó, lo miró, dejó escapar una sonrisa ladina y, soplándose el flequillo, volvió a acomodarse en el asiento que había dejado libre. Él gimió, encantado de sentir aquella presión de nuevo.

—Las chicas ya están listas —siguió la voz con machaconería—. Y no tenemos todo el día. Hay que hacer la colada, barrer, remendar calzas y adecentar el salón.

La muchacha aceleró los vaivenes. Entrecerró los ojos. Atrapó el labio inferior con los dientes. Apretó los muslos con fuerza, como si intentase dominar un caballo desbocado.

Empezó a jadear con lascivia. Aceleró aún más.

A él le costaba respirar.

En el barrigón de Gundemaro, sus carnes se batían en marejada. Todo él se sacudía como una mantequera. Le faltaba el aire.

Y era una sensación deliciosa.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, logró incorporarse y enterró el rostro en el valle de aquellos pechos, donde respirar era aún más difícil y la agonía, más dulce. Gemía, cada vez más rápido, siguiendo el ritmo que ella marcaba con sus caderas.

—Ya voy, ya voy —logró gritar él con la boca llena de dulce cacao.

Del otro lado de la puerta llegó el murmullo de una conversación. La pareja apenas prestó atención. Sonaba como una protesta. Se oyó una maldición. Se siguieron pasos que se alejaron con prisa.

Ella rio. Corcoveó. Se contoneó.

Él sintió que se le acalambraba una pierna.

Ella agitó de nuevo las caderas con ímpetu. Y, tras un último empellón, se quedó quieta, tensando los muslos, como si refrenase un galope. Entonces empezó a agitarse suavemente, apenas un temblor indeciso. Como si arrancase a sollozar, obligando a su sexo a contraerse.

—Ahhhh… El deseo humano y su insaciabilidad…

Ella no estuvo segura de haber escuchado, mucho menos de entender, pero igualmente mantuvo la tensión en las corvas.

Él quiso decir algo más, pero solo fue capaz de gruñir con impaciencia.

Y aguantó hasta que fue imposible ceder un instante más.

Entonces, con una sacudida, Gundemaro, rozando la rabia, agarró las caderas de la muchacha y la obligó a moverse adelante y atrás.

Una vez más.

Otra vez más.

Sintió un latigazo que sacudió su entrepierna.

Y se vació dentro de ella.

Al instante, se derrumbó como un pesado fardo. Quedó derrengado por el esfuerzo, despatarrado sobre las sábanas revueltas. Ella, con práctica en lides semejantes, descabalgó rápido y, tras refrescarse, ya se estaba vistiendo antes de que Gundemaro hubiera tenido ocasión de incorporarse.

Jadeaba exhausto y, aunque le apenaba reconocerlo, sabía que se había convertido en un viejo toro, demasiado gordo, perezoso y comilón para hacerse cargo de las jóvenes novillas.

—Apura, no quiero que se enfade —lo apremió ella—. Si no, en cuanto te vas, lo paga con nosotras…

—Voy, voy —dijo él, haciendo sinceros esfuerzos—. Por el amor del cielo, voy… Ni que estuviese ardiendo la sacristía —exageró con fastidio—. Las prisas siempre son malas consejeras.

Logró sentarse al borde de la cama.

Mientras se anudaba el cordoncillo que cerraba el escote de su vestido con una sola mano, en una sorprendente muestra de costumbre, la mujer utilizó la mano libre para coger las ropas de él de la silla y tirárselas encima.

—Vístete —ordenó, ya sin rastro de dulzura.

Él bufó como un gato escaldado. Pero rebañando voluntad obligó a sus pies a alzarse, uno tras otro, para enfundarse los calzones en las pantorrillas. Subirlos hasta cubrir sus vergüenzas ya fue otro cantar. Le costó dos intentos. El cansancio y la barriga no ayudaban.

Se levantó, se llevó las manos a los riñones, suspiró y, finalmente, se echó el sayo encima. La capucha se escurrió por la pulida tonsura de su coronilla y quedó a su espalda. Se agachó entre gruñidos para enfundarse las sandalias, y entonces prestó atención a la última prenda: un cordón que ciñó a su abultada cintura, dejando que el cabo suelto, en el que había tres nudos, colgase hasta su tobillo.

El cordón, humilde sustituto del cinto, era uno de los símbolos de pobreza que lo identificaba como fraile franciscano.

—Ay, Señor, Señor, dame paciencia…

—Vamos —dijo ella.

Y salieron juntos, sin que él pudiera evitar un travieso pellizco en el trasero de la muchacha.

Había peces chicos que solo necesitaban recado de escribir, buena memoria y algún apretón de manos; mediaban en tratos a ambos lados del océano y se ganaban el pan con comisiones. Los había medianos, que se dedicaban a menudencias como el aceite o los paños. Y había unos pocos, un puñado, que eran auténticos tiburones; controlaban la mayor parte de los dineros que se movían de orilla a orilla gracias a las mercaderías más valiosas. Una élite que necesitaba algo más que un cuartucho cualquiera arrendado en una esquina. Y, disputándose el liderazgo con Bacheli, el mayor de esos marrajos era el propio Mora, cuyo almacén, más que un edificio, era un cofre de caudales.

Era una larga y robusta nave de piedra encalada, con una sola entrada y sin más ventanas que estrechos tragaluces bajo los aleros. Un arca pensada para evitar tentaciones a los amigos de lo ajeno, porque, cuando se avecinaba la salida de la flota, en su interior se podían custodiar millones de maravedíes en mercancías.

Allí, sufriendo ya los calores que el día traería, nadaba a su gusto Melchor de Mora, como un dentudo patrullando sus dominios entre los corales de un arrecife. De un lado a otro, tanteaba en las corachas abiertas con el ceño fruncido. Se asomaba a cada una y, tras atusarse la barba de chivo, palpaba los trozos de palo de tinte, oscuros y recios, como cuajarones de sangre.

—Están demasiado llenas —protestó el mercader—. Ocúpate de que esos vagos mugrientos repartan algo más los trozos.

Camacho dudó un instante.

—Pero Pedrarias —adujo, apocado— no las dará por buenas; no las sellará.

Melchor lo interrumpió con un gesto brusco lleno de enfado.

—Tú y tus condenados escrúpulos —dijo con fastidio—. De esa sabandija ya me ocuparé yo. Tú ocúpate de que no estén demasiado llenas. Cuántas veces he de repetírtelo…

—Así se hará. —Camacho tragó.

Melchor lo miró con una severidad que no lograba afear su bello rostro.

—Y después, que las aten y las dejen preparadas para el lacre.

Hasta entonces habían permanecido abiertas y sin apilar, pese a abarrotar el almacén. Órdenes expresas del mercader desde Mérida, deseoso de valorar fácilmente la calidad.

—Así se hará —repitió Camacho.

—Y asegúrate también de que esa panda de perezosos se apure —exigió con vehemencia—; si ese italianucho se sale con la suya, la *Balvanera* podría zarpar en un par de días. ¡Perderíamos una fortuna! Hay que embarcar cuantos quintales sea posible. Esa idea tuya me está llevando por la calle de la amargura. Debimos haber enviado lo que teníamos cuando el *Santo Tomé* partió para San Juan de Ulúa.

Camacho se cuidó de apuntillar que la decisión final había sido del propio mercader. En la carta enviada desde Mérida se leía la codicia con la que había hincado la pluma. Pero, muy al contrario, intentó tranquilizar a su atribulado patrón.

—Por lo que me ha llegado de las atarazanas, por mucho que pretenda Bacheli, la *Balvanera* no estará lista hasta dentro de un par de semanas —replicó en tono conciliador—, como pronto. Deberíamos tener tiempo de sobra para finiquitar el cargamento.

Hablaba del retraso habitual en la salida de la flota. La *Santa María de la Balvanera* era la nao que llevaría a La Habana el comercio de Campeche para que, desde allí, se partiera hacia Sevilla con toda la flota de Indias agrupada y defendida por naos de guerra. Así, en conserva, las cargueras quedaban protegidas por cañones suficientes para evitar las tentaciones de quienes los más bienintencionados llamaban «mendigos del mar».

La *Balvanera* había entrado en Campeche sufriendo vientos del norte que la desaparejaron y que, para colmo, le costaron un susto con los bajíos que rodeaban Yucatán. Pero ese no había sido el mayor problema. En las atarazanas del puerto se comentaba que el maestro carpintero maldijo el santoral al encarrilar la nao en el dique seco. La *Balvanera* había sido asaltada por una brutal plaga de broma.

—Un caracol mal parido y alargado que taladra los maderos como un topo hambriento, haciendo galerías y dejando tras de sí mierda y serrín —le había explicado a Camacho un calafate sobornado por orden de Mora para saber cuándo se estimaba la partida.

Según se contaba en los mentideros, había sido especialmente virulento. Por culpa de los estragos de la peste, una vez más, como era usual, la flota iba con retraso para su regreso a Sevilla, y algunos empezaban a ponerse nerviosos, no fuera a ser que la temporada de lluvias se adelantase.

—¿Un par de semanas? Eso no es lo que yo he oído —insistió el patrón, cambiando de coracha.

—No creo que Bacheli…

No lo dejó terminar. Mora se volvió hacia él como un perro rabioso.

—¡Me importa una higa lo que creas! —espetó, furioso—. Ese italiano cabrón es una sabandija —se sulfuró—. No me fío de él —recalcó con vehemencia—. Está lleno de artimañas y tiene oídos hasta en casa de la Brava. Si andas cerca de él, acabas pisando boñiga fresca. —Tomó aire e intentó calmarse—. Lo quiero todo picado, y lo quiero para ayer.

Camacho, arredrado, asintió obediente.

—Me ocuparé de que se termine hoy mismo, aunque haya que trabajar hasta noche prima —aseguró, tratando de sonar complaciente.

Aquello pareció satisfacer al mercader, que, espantando la rabia, pasó a la siguiente coracha.

Aunque le preocupó el arrebato, Camacho sabía que no había motivo de queja. El trabajo se había hecho bien y a tiempo.

Pero, poco convencido, Mora continuaba cuestionando la labor de su encargado.

—¿Se ha recibido ya la autorización del cabildo?, ¿y de la gobernación, desde México?

Camacho señaló hacia el final del almacén, donde había una mesa, la escribanía y un pequeño aparador donde se guardaban los archivos.

—Todo en orden.

—Las palabras, palabras son, y eso no basta. Ya veremos si el cambio de flete resulta.

Camacho estuvo a punto de callar, pero el ansia lo venció al fin. Era cierto que aún no se había cobrado, aun así estaba convencido de que su idea resultaría.

—De no ser así, el mismo Bacheli no se habría subido al carro también. Pudo haber aprovechado el espacio libre en la bodega del *Santo Tomé*. —Inspiró tras la impulsiva retahíla, reconviniéndose para continuar en un tono menos airado—. Se ahorran los cuatro reales por quintal de mandarlo a San Juan de Ulúa…

—Y se suma uno más por quintal —lo interrumpió Mora, ceñudo—. El mismo que me ha pedido el maese de la *Balvanera* como pago por aceptar las corachas como lastre.

Camacho, haciendo un esfuerzo por no resultar levantisco, decidió obviar que, aun tras el soborno, la ganancia de enviar el palo a Sevilla, en lugar de a

Veracruz, suponía sacar en limpio tres reales más por quintal. Y había sido todo gracias a sus esfuerzos; había conseguido, a base de empeño, que un comisionario de Triana aceptase el envío para distribuirlo a través de los oficiales de la Casa de Contratación. Y cumpliendo todas las leyes, aunque estirándolas un poco, porque en los últimos años la Corona había decidido que solo los oficiales reales podían gestionar algo tan valioso como el palo de tinte.

Mora se atusaba la barba. Cuando habló, su aliento fétido golpeó de lleno el rostro de Camacho:

—Pareces muy seguro de que todo está atado y bien atado.

—Lo estoy, saldrá bien —aseveró, sin querer considerar las tormentas, los piratas y las mil circunstancias que podían acabar con la *Balvanera* y su cargamento—. No os preocupéis.

Por primera vez, el patrón le prestó toda su atención. Una sonrisa lobuna enseñó los dientes bajo el mostacho, y la mano del mercader sacudió las migas de la pechera negra del jubón de Camacho.

—Así me gusta, que se sepa que en casa de Mora las cosas van bien… ¡El dinero entra a raudales! —miró significativamente a su pupilo—. No lo olvides: las apariencias, las apariencias lo son todo en este negocio…

Camacho percibió el cambio en la actitud del comerciante y se obligó a contener un suspiro de alivio.

Mora pasó a la siguiente coracha, pero se notaba por sus movimientos que estaba más relajado.

—¿Y tienes las cartas firmadas?

—Sí, las tenemos. Todo en orden, como se habló. Solo hay que restar los… —dudó un momento— gastos excepcionales —dijo finalmente—. Como poco, se ganarán tres reales más por quintal.

Casi pudo ver los ojillos de Melchor echando las cuentas, brillando de pura avaricia.

Como parecía haber capeado el temporal, Camacho se decidió a preguntar lo que llevaba mordiendo semanas.

Desde que Mora había aceptado su idea, en cada carta había dudado con la pluma en la mano. En más de una ocasión había raspado tantas veces la tinta que había tenido que usar una resma nueva para volver a redactar el informe. Nunca le parecía encontrar el momento, pero pensó que había llegado al fin.

—¿Habéis pensado en lo que os comenté? —preguntó, apocado.

El semblante mudó de inmediato. Se volvió severo.

—Se te ha subido la ambición a las barbas. Me pides mucho… El flete de la *Balvanera* es el más grande desde que se fundó este condenado puerto —aseguró, alzando el tono—. Es la primera vez que una nao de más de cien toneladas logra sortear los bajíos… Y la broma —puntualizó—. Nunca se ha visto algo así, ¡nunca! Y todo el mundo quiere arrimar la sardina.

Y eso era lo que el propio Camacho había propuesto. Pero aún seguía esperando respuesta.

Hubo que hacer una parada a mitad de camino. A Gundemaro y a sus abundantes carnes, aun de bajada, se les atragantó la escalera. Más aún cuando no había recuperado resuello tras el tempranero trajín. Además, su glotonería reclamaba atención.

—Tengo más hambre que la calavera de un eremita —se quejó.

—Apúrate —fue la respuesta sin pizca de misericordia que le ofreció la mulata—. Ya habrá tiempo para eso —añadió, abandonando el último peldaño para, con una seguidilla de pasos, unirse al resto de las pupilas.

Leocadia, de la que nadie sabía nombre de familia o lugar de procedencia, pero a la que todos conocían por «la Brava», esperaba impaciente. Con evidente mala leche, taconeaba en los tablones de la planta baja, en el salón principal de la casa, donde las mesas delataban los vicios de la noche y todavía podían verse jarros volcados y vasos desperdigados.

—Ya era hora —dijo en cuanto los vio—. ¡Date prisa! Hay mucho que hacer —añadió, dirigiéndose al franciscano.

Consumida, de pelambrera indómita, tenía el aspecto de una escoba vieja abandonada en una esquina, y peor humor que el dragón de san Jorge después de recibir el lanzazo. Y ambos asuntos, su aspecto y su humor, lucían su versión más desagradable por las mañanas, cuando, al contrario que en las noches, no se esforzaba por disimularlos a fin de agradar a los clientes que le permitían pagar las abundantes joyas con las que se emplumaba como un gallo presumido. Porque, si algo quedaba claro nada más echarle un vistazo, era que a la Brava le gustaba el oro, y en abundancia.

Tras ella esperaban «sus niñas», como ella les decía para no usar palabras gruesas entre la grana más florida de Campeche.

Ninguna estaba allí por vocación. Conformaban una colección resignada que, al otro lado de la mar océana, había encontrado de todo menos fortuna.

Había una sevillana que decía estar casada; contaba Luisa, así la había bautizado el ermitaño Rodrigo en la ermita de la Virgen de los Remedios de Triana, que se había hartado de esperar la carta en la que su esposo la tendría que haber advertido de que podía embarcar para Nueva España. Había esperado tres años hasta convencerse de que o su hombre se había partido la

crisma en las montañas del Perú o había hecho fortuna y preferido olvidarse de la palabra dada a orillas del Guadalquivir. Aunque no parecía dolerle el cambio de vida, porque Luisa era de esas almas llenas de sonrisas que bromean hasta con el mismísimo diablo, incapaz de tomarse en serio sus propias desgracias.

Otra era una pamplonesa de nombre Guillermina que había venido con toda su familia para encontrarse el horror de cara. Su padre, jabonero, había arrastrado a los suyos hasta Santo Domingo. Tras acomodarse en una casucha en las playas de la desembocadura del Ozama, apenas un año después de su llegada, la desdichada se había quedado huérfana por mor de uno de los últimos ataques de los terribles caribes; unas bestias que patrullaban las Antillas en busca de carne humana para saciar bárbaras costumbres, capaces no solo de matar y comer a sus semejantes, sino incluso de hacerlos presos, encerrarlos en jaulas y cebarlos como capones. Hasta que fueron exterminados en el nombre de Dios por hombres de Castilla, aquellos bárbaros, que se deformaban las pantorrillas con horribles ataduras para reconocerse unos a otros, se habían acostumbrado al cambio en la dieta con facilidad y habían pasado de comer nativos a comer cristianos. Su sola mención aún arrancaba escalofríos.

Otras dos, muy amigas, habían salido de Cartagena sabiendo muy bien a qué se dedicarían, porque la suya era la única profesión que habían aprendido en su tierra natal, de la que huían a causa de un padrastro de manos largas y virtud escasa.

La más alta, de largas piernas y fina cintura, con aires de gata, era Tomasa, una mulata de piel apenas tinta hija de esclavo y dueña de encomienda caída en desgracia. La muchacha tenía una impresionante melena riza de azabache brillante, y era la favorita de Gundemaro.

Y alguna más había, pero a la que se dirigió Gundemaro en cuanto dejó atrás el último peldaño fue a la más jovencita, Isabel. Al fraile se le partía el alma cada vez que la veía allí, con su frágil aspecto de pajarillo asustado, y más desde que aquel ojo amoratado le decorara el rostro. Había llegado allí como tantas otras, escapando del hambre, pero no lograba acomodarse. Menos aún después de haberse convertido en el capricho de un cliente con la mano larga.

A ella se acercó con rostro preocupado.

—¿Cómo estás? —preguntó cariñoso, rozándole apenas la mejilla con los dedos regordetes.

Ella fue consciente de la mirada severa de la Brava e intentó disimular, pero fracasó.

—Ya casi no duele…

—¿Y las costillas? —se interesó el franciscano.

—Mejor todavía…

—Ya han pasado dos días. Está perfectamente —zanjó la Brava con rotundidad—, son gajes del oficio. Más en estos tiempos, con la ciudad a rebosar, pendiente de la flota. El que más y el que menos tiene algo metido en el asunto y los nervios a flor de piel. Está mejor que una lechuga fresca —recalcó, mirando al fraile con desafío.

El ladrido de la *madame* arredró a las chicas, que encogieron los hombros, incluso las dos vivarachas cartageneras, que eran siempre las primeras en echarse a bailar y cantar. A todas, menos a Catalina.

Se había quedado retrasada, pero se abrió paso entre sus compañeras y no tuvo reparos en descerrajarle una mirada furibunda a la Brava antes de acercarse a Isabel y recogerla en sus brazos con aires protectores.

—No es cierto —dijo enfadada—, no le hagáis caso, fray Gundemaro. Le hemos puesto la cataplasma que nos trajo ayer, pero aún le duele al respirar y esta noche ha tenido que trabajar —protestó con descaro, sin amilanarse por el mal gesto de la *madame*—. Tiene que hacer algo… Ha habido suerte y ese malnacido no ha regresado, pero, para la siguiente, ¿quién sabe?

La pena desfiló por los ojos de Gundemaro. De pronto, se sentía aplastado por la culpa. Él mismo caía en la tentación sin remedio. Casi todas las noches la gula o la lascivia encaminaban sus pasos desde el convento de San Francisco hasta el barrio del puerto. Y muchas veladas luchaba con sus propios demonios, pero casi siempre perdía; cruzaba la lonja de pescado para atajar y meterse en la trasera de la cofradía de pilotos, donde la Brava mantenía la amplia casa de dos plantas que utilizaba para su negocio. Se le escapó un suspiro culpable.

—Me temo que, aun investido Papa, no habría mucho que pudiera hacer. Hay perros que llevan collares de oro…

A la *madame* se le escapó el cinismo del fraile; a Catalina no, y entrecerró los ojos, descontenta.

Catalina era una muchacha rotunda, de caderas amplias y pecho a tenor. Le sacaba una cabeza a la pequeña Isabel y tenía una rabiosa melena del color del trigo a punto de ser trillado. Nacida y criada en Campeche, la joven era para el franciscano una de esas ovejas siempre dispuesta a meter la pata en la topera y desgraciarse.

Su expresión bastaba, y no le hizo falta abrir la boca. A Gundemaro le sacudió la desazón. La conocía lo suficiente como para saber que aquel brillo en sus ojos esmeraldeños no podía traer nada bueno.

—Ya sabes que, en cuanto zarpe la *Balvanera*, se marchará —repuso en tono conciliador el franciscano.

Ella frunció los labios con un mohín de disgusto. Se persignó y miró al cielo, como pidiendo disculpas por lo que estaba a punto de hacer.

—Pues me da igual si Papa, si obispo o si oblato —riñó severa—. Tenéis que pensar en algo —exigió—. Quién sabe cuándo estará lista la *Balvanera*. El maese de carpinteros pasa más tiempo aquí que en la atarazana. Va a ser la Ascensión, la flota va con retraso. Más que nunca. Por el amor del cielo, ¿quién sabe cuándo zarpará? Y si a ese cabrón se le ocurre volver…

No acabó la frase, se limitó a arropar más fuerte a la menuda Isabel, y la Brava aprovechó el silencio para imponer su autoridad.

—¡Basta de cháchara! —exclamó—. Nada nuevo bajo el sol, y tú deberías saberlo —añadió, señalando a Catalina con un dedo que era poco más que hueso y pellejo—. Ya está bien. Esto no es una casa de caridad, y todo el que quiera quedarse tiene que pagar o trabajar —gritó tajante, volviéndose ahora hacia el franciscano—. Y ahora, dales confesión, salda la cuenta y vete con viento fresco.

No había mucho más que decir. Todos conocían allí su papel.

Gundemaro, haciendo de tripas corazón, se acercó a la mesa que ocupaba el rincón bajo las escaleras. De camino rebuscó bajo el hábito y, antes de sentarse, dejó unas cuantas monedas de a ocho en la esquina, junto al cerco de una copa de vino que estaba en el suelo, rota. Se sentó pese a los crujidos de protesta de sus rodillas y, cuando logró acomodar sus portentosas posaderas en la magra silla, sacudió los dedos, invitando a la primera a acercarse.

Las monedas duraron sobre la mesa lo que un parpadeo. La Brava se las metió en los entresijos de la falda antes de que una de las cartageneras se llegara a sentar al lado del fraile y se persignase, sin que en su pícaro rostro asomase el menor resquicio de contrición.

Con paciencia, Gundemaro escuchó pecados que ya conocía y dispensó absoluciones que valdrían de poco.

Aquella incongruencia le servía para mantener la conciencia tranquila. Además, contentaba a todos, incluyendo a la rabiosa Brava. Con aquel acuerdo se evitaba el escándalo sin privar a las ocupantes de la casa de los sacramentos, que no tenían necesidad de acudir a la misa de domingo y toparse con las cejas alzadas de las señoronas de la villa.

En realidad, el tejemaneje era un secreto a voces, pero, como se hacía con discreción y Gundemaro se cuidaba bien de entrar y salir del lugar de tapadillo, a todo el mundo le acomodaba barrer las migas bajo el felpudo.

Una a una, fue confesando a las muchachas.

Menos la que se sentaba con él, las demás adecentaban el lugar. Se trajo agua, se puso a hervir, se hicieron bailar las escobas, se prepararon cepillos, se fregó. La casa empezó a oler a jabón limpio.

La última en acercarse fue Catalina. Traía entre las manos un paño doblado que despertó la curiosidad del franciscano.

Ella se sentó, se dejó el bulto en el regazo y, tras los protocolos y bendiciones debidos, fue al grano:

—Ya me lo sé —dijo descarada—. Una docena de padrenuestros y un par de avemarías.

Gundemaro iba a decir algo.

—No os molestéis —lo cortó—. Le echaré tres más de propina a la virgen de Guadalupe; siempre se ha dicho que se apiada de las putas.

El franciscano fue a protestar por aquella desfachatez. Pero no pudo.

—Vamos, fray, no me vengáis con pamplinas, aquí todos sabemos cómo va el cuento. Unos pagan y otros cobran, todos pecan, y la Brava se hace rica. Y el buen Dios… —suspiró con aires decepcionados—. Y supongo que el buen Dios tiene asuntos más urgentes que tratar que los de este putiferio —dijo al fin, con un nuevo suspiro—. Ya se sabe, a Dios rogando, pero con el mazo dando.

Dudo un instante y alzó una mano para contener al franciscano.

—Mire, padre, si el buen Señor tiene a bien socorrernos, pues será bienvenido, pero no creo que ni al mismo san Agustín le pareciese mal que soplemos un poco las brasas para que prendan, porque no hay por aquí ni zarzas ni Moisés que las atienda…

Gundemaro levantó un dedo con gesto admonitorio, y ella, al verlo, sonrió con picardía.

—¿En serio? Si ya voy a ir al infierno por el fornicio —dijo descarada—. Tengo demasiado por lo que arrepentirme —continuó persignándose—, y todos los días le pido a la santísima Virgen que me eche una mano, pero, a estas alturas, ¿por qué iba a preocuparme por una blasfemia más o menos…? ¿Qué os parece si tratamos asuntos más importantes? Que de mi fe, y de mis arreglos con el buen Dios y su hijo Jesucristo, ya me ocupo yo.

Como si fueran una jungla espesa, Gundemaro se perdió en aquellos ojos verdes y terminó por claudicar. Poco podía hacer contra aquel vendaval.

Además, conocedora de sus debilidades, pues era buena amiga de la mulata, Catalina se había agenciado un soborno adecuado.

Se echó atrás y mostró el bulto que traía. Desenvolvió el paño, tirando por los picos, y dejó ver un currusco de pan tostado al amor de la lumbre de las cocinas donde hervían el agua de la colada. Encima de la miga había un trozo de queso, fundido hasta tejer una puntilla en los agujeros de la masa, y, como remate, dos lonchas de tocino frito.

—Así que decidme cómo vamos a evitar que le vuelvan a poner un ojo a la funerala a la pobre Isabel —dijo Catalina, ofreciendo las viandas por encima de la mesa—. Y apuraos engullendo eso, que la Brava puede volver en cualquier momento.

Al franciscano se le saltaron las lágrimas. El pan aún estaba tibio. Y los aromas le encharcaron la boca. Percibió el dejo agrio del queso, la salazón del tocino, el contundente rastro del fermento en el pan.

Lo miró durante más rato del que tardó en comérselo. Y todo ese tiempo Catalina guardó silencio, sabedora de la peculiar relación entre el fraile y la comida. Solo cuando el franciscano terminó, ella volvió a hablar:

—¿Y bien?

Se relamió los labios, encontró una miga en la comisura y atrapó unas pocas en la mesa con las gruesas yemas de sus dedos. Luego, cuando tuvo que rendirse a la evidencia de que no quedaban más tesoros que encontrar, se rascó la tonsura.

—Podría fingirse enferma… O en esos días.

—No funcionará —negó Catalina—; con lo que paga ese malnacido, la Brava la obligaría a trabajar aunque se pusiera de parto, y a él tampoco iba a importarle: es un cerdo y no se le levanta… Solo la mira desnudarse, se manosea, bebe, se manosea más, la mira, bebe, se vuelve a manosear…, y, cuando se cansa de que aquello siga como una ciruela, entonces estalla…

Compartieron silencio. Pasó a su lado Tomasa, barriendo. Tarareaba un ritmo extraño de su cuna africana, y el bamboleo al compás amagó con despertar de nuevo los bajos instintos del fraile.

—Tenéis que hablar con él —exigió Catalina, sacudiendo la mano delante de la mirada perdida del franciscano—. Por la mismísima Magdalena, tenéis que hablar con él.

Las cejas le bailaron sin llegar a fruncirse. En los labios se formó una protesta que no logró formular.

—No seáis bruto —repuso ella anticipándose—. No se trata de que le digáis que no pegue a la pobre Isabel —caviló un instante—. Tenéis que

contarle alguna milonga. Que la reputación, que la honra, que el buen cristiano…

—Pero esto es una casa pública —adujo Gundemaro.

Ella lo obvió con un manotazo al aire.

—No habréis pensado que se me ha olvidado —dijo con agrio cinismo—. Las putas estamos para salvaguardar el honor de doncellas y casadas —admitió con desgana, repitiendo la cantinela con retintín, sin creer en lo que decía—, para que los hombres no tengan malas ideas con las que desfogarse… Cómo iba aquello… Santa Nefija y doña Urraca daban limosna de su cuerpo, a los moros por dinero y a los cristianos de balde. —Se sopló el flequillo con un gesto de hastío y prosiguió enfadada—: ¡Pero eso no es excusa para que nos sacudan como a esteras! —refunfuñó para sí—. Decidle que un hombre en su posición… Un respetado comerciante…

Titubeó. Hizo una pausa, sabedora de que le faltaban argumentos.

—Le digáis lo que le digáis, no le habléis de Isabel. Habladle de conciencia, purgatorio, infierno… ¿Qué sé yo? Vos sois quien entendéis de esas zarandajas… Pero, por lo que más queráis, no le habléis de Isabel.

—Porque entonces él podría hablar con la Brava —concluyó el fraile.

Ella asintió con una sacudida de la barbilla, recelosa de admitir que no podía permitirse perder su trabajo. Entonces el franciscano añadió algo más:

—Te gusta abarcar más de lo que puedes apretar —dijo en tono admonitorio.

Ella lo atravesó con la mirada.

—Dejad los sermones para el púlpito. Si pudiera hacerlo yo misma, lo haría. ¿Creéis que os lo pediría si pudiera solventarlo por mi cuenta?

Gundemaro se hizo cargo.

—Aunque no mencione a Isabel, no harán falta sabuesos para seguir el rastro…

Le ofrecía una oportunidad de considerarlo nuevamente. Y antes de que ella abriera la boca, era evidente lo que iba a decir; aquellos ojos verdes ardían como una fragua.

—Lo que está bien, está bien, y hay que actuar en consecuencia.

—Algo parecido decía Platón…

Ella bufó como un gato salvaje.

—¿Vais a ayudarme o no? —espetó al borde del grito.

El franciscano supo que no tenía escapatoria. Además, en su fuero interno, deseaba echar una mano.

—Hay muchos zarzales en ese campo…

Ella iba a interrumpirlo para mandarlo a freír espárragos, pero el franciscano aventó las manos en gesto conciliador.

—Solo quiero que seas consciente de que puedes estar metiéndote en un jardín muy embarrado —le advirtió—. A mí poco puede pasarme. Pero a ti… —No hizo falta que ella dijese nada—. Está bien, ya pensaré algo —aceptó Gundemaro, sin saber si alegrarse o apenarse.

Y la sonrisa que floreció en sus labios fue toda una recompensa.

—La virgen de Guadalupe os lo pagará —dijo ella, satisfecha—. Y no os olvidéis traer un poco más de esa cataplasma vuestra. Parece que le hace bien y, si no lo hace, al menos ella lo cree.

—De acuerdo, le diré al hermano Malaquías que prepare otro tarro.

La miró durante un instante y, después de dudar si merecía la pena decir más, el franciscano terminó por hacerlo, incapaz de contenerse.

—¿Sabes? Eres demasiado buena para estar aquí.

Se mezcló una risa con un reniego. Y su melena trigueña cayó como un cortinón sobre el rostro ovalado.

—Ya, claro, en realidad me esperan en la corte… ¿Dónde iba a estar, si no?

La mulata seguía tarareando. Al fondo, se oían los quejidos de la Brava por los precios de un comerciante de vinos que hacía una entrega. Apocado, el pobre hombre no se atrevía a responder.

—Traeré la cataplasma.

Y se levantó, dando por zanjado el asunto.

—¿No os olvidáis de algo?

Él enarcó una ceja. Ella hizo un gesto con la mano. Y el fraile cayó en la cuenta.

—*Ego te absolvo…*

Los dos sonrieron con complicidad.

Catalina lo acompañó hasta la puerta, esquivando a una de las cartageneras, que cepillaba el suelo. Cuando el fraile ya se marchaba, sorteando el carro del vinatero, ella añadió algo más que lo obligó a volverse:

—Tú también eres demasiado bueno para estar aquí —le dijo, apeándole el tratamiento.

No esperó respuesta y cerró la puerta.

Pensativo, Gundemaro se quedó en la calle, mirando los herrajes y el cartel en forma de escoba que colgaba del dintel.

Camacho asintió. Sabía bien de qué hablaba Mora. Quien más, quien menos enviaba algo a Sevilla, aunque fuera una libra de zarzaparrilla o unos paños de algodón. Y para él suponía la ocasión que llevaba esperando toda una vida.

Se miró los pies. En el suelo había serrín y trozos de palo de tinte.

Había llegado el momento de jugársela.

—Me basta con cinco sextos —propuso con un hilo de voz, tragando ruidosamente.

Mudó de nuevo la expresión del mercader, que contraatacó de inmediato, con el espíritu de un berberisco regateando en el zoco.

—¡Vuelta la burra al trigo! —exclamó con disgusto—. Me arruinas…

Y no dejó a su empleado argüir que el trabajo hecho permitía mayores ganancias. La sola triquiñuela del envío directo a Sevilla era una mina de oro. Y él había sido quien consiguiera un mediador en Triana.

—Es imposible. Además, ¿de dónde ibas a sacar los fondos para cubrirlo?

Todo dependía de la cantidad que viniera en el último cargamento. Pero Camacho se lanzó de cabeza.

—Ya los tengo —afirmó, esperando que no lo pillaran en un renuncio.

Los dientes de Mora mordisquearon los labios por un instante.

—No, no, es imposible —negó—. Estará en juego la honra de la casa —protestó—. No, ¡olvídalo! Además, no tienes nombre ni familia, te faltan avales y linaje. ¡No puede ser!

E hizo ademán de apartarse para seguir inspeccionando la mercancía. Camacho no se atrevió a estirar el brazo y retenerlo. Pero rodeó a Mora y se puso frente a él.

—Cuatro quintos —dijo sin más.

Una sonrisilla extraña bailó bajo el bigote. Dando tiempo al suspense, sacó de su bolsa el palillo de plata que siempre llevaba encima y se hurgó los dientes. Algo logró encontrar entre las ruinas de su dentado y sorbió ruidosamente. Al cabo, sosteniendo el palillo en sus manos angelicales, negó sacudiendo la perilla.

—Tres cuartos —propuso con el aire pesaroso de un penitente con sambenito—. Es todo a lo que estoy dispuesto. Tres cuartos, ¡ojo!, de los

beneficios —advirtió el mercader, alzando un dedo—; de los beneficios, no del costo… Eso lo cubres de tu bolsa, siempre y cuando, como prometes —lo señaló como acusándolo de un crimen—, tengas fondos.

Era un abuso. Camacho tendría que comprar el palo al propio Melchor y luego, del beneficio obtenido en Sevilla, solo sacaría tres cuartos. El mercader ganaba en todos los casos.

Y quizá por eso parecía dispuesto a aceptar.

Aun así, sería la ocasión de meterse tímidamente en el negocio. De labrarse un futuro respetable.

Si la *Balvanera* llegaba a La Habana sin toparse con corsarios. Si la flota partía a tiempo de evitar los huracanes. Si la barra de Sanlúcar no se tragaba la nao. Si su contacto en Triana firmaba como veedor real. Si todo aquello sucedía, por primera vez en su vida, ya no sería el hijo de la Camacha, ya no sería el hijo del inglés. Sus tripas vacías echaron de menos un desayuno más contundente.

—Si tienes para cubrir el costo del palo —insistió Mora ante la falta de respuesta.

Camacho respiró.

—Lo tengo —afirmó al ver un quiebro suspicaz del mostacho.

—De acuerdo entonces…

Quedaron las palabras en el aire e, inevitablemente, Camacho soñaba despierto cuando Melchor lo sobresaltó al cambiar de asunto con brusquedad.

—¿Y dónde diablos estará ese malcarado de Roa? Ya tendría que haber llegado… He asegurado a Pedrarias que contase con mil quintales, ¡mil! Y no podemos fallar…, ¿imaginas lo que escribiría en la licencia?

Señaló a los esclavos y a los indios. Bajo la supervisión de Julián, iban a buen ritmo, apenas quedaban unas brazadas por preparar. Se quedarían pronto sin nada que hacer.

—Coge una mula y ve a su encuentro —ordenó Mora—. Llégate hasta la condenada Laguna de Términos si hace falta, pero no te detengas hasta encontrarlo, y, cuando lo hagas, ocúpate de que se apure en venir —exigió—. Si alguna de las mulas revienta, da lo mismo. Que llegue cuanto antes.

Camacho iba a responder cuando la efímera amabilidad de Mora se desvaneció de un plumazo.

—Y más te vale apurar —amenazó en mal tono—. Si quieres costear parte del envío, quiero ese cargamento aquí hoy mismo… ¡Hoy mismo!

—Tendrían que estar en camino. Si aún están en los cortaderos va a ser imposible…

—¿Y te piensas que me importa? Hoy antes del anochecer, o no participarás.

Camacho se guardó de volver a quejarse.

—¿Está claro? —preguntó el mercader.

Asintió.

—Pues no sé qué haces aún aquí —sentenció. Y se dio la vuelta.

Julián, que había escuchado más de lo que debía, se acercó en cuanto Mora dejó hueco para animar a Camacho.

—Corre, idiota. Es probable que estén de camino.

Se miraron por un momento y, sin decir nada, el medio inglés se puso en marcha.

De las caballerizas que había calle abajo, las que vivían del trasiego del puerto, salía un boyero conduciendo un carro lleno de estiércol. A punto estuvo de atropellar al atolondrado Camacho.

Con apenas un saludo, arregló con el dueño. Se quedó con una mula pinta de largas orejas que parecía la más animosa.

No era un buen jinete, pero salió por la Puerta de Tierra hincando los tobillos en los ijares del animal.

Las campanas de la villa lo despidieron anunciando el ángelus de mediodía.

Menos de ocho horas para estar de vuelta.

La mula era voluntariosa, pero no más valiente que su jinete.

Entre rebuznos escandalosos ya trotaba a toda prisa, de regreso a Campeche, sin necesidad de manos en las riendas. Espantada, huía con tanto o más miedo que el hijo del inglés. Y lo mismo hubieran hecho las que llevaban la carga de palo de no haber estado atadas unas a otras.

Los micos, con sus aullidos escandalosos, le daban ánimos. No eran más que unos bichos de unos palmos de largo, más cola que otra cosa, pero armaban un barullo inconcebible, y, con el jaleo, sin advertir siquiera que su montura se perdía en el horizonte, él se apretaba contra el tronco de aquella ceiba a la vera del camino.

No se dio cuenta de que las gruesas espinas del árbol se quedaban prendidas en su jubón.

Movía la cabeza de un lado a otro.

No se enteró de que también se enganchaba la cinta de su faltriquera.

Estaba demasiado ocupado.

Desesperado, buscaba sin saber el qué. Cualquier cosa que pudiera servir como arma. Debía luchar.

El trozo de pellejo del jerezano seguía allí, tirado sobre la tierra.

Y el maya se acercaba. Gritó algo incomprensible en su lengua hecha de arañazos. Tenía el rostro contraído en una expresión fiera, transfigurada por el odio. Parecía a punto de descargar su maza.

Camacho vio cómo la piel cobriza de su brazo se tensaba. En el hombro traía restos de tierra y un pedazo de hoja seca. El indio, famélico, estaba tan delgado que era fácil contarle el costillar con un reojo.

Quiso morir con dignidad, con la barbilla alta, con una defensa en la mano.

Por puro instinto, o quizá porque el miedo le anquilosó las piernas, se agachó para coger un pedrusco, y la negra obsidiana le pasó tan cerca de la sesera como la flecha de poco antes.

Logró alzar el rostro para ver que su enemigo no se dejaba vencer por el impulso del golpe fallido. Percibió el olor agrio del sudor; hedía a rencor.

El maya asentó el talón contrario y se dispuso para una nueva embestida de revés.

A Camacho incluso le dio tiempo a lamentar su maldita suerte. Iba a quedarse tan cerca de cumplir sus sueños…

Fue entonces cuando la cabeza explotó.

Se desgajó, como una naranja bajo la rueda de un carro. Se abrió y esparció su contenido.

Sintió en el rostro salpicaduras calientes. Vio caer mechones de pelo negro. Las piernas se combaron. Desmadejado, el cuerpo empezó a caer como una cucharada de manteca caliente.

Y entonces comprendió.

Todo estaba envuelto en una niebla acre que escocía en los ojos y escarbaba las narices.

Primero fue el cañón pulido de boca ancha, la madera aceitada de las cachas, el brillo incandescente de la cuerda presa en el serpentín. Y, más allá, la expresión chusca de Roa.

Solo entonces se dio cuenta de que le retumbaban los oídos, sacudidos por la detonación.

—Me debes una, pisaverdes —anunció con sorna.

Sostuvo la mirada. Camacho intentó dar las gracias, pero solo fue capaz de farfullar un sinsentido.

Roa recalcó lo dicho sacudiendo la mano, como si advirtiese a un chicuelo travieso, y se dio la vuelta para atender a los usos de un soldado. Gritó a sus hombres, maldijo a las mulas y salió en pos de más indios.

Camacho se derrumbó entre las enormes raíces de la ceiba. Y sintió que se desinflaba sin redaños. Sin fuerzas siquiera para rezar una salve.

Apenas a un palmo tenía el cuerpo desbaratado del indio. Y el horror quedaba patente. Los moscardones ya zumbaban a su alrededor. El bochorno de la selva exprimía del cadáver el hedor de la muerte.

De haberse permitido un desayuno mejor, allí se hubiera quedado, al pie de la ceiba, pero su estómago vacío no fue capaz de echar nada más que espuma biliosa.

Poco a poco la selva se fue aquietando, como el agua de un charco después de una pedrada. Y, poco a poco, Camacho fue recobrándose.

No supo cuánto tiempo pasó, pero cuando volvió el rostro y miró al cielo el sol se escurría hacia poniente. El tiempo apremiaba. Las palabras de Mora resonaron en su cabeza.

Los hombres de Roa, pasado el peligro de la emboscada, se apañaban para ponerse de nuevo en marcha. Ya había una hoguera encendida, se recogía lo caído, se arreglaban cinchas y cordajes.

El cacereño paticorto al que llamaban Lucas «Dos Pasos», el que más maña se daba con los animales, se encargaba de reagrupar a las mulas, tranquilizarlas y descartar a las que no podrían seguir. Entre todos batieron el lugar y, además de quedarse con todo el jade que pudieron arrancar a los muertos, apañaron el palo desmañado en la refriega.

Con unos golpes de sable y unas ramas de balso se preparó un par de parihuelas que enganchar a las mulas. Una para el cadáver del jerezano, y otra para el portugués herido.

Se rebanó el pescuezo a las mulas que o se habían desgraciado alguna pata o se habían llevado un flechazo, y se repartió su carga entre las que aún rebuznaban. Los dos gaditanos se quedaron sin montura para no dejar allí una ola astilla del palo.

Roa iba de un lado a otro, dando órdenes, asegurando enjalmas y albardas, preocupándose de que el guipuzcoano, el único que sabía algo de tales menesteres, ayudase a Nuno con el flechazo en el muslo. Y demostró que tenía experiencia en el asunto. Echó un vistazo a una de las mulas muertas, le pateó el estómago y desechó la idea con un reniego. Eligió entonces el cadáver de uno de los indios y, sin contemplaciones, le abrió las tripas como a un gorrino. Luego cortó un trozo de la grasa amarillenta del costado.

Todo bajo la atenta mirada de los zamuros. Sobre sus cabezas, los funestos pajarracos planeaban en grandes círculos, impacientes por aprovechar la carroña.

Recortó el trozo como si escogiese tocino de la falda tras día de matanza y lo puso junto al fuego, para derretirlo en una patera que sacó de sus alforjas.

Luego, el guipuzcoano arrastró a Nuno hasta la hoguera, desoyendo sus juramentos en portugués, y, mientras el unto del indio empezaba a hervir, desprendiendo un olor demasiado familiar a cocina hogareña, rajó los calzones del lisboeta con su daga y examinó la herida.

—No es gran cosa —anunció antes de soltar un escupitajo—; las puntas de piedra no son tan jodidas como las de hierro.

Si el guipuzcoano tenía cuajo, al portugués no le faltaba veteranía.

Nuno apenas emitió un quejido mientras la misma hoja afilada que había destripado al indio le abría el muslo para sacar la flecha sin desgarros. Aunque sí gritó cuando vertió en la herida la grasa hirviendo.

Roa se detuvo junto a ellos a tiempo de ver cómo el guipuzcoano remataba la faena improvisando un vendaje.

—Faltan cinco leguas hasta Campeche —anunció—. Haremos una, para alejarnos de este mierdero, no sea que nos quiera picotear el culo alguno de esos condenados —dijo, señalando al cielo—. Y acamparemos entonces. Ya ha sido suficiente sindiós por un día.

Fue entonces cuando Camacho logró volver en sí.

—No, no podemos hacer noche en el camino —contradijo—. Mora quiere el palo en los almacenes cuanto antes.

Roa, airado, saltó como un resorte.

—Lo que quiera Mora me lo paso yo por el forro —dijo con una sonrisa lobuna que sus hombres acompañaron al tiempo que asentían con lealtad—. Nos alejaremos y descansaremos.

—Dijo que, si no estábamos allí antes del anochecer, nos dejaba en la calle a todos.

Roa se rio con ganas.

—No se atreverá —aseguró el soldado—. En marcha —ordenó.

El grupo empezó a moverse, y Camacho se sintió desfallecer. No le cabía duda de que Mora cumpliría sus amenazas.

Quiso poner los brazos en jarras y se dio cuenta entonces de que no tenía su bolsa. Se quedó paralizado. Había extraviado las llaves del almacén.

La partida empezó a alejarse.

Camacho dudó. Miró hacia la ceiba. Miró a las mulas, que daban los primeros pasos. Echó a correr hacia el árbol y buscó desesperadamente.

Los zamuros graznaron impacientes. Le pareció que la selva se cernía sobre él. Desesperado, batió con las manos la hojarasca. Al volver el rostro, ya solo podía ver a las dos últimas mulas, las que tiraban de las parihuelas.

No cayó en la cuenta de que cometía una temeridad. Le preocupaban los zamuros; había oído que aquellos enormes pajarracos, cuando se decidían a destripar cadáveres, no ponían objeciones a trasquilar a un vivo que anduviera por medio.

Pero el peligro no estaba sobre su cabeza.

Tuvo la suerte de que, al bracear, movió una rama.

Y fue aquella rama rota la que sacudió a la bicha, no sus dedos. Camuflada entre la hojarasca, con el mejor de los damascos dibujado en el cuerpo, una cuatro narices había estado sesteando hasta que, por mentecato, la molestó.

La oyó bufar y, espantado, cayó de culo.

La nauyaca alzó su cabeza triangular y amenazante. Sacó la lengua y se balanceó.

Camacho se quedó petrificado.

No le hacía falta reconocer a la sierpe para saber que estaba a una mordedura de brindarles postre a los zamuros.

Ni siquiera pestañeó.

Como una señorona airada, la serpiente comprendió que no había allí amenaza alguna y se dio la vuelta para alejarse con parsimonia, sin miedo a darle la espalda a aquel hombre asustado hasta la médula.

Camacho no se movió durante un rosario entero y, cuando lo hizo, se volvió. Ya no había rastro de la partida de Roa.

Con resignación, dio las llaves por perdidas y salió corriendo.

—Cinco pesos a cada uno —logró decir entre jadeos.

Roa refrenó su mula.

Con cinco pesos se podía comprar un gorrino entero o pagarse una borrachera gloriosa en El lagarto. Eso lo dejaba el hijo de la Camacha a elección de los mercenarios.

Camacho apoyó las manos en las rodillas e intentó recobrar el aliento. Durante su alocada carrera, había echado cuentas. En un solo día iba a malgastar más dineros que en años. También tendría que pagar al herrero para hacerse un nuevo juego de llaves, amén de sobornarlo para que no se fuese de lengua.

—Cinco duros a cada uno por seguir a Campeche y no hacer noche.

Roa no lo dijo en voz alta. Pero consideraba la jugada del inglés. Lo hubiera mandado al infierno, pero todos sus hombres lo habían oído; si rechazaba el dinero, sembraría discordia.

—Seis para cada uno, incluyendo a Jeremías —añadió, señalando la parihuela del muerto.

—No tenía familia —protestó Camacho entre jadeos.

—Pero sí amigos —repuso enseñando el colmillo—. Y la cuenta queda coja… Mejor lo dejamos en cincuenta, y ya lo tasamos nosotros.

—De acuerdo —accedió—. Cincuenta en total, contando a Jeremías. Pero si llegamos al almacén antes de que anochezca —dijo, incorporándose.

Con tal cantidad se podía uno hartar de tocino o beberse una arroba entera del mejor vino traído de Sevilla.

—Pues habrá que ponerse en marcha cuanto antes —concedió el soldado.

Y los hombres de la partida jalearon.

—Me lo voy a gastar todo… —empezó a decir Juan.

—… en casa de la Brava —remató Antón.

Y todos menos Camacho rieron; incluso Nuno, que solo cejó para sujetarse el muslo vendado.

Pese al agotamiento, el hijo de la Camacha trotó para alcanzar a Roa, al frente de la partida. Miró al sol y, apretando los dientes, apuró el paso. Solo le dedicó una maldición a la mula fugada.

Tenían por delante un largo camino.

El olor a pelambre sudada y estiércol lo llenaba todo. Aguzando el hocico, se aventaba el cuero de los correajes y el hierro de los hombres. El impetuoso aroma de la selva no lograba imponerse. Sin embargo, sí lo hacían sus sonidos. Se oía rebuznar de tanto en tanto, también el resoplar de los animales, castigados por la carga, aun así no era suficiente para aplacar el profundo rumor de la jungla. Los susurros de las copas de los árboles, el murmullo de las huellas en la espesura y, desde la rama de un balché, un pequeño cristofué empezó a cantar las estrambóticas llamadas que le daban nombre, propias de un sentido paso de Semana Santa.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que le hablaban.

—¡Espabila!

Al levantar la mirada, vio al soldado, que sonreía divertido.

—Disculpa…

—Preguntaba si se sabe algo de la *Balvanera*… Ya me jodería que todo este sindiós salga de balde —dijo con acritud—. Tú fuiste el que convenció a Mora de que teníamos tiempo de recoger una última tala.

Hizo bailar una acusación en su mirada, y el veterano siguió hablando:

—A Jeremías habrá que buscarle parcela en el camposanto. Y Nuno ha salido escaldado. Más te vale que haya tiempo y que todos podamos cobrar nuestra parte.

A esas alturas del día, la amenaza no surtió efecto. Estaba demasiado cansado. Y el penetrante hedor de las reatas se le había atascado en el gaznate.

Camacho respiró hondo, miró al sol, calculó cuánto les faltaba para llegar, sacudió el rostro y exorcizó la terrible estampa de la sesera del indio.

—He dejado caer unos cuantos reales por la atarazana —contestó, tras aclarar la voz con un carraspeo—. Y tenemos tiempo —aseveró, sin mencionar una sola palabra de las noticias que Mora había traído esa mañana.

—¿Seguro? Aún hay que picar todo esto —añadió, abarcando con la mano el cargamento a lomos de las acémilas—. Desechar los trozos podridos, escoger los que no están infestados de barrenadores… Se necesitarán unos días.

—No será un problema —mintió—. Además, si hiciera falta, estoy seguro de que Mora podrá llegar a un acuerdo con maese Fragoso —añadió con intención.

Los dos se miraron, y a Camacho le sorprendió encontrar una sonrisa amable en el rostro sin afeitar de Roa. Quizá le había sentado bien la pelea.

—Sí, sin duda —replicó afable—; ese estirado con pintas puede ser muy persuasivo cuando quiere… Sobre todo, si cierra la boca y abre la bolsa.

Despistado por tanta camaradería, Camacho no supo qué contestar. Que él recordase era la primera vez que cruzaban más de dos frases. Sin embargo, Roa parecía animado, con aires parlanchines. Y, para más sorpresa, se echó a reír con escándalo antes de darse una palmada en la frente y hablar de nuevo:

—¿Te acuerdas de hace un par de temporadas…? Toda una semana a gastos pagados en casa de la Brava. Eso se llevó por la jeta ese pisaverdes de Pedrarias. Debió de salir escocido —comentó en tono pícaro.

A Camacho, por toda respuesta, se le escurrió entre los labios un carraspeo. Lo recordaba bien; él mismo había tenido que ir cada mañana a liquidar las deudas que el funcionario de la Hacienda Real generaba cada noche. Y enfrentarse, cada una de esas mañanas, al mal trago de encarar su pasado.

—Aprovecharías bien los trámites —enfatizó Roa con una nueva carcajada, volviéndose al resto de los hombres del grupo para incluirlos en la broma—. Te conocen bien en la casa, y a buen seguro a ti te fían…

Camacho, notando cómo se le ruborizaban las mejillas, prefirió ser dueño de su silencio. Se limitó a mantener un paso vivo.

Al contrario que el hijo de la Camacha, los hombres de Roa engulleron el cebo. Antes de que se apagasen las palabras de su capitán, ya se habían unido a la conversación y se lanzaban pullas unos a otros, con palabras broncas y recio humor de soldado. En un abrir y cerrar de ojos, empezaron las fanfarronadas, e incluso Nuno abandonó los reniegos, los porvidas y las maldiciones sobre los indios y se unió alegre a la jarana.

Las anécdotas y sus inevitables mentiras crecieron, como para abochornar al marinero más curtido.

Camacho no les prestaba atención. Mientras el sol se cernía sobre la espesura, echaba cuentas y se preguntaba si lo lograrían. Y, como las dudas lo atosigaban, palmeaba con discreción el anca de la montura del soldado para que no se quedase atrás.

No advirtió que Roa lo observaba.

Lo miraba fijamente, como un ganadero en una subasta. Y se volvió en la grupa para echar un vistazo a sus hombres, hasta convencerse de que habían recogido el envite. Ocupados con sus bravuconerías, no se fijaban en ellos.

—¿Inglés? —llamó, bajando la voz.

No se molestó en protestar por el apelativo.

—¿Cuándo ha quedado esa sanguijuela de Pedrarias en pasarse por el almacén?

Camacho estaba demasiado cansado para que el reciente interés de Roa por el negocio llamase su atención.

—Su secretario respondió que en cuanto le sea posible. Está muy ocupado, todo el puerto espera a que selle los cargamentos…

—Ese cabrón avaricioso —interrumpió el veterano, negando con la barbilla—. Quiere más, ¿no es así? Se ha enterado de que el envío será mayor y se ha puesto en celo.

Camacho miró a poniente antes de contestar:

—Nada nuevo. —Encogió los hombros—. Mora se ocupará, le ofrecerá razones más convincentes —añadió con segundas—. Aunque no le sobra el tiempo. Tiene muchos almacenes que visitar y mucho lacre que gastar. Todo el mundo quiere los sellos listos a tiempo de cargar las bodegas.

Roa, meditabundo, calló durante un trecho. Por detrás, los hombres seguían presumiendo de noches de ronda y faldas levantadas.

—Y una vez ese caradura selle las corachas ya no pueden volver a abrirse, ¿verdad?

Al hablar de su trabajo y responsabilidades, dejando atrás asuntos más espinosos, Camacho no supo alimentar la suspicacia. Además, le despistó uno de los gaditanos, que se había retrasado dando gritos. Una mula se negaba a seguir avanzando y estaba provocando un colapso.

—No, claro que no, lacradas hasta Sevilla —aseguró con vehemencia—. Eso es algo que corresponde a los oficiales de la Casa de Contratación. Ellos hacen recuento y comparan el inventario con el manifiesto de carga, que se firma aquí antes de la partida.

—¿Pedrarias?

Entre maldiciones, el gaditano ya volvía a la cabeza de las reatas.

—Sí, es Pedrarias el que firma, cierra la cuenta y establece el quinto real. En Sevilla se compara el manifiesto con lo que se descarga de la flota. Y lo que va sin sello no se paga: pasa a engrosar el quinto real, y quien lo haya enviado no tiene derecho a cobro.

—¿Siempre?

—Bueno —reconoció el hijo del inglés—, cuando aquí llegan las pipas de vino, o las de aceite, la cantidad no siempre coincide con las marcas. No debería ser así —negó convencido—. Los contratos deben respetarse. Pero, ya se sabe, siempre hay ajetreo en los puertos…

—Y mucho Pedrarias suelto también —apuntilló con mala baba el soldado.

Aquello hizo sonreír al hijo del inglés y se reflejó rápido en Roa. Tras ellos, los gaditanos contaban alguna anécdota pícara al alimón, e incluso Nuno se reía con ganas.

Entonces el veterano llamó al guipuzcoano.

—¡Urdaneta!

El otro, desentendiéndose de la jarana, obedeció de inmediato y taconeó para animar el trote de su montura. Cuando se puso a su altura, Roa tendió la mano, y el guipuzcoano se sacó algo de la talega y se lo lanzó a su jefe, que lo atrapó en el aire.

—La encontramos cuando recogíamos el palo. Supe que era tuya en cuanto vi las llaves. —Roa se la lanzó a su vez a Camacho.

Este no estuvo tan rápido de reflejos como el veterano, y rebotó un par de veces antes de que fuera capaz de atraparla. Allí estaba su vieja bolsa, y le bastó apretar el sobado cuero para palpar las tres llaves del almacén. La cinta estaba rota y deshilachada.

—Será mejor que te apures si quieres que lleguemos a tiempo —anunció Roa sonriente.

Ni se dio cuenta de que se había detenido y se quedaba atrás.

Incluso se sintió arropado por la camaradería.

Incansables, los hombres seguían hablando de borracheras, cornudos y hembras ligeras de cascos.

Por un trecho, un desconocido y dicharachero Roa le contó sobre los Tercios. Camacho quedó absorto por el desparpajo con el que el soldado había capeado la presencia de la muerte. Le impresionó escuchar el relato de los que se habían dejado la vida en el foso de Alkmaar, durante un asedio que se torció de mala manera y se llevó por delante a más de los que Roa quería recordar.

—Aquello fue una cagada indecente… —quedó en silencio por un instante y luego cambió de tema—. ¿Qué tal la calidad del palo?

—Muy buena —reconoció—. Excepcional, podría decirse. Mora está contento…, no se ha quejado ni una sola vez. Conseguirá un buen precio.

Roa asintió con complicidad.

—¿Cuánto?

Camacho se volvió hacia el soldado.

—¿La comisión?

Ensanchando su sonrisa, Roa contestó:

—Sabes que no me refiero a eso.

Inseguro, eludió una respuesta directa.

—Más que nunca —dijo sin desvelar la cifra.

El soldado rumió aquello por un instante.

—Entiendo —dijo con un guiño.

E, imbuido por aquel buen humor, Camacho cedió. No pudo callarse.

—Más de un millón…

—¡La puta de oros! Más de un millón de maravedíes —repitió el veterano con un silbido de asombro—. Eso dicen que le costó a «la católica» la expedición del almirante… ¡Un millón! —Camacho palmeó el aire indicándole que bajase el tono—. Un millón —repitió Roa en voz más baja.

Quedó la impresionante cifra entre ellos y, durante un trecho, lo único notable fue la gigantesca masa oscura de un termitero colgado en la horquilla de las ramas de un caimito.

Llevaban un buen rato descendiendo, y ahora tenían ante ellos un tramo nivelado que incluso Camacho reconoció. Faltaba menos de una legua; el sol sobre poniente les daba el tiempo justo.

—Estaba dándole vueltas… —volvió a hablar el soldado, dudando—. Me he acordado de aquel tabernero al que le arrancamos los bigotes con brea…

Camacho asintió. Todo hijo de vecino había oído la historia.

—Lo de los naipes marcados lo pagó caro —añadió Roa, echando un escupitajo bajo el colmillo—, pero no se trata de eso. —Sacudió la cabeza. Se quedó callado y, levantando el sombrero, se atusó el pelo—. Estaba pensando en que aguaba el vino en exceso —dijo al fin, encasquetándose el chapeo.

Volvió a callar, y aquellos silencios extrañaron a Camacho, que alzó la vista, inquisitivo.

—Se me ha ocurrido que, si la calidad es tan buena esta temporada como dices, quizá Mora podría «aguar» también el palo…

El hijo del inglés enarcó una ceja.

—Le sacaría más partido —añadió Roa.

Sin vislumbrar el trasfondo de sus palabras, Camacho respondió apresurado:

—Oh, no, imposible. Mora puede ser muchas cosas —reconoció sin ambages—, pero jamás permitiría que el cargamento no fuese de la mejor calidad. Lo que más le importa es la reputación —aseguró rotundo—. Así consigue los mejores precios. Nunca haría algo así. Hay muchos que lo hacen, con el palo, el vino, el aceite, con lo que sea… Pero Mora, no. Está como loco porque le concedan la licencia real y quedarse con el negocio para él solo —levantó un dedo para enfatizar sus últimas palabras—, y sabe que no lo conseguirá si estropea la mercancía.

—Podría ganar unos pesos más…

—Podría, pero solo en un envío, para el siguiente no le ofrecerían tan buen trato. Eso es algo propio de Bacheli, él tiene menos reparos en meter las narices en ese tipo de asuntos —reconoció—. Pedrarias lo sabe, y también hasta el último contador de la Casa de Contratación. Pero Mora, no; si lo hiciera, la recomendación del gobernador Céspedes se iría al garete.

Roa asintió conciliador.

—Pues si Mora no lo hace, quizás alguien más podría hacerlo —aventuró.

Carraspeó. Miró de nuevo a sus hombres. Las fanfarronerías ya se habían agotado. Nuno dormitaba. Los dos hermanos gaditanos cuchicheaban como niños compartiendo secretos. El guipuzcoano Urdaneta fumaba con delectación un enorme cigarro que humeaba como una chimenea sin

deshollinar; era uno más de los muchos que se habían apropiado de aquella costumbre indígena. Ninguno prestaba atención a la pareja que comandaba la marcha.

—Es una oportunidad que no debería dejarse de lado —continuó Roa—. No hay muchas así en la vida. Llevarse tajada en un millón de maravedíes… —Hizo una pausa marcada—. Solo haría falta dar con alguien que conozca bien las tripas del negocio, que sepa distinguir los maderos y cómo mezclarlos, sin que se note mucho —apuntilló con fingida inocencia—. Alguien que sepa diferenciar bien las calidades. Y también cómo y cuánto deben llenarse las corachas… Bien hecho no creo que en Sevilla noten la diferencia.

Tardó un rato en calar la verdadera intención. Fue como meterse en agua helada. Camacho dudó. Ya no sonreía. Tampoco se sentía parte de aquella camaradería destilada en las risillas de los gaditanos.

—Será mejor que me adelante y avise en el almacén de que llegamos —anunció, acelerando el paso e ignorando su cuerpo magullado.

Roa no insistió. Tampoco profirió amenaza alguna. No hacía falta.

Camacho fue consciente al momento de que no podría hablar jamás de aquel asunto sin jugarse el pescuezo por lenguaraz.

—Pues será por las malas —murmuró el soldado entre dientes, con los ojos clavados en la espalda del inglés.

Por un rato, trotó en silencio. Cuando la distancia entre ambos se agrandó, y llamó de nuevo al guipuzcoano:

—¿Lo tienes?

Urdaneta se palpó el coleto y afirmó.

—Servirán.

Y en el rostro de Roa apareció de nuevo aquella lobuna sonrisa que enseñaba el colmillo.

Cincuenta pasos por delante, cabizbajo, Camacho se apuraba sin atreverse a echar la vista atrás. Solo quería llegar a tiempo al almacén. Necesitaba escuchar que la oferta de participar en el cargamento seguía en pie.

El agua era escasa. O eso había parecido a los primeros castellanos que echaron pie a tierra por aquellos pagos.

Se equivocaron: había agua en Yucatán, pero era tímida. Se escondía en laberintos subterráneos cuajados de cuevas y amplios pozos que los recién llegados aprendieron a nombrar como cenotes.

Escondida en las tripas de la tierra, no dejaba criar a los mosquitos; gracias a ello, apenas había. Y los hombres que habían trasegado tanto mundo, tanto como para ir más allá de todo lo conocido, lo agradecieron, porque todos habían oído las historias de cómo el almirante Colón enloqueciera en la costa de Jamaica por culpa de los condenados mosquitos. Se decía que, aun años después, no mucho antes de morir, el marino seguía palmeando el aire frenéticamente para librarse de la plaga.

Lo que había en Yucatán era selva, y la selva todo lo cubría.

Crecía exuberante, preñada de verde y vida; incluso se comía los caminos de los indios entres sus pirámides y sus templos.

La jungla era dueña y señora. Y si la jungla podía acongojar al más pintado, más poderosa era aún la impresión cuando caía la noche.

Bajo el cielo despejado, con las estrellas huérfanas de luna, parecía crecer. El rumor de las hojas, los pasos de las pezuñas, el batir de alas, los cantos de los bichos. La selva se henchía de vida.

Y Campeche, privada del ajetreo diurno, se encogía, temerosa de que aquel infierno verde la engullese de un bocado.

Los puestos ambulantes estaban recogidos; las obras de las murallas, detenidas; los niños no se perseguían a la carrera. Esperaban madrugones y trabajo duro. La villa se arropaba. La gente se resguardaba.

Aunque había excepciones.

Algunas habituales. Una contraventana se abría para que algún insomne vaciase el orinal; un puñado de pescadores se preparaba para salir a faenar con fachos encendidos, y algún niño no lograba conciliar el sueño porque era la víspera del regreso de su padre desde Mérida. En la casa de la Brava, se daba rienda suelta a la lascivia, y las borracheras se ofrecían en la posada El lagarto, que, como el río de poniente, llevaba el nombre por los caimanes y, a

su entrada, había un enorme cartelón de madera de balché que uno de los carpinteros de ribera había tallado a cambio de beber gratis durante un mes.

Y otras extraordinarias. En la barriada más rica de la villa, a dos pasos de la parroquia de San Román, en una de las pocas calles adoquinadas, estaban las casas de los miembros del cabildo, de los comerciantes más poderosos y de quien podía presumir de apellido.

Entre ellas, había una cercada por verja de forja y robustas columnas rematadas con hojas de acanto. La fachada ofrecía escudo familiar en el frontón, y los ventanales daban fe de que había dineros para pagar vidrio de calidad en los confines del mundo.

En la planta baja las candelas estaban prendidas, y la luz enseñaba los colores del inmenso zaguán de entrada. Dentro había un enorme tapiz que conmemoraba la llegada del almirante a San Salvador, donde se decía que había echado pie a tierra por primera vez tras cruzar el océano, mucho antes de acabar enloquecido por los mosquitos. Y al otro lado, sobre una mesa taraceada de patas labradas como garras de león, colgaba un cordobán repujado traído desde Huelva. El suelo era de amplias losas, y en lo alto, señoreaba una enorme lámpara que sostenía una docena de velas de auténtica cera, nada de sebo o pábilos embadurnados. Además, en el aire limpio y fresco, gracias a los gruesos muros y a la buena ventilación, se percibía quemándose en los braseros el aroma del clavo para espantar a las moscas y del nopal para disuadir a los jejenes, pero, aún más importante, se advertía el delicioso aroma de la gallina de tierra asada con hierbas y batatas que había sido la cena. Todo eso había. Y también un franciscano gordo y un lacayo de impoluta librea, que lo invitaba a irse con gestos urgentes.

—La casa agradece la visita —el sirviente pastoreaba al fraile como si condujese un buey fuera del establo—, pero se me ha pedido que os diga que no sois bienvenido y que no regreséis más para este tipo de asuntos. —El tono era neutro, pero solo un imbécil dudaría de la amenaza velada tras aquellas palabras.

Resignado, Gundemaro no sabía si alegrarse porque el asunto quedase en un rapapolvo o si disgustarse por no conseguir su propósito.

Cuando le cerraron la puerta en las narices, se le escapó un suspiro. No merecía la pena mentirse; sabía que, con la excusa de contarle a Catalina lo sucedido, esa noche acabaría sucumbiendo a las tentaciones que la mulata escondía bajo la ropa. Absorto, cometió el error de obviar las represalias.

⁂

Al otro lado de la ciudad, en el cuartel más pobre de la villa, un candil de sebo barato y mecha de cendal, más barata aún, iluminaba apenas la más pequeña y desastrada de todas las casas: la del hijo de la Camacha.

A la escasa luz, envuelto en inconfundible peste a grasa quemada, se oía el tintineo de las monedas. Ante sus narices tenía toda una vida de ahorros, aunque para él solo eran un medio para conseguir un nombre.

Apartados, apilados en dos columnas parejas, los cincuenta reales de a ocho. Incluso se había molestado en escogerlos, los más nuevos y enteros, de plata limpia y brillante.

Además de los duros reservados para el soborno, tenía un tazón lleno de cuartillos y medios cortados. Y más y más pilas en las que había repartido toda su fortuna, incluyendo algunos escudos de oro y más de diez mil maravedíes en ducados. También había apartado unas monedas por si le hacían falta a Julián.

En las losas del suelo, sin gastar en papel o tinta, usando un carboncillo del hogar, las sumas. Y, aunque ya las había repasado tres veces, seguía contando.

No podía dormir. Soñaba despierto con abrir su propio negocio. Soñaba despierto con que algún día lo llamasen don Bernal.

Cometió el mismo error que el fraile.

⁂

Viajando al otro cantón de la villa, a la zona del puerto, junto a la cofradía de los pilotos de marear que se jugaban la vida y la nao sorteando los bajíos de la costa, estaba la casa de la Brava.

En la planta baja, unos candiles de hierro labrado iluminaban el lugar. En los lados, para dejar escapar la luz de las velas, tenían unos agujeros especialmente encargados al herrero. No eran tréboles, cruces o flores de lis, sino insinuantes siluetas de mujeres. Y bajo esa luz pícara se dejaban ver las mesas ocupadas por quienes podían gastarse los cuartos, los medios y los enteros en el vicio y las faldas.

La Brava ofrecía un impecable aspecto que le disimulaba la mala leche. Llevaba el pelo bien arreglado, recogido en un moño. Vestía falda amplia de ruan teñida de añil, rematada con pasamanerías, y un corsé anudado que sujetaba la holgada blusa de algodón y también unos pechos que habían conocido tiempos mejores. Se paseaba entre sus clientes, atenta a que no faltase vino, a que las muchachas se ofreciesen, a que se recogieran los vasos vacíos; atenta, en fin, a que el negocio marchase.

En la planta superior, por el contrario, no se veía un alma. Allí todo el protagonismo lo tenía un largo y estrecho pasillo pegado a la fachada posterior. Por él se accedía a la ristra de puertas que acomodaban las habitaciones donde la casa prestaba sus servicios. Una detrás de otra, desfilaban, encogiéndose desde la escalera hasta la trasera, todas cerradas. Como no eran más que sencillos tablazones, a través de las rendijas se colaba la luz mortecina de los interiores y en alguna de ellas se oía a los más fogosos dando rienda libre a sus ímpetus. Hacia la mitad del corredor, sin embargo, de una no salían gemidos, sino ronquidos. La melancólica Guillermina aprovechaba la embriaguez de su cliente. El pobre iluso, pese a haberse tragado en una sentada dos jarras de vino berciano, había insistido en subir las escaleras y ahora, con el culo al aire y las calzas por los tobillos, con medio cuerpo en la cama y el otro colgando, dormía como solo duermen los borrachos. Ella, cansada, disfrutaba de esos instantes de paz, rechazando la idea de bajar de nuevo.

Al fondo, disimulada por un cortinón, había otra puerta diferente. Daba al dormitorio común que las muchachas compartían.

Aun ocupando todo el lateral de la casa, la pieza no resultaba amplia; estaba abarrotada e, inevitablemente, mostraba que su docena de inquilinas tenían demasiados ímpetus para regirse en tan poco espacio.

Casi no había donde pisar sin tropezar. Sin orden ni concierto, aparecían por allí blusas a remendar, cepillos para el pelo, varillas de salvia para los dientes, aguamaniles, cacharradas varias, potingues y afeites.

Colgando entre las soleras de las dos únicas ventanas, la mulata había puesto a secar en un cordel de sisal hierbas surtidas. Convencida de que su abuelo había sido brujo en uno de los desiertos al sur de Luanda, de donde los portugueses, a quienes no podía soportar, habían arrancado a su padre para venderlo como carnaza, creía ciegamente que conservaba los poderes mágicos de sus antepasados, aunque hasta el presente ninguno de sus muchos conjuros había logrado que a la Brava le diese siquiera un ataque de diarrea galopante. Sin embargo, Tomasa sí sabía qué aceites recomendar a sus vecinas cuando llevaban más de un mes sin usar los trapos.

Y la mulata no era la única que tenía fe en asuntos poco terrenales; las dos cartageneras guardaban una hermosa colección de estampas. Eran muy devotas de la Virgen Santa Madre de Dios en todas sus advocaciones.

Además, cada una tenía su propio catre, aunque no fueran las primeras en usarlo y ni mucho menos las últimas, y un cofre de buen tamaño, porque la

Brava las obligaba a comprar vestidos y ropas variadas con las ganancias que conseguían. Las quería presentables y, al tiempo, las atrapaba en su tela.

Las obligaba a pagar por la comida, el alojamiento y todo lo preciso. De algún modo que nadie a excepción de la propia Brava comprendía, en lugar de saldarlas, las muchachas acababan acrecentando sus deudas.

Al ser noche cerrada, todas deberían estar ocupadas y la habitación, vacía; sin embargo, dos muchachas se sentaban al borde de uno de los catres.

Isabel y Catalina.

Entre ambas tenían una de las cestas para las coladas, una vieja con buena parte de los carrizos sueltos.

Con la esquina retorcida de un trapo, Isabelita absorbía leche de un cuenco apoyado en el suelo y se inclinaba sobre la cesta con infinita ternura.

—Son preciosos, ¿verdad? —preguntó a Catalina sin esperar respuesta.

En el interior, en un revoltijo de pelambre, patas, colas y orejas, tres gatitos se perseguían, mordisqueaban, caían y hacían cabriolas sin que la chiquilla consiguiera que prestasen atención a la que se suponía su cena.

—Sí, lo son —reconoció Catalina, haciendo rodar los ojos para reunir paciencia—. Anda, no te despistes, ¿cuál es esta? —Le enseñaba unas letras garabateadas en los enveses de naipes viejos.

Pero Isabel estaba embelesada con los animalillos. Dos eran atigrados, y el otro casi negro por completo. Y cogió a este último en el regazo para acercarle la punta del trapo a la boca.

El gatito la miró con profundos ojos amarillos, maulló y se revolvió, pero terminó por dejarse domeñar cuando los dedos finos de la muchachita le acariciaron el vientre.

—Este debe de ser como el padre, y los otros dos como la madre —aventuró con aires soñadores.

—Por santa Úrsula y su retahíla de vírgenes, ¿qué letra es?

Le echó una mirada de reojo.

—¿Catalina?

Los ojos verdes volvieron a hacer un requiebro.

—Sabes que no tenemos tiempo, antes o después la Brava…

El gatito pegó unos cuantos manotazos al trapo, se cansó, intentó liberarse de la presa y, al cabo, se rindió. Mamó con fuerza, hasta que Isabel tuvo que volver a mojar el trapo en la leche. Los otros dos se habían acurrucado en la cesta y ronroneaban con una paz que Catalina envidió.

—Santo Jesucristo, dame paciencia —dijo para sí—. Vamos, ¿qué letra es? Esfuérzate, debes aprender. Si aprendes, podrás conseguir otro trabajo y

salir de aquí.

El gatito negro empezaba a dormirse también.

—Ya veo de lo que te ha servido a ti —repuso la otra, rebelde.

Catalina escondió el dolor tras un mohín y miró el ojo todavía amoratado de la chiquilla. Sabía que si libraba esa batalla la perdería, y prefirió no pelear.

—Vamos, ¿qué letra es?

Isabel dejó escurrir por el hombro un reojo desdeñoso.

—¿Y qué bien va a hacerme aprender a leer y a escribir?

—Ya te lo he dicho —logró decir Catalina reuniendo paciencia—: puedes tener un futuro distinto, lejos de aquí. Un futuro mejor.

El único que respondió fue el animal. Ronroneaba encantado bajo los dedos cariñosos de Isabel. Y Catalina se rindió. Comprendió que poco más podrían hacer esa noche y, tras cuadrar los naipes, los guardó bajo la almohada, que era la suya.

—¿A ti qué te hubiera gustado ser en lugar de puta?

Sabía que no podía negarse a responder. La muchacha era cabezota. Y también que se daría cuenta si no era sincera. Porque Isabel, aunque no lo pareciese, era espabilada. Lo malo era que, como tantas otras en el negocio, también era una ilusa: creía que un gallardo piloto de las naos de la flota se enamoraría de ella y le ofrecería una salida de aquella ratonera. Si no contestaba, volvería a preguntar.

—Por un tiempo… —Calló un instante—. Por un tiempo, creí que… Me hubiera gustado ser monja, dedicar mi vida a Dios —reveló al fin con un hilo de voz en un sorprendente momento de sinceridad.

Isabelita se rio con desparpajo.

—¿Tú?, ¿monja?

En lugar de enfadarse, Catalina resopló con resignación y observó a su compañera con el severo rostro de un admonitor en el convento.

—¿Y la Magdalena? Si el buen Jesús encontró el modo de perdonarle su vida licenciosa, si la tuvo a su lado, ¿por qué no habría de tener yo una oportunidad?

La jovencita hizo un esfuerzo por tomárselo en serio.

—¿Monja? Pero si eso es un aburrimiento. Todo el día rezando. ¡Y encerrada en un convento! ¿Quién querría ser monja?

Aun segura de que no serviría de mucho, Catalina respondió igualmente:

—Alguien que pensase que sirviendo al buen Señor también sirve al prójimo.

Isabelita resopló con tanta fuerza que el gatito despertó, asustado, y escapó de entre sus brazos para acurrucarse con sus hermanos.

Catalina decidió que más le valía salirse por peteneras.

—Maestra —adujo con rapidez—. Me hubiera gustado ser maestra. Y enseñar a las cabezas huecas como tú a pensar por sí mismas, a labrarse un porvenir.

Por unos instantes, ambas guardaron silencios íntimos. La más joven, perdida en las carantoñas de los gatitos. La mayor, pensativa.

Y, sin venir a cuento, Isabel preguntó:

—¿Crees que vendrá hoy? —Aunque consiguió no echarse a llorar, su pecho se sacudió.

Catalina no comentó lo hablado con Gundemaro. Se limitó a engullir en un abrazo a la chiquilla.

—Si ese malnacido viene, yo me ocuparé, no te preocupes. —Y recogió el rostro de la mujercita en su hombro.

⁂

No lejos de la casa de la Brava, lo suficiente como para que los parroquianos no se confundieran de local, pero tan cerca como para que una borrachera no impidiese cambiar de aires, lucía bajo un fanal aquel caimán de madera que anunciaba la taberna y posada de El lagarto.

Bastaba acercarse para imaginar que los parroquianos debían de estar pasando un buen rato, pues hasta la calle llegaba el soniquete de canciones marineras. Y, fuera, en una placita contrahecha que había quedado descuadrada por las continuas reformas, se veían algunas curiosidades.

Pese a haberse construido cincuenta años antes, con el nacimiento de la villa, la taberna estaba a la sombra de un enorme árbol de jacarandá repleto de flores violetas, sediento por una temporada de lluvias que se retrasaba. Alto y desgarbado, más de un conquistador se había echado una siesta a sus pies y allí, entre las sombras, estaba sentado un indio cojo que no tenía otra cosa para vestirse que un poncho de henequén cubierto de lamparones, a la expectativa de que algún parroquiano de buen humor le dejase caer una limosna.

Por las mañanas, las mejores zonas eran junto a la parroquia de San Román o cerca del convento de San Francisco. Al mediodía, en la lonja o en los corredores del puerto, cerca de la Puerta de Mar, las murallas y la gran torre. Por la noche, solo había dos opciones: o el lupanar de la Brava o la taberna.

Pero la viejuca arrugada no admitía pordioseros que afearan la entrada del negocio. Él lo sabía bien, y mejor aún sus costillas. Le habían dolido por dos semanas la primera vez que se había acercado por allí. Además, junto a la casa de alterne no había un jacaranda ni el aroma de sus flores.

En cuanto oyó pasos, alzó la mano y estiró el brazo, saliéndose de las sombras que el fanal de la taberna arrancaba al árbol.

Sin embargo, aun con las penurias que sobrellevaba, en cuanto reconoció al que se acercaba, se agazapó y dejó que las sombras lo escondieran.

Los tacones de las botas estampaban su sello en los adoquines.

Traía capa terciada al hombro, y los gavilanes del cazo del sable brillaron a la luz del farol.

Bajo la cabezota de madera, en la que el ebanista había tallado la crueldad de interminables filas de colmillos, se detuvieron un sombrero y su dueño.

El hombre no advirtió que el indio lo observaba y se entretenía con el tintineo de sus monedas. Estaba demasiado ocupado; sopesaba el contenido de la faltriquera al cinto. Se le advertían los nervios por templar.

Por el lateral de la posada corría una escalera que llevaba a las habitaciones sin tener que entrar al negocio, y, cuando la puerta al final de los escalones se abrió, el hombre llevó de inmediato la mano al pomo de la toledana.

Era una de las muchachas de la Brava. Finiquitado un trabajo a domicilio, volvía a sus obligaciones en el lupanar.

—Buenas noches —saludó risueña.

El indio vio que la muñeca del hombre se relajaba. No le devolvió el saludo.

—¡No seas desaborío! Lo cortés no lo da la cuna, sino el entendimiento —refunfuñó ella, sonriente, no tanto para quejarse por el silencio, sino más bien para congraciarse y, quizá, ganarse la oportunidad de un servicio más—. He acabado con tiempo, si te apetece entretenerte…

Quedó el ofrecimiento en el aire, con un contoneo coqueto y una mirada gacha que hacía promesas para cumplir bajo las sábanas.

—Me llamo Luisa —se presentó sin perder la sonrisa, acercando una mano pizpireta al hombro que cargaba la capa—. La bruja no anda por aquí —añadió con marcada intención—. Podríamos acordar una tarifa conveniente… —hizo un alto y frunció los labios—, si sabes guardar el secreto —añadió, acercándose al hombre—. Yo no se lo diré si tú no lo haces… —aseguró, tentadora.

—Otra noche mejor.

—Tú te lo pierdes —repuso inmediatamente con resignación.

Sus mañas se desvanecieron. Ya no había rastro de provocación.

—Ya sabes dónde encontrarme —finiquitó la conversación.

Y pasó de largo. En tanto, el hombre volvió a su bolsa.

Solo cuando pareció convencido de que tenía lo suficiente, asintió para sí con una sacudida del mentón y, quitándose el chape, se dispuso a entrar en el negocio, murmurando para sí mismo: «No se puede perder siempre…».

A la luz del fanal, mientras el hombre miraba a ambos lados antes de franquear el umbral, el pordiosero vio las afiladas sombras en un rostro que todos conocían.

Era el cazador de hombres: Damián de Roa.

Cuando Roa entró en El lagarto, volvieron la cabeza todos los que no estaban demasiado borrachos como para hacerlo sin echar hasta las papillas de infancia.

Y, como centellas, al reconocerlo, la giraron de nuevo para ocuparse de sus propios asuntos con hombros encogidos.

El que mejor disimuló el susto fue un espartero que tocaba la chirimía para dar melodía a las canciones que entonaba uno de sus aprendices, un muchacho de aires frágiles conocido en todo Campeche por cantar como los ángeles. Había escapado de Madrid porque lo querían hacer capón para los coros de la corte.

—Me decían que, si alguien preguntaba, contase que había sido un accidente en el taller de mi padre —contaba a quien quería escucharlo, consiguiendo que al interlocutor se le espantase la cara mientras echaba manos abajo para protegerse la entrepierna.

También el tabernero se acomodó pronto. Tras tantos años en el negocio, conocía bien el percal.

El coruñés había abandonado su ciudad natal cuando los ataques del bellaco inglés, decidiendo que, si había que luchar, mejor hacerlo a cambio de oro y fortuna que por salvar el pellejo ante el perro enloquecido de Draque. Sin embargo, pese a todo el ímpetu, le había bastado poner el pie en La Habana y ver el lamentable estado de los que pululaban por la isla para darse cuenta de que había mucho más que ganar sirviendo a esos desesperados que uniéndose a ellos.

Se llamaba Rodrigo Toral, y había comprendido casi al instante que, reunir los fondos, conseguir armas, lidiar con la burocracia hasta obtener una patente, salir a lo desconocido y jugarse el pellejo a cambio de un oro que podía aparecer como no, era, a ojos de cualquiera con dos dedos de frente, una locura; más aún cuando, de lo que se consiguiera, si se conseguía algo, había que dar un quinto al rey Felipe sin que este hubiera movido un dedo.

En La Habana y en cualquier otro rincón de aquel «nuevo mundo», lo que la mayoría de los aventureros llevaban en la bolsa eran agujeros. Y a Toral, respetuoso como era con la Corona, le pareció que, para ceder a la Real

Hacienda un quinto de nada, mejor era dedicarse a otros asuntos y mantener la cabeza pegada al cuerpo. Así que, en cuanto tuvo noticias, recién llegado a Cotoche, de que al dueño de El lagarto le habían metido un atizador por la oreja, decidió aprovechar la oportunidad.

Hasta ahí se oía si se preguntaba en lo buenos ambientes; incluso había quien recomendaba la posada por limpia. Sin embargo, si uno se atrevía con entornos más sórdidos, el cuento era distinto. En rumores bajo manos que cubrían bocas, algunos decían que, al poco de empezar su aventura, a Toral se lo había comido la ruina y que, para seguir adelante, no le había quedado otro remedio que aceptar la coacción de los garduños, de los que, si se contaba algo, se hacía bajando aún más la voz y escondiendo las intenciones. Porque se chismorreaba que los miembros de la Garduña, a ambos lados del océano, eran quienes metían mano en las aguas más turbias.

Pero, tanto si era honrado como si había terminado en las redes de un crimen organizado desde Nápoles a la misma ciudad de México, a Toral le iba bien. Entre otras cosas, porque sabía mantener la boca cerrada y porque evitaba los líos en el negocio.

De ahí que, al ver al viejo soldado en el umbral, Toral ensayase la mejor de sus sonrisas.

—Buenos los ojos —saludó afable, animando con un gesto a los clientes para que no abandonasen sus quehaceres.

Mientras la chirimía seguía sonando y aquel que iba para castrato engolaba la voz, Roa se acercó a la fila de barriles desde la que se atendía a los parroquianos.

—Una jarra de cualquier cosa que tengas que no esté aguada.

—Aquí no se agua el vino —repuso Toral, enseñando hasta el último de sus dientes picados en una amplia sonrisa—. Pero para un hombre de tanta categoría, para alguien que se ha jugado el pellejo bajo el pendón de san Andrés, tengo yo un orujo de mi tierra que llegó en el último envío. Algo muy especial, ¡auténtica ambrosía! Reservada, por supuesto, para mis mejores clientes.

—Serán meos de burra —soltó con desprecio el veterano en tanto se descubría y abandonaba el sombrero en los barriles.

Aunque parecía imposible, la sonrisa de Toral creció. Se dio la vuelta para servir lo prometido.

En realidad, aquel brebaje no era orujo, y tenía lo mismo de gallego que la Giralda, a la que Toral solo había visto de reojo antes de embarcarse en Sevilla. Se trataba de un destilado de agave, que el tabernero había aprendido

a fabricar gracias a un franciscano borrachín llegado a Campeche desde el monasterio de la orden en Santiago de Tequila. El fraile había descubierto allí cómo sacar partido a los trozos de pulpa de la planta, que los nativos tomaban como golosinas. Los usaba para sustituir a las endrinas del pacharán que tanto echaba de menos tan lejos de su Navarra natal. El resultado era un potente bebedizo con un trasluz azulado al que el propio Toral se había aficionado.

Con mimo por su producto, de la espita en un tonelete anclado en la pared, el tabernero llenó una jarra y la puso frente al soldado junto a un vaso de barro. Cuando iba a servir, como si acabase de acordarse de algo, se palmeó la frente.

—Dejó recado el Rubio —dijo, apoyando la jarra en la tapa de uno de los barriles, sin llenar el vaso—. Anda buscando algo que extravió, y está convencido de que tú lo encontraste…

No acabó la frase y la sonrisa no bailó un ápice, tan amplia que asomaban las muelas del juicio. Todo él rezumaba afabilidad, excepto el tono de su voz al pronunciar las últimas palabras, gélido.

Roa carraspeó, arrastró la lengua ruidosamente y terminó por escupir en el suelo, cubierto del serrín de las atarazanas, un enorme gargajo.

—Pues que tenga cuidado, no vaya a ser que pierda algo más importante…

A sus espaldas, zumbó un chismorreo, como un moscardón.

Roa fingió no enterarse y señaló la jarra. Pero Toral no se arredró.

—Hombre, yo creo que es natural —dijo el tabernero alzando la jarra, a punto de abocar la bebida pero sin llegar a hacerlo—. Me pareció que se nota ligero… —Miró a Roa a los ojos y volvió a apoyarla en el barril—. Y debe de ser contagioso, porque yo también —remarcó, alzando las cejas—. Me noto especialmente ligero por esta zona de la cintura —añadió, sujetando la faltriquera al cinto.

Levantó una vez más la jarra. De nuevo, la inclinó para servir. Y, una vez más, la volvió a apoyar sin hacerlo.

—Ahora que lo pienso, a lo mejor es una epidemia. O cosa de meigas…

Roa, cachazudo, cogió el vaso vacío. Lo inspeccionó con detenimiento y lo devolvió a su lugar.

Un par de clientes, los que estaban en la mesa más cercana, dejaron unas monedas en los maderos, se colocaron los sombreros y salieron a toda prisa.

El tabernero se acercó al lugar, recogió los trastos y pasó un paño húmedo. Después se metió las monedas en la bolsa y, tras regresar a los barriles, volvió a hablar a Roa:

—Es curioso, empiezo a notar cierta mejoría…

El veterano no se inmutó. Quitó unos pétalos de jacaranda pegados al ala del sombrero y, con tanta delicadeza como si tratase con una mariposa, lo apoyó de nuevo junto a la jarra y el vaso.

Los dos hombres se miraron, y Toral decidió largar cuerda.

—Ya sabes cómo es el Rubio… No conviene que se disguste.

Roa chistó.

—¿Te he hablado alguna vez de cuando me ganaba el pan persiguiendo esclavos?

El tono fue casual, como si hablase con un viejo amigo. Pero el tabernero captó algo diferente y tanteó el espacio entre dos barriles; allí guardaba una garrota quitapenas.

—No recuerdo tal cosa —respondió Toral.

—¿No? Qué contrariedad. Verás, había quien pagaba porque los llevase de vuelta; lo lógico, simplemente querían recuperar su mercancía, y muchos se ocupaban ellos mismos de darles unos latigazos para quitarles las ideas de libertad. Sin embargo —continuó, llevándose la mano a la canana donde colgaba aquella particular docena de apóstoles a rebosar de pólvora—, había casos, digamos, especiales. —Bajó los dedos hasta la empuñadura del hierro —. De todo hay en la viña del Señor —añadió, haciendo rodar los ojos y acabando aquellas florituras de manos para poner la derecha en la pistola—. Algunos de esos condenados negros podían haberse cagado fuera del tiesto. A lo mejor, al fugarse, habían provocado un incendio, se habían llevado por la mano parte de las mercaderías de la casa o habían hurgado las faldas de quien no debían. Lo que fuera —hizo un aspaviento—, a mí y a los míos no nos iba un bledo mientras se pagase la tarifa, ¿comprendes?

Toral sujetó la garrota y, sin dejar que el soldado lo viese, la levantó un par de pulgadas.

En ese momento, al castrato se le acabó el repertorio y decidió que era mejor echarse un trago al coleto. El gesto sirvió de excusa para que otro par de parroquianos cayeran en la cuenta de que se les hacía tarde.

Aunque también dejaron unos reales en la mesa, esta vez Toral no se acercó a recogerlos.

—Lo lógico en asuntos de ese pelaje —respondió por el contrario al veterano, con falsa amabilidad.

—Así es —concedió este—. En esos casos, no se nos pagaba por devolver el esclavo; se nos pagaba por cazarlo… —Algo ominoso brilló en el colmillo bajo la sonrisa de Roa—. Y lo que es más… Si el negro había sido un cafre, o

si al dueño le salía de los huevos, que a mí me daba lo mismo, allá cada cual con sus razones, entonces yo ofrecía un servicio acorde. Un servicio, podría decirse, particular —añadió, recolocándose la mecha en la muñeca—, algo más definitivo. ¿Estás seguro de que nunca te lo he contado? A mí me parece recordar que te había hablado yo de estos remedios que uno aprende en la selva…

Toral negó sacudiendo el mentón. Los dedos apretaban la garrota con tanta fuerza que los nudillos blanqueaban.

—Pues es una pena. Podría serte útil. De estos indios de mierda hay poco que aprovechar, pero conocen su selva. Para cada mal, hay una cura. Saben de cada maldita planta, arbusto y bicho.

Alguien tras él tosió nervioso, aquejado de pronto de una incontrolable carraspera.

—Hay que encontrar un hormiguero; también valen los termiteros, pero los hormigueros son lo mejor —aclaró con un falso tono de complicidad—. Es necesario tener cuidado con esas negras y cabezonas —advirtió—, que cuando muerden duele como un navajazo. No sé si lo sabías, pero se pueden usar para dar un costurón a un tajo. Las arrimas a la piel y, después de que muerdan, les partes el pescuezo y dejas solo la cabeza —aclaró haciendo una pantomima sobre el antebrazo, como si tuviera allí un corte que sanar—. Queda tal cual como si te hubiera cosido un buen cirujano barbero… Eso también lo aprendí de los indios —puntualizó alzando un dedo—. Pero no, para esto de lo que te hablo son mejor esas pardas y pequeñas, o las que cortan hojas como jardineros de la corte.

Algunos de los parroquianos habían dejado de prestar interés a sus propios asuntos y también escuchaban. Una partida de dados se había quedado a medias.

—El caso es que hay que desterronar el hormiguero y, en un capacete, se majan las hormigas, como haciendo una picada de almendras para guisar un pollo. —Acompañó la explicación sacudiendo en la mano un almirez imaginario—. Y hay que ser generoso —apuntilló—, más vale que sobre…

Igual que los dados, un mazo de naipes se quedó sin barajar.

—… Entonces buscas un claro en la selva, o lo abres a sablazos, lo que cuadre. Además, se necesitan cuatro buenas estacas de madera recia, una soga de calidad y una caña. De hecho —advirtió—, la caña es lo más importante, de la caña no puede uno olvidarse.

El tono se había ido haciendo más grave. Aquella complicidad de las primeras parrafadas se había diluido.

A Toral, el consuelo de la garrota empezaba a escasearle.

—Sí, la caña es muy importante —insistió, antes de hacer una escueta pausa en la que volvió a mirar el vaso vacío y la jarra llena—. En fin —suspiró—, cuando lo tienes todo, has de dejar al negro como Dios lo trajo al mundo. Y luego lo echas al suelo en el claro de la selva para amarrarlo a las estacas como si fueras a desmembrarlo, abriéndole bien los brazos y las piernas.

Enfatizó sus palabras extendiendo las manos, como si fuera a echarse a volar.

—Entonces se embadurnan bien las piernas del negro con el majado de hormigas, siendo generoso, pero sin excederse; la mayor cantidad no va en el pellejo. —Calló para dar tiempo a que calasen sus palabras—. Y entonces, con el negro untado como un pollo listo para el espeto, hay que usar la caña… Hay que abrirle las asentaderas y meterla en el ojete —explicó, moviendo la mano con ímpetu tal que dio una estocada que remató girando la muñeca a un lado y a otro—. Y asegurarse de rellenar los interiores, como si se cebase un capón. —Se acompañó con una mano sobre la otra, apretando con fuerza el puño contra la palma—. Cuanto más, mejor. Y, al acabar, tiras la caña; como comprenderás, esa asquerosidad ya no sirve para nada.

Lo único que se oía en la taberna era la voz del soldado. Hasta las moscas parecían haberse cansado de sus revoloteos.

—La pasta pica como una condenada, te lo puedo asegurar; como te caiga encima de un rasguño, se ven hasta las lenguas de fuego de Pentecostés… No sé qué diantres tienen esas hormigas en las tripas, pero es como arrimarse a la lumbre y, en cuanto las tienen dentro, esos negros patalean como saltamontes en el anzuelo. Hay que sujetarlos bien y asegurarse de que no se deshagan los nudos —aconsejó—. Chillan como cerdos en matanza.

Calló entonces Roa y, con acierto, el tabernero supo que, pese al silencio, aquello no había terminado. Le empezaban a doler los dedos con los que sujetaba la garrota.

El veterano disfrutó del silencio. Todos los que quedaban en la taberna le prestaban atención, incluso podía escucharse la respiración laboriosa de quienes trabajaban en el aserradero.

Roa, como un titiritero en medio de su espectáculo, dejó que creciera el interés e hizo ademán de volver a hablar, pero repentinamente encontró algo que arreglar en la mecha de la muñeca.

—Y entonces viene lo más difícil —empezó de pronto, alzando la voz, lo que provocó más de un respingo—. Lo más difícil: esperar.

Dejó que la imaginación de cada cual se industriase a su modo.

—Son como una mezcla de caballo y puerco, con la cabeza alargada y la cola peluda —explicó, sorprendiendo a todos—. Pardos, con el lomo oscuro. Tienen garras como de oso —adelantó la mano izquierda sobre los dedos de la derecha, señalando uñas de un palmo de largo—, y los pulgares vueltos hacia atrás; cuando los clavan, si intentas liberarte, entran más profundo. Y la lengua es afilada como un estoque, y tan áspera que vale para cepillar madera. Y larga, larga como una vara de medir paños.

A su alrededor, algunos miraban a sus compadres, y estos se encogían de hombros.

—No tengo ni repajolera idea de qué demonios son… Aunque «demonio» les viene al pelo. Los indios los llaman tamandúas… Son bichos que andan por la selva buscando hormigueros, es lo que les gusta comer. Les encantan esos bichos. Es lo único de lo que se alimentan.

Al que iba para castrato se le escapó un gemido al imaginar el final de la historia del veterano.

—Así que tienes al negro boca abajo, aullando de dolor porque le arde el culo, bien atado al suelo, con las piernas abiertas a más no poder y embadurnado como una tostada. Y a esperar. Antes o después, a veces al día siguiente, aparece uno de esos tamandúas. Siempre aparecen. Basta con tener paciencia.

Algunos habían visto a aquellos estrambóticos animales hurgar con sus poderosas garras en las montoneras de tierra de las hormigas o en los enormes termiteros.

El castrato, a un pelo de vomitar, se llevó las manos a la boca, como una niñita asustada.

—Hay que estarse quieto, muuuuy quieto, y sin prender fuego —advirtió Roa—. Antes o después, uno de esos tamandúas aparece, metiendo y sacando la lengua, como una sierpe. Buscando su comida. Son bichos silenciosos, no hacen mucho ruido.

Los más espabilados se cubrían la entrepierna y apretaban con fuerza.

Toral sentía que el brazo se le acalambraba.

Fuera, el indio que pedía limosna pudo percibir el cambio de humor en el interior de la taberna. Ya no se oía ni un solo acorde de la algarabía previa.

Dentro, Roa continuaba con sus peculiares explicaciones:

—Normalmente desconfían. Van de un lado a otro —ilustró moviendo la mano a la sazón—, retroceden, avanzan de nuevo bamboleando su cabezota…, pero al final claudican. Se dejan vencer por la tentación. Y empiezan a lamer al negro de arriba abajo. No se asustan esos bichos, aun cuando el negro grite como un descosido. Siguen buscando y buscando… —Dejó que la pausa calase hondo—. Y, claro, como es lógico, al final encuentran el lugar donde hiede más a hormiga…

Miró a los ojos del tabernero.

—¿Te das cuenta de lo importante que es la caña? Resulta crucial, si no, simplemente se pasa un mal rato; pero, ay, amigo, si has usado bien la caña, entonces llega un momento en el que el tamandúa se las apaña para meter la lengua. Y son bichos testarudos esos tamandúas. No encuentran hormigas, pero no desesperan. Siguen insistiendo, metiendo y sacando la lengua…

Continuaba acompañando sus explicaciones con movimientos de la mano, adelante y atrás, con saña, enfatizando cada palabra.

—Una y otra vez, desgarrando la carne, atravesando las tripas. No puedes imaginártelo. En un abrir y cerrar de ojos, todo se llena de sangre. ¡Y de mierda!, mucha mierda. Y el negro aúlla como un poseso. No te lo creerías, ni un capón en la corte es capaz de berrear de ese modo —aclaró, echando un vistazo rastrero al asustado muchacho—. Pero el tamandúa no se arredra: continúa usando la lengua y buscando hormigas…

A falta del zumbar de las moscas, los presentes ya creían oír los gritos desesperados de un moribundo en agonía.

—Para entonces, la mayoría de los negros han perdido el sentido o han muerto —aseguró con frialdad—. Pero el tamandúa no se rinde. Ya he dicho que son bichos testarudos. Y mucho. Tanto que, al cabo de un rato, cuando se han hartado, empiezan a lanzar zarpazos, como si estuvieran desterronando un hormiguero, —de nuevo, acompañó las palabras dando manotazos—. Ya te

imaginarás: más sangre, más mierda, más trozos de carne. Y si el negro no estaba muerto ya, despierta chillando.

Entonces echó mano a la canana y le dio la vuelta, llevándose los apóstoles a la espalda.

—Es que son bichos muy testarudos… —insistió—. He visto negros que quedaron como el suelo de un carnicero. El trozo más grande apenas un puño… A veces se marchan, pero al rato vuelven…

Dejó que sus últimas palabras reverberaran entre los parroquianos, mientras abría la costura que tenía la espalda de la canana para sacar algo con la mano.

—Interesante, ¿verdad? —preguntó, dejando una caña de dos palmos de largo sobre el barril, junto al vaso y la jarra. Enarcó una ceja.

Toral miró a su clientela. Un grueso goterón de sudor le caía por la ceja.

Todos tenían urgencia por limpiarse las uñas. Carraspeó.

—En esta casa se fía a los veteranos —dijo al fin.

Abandonó la garrota junto a los barriles y, por fin, sirvió el destilado en el vaso.

—Deja la jarra —tascó Roa. El tabernero dio un respingo, desperdiciando la bebida—. Ya me ocupo yo. —Y se volvió hacia los que seguían en la taberna para preguntar, al tiempo que señalaba las cartas que habían quedado desatendidas—: ¿A quién le apetecen unas manos a quínolas?

Una silla se apartó para hacerle hueco a la mesa y, agarrando la bebida, se volvió hacia el tabernero para hablarle por última vez:

—De mis deudas ya me ocupo yo cuando convenga, no necesito ayos —dijo con una falsa sonrisa—. Y si el Rubio pregunta, dile que tiene dos opciones: o esperar o la caña. —Señaló el macabro instrumento—. Además, pronto quedará todo resuelto…

Se llevó la jarra y el vaso y se sentó a la mesa de los naipes. Se sirvió, bebió un trago de aquel fuerte licor y metió la mano en la bolsa para sacar media docena de reales de a ocho.

—¿Preferís jugar al quince? A mí me gusta más a quínolas…

De los cuatro a la mesa solo uno tuvo el cuajo de responder: el mozo que trabajaba en las caballerizas de la alguacilería, demasiado joven para darse cuenta de que esa noche no le convenía aprovecharse de la mala racha que arrastraba el veterano.

—Quínolas, como os plazca.

Roa barajó y repartió con soltura. Cuando todos tuvieron su mano, echó uno de los duros en el centro de la mesa.

—Hoy me siento afortunado. ¿Quién lo ve?

Jugaron.

Bebieron.

Siguieron jugando.

Uno al fondo fumaba cigarros cortados con hojas verdes, y el tufo llenaba la posada. Otro, vencido por el vino, roncaba tirado sobre la mesa. Y, escurriéndose por las sombras, abandonó la taberna un pelirrojo con el rostro lleno de pecas, no sin antes echar un vistazo desconfiado a Roa, como si temiese que aquel asunto de la caña pudiera agenciarle un mal rato.

Pero Roa no prestó atención a aquel pelirrojo, que era de los pocos que salía sereno de El lagarto. Estaba demasiado ocupado con el azar. Porque la mala racha no mejoró aquella noche. El mozo de caballerías, que no parecía interesado en los sutiles gestos que le hacían sus compañeros, envidaba duro y tenía la suerte de cara. Antes de que Roa hubiera mediado la jarra, el palafrenero ya le había levantado unos buenos maravedíes.

El veterano, sin embargo, no parecía contrariado. Incluso había animado al que iba para capón a que siguiera cantando.

Las cartas susurraban entre los dedos, las monedas tintineaban y la chirimía acompañaba.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de nuevo y atravesó el umbral el guipuzcoano Urdaneta.

Todos sabían que era uno de los hombres de Roa, y el tabernero temió que aquella noche terminase peor aún de lo que había comenzado. Pero el soldado, en cuanto vio a su compañero, se levantó de la mesa sin abandonar los naipes.

—Mis disculpas, señores. Un asunto urgente. Vuelvo enseguida.

Urdaneta se había quedado en una esquina y arrimaba candela a un cigarro. Cuando Toral le preguntó si quería algo de beber, se limitó a negar sacudiendo la barbilla.

Los dos se juntaron en aquel extremo y, antes de saludar o abrir la boca, Roa echó un par de ojeadas por encima del hombro para reconvenir a quien no se estuviera ocupando de sus propios asuntos. Y todos los metiches dejaron de prestarles atención.

—¿Qué?, ¿qué ha dicho el herrero?

Urdaneta exhaló con delectación una bocanada de humo y sopló el extremo de su cigarro para avivar la brasa.

—Ha dicho que se las apaña —respondió con una amplia sonrisa.

Roa se cuidó de expresar regocijo, solo asintió con satisfacción.

—¿Y para cuándo las tendrá?

—Mañana por la noche.

—¿Las tres?

—Eso ha dicho.

—Bien —se congratuló Roa—, bien… Eso debería darnos tiempo de sobra. ¿Sospecha algo?

Antes de responder, Urdaneta consideró sus palabras con una larga calada.

—Le conté una sarta de sandeces, como convinimos…

Roa escrutó el rostro de su subordinado.

—No, yo diría que no —aventuró al fin, soltando otra bocanada de humo.

—¿Mantendrá la boca cerrada?

—Podemos hacer que la cierre para siempre —aseguró el guipuzcoano, quitándose de la lengua un pedazo de hoja de tabaco.

Roa chistó antes de volver a hablar:

—No, eso levantaría polvareda antes de tiempo. No nos conviene —negó convencido.

—Entonces solo queda una opción —aseguró el otro, y alzó la mano libre para frotar el pulgar y el índice—. Aunque no servirá de mucho. —Enarcó una ceja para enfatizar sus palabras—. Lo conozco bien. Antes o después se irá de la lengua.

—Mientras sea después nos sirve.

—Supongo…

Roa percibió las dudas en la expresión de su subalterno.

—Escúchame bien… —El veterano reaccionó amenazante—. Solo nos hace falta que mantenga la boca cerrada un par de días. Luego ya no importará, así que más te vale convencerlo para que lo haga —remató con expresión fiera.

Urdaneta, al contrario que el tabernero, no necesitaba explicaciones sobre las mañas de quien tenía enfrente.

—Me aseguraré de que sea así.

—Más te vale —insistió, mirándolo fijamente—. Un par de días, eso es todo lo que necesitamos.

Asintió y sopló una nueva bocanada.

—Bien. Pues ahora vete a ver a ese mamarracho de Bernardo a las caballerizas. Y asegúrate de que los carros tengan lona.

Roa no se molestó en despedirse. Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la mesa donde lo esperaban los naipes.

Tarde como era, pasada la hora de avemarías, el único que prestó atención a Urdaneta cuando abandonaba El lagarto fue el pordiosero bajo el jacaranda.

Tantos eran los implicados, cada cual con sus intereses, que no era fácil seguir el rastro de los dineros, pero a nadie en Campeche le cupo duda de que fueron muchos los que acabaron con las manos untadas.

Cien toneladas suponían muchos pellizcos por repartir y una enormidad de fulanos metiendo los hocicos, cada cual con sus querencias. Hasta los había que habían intentado que ese año no saliese la flota hacia Sevilla por arruinar a algún contrario.

Aun así, pese a aquellas aguas embarradas, el maese de la *Balvanera* ya había puesto fecha. Y se había enviado aviso a La Habana en un bergantín recalado en Campeche para amañar velas dañadas por culpa de no recoger trapo a tiempo con mala mar y vientos de través.

La noticia tenía a Mora rechinando los dientes. Se quejaba como una parturienta.

Solo disponían de tres semanas. Zarparían hacia Cuba para Pentecostés, a más tardar, y se rogaba a todo buen feligrés que rezase para que no apareciese un huracán tempranero que mandara la flota a hacer compañía a los lenguados.

Para esa mañana, ya lo sabían hasta en los ranchos de Río Lagartos. La noticia había corrido como chispa en reguero de pólvora solo dos días después de que en los almacenes de Mora se recibiera el último cargamento de la temporada. Y esa misma noche, tras confirmarse el anuncio, el mercader había obligado a sus hombres a trabajar a destajo toda una madrugada en vela.

Para cuando llegó la amanecida, ahí seguían todos, apurando por rematar la faena. El almacén rebosaba de corachas preparadas. Y todos tenían prisa. Camacho el que más.

Guardaban las puertas seis de los hombres de Roa, más que nunca antes, incluyendo a Urdaneta y al propio veterano. Miraban al cielo con preocupación. El viento terciaba a norte al través de la costa, lo que significaba complicaciones al navegar, con riesgo de destripar la nao en los bajíos, como había demostrado el bergantín que recalara en el puerto.

Algunos temían que la *Balvanera* no llegara a zarpar.

En el interior del almacén, con las manos a la espalda, dando largas zancadas, el mercader iba de un extremo a otro. Recorría el estrecho pasillo que quedaba entre la pared oeste y las interminables pilas de corachas.

Se tironeaba de la perilla de chivo mientras todo lo miraba con ojos severos. Buscaba algo de lo que quejarse sin encontrarlo y, cuando no se le ocurría nada que decir, gritaba algo:

—¡Se hace tarde! Llegará de un momento a otro.

Y, cuando ya lo había repetido media docena de veces, escupía algo más original:

—¡El tiempo apremia!

Y braceaba como un mico.

Aunque sus exabruptos no eran necesarios. Camacho estaba pendiente incluso de lo que cagaban las moscas que revoloteaban junto al techo. Hasta había trabajado con las azuelas, troceando el palo de tinte. Su jubón, recosido tras el susto en la selva, aparecía cubierto de virutas y serrín.

—Te acabarán saliendo callos en las manos —bromeaba Julián sin reparos.

—Los que se te han ablandado a ti por culpa de rascarte la barriga —le contestaba el hijo del inglés.

Y hasta Estebanico reía.

La alegría de Camacho resultaba contagiosa; todos en el almacén la compartían, y todos arrimaban el hombro. Camacho nunca había usado el látigo y, en más de una ocasión, para combatir la racanería de Mora, él mismo había puesto de sus fondos para cubrir rancho o ropas.

—¡Vamos!, ¡vamos! Daos prisa. Llegará en cualquier momento.

Tal impaciencia hacía suponer a Camacho que el mercader tenía noticias del inspector de la Real Hacienda, aunque no hubiera soltado prenda. Con ojeras y las mejillas punteadas de barba, se limitaba a trabajar duro y a contar, una vez tras otra, los quintales que correspondían al último cargamento.

Roa había hecho un buen trabajo en los cortaderos. Era palo de la mejor calidad, casi sin desperdicio, tan oscuro como el mejor hígado de buey.

Habían apurado el esfuerzo de los animales, y cada mula había traído dos quintales largos en ramas. Después de desbastar los leños, desechar podredumbres y trocearlo todo, tendrían más de cien quintales con los que llenar otras tantas corachas.

Sumando esas últimas, meticuloso como era, sabía que el envío ascendería a mil ciento veintitrés, cincuenta toneladas, la mitad de la carga que podía admitir la *Balvanera*.

El envío más grande que jamás se había hecho.

En cuanto al precio final, no se sabría hasta que Pedrarias lo fijase, pero, dada la calidad del palo, Camacho aventaba que se pagaría, como poco, a mil doscientos maravedíes el quintal y que, una vez en la Casa de Contratación, esa cantidad, como poco, se triplicaría.

En cuanto a su parte, la compra pasaría de los cien mil maravedíes, una pequeña fortuna. Y, pese a tener que cederle a Melchor un cuarto de los beneficios, él se embolsaría una ganancia de alrededor de ciento cincuenta mil. Cuando todo terminase tendría un cuarto de millón con el que poder empezar su negocio.

Suficiente para que el hijo de la Camacha pudiera, al fin, dejar atrás su pasado.

Y por conseguirlo apostaba cuanto tenía.

Ya lo tenía todo pensado. Se lo había contado a Julián. Tramitaría la Real Cédula que daba permiso a convertirse en proveedor de la Casa de Contratación, y lo haría tratando directamente con Sevilla, para evitar la bien conocida avaricia del alcabalero Pedrarias. Luego invertiría en añil. Era menos aparatoso, los fletes resultaban más baratos.

Y tenía claro que jamás se involucraría en el negocio de los esclavos. Jamás compraría negros a los portugueses. Había visto los grillos con los que cargaban a esos desgraciados, y Estebanico le había contado su historia. Eran arrancados de sus familias por los berberiscos y llevados hasta fuertes como el de San Jorge de la Mina para ser apilados en carracas malolientes; tumbados, aherrojados, dispuestos en baldas inclinadas, para que los meos y las diarreas que les producía la papilla podrida con la que los alimentaban se escurriesen a las sentinas sin tener que baldear. Y, si se topaban mala mar, los echaban vivos por la borda para aligerar lastre, dejándolos a merced de sus cadenas. Un infierno que no hacía más que comenzar. Luego eran vendidos como pescado en la lonja, y los que sobrevivían tenían por delante una vida miserable.

Había visto las cicatrices que cruzaban la espalda de Estebanico.

Nunca comerciaría con esclavos.

—Sueñas despierto. —Julián lo sacó de su abstracción.

Aún faltaban unos pocos quintales por picar. Si espantaban el cansancio, podían estar listos al final del día.

Camacho sonrió al capataz.

Aunque jamás lo hubiera reconocido, por temor a que Julián se burlase de él, tenía las palmas de las manos llenas de ampollas. No estaba acostumbrado

al trabajo duro y no podía dejar de sacudirse las virutas en un vano intento por mantener un aspecto respetable.

—Estaba pensando que la tradición es importante. No puede olvidarse uno de sus raíces, así que, cuando cobre —puntualizó—, te voy a regalar una preciosa campana de bronce.

—Ah, pues, en cuanto la venda, me aseguraré de saldar la deuda que tenía con tu madre…

Se sonrieron de nuevo el uno al otro, pero el patrón no les dio tiempo a seguir con las bromas.

—¡Gandules! ¡Hay prisa!

Y apenas acabó de decirlo cuando uno de los hombres de Roa abrió el portalón.

—Está aquí el ilustre alcabalero Pedrarias Muñoz de la Seca —anunció uno de los hermanos gaditanos.

Camacho captó enseguida que la voz engolada y la fanfarria no le cuadraban a aquel tipo chistoso; se burlaba de las maneras exageradas del funcionario.

—Adelante —urgió el mercader, impaciente—, hacedlo pasar, adelante.

Antes del inspector de la Real Hacienda, entró el alguacil de Campeche acompañado por un par de corchetes. Todos vestían recio coleto de cuero, sable al cinto y prácticas porras con las que encargarse de los borrachos. Estaban allí para asegurarse de que a nadie se le ocurriera discutir las decisiones del alcabalero.

Recio, de barbas negras y porte severo, Juan de Oria se llamaba el alguacil, y Juan de Oria tenía fama de hombre justo. No cobraba más de la cuenta en los sobornos y no abusaba de su posición. Incluso sabía engordar la vista si se trataba de asuntos menores.

Tras él apareció el inspector de la Real Hacienda, tieso y pegajoso como un palo de caramelo vendido en feria de domingo. Llevaba una golilla con tantos pliegues como las sábanas de la Brava y un impecable jubón de mangas acuchilladas con bajo tela de terciopelo de la mejor lana que, además, allende los puños, dejaba asomar volantes de camisa hechos con carísimas telas estampadas traídas en el galeón de Manila. Todo lo cubría con una capa corta abrochada con cadena de oro y, como remate, tal que un capitel labrado por un cantero vanidoso, calaba un sombrero con más plumas que un papagayo.

—Su ilustrísima, ¿algo de beber para refrescarse? —ofreció de inmediato Melchor de Mora, haciendo aspavientos para que Camacho se agenciase la jícara guardada al fondo del almacén.

Pedrarias miró con disgusto el suelo lleno de virutas y luego torció el gesto al ver a los esclavos sudorosos. Caminaba y se movía como si fuera aquello un muladar, temeroso de ensuciarse. Pronto sacó de la bocamanga del jubón un pañuelo de encajes ingleses y se lo llevó a la nariz arrugada, bajo el ceño fruncido y sobre la expresión de disgusto.

—No, no, acabemos con esto cuanto antes. Estoy agotado —dijo con tono cansino—. Demasiado trabajo, ¡demasiado! Y yo sigo sin encontrar un secretario competente. Es agotador.

A nadie se le ocurrió objetar que apenas tenía a qué dedicarse. A no ser que se tratase de los días en que llegaba y salía la flota, el resto del año podía holgar sin más preocupaciones que correspondencia suelta con Mérida, Veracruz o México.

—Claro, como queráis —replicó sumiso Melchor, dulce como la miel.

Y el capataz, al oírlo, miró con intención a Camacho, escondiendo en una sonrisa cómplice lo ridícula que se le antojaba aquella bienintencionada actitud.

Pedrarias ordenó con un gesto cargado de desprecio a los esclavos que se apartasen y caminó hasta donde estaban las corachas abiertas, echando vistazos someros a la enormidad de las que ya estaban cerradas.

—Te has vuelto ambicioso, Mora. Creo que nunca he visto un cargamento así.

El mercader infló el pecho como un palomo.

—¡Más de mil quintales! —anunció ufano, semejando a un obispo en misa un domingo de jubileo en la catedral de Compostela.

—Ciertamente —concedió—, el total, contando lo que se llevó el *Santo Tomé* no llegará a mil quinientos. Y Bacheli, que ha aguantado, como tú, solo enviará trescientos —añadió, divertido por la competencia entre los mercaderes—. Vengo de ver sus almacenes, pero el muy descarado me ha dicho que aún no tiene listas las corachas… ¿Puedes creerlo? Como si yo tuviera tiempo que perder… Le he dicho que más le vale apurarse. En fin, mil quintales, buena noticia.

Y, después de callar por un momento, en el que hasta el más atontado podía haberse dado cuenta de la codicia que le inflaba el rostro, añadió:

—Bien, bien, más para su majestad —celebró, sin reconocer que pensaba en la comisión.

Entonces el alcabalero se percató de la montonera de palo que aún estaba por picar y volvió a torcer el gesto. Sus facciones de comadreja se arrugaron.

—¡Ah, no! Lo que no está listo no embarcará, bastante trabajo hay ya…

A Camacho le costó aguantarse la protesta. Aún faltaban más de veinte quintales por preparar, y no quería perder ni uno solo de ellos.

—Quizás haya algo que podamos hacer para compensar las molestias —intervino raudo Melchor.

Pese al tono meloso del comerciante, Pedrarias miró con evidente pereza la enormidad de corachas por sellar y, aunque eran granos en un arenal, sacudió la cabeza.

—Me cansas, Mora, me cansas —dijo con hastío—. Eres demasiado codicioso. No, no. Puedes decirles que se tomen un descanso —agregó, señalando con un dedo encogido a los esclavos, como si temiese que alguno de ellos pudiera acercarse demasiado—. Ese palo no embarcará.

Julián lanzó una mirada compasiva a Camacho, pero este ni siquiera lo advirtió. Estebanico los miraba con calma a todos, uno por uno.

—Siempre hay un roto para un descosido… —volvió a la carga Mora.

Dejó las palabras en el aire con la esperanza de que el alcabalero lo reconsiderase.

Sin embargo, bastaba con ver cómo fruncía el labio para darse cuenta de que lo tenía meridianamente claro. Iba a negarse de nuevo, ya alzaba el dedo para sacudirlo, cuando Camacho, sin poder refrenarse, se decidió a intervenir.

El ajetreo inundaba la villa, no solo el almacén de Mora. Y la casa de la Brava no era una excepción.

No tenían mercancías de las que preocuparse o funcionarios a los que sobornar; sin embargo, con los dineros que deambulaban en busca de dueño hasta la partida de la *Balvanera*, se avecinaban noches agitadas y había un asunto urgente del que ocuparse.

El resto de las muchachas se encargaban, como siempre, de las tareas domésticas, pero, mientras tanto, en el dormitorio común, la *madame*, con el rostro desencajado, intentaba dejar las cosas claras a Catalina.

—Debes hacerte cargo —dijo con desesperación. Ya había pasado de las exigencias al ruego y no tenía ganas de prolongar aquello en lo que ya había desperdiciado media mañana sin resultados—. Esto es un burdel. No podemos darnos el lujo de elegir.

Se frotó los ojos y dudó. No quería seguir dándose cabezazos en aquel muro infranqueable.

—Siempre pensé que podrías quedarte con el negocio cuando yo faltase —reconoció de pronto, en un arrebato de sinceridad.

Catalina, hasta entonces demasiado ocupada mirándose las alpargatas, alzó la vista, sin poder contener su asombro.

—¿Yo? —preguntó con incredulidad, persignándose con prisa—. ¡Válgame el cielo!

Asintió la Brava con aires pesarosos.

—A tu madre le hubiera gustado. De no haber tenido tan mala cabeza, ella no hubiera terminado…

Ambas sabían cuánto había salido mal años atrás. Y la Brava no quería echar sal en viejas heridas.

—Bendita sea la pobre desdichada, que el Señor la haya acogido en toda su gloria. Pero yo no soy mi madre —tascó Catalina con rabia contenida.

La *madame* suspiró. Alzó la mano pidiendo paz.

—Te guste o no te guste —dijo con los ojos cerrados y pellizcándose el puente de la nariz—, yo soy… Bueno, fui puta. Como tu madre lo fue y como lo eres tú. ¡Tú! —recalcó—. Y a todas nos hubiera gustado nacer en el

Milanesado, ser duquesa de Francavilla o princesa de Éboli, que a mí también me hubiera quedado bien llevar un parche. Pero no es así, y no hay nada que pueda hacerse. Cada cual se apaña con lo que le ha tocado en gracia. Y lo que nos tocó a mí, a tu madre y a ti —enfatizó, señalando a una Catalina que seguía con el ceño fruncido—, fue trabajar en un burdel.

Conciliadora, se acercó hasta su pupila y la tomó de las manos.

—Los hidalgos no se vuelven pordioseros de la noche a la mañana. Y a los mendigos no les nacen títulos detrás de las orejas. En estos tiempos, en estos lares, el apellido manda.

Se miraron a los ojos. En los de la *madame* había hastío. En los de la joven, llamas.

—No puedes seguir actuando así —siguió advirtiéndole—. Ni por Isabelita ni por ninguna de las demás. Aquí no elegimos a los clientes; son ellos los que disponen. Tanto si nos gusta como si no —entonó la negación recalcando las letras—. Y, si no eligen, no joden; y si no joden, no pagan, y si no pagan…, ni tú ni yo cobramos.

Inmune al desprecio de Catalina, la Brava, conciliadora, le apretó aún más las manos.

—Sé que querías que las cosas no fueran como son. Pero lo son. Y, con todo el dolor de mi corazón, no puedo permitirme otra escena como la de anoche —insistió con severidad, volviendo a lo que ya había gritado antes de calmarse—. No puedes amotinar a las muchachas. No puedes poner en ridículo a un cliente, aunque sea ese estirado boquifino.

—Por el embarazo de santa Ana… Podía haberse ido con las cartageneras, Isabelita no tiene idea…

—Pues no le queda otra que aprender —logró decir la otra sin alzar la voz —. Ni con animales ni contra natura; por lo demás, lo que se haga en la alcoba es cosa de cada cual, mientras pague…

—¿También pegar?

La Brava suspiró.

—Ese es otro tema que, por cierto, no ha vuelto a presentarse por aquí —aclaró, enarcando una ceja—. Y, si volviera a pasar, ya me ocuparía yo.

—Extendiendo la mano para cobrar más —terminó Catalina con descaro.

Entonces la Brava perdió el temple que tanto le había costado atesorar.

—¡Se acabó! —aulló con el rostro amoratado—. ¿Me oyes? ¡Se acabó! Si vuelves a montar un circo como el de ayer, te irás a la calle —amenazó, elevando la voz hasta gritar—. Y ni siquiera la memoria de tu madre te librará. Te quedarás en la calle, con una mano delante y otra detrás. —

Respiraba agitada; sus labios temblaban—. ¡Nunca más! No lo repetiré y no te daré otra oportunidad. Estoy hasta la coronilla. Si vuelves a tus trece, a la calle.

No hubo ocasión de réplica. Se dio la vuelta y abandonó la habitación con desaire, bufando como un toro tras embestir.

Catalina se acercó a la ventana.

Entre otros tejados, un tendedero y el nido de unas gaviotas, había un resquicio por el que se veía apenas un retal de mar. Un pedazo de horizonte engarzado en azul intenso. Nunca se lo había dicho a las demás, pero aquella diminuta aguamarina era la joya que siempre había deseado. Ni oro ni plata. Le bastaba cuanto significaba aquel destello. Libertad.

Y, como una niña enfurruñada, deseosa de zanjar la conversación diciendo la última palabra, habló a aquella esquirla azul más allá de las cagadas de una gaviota:

—Si no hace falta que me eches… Bien lo sabe el Señor. Si tuviera a donde ir, hace mucho que ya me habría ido yo.

Camacho creyó que no tenía otro remedio.

—Podemos terminarlo mientras se sellan el resto de las corachas —adujo con prisa, como si las palabras quemasen—. Trabajaremos en tanto hacéis la inspección, nada más. Si queda algo sin picar para entonces, no se enviará este año. Solo lo que esté troceado y embolsado para cuando hayáis acabado con lo demás.

Sorprendido de que un simple amanuense se atreviese a semejante descaro, el alcabalero dejó que una sonrisa tirase de las comisuras de sus labios, como el resbalón de un titiritero descuidado.

—¡Qué ímpetu!

Con el rabillo del ojo, Camacho captó la expresión hirviente de Mora. Pero ya no había marcha atrás.

—Tengo los cordeles cortados y preparados, solo falta el lacre.

—¿Todos?

—Suficientes. He pensado que no os molestaría, y me tomé la libertad de ahorraros trabajo —añadió, diligente.

—Veámoslo.

Y, tras una carrera a su magro despacho, volvió del fondo del almacén con una arqueta rebosante de cordeles de un palmo.

—Morados, como corresponde a la casa —anunció, enseñándolos.

El alcabalero sonrió divertido.

—Mora, tienes aquí un percherón que quiere correr como un pura sangre…

Nadie supo interpretar si aquello le satisfacía o no. Metió mano en la arqueta y revolvió el contenido.

—Está bien, lo que os dé tiempo a embolsar mientras sellamos el resto —concedió, antes de girarse hacia la enormidad de corachas y suspirar con desaliento—. ¡Qué barbaridad! Tardaremos todo el día —se quejó.

Mora intervino entonces, deseoso de recobrar protagonismo:

—Arreglado entonces. ¿Por dónde queréis comenzar?

Un largo resoplido insistió en lo poco atractiva que se le antojaba la labor.

—Supongo que por las que están abiertas —propuso, haciendo señas al alguacil y sus corchetes para que se pusieran manos a la obra—. Y di a dos de esos —añadió, señalando a los esclavos— que nos ayuden a moverlas una vez selladas. No quiero mezclarlas: a un lado las lacradas y al otro, las pendientes.

Todos se pusieron a la faena en cuanto el funcionario sacó de su talega las tenazas con el cuño oficial de la Casa de Contratación.

Juan de Oria y sus hombres alinearon unas cuantas corachas. Los dos negros se quedaron junto a ellos. Y Camacho, bajo la mirada divertida del capataz, se dirigió a la delantera del almacén, donde se apilaban los envíos y se picaba el palo.

—Si me disculpáis…

En un santiamén, estaba con Estebanico, intentando acelerar el ritmo. Lo último que oyó antes de alejarse fue la petición de candela que hizo Pedrarias para fundir el lacre.

A partir de entonces, ajetreado, solo lanzaba miradas ocasionales.

El inspector metía la mano en las corachas aún abiertas, las del último cargamento, echaba un vistazo ceñudo a la mercancía y, si no le daba pereza, ordenaba a uno de los corchetes que hiciese una cata del fondo, para comprobar que todo el material fuese de la misma calidad. Satisfecho, mandaba cerrar la coracha con un nudo pasado, y el alguacil rodeaba los cabos con un tramo del cordel morado para, finalmente, asegurar todo con un pegote de lacre de cinabrio. Entonces, antes de que se enfriase, el alcabalero utilizaba el sello oficial para estamparlo. Permanecerían cerradas hasta su llegada a Sevilla, garantizando que la mercadería tenía la calidad requerida y que la cantidad era suficiente.

—Les sobra algo de aire y les falta algo de palo —se quejó Pedrarias tras media docena.

Mora conocía al funcionario lo suficiente como para saber que no le preocupaba el asunto oficialmente.

—¡Oh! Bueno, yo no lo creo. Si apenas se pueden cerrar —adujo, mintiendo con descaro—. No queda sitio ni para meter una moneda. Como mucho, un duro más en cada una.

Los ojos de Pedrarias relampaguearon. En las corachas cabía una palada más de astillas.

—¿Uno?

Ni el alguacil ni sus hombres se iban a escandalizar, pero Mora bajó la voz:

—A sumar a lo ya acordado, por supuesto. Uno a mayores por cada coracha. Y son mil… —No acabó la frase.

El alcabalero rumió lo dicho y dio un par de palmadas cansinas, como si la comedia que acababa de ver no le hubiera gustado especialmente.

—Está bien —concedió finalmente—. De acuerdo. Sigamos. —Volvió a resoplar.

Zanjado aquel asunto, en el que todos mentían y todos conocían la verdad, la mañana transcurrió rápido, y el olor seco del lacre se fue haciendo patente.

Pronto llegó el turno a las corachas apiladas, las preparadas antes del último envío.

Camacho vio de lejos cómo los corchetes sacaban unas cuantas de la pila y las acercaban hasta el alcabalero. Al parecer, Pedrarias se sentía cumplidor. En lugar de sellarlas sin más, deseaba inspeccionarlas, aunque ya estuviesen cerradas.

Lo que no vio fue a Roa. El veterano prestaba atención al trasiego con los ojos entornados.

—¡Mora! —llamó con voz aguda el inspector.

El mercader, que se había alejado para hacer unas cuentas en la mesa al fondo, se acercó como un perrito faldero.

—¡Esto vale más de un duro por quintal! —aseguró enojado Pedrarias.

Tenía el brazo estirado y la mano abierta. En la palma mostraba los pedazos de madera que acababa de sacar de una de aquellas corachas cerradas.

Aquello sirvió para que Camacho se volviese, pero tenía demasiado a lo que atender como para prestar atención. Estebanico quería consultarle algo.

Mora observó lo que el alcabalero le enseñaba y contuvo un juramento.

—No puede ser, yo mismo las inspeccioné hace unos días…

—No me vengas con cuentos —protestó Pedrarias—. El cupo ya lo cubrió Bacheli.

Patidifuso, el mercader se quedó sin palabras.

El funcionario giró la mano y dejó caer el contenido en la coracha recién abierta. No todos los pedazos tenían el color oscuro del palo de tinte. Entremezclados, había trozos más claros, de bordes regulares. Parecía madera de anona. Como si hubieran picado estacas preparadas para cerrar una ranchería.

Mora, haciendo esfuerzos por mantener la compostura, se revolvió entre las corachas que los corchetes habían sacado de la pila. Frenético, desató las cuerdas de sisal para inspeccionarlas él mismo.

En todas encontró lo mismo.

—No me vengas con teatros —se quejó el alcabalero—. No pretenderás que me crea que no sabías nada…

Entrecerró los ojos, sopesó la situación y luego siguió hablando con el mismo hastío atávico.

—Si a mí me viene a dar lo mismo, digamos que se puede disimular —masculló de mala gana—. Pero esto requiere, digamos, emolumentos distintos. Está en juego mi reputación —aseguró lastimero—. Tienes que comprenderlo. ¿Qué pensarán de mí en Sevilla?

Mora solo había escuchado a medias, aunque se recompuso pronto.

Sabía que no merecía la pena enredarse con explicaciones. Se volvió e hizo señas a Roa. Al otro lado del almacén, este las captó de inmediato.

En tanto el veterano se acercaba, el mercader se encaró a Pedrarias y, sacando su palillo de plata, se dispuso a zanjar el asunto.

—Dos más —dijo, metiéndose el mondadientes en alguno de los huecos de sus muelas podridas—. En total suman casi doscientos maravedíes por quintal…

—Serán tres duros por quintal, a mayores de lo acordado. Y uno más para mi buen amigo el alguacil —dijo rotundo el alcabalero, sin dar concesiones.

Camacho, al otro extremo del almacén, atareado, se dio cuenta de que algo iba mal, pero no podía escuchar lo que se decía. Vio entonces a Roa pasar a su lado, e iba a seguirlo cuando Mora lo detuvo con un ademán brusco.

—¡Ocúpate de que piquen a tiempo lo que queda! —le gritó malcarado.

Camacho hizo lo que le ordenaban, sin más consuelo que algún reojo disimulado.

Pedrarias y el comerciante hablaron, se dieron la mano, asintieron.

Mora dijo algo a su hombre de confianza, y Roa salió del almacén para volver a entrar con dos de sus perros, Urdaneta y uno de los gaditanos.

Cayeron las horas, y las miradas despectivas del mercader anunciaban galerna.

—¿Qué sucede? —preguntó a Julián.

El capataz, que había estado cerca del trajín, susurró lo que intuía.

—Pedrarias quiere mejor propina.

Y a Camacho le pareció que la codicia del funcionario no daba razones suficientes.

—No, no es eso… —negó, fracasando al tratar de recolocar su alborotado cabello.

La angustia en su interior pesaba cada vez más, como un zurrón al que fuese echando piedras.

Hizo otro intento de acercarse, pero Mora, con cajas destempladas, le ordenó a voces que se ocupase de terminar el trabajo pendiente.

Al apagarse la tarde acabaron de llenar la última coracha, justo a tiempo para que la recogiesen los corchetes del alguacil.

Al poco, todas quedaron lacradas y listas para los estibadores.

Mientras el alcabalero y Mora se despedían con gestos grandilocuentes e hipócritas deseos de salud, Camacho se sacudía compulsivamente las virutas en una manga que ya estaba limpia.

Pedrarias salió con sus aires cansados, Juan de Oria le dedicó una significativa mirada antes de cruzar el portalón, y Camacho, roído por las dudas, pensó que al fin ya podía acercarse a preguntar qué sucedía.

Apenas dio dos pasos antes de que Roa y sus hombres se encaminasen hacia él. Lo aferraron por los brazos con rudeza y se lo llevaron a empellones.

—Vente, pájaro, que tienes mucho que explicar. —Fue cuanto le dijo el veterano.

Mora seguía junto al portalón, donde se había despedido del alcabalero.

—Las llaves —ordenó tajante el mercader en cuanto los tuvo cerca.

Camacho no dudó. Sacó la bolsa, vacía de monedas, y la depositó en la mano del patrón, que abría y cerraba el puño con urgencia.

Entonces Mora le hizo un gesto al veterano, y Roa dio un puntapié a Camacho en la corva.

Se le doblaron las piernas. Hincó las rodillas en el suelo. Y manos como tenazas se cerraron sobre sus hombros para impedirle alzarse.

Mora empezó a caminar de un lado a otro. Había abierto la bolsa y comprobado que las llaves estaban dentro.

—Ya me costaba a mí imaginar que hubieras podido reunir el dinero. ¡Era imposible!

Camacho intentó ponerse en pie. Roa se lo impidió. Quedó obligado como un penitente de romería.

—Son los ahorros de toda la vida…

Trozos sueltos del palo se le clavaban en las rodillas.

—Ya, claro. Como si no supiera cuál es tu salario —repuso Mora con cinismo.

Camacho no tenía idea de qué estaba sucediendo; sin embargo, las maneras del veterano enviaban un mensaje que Roa recalcó.

—Quieto, inglés de mierda, quieto o te abro el gaznate como a un pollo.

La amenaza cumplió su cometido.

—Te abrí las puertas de mi casa, te enseñé todo lo que sabes, te di un porvenir y un futuro —se quejó Mora—. ¿Cómo has podido?, ¿cómo te has atrevido?

—Yo no he hecho nada —adujo, confuso.

—¿Nada? No lo empeores. ¿Cómo puedes tener semejante desfachatez? —Acompañando el ácido de sus palabras, Mora lo pateó con todas sus fuerzas.

Camacho se tronchó, como una palmera abatida por un huracán. Cayó de bruces.

—El palo, ¡está mezclado! Alguien ha picado estacas y ha rellenado las corachas. ¡Falta al menos una arroba en cada una!

Roa puso la bota en su espalda y pisó con fuerza. Lo obligó a quedar tumbado en el suelo.

—No puede ser, las inspeccionasteis hace apenas dos días, se vaciaron un poco…

—Pues ahora están llenas, ¡pero un cuarto solo vale para yesca! —Le dio trabajo al palillo en algún rincón de sus muelas—. Lo has vendido, ¿verdad? Así sacaste los fondos para pagar…

El pie de Roa apretó con fuerza de nuevo, y Camacho sintió que no podía respirar.

—Contesta, inglés.

Lo intentó, pero le faltaba el aire.

Mora lo miraba con ojos encendidos. Mordía con fuerza el palillo. Se acercó. Recolocó el mondadientes.

Lo pateó de nuevo.

Camacho no pudo hacer otra cosa que quejarse con los labios apretados.

Volvió a patearlo.

—Encárgate de él —ordenó a Roa, sacándose el mondadientes de la boca, jadeando por el esfuerzo.

El veterano inclinó la cabeza a un lado, a punto de preguntar algo, pero no abrió la boca. Se oía un barullo desde el fondo del almacén.

Julián, apoyado en los talones, a punto de caerse, tiraba hacia atrás con todas sus fuerzas, intentando retener a Estebanico. El capataz jalaba el brazo del gigantesco negro, como un niño rogándole a su padre que no se marchase de casa. También le hablaba, tratando de que entrase en razón, pero el negro no lo escuchaba.

Los demás esclavos habían soltado los escobones y las herramientas, dispuestos a seguir a su líder.

Con el primer paso de Estebanico, los talones del capataz se arrastraron por el suelo, abrieron surcos en las virutas.

Mora señaló a la pareja con el dedo. Su expresión era la de una gárgola a punto de caerse de su cornisa.

—¡Os vendo a todos para que acabéis en Huancavelica! —gritó, echando espumarajos por la boca.

El horror de aquel tormento se conocía en todos los rincones de las Indias. Ahogados en su propia sangre, los hombres morían a los pocos meses entre terribles dolores. Jamás se reducía el ritmo, jamás se detenía la extracción; no importaban los muertos. De las minas de Huancavelica se extraía el azogue necesario para amalgamar la plata que se arrancaba a la tierra en Potosí. Sin el azogue, la plata no era más que pegotes en la roca viva que se robaba a la montaña. El azogue se extraía y se transportaba durante más de trescientas leguas, y en aquel camino, de una mina a la otra, las tumbas rebosaban en las cunetas. Los muertos se contaban a cientos, a miles, y el proceso jamás se detenía. La plata era más importante que cualquier vida. Sin la plata, la maquinaria de aquel imperio en el que no se ponía el sol se iría al carajo.

Estebanico aún dio un paso más. Solo uno.

Tuvo el buen juicio de escuchar las advertencias de su capataz, que le hablaba sin cesar. Le rogaba que recobrase el juicio.

Fue como ver detenerse un alud a media montaña. Y el gesto definitivo, triste como robarle su único juguete a un chiquillo, fue la cabezota del esclavo, envuelta en impotencia, rindiéndose sobre su pecho.

Mora gruñó un asentimiento y se volvió hacia el veterano:

—Encárgate de él —repitió.

Y el veterano formuló la pregunta que había quedado en el aire:

—¿Alguna preferencia?

El mercader negó, sacudiendo su perilla.

—No, me importa una higa. Y no quiero saberlo. Solo asegúrate de encontrar el dinero antes…, antes de que calle para siempre —dijo con frialdad—. Habrá sacado al menos veinte mil. Y tiene que tener cien mil escondidos en algún sitio. A saber el tiempo que este desgraciado ha estado robándome…

—Yo jamás he robado un solo maravedí —logró balbucir Camacho desde el suelo—. Jamás.

El tacón de la bota se clavó en las costillas.

—¡Calla, embustero! —exigió Roa con un gruñido.

El mercader se agachó y se acercó al rostro contraído de su encargado. Camacho pudo oler la carcoma de aquellos dientes estropeados.

—Eres un ladrón, un mentiroso, y un maldito ladrón, como tu padre, como la puta de tu madre. —Cada palabra destilaba un desprecio que pesaba más quintales que las corachas del almacén—. No sé cómo pude fiarme de ti. ¿Cómo me dejé convencer? ¡Ladrón! Abres y cierras el almacén, las tuyas son las únicas llaves. Solo has podido ser tú.

Camacho intentó hablar de nuevo. Quería defenderse, reclamar justicia, limpiar su nombre. Fue incapaz.

Roa levantó el pie y lo dejó caer con brutalidad.

Mora lo vio boquear como pez fuera del agua, y el rictus de desprecio hizo aún más evidente su defecto en la boca. Lo escupió en la cara y se incorporó. De nuevo pateó con fuerza, estampando su carísimo borceguí en las costillas de Camacho. Una, dos, hasta tres veces.

—Si no quiere hablar, haz lo que sea necesario hasta que cante como un gallo de amanecida —dijo al veterano—, pero no vuelvas sin su dinero —advirtió tajante—. Después, haz lo que se te antoje. Cuélgalo del primer árbol que encuentres, despelléjalo, o mejor aún, hazle alguna de esas perrerías tuyas. Como si no fuese más que un negro de mierda. Lo que sea. Pero no quiero volver a ver a este desgraciado en la vida…

Entonces en aquel rostro angelical, tan bello que apetecía ofrecer un responso, se cruzó una sombra que transformó sus hermosos ojos en algo siniestro.

—Haz lo que se te antoje. Pero que sea lento, muy lento. Que tenga tiempo de maldecirse por lo hecho.

En el saqueo de Amberes, Roa había creído ver los rincones más oscuros de su prójimo. Había presenciado al horror campar sin más riendas que las sujetas por soldados hambrientos tras dos años sin paga. Durante tres días, sin otro telón de fondo que las llamas consumiendo la ciudad, una joven versión de Roa se había topado cara a cara con el sadismo.

Lo que vio entonces en los ojos azules del mercader no le pareció tan distinto.

Ni se atrevió a plantear sus dudas, solo a dejar en el aire un comentario:

—Oria podría preguntar…

El mercader resopló con desidia. Y al veterano, viendo su expresión, le pareció que, tras Mora, el fuego devastaba las refinerías de azúcar que los italianos habían levantado en Amberes.

Jamás había visto llamas más furiosas. Los afortunados habían muerto en los derrumbes; los desafortunados salían corriendo envueltos en jirones del mismísimo infierno, gritando como posesos, perdiendo trozos de piel chamuscada que continuaba ardiendo en el suelo hasta que el último grano de azúcar se carbonizaba.

—Ya me encargaré yo de Oria —repuso con suficiencia Mora—. ¿Acaso preguntó cuando lo del piloto de la *Santa Margarita*?

El veterano asintió, espantó sus recuerdos de Amberes y apartó el pie de la espalda de Camacho, quien, de inmediato, intentó incorporarse para hablar en su descargo.

—No soy un ladrón, jamás…

Lo calló una patada de aquella bota que ya le resultaba familiar. Salió despedido como un pelele. Cayó de mala manera, se golpeó la sien con el suelo.

La patada le había roto la nariz y destrozado la mejilla. El impacto le abrió una brecha en la ceja, que empezó a sangrar de inmediato.

Quedó inconsciente junto a las corachas.

Lo último que vio antes de perder el sentido fue aquella colección de cordeles morados y pegotes borgoñones de lacre.

Y también un pegote de boñiga de burra en el tacón de la bota.

Como correspondía a los últimos tiempos, la casa de la Brava estaba abarrotada.

De los habituales, solo faltaba el franciscano, a quien apremiaba el pudor cuando el negocio se animaba; entonces prefería los libros de horas a las enaguas de la mulata. Gundemaro era consciente de sus vicios, y también de que era mejor no mezclarlos con el descaro.

Pero no se echaba de menos al fraile, pues había allí de todo un poco. De los que sabían latín y de los que firmaban escupiendo un gargajo. Uno que se hacía pasar por saludador presumía de ser el séptimo varón consecutivo y también de haber nacido con la rueda de santa Catalina en la lengua. Un cordelero, otro que ejercía de cirujano en el puerto, el cofrade mayor de los pilotos, al menos media docena de marinos, un par de licenciados, un soldado de fortuna y uno de Hospital de Órbigo, que había logrado consignar un escudo de añil en las bodegas de la *Balvanera* y, para celebrarlo, se gastaba a manos rotas el beneficio de la venta final en Sevilla antes de cobrarlo.

Y, por supuesto, las muchachas que daban sentido al negocio.

Unos ansiaban no ser reconocidos, pero estaban deseando conocer a alguien. Las otras necesitaban que las conociesen, pero hubieran preferido ser desconocidas.

Y, como una gallina clueca, atenta al corral, estaba la Brava, que, por primera vez en años, rompió su costumbre de ir al encuentro de un cliente importante en cuanto traspasaba el umbral. En esta ocasión, lo primero que hizo fue echar un vistazo recio a Catalina y negar, sacudiendo su cabeza.

Una clara advertencia a la que respondió con un suave asentimiento.

Pese al gesto, la expresión rebelde no convenció a la *madame*, que insistió con vehemencia, alzando una mano y sacudiendo el índice.

Y la respuesta fue la de unos ojos verdes revolviéndose en las cuencas.

No resultó convincente. Pero el recién llegado ya se encaminaba a las mesas más cercanas a la puerta, buscando donde sentarse, esperando que la Brava lo atendiese como él creía que correspondía a su evidente categoría.

Y a trompicones, esquivando codos, cabezas que se echaban atrás entre risas y un brindis que dejó más vino fuera que dentro de los vasos, la *madame*

se acercó.

—Mi excelentísimo señor de Mora —anunció servilmente—, qué honor tenerlo de nuevo entre nosotras. ¿Qué puedo ofrecerle?

El mercader no se molestó en fingir aprecio por el trato.

—Una mesa apartada, una jarra del mejor vino que haya en la casa y, cuando me haya bebido un par de vasos, me envías a esa pajarilla…

Durante una avemaría, consideró la posibilidad de mentir; en el fondo, en algún trastero escondido tras los afeites, los potingues, la propia vida, el caro vestido de limistes y la simple codicia, existía un resquicio de bondad en el corazón de la Brava. Un pedazo adherido al recuerdo de una muñeca hecha con panoja de mijo y la mirada triste de una hermana mayor que se despedía desde el borde del camino mientras el carro avanzaba en manos de un arriero, que, al ver aquella muñequita, la tiró a la cuneta y, de inmediato, aseguró severo que los juegos se habían terminado, que ya era lo bastante mayor para trabajar y ganarse el pan.

No pensaba en ello a menudo. Había aprendido a espantarlo con facilidad. Pero empezó a buscarlo, apartando otros recuerdos. Los hilos, las agujas, varas y varas de telas y paños, la abadesa riñendo a todas las niñas porque iban retrasadas con el encargo del obispado.

Habían pasado muchos años. Aun así, Leocadia Manzanal, que así se llamaba la Brava, había empezado a escarbar en su memoria para encontrar aquellos distantes destellos antes del taller de encaje del convento. La muñeca, el calor del fuego en el hogar, una mano cariñosa que le revolvía el pelo y le deseaba buenas noches.

Quizás hubiera encontrado aquellas migajas de compasión, pero su cliente no le dio tiempo de rematar una tarea en la que tenía poca práctica.

—Y si está con otro, que se desocupe —exigió Mora—. Te pagaré el doble de la tarifa habitual —añadió, antes de pasarse la lengua por los labios.

No se percató la *madame* de que Catalina, sin dedicar atenciones al boyero que le sobaba los muslos, miraba la escena sin perder detalle.

—Como deseéis, por supuesto. Ahora mismo me encargo de todo —aseguró, solícita.

Y se hizo a un lado abriendo los brazos, para que el mercader pasara.

El salón principal era uno de esos lugares a medio camino en el que nadie se sentía a gusto pero todo el mundo encontraba algo familiar. Como único lupanar de Campeche, y casi de todo el Yucatán, había que cobijar al escribano, al concejal, al panadero y al jornalero, a todos, porque las monedas no encogían dependiendo de la calidad de la bolsa en que estuvieran, y a la

Brava le daba igual si eran de buen ante fabricado con la huevera de un toro bravo o si salían de un mal pañuelo de bayeta anudado; solo importaba que acabaran en la suya.

El suelo de tablazón se limpiaba cada mañana con vinagre, pero los esquineros de las vigas no habían visto jamás un trapo, aunque cerca colgaban dos lámparas de forja más que decentes, con diez brazos para velones de cera, nunca de sebo, que la grasa, según la Brava, daba al local humos de taberna poco respetable. Además, tanto las sillas como las mesas eran trabajo de ebanista, sencillas, sin molduras o taraceas, pero de buena factura. Y, como colofón, sabiendo su dueña que había quienes pagaban por el lujo, al fondo, en la pared por la que subían las escaleras, de donde colgaba un tapete que mostraba una montería de ciervo, en un rincón discreto se acomodaban dos mesas de caoba con patas labradas. Eran las mejores del negocio y, además de sillones con asiento de buen cuero, no tenían lamparones o iniciales grabadas a punta de cuchillo. Incluso había un aparador empotrado entre el encuentro de las escaleras y el suelo, donde se guardaban dos copas de plata y una jarra a juego.

Aquel era el rincón que la Brava siempre dejaba libre, por si se presentaban clientes de alcurnia, o sin ella, pero que pagasen bien y largo.

De camino hacia donde los perros acosaban al venado bajo unos robles, avisó a la mulata para que se apurase en llenar aquella jarra de plata repujada con una ración generosa de la pipa de vino escondida al fondo de la bodega, donde guardaba lo mejor de la casa.

Aquella noche, la mulata estaba en sus días de sangrado y, aun así, la *madame* le sacaba partido, como a todas sus muchachas todos los días del mes; si no podían encamarse, bien podían hacer de mozas de taberna.

La mulata asintió servicial, pero, en cuanto reconoció al comerciante, echó un vistazo más allá, hacia Catalina.

Se desembarazaba esta del boyero apartándolo con las dos manos y, aunque una enorme sonrisa enseñaba dientes bien formados y labios generosos, su amiga la conocía lo suficiente para reconocer que se avecinaban problemas.

Ajena a sus pupilas, en cuanto Mora se acomodó, la Brava se encaminó hacia las escaleras para ir a buscar a Isabelita, ocupada desde hacía un buen rato con un gaviero mallorquín de pelo rubio y ojos azules con el que no parecía molestarla cumplir el oficio.

—Por su bien —murmuró para sí entre labios apretados—, espero que no esté dándole coba a ese niñato.

Isabelita era de las que, si estaba a gusto, perdía el tiempo con los clientes. Se entretenía con fruslerías varias y, además, adolecía del peor defecto que podía tener quien se ganaba el pan en la casa de la Brava: era enamoradiza.

Si recapacitaba, la *madame* se arrepentía de haberla acogido.

—Me puede el buen corazón —se dijo en voz alta, a medio camino de la planta superior.

Y mientras refunfuñaba en las escaleras, la mulata dejó el vino en la mesa de Mora e incluso hizo una reverencia acercando la mano al ruedo de la falda. No tuvo el descaro de mirarlo con fijeza, como había hecho poco antes con su amiga, pero se sirvió del disimulo que tan bien se aprendía en su oficio para captar la rabia que afilaba el rostro al mercader. Mascullaba entre dientes y se mesaba la perilla. Y no había en su expresión asomo de dolor. Solo una malévola sonrisa.

Tomasa llevaba en su sangre africana el ánimo por las hierbas, los remedios y los misterios del cuerpo. Pero también, aunque se guardaba bien de decirlo, sabedora de cuanto se opinaba sobre las brujas en las Indias y Castilla, se preocupaba por los rincones del alma y los velos del futuro. Recordaba las ceremonias que su padre le había enseñado. Padre e hija habían mantenido con vida las tradiciones *fon* de las que él había sido arrancado en su niñez.

Y Tomasa había sido una buena alumna. Sabía destilar ponzoñas, domeñar a las sierpes, cuajar la sangre, escoger tisanas, elegir las maldiciones, espantar a los malos espíritus con humo de tabaco y, lo que era mucho más importante, conocía a los *loas*.

Había visto la cara del mal.

Y en el rostro del mercader, tan bello como la pintura por la que un artista hubiera vendido su alma al diablo, encontró motivos para sentir escalofríos. Había algo en aquel hombre extirpado de las peores pesadillas que su padre le enseñara.

Se preocupó. Miró de nuevo hacia Catalina, que ya se había levantado y daba largas al boyero.

Y, aun a riesgo de jugarse ella misma su propio futuro, no necesitó más que espantar una breve duda antes de abandonar el trapo que llevaba en la cinta de la saya y salir corriendo.

Catalina ni siquiera la vio marcharse. Sorteaba las mesas y los pellizcos que le buscaban las posaderas; tan rápido como podía, se encaminaba a las escaleras.

Mora, en su mesa, la vio cruzar a unos pasos de distancia y miró con descaro el abultado escote y el sensual vaivén de lo que contenía. Por un momento, se olvidó de la rabia que sentía por la traición.

Bebió un largo trago de vino; lo encontró agrio y frunció los labios.

Negó entonces, lamentando lo sucedido aquella tarde. Se revolvió en la silla, se estiró las mangas. Cambió de postura y volvió a negar. Cogió el vaso, a punto de beber de nuevo, pero lo apartó.

Empezó a taconear con sus finos borceguíes cordobeses y, al cabo, pese al regusto, vació dos vasos en largos tragos. Apretaba la copa con tanta fuerza que la plata cedió y se abolló.

Acabó el vino pronto y, cuando comprobó que la jarra estaba vacía, la lanzó por los aires con todas sus fuerzas. Se estampó entre los ojos desorbitados del ciervo que reculaba ante fieros sabuesos.

Un escarabajo apareció de quién sabía dónde y se detuvo junto a la pata de la mesa. Cuando Mora lo vio, le puso el pie encima.

Algo tiró entonces de la comisura de sus labios, y una sonrisa le ensombreció el gesto.

Bajó el pie lentamente, hasta sentir el duro caparazón. Luego aumentó la presión, poco a poco, hasta que crujió. Apretó con toda la fuerza de la que fue capaz, y giró el pie para pulverizar lo que quedase.

Ansioso, buscó en su bolsa el mondadientes de plata. Y comenzó a pincharse con él las yemas de los dedos. Acercaba la punta a la piel, presionaba el extremo aguzado, y no cejaba hasta que salía una gota de sangre que, entonces, lamía con ansia.

⁂

Ajeno a que, en los escalones, sobre su cabeza, se hablaba de él.

—No voy a consentirlo —aseguró Catalina con las mejillas arreboladas.

Ella subía; la *madame* e Isabelita bajaban.

Se detuvieron las mujeres, y el gaviero, acomodándose la camisa y atándose los calzones, las rodeó para reunirse con sus amigos. La Brava esperó hasta que el hombre llegó al piso inferior.

—Te lo advertí —dijo, cansada, sin alzar la voz, por aquello de la reputación del negocio—. Te quedarás en la calle.

No hubo titubeos.

—¡Por los clavos de Cristo! Ese enano presuntuoso volverá a pegarle.

El miedo tintaba el rostro de Isabelita, pero la muchacha era demasiado niña, demasiado inocente y demasiado incauta para defenderse por sí misma.

Se limitó a quedarse donde estaba y a cerrar la boca.

—Puede que sí o puede que no —reconoció la *madame* con indiferencia —. Pero paga pronto y es generoso. Además, tú ya deberías saber que cada cliente tiene sus manías, son gajes del oficio. ¿No te lo explicó tu madre? Ella tenía más paciencia que tú y sabía bien cuál era su lugar.

Sin esperar respuesta, la Brava bajó un peldaño más y tiró de Isabel. Era un pastor llevando a su cordero, y el animal no entendía que iban a ver al matarife.

Catalina, perdida en sus recuerdos, no reaccionó.

—Apártate y olvidemos esto, no te conviene.

Bajaron otro peldaño. Y otro. Quedaron separadas por uno más.

Catalina se hizo a un lado, pero, cuando pasaron junto a ella, sujetó el otro brazo de Isabelita.

—No —susurró.

Como un pez atrapado en la red, Isabelita quedó en medio de ambas mujeres con los brazos abiertos. Ambas tiraban de ella, y la pobre estaba por echarse a llorar.

—No puedes impedirlo —repuso la *madame* con hastío. Luego negó, y sus cabellos canos se escaparon del recogido que peinaba—. Se acabó… Recoge tus cosas y vete. Búscate algún sitio donde dormir.

Catalina la miró. Destilaba desprecio.

—¡El mal francés! ¡Tiene el mal francés! —gritó a todo pulmón.

El escándalo desbarató la expresión de la Brava.

—¿Qué dices? ¡Calla! ¡Loca!

Catalina bajó unos peldaños y volvió a gritar:

—¡Tiene el mal francés! ¡La Brava lo sabe!

—¡Desgraciada! ¡Cállate!, ¡cállate!

El barullo de la planta baja aún parecía habitual, y eso alimentó las esperanzas de la *madame* de estar a tiempo para evitar que la mentira infectase la casa, como lo haría la terrible enfermedad.

Ella misma examinaba a sus muchachas todas las semanas para descubrir si mostraban las pequeñas bubas carmesí que caracterizaban los primeros estadios de aquella peste, antes de que apareciesen los dolores en las articulaciones, la saliva incontrolada o la locura. La Brava sabía más que bien que, si se corría el rumor de que sus muchachas contagiaban el mal francés, se arruinaría. Y ponía su buen cuidado en que no fuese así.

—¡Calla antes de que te escuchen! —exigió.

Catalina descendió los peldaños. Con calma, dueña de la situación, sin apartar los ojos de la *madame*.

—¡El mal francés!

Era mentar la soga en casa del ahorcado.

—¡El mal francés! —aulló a voz en cuello.

Isabelita no abría la boca, y a la Brava le dio un ataque de misericordia.

—Está bien, puedes quedarte esta noche e irte mañana a primera hora…

Catalina sonrió.

—¡El mal francés! Todas tenemos el mal francés…

—Mentirosa desagradecida, mala perra, ¡cállate de una vez! ¡Cállate! ¡No vuelvas a decir eso!

Ya era tarde, al menos para Mora, que, desde su mesa bajo las escaleras, fue el primero de los clientes que escuchó los gritos. Apareció al pie de los escalones.

—¿Qué demonios sucede?

La sorpresa hizo que los dedos de la *madame* se relajasen, y Catalina se apresuró a tirar de Isabelita para ponerse delante de ella.

La Brava se alisó la falda y ensayó la mejor de sus sonrisas; gesto que acentuó sus arrugas y le echó diez años encima.

—Oh, no os preocupéis. Aquí, Catalina, que… intenta renegociar los términos de nuestro acuerdo comercial.

—¿Catalina? —preguntó el mercader mirándola de arriba abajo.

Ella le sacaba una cabeza y al menos dos arrobas de peso.

Él se dio cuenta de que era la muchacha a quien había visto pasar por el salón.

—La joven tiene el mal francés, caballero —declaró, dirigiéndose al mercader solícita—; no creo que le convenga la cabalgada de esta noche. Puede acercarse a San Román a rezar unos responsos.

Mora la observó con atención. Los brazos de Catalina se echaban hacia atrás, protegiendo a Isabelita.

—Miente —aseguró rotunda la Brava—. Está despechada y busca hacerme daño, a mí y a esta casa. Aquí no hay mal francés, incluso me hago traer guayaco de La Española, por si acaso. Podéis comprobarlo: desnudadla y veréis que no tiene una sola buba. Ni ella ni ninguna de las muchachas. Este es un negocio respetable.

El mercader inclinó la cabeza a un lado y al otro, paladeando el asunto.

—Podéis correr el riesgo —tentó Catalina al comerciante.

—Es suficiente, se acabó este teatro…

Mora alzó la mano, y Catalina se pensó ganadora.

—No importa si está enferma o no —declaró Mora—. He cambiado de opinión —anunció—. Esta noche me apetecen más otras compañías.

Catalina no quiso saber cómo acababa la conversación. Tiró de Isabel y la obligó a pasar entre los dos mercaderes.

—La quiero a ella…

Cuando se volvió, Catalina vio el índice de Mora apuntando hacia su pecho.

—Y me voy a asegurar de que lo pasaremos muy bien —anunció, apretando las yemas de los dedos contra la palma, sintiendo que el dolor de los pinchazos se agudizaba.

El derecho se negó a trabajar, pero el ojo izquierdo se abrió cuando sacudieron a su dueño con fuerza, y los retales teñidos, las tinas, los barreños, lo que vio entre borrones le resultó familiar.

Tardó en reconocer su propio hogar. No había otra luz que un par de hachones.

Todo en desorden. La silla, rota; la mesa, vuelta; el catre, volcado, y el aparador, abierto. Lo que no estaba roto aparecía desperdigado, y el sinfín de colores de sus tinturas resultaba un mosaico indescifrable.

Notaba el sabor metálico de la sangre en la boca, también un dolor palpitante en la nariz. Y al fondo, muy al fondo, la agonía amarga de saber que había perdido la oportunidad de toda una vida.

Una voz que le sonó familiar dijo algo:

—Ya no hace falta. Esta losa está suelta, hay algo aquí…

Le pareció que era Urdaneta.

—… Sí, un cofre.

Quiso volverse. No tuvo fuerzas. Le pareció oír golpes. Tintineo de monedas. Más golpes. Un juramento. Golpes de nuevo y, por último, un chasquido lastimero.

—¡Santa María madre de Dios! Este petimetre tiene el riñón bien cubierto.

Captó el asombro en el tono de voz.

—No me extraña. Has visto cómo vive, ¡ni una jarra de vino! Esto es como una ermita, solo faltan las estampas, el azadón y la calavera. Este no ha gastado un duro en toda su vida. Me extraña que no duerma en el suelo.

Aquella parecía la voz de uno de los hermanos gaditanos, no supo si Juan o Antón. La respuesta llegó por la rasposa voz de Roa; esa sí la reconoció.

—¿Y a ti qué demonios te importa? Como si se la deja picar por un pollo. ¡Vamos! ¡Recoged todo eso y acabemos de una vez!

Luego, tras un silencio, añadió algo más:

—Pena que no haya un hormiguero cerca.

Camacho no entendió. Ya no oyó nada más. Recibió un culatazo y volvió a perder el sentido.

Roa conocía el oficio, y había esperado a que se hiciera de noche antes de sacar al prisionero del almacén. Mora se había marchado mascullando maldiciones, terciando al hombro un humor de perros.

—No me gustaría estar en las botas del que se le cruce delante —había dicho Urdaneta en tanto lo veían salir—. Raro me ha parecido que no nos haya pedido que despellejemos a este con una cuchara…

Julián, con rostro preocupado, había aceptado que nada podía hacerse, a no ser echar un responso. Humillado y triste, se había llevado a los esclavos y a los indios.

Y Roa había sugerido matar el tiempo echando unas manos de naipes.

No habían salido hasta que una esquirla de luna creciente se atrevió a asomar entre las nubes plomizas. Era el mejor modo de evitar ojos curiosos. Roa no quería arriesgarse a que la tarifa del alguacil subiese y Mora le echase la culpa.

Y aquella misma luna era ahora el único testigo de que el veterano volviera a sacudir al hijo de la Camacha para que recobrase el sentido. Y, acobardada, se arrebujó rápidamente en el manto de nubes.

—¡Despierta, inglés! ¡Espabila, saco de mierda!

Cuando logró abrir el único ojo que respondía, todo en derredor apareció envuelto en bruma espesa. No supo si era real o producto de su imaginación. Intentaba decidirlo cuando sintió las gotas.

La temporada de lluvias había comenzado.

Y, como solía por aquellos pagos, lo hacía torrencialmente. El cielo se deshilachaba en gruesos goterones que abanicaban las hojas de los árboles, que empezaban a agruparse en escorrentías que bramaban haciendo retumbar los oídos.

Llovía como si las nubes temiesen no tener tiempo a terminar su tarea.

—¡Despierta, condenado hijo de puta!

No supo dónde estaba.

A su alrededor, todo era selva. Alta, amenazante, llena de sombras infinitas que ocultaban al jaguar y a las cuatro narices.

Arbustos, árboles altos y bajos, gruesos y finos, lianas, plantas de todas las tallas y con hojas de todas las formas imaginables. El olor profundo a tierra empapada y el redoble pesado de la lluvia.

—¡Espabila!

Tenía las manos atadas a la espalda, una soga basta de sisal le roía las muñecas. Cada vez que hacía un esfuerzo por liberarse, las llagas crecían. Le

palpitaba el rostro, hinchado y doloroso. No había un solo pedazo de su cuerpo que no hubiera sido pateado, golpeado, arrastrado o pisoteado.

De pronto, antes de comprender lo que sucedía, recibió un brusco empujón. Fuerte, seco. Dos manos recias sacudieron su espalda.

Luego escuchó una risa. Como la de Urdaneta cuando los gaditanos tenían un rato inspirado.

Perdió el equilibrio, se precipitó, y sus muñecas pasaron por una ordalía cuando intentó echar las manos adelante para evitar darse de bruces.

Temeroso, cerró los ojos, giró el rostro. Esperó el golpe.

Pero el golpe no llegó.

Y entonces se dio cuenta.

Caía. Se precipitaba a un abismo. Una sima lo engullía.

—¡Gracias por las llaves, inglés!

Caía.

Fue lo último que oyó y, desde algún rincón lejano, recordó la ceiba y la crisma de aquel indio reventando. Tuvo un fogonazo de ingenio, supuso que Roa había hecho un molde de cera.

No le dio tiempo a más.

Caía. Y el terror se apropiaba de él.

Se imaginó precipitándose desde el campanario de San Francisco.

Pero no fue así.

Agua, fría, helada. Eso fue. No los adoquines, no el suelo pisoteado de una calle donde se volcaban orinales. El agua lo abrazó.

Se despabiló de golpe, chapoteó, se revolvió. Buscó aire.

Se hundía.

Solo pudo percatarse de que era agua dulce. No lo habían lanzado desde un cantil al mar.

Le faltaba el resuello. Sin acordarse de sus muñecas en carne viva, luchó para liberarse. Y no lo consiguió.

Se hundía.

Daba vueltas. No sabía dónde estaba la superficie. No sabía dónde el fondo.

Quería respirar. Le ardía el pecho. Le dolía el cuerpo entero.

Intentó calmarse. Tampoco lo consiguió.

Fruto de la desesperación, comenzó a patalear con todas sus fuerzas, sin saber si se encaminaba a su salvación o a su condena. Movía las piernas frenéticamente. Se esforzaba como jamás lo había hecho por no dar una bocanada. Por no tragar. Por no respirar.

Iba a ahogarse.

Se hundía.

Siguió pataleando.

Y, súbitamente, llegó a la superficie. Su cabeza emergió durante un abrir y cerrar de ojos. Apenas tuvo tiempo de forzar un trago de aire en sus pulmones. Y volvió a hundirse.

Se revolvía. Se agitaba. Y a veces, solo a veces, encontraba aire del que alimentarse y no agua en la que desfallecer.

Con las manos inútiles casi no lograba mantener el equilibrio. Le dolían los golpes recibidos. El pecho le ardía. Las piernas le flaqueaban.

Pero no cejó en sus empeños y, tras una eternidad, su salvación se presentó de puntillas, cuando, sin previo aviso, consiguió hacer pie en piedra resbaladiza.

Acabó bajo el agua varias veces. Trastabilló. Se debatió. Se dio por perdido. Se topó cara a cara con la esperanza y la llamó puta. Se le escapó un padrenuestro. Pero, tras cruzar el purgatorio de cabo a rabo, se las arregló para ponerse en pie en una rocalla en medio de aquel enorme pozo.

Jadeaba. El frío, empapado, se le colaba en los huesos. Hipaba. Su agonía era tal que temía que el aire no fuese suficiente.

Miró hacia arriba, buscando la claridad. La lluvia le lavó el rostro.

En la escasa luz distinguió una silueta. Un óvalo diluido sobre el que colgaban ramas y hojas, sobre el que se derramaba la selva.

Entonces comprendió.

Roa lo había lanzado a un cenote en el corazón de la selva. En uno de aquellos aljibes naturales que, formando un auténtico laberinto, se unían en enrevesadas galerías que cruzaban de punta a punta el Yucatán.

Lo había arrojado allí como hacían los mayas en sus sacrificios. Para que muriese. Lentamente.

Y tenía la prueba en los restos borrosos que podía distinguir entre las sombras de las nubes y la lluvia. A su lado había huesos, espinazos, costillares y más de una calavera. Tétricos testimonios de para qué había sido utilizado aquel lugar.

Había también cerámicas rotas y, en un colmo que a su mente de mercader le costó comprender, objetos brillantes que, pese al tiempo bajo el agua, no habían perdido su lustre. Oro, joyas y presentes arrojados para calmar la ira de los dioses y que ahora solo servían para hacer compañía a aquella montonera de huesos descalabrados. Incluso le pareció distinguir entre el limo una ristra de cascabeles.

Más le hubiera valido romperse la crisma al caer. Mejor hubiera sido ahogarse. Ahora sabía que, más tarde que pronto, moriría de hambre y frío.

El agua le daba por el cuello, y se mantenía así gracias a un esfuerzo que sus piernas empezaban a acusar. La piedra era resbaladiza, cubierta de un limo que hacía difícil afirmarse.

Iba a morir.

Iba a ahogarse en el corazón de la selva en cuanto desfalleciese.

Fue entonces cuando comprendió que ni siquiera tendría tiempo de albergar esperanzas.

Al principio, dudó de su mala cabeza.

Quiso negarse a admitirlo, pero la cruda realidad era testaruda.

Seguía lloviendo con ese ansia propia de la lluvia en las Indias. Grandes y gruesos goterones tibios que la selva se bebía con avidez. Se escurrían por los jacarandas, balchés, nogales, anonas, capulines, tamarillos. Arrastraban los pétalos de franchipanes, buganvillas, begonias, orquídeas, miramelindos, vicarias y coronas de Cristo. Caían a la oscura tierra cubierta de musgos, los grillos buscaban refugio, los escarabajos abandonaban el estiércol, un tapir corría y, a lo lejos, un jaguar maulló con disgusto.

La selva engullía las lluvias. La drenaba hasta sus entrañas, donde fluía de una cueva a la siguiente, alborotando los fondos en los que pequeños bagres nadaban tanteando con sus bigotes en pos de lombrices.

La selva bebía con ansia, y aquellas corrientes subterráneas desembocaban en los cenotes, donde se acumulaba desde tiempos inmemoriales.

Y el nivel subía, lentamente.

Poco a poco.

Condenando a un hombre.

Isabelita se tapó la boca, cruzó las manos, y un quejido ahogado culebreó entre sus dedos. Un instante antes estaba en brazos del gallardo mallorquín. Y ahora no sabía qué hacer o qué decir. Todo sucedía demasiado rápido. Todo era confuso.

Catalina, abatida por el asombro, tardó en hacerse con la situación.

La única que reaccionó con soltura fue la Brava. En tanto tiempo lidiando con las bajas pasiones de los hombres había tenido ocasión de ver los vicios más incomprensibles. Más aún, había visto cómo se repetían.

—Los cambios de menú en el último momento pueden resultar indigestos. Soy consciente de que sois un caballero de gustos refinados, pero estoy segura de que Isabelita sabrá hacerse cargo de cualquier petición especial que se os pueda antojar —dijo melosa—. Como ya sabéis, es aún joven, pero también habilidosa —puntualizó—, y bien dispuesta.

La muchachita intentó decir que no, pero el miedo atenazó sus labios. Temía más a la Brava que a los golpes del mercader.

Mora se recolocó los rizos del flequillo y negó con la cabeza.

—No, la quiero a ella —insistió, señalando a Catalina.

La *madame*, curtida en tales lides, no se arredró:

—Me temo que ya no trabaja para la casa —adujo con una pena que no sentía—. Se marchará esta misma noche. Es demasiado revoltosa. De hecho, ya estaba camino de la puerta…

—¿Sin equipaje?

—Nada puede llevarse quien nada tiene. —Se hizo un silencio, y la *madame* se reafirmó, corrosiva—: Ya no trabaja en la casa.

Pero no surtió el efecto deseado, y la Brava comprendió enseguida que había metido la pata. Lo veía en el rostro del mercader. Al acudir a la rebeldía de su discípula, había avivado el deseo. No otra era la verdad en los bellos ojos azules de Mora. Era de esa clase de hombres que necesitan mentirse. Creerse dueños.

—Comprendo —concedió él, conciliador—, sin embargo, aún está aquí, en la casa, como decís. Y estoy seguro de que habrá algún modo de arreglarlo

—planteó, haciendo de su bolsa un sonajero—. Siempre hay un precio adecuado —remató con intención.

La Brava sabía que había cometido un error. Y también que ahora era el mercader quien lo cometía. Por eso volvió el rostro para mirar a su discípula.

—Ni todo el oro de Zacatecas sería suficiente. —La voz de Catalina destiló hiel—. No todo puede comprarse, aunque haya imbéciles que piensen lo contrario.

La muchacha parecía capaz de arreglarle los maltrechos dientes de una bofetada. Pero el mercader siguió en sus trece.

—Estoy convencido de que habrá alguna manera de llegar a un entendimiento —insistió con soberbia.

Los ojos azules no se apartaron de Catalina, pero las palabras eran para la Brava.

Y la *madame* consideró sus opciones. Incluso echó un descarado vistazo a la abultada bolsa. Sin embargo, con un suspiro de resignación, decidió volver las tornas. Conocía demasiado bien a su discípula.

—Trabajan en la casa dos cartageneras bellísimas, Amalia y Adosinda, que aceptan encamarse juntas —dijo con picardía—. Puedo aseguraros que ofrecen un espectáculo incomparable. Saben muy bien qué hacer y cuándo hacerlo —añadió, recalcando intenciones.

Solo le respondió el silencio.

Se oía el respirar nervioso de Isabelita. Se mordisqueaba las uñas.

—Os aseguro que será inolvidable —perseveró, con el afán regateador de un bereber vendiendo bagatelas.

La joven y el comerciante la ignoraron. Se miraban como duelistas con los hierros desenvainados, listos para dejarse las tripas al aire.

—Por supuesto —la Brava continuaba pensando qué decir—, para compensar las molestias, bastaría con abonar la tarifa habitual por solo una de ellas…

Nada cambió.

—… Y podréis pasar la noche entera con las dos. Os aseguro que hacen virtud del pecado.

El comerciante dejó de mirar a Catalina y se encaró con la dueña del negocio.

—La quiero a ella. —Volvió a señalarla—. ¿Cuánto?

No tuvo ocasión la *madame* de responder.

—Mequetrefe engreído… Como te acerques te capo como a un gorrino, aunque tenga que hacerlo con los dientes —amenazó Catalina, batiendo las

manos.

La Brava tenía muchos defectos, pero la audacia no era uno de ellos. Bajo las sábanas o ante las mesas, llevaba más de treinta años en el comercio de la carne. La actitud airada de la joven no era buena idea. El desafío con el que se enfrentaba al mercader solo echaba leña al fuego. Pero al comerciante le divirtió la amenaza.

—¿Cuánto? —repitió sin más, con frialdad.

Catalina reaccionó del peor modo posible: acercándose al mercader para mirarlo desde toda su altura.

La tensión se espesaba, y la Brava se encontró en un callejón sin salida.

Ninguno al pie de la escalera se dio cuenta de que ya no estaban solos.

Tomasa había corrido como jamás en su vida. Y había tenido que escurrirse por las esquinas para evitar ojos indiscretos. Por no mencionar que la lluvia torrencial la había empapado y que, al regresar, había tenido que esperar hasta que, no sin meterse con ella por parecer una gallina caída al mar, la sevillana Luisa le había traído un trapo con el que secarse y una de las mudas que, para imprevistos, se guardaban en la planta de abajo.

—Que no te vea la Brava —le había rogado con ojos asustados.

Y por una vez la de Sevilla se había tomado algo en serio y había obedecido sin armar algarabía. Algo en el rostro de la mulata le había sugerido que aquel no era el momento de contar habas.

Aquel a quien Tomasa había ido a buscar se había quedado bajo el alero de la cofradía de los pilotos, resguardado de las lluvias con un barragán encerado, cavilando cómo enfrentarse al dilema que Tomasa había planteado.

Fue él quien dio la cara al pie de la escalera tras haber concedido tiempo a la mulata para disimular.

—¿Se le ofrece confesión a algún pecador?

La voz de fray Gundemaro sorprendió a todos al pie de la escalera. Las cuatro cabezas se volvieron con preguntas en los labios. Tras ellos, más allá del enyesado de la pared, la mulata ya sonreía con una jarra de vino en la mano, y los compañeros del mallorquín se burlaban de sus mejillas arreboladas.

La Brava estaba a punto de decir al del hábito que Tomasa no podría atenderlo hasta dentro de unos días. Al instante se percató de que no estaba allí para atender a sus urgencias habituales, y calló.

Mora no lo hizo.

—Mete los hocicos en tus sahumerios y breviarios —espetó con desprecio.

El fraile cató la situación y caviló por un momento.

—Estos mismos son mis asuntos —dijo al fin conciliador—. Lo que puede descarriar al rebaño es siempre motivo de preocupación para el pastor.

La única que lo entendió fue Catalina. Y, aunque no pensaba reconocerlo en voz alta, se sintió aliviada. Era demasiado testaruda para admitir que se había puesto una camisa de once varas. Pero también demasiado orgullosa para pedir ayuda.

—Lárgate con viento fresco —insistió el comerciante con desprecio.

Gundemaro se rascó su enorme tripa y mudó de expresión hasta parecer un chicuelo bajo el chaparrón de una regañina.

Isabelita, demasiado inocente, sonrió encantada ante aquel gesto pícaro del monje. Tuvo suerte de que Catalina no la viese. Le hubiera gritado. Seguía mordisqueándose las uñas.

Cuando el frufrú del rascarse quedó en el aire, el fraile habló de nuevo:

—Bendita Providencia que me ha traído hasta aquí de la mano. A vos os buscaba yo, y con denuedo, mi señor de Mora —dijo el franciscano, como si se hubieran encontrado por azar en la Puerta de Tierra—. Estaba convencido de que necesitarías sosiego para vuestra alma atormentada.

El comerciante dejó que sus dedos bailasen con desdén en el aire.

—¿Me equivoco? —preguntó humildemente Gundemaro—. Qué contrariedad —añadió con amarga ironía—, estaba convencido de que querríais consuelo.

El instinto de Mora le advirtió de que algo andaba mal.

—¿De qué hablas, pordiosero?

Gundemaro fingió sentirse ofendido.

—Claro, claro, un hombre de vuestra categoría —mostró consternación—, con vuestros ditados y dineros, preferiríais un afamado carmelita, o quizás a un elevado teólogo dominico. Estos humildes hábitos —continuó, levantándose el modesto sayal gris, como a punto de hacer una reverencia—, desgraciadamente, no están a la altura de vuestra categoría. Lo lamento de todo corazón, pero también dicen que, a falta de pan, buenas son tortas…

El mercader torció el gesto. Le hubiera gustado tener a Roa a su lado para ordenarle que se encargase de aquel impertinente.

—… Además, el camino no es de la razón a la fe, sino de la fe a la razón. No soy más que un humilde franciscano, pero, si tenéis fe, entonces…

—Azuzas la impertinente costumbre de meter las narices donde no te conviene —tascó Mora secamente—. Deja los trabalenguas y habla de una vez, o márchate y deja de incordiar. Aquí los hay que estamos ocupados.

El mentón del fraile se hundió en la primera de sus papadas y, como si estuviese en las tablas de una corrala, actuando para una comedia, se pretendió afligido.

—He venido para ofreceros confesión —declaró—. Porque en confesión he recibido noticias que he imaginado que os tendrían más que preocupado. —Gundemaro hablaba con voz sumisa, pero era un pésimo actor y nadie en su sano juicio se hubiera creído ni media palabra—. Ya sabéis que el secreto obliga en el sacramento, pero, dada la gravedad de lo que ha llegado a mis oídos, pensé que era mi deber de cristiano acudir en vuestra ayuda.

El precioso rostro del mercader se inclinó en un escorzo de suspicacia.

—Como no vayas al grano, me encargaré de que tengas que predicar en medio de los caribes; con tu talla les resultarás más que apetecible…

La amenaza no hizo temblar las carnes del fraile.

—He oído que ha habido, ¿cómo decirlo…? —Un dedo regordete tamborileó sobre aquel mentón enterrado en lardos—. He oído que ha habido ciertos inconvenientes con el último cargamento de palo de tinte.

Mora reaccionó como una sierpe acorralada y, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró encarado con el fraile.

—Nada que no haya podido arreglarse, pero preocupante, sin duda. Más para una casa con la reputación de la casa de Mora, donde hasta ahora —prosiguió el franciscano recalcando cada sílaba, sin dejarse intimidar—, donde hasta ahora solo se ha proporcionado mercancía de la mejor calidad.

El ceño fruncido del mercader no lograba estropear la armonía de su rostro.

—Estoy convencido de que es un incidente aislado, pero me temo que podría dañar irremediablemente vuestra reputación. Ya sabéis como son estas cosas: si se hiciera de dominio público… Una vez se corre la voz…

Otros hombres de negocios se hubieran molestado en negar lo evidente o en proponer excusas. De Mora, no. Sabía que valdría de poco. Imaginó que el alguacil o los corchetes se habían ido de la lengua. Quizá, arrebatados por un deseo de contrición, era cierto que se habían confesado, o quizás el fraile había entrometido los hocicos. En cualquier caso, era necesario cortarlo de raíz, antes de que siguiera brotando.

—¿Cuánto queréis por mantener cerrada esa bocaza?

El franciscano encogió los hombros.

—Oh, en realidad yo soy un hombre de Dios. He hecho voto de pobreza, las riquezas de este mundo no me interesan.

Los dedos del mercader se revolvieron en el aire exigiendo una respuesta franca.

—De hecho, a mí me bastaría saber que en la casa de Mora se siguen los preceptos de una vida piadosa…

—Vuelta la burra al trigo… —lo interrumpió el mercader—. Pensé que la otra noche había quedado claro que no eres quién para dictarme cómo vivir mi vida. ¿No fue mi lacayo lo suficientemente claro?

—¡Dios me libre! —soltó el fraile, escandalizado—. No osaría yo algo semejante. No, ya lo he dicho, solo soy un pastor preocupado por su rebaño. En cualquier caso, la otra noche carecía de argumentos tan convincentes.

—Como los que tienes ahora sobre la calidad de los envíos de la casa de Mora…

El fraile asintió, compungido, como si lamentase una desgracia irremediable.

El comerciante sopesó la situación con frialdad. Con todo el ajetreo de la noche, la golilla se le había descolocado, y reparó entonces en ello. Repasó cada pliegue y también retiró uno de los largos y blancos cabellos de la Brava que, de algún modo, había terminado en su jubón.

Comprendió que había perdido una batalla, pero deseaba librar la guerra hasta sus últimas consecuencias. Finalmente, asintió con más convencimiento que el fraile.

—Acabas de contraer una deuda que jamás podrás pagar.

Gundemaro encajó el golpe sin que sus dotes de actor mejorasen. Ninguno de los presentes creyó la seguridad que pretendía aparentar.

—El Señor proveerá —logró decir.

Melchor de Mora e Hijuelo abandonó el local de la Brava. No tuvo que preocuparse por la lluvia, su litera aguardaba fuera. No volvió el rostro y no dijo nada más.

Al pie de la escalera, la *madame* reaccionó al fin:

—No tengo idea de que os traéis entre manos, pero esa bolsa pagaba buena parte de la comida que se sirve en esta casa. En tus noches más locas, condenado fraile gordinflón, no gastas ni la mitad de lo que él deja en propinas. A partir de ahora, olvídate de la Tomasa —advirtió severa—. No volverás a pisar este negocio.

El fraile refunfuñó, aunque no se creyó las amenazas. En un par de semanas, sus dineros serían tan buenos como los de cualquiera; además, tenía la certeza de que Tomasa y el resto de las muchachas exigirían que volviese a confesarlas. No se preocupó.

—En cuanto a ti —prosiguió la Brava, volviéndose a Catalina—. ¡Fuera! Los dos podéis iros juntos al purgatorio.

El dedo envejecido señalaba en dirección a la puerta, inexorable.

La pupila alzó el mentón. Tenía mejores dotes de actriz que el franciscano; podía creerse que no le iba un bledo.

La lluvia deshacía las nubes. Y parecía no tener fin.

El agua subía.

Sus pies, de puntillas, hacían equilibrios en aquella roca. Tenía que estirar el pescuezo para mantener la cabeza en seco.

Viéndose así, sabiéndose perdido, lamentó no haber conseguido que nadie, jamás, lo llamase Bernal. De todos sus nombres era el que más le gustaba. El que se le antojaba más digno. Y ya no podría seguir porfiando para cambiar su sino.

No sabía cuánto le quedaba, pero no mucho. Su barbilla, bajo el agua, era prueba de ello.

—Bernal —dijo lentamente, por el mero placer de oírlo.

Iba a repetirlo, pero le pareció oír algo más allá del rumor incesante de la lluvia. Prestó atención.

Tras un instante, se dijo a sí mismo que habría sido algún animal. O imaginaciones suyas.

Pero volvió a repetirse. Y no le cupo duda de que, además del ruido, al contraluz, en el cerco que formaba la boca del cenote, había visto la inconfundible hoja de una palma de guano.

Se mantuvo atento.

Y volvió a suceder.

—¿Quién va?

Gritó con todas sus fuerzas. No llegó respuesta.

—¿Quién va? —repitió.

El agua le llegaba a los labios.

Trasteó con los pies hasta encontrar acomodo. Esvaró. Se sumergió.

Pataleó, luchó por volver a hacer pie. Resbaló de nuevo. Tragó agua. Intentó escupir. No desfalleció. Frenético, intentó asentarse firmemente una vez más.

Lo consiguió. Tenía que echar la cabeza atrás para mantener el rostro fuera del agua, y su equilibrio era precario. Pero aquel resquicio de esperanza le era suficiente.

Puso toda su atención. Pero no obtuvo respuesta. No oyó nada.

Sin embargo, de improviso, algo cayó a su lado. Se asustó, se acordó de la cuatro narices. Pensó que alguno de sus parientes lo visitaba ahora. Y entonces sus ojos discernieron algo en el chapoteo, a unos palmos. Era el cabo de una soga.

—¿Quién va? —preguntó, sintiéndose ridículo.

No importaba de quién se tratase, solo que le ofrecía una salvación.

E iba a dejar libre su alegría cuando comprendió que aún quedaba pescado por vender. Poco podía hacer con las manos a la espalda. Mientras, el nivel del agua seguía subiendo.

Tras cavilar unos instantes, tomó aire, tanto como pudo, y se sumergió.

El costillar pateado se convirtió en una agonía, pero cerró los dientes con fuerza y, tras dos intentos infructuosos, logró sentarse en sus propias manos.

Bajo el agua, escaso de fuerzas, con el cuerpo lleno de cardenales, temió que no lo conseguiría.

No se rindió.

Siguió tirando con los hombros, ignorando el tormento.

Para cuando logró pasar las manos, atadas hasta las corvas, le ardían las muñecas y el dolor en el pecho era un martirio.

Sintió que se le nublaba la vista. Necesitaba respirar.

Se revolvió. Tiró, forcejeó. Ignoró las cuchilladas y, tras lo que le pareció una eternidad, las manos pasaron por los tobillos. Se vio tan cerca de conseguirlo que continuó forcejeando, frenéticamente.

Hasta que se atascó con uno de los talones.

Perdió un zapato. No era gran pérdida; cuero sencillo que ni siquiera se había trabajado a medida.

Y al fin lo consiguió.

Apoyándose entonces en la roca, como un pez remontando el río, se impulsó a la superficie.

Jadeante, se giró en todas direcciones y, por un terrible instante de pánico, la escasa luz escondió la soga.

Sin embargo, allí seguía, al alcance de sus manos.

Un último esfuerzo bastó. Pudo sentir el áspero tacto, deshilachado y viejo, como uno de los desechos que se compraban en el puerto por calderilla.

En cuanto la tensó entre sus dedos, alguien, al otro extremo, empezó a jalar.

De pronto, sus maltrechos brazos tuvieron que soportar todo su peso. Le dolió hasta el apellido que su madre había elegido.

No se soltó.

Quedó suspendido en el aire. Entre dos mundos.

Al otro lado, su particular samaritano seguía tirando.

Ya cerca del borde, intentó agarrarse a las palmas de guarno, pero se quedó con varias hojas en la mano. Se balanceaba adelante y atrás. En el siguiente intento, se hizo con un puñado de tierra. Al tercero, logró aferrarse a una gruesa raíz.

Tiró. Y por fin salió gateando. Se derrumbó sobre el suelo empapado, intentando recobrar el aliento.

Cuando logró incorporarse alguien se detuvo frente a él. Incluso bajo aquella luz escasa, le bastó con distinguir apenas un detalle: su salvador se cubría con un viejo y raído poncho de henequén.

El trayecto era largo, y el franciscano se preguntó cómo Tomasa había tenido fuerzas para correr tan rápido de un extremo a otro de la ciudad; pero también daba tiempo a pensar y, cuando estaban a punto de llegar al convento de los franciscanos, Gundemaro apartó de su frente el barragán encerado y habló a la muchacha bajo la lluvia.

—Escúchame bien —dijo serio—, a partir de este momento estás aquejada de unas fiebres tercianas galopantes.

—¿Qué? —Catalina lo miró con extrañeza.

El fraile se detuvo, o más bien sus pies se detuvieron y su barrigón hizo ademán de desplomarse. Se balanceó como un tentetieso antes de ser capaz de poner a resguardo su equilibrio. Y, con un crujido, sus gastadas rodillas protestaron.

—¿Qué pensabas, criatura? ¿Te has quedado en la cueva viendo las sombras de la hoguera y te has olvidado de la realidad?

Su expresión de genuino desconcierto obligó a Gundemaro a dejar escapar un lento suspiro antes de insistir.

—¿Acaso creías que te podías venir conmigo al convento sin más?

Catalina, que había salido de casa de la Brava con lo puesto y una pañoleta que le había dado Luisa, no creyó que, después del favor, fuera momento de increpar al fraile, aun a pesar de que se estaba empapando.

Como ella no logró encontrar una respuesta, el franciscano se rascó la coronilla por debajo del barragán.

—Hay que admitir que entre los hombres de Dios —dijo con aire contrito — ha habido algunos excesos… —mostró una sonrisa franca; fue como ver un rechoncho cojín de plumas ahuecándose—. Y no soy yo quién para señalar —reconoció sin pudor—, pero bien sabido es que el papa Alejandro, el Borja —aclaró con una floritura de la mano—, se encamaba con la Farnesio en sus aposentos del Vaticano sin importarle lo que podían chismorrear su camarlengo o la curia al completo… Hay quien dice que en más de una ocasión metió bajo las sábanas a alguno de sus secretarios y a un puñado de fula…, y a unas cuantas mujeres de reputación, digamos, dudosa. Es un tema espinoso.

Se rascó la coronilla con más fruición y, cuando volvió a hablar, se percibía que citaba rescatando algo de su memoria.

—La razón del mal consiste precisamente en que alguna cosa decaiga del bien —recitó—. Luego es evidente que existe el mal en los seres, como también existe la corrupción, pues la misma corrupción es un determinado mal. —Sacó la mano del barragán y alzó un dedo, con el mismo gesto que empleaba en las homilías—. Y la perfección del universo requiere que haya no solamente seres incorruptibles, sino también corruptibles —se amplió su sonrisa—, como este pobre pecador.

Catalina, que empezaba a impacientarse, se encogió de hombros.

—Pues está bien claro: si no a los ojos de Dios, al menos a ojos de la congregación, conviene un poco de discreción, ¿entiendes? La mujer del César no solo ha de ser honrada, también ha de parecerlo.

Catalina, con tal de continuar caminando y resguardarse de la lluvia, estuvo a punto de decir que sí, pero prefirió ser sincera.

—La verdad es que no.

—¡Hija! Pues que no puedo meterte en el convento sin más. Ya mis pobres ansias pecadoras y mi cuerpo corruptible —puntualizó— me han llevado a más de un exceso, pero hay que poner un límite. Así que diremos que estás enferma, y así serás atendidas en las camas que reservamos como hospital.

—Pero yo no padezco de fiebres —adujo Catalina. Y, tras una breve pausa, añadió con sorna—: Puedo rezar a san Alberto.

El franciscano se agitó, balbuceó y manoteó el aire.

—¡Pues dices que se te ha engorronado un orzuelo! ¡O que andas suelta de tripas! Pero disimula, carajo, disimula. Que no será la primera vez que finges, digo yo…

Aquello arrancó una sonrisa en la joven, que, con buen humor pese a la mojadura, escondió una mano a la espalda y soltó un largo suspiro.

—Padre —dijo—, mientras me den un techo hasta que encuentre cómo apañármelas, yo si quiere me hago pasar por manca. Pero vamos, que podía dejarse las homilías para los domingos e ir al grano, que tarda una eternidad en decir cualquier cosa… ¡Por las torturas de la santa Cristina!, ¡se hace una vieja escuchándolo!

Se miraron bajo la lluvia y, sonriendo ambos, asintieron.

—Está bien, está bien —concedió el franciscano—, lo intentaré. Anda, ¡vamos! Que me va a coger el frío y el que va a acabar enfermo de verdad voy a ser yo. Además, tengo un hambre de lobo…

Y enfatizó la coda palmeándose el barrigón como si felicitase a un perro obediente.

—Pues camine, que no he sido yo la que ha decidido ponerse a dar sermones bajo la lluvia…

Y siguieron hacia el recio convento de los franciscanos donde, además de iglesia para consolar el alma, los desamparados encontraban atención y los hambrientos sopa boba a cambio de quedarse a la misa de ángelus.

Lo que ninguno de los dos esperaba, entrada la noche y bajo aquel aguacero, era encontrarse con otra pareja cuando ya estaban a punto de alcanzar el portalón de entrada.

Un indio roñoso y cojo pasaba las de Caín para ayudar a caminar a un pobre desgraciado con la cara hecha un guiñapo. El herido no era capaz de dar dos pasos sin amenazar con caerse de bruces.

Catalina, bienintencionada y más ágil que el franciscano, se adelantó para echar una mano. Sin embargo, en cuanto estuvo más cerca, se detuvo en seco.

—¿Tú?

El indio, resollando por el esfuerzo, se detuvo, y en su rostro quedó reflejada la incomprensión. Catalina lo ignoró; la mirada fija en la cara amoratada y la nariz rota de Camacho.

—Tanto has querido subir que al final te has caído desde bien alto, ¿verdad?

Y pareció que iba a callar, pero añadió algo de inmediato:

—Pues lo tienes bien merecido, y que me perdone el Señor por desearte mal, pero lo tienes bien merecido.

Camacho, apenas consciente, no fue capaz de responder. Tan solo logró incorporarse levemente, y la joven, igual de airada, se dirigió al indio.

—¿Qué ha pasado?

El maya permaneció en silencio.

—¿Me entiendes?, ¿hablas cristiano?

No hubo respuesta, solo unos ojos pardos y sumisos que la miraban como un cachorrillo receloso de llevar otra bofetada en el hocico si orinaba donde no debía.

Y Catalina, como si fuera a ayudar, repitió la pregunta, alzando la voz y hablando más despacio.

—¡Por la Santa Cruz! ¿Qué le ha pasado a este mentecato engreído?

La respuesta se la dio el fraile, que había logrado alcanzarlos.

—Es mudo —farfulló entre jadeos, intentando sujetarse la tripa para que no se le desparramase con el respirar que traía.

—¡Qué va a ser mudo este cantamañanas! Cuando quiere habla mejor que el mismísimo san Ambrosio. Por los codos, se lo digo yo, aunque todo lo que dice son tonterías —declaró llena de razón—. Es un loco que sueña despierto.

—Ese cantamañanas —repuso el religioso—, como dices, no creo que pudiera responder ni aunque bajase san Antonio de los cielos para inspirarlo. No sé quién ha pintado el cuadro, pero es un buen artista. No —negó sacudiendo todas sus papadas—, yo me refiero al indiecito —lo señaló—. Es mudo, lo conozco, viene a menudo a servirse de la caridad del convento.

Aquella revelación dejó fuera de lugar a Catalina, que no supo qué más decir; tan solo miró alternativamente a cada uno de los tres hombres con perplejidad.

Entonces, el franciscano se hizo cargo.

—Ya veo que este pobrecillo no es plato de tu gusto, aunque es evidente que a él no le hace falta fingir. —Y en un arrebato de descaro añadió algo más con una enorme sonrisa—. Este está jodido de verdad.

Y asumió el mando de la nao.

Tras llamar al portalón, convenció al fraile a quien le había tocado guardia en la portería de que dos ovejas descarriadas necesitaban cuidados, tanto para sus maltrechos cuerpos como para sus almas descuidadas. Porque, al fin y al cabo, todos, buenos y malos, pertenecían al rebaño, y el buen Señor estaba siempre dispuesto a ofrecer cobijo al hijo pródigo.

Solo se vio obligado a presionar un poco para que dejasen quedarse al indiecito del poncho, quien se negó en rotundo a marchar y parecía decidido a acompañar a Camacho hasta el mismísimo infierno.

Cuando el portalón se cerró, la calle quedó vacía, a no ser por los charcos, que seguían creciendo bajo aquella lluvia inagotable.

Ni siquiera los gatos se atrevían a salir.

⁂

Aquella misma lluvia veía gotear desde el alero de una de las habitaciones de El lagarto el maese de la *Balvanera*. Fruncía el ceño. Y los que sufrían eran sus bigotes; como no podía estarse quieto, los atusaba de continuo.

Salustio Fragoso se encontraba incómodo desde su arribada. La condenada broma lo había llevado a hospedarse en tierra mientras los calafates se encargaban de la nao y ahora, para más inri, se preguntaba si sería demasiado tarde para zarpar.

La temporada seca había terminado y, con las compuertas de los cielos abiertas, también llegaban los traicioneros vientos de norte, que convertían las

costas yucatecas en una trampa con alma de judas.

Antes de darse la vuelta para apagar el candil y echarse en la cama, chistó con resignación. No tenía muchas opciones.

El candil se extinguió con un siseo y quedó humeando sobre la sencilla mesa, donde también había recado de escribir y una buena montonera de papeles. Amén del cuaderno de bitácora, tenía allí los manifiestos de carga y los detalles del inventario, abundantes y enrevesados, pero sin una sola mención a los sobornos, las marcas rehechas en las pipas o el cálculo por lo bajo del quinto del rey. Y en ninguna parte aparecía que, como a la venida, la codicia de Salustio Fragoso había optado por sobrecargar la nao.

Y no aparecía porque el mismo Fragoso se mentía a sí mismo al respecto, intentando convencerse de que, cuanto hacía en el comercio de ultramar, era para mayor gloria de Castilla y de su majestad don Felipe.

Antes de acostarse, refunfuñando, con el entrecejo aún fruncido, rezó un paternóster, se santiguó y dijo a la habitación:

—Habrá que hacerlo, por Dios y por España.

Le costó conciliar el sueño. Y, cuando por fin logró asentarse, tuvo pesadillas con terribles vientos y peores tormentas que amenazaban con rasgar las velas de su barco.

⁂

Unas esquinas más allá, la misma lluvia golpeaba los caros cristales de las ventanas en barrotillo del salón principal de la fastuosa mansión de la familia Mora.

El dueño acababa de llegar con un humor de perros. Y a todos en la casa les había quedado claro.

Tras sacudirse la capa empapada y dejarla sin más en el suelo del zaguán, había pedido a gritos que le sirviesen el mejor espiritoso de las bodegas antes de encaminarse al salón principal, donde se exponían piezas de bronce de algunos de los barcos de los que su familia había sido armadora. La colección incluía también algunas extravagancias, como una campana en la que aún podía leerse «Marigalante», pese al robín verdoso; el padre de Mora la había comprado años atrás, y la familia presumía desde entonces de tener el auténtico bronce de la nao de Juan de la Cosa que encallara en las costas de La Española, la *Santa María*, aquella que había terminado convertida, por orden del mismísimo almirante Colón, en el Fuerte de la Natividad, de infausto recuerdo.

Se acomodó en una lujosa silla de madera de castaño y respaldo de cuero fino que parecía la cátedra de un obispo en el coro recién hecho en la catedral de Alcalá de Henares, pues tenía más animales labrados en las patas que el arca de Noé en sus bodegas. Tan escaso de talla era que apenas le llegaban al suelo las puntas de sus borceguíes.

La silla estaba dispuesta frente a una enorme chimenea con un frontal tallado en mármol lunense de las canteras italianas de Carrara. Y Mora, en cuanto acomodó las posaderas, extendió las manos hacia el calor de las llamas.

Cuando su lacayo llegó con la bebida, le preguntó en mal tono:

—¿Qué sabemos del superior de los franciscanos?

Y bebió al instante con ansia. El sirviente meditó la respuesta, sabedor de que se esperaba de él eficiencia y de que el precio por lo contrario sería alto.

—Fray Humberto. De Ávila, creo. En tiempos hicimos alguna donación —dijo, sin recalcar que hacía meses que no sobraban dineros como para hacer sobornos—. Sin embargo, lo más notable es que vuestro santo padre le echó una mano a su hermano mayor.

Mora enarcó la ceja y vació la primera copa de auténtico orujo traído desde las riberas orensanas del Miño.

—Cuando Quiroga gobernaba en Nueva Extremadura hubo altercados con el obispo de San Miguel por los nombramientos, y al hermano de fray Humberto lo salvó de la horca la intervención de vuestro señor padre ante los oidores.

—¿Y por qué se entrometió el viejo en esos asuntos?

El lacayo se encogió de hombros, ignorando el poco aprecio que se advertía en la voz de su señor por su antecesor.

—Ya sabéis cómo era vuestro padre —adujo en tono cómplice—. Le gustaba que la gente le debiera favores.

Mora asintió, haciéndose cargo.

—¿Y hemos tenido algún tropiezo con ese tal Humberto?

—No, no que yo recuerde —contestó el lacayo.

—Pues mañana al alba manda recado de que quiero verlo lo antes posible.

El sirviente dudó un momento.

—¿Me has oído?

—Sí, sí, señor —logró decir—, pero me temo que no podrá ser… —carraspeó antes de continuar—: En el convento no tenemos tantos oídos como en las cofradías —explicó con marcada intención—, pero hay un fraile que sí nos debe ciertos favores. Lo hemos ayudado con algunas deudas en las que se

metió con los Acevedo. —Observó que su señor se impacientaba, sin ánimo para detalles superfluos, así que acortó su relato—: Lo último que sabemos es que fray Humberto está en Mérida, lidiando con asuntos de la orden y zarandajas semejantes. Por lo que cuentan, hay algunos tiras y aflojas sobre la sucesión del comisario general en Nueva España. Como estoy seguro de que sabéis, el actual, fray Sinesio Ponce, está arreglando los bártulos para reunirse con el Creador. Y eso, por cierto, me recuerda que aún tenemos pendiente confirmar la postura de la casa…; no sé si el señor ya ha decidido a quién desea que apoyemos o si prefiere sembrar en varios campos. Dicen que el propio Humberto de Ávila aspira al cargo.

En tanto se servía otro vaso, Mora hizo un gesto impaciente con la mano. Aquel asunto no le interesaba en ese momento.

—Fray Humberto no está —resumió el lacayo—. Tendrá vuestra merced que esperar unos días a que regrese o mandar mensaje a Mérida con alguien de confianza.

Tras vaciar el vaso recién servido, Mora contestó con brusquedad.

—Me importa un carajo, como si le enviamos una paloma mensajera. Encárgate de que sea cuanto antes… Mejor para ayer que para mañana.

Y el criado, sabedor de que no merecía la pena dar explicaciones, decidió asentir con humildad.

—Buscaré el modo más conveniente.

En cara y costillas acarreaba tonos del añil, y también pintas de rubia, como el trabajo de un mal tintorero. Además, dolía horrores, pero no tanto como saberse sin nada.

Lo había perdido todo.

Ya en pie, renqueante, por primera vez en días daba un paseo e intentaba aclarar sus ideas.

Comenzaba la mañana. En el exterior del convento, los menesterosos hacían cola para asistir a misa y ganarse el derecho a sopa de balde. Pero los preparativos aún no habían comenzado en la iglesia, y el templo estaba tranquilo. Era un buen lugar para buscar respuestas.

Los muros recios se elevaban para formar una nave principal modesta, brusca, sin el lujo de ventanales suntuosos. Era testigo de su tiempo. Funcional y sencilla, una iglesia hecha con prisas para convertirse en el primer suelo sagrado en el que se celebrara una misa en las Indias. Si se hacía caso a la leyenda, en el convento anejo había nacido el nieto del mismísimo marqués de Oaxaca, el conquistador Hernán Cortés.

Sus aires eran robustos por necesidad: no solo servía de sagrado para la congregación, también de refugio a las gentes de Campeche cuando los piratas atacaban la villa. Al menos, para los pobres de la barriada de Guadalupe, alejada de las murallas en torno al próspero puerto.

Era un lugar humilde, acomodo para la cacareada pobreza de los franciscanos. Nada comparado con las grandes catedrales al otro lado de la mar océana, en las que, nada más entrar, la fe sacudía con éxtasis místico. Prodigiosos templos que Camacho jamás había visitado y que, por cómo soplaban los vientos, jamás visitaría.

En una esquina del coro, ahora contemplaba el escudo con las cinco llagas de Cristo al que tan devotos eran los franciscanos. Cavilaba para sí cuando una voz a sus espaldas lo sacó de su ensimismamiento.

—¡Eh! A tomar viento al muelle —oyó que gritaban de malos modos—. Fray Gundemaro me ha pedido que viniera a buscarte. No te quiere por aquí, a la vista de todos, cuando empiece la misa.

El tono áspero resultaba conocido. Se había hecho familiar en esos días de convalecencia.

Camacho suspiró con resignación.

—¿Puede saberse qué te he hecho para que me odies así? —preguntó, volviéndose para enfrentarse.

Ella fingió ofenderse.

—Yo no te odio. Solo quiero evitar más problemas a fray Gundemaro. Me huelo que ya le han tirado de las orejas, y no quiero que la cosa vaya a más —zanjó, tajante.

El flequillo bailaba, y los ojos verdes brillaban con intensidad. Camacho se dio cuenta de que la muchacha tenía una pequeña cicatriz junto a la ceja derecha. No se había fijado antes.

—No podía seguir correteando por el puerto sin más, esperando a que las cosas salieran bien por pura Providencia —habló, como solicitando venia a un oidor—. Tenía que hacer algo por mí mismo —se excusó—. Labrarme un camino.

Ella se apartó el cabello del rostro con un manotazo.

—Y dejar atrás a todo y a todos —recriminó, escupiendo con rabia cada sílaba.

Dio un paso hacia ella, pero Catalina reculó, como si en las manos del hijo de la Camacha hubiera una antorcha encendida.

—Yo solo pretendía labrarme un nombre. Ganarme mis apellidos.

Había en su voz un titubeo que delataba arrepentimiento. Y quizá sirvió de algo. Por primera vez, tuvo la sensación de que Catalina flaqueaba, de que era capaz de recobrar algo de la divertida inocencia de su niñez.

Fue apenas un espejismo, pues se esfumó bajo un ceño fruncido.

—Vámonos —ordenó con sequedad—. No quiero meter en más líos a Gundemaro.

Le faltaban ánimos para lidiar con tanta aridez. Camacho asintió y se puso en marcha penosamente. A cada paso le dolía una parte distinta de su maltrecho cuerpo.

—Yo tampoco —dijo en tono derrotista—, yo tampoco lo quisiera.

—Pues muévete, ¡por la Virgen! —lo urgió ella, buscando la puerta que había en el transepto.

Antes de abandonar el templo, Camacho se volvió una vez más para echar un vistazo al retablo y al Cristo, pero no halló consuelo ni respuesta. Solo más dudas.

Entretanto, no muy lejos, pese a los esfuerzos de Catalina por evitarlo, Gundemaro se enfrentaba a problemas más graves de los que jamás hubiera imaginado.

Les hubiera bastado, a la airada joven y al renqueante Camacho, con abandonar la iglesia y, en el corredor, tomar la puerta que daba a levante y no la de poniente, como hicieron. De ese modo hubieran encontrado el camino hacia la sala capitular, donde se hallaba el fraile.

—Pero es una locura —aducía, con expresión preocupada.

—¿Una locura? ¿Cómo va a ser una locura extender la palabra de Dios? Refrenaos, o me veré obligado a castigaros.

Fray Humberto era un avilés esquelético de recias costumbres que encajaba como un guante en el austero monasterio de San Francisco. Sus modos y maneras, casi de eremita, no parecían apropiados para los lujos de conventos de más relumbrón; sí cuadraban en aquella sala desprovista de adornos y glorias. De hecho, en los inevitables cuchicheos de los hermanos en laudes, se corría la voz de que su superior padecía una alergia galopante a los dominicos, que le bastaba ver uno de aquellos hábitos blanquinegros para echar espumarajos por la boca.

Tenía el rostro alargado y fino como el pico de una rapaz. Sus brazos y piernas parecían ramillas a punto de quebrarse. Todo en él daba la sensación de ser de fragilidad extrema; todo excepto su voz, portentosa como la de un profeta apocalíptico en un sermón inspirado.

Y ante esa voz incluso Gundemaro adelgazaba.

—Mi lugar está aquí —protestó sin convencimiento—. Ayudo al despensero, ofrezco consuelo y confesión a las descarriadas… —pensó deprisa en algo más para defender su causa— y ayudo con la filosofía a los novicios —arguyó, intentando exponer sus méritos y, al tiempo, ocultar su desesperación.

Pese al prodigioso tamaño del franciscano, su superior era bastante más alto, aunque no pesase más que una fracción de lo que contenía una manga del hábito de Gundemaro, ceñido incluso en las axilas. Y, aun tan alto como era, dio la sensación de que, al contestar, crecía hasta ser capaz de tocar las campanas sin más que ponerse de puntillas.

—Vuestro lugar —rugió—, fray Gundemaro, está donde se os diga. ¿Acaso no es la obediencia uno de los votos de la orden? Además, es bien sabido que es tradición —se corrigió—, obligación, sembrar el Evangelio incluso en los yermos olvidados. Como ya han hecho tantos antes que nosotros y como seguirán haciendo después.

Amilanado, solo logró asentir, haciendo que sus papadas retemblasen.

—Bien —asintió su superior—. Pues entonces ya sabéis lo que se espera de vos.

Gundemaro quiso replicar, pero no se le ocurrió qué decir, y tampoco tuvo oportunidad, pues fray Humberto se dio la vuelta y se dispuso a marchar. Para sus últimas palabras ni siquiera se dignó a torcer el rostro hacia el fraile, como si el camino a la salida requiriese toda su atención.

—Preparad equipaje ligero. Hablad con el cillerero para que os dé un zurrón de provisiones. Y no dejéis de visitar al hermano Lull para que os proporcione un par de bolsas: una con cuentas y abalorios, otra con breviarios.

Sí se volvió justo antes de abandonar la sala para añadir una última orden:

—Y encargaos de que el indio, la prostituta y el… y el ayudante de Mora se vayan lo antes posible.

Gundemaro encontró fuerzas para protestar, pero los dedos extrañamente largos y afilados de su superior le advirtieron de que se lo pensase mejor.

—El indio solo necesita un par de monedas, pero nada pueden hacer por él hierbas ni cataplasmas —adujo, levantando el índice—. Si ella tiene el mal del sudor inglés, yo soy monaguillo —continuó, alzando el dedo medio—; lo único que necesita es limpiar su conciencia y encontrar un modo honrado de ganarse la vida. ¿O acaso os pensabais que no había caído en la cuenta de que es una de las descarriadas de ese lugar de perdición que dirige Leocadia? Y, en cuanto al otro —añadió, levantando el anular y apresando el meñique con el pulgar—, ese ya está curado. Viniendo hacia aquí lo he visto renquear hacia la iglesia. No necesita robarle más tiempo a Malaquías. Hay gentes en Campeche con más necesidad de nuestra hospitalidad. Los quiero en la calle antes de vísperas.

En el modesto convento de San Francisco, además de la iglesia, la sala capitular y las celdas de los frailes, había despensa, establos, habitaciones reservadas para visitas ilustres y una escasa pieza donde se acomodaban unos catres y el hermano herbolario, Malaquías. Este atendía a quien se acercaba a pedir ayuda con las calenturas, las mordeduras de sierpes o las consecuencias de una mala caída.

Y allí se había dirigido Gundemaro, tembloroso, para dar a sus amigos la noticia de que debían irse cuanto antes.

Tras explicarse, el rostro del franciscano era un canto desesperado en el que los colorados mofletes se habían vuelto cerúleos, y, pese a la enormidad de las grasas, daba la sensación de que el fraile padecía escrófula.

El único que nada dijo para animarlo tras escuchar las noticias fue el indio.

—¿Qué va a ser de mí? —se lamentaba el franciscano—. Yo no estoy hecho para danzar selva adelante bautizando indios por docenas. Carezco del ánimo de Sócrates para enfrentarme a una condena así.

El fraile se frotaba la tonsura como si intentase sacarle brillo. Sus ojos parecían al borde de las lágrimas. Desesperado como estaba, se sentó en uno de los camastros. Las cinchas de cuero chirriaron lastimeramente, y el bastidor se combó de tal manera que quedó a pulgadas de apoyarse en las piedras del suelo.

Camacho, con ánimo conciliador, intentó insuflarle esperanzas:

—Estoy seguro de que si habláis de nuevo con fray Humberto se mostrará más comprensivo. Basta con que expliquéis vuestras razones.

Al oír aquello, Catalina dejó escapar un reniego.

—Tú no aprendes, ¿eh? Siempre has sido igual de iluso —le dijo con deprecio, para luego dirigirse al franciscano—. Lo siento, es culpa mía —reconoció contrita—. Seguro que es por haberos entrometido en lo de Isabelita. Ese enano avaricioso tiene muchas agarraderas…

—Yo creo que todo puede negociarse —intervino Camacho—. Si conseguís hablar con…

—Además de iluso, imbécil. —Catalina no lo dejó terminar—. Que me dé el cielo paciencia. ¡No tienes remedio! —espetó, cansada—. Te lo voy a aclarar. Ese cabrón reconcentrado en dos palmos de Mora nos ha jodido la vida a todos y cada uno de nosotros. A ti, además de arruinarte, ha intentado que te apiolen. A mí me ha dejado en la calle, y ahora, aquí, al gordo, ha conseguido que lo manden de misiones a predicar en la jungla y —se volvió un momento hacia el fraile—, disculpe padre, pero no lo veo yo corriendo delante de los caribes para intentar no acabar en un espetón arrimado al fuego. De los caribes o de cualquiera…

Tomó aire un instante para continuar con prisa, soltando con cada palabra una rabia que llevaba años alimentando.

—Y no hay nada que podamos hacer para evitarlo —declaró con rotundidad—. El sol se alza por el este y se pone por el oeste. Mandan los dineros o los títulos. Los desgraciados como nosotros poco podemos hacer por cambiarlo. ¡Nada! El mundo es como es. Arriba es arriba y abajo es abajo. Las cosas tienen su manera de hacerse, y el único beneficiado, salgan como salgan estas —puntualizó con hastío—, es el rey, que se lleva su condenado quinto de todo lo que hay bajo el cielo del buen Señor. No podemos cambiar lo que somos…

Pareció que se le había terminado el fuelle y calló unos instantes, pero aún tenía algo más que añadir:

—Y a ese indio —dijo señalando—, y a ese indio no sé qué le habrá hecho Mora, pero seguro que también tiene la culpa; y si no él, algún otro de esos ricos comerciantes codiciosos hasta la médula. ¿No es cierto? —preguntó, mirándolo.

Pero el indio o no entendió o creyó que no merecía la pena explicarse. Se limitó a masticar su chicle.

—¿Estabas en una encomienda? ¿Trabajabas para Mora? ¿Bacheli? ¿Para alguna de esas ratas?

El indio miró a Camacho como un cachorro esperando órdenes. Y ella, con poca paciencia que malgastar, continuó su discurso, dando por sentado lo que tenía por cierto.

—Lo que sea —bufó—. Fue culpa de alguno de esos desgraciados, seguro. Se atiborran y nos ofrecen migajas. Y si protestamos, nos pisan. Son peores que los fariseos del templo. Sierpes dispuestas a morder el calcañal.

Terminó jadeando, y puso punto final soplándose el flequillo. Camacho, sin perder el temple, esperó un nuevo arrebato. Al fin, como no se produjo, se decidió a hablar.

—Comprendo que estés furiosa —comenzó en tono pausado—, conmigo y con cualquiera que se te ponga delante. Pero eso no es cierto. Uno puede abrirse camino en la vida y medrar…

No pudo terminar.

—Ah, ¿sí? Dime un solo nombre. ¡Por la sangre que derramó el buen Jesús en la cruz! Dime un nombre, uno solo. ¿Acaso Mora no heredó?, ¿no lo hizo también Bacheli? No recuerdo el nombre de un solo oidor, capitán, alguacil, gobernador, que no venga de una familia donde había ya sanguijuelas semejantes ocupando los mismos cargos. Todos son hijos, nietos, primos, sobrinos… Y, por si no te ha quedado claro ya, tu familia no tiene los apellidos que corresponden para no ser un muerto de hambre. Y lo sé bien. Aunque parezcas haberlo olvidado, yo conocía a tu madre, y también a ti… O eso creía.

Camacho aceptó su derrota ante aquel huracán incontenible y se acomodó junto al fraile. Se sentó, y a punto estuvo de volcar por culpa de las honduras que provocaba el corpachón de Gundemaro en el catre.

Fue el franciscano quien se levantó entonces, y el bastidor del camastro quedó liberado de su sufrimiento y rebotó. El hijo de la Camacha no se cayó porque anduvo ágil de manos y se sujetó al travesaño.

—Hija, el mismísimo san Pedro me libre de quitarte la razón. Basta medio dedo de frente para saber que la llevas en buena parte, pero eso no ayuda mucho… ¿Qué voy a hacer yo?

No le hizo falta a Catalina pensarlo para contestar:

—Pues mandar a freír espárragos a fray Humberto y al mismísimo san Francisco de Asís. Huid y buscaos el pan en otro sitio.

El rostro de Gundemaro se contorsionó por la sorpresa, pero no se dejó escandalizar y meditó un instante.

—Eso le sugería Critón al pobre Sócrates, que escapase aprovechando la ayuda de sus amigos.

—Buen consejo —ratificó de inmediato Catalina—. Fuera quien fuese ese Critón, sabía de lo que hablaba.

—Puede, pero Sócrates no lo hizo, aceptó su condena…

—Pues porque era otro imbécil, como este —declaró, señalando a Camacho.

Aquello obligó a encogerse de hombros al franciscano, como si le hubieran dado una patada en la espinilla.

—Eso no es cierto, era un hombre sabio. Un maestro griego, y los que se ofrecieron a ayudarlo fueron ricos comerciantes, por aprecio a su sabiduría.

Aquello enfureció a Catalina, que se quedaba sin argumentos.

—Bueno —bufó airada—, eso sería en Grecia. Aquí las cosas son distintas.

Camacho miró al indio cojo, y como única respuesta recibió hombros encogidos. Ni siquiera sabían su nombre real y, por sugerencia del franciscano, habían empezado a dirigirse a él como Pedro, porque el apóstol Pedro había curado a un renco de nacimiento en la Puerta Hermosa del templo de Jerusalén.

—Yo no sé de revoluciones y menos aún de sabios griegos —reconoció sin pudor el hijo dela Camacha, atreviéndose a intervenir—. Pero sí sé que no estaría aquí… —Tragó ruidosamente y los miró de uno en uno—. No estaría aquí de no ser porque Pedro me sacó del cenote —reconoció, señalando al cojo—. Vos, fray Gundemaro, conseguisteis que curasen mis heridas —inclinó el rostro hacia el franciscano—. Y tú, pese a cuanto dices, tú cambiabas los vendajes cuando te lo pedía el hermano herbolario. Preparaste tisanas y cataplasmas…

Airada, como si hubiera recibido un disparo, Catalina reaccionó de inmediato para quitarse méritos.

—Deber de cristiana. Hay que cuidar del prójimo, por muy imbécil que sea. Pero ni se te ocurra pensar que he olvidado lo que hiciste…

Camacho asintió.

—Aunque lo hubiese olvidado, ya te encargas tú de recordármelo, y ya te he dicho que lo lamento…

—Y bien que haces en lamentarlo —replicó ella, dándose la vuelta.

—Era solo un crío al que le ofrecieron un sueño —adujo Camacho, esperando que ella cediese, que abandonase aquel escudo erizado de púas con el que se protegía.

Como ella continuó dándole la espalda, retomó el hilo de su discurso.

—Yo tenía poco —suspiró—, y ahora no tengo nada —volvió a suspirar y forzó una sonrisa agridulce—, pero estoy en deuda con todos y cada uno… —hizo un esfuerzo por ampliar su sonrisa—. Las puertas de mi casa están abiertas para el que quiera venirse. No hay mucho que ofrecer, pero estaré encantado de compartir cuanto tengo. Y mañana mismo iré a ver a Bacheli para ofrecerle mis servicios; con un poco de suerte, pronto tendré de nuevo un trabajo honrado con el que ganarme el pan.

Los otros dos hombres sonrieron. Catalina volvió a bufar.

Ninguno de ellos imaginaba que Camacho se equivocaba.

Durante aquellos días grises, al comienzo de la temporada de lluvias, el que más y el que menos corría de un lado a otro. Todos en Campeche se afanaban por rematar los preparativos para la *Balvanera* o por sacar tajada del asunto. Y durante aquellos días grises, por primera vez en mucho tiempo, Catalina había disfrutado del lujo de no tener obligaciones. Tan solo fingir calores, toses y malestar.

Pese a los esfuerzos del pobre hermano Malaquías, que había probado con ella todos los remedios que guardaba en su memoria, la enfermedad no remitía.

Y el sufrido fraile no dejaba de asombrarse de que, desde que tenía conocimiento, la enfermedad hubiera atacado a un cristiano. Para el franciscano, el mal del sudor inglés era un castigo divino hacia los condenados herejes, y no debería haber prendido en una cristiana bautizada píamente. En más de una ocasión había dicho a Catalina que se mantuviera alejada del camastro donde convalecía el hijo de la Camacha, no fuera que las influencias del bastardo empeorasen su enfermedad.

Ella llegó a sentirse enjaulada.

Hubo días en los que temió que, de tanto rezar, se le desmontase el rosario que Malaquías le había regalado al darse cuenta de que era devota.

Pero las avemarías no le regalaron solaz.

Y, lo que era peor, también se sentía sin ánimos para librarse de su encierro.

Por puro aburrimiento, quizá por mantenerse ocupada o quizá por echar una mano al boticario, ya que se sentía culpable por traerlo por la calle de la amargura, había ayudado a cambiar los vendajes de Camacho y a limpiar con agua de rosas sus magulladuras.

Echaba alguna tos carrasposa, se movía lánguidamente, para continuar con la farsa, pero lo hacía y, en tanto, aprovechaba para refunfuñar.

No se arrepentía de lo hecho. Pero sabía que, a partir de ese momento, tendría que hacer algo muy distinto con su vida.

No supo el qué hasta que algo sucedió en su tercer día en el hospital.

Entrando por el portalón que había a un costado del convento, por donde se daba el servicio de enfermería, aparecieron tres estibadores del puerto. Dos, sanos, y otro, con la cara descompuesta y la mano hecha un cisco. La traía sujeta contra el pecho, como un bebé de teta, y el rostro lívido enfatizaba su mirada asustada.

El hermano Malaquías reaccionó de inmediato y se acercó a ellos frotándose las manos en el delantal con el que protegía el hábito. La sangre empapaba la camisola y ya empezaba a gotear sobre el suelo.

Malaquías era un borgoñés bajito y enclenque enfundado en un hábito que le quedaba grande. Había aprendido a cuidar del alma en las aulas de la Sorbona y a templar los males del cuerpo en la escuela de Salerno. Presumía a menudo de haber leído de cabo a rabo la obra de Galeno, las cartas de Plinio el Joven y todo el *Canon* de Avicena.

Con aires de ratoncillo inquieto, bastaba con tenerlo a tres varas de distancia para oler lo que escondían sus sobacos, y tan exagerado resultaba el tufo que daba la sensación de que las ropas le quedaban holgadas para tener donde acumular la mugre y dar vivienda amplia a la multitud de piojos que campaban por sus ropas.

Pero él y todos los linajes de bichos que acarreaba habían corrido a auxiliar el herido, y la aburrida Catalina, no lejos, se había acercado también. Por espantar los fantasmas que acosaban su ocio.

—Le quedó atrapada en el guindaste cuando cargábamos las corachas del italiano —aclaró uno de los compañeros del herido con un acento que lo delataba como sevillano.

El aludido, con la cara contraída por el dolor y la tez cenicienta, se atrevió a separar la mano del pecho y a dejar ver el magro vendaje que algún alma caritativa le había hecho con un pañuelo sucio.

Traía los dos dedos menores tan espachurrados que eran casi irreconocibles, y los otros, con la rozadura de una soga que prácticamente llegaba al hueso. Solo el pulgar se había librado de la escabechina.

El desdichado, que se presentó con voz temblorosa como Diego de Toro, habló temiendo la respuesta:

—¿Creéis que podrá recomponerlos, padre? Para cobrar tengo que seguir trabajando. Si no cargo, no hay paga.

Al oírlo, a Catalina le costó contenerse para no maldecir a los comerciantes, al rey y a todo hijo de vecino.

—Si te has herido trabajando para Bacheli, entonces Bacheli debería hacerse cargo.

Todos la miraron como si hubiera hablado en otro idioma, y Catalina, incómoda por el escrutinio, carraspeó y se pasó la mano por la frente.

Fue el boticario del convento el que rompió el estrambótico silencio.

—Veamos —dijo Malaquías, rompiendo el incómodo silencio e inclinándose hacia el herido.

Arrugó la nariz, lo que enfatizó sus aires de ratón, al tiempo que movía la mano herida entre las suyas, sin molestarse por la sangre. El fraile inspeccionó el desaguisado asintiendo para sí. Cuando se la devolvió a su dueño, antes de emitir un juicio, se rascó tras la oreja hasta encontrar una liendre que aplastó entre las uñas con un chasquido. Contestó al fin con proverbial elección de palabras.

—El Señor dirá, hijo, el Señor dirá —musitó—. Ahora ven a la luz para que podamos verlo bien.

Con la ayuda de sus compañeros, el herido logró acercarse a donde el fraile tenía una mesa repleta de trastos y cachivaches.

Allí volvió a examinar los maltrechos dedos y luego se decidió a emitir su diagnóstico. Y Catalina se admiró de que el franciscano mantuviese la cabeza fría cuando anunció al estibador que tendría que amputar el meñique y rogar con fervor para que el anular no tuviera que seguir el mismo camino.

—Tendrás que aprender a hurgarte las narices con el pulgar —dijo el sevillano con sorna a su compañero.

El tercer estibador, con aires taciturnos, no había abierto la boca. Parecía que no le agradaba ver en mano ajena lo que podía sucederle a él mismo.

En tanto, Malaquías correteaba de un lado a otro intentando preparar lo necesario para la intervención, y Catalina decidió ofrecer su ayuda, que bien aceptó el fraile.

—Lo primero que tenemos que hacer es ayudarlo con el dolor.

Y, después de echar un trago generoso, ofreció al herido una jarra desportillada que sacó de una puerta en el costado de la mesa. El fuerte alcohol despedía un pestazo capaz de envalentonar a un piquero de Flandes.

—Haced que se la beba entera —ordenó severo mientras buscaba trapos y utensilios.

—No será problema —bromeó el sevillano—. Y si nos permite vuestra merced, echaremos nosotros también un trago a su salud. Para asentar el espíritu.

Camacho, desde su camastro, se había incorporado y observaba con curiosidad. El boticario ya despejaba la mesa.

Poco después, sin más desayuno que una cebolla antes de ir a los muelles y habiendo trasegado buena parte del contenido de la jarra, el tal Diego de Toro tenía los ojos vueltos. Le costaba hilar dos palabras sin que se le trabase la lengua. Sentado a la mesa, cabeceaba, intentando mantenerse despierto, así que el fraile se dirigió a sus compañeros:

—Sujetadlo con fuerza, que no se mueva, y, por lo que más queráis, aguantad firme la mano —ordenó.

Con rostros preocupados, los otros dos se repartieron lo que quedaba como buenos cristianos y se dispusieron a ayudar.

El fraile chafó otra liendre entre las uñas y, con evidente práctica, se puso a la faena con pocas dudas. Empezó por el meñique. Cortó limpiamente junto al nudillo y dejó un buen colgajo con el que coser un muñón pulcro.

En un abrir y cerrar de ojos, cambió el afilado cuchillo por una pequeña sierra, y el sonido de los diminutos dientes de hierro royendo el hueso se le metió a Catalina en las muelas.

El paciente quedó inconsciente a mitad del proceso, y sus compañeros ya no tuvieron que esforzarse.

Del anular seccionó la primera falange y, en breve, con la única interrupción que supuso otro escarceo con las chinches, Malaquías estaba vertiendo las últimas gotas de la jarra sobre los dos muñones.

Terminada la labor, y siguiendo las órdenes del fraile, sus dos compañeros tumbaron al herido en uno de los camastros. Murmuraba incoherencias y sacudía la cabeza de lado a lado.

Malaquías se limpió. Frotó y refregó las manos en un trapo arruinado de sangre. Aun así, los cercos de sus uñas siguieron tintos. Luego empleó el mismo trapajo para recuperar los despojos que habían quedado en su mesa y envolverlos cuidadosamente. Hizo sobre ellos una señal de la cruz y se los acercó al sevillano.

—Cuando despierte —habló señalando hacia el inconsciente—, que se ocupe de enterrarlos en sagrado. Es su deber de buen cristiano a fin de que, el día del Juicio Final, pueda aparecer entero ante el Señor —ordenó severo.

Al tiempo, Catalina, bien dispuesta, enjugaba con agua fría el rostro del herido, y vio en los ojos del sevillano el disgusto al aceptar el macabro paquete. Pero el hombre lo recogió, procurando tocarlo lo menos posible.

—¿Cómo van los preparativos? ¿Se zarpará a tiempo?

Acostumbrada a hacer hablar a los hombres, Catalina trató de distraerlos mientras su compañero volvía en sí. Si bien el otro siguió tan mudo como el

indio renco, que no se había movido de su sitio junto al camastro de Camacho, el sevillano se mostró lenguaraz.

—Va justa la cosa —aseguró—. El piloto se pasa el día lanzando maldiciones y blasfemias. Ya corre el rumor de que un gaviero mallorquín está alentando a los marinos a que se nieguen a embarcar, no sea que los pillen vientos de través. ¡Motín en tierra! A quien se lo cuente…

Su compañero asintió para refrendarlo, y Catalina les dio coba sin pensar en ello.

—En lo que yo recuerdo, pocas veces se ha zarpado tan tarde —reconoció, pasando un paño húmedo por la frente sudorosa de Diego de Toro.

El sevillano revolcó los ojos.

—¡Nunca! —aseguró—. Ya todos hablan de que cualquier día aparece el primer huracán y se volverá a ir todo al traste, como cuando lo de la flota de Ovando en Santo Domingo de Guzmán.

Mestizo, indio, burgalés o jerezano, cualquiera con oídos en las Indias lo había oído contar más de una vez. Catalina conocía la historia y no le costó seguir el hilo.

—Se perdieron muchas vidas en aquel desastre.

—Y dicen, lo sé de buena tinta —aseguró el estibador—, que el almirante Colón avisó a ese mentecato de Ovando de que se avecinaba huracán, pero el muy imbécil, por orgullo, se negó a escucharlo.

—Sí, yo también lo he oído contar así —confirmó la joven.

El sevillano resopló.

—Pero, con tantos dineros de por medio, gobernadores, oidores, cancilleres y todo leguleyo con un sello se cree que sabe más que los marinos y aprieta para ganar sus cuartos. Para ellos es fácil, no se juegan el pescuezo si las cosas se tuercen. Es siempre la misma historia. Unos se hacen ricos, y otros perdemos los dedos…

Consciente de que Malaquías la observaba, Catalina tosió y se llevó una mano al pecho, fingiendo malestar.

—Así suele pasar —reconoció tras la pantomima.

—Así es. Y lo digo yo —continuó el sevillano—. Aunque vengan tres huracanes, uno detrás de otro, la *Balvanera* zarpará. Es el envío más grande que se ha hecho jamás desde Campeche —bajó entonces la voz, como si lo que iba a decir fuese un secreto—: Tengo un amigo que conoce al secretario del cabildo, y me ha dicho que, en total, las bodegas de la *Balvanera* cargan más de diez millones de maravedíes.

La cifra hizo temblar la mano de Catalina.

—¿Diez millones?

—Diez millones —repuso el sevillano, ufano.

—Diez millones —repitió ella con incredulidad.

—A poco que ganen los que han metido mano, hay más de uno que, de esta, se vuelve rico —aseguró el hombre con un suspiro final cargado de envidia.

—Siempre son los mismos los que sacan beneficio —se lamentó Catalina.

El sevillano asintió dándole la razón.

—Sí, a mí me van a pagar por lo que sea capaz de cargar, no más. A tanto la coracha. Ni más, ni menos.

Sus palabras, más bien la enorme cifra, se habían clavado tras el flequillo de la joven. Durante aquella tarde, incluso después de que los estibadores marchasen tras dejar tres duros de limosna y una retahíla de gracias, Catalina no había podido alejar de sí lo escuchado. Ni aquella tarde ni en los días que se siguieron.

Por eso, ahora, al oír el ofrecimiento de Camacho, negó con la cabeza.

—A tu casa —dijo con el rostro contraído—, a tu casa. ¿Para qué?

Gundemaro alzó el rostro.

—Prefiero su casa que la selva —reconoció, paseando una mano por su enorme tripa, imaginando las consecuencias del hambre. Al instante recapacitó, y comprendió que había más riesgos—. Me excomulgarán —dejó en el aire, sin saber si preguntaba o afirmaba.

Y, al oírlo, Catalina fue cruel.

—Para ir a casa de la Brava, hincharse a duelos y quebrantos o leer libracos no hace falta hábito, así que no jodáis más.

Gundemaro recibió el envite con pasmo, pero no protestó, y la joven continuó con lo que en verdad le interesaba.

—¿Y qué será de nosotros? Por la Virgen y san José. ¡Míranos! —Y empezó a señalar—. Un fraile que no quiere predicar y que prefiere las camas de un lupanar a los altares. Un indio cojo y contrahecho, que, además, habla menos que una alpargata. Y un iluso que está arruinado y, para colmo, no tiene más apellido que el de hijo de puta…

Hizo una pausa. El flequillo trigueño bailó sobre las cejas. Negó, suspiró y volvió a negar.

—Y, para colmo, una puta que quiso ser beata… ¿Quién nos va a ayudar?, ¿cómo vamos a vivir?, ¿de qué vamos a comer? Entre todos no tenemos un cuartillo…

Camacho se frotó el costado y acalló el dolor con un mohín.

—Bacheli me dará trabajo. Vendrán tiempos mejores.

Ella se revolvió como una gata.

—¿Y piensas mantenernos a todos para siempre? ¡Qué disparate es ese! Estás más loco que san Simón.

—San Simeón. —Gundemaro no pudo evitarlo—. San Simeón de Edesa, en realidad. Ese es a quien llamaban «el loco». San Simón, el zelote o el cananeo, fue uno de los doce apóstoles.

La mirada seria y rotunda que le dirigió, más temible que el negro agujero del cañón de un falconete, lo obligó a callar con brusquedad.

—Padre, con todo el respeto, ¡a freír espárragos! Que no tengo el coño para farolillos.

El franciscano pareció encogerse. Y Camacho intentó intervenir, pero ella no le dejó.

—Lo que necesitamos es dinero con el que empezar de nuevo, en algún sitio lejos de este condenado lugar, donde nadie tenga idea de que somos un fraile, una puta, un indio y un hideputa. —Se peinó usando los dedos y tomó aire—. Necesitamos fondos.

—Mañana conseguiré trabajo —metió baza Camacho de nuevo.

—¡En cantidad! —repuso Catalina airada—. No el salario mugriento de un asistente. Necesitamos dinero a espuertas. Y yo sé dónde conseguirlo.

Todos la miraron con curiosidad.

—En unos días zarpará la *Balvanera*, y lleva en sus bodegas más de diez millones de maravedíes. ¡Diez! El mayor cargamento que jamás ha salido de este condenado puerto. Diez millones de maravedíes.

Los hombres se miraron entre ellos, incapaces de adivinar a dónde pretendía llegar la mujer.

—Añil, nopal, palo de tinte, cera, miel, espejos de obsidiana y qué se yo. Todo lo imaginable. Y está delante de nuestras narices, ahora mismo. Están cargando las bodegas. No sé cómo no había pensado antes en ello, Dios bendito. He sido tonta. Solo hay una cosa que tenemos que hacer, solo una.

Los tres la miraron fijamente, expectantes.

Ella se pasó la lengua por los labios secos.

—¡Robarlo!

«Trajeron el dinero en reales de a ocho segovianos nuevos y me rogaron los tomase, que no se hallaba oro. Dije al patrón que los tomase y contase, y parecíale que tanto dinero nuevo y tan lejos de donde se hace no hubiese alguna tramoya. Vino a mí, díjomelo, mandele cortase uno y eran el centro de cobre y el borde de plata…».

Alonso Contreras,
Memorias del Capitán Contreras

Los cortes tejían una tupida red sobre el cepo. Estaba tan sobado que daba cumplida muestra de haberse usado durante años. Y, sobre el tocho de madera, las manos arrugadas, cobrizas y avejentadas del indio inspiraban la misma sensación. Los dedos se esculpían con huesos marcados y articulaciones que el reuma había tenido tiempo de hinchar.

Barajaban las hojas de tabaco; elegían las mejores.

Tenía el rostro cansado y el alma apagada. Trabajaba con eficiencia, pero con evidente resignación.

En una esquina no lejos de la iglesia de San Román, a tiro de piedra de los muelles de Campeche, el viejo Ramón, como lo habían bautizado, se ganaba el pan con algo que le había enseñado su abuelo cuando el nombre de Castilla no era más que un rumor en aquellas tierras.

Elaboraba cigarros. Allí, en los soportales frente a la abacería de Fadrique, la única en toda la villa que presumía de contar siempre con los suministros de más alta calidad de la flota. Un comercio en el que solo podían gastarse unos dineros que no eran suyos los lacayos de las casas de los comerciantes, los hombres del cabildo y unos pocos más.

Y era la primera vez que Urdaneta se molestaba en acercarse, que nunca antes había tenido fondos para tales lujos. Hoy, por primera vez, tras unos días de ajetreo, Roa le había dado permiso para concederse el capricho. Y esperaba pacientemente, apoyado en una columna, mientras el viejo indio Ramón liaba para él dos docenas de cigarros con el mejor tabaco que se podía comprar en el Yucatán, y bien podía ser que en toda Nueva España.

El indio elegía unas pocas de aquellas hojas prietas y fermentadas, del color sereno de la pimienta. Las estiraba, peinándolas como una melena, y despuntaba las nervaduras con pellizcos ágiles. Una vez satisfecho, las arroyaba sobre el cepo y luego, escogiendo una última hoja impecable, las envolvía. Usaba una afilada cuchilla en forma de media luna para dar algún corte, y goma de tragacanto para sellar la capa final y reluciente con la que remataba cada cigarro.

Y, en tanto veía trabajar a Fadrique, Urdaneta ya se imaginaba el placer de encender una de aquellas maravillas. Le había pagado nada más llegar y

ahora, como un padre primerizo aguardando nuevas del parto, esperaba a que el concienzudo artesano terminase.

Cansado de estar apoyado contra la columna mientras la pila de su encargo crecía, empezó a pasear arriba y abajo, al abrigo de los soportales, donde había una soguería desde la que llegaban los gemidos de esfuerzo de los hombres que retorcían sisal en los ganchos amarrados a las paredes. Había también un albardero que preparaba guarniciones para caballos y mulas, y un zapatero que tenía fama de haber hecho pantuflas bermejas por encargo del Vaticano.

Y allí no le hubiera extrañado ver casi cualquier cosa. Casi cualquier cosa, lo que fuera.

Menos a un muerto caminando.

Se le cayó la barbilla al suelo.

Al otro lado de la calle, tras un carro cargado, pasó cabizbajo el hijo de la Camacha.

Algo atávico obligó a Urdaneta a esconderse tras las columnas de los soportales, hasta convencerse de que no era aquella una aparición salida de las entrañas llameantes del infierno para obligarlo a rendir cuentas por sus pecados contra el quinto mandamiento.

Se frotó los ojos y, a regañadientes, admitió que, por más que le costase creerlo, allí estaba aquel bobo redicho.

Deshizo sus pasos a toda prisa.

—¿Cuánto te falta para terminar?

El indio miró el atado que tenía en la mesa y contó con penosa lentitud.

—Faltan cuatro, señor.

—Pues dame lo que tengas, y el resto te los quedas de propina —apremió el guipuzcoano, ansioso.

La sonrisa que apareció en el rostro de Ramón fue de yeso resquebrajándose en una pared.

—¡Sí, señor!

Camacho no se dio cuenta de lo que sucedía a su espalda.

Caminaba a paso lento, deteniéndose en buena parte de los puestos. No para comprar, aunque aparentaba interesarse en las mercaderías. Meditaba sus argumentos para convencer a Bacheli.

Algo más allá hizo un alto en una casa modesta con la tablazón de la puerta ahumada. En la acera contraria a las porticadas de San Román.

En la parte superior de la jamba había un remate de madera que parecía una reparación, un encastre en algún nudo del madero. Pero Camacho sabía

que, si usaba una gubia y lo levantaba, encontraría un tubo de plata con un papel dentro.

Llamó a la puerta y, al poco, abrió solícito un hombre menudo de larga nariz y frente prominente. Rizos negros como resortes peleaban por echar a volar el sombrerete que vestía, encajado en la abundante pelambrera por arte de magia.

En cuanto vio al hijo del inglés, el asombro le pintó el rostro y, de inmediato, la alegría lo embargó.

—¡Querido amigo! Me habían dicho que… Había oído…

Y, como no supo qué otra cosa decir, se alzó de puntillas para abrazar a Camacho.

Vestía una camisola blanca con puños de delicados encajes y, bajo el chaleco, asomaban en la cintura unos curiosos cordoncillos.

—Deberías haberte puesto el jubón encima, podía haber sido alguien con malas intenciones…

El hombre se separó, miró sus prendas y se encogió de hombros.

—Es un secreto a voces, pero de momento el brazo de la Inquisición no llega a Campeche… Además, todas las semanas compramos algo de cerdo y vamos a San Román las fiestas de guardar. No te preocupes por mí. Me las apaño —concluyó, desdeñando el tema y pasando a asuntos más urgentes—. Me alegro de verte de una pieza —dijo con una amplia sonrisa. Enseguida frunció el ceño, al reparar en las magulladuras en el rostro de su visitante—. ¿Necesitas algo?, ¿quieres aceite de rosas para eso? También tengo árnica en algún sitio…

Entonces se palmeó la frente.

—Pero, qué desconsiderado, por favor, pasa. Miriam ha de tener algo al fuego, pasa. Mi casa es la tuya —aseguró.

—No, gracias, llevo prisa. Solo venía a pedirte un favor.

El hombre advirtió el tono serio y abandonó la insistencia que sus hospitalarias costumbres exigían.

—Tú dirás —dijo dispuesto a escuchar.

Camacho agachó la mirada con vergüenza.

—Me han surgido algunos inconvenientes… Me temo que no puedo asegurarte cuándo ni cómo tendré medios para pagar, pero quería pedirte, por favor, que si el chico de Julián necesita ayuda…

El dueño de la casa dio un paso atrás y abrió los brazos.

—¡Ni se te ocurra dudarlo! Tranquilo, me ocuparé de él… —Al momento, la expresión de felicidad, la misma que hacía resaltar aún más la gran nariz, se

desvaneció—. ¿Necesitas algo?, ¿quieres dinero?

Fue Camacho el que dio ahora un paso atrás, escandalizado.

—¡No!, ¡no! Me las apañaré…

Tenía los ojos tan oscuros que casi parecían negros, y los paseó de arriba abajo antes de adentrarse en la casa.

—Espera un momento —le dijo a Camacho, dándole ya la espalda.

Cuando volvió, traía una bolsa con unos cuantos duros y, antes de que su huésped protestase, habló:

—Es poco. No intentes negarte, he sido considerado con tu orgullo —aclaró, tomando una de las manos de Camacho y depositando los dineros encima—. Sé que me los devolverás, tranquilo.

Hubo un intento de apartar la bolsa y dejarla en manos de su legítimo dueño.

—No seas así. Harás que Miriam se enfade. ¿Qué crees que me haría si se entera de que no te he ayudado? Quédatelo —insistió, empujando la bolsa con fuerza hacia el pecho de Camacho—. Y ahora ya no tienes prisa; pasa, por favor —se hizo a un lado—, creo que quedan unos dulces de la cena de anoche…

Abochornado, el hijo del inglés aceptó la bolsa con toda la dignidad que pudo y negó de nuevo.

—No puedo, he de hacer una visita… —Miró con cariño a su benefactor —. Gracias, muchas gracias, Samuel, te lo devolveré en cuanto cobre el próximo salario. Gracias…

Y, como la vergüenza lo espoleaba, se marchó con un tímido adiós.

Samuel ha-Leví Abulafia, judío toledano, se quedó pensativo.

Pellizcándose el puente de la nariz, tardó en decidirse. Al cabo, entró en la casa y llamó a su esposa para contarle lo sucedido.

Camacho siguió caminando.

Urdaneta corría.

Poco después, no sin dolores y con demasiadas puntadas en el jubón, reconfortado por el consuelo de la modesta bolsa, Camacho aguardaba a ser llamado.

Si el jubón no tenía el mejor aspecto, menos aún su rostro. Era consciente de ello y, erguido, se repasaba compulsivamente los pliegues de la golilla y los puños de la camisa. Pero sus esfuerzos eran en vano. Un vistazo bastaba para darse cuenta de que le había buscado las cosquillas a alguien poco recomendable.

Las campanas de San Román tocaron las once. Nervioso, se retrepó en el asiento.

Llevaba dos horas esperando. Mala señal.

Pero no desesperó. Decidió ocuparse con lo que sabía del comerciante y repasar su discurso.

Como su casa, y aquella antesala suponía una buena muestra, Francisco María Bacheli era hombre de excesos.

Camacho estaba sentado en una silla de nogal con patas rematadas en fina marquetería, y tanto el asiento como el respaldo se habían forrado en vivo terciopelo rojo decorado con pasamanerías en hilo de oro y fijado con tachuelas de bronce. Y la silla era solo una muestra. A su derecha, había otras dos vacías. Y, frente a él, un llamativo bargueño con incrustaciones de marfil y taraceado en todos los costados. Incluso el recado de escribir que desvelaba la tapa abierta era de plata fina.

En unos palmos, el hijo de la Camacha tenía a su alcance más de lo que había ganado en toda una vida de trabajo honrado.

De Francisco María Bacheli se contaban ciertas cosas, pero se decían otras. Al parecer, por puro deseo de ampliar los negocios familiares, había desembarcado en las Indias buscando abrir una sucursal del emporio que los suyos ostentaban en la ciudad fortificada desde los tiempos de los Sforza, de quienes el propio Bacheli se decía descendiente. Sin embargo, bajo capa terciada al hombro, se rumoreaba que había abandonado la Lombardía pies en polvorosa cuando se descubrió que se dedicaba a contrabandear. Corría por los mentideros que robaba suministros a las tropas reunidas en el alfoz del

ducado, listas para tirar camino hasta Flandes y luchar contra los herejes. Y que lo robado, mosquetes, botas e incluso quesos manchegos, acababa en manos de los orangistas.

Cierto o no, desde su llegada al Yucatán había dado motivos para las habladurías, porque no había negocio, por turbio que fuese, en el que el lombardo no metiese el hocico.

Por eso mismo, Camacho sabía que, si alguien se atrevería a contratarlo, sería él.

Y más le valía. Porque necesitaba darle en las narices a Catalina. No podía sacarse de la cabeza lo que había sucedido el día anterior.

—Robarlo —había repetido ella.

E incluso el indio mudo había dejado escapar un reniego.

—Ah, no, no y no —había respondido de inmediato el franciscano—. Si me voy a la selva a predicar, puedo tener alguna oportunidad, no muchas, pero alguna. Sin embargo, meterse con la flota es harina de otro costal —resopló—. Le tengo demasiado aprecio al pellejo, no tengo ningún interés en que me desuellen a latigazos. A escamotear una nao de la flota no se atreven ni los garduños…

Catalina, airada, no se había amilanado.

—No hay que robar todo el barco ni toda la carga, basta una parte —aseguró convencida—. Algo habrá que podamos conseguir. Son diez millones de maravedíes, ¡diez! Vamos… ¡Merece la pena!

Los miró a todos de hito en hito.

—Tú conoces las mercancías —continuó al cabo, señalando a Camacho —. Sabes lo que valen y también cómo o a quién venderlas. Vos, padre —se dirigió al franciscano—, habéis confesado o sermoneado a la mitad de los implicados, y yo —cambió la posición de la mano para señalarse el pecho— he visto pasar por la casa de la Brava a la otra mitad.

Gundemaro sacudió todas las grasas de sus papadas para señalar al indio con el mentón.

—Seguro que conoce a los esclavos negros o a los indios de las encomiendas. Hablará su lengua —dijo ella según se le ocurrió—. Puede ayudarnos…

Y, como el llamado Pedro asintió sin dejar de rumiar su chicle, Catalina cobró fuerzas.

—¿Lo veis? —preguntó a los otros dos—. Por las manzanas del Edén, ¡escuchad! Entre todos podemos encontrar el modo de sacar pellizco del mayor envío de la historia de esta condenada ratonera. Está ahí delante, al

alcance de los dedos, solo tenemos que estirarnos y agarrarlo —se percibía el entusiasmo en su voz—. Con una décima parte, podríamos empezar una vida lejos, muy lejos… ¡En México!, ¡en Manila! Donde sea, donde nadie nos conozca. Merece la pena —repitió por tercera vez.

—Has perdido el norte…

Como una gata, Catalina se revolvió hacia Camacho para recriminarle su objeción.

—No, el norte, no, pero sí todo lo demás. Lo único que tengo es lo puesto y unas pocas monedas. Y no conozco otro oficio que el de puta. Jamás tuve oportunidad de hacer algo distinto…, hasta ahora.

—Yo tampoco —repuso el hijo de la Camacha—, pero abrí mi camino…

No lo dejó terminar.

—Y mira cómo te ha ido: de culo y cuesta arriba. Robemos la *Balvanera* y consigamos una nueva vida. Si sacamos lo suficiente, podemos pasar por un hidalgo y su séquito; bien sabe el Señor que más de uno de los cantamañanas que desembarcan cada temporada entre tafetanes y brocados es un impostor. Esta es la tierra de las nuevas oportunidades. Lo único que tienen esas oportunidades es que son caras…, rematadamente caras.

Camacho buscó ayuda en los otros dos, agradeciendo en el alma que Malaquías estuviera en la selva buscando hierbajos. Pero no encontró el apoyo que esperaba. En el rostro de Gundemaro calaba ya la sospecha de que podían intentarlo, y en los almendrados ojos claros del indio se veía claramente que haría lo que él decidiese.

Solo ante aquel huracán que soplaba con fuerza, Camacho hizo lo posible por mantener la calma.

—Todo el mundo sabe que el cargamento es valioso, especialmente valioso. Pedrarias también, y el alguacil. Se ha redoblado la guardia. Hay corchetes de continuo en los muelles —comentó en tono pausado—. Deberías saberlo. La flota es la niña bonita de la Corona. Se navega en conserva, entre naves de guerra, nunca falta la pólvora, y envían con más soltura soldados a guardar lo que carga la flota que lo que se conquista en Flandes.

Eso no pareció arredrar a nadie, y Camacho se pasó la mano por el rostro, tirándose de las mejillas.

—Todo ha sido anotado, hay un manifiesto de carga —siguió con paciencia—. Y robar un cargamento declarado supone robar también el quinto de la Corona, ¿o piensas dejar en las bodegas el pago a la Real Hacienda?

Aquello era harina de otro costal.

—Ninguno de nosotros tiene apellido para salir bien librado si tose en una blanca de la Corona —advirtió muy serio—. No serán galeras, ni destierro ni prisión… No somos hijosdalgo para contar con la clemencia de un degüello rápido… —Los miró uno a uno y suspiró—. Nos espera el patíbulo, ¡la horca!

Camacho se fijó en la reacción del franciscano; se masajeaba el cuello, como si ya sintiera el abrazo del dogal. Sin embargo, como tenía la sensación de que su mensaje no calaba, decidió ahondar en las pegas.

—Y no contamos a los marinos. No sé cuántos hombres lleva la *Balvanera*, supongo que unos cien… ¿Eres consciente de que al menos cuarenta serán soldados? No hacen falta tantas manos para arriar velas o hacer nudos. En cada tripulación de cada nao de la flota, buena parte de la dotación está ahí para cuidarse de piratas, filibusteros, corsarios o simplemente de mentecatos cabeza hueca —terminó, refiriéndose claramente a Catalina—. Y créeme, yo he pasado la mitad de mi vida embarcado: son hombres cuajados, ni pestañearían por rajar las tripas a cualquiera que se acercase sin permiso a la carga —aseguró—. Es una locura de la que solo se puede salir con los pies por delante.

El taconazo en el suelo demostró su frustración y, como no se le ocurrió otra cosa que decir, Catalina protestó.

—¡Por los clavos de Cristo!, ¡por las santas llagas!, ¡por las…! —se quedó en blanco—. Pues podéis iros todos al infierno a encalar los cuescos al mismísimo Lucifer.

Los miró con ojos encendidos y, resoplando, se marchó airada.

Catalina no apareció hasta noche prieta. Necesitó todo el día para asumir que no le quedaba otra opción que aceptar lo propuesto por Camacho.

Y no volvió a abrir la boca.

Guardó silencio mientras, como almas en pena, abandonaron el convento de San Francisco al abrigo de la noche. Calló en tanto callejearon por la barriada de Guadalupe y llegaron hasta donde vivía Camacho. No dijo una palabra cuando el indio y el fraile ayudaron al dueño a recomponer los muebles y poner orden. No rogó a un solo santo en toda la madrugada. La pasó desvelada, sentada en una esquina, con el ceño fruncido. Y ni siquiera abrió la boca cuando Camacho se despidió, antes de marcharse, mientras Gundemaro miraba con pena las pobres tortas de maíz que Pedro había preparado como único y magro almuerzo.

—Ya podéis pasar —anunció un sirviente al que no había oído llegar—. El señor os espera.

Camacho se pasó la mano por el pelo. Y, por un instante, cada guedeja se quedó donde debía. En cuanto se levantó, volvieron a su desorden habitual.

—Vos diréis —repuso complaciente, dispuesto a seguir al lacayo.

Si la antesala le había parecido un apabullante derroche de lujos, lo que vio entonces de la casa no se quedó atrás.

Caminó tras el sirviente por un corredor donde pedestales labrados exponían calderos de cobre, obras de fundición y un enorme jarrón de porcelana china con imbricados dibujos azules que, de tan minuciosos, parecían capaces de cobrar vida. Pasaron después por un zaguán donde colgaba un tapiz en que se celebraba la victoria de Bicoca. Y a continuación salieron a un atrio espacioso convertido en patio de armas. Allí los hombres de confianza de Bacheli se dedicaban a la esgrima.

Cuando cruzaron por uno de los pórticos, al tudesco que lideraba a los guardas, hasta entonces atento, se le despistó el combate que vigilaba y miró al visitante con el ceño fruncido. En la sombra de aquella adusta expresión, Camacho adivinó que un gesto indebido bastaría para que aquel tipo lo despellejase sin mediar pregunta.

Dejaron atrás el repicar de las toledanas y ascendieron por escaleras iluminadas gracias a los brazos de una lámpara de forja decorada con hojas de parra.

Sin embargo, aún no había visto nada. El despacho en el que aguardaba el comerciante era un exceso mayor que el del mismísimo Real Alcázar de Madrid.

Amplios ventanales miraban al mar. Enmarcados en nogal, divididos con barrotillo de plomo, decenas de pequeños cristales de impecable factura recortaban olas lejanas. Se veían las canoas de los pescadores nativos, y también gamelas que daban servicio a los asuntos del muelle. Más aún, se veía a la *Balvanera* atracada y al hormiguero que la rodeaba. Incluso se distinguía a los guardas de la nao, a los marinos y a los estibadores.

Desde allí, Bacheli domeñaba el puerto sin más que volver la cabeza.

En una de las paredes colgaban dos pequeños óleos flamencos sobre lienzo, ambos enmarcados en gruesas molduras de palisandro talladas con volutas. Y a Camacho le impactaron. No estaba acostumbrado a ver pinturas en las que no desfilasen santos.

Era tal la profusión de detalles que daba la sensación de tener que echar la mano para evitar que una brillante manzana bermeja cayese de un frutero a rebosar. Era un plácido bodegón, sobre una mesa donde las arrugas del mantel escondían las migas de una hogaza recién cortada. En el otro, se veía un retrato del propio Bacheli, y en las pinceladas podían contarse todos y cada uno de los pelos de la barba cana que se dejaba crecer el mercader.

En la otra pared había un enorme aparador lleno de pequeñas gavetas y recovecos, todos a rebosar de papelajos, entre los que destacaban los aparatosos sellos de lacre y plomo que colgaban de algunos de ellos. Allí estaban la contaduría y los archivos del lombardo. Y sobre él, ordenados en pulcra fila, como si hicieran cola para caerse por uno de los costados, una montonera de libros como jamás Camacho había visto.

Una enorme mesa navegaba entre las paredes en el centro de la estancia. Con tanta madera de nogal como para armar una balandra, el exquisito trabajo de marquetería que abarrotaba hasta el último rincón no solo contaba la historia de que a Bacheli le gustaba lo más caro, sino también presumir de que podía permitírselo.

Tras aquella enormidad, donde había recado de escribir, legajos sueltos y un enorme cuenco de plata lleno de altramuces, estaba sentada la sonrisa dicharachera del mercader.

Lo recibió sin levantarse, con grandes aspavientos de manos impolutas y puños cuajados de encajes ingleses. Quizá la coquetería había impedido que el pintor las reflejase en el retrato, pero lo primero que llamaba la atención en el lombardo eran las caras antiparras, enmarcadas en concha de tortuga.

—No imaginaba que hoy me visitaría un fantasma —bromeó en cuanto el lacayo cerró la puerta a espaldas de Camacho.

—Buenos días. Gracias por recibirme —soltó este, sin pensar siquiera en lo que había oído, preocupado por aliviar cuanto antes lo preparado.

El mercader lo miró torciendo el rostro y rio con ganas. Tanto que tuvo que recolocarse las antiparras, empecinadas en despeñarse por su nariz.

—Buenos días —respondió divertido—. Esto es mejor que una buena comedia… —Y, de inmediato, con ojos soñadores, añadió algo más, pellizcándose una de sus patillas—: Echo de menos esos lujos. Aquí se hace dinero, pero se añora la corte. ¿Sabes hace cuánto tiempo que no consigo comer unas frutas de sartén decentes? Y no puedes imaginarte el ridículo precio que he tenido que pagar por una copia del *Florindo* —protestó, señalando los libros sobre el aparador—. Si no se trata de breviarios o vocabularios, los franciscanos de ciudad de México no parecen interesados en imprimirlo. Ese ha venido desde Zaragoza, ¿puedes creerlo?

Suspiró con melancolía.

—Y este calor pegajoso…

Volvió a suspirar.

—¿Sabes? Lo que llevo buscando desde hace años, y qué fácil sería conseguirlo en Alcalá de Henares o en Zaragoza… Lo que busco desde hace años son unas impresiones decentes de la saga de Palmerín. Pero, por un motivo o por otro, llegan las naos de la flota y nunca traen mi encargo… Una desdicha la mía, una auténtica desdicha. Ya está —dijo en voz más alta, sorprendiendo a su invitado—, creo que voy a ordenar que me hagan el equipaje. Me voy de regreso en la *Balvanera*. En Sevilla podré agasajarme de caprichos y vivir de las rentas.

El vivaracho y voluble mercader, de rostro almendrado y cuerpo enjuto, miraba el mundo desde unos peculiares ojos grises. Llevaba encima, entre anillos, broches y sellos, más oro que el rescate de Cajamarca; todo colocado con pulcritud, sin que una pulgada de sus vestimentas y adornos quedase fuera de lugar.

Camacho lo conocía, aunque nunca antes había hablado con él a solas.

—Con la venia…

Arrollador, el mercader no lo dejó terminar:

—Oh, ¡qué descortés! ¿Ordeno que traigan algún refrigerio?, ¿unos altramuces?

No dejó que respondiese. Se hizo con un abanico que sacó de un cajón de la mesa y, tras apenas dos sacudidas, cambió de tema.

—Es cierto. Últimamente he estado pensando en cambiar de aires —dijo, como quien comparte una intimidad—. Supongo que no tienes idea, pero hay un jesuita italiano que lleva tiempo instalado en la corte de los Ming y ha abierto las puertas a un interesante ir y venir de jarrones y otras delicias. ¿Lo sabías? Claro que sí —respondió en tono adulador—, conoces que buena parte de la plata de Zacatecas acaba en manos chinescas. Eso lo sabes. Aunque puede que no sepas —añadió bajando la voz, en confidencia— que hace tiempo que en esas tierras el pago de impuestos solo se puede realizar en plata…

Quedó callado un instante.

—¿Quieres beber algo?

De nuevo, no esperó respuesta. Y la impaciencia roía ya los nervios de Camacho, aunque no se atrevió a interrumpir. No era momento para resultar descortés.

—La verdad es que su excelsa majestad, allá en ese convento que se ha construido en los montes, no sabe la suerte que tiene. Esas correrías suyas por Flandes y todo ese fervor religioso lo pagan los chinos, ¿qué te parece?, ¿quién lo iba a decir? En los últimos tiempos, en la China, la plata puede valer más que el oro. Alguien avispado podría hacer una fortuna con eso… No se le saca todo el partido que se debiera al galeón de Manila. Tendría que considerar seriamente mudarme a Acapulco —concluyó pensativo, inmerso en sus propias ideas.

Como el silencio se alargó, Camacho se atrevió a hablar:

—Si me permitís —comenzó apocado—, yo tan solo venía a preguntarle si ya ha cerrado todo el papeleo del envío de palo de tinte directamente a Sevilla, como hace falta patente de la corte…

Uno de los ojos del comerciante se entrecerró.

—Oh, no, no hablemos de negocios. Eso me aburre —repuso con fastidio —. El rey no sabe ni a qué huele el cojín donde asienta las posaderas… ¡Dudo que sepa dónde tiene las posaderas, a no ser que le escriban un informe al respecto! —añadió con una sonrisa ladeada—. Mientras los ingleses y los flamencos están dispuestos a pagar fortunas por el palo, aquí se ahoga el comercio con impuestos. Es una imbecilidad. No —negó con fastidio—, eso me aburre. En los últimos tiempos prefiero centrarme en materiales menos

vulgares. Creo que voy a dedicar todos mis esfuerzos a las especias. Quizá debería mudarme a Veracruz.

Camacho no perdió pie y continuó hablando:

—Pues tenía entendido que Pedrarias selló y anotó quinientas corachas con el cordón amarillo de la casa Bacheli.

Aquello logró que los ojos del comerciante, tras las lentes, lo miraran fijo.

—Bueno, hubo una oportunidad, y me pareció sano no meter todos los huevos en la misma cesta. También envío añil. Pero creo que a partir de ahora me voy a centrar en las especias. Son más rentables. ¿Tienes idea de a cómo se está pagando la libra de pimienta de tabasco a orillas del Guadalquivir?

Camacho se frotó los antebrazos y cambió el peso de un pie al otro.

—Recién desembarcada, se debe pagar, como mucho, a cien maravedíes, más supone dejarse engañar —hizo una pausa—. También conozco el añil. Y el nopal. Y la plata. Y las demás especias. He trabajado durante años con todo lo que se envía en la flota. Además, tengo contactos en Sevilla, en Jerez y en Carmona.

Tras aquella declaración, el mercader dejó que el aburrimiento se apoderase de su rostro y empezó a juguetear con el cálamo que había en la mesa.

—Puedo sacar partido a cualquier envío —aseguró Camacho, dándose cuenta—. Sea cual sea la mercancía. Los mejores precios…

Apareció un brillo vivaracho en los ojos del mercader.

—No lo dudo —concedió—. Cualquiera que lleve unos años en estos asuntos ha oído tu nombre revolotear. —Acompañó sus palabras con unas florituras de los dedos en el aire—: Camacho…

Los ojos grises quedaron entornados, y el hijo de la Camacha no corrigió al mercader, se limitó a tragarse el orgullo.

—Pero no sé a qué vienen tantas explicaciones… Imagino que vendrás a tratar algún asunto relacionado con ese desabrido sin modales de Mora. ¿Sigue aún enfadado por no aceptar su comisión para aquel envío? Ya le dejé claro que no iba a poner un cuartillo más.

Pese a las quejas, en todos los mentideros de Campeche se sabía que aquel trato se había cerrado de forma ventajosa para el lombardo.

—Desafortunadamente, nuestras relaciones comerciales se han visto interrumpidas. Ya no trabajo para la casa de Mora…

En rápida carrerilla, Bacheli peló y se comió media docena de altramuces con aire meditabundo.

—Sí, eso he oído —confirmó, cuando los nervios de Camacho estaban a punto de saltar en pedazos—. Que robaste buena parte de su cargamento.

La mejilla le tembló ligeramente. No hubo ninguna otra señal que advirtiese al mercader de la opinión que merecía al aludido su comentario.

—Si eso fuera cierto, no estaría aquí rogándoos que me ofrecierais un empleo…

—¿Empleo? ¡Esto sí que es divertido! ¡Mejor que un buen *imbroglio* en una comedia…! ¿Camacho, no habrás venido a venderme lo que le robaste a ese… a ese cabrero?

El mercader sonrió lleno de ironía, disfrutando de sus propias palabras. Camacho se pellizcó el puente de la nariz antes de contestar.

—Empleo, sí —logró decir sin enojarse—. Y sois sin duda el más indicado, porque en todo Campeche sois uno de los pocos que sabéis con certeza segura que yo no he robado nada…

Las cejas del comerciante se alzaron en una danza peculiar.

—¿Yo?

—Sí, vos. Porque el ladrón no soy yo…

Cayeron más altramuces.

—Sois vos…

El mercader no se molestó en fingir escándalo. Parecía más bien divertido, y se dedicó a atusarse las barbas.

—¿Te crees el paladín Roldán? —No esperó respuesta—. Nos falta un gigante, alguna bruja y, a ser posible, una sierpe, porque ya tenemos mancillado el honor del caballero… Ah, y también algún páramo salvaje en algún país perdido de la mano de Dios… Cilicia podría servir…

—Sabéis que digo la verdad. —Camacho dejó escapar un suspiro.

—Yo sería incapaz de robar nada, eso supone demasiado trabajo —declaró con hastío.

—Esta temporada, al ir a los cortaderos, no me topé jamás con vuestras cuadrillas. Y nada se había oído de que preparaseis envío. Sin embargo, hace unas semanas, cuando yo cerré el trato para ahorrar los maravedíes del flete directamente con la Casa de Contratación, empezó a circular el rumor de que preparabais unas corachas…

Sin abandonar su pregón, Camacho se acercó a la mesa con aires de náufrago, obligando al mercader a mirar hacia arriba.

—… Y hasta los rederos del puerto sabían que Mora preparaba un envío gigantesco gracias al nuevo precio. Más de mil quintales. Y, qué casualidad

—añadió como lamentando una coincidencia—, justo cuando Pedrarias va a sellar las corachas, la mercancía ha sido cortada y falta un cuarto…

Dio otro paso más, obligando al mercader a alzar aún más el rostro.

—Entonces se oye que la casa Bacheli va a enviar quinientas corachas a Sevilla, algo que no se había hecho nunca antes… Hasta que yo conseguí un mediador con la corte.

Divertido, el mercader reaccionó con una sonrisa.

—Pero un cuarto de mil daría para doscientas cincuenta corachas, no para quinientas.

Camacho no se arredró.

—Yo no sé mucho de números. Los aprendí haciendo guardias cuando estaba embarcado; no tuve ocasión de pisar las aulas de Salamanca… Pero las cuentas cuadran… Quinientas cuadran si a la mercancía robada se le añade otro tanto de cualquier desecho, artimaña a la que acostumbran las casas de ciertos mercaderes…

La sonrisa del lombardo se ensanchó.

—La vida está llena de casualidades sorprendentes.

Camacho respiró hondo y habló en tono firme. Ya no rogaba.

—Claro, sorprendentes… Como que Roa, a sueldo de la casa de Mora —puntualizó, remarcando cada palabra—, me propusiese cortar el palo unos días antes.

Si había esperado alguna reacción, Camacho quedó decepcionado. El comerciante se dedicaba a sus altramuces. Ni tan siquiera alzó una ceja.

—Vos le pagasteis por el palo y vos lo vais a vender en Sevilla. Roa no hubiera tenido los medios para hacerlo, no sabe cómo.

El cuenco ya estaba mediado, y las cosas no marchaban como había esperado. Camacho respiró profundamente.

—Yo no he robado nada. Y el precio por mi silencio es un empleo. Lo único que quiero es volver a empezar…

Bacheli se levantó. Se dirigió al aparador donde tenía sus papeles, dándole la espalda. Se quitó los anteojos para plegarlos y abandonarlos en uno de los estantes.

La respuesta no fue la esperada.

—No puedo contratar a un muerto.

Bacheli se volvió y miró fijamente al joven.

—Aunque fuera cierto lo que dices, que no lo es —dijo con intención, susurrando bajo una sonrisa pícara—. Roa no es de los que dejan flecos sueltos.

Para aquello, Camacho sí tenía argumentos.

—No he hablado con el alguacil, y menos con el capitán Alcalá. No quiero más contratiempos —aseguró con vehemencia—. Y, si me dais empleo, estaré bajo vuestra protección. Roa no se atreverá a armar más escándalo. No le merece la pena enfrentarse a vuestros hombres. Ese tudesco sabe caer de pie.

Ahora fue Bacheli el que se aproximó. Dio un paso. Y otro. Mirando fijamente a Camacho. Y otro más. Hasta que su invitado reculó.

—Sin duda, mi buen Carlos se las apaña —concedió con calma—. Y puede que Roa se atreviese, como también puede que no —añadió, enigmático—. Tienen entre ambos sus propias cuentas pendientes. Sin embargo, ese es un lío en el que no me interesa meter los hocicos. No compensa averiguar la respuesta a esas preguntas.

Camacho alzó el mentón.

—Entonces no me queda otro remedio que soltar la lengua, y creo que también sería buena idea escribir una carta al gobernador Céspedes. Conozco a su secretario, hemos tratado asuntos antes…

Bacheli rumió lo escuchado y, con parsimonia, después de toquetear algunos papeles del aparador, regresó a su asiento y volvió a prestar atención a los altramuces.

—¡Qué pena! Con lo divertido que estaba siendo todo esto, y ya me vuelvo a aburrir.

Peló unos cuantos y se los dejó en la mano, para ir comiendo uno a uno.

—Mira, hijo: esa es una partida que no voy a jugar. La verdad, lamento lo que te ha sucedido —afirmó, pareciendo sincero—, pero yo solo intento hacer negocios ¡y divertirme! No estoy dispuesto a contratarte e iniciar una guerra con Mora. Es un mal bicho al que enfrentarse… —Arrugó la nariz, divertido, fingiendo captar el mal aliento de su rival—. Además, está Roa; si te quedas a

mi servicio, puede tomárselo a mal, y está tan loco que es capaz de buscarme las cosquillas con un palmo de acero. Con franqueza, a excepción de Carlos, el resto de mis hombres no están a la altura… No, en esa ratonera no me voy a meter. Todo el mundo en los muelles sabe que eres bueno en lo que haces, pero ese jardín tiene demasiado barro.

La decepción estrujó el rostro de Camacho.

—Y por mí puedes escribir al mismísimo rey Felipe si te place. Pero no olvides que su secretario para asuntos italianos es íntimo amigo de mi familia; ya lo era su padre, Diego de Vargas. Y tampoco que al gobernador Céspedes, cuando viene a Campeche, soy yo quien le paga las noches en las que prefiere hospedarse en casa de la Brava a dormir en su caserón.

Se acabó los altramuces que había pelado y tomó otros cuantos del cuenco.

—No te interesa hacerte otro enemigo…

Dejó la afirmación en el aire antes de continuar.

—Además, me temo que Roa, antes o después, acabará su trabajo. —Por el tono dio a entender que se decantaba porque sería pronto—. La verdad, no sé cómo has podido juntar los redaños de venir hasta aquí a plena luz del día. Yo, en tu caso, hubiera puesto pies en polvorosa.

Desarmado, Camacho apenas logró balbucear:

—Yo esperaba…

Bacheli no lo dejó terminar.

—Ya lo sé, lo has dicho. Esperabas que yo te diese un trabajo y te protegiese. Sin embargo, y ya te lo he dicho, ese es un jardín con demasiado barro. Lo siento…

Se miraron, hasta que el hijo de la Camacha humilló el rostro. Bacheli bostezó entonces y, como si hubiera sido una invitación a marcharse, Camacho se volvió, tentativo. Pero se arrepintió de inmediato.

—Solo decidme una cosa.

El lombardo alzó las cejas, como dando permiso.

—No enviasteis el palo a San Juan de Ulúa. ¿Cómo supisteis lo del flete a Sevilla?

El rostro de Bacheli se iluminó.

—Eso sí es divertido. ¿Quieres saber la verdad?

Camacho se limitó a asentir.

—No lo sabía —reconoció el italiano, riendo—. No tenía ni idea, pero la temporada pasada, cuando… —titubeó un instante—, cuando mi gente me hizo llegar el rumor de que Mora no iba a enviar el palo, imaginé algo.

—Todo se llevó bajo mano, es imposible —protestó Camacho sin terminar de volverse.

Antes de contestar, Bacheli miró a través del ventanal. Los estibadores se afanaban en el muelle.

—Se te da bien esto, pero no te olvides de que yo llevo haciéndolo desde antes de que tú nacieras. Hay que abrir bien los oídos y estar dispuesto a arriesgarse cuando se husmea un rastro prometedor… Podría decirse que tomé una ruta más larga, pero que llegué al mismo puerto. —Señaló fuera con una risilla melodiosa—. Yo contaba con hombres de confianza en la tripulación del *Buenaventura*, y me bastó hacer correr la voz de que pagaría medio escudo si, al llegar a Sevilla, alguien seguía a ese atolondrado de Gutiérrez…

—¿Sabíais lo de Gutiérrez?

La sonrisa del lombardo dejó ver dientes impolutos.

—Sí, claro que sí. No había muchas más opciones como correo. Conozco a la tripulación del *Buenaventura*. El año pasado fue su cuarto viaje a Campeche. Gutiérrez es de los pocos que no abusa de los espiritosos y además suele cumplir lo que promete.

—Entiendo…

—Siguieron a Gutiérrez y, cuando llegó a destino, mis hombres tenían permiso para ofrecer el mismo trato que Mora —carraspeó—, que tú —aclaró con intención— ofrecieras, aunque mejorando un quinto y, después de regatear, aceptar un cuarto. Como es lógico, la respuesta que recibí fue la misma que recibió Mora… La misma que tú recibiste.

—Comprendo —admitió Camacho sin ocultar su decepción.

Cayó de nuevo el silencio entre ellos y, en un arranque altruista, Bacheli añadió algo más:

—Siento que haya terminado así.

Pareció sincero, aunque a Camacho le sirvió de poco consuelo.

—Los negocios solo tienen un amigo: el dinero.

El hijo del inglés asintió sin convencimiento, y el lombardo se apiadó de él.

—Te voy a dar un consejo.

Devolvió al cuenco los últimos altramuces que tenía en la mano, se sacudió las migas y se enderezó.

—Estás vivo. No sé cómo, y tampoco quiero saberlo. Pero aprovéchalo, ve a Acapulco, a Veracruz o a Sevilla, embárcate en la *Balvanera*. Lo que

mejor te cuadre. Pero márchate antes de que Roa o alguno de sus perros se entere de que aún caminas…

Por una vez en su vida, Camacho tuvo suerte.

Tantos nudos tenía Mora en las tripas después de lo sucedido que había ordenado a Roa no despegarse de la carga de palo. El mercader, que roía su palillo día y noche, incluso había mandado que hubiera siempre dos hombres en el almacén y otro par junto a las pasarelas de la *Balvanera*. No se fiaba del piloto, el maese ni la tripulación. No se fiaba ni de su sombra.

Y en esas, el soldado llevaba días cerrando los ojos apenas unas horas, y de buena madrugada.

De sol a sol, iba y volvía del muelle a los almacenes para supervisar el trabajo de los estibadores y evitar que ninguna de las corachas con el cordel morado se extraviase, rompiese o cayese al agua. Y, de la anochecida al ocaso, organizaba a los suyos en turnos tan leoninos que había llegado a temer una rebelión.

Ni siquiera había podido dedicar tiempo a los naipes para gastarse el sobrante tras saldar deudas con el Rubio. Tanto él como sus hombres estaban deseando que la *Balvanera* zarpase de una maldita vez.

Por eso, cuando Urdaneta llegó al muelle con su atado de cigarros bajo el brazo, Roa no tuvo opciones.

—¡No puede ser! —dijo, conteniéndose para no atraer oídos indiscretos.

Miró a todos lados. Nervioso.

Con la estiba, los muelles eran un hervidero. Y Roa sabía que incluso los que parecían ocupados prestaban atención a asuntos ajenos. Siempre cabía la posibilidad de enterarse de algún apaño de última hora con el que sacarse unos duros. Además, se rumoreaba que la Corona tenía espías en todos los puertos, desde Nueva Segovia hasta Sevilla, no fuera a ser que el quinto real se escamotease.

Los estibadores pasaban con su carga hacia las pasarelas. Unos marinos repasaban gruesos calabrotes buscando defectos en la trama. El piloto de la nao inspeccionaba cómo se doblaba un paño de repuesto para la mesana. Algún hombre había de los que obedecían al capitán Alcalá. Y por todas partes, con aire de perros de presa, se movía la soldadesca de la *Balvanera*, atenta a que a nadie se le ocurriera la desafortunada idea de robar la carga.

Con brusquedad, Roa tiró del brazo del guipuzcoano para apartarse a una esquina.

—¿Estás seguro? —bajó el tono al preguntar—. ¿Camacho?

A su alrededor, el ajetreo continuaba con indiferencia, pero los ojos del veterano se clavaban en cualquier fulano de los alrededores a fin de adivinarle las intenciones.

—No hay duda. Era él —respondió Urdaneta con vehemencia.

—Me cago en la leche que mamé. No puede ser, ¡imposible!

—Pues no creo que fuera una aparición…

Roa escupió bajo el colmillo. Lucas Dos Pasos lo llamó para atender a la carga, pero contestó de mala gana que se esperase o que se encargaría de encontrar a dos negrazos que se le holgasen en las posaderas.

Al cabo, mientras la cabeza del soldado bullía, para empeorar las cosas apareció Mora. Peripuesto e impecable, se presentaba para inspeccionar sus asuntos, con cara de pocos amigos y muchos enemigos. En otros años y otras circunstancias, Mora ya habría regresado a Mérida, pero no ahora.

Como habían hecho con Urdaneta, los guardas de la nao le dieron el alto, y Roa vio que el mercader respondía airado. Desde donde estaba, advirtió su cara de desprecio al verse obligado a explicar quién era y qué hacía rondando la *Balvanera*. Una vez le franquearon el paso, Roa lo vio llamar al toledano, que aprovechaba su corpulencia para ayudar a los estibadores.

Supo que el patrón preguntaba por él.

—Pase lo que pase, que el enano no se entere —dijo a Urdaneta en cuanto Mora siguió el dedo estirado del gigantón toledano, que apuntaba hacia la esquina—. Todos aquí como si nada hubiera pasado. ¿Quién está descansando ahora?

Muy a su pesar, Roa tuvo que encargar el asunto a los dos hermanos gaditanos.

Apenas unas horas antes, después de que la pareja se hubiese tragado la guardia nocturna frente a la *Balvanera*, el mismo veterano los había mandado a dormir. Y ahora ordenó a Urdaneta que los despertase a puntapiés y que volviesen a toda prisa a los muelles.

Y Camacho tuvo una pizca de fortuna.

Urdaneta no se hubiese atrevido a perder tiempo; hubiera sacado partido a la espada y a la daga. El cacereño paticorto hubiera preferido usar pólvora y plomo para rematar el asunto de un plumazo. El toledano, grande como un buey, era de los que preferían a los grumetes. Pero los hermanos no podían dejar pasar una ocasión de apuntarse a una juerga.

Los dos gaditanos pensaron que podrían obligar a Catalina a entretenerlos un rato antes de finiquitar el trabajo.

No fue mucha su fortuna, pero sí suficiente.

Tras abandonar la casa de Bacheli, no solo sus planes se habían ido al traste, sino que sabía que también su vida corría peligro.

Y Camacho había corrido tanto como le permitieron sus piernas.

Tenía que cruzar toda la villa hasta llegar a la barriada de Guadalupe. Lo hizo más rápido de lo que jamás lo había hecho.

Pasó junto al convento de San Francisco como una exhalación.

No llamó a la puerta de su propio hogar. Entró en tromba. Y se topó con una escena que, de inmediato, rescató de su memoria un nombre: Gabaa.

Y entre labios fruncidos recitó el versículo del Genésis que hablaba de la esposa del levita.

—Abusaron de ella toda la noche hasta la mañana…

Todo el empeño puesto en recomponer sus humildes pertenencias se había ido al traste. Lo que no aparecía volcado, estaba roto. De su magra vajilla solo quedaban pedazos.

En el suelo, con la cabeza abierta, sobre un charco de sangre, yacía el indio Pedro. El hijo de la Camacha no supo si su samaritano estaba muerto o vivo.

El corpachón de Gundemaro no se veía por parte alguna.

Y, sobre el camastro, que tenía las patas rotas y había caído hasta el suelo entre astillas, estaban los tres.

Siempre se confundía y no recordaba cuál de ellos era Juan y cuál Antón. Uno, en la cabecera, intentaba sujetar las manos de Catalina. Las apretaba contra los hombros de ella. El otro, a horcajadas, hacía lo posible para llevarle las rodillas al pecho con una mano mientras, con la otra, rebuscaba entre las faldas con ansia.

Catalina peleaba como una gata. Daban fe de ello los arañazos frescos que cruzaban la mejilla de uno de los gaditanos.

—Hijos de mala madre, ¡soltadme! Os arrepentiréis.

Pataleaba, escupía, maldecía. Se resistía.

El de la cabecera, Camacho creía que era Antón, se giró entonces y lo vio.

—Mira quién ha llegado, el mismísimo Lázaro —dijo con sorna—. ¡Sujétala! Yo lo despacho.

Se apartó de la cama y desenvainó la espada. El hierro salió con un siseo tan ominoso como el de la cuatro narices.

Catalina requería toda la atención del otro gaditano. Se enfrentaría a solo uno de ellos.

Y hasta ahí llegó su pizca de fortuna.

Ahora eran un soldado curtido, armado con una toledana, contra un aspirante a mercader cuya única experiencia en asuntos de guerra se limitaba a las riñas a bordo en sus tiempos de marinero.

El gaditano, más que baqueteado en lides semejantes, dejó el hierro bajo, con la palma mirando al techo. Danzando en las puntas de los pies, empezó a rodear a Camacho para tentarlo. No cometió el error de embestirlo como un toro en festejos.

El otro hermano sacudió una bofetada a Catalina para que se estuviera quieta, y la retahíla de blasfemias que siguieron hubieran abochornado a un marino con los tres aretes de oro en la oreja.

Pero Camacho no la oyó. Tenía miedo.

Miró a todos lados. Buscó con desesperación algo que hacer.

Y tuvo una idea.

El gaditano y la espada se movían hacia su izquierda; él se movió hacia la derecha. Ambos giraron como jovenzuelas alrededor de un mayo chantado en la plaza del pueblo.

—No te servirá de mucho —rio el andaluz cuando Camacho se agachó para coger un tarugo que había sido una de las patas del camastro.

Y, disfrutando de jugar con un rival al que menospreciaba, tras una risa hueca, dio un paso al frente. Estrechó el círculo, cortó el aire con dos rápidas sacudidas de muñeca. La hoja dejó entre los hombres un tajo y una estocada; y llevaban el nombre completo del hijo de la Camacha, con sus largos apellidos.

Este no se arredró pese al silbar del acero. No dio un paso atrás. Siguió girando.

Solo dejó de prestar atención a su adversario para asegurarse de que Catalina mantenía al otro demasiado ocupado como para temer un ataque por la espalda.

El que debía ser Juan, para calmar a la fiera que tenía entre manos, había decidido desenvainar una estrambótica cinquedea que tenía toda la pinta de ser el botín de algún lugar no lejos de Pavía. El ancho acero descansaba sobre el cuello de Catalina, y la joven por fin callaba; solo jadeaba con fuerza.

A distancia segura, Camacho pasó frente a los del camastro. Temió que el que debía ser Antón diese otro paso al frente y acortase la distancia. Con un

paso más bastaría para abrir carnes. De improviso, Camacho se apuró para volver a agacharse.

El ceño del gaditano se frunció.

—¿Me vas a ofrecer un trago?

Había cogido una de las pocas cantarillas que no se había roto. En casa de cualquier hijo de vecino, allí se guardarían unos cuartillos de vino, pero la sed de sus tiempos embarcado había hecho de Camacho poco amigo del vino. Prefería tener cerca agua fresca que no recordase a la corrompida que se servía a bordo.

Y quizás en algún tiempo había contenido vino. Camacho la había comprado de segunda mano a un alcarreño que se había mudado ligero a Maní en pos de rumores.

Le sacó la tapa con el pulgar y la dejó caer.

Se rompió en el suelo.

Vio la sospecha en los ojos del gaditano.

No esperó más.

Fue Camacho el que dio el primer paso al frente. Con un crujido, pisó uno de los trozos de barro y se metió a boca de jarro en el alcance de la espada. Tenía un breve instante antes de que la toledana le airease las tripas.

Todo ocurrió en un pestañeo.

Echó la cantarilla hacia atrás. Se oyó un chapaleteo. Trazó un arco con el brazo y tiró el contenido sobre el rostro del gaditano. Este anduvo ágil y se apartó, aunque no pudo evitar que buena parte de un líquido blancuzco le diese de lleno en la cara.

—Eh, ¿qué demonios haces? —gritó el hermano desde el camastro.

Siguiendo el impulso, Camacho se echó hacia delante un paso más. La cantarilla se rompió en el suelo.

También cayó la espada con un tintineo. Rodó hasta quedar acostada en un encaje de los gavilanes de la empuñadura.

Levantó el tarugo de madera. Tensó el hombro.

El gaditano se llevó las manos a la cara y empezó a gritar con desesperación.

Se frotaba con los dedos, con las manos, con las mangas. Se revolvía como si lo hubiesen escaldado.

—¡Hijo de la gran puta, te voy a ahorcar con tus propias tripas!

La que había sido una de las patas de su camastro titubeó sobre su cabeza. Y la esquiva fortuna volvió a sonreír a Camacho. De no ser porque el

gaditano era incapaz de controlarse, esa duda le hubiera regalado tiempo para que la daga escondida en la caña de la bota acabase en su riñonada.

El madero bajó. Y llevaba con él toda la fuerza que Camacho fue capaz de imprimir. Impactó en la sien del gaditano.

Los aullidos de dolor cesaron al tiempo que se derrumbaba como un muñeco de trapo. Su rostro humeaba.

—¡Cabronazo!

El hermano reaccionó de inmediato y, cuando Camacho se volvió hacia él, vio cómo Catalina se aprovechaba del despiste.

Al querer ayudar a su hermano, había aflojado la presión de la cinquedea sobre el cuello de la joven. Y también se había alzado lo suficiente para que ella pudiese mover las piernas.

Catalina enterró la rodilla en la entrepierna del hombre, que al instante siguiente aullaba como su hermano poco antes. Y, también como le había sucedido a su hermano, fue la pata del camastro la que acalló sus gritos.

Los dos gaditanos yacían el uno al lado del otro.

El indio Pedro seguía sin moverse.

Jadeantes ambos, con las mejillas brillantes de sudor, Catalina y Camacho se miraron.

Y, por primera vez en años, desde que eran unos críos, se sonrieron.

De repente, cuando ella iba a decir algo, la puerta se abrió. El barrigón de fray Gundemaro apareció en el umbral. Y siguió la mano, cargada con una tortilla de maíz recién hecha, rebosante de carne de gallipavo. Luego se vio el rostro del franciscano. Por las comisuras de los labios escurría salsa de tamarillo.

—Tenía un hambre horrorosa…

La sorpresa lo hizo callar.

—Hay violencia…

La cita se le atragantó y, para avivar la memoria, dio un enorme bocado al tentempié. Alzó la tortilla, recordando, y terminó lo empezado.

—Hay violencia siempre que la causa que obliga a los seres a hacer lo que hacen es exterior a ellos, y no hay violencia desde el momento que la causa es interior y está en los seres mismos que obran —recitó, como impartiendo clase de teología.

Catalina y Camacho volvieron a mirarse.

Y, por primera vez en años, desde que eran unos críos, rieron juntos.

Primero se acercaron a Pedro.

—Intentó defenderme —explicó Catalina compungida mientras Camacho se arrodillaba—. Uno de ellos —miró hacia los dos gaditanos, sin saber cuál de los dos había sido. Señaló la particular cinquedea italiana— lo golpeó con el pomo…

Gundemaro se acabó su tentempié en dos bocados y, con los dedos sucios, empezó a hacer la señal de la cruz sobre el indio.

—Aún respira —anunció aliviado—. Ha tenido mucha suerte. Esos canallas tenían prisa por ocuparse de otros asuntos…

El franciscano recogió su mano derecha con brusquedad y observó a los dos hermanos gaditanos.

—Ese también —señaló.

La pareja se volvió. El estacazo había dejado seco en el sitio a Juan, pero Antón, como el indio, seguía respirando.

Una sombra cruzó el rostro de Camacho.

—Nunca antes había matado a un hombre —se lamentó, confundido.

El fraile frotó las manos en el ruedo de su hábito y se acercó al joven. Se dejó de teologías y filosofías.

—No había otro remedio.

Al oírlo, Camacho miró a la mujer, y ella, a su vez, asintió con gravedad. Pero no le sirvió de consuelo.

—¿Qué diantres había en ese cacharro? —preguntó ella, señalando los restos de la cantarilla.

Camacho, desconcertado, necesitó un instante para hacerse cargo. Miró a los gaditanos. Se demoró en el muerto antes de fijarse en los pedazos de barro. Luego observó atentamente el rostro ajado del indio Pedro. Pese a que rondaban los mismos años, el maya parecía mayor que Camacho. La piel cobriza acusaba las penurias. Y los huesos desbaratados de la pierna derecha no ayudaban. Camacho recordaba lo sucedido, aún se sentía culpable.

—Alumbre —contestó al cabo—, una solución de alumbre que uso como mordiente. Según el color y la receta, se necesitan alumbres o vinagres para que el color se fije, si no, al poco, se va…

—¿Para los tintes? —preguntó incrédula.

Con la guardia baja, Camacho se encogió de hombros.

—Pensé que eras mercader, no tintorero. ¿Sabes también de costura? Me vendría bien, ese malnacido me ha roto las faldas —añadió, señalando un desgarrón en la bayeta.

Gundemaro advirtió que el gaditano estaba recobrando el sentido. Murmuraba algo y movía la cabeza levemente.

—Lamento interrumpir, pero hay asuntos urgentes que tratar —los apremió—. ¿Qué vamos a hacer?

No le prestó atención Camacho. Miraba la maltrecha pierna del indio. Bajo el poncho de henequén, lleno de lamparones, con el ruedo deshilachado, se veían las perneras andrajosas de un calzón viejo. En la pantorrilla quedaba a la vista una desagradable deformidad cubierta de tejido cicatrizado.

El franciscano se percató de que las manos del gaditano se movían, e iba a preguntar de nuevo, pero Camacho se levantó de improviso, se dirigió hacia él y, sin detenerse, le sacudió una patada en la cabeza que lo volvió a enviar al mundo de los sueños.

La joven y el fraile se miraron. Camacho alzó el rostro.

—Ella tiene razón.

Reaccionó de inmediato.

—Claro que la tengo…

Calló, llena de dudas, sin saber de qué estaban hablando.

—Vamos a robar la *Balvanera*.

Los brazos de Catalina se alzaron sobre su cabeza.

—Al fin entró el ganado al redil —dijo altiva—. Si me hubierais hecho caso no estaríamos así…

Sin dejar que ella terminase, también Gundemaro habló:

—¿Cómo que robar la *Balvanera*? Dijiste que conseguirías trabajo —replicó el fraile, atropellándose—, que Bacheli se ocuparía de todo. ¿Qué ha sucedido?

Camacho alzó las manos para pedir calma. En su rostro había una expresión resuelta. El gesto parecía labrado a cincel.

—Lo primero es lo primero. Por ahí debe haber una cuerda —dijo, señalando los restos de sus pertenencias—; cógela y ata a ese malnacido —ordenó al fraile con vehemencia—. Y tú —habló con firmeza a Catalina—, hazte con un cacharro y ve a buscar agua a la fuente. Tenemos que atender a Pedro.

Quedó en silencio un momento.

—No se llama Pedro. Su nombre es… —dudó—, un trabalenguas que soy incapaz de recordar —reconoció apesadumbrado.

Catalina estuvo a punto de protestar; sin embargo, Gundemaro se puso en marcha y la tomó por el brazo.

—Vamos —susurró—, por una vez en tu vida no te hará daño hacer lo que te han pedido que hagas.

—Pero…

—Ni pero ni pera. ¡Vamos!

A sus espaldas quedó Camacho, inclinado sobre el indio.

Fuera cual fuese su nombre, le apartó del rostro el pelo, pegajoso de sangre, y examinó la brecha en la sien.

Mirando en derredor con disgusto, Catalina, sin cortapisas, dijo lo que pensaba sin esforzarse por disimular.

—Vamos de mal en peor…

En aquella selva yucateca, llena de recovecos y agujeros, de cenotes y galerías, había sitios de sobra donde arrimarse al pairo y dejar que pasase la tormenta. Pero ellos, como esclavos fugados, indios rebeldes o simples desesperados, habían terminado en una covacha.

Casi una madriguera que el agua y los años habían excavado. Se advertía el suelo pisado, las piedras sobadas y el uso, durante generaciones, de otros como ellos.

Aunque lo que ninguno sabía era que aquella misma covacha había sido uno de los escondites donde los nativos ocultaran sus objetos de culto cuando el obispo Diego Landa había decidido luchar contra la fe local medio siglo antes.

Empujados por un temor reverencial, los mayas habían escondido allí buena parte de los códices de la ciudad de Kaan Peech; y allí los habían encontrado los esbirros del prelado, para quemarlos en la gran pira con la que los cristianos recién llegados intentaron borrar el paganismo de los yucatecos, a base de fuego y ceniza.

Años después de que se apagaran las brasas, algún alma cándida había convertido aquella herida en la roca en un hogar.

Había allí una manta andrajosa doblada con pulcritud, un cerco de piedras que servía de lar, unos cuantos atados de hierbas colgados de un saliente y un cubo marinero, de tablones rotos y reparados con poca maña; le faltaba una duela y le sobraba tristeza.

—Vale más el que da cuanto tiene que quien guarda más de lo que da —respondió el franciscano en tono de homilía.

El indio sonreía a todos como un buen anfitrión. Tenía un ojo amoratado y el rostro hinchado, pero eso no le impidió encargarse de prender la lumbre con un viejo chisquero roñoso y ofrecerse por señas a recoger algo de leña después de indicarles que en el cubo había agua fresca.

—Es un buen lugar para esconderse. Roa no nos buscará aquí. O, al menos, tardará en encontrarnos —se corrigió, al pensar que el veterano, tiempo atrás, se había ganado la vida sacando a esclavos cimarrones de escondrijos así.

Suspiró, endureció el rostro y fue al grano:

—Sé que Pedro se quedará conmigo —dijo, señalando vagamente hacia el entramado de ramas que servía de puerta por el que el indio acababa de salir —. Y lo que ha sucedido —añadió mirando a Catalina— nos pone a ti y a mí en el mismo saco; Juan o Antón, o como se llame el que ha quedado con vida, querrá vengarse. Antes o después los suyos lo encontrarán y nos buscarán… Tan cierto como las escrituras. Y no se andarán con paños calientes, puedes estar segura. —Se pasó la mano por el rostro—. Pero vos, padre, vos estáis a tiempo de salir de este embrollo.

Dejó el ofrecimiento entre ambos para que el franciscano se lo pensase.

—Me temo, hijo, que no… —Se masajeó el barrigón, como si pudiera encontrar allí respuestas—. Hemos echado a caminar juntos y, para bien o para mal, habrá que llegar al final del camino. —Miró al techo, cubierto de hierbajos y musgos—. Y, francamente, no tengo mucho donde elegir.

Camacho asintió.

—De acuerdo entonces, pues vamos a pensar en lo que tenemos que hacer…

En tanto hablaban, Catalina caminaba de un extremo al otro, midiendo con sus pasos el angosto lugar. Entre sus labios bullían refunfuños. Necesitó un rato antes de aceptar la insinuación y sentarse al fin.

—No vamos a robar la *Balvanera* —declaró Camacho cuando todos se hubieron acomodado en torno al fuego.

—Ya sabía yo que no te atreverías —saltó ella de inmediato.

Más pausado, él alzó una mano para pedir calma.

—No he cambiado de opinión. Vamos a sacar tantos maravedíes que no vas a saber en qué gastarlos, pero no robaremos sus bodegas. Cambiaremos el nombre de la carga.

—¿Qué?

—Será mejor que te expliques, hijo.

Se tomó su tiempo. Recapacitó sobre sus ideas. Se convenció a sí mismo de que quería seguir adelante.

De su pasado, además de recuerdos, lo único que se había obligado a conservar lo llevaba ahora en la misma bolsa donde durante años había guardado las llaves del almacén de Mora. Era lo único que había recogido

antes de abandonar su casa. Y ahora, al volver a palparlo a través del cuero sobado de la faltriquera, se reafirmó.

—¿Qué robaríamos? ¿Y qué haríamos con ello? —interrogó a sus compañeros con gesto severo.

Con las preguntas en el aire, el hijo de la Camacha los miró con desafío, esperando respuestas que demostrasen que estaba equivocado. Y sus compañeros no supieron qué contestar.

—Tú lo dijiste —señaló a Catalina cuando volvió a hablar—. Un hideputa, un gordo, un cojo y…

—Y una puta, puedes decirlo. Una puta.

—Está bien…, y una puta. ¿Qué íbamos a hacer con mil corachas de palo de tinte?, ¿con cien? ¿Cuánto nos llevaría sacarlas de la *Balvanera*?

Les dio tiempo de reflexionar.

—Y, aunque lo consiguiéramos —palpó aquel disco de plomo en el interior de su bolsa; podía distinguirlo fácilmente entre las monedas que le había dado el hebreo—, ¿de qué nos serviría? ¿Quién nos iba a pagar por lo que robásemos? En las bodegas de la nao hay palo, añil, nopal, cera, miel… Es cierto, millones de maravedíes, pero quien paga es Sevilla. Aquí, en Campeche…

A medida que el mensaje calaba, los rostros del fraile y la mujer se demudaron.

Llegó el indio con un brazado de leña y quedó claro que no le daba importancia a lo que allí se discutía.

—¿Lo entendéis? No nos sirve de nada robar la *Balvanera*.

—¿Y qué vamos a hacer?

La pregunta la había hecho Catalina, que, por una vez, bajaba la guardia y dejaba aflorar cierta confusión.

—Cambiar la patente de carga y los sellos de las corachas —resumió con seguridad.

—¿Nos haremos pasar por comerciantes? —preguntó la joven.

—No, eso tampoco serviría, no tenemos acuerdo con la Casa de Contratación, y menos aún tiempo para conseguirlo. Algo así necesita de varios correos de ida y vuelta, y también de un aval. No, no podemos pretender que el envío vaya a nuestro nombre.

—Pues no lo entiendo… ¿Qué demonios vamos a hacer?

Camacho respiró hondo y se explicó:

—Nosotros no podemos vender la mercancía, pero sí podemos ofrecérsela a quien puede. Lo primero es elegir el envío del que queremos apropiarnos,

luego escoger a otro de los que participan en el flete. Sirve cualquiera que tenga los papeles en regla. Y a ese le ofrecemos la mercancía.

—Pero ¿qué mercancía? —preguntó Gundemaro—. Si aún estará en el barco…

—Eso, ¿qué mercancía? —repitió Catalina.

—Cualquiera, la que queramos. Y, sea la que sea, no se moverá del barco —insistió—. Se lo quitamos a un mercader para dárselo a otro. Lo único que tenemos que hacer es cambiar los sellos y manipular el manifiesto de carga.

—¿Desvestir a un santo para vestir a otro?

—Exacto, pero cobrando una comisión. Y sin que nuestros nombres aparezcan por sitio alguno. El único que sabrá la verdad es el mercader que acepte lo que ofrezcamos.

El franciscano se rascó la coronilla. Una sonrisa tímida le asomó en los labios. Asintió para sí, y la sonrisa medró. Volvió a asentir, y a punto estuvo de echarse a reír.

—¡Es brillante! —reconoció entusiasmado—. Sencillamente brillante.

Camacho no se dejó adular.

—Puede, pero no será fácil.

De repente, el franciscano había descubierto los entresijos de la codicia.

—¿Y cuánto sacaremos?

—Depende —reconoció, y se tomó un instante para tantear su rostro magullado—. Depende de qué mercancía elijamos y del trato que nos ofrezca quien se la quede; él siempre tendrá mejor posición que nosotros. A poco espabilado que sea, se dará cuenta de que no tenemos muchas opciones.

Con evidente recelo, Catalina intervino:

—Un momento… Si no he entendido mal, le vamos a cambiar el nombre a la estampita y a pedir dinero a cambio. Perjudicaremos a un comerciante y beneficiaremos a otro. Tú lo que quieres es vengarte de Mora…

El suspiro que cruzó los labios de Camacho tironeó de su paciencia. Se encaró con ella, mirándola severo.

—Y tú de cualquiera que se parezca a tu padre —reprochó de malos modos—. ¡Si por ti fuera, colgarías del cuello a todo comerciante!

Epatada, ella solo fue capaz de mover los labios sin llegar a decir nada. Él, arrepentido por el exabrupto, se sosegó.

—No pretendo vengarme —sacudió la cabeza de lado a lado—. Sé lo que piensas, pero no todos los que se dedican al comercio son como tu padre. Malos y buenos los hay en todos lados, eso no va en el gremio. Yo solo quiero recuperar la oportunidad que me han robado. Irme a Veracruz, o a

Sevilla, montar mi propio negocio. Y no volver a hablar de este asunto en toda mi vida…, jamás.

—Sois todos iguales, por eso el buen Jesús expulsó a los mercaderes del templo. Solo os mueve el dinero. ¿Qué sabrás tú de mi padre? —replicó airada.

—Lo que tú me contaste cuando éramos niños, eso es lo que sé —hizo un esfuerzo por mantener la calma—. Lo que os pasó fue terrible… Y ¿quién mejor que yo iba a entenderlo? Pero debes olvidarlo. Mora no es tu padre, es un bicho mucho peor. Bacheli no es tu padre. Ese otro mallorquín…, como se llame, no es tu padre. Y yo no soy tu padre —remarcó—. No, yo no estoy intentando vengarme de esa rata. Pero sí creo que el suyo es el cargamento que deberíamos robar; es, con diferencia, lo más valioso de las bodegas.

Ella resopló. De golpe, la melancolía le arrebató las fuerzas para seguir peleando, y el fraile aprovechó la ocasión para meter baza:

—¿Y a quién se lo quieres ofrecer?

—Al lombardo, a Bacheli —no dudó al responder—. Le gustan los negocios sucios.

—¿Aceptará?

—Tengo la impresión de que sí. —Volvió a palparse el rostro dolorido—. Ya lo ha hecho antes…

Gundemaro asintió. Catalina cruzó los brazos en el pecho, pensando aún en protestar por algo, fuera lo que fuese. Pedro, sin explicar a nadie el porqué, se había puesto a majar un manojo de hierbas en un sobado molino de rodillo.

—De acuerdo, ¿y cómo lo hacemos? —preguntó el franciscano.

—Eso ya es harina de otro costal —reconoció Camacho.

El indio había preparado una pasta de un peculiar verde oscuro. La sacó de la muela con el pedazo de una hoja y, sonriente, se la mostró a Camacho, que arrugó la nariz, cohibido por el penetrante tufo.

Agachó entonces Pedro la cabeza y, tomando un poco con la yema de los dedos, se embadurnó el rostro maltrecho. Al terminar, sonrió de oreja a oreja y ofreció el potingue a Camacho, instándolo a seguir su ejemplo.

Camacho recogió aquella cataplasma maloliente. Como su expresión delataba desconfianza, el indio señaló el potingue en su propia piel. Tanto insistió que no le quedó otra opción. Se encogió de hombros y, con cuidado de no presionar más de la cuenta, se la aplicó en los morados.

—Gracias.

Al ver que lo obedecían, Pedro, con la dignidad de un cacique, volvió a sentarse junto a Camacho y movió las manos para animarlos a continuar con sus asuntos. Como si los trabajos realmente importantes ya hubieran terminado y ahora fuera tiempo para juegos.

El franciscano lo miraba con detenimiento.

—¿Qué le habrá pasado a este pobre para terminar así?

Camacho movió la cabeza. Primero miró a uno, luego al otro. Y se detuvo en el indio. Se contemplaron mutuamente unos instantes. Con solemnidad. Hablándose sin pronunciar palabra. Al cabo, Pedro asintió con gravedad, como un cardenal repartiendo bendiciones.

Y aquello sirvió como señal para que Camacho retomase sus explicaciones.

—Sea lo que sea, pipas de vino, paños de tela, panes de nopal o corachas de palo, todo lo que va en las naves de la flota ha de ser sellado e inventariado por los alcabaleros de la Real Hacienda. Ratifican lo que cada cual envía y se aseguran de que todo, absolutamente todo lo que va o viene de Manila a Sevilla, pague el quinto real.

—¡El quinto real! Siempre el quinto real. Por el amor del Cielo, no sea que el rey, o sus pajes, sus bufones o sus amantes, pasen hambre. ¡El quinto real! Para que su señorito don Felipe se pague los caprichos —lo interrumpió de nuevo con desprecio Catalina—. Un codo de san Cucufato, la uña del dedo

gordo del pie incorrupto de santa Emerenciana…, ¡como si la fe dependiese de las reliquias! O un cuadro de algún pintamonas… O para que se haga otra casita como esa del Escorial, que ya me gustaría a mí tener un escobero allí, ¡con que la mitad de lo que se diga sea cierto!

—Sí —cortó Camacho—, para que el rey se pague sus caprichos, que también los tendrá. Y para cubrir las soldadas y los desbroces de caminos, y a oidores, jueces o contadores, para que el mundo siga girando.

—Y que todos esos fariseos se lleven su pellizco…

Pese a la paciencia que Camacho demostraba, el franciscano decidió poner una mano sobre el hombro de la muchacha y, sin decir palabra, instarla a que ahuyentase sus rencores por un momento.

—En fin —continuó Camacho—. En cada nao de la flota, desde el primer al último clavo, todo se anota y cuenta. Y todo va sellado. Y todo lo sellado aparece en la patente, inventariado según el acuerdo de venta —explicó con gestos—. En las pipas de vino se hace una marca. En los atados, se incluye un cordel. En el caso de las corachas, como en la tela encerada no agarra bien el carboncillo o la tinta y, además, de mojarse, se malograrían, para identificarlas se lacran una vez cerradas…, como los despachos reales, las pragmáticas o los dictados.

Esperó para comprobar si los demás comprendían sus explicaciones y, cuando el franciscano asintió, continuó:

—Solo hay que hacer dos cosas, y no digo que sean fáciles —aclaró, alzando las manos—: cambiar los sellos de las corachas y falsificar la patente.

—Eso, siempre que Bacheli acepte y pague un precio razonable —puntualizó Gundemaro.

—Exactamente.

—Bien, pues ¿por dónde empezamos? —preguntó el franciscano, dispuesto.

Camacho se enredó en su silencio, sorprendido por la facilidad con la que el fraile se había apuntado a la aventura.

—No será fácil. Los de Roa nos andarán buscando. Mora se mostrará celoso con su carga. Bacheli puede intentar exprimirnos. Y la *Balvanera* está siempre vigilada…

Iba a continuar con la enumeración de las dificultades cuando Catalina lo cortó, severa:

—Vamos, que te enredas más que los profetas. Pareces el mismo san Juan anunciando el Apocalipsis. Ya solo falta que nos amenaces con los cuatro jinetes. Déjate de sandeces. Sabemos a qué atenernos, y aquí el padre y yo nos

apuntamos. No hay donde elegir. Y te digo algo más: no sé si ha entendido todo lo que has dicho, pero me da en la nariz que ese bendito Pedro también —añadió sonriendo al indio, que asentía entusiasmado.

Camacho parpadeó. Veía en ellos una clara determinación.

—De acuerdo. Pues tenemos hasta Pentecostés. Una semana.

Y Gundemaro, con una amplia sonrisa, volvió a preguntar.

—Pues ¿por dónde empezamos?

Catalina estaba nerviosa. No las tenía todas consigo.

Sabía camelar a los hombres. Eso era sencillo, bastaba con sacudir las faldas y brindar un contoneo. Pero aquello era distinto. Si el lombardo daba aviso al alguacil, acabaría con sus huesos en el calabozo.

Y aquel paquete bajo su brazo, lleno del «tocino» que había elegido Camacho, le pesaba dos arrobas y todo un quintal. No sabía qué hacer si Bacheli le decía que quería verlo allí mismo, antes de comprometerse a nada más.

Sin dejar de caminar, se alisó la blusa, estiró los faldones del chalequillo, repasó la cordonadura y recolocó la cofia. Había hecho lo posible para vestirse como una criada, no como una discípula de la Brava.

Y empezaba a arrepentirse de haberse ofrecido para ser ella la que diera el primer paso.

Durante todo el día anterior, sin más pausa que la necesaria para engullir la sopa que Pedro había preparado con gordas nueces y hierbas, hablaron sobre cómo proceder. Y había quedado patente que Camacho sabía lo que se hacía. Conocía hasta el último detalle de lo que se cocía en los muelles.

Sin embargo, pese a las ideas alocadas de Catalina, la larga charla y las variadas ocurrencias, para cuando la noche se cerraba sobre la jungla con una lluvia ligera por capote, aún no habían encontrado el modo de acercarse a Bacheli sin levantar sospechas.

—He de reconocer, por más que lo lamente —dijo el fraile sin venir a cuento, mientras Camacho insistía en la necesidad de que debían ser discretos —, que mi debilidad es la carne.

—No disimule, padre. La carne, el queso, el tocino y casi cualquier cosa que se pueda meter entre dos rebanadas de pan…, que, de haber estado en Egipto, se hubiera zampado las ranas de la plaga.

Gundemaro apenas entrecerró los ojos.

—Está bien, la gula también —reconoció sin pudor—. Pero iba a decir que, si alguien me buscara para algo que no cuadrase en el convento, me encontraría en casa de la Brava. Y me pregunto si ese italiano tiene alguna debilidad…

Aquello hizo que Camacho se pellizcase la barbilla.

—Sé que va a misa de vísperas a San Román casi todos los días y que suele confesarse —informó el franciscano—. Yo conozco a uno de los hermanos allí: Benito, un venerable anciano. Llegó aquí cuando se fundó el templo, tras la plaga de langostas. Y aquí lleva más de cincuenta años. Tiene fama de benévolo en el confesionario, aunque la verdad es que oye menos que una tapia encalada, y, como no se entera de lo que le cuentan, prefiere creer en la bondad intrínseca del ser humano. Es un alma cándida —aclaró con una sonrisa afable— y apenas manda otra cosa que un par de padrenuestros. Como mucho, si a quien se confiesa le cuesta callar, entonces los absuelve con un rosario y la promesa firme de que no volverán a hacer nada semejante.

—Eso puede resultar útil —admitió Camacho—, si tenemos que hablar con él en más de una ocasión. Pero ahora debe ser al revés; no podemos acudir a él, tenemos que tentarlo para que sea él quien venga a nosotros.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Catalina.

—Pues con carne, queso o tocino —afirmó el hijo del inglés—. Con lo que sea que se pueda embutir entre dos rebanadas de pan.

—¿Con tocino?

Y allí estaba ahora, camino de los muelles, con el tocino bajo el brazo.

La temporada de lluvias había llegado, pero se había arrepentido. Los vientos no se decidían a rolar al norte, y esa mañana lucía un espléndido sol que llenaba Campeche de color. Callejeó, dando un rodeo, con tal de evitar la barriada donde estaba la cofradía de los pilotos y su vecina la Brava. Y apuró el paso hasta llegar a la Puerta de Mar.

Allí, no lejos de la única torre de la villa, las fortificaciones se amontonaban unas encima de otras dando lugar a gruesos paños de muralla que intentaban proteger la plaza de los piratas. El murallón se extendía a un lado y a otro con su barbacana, y las gentes iban y venían pasando por el único acceso desde tierra que permitía llegar a los muelles: un enorme portón enrejado que, en esos momentos, se mantenía abierto y guardado por dos malcarados que el maese de la *Balvanera* había chantado allí.

Armados con espadas y pistolas, eran buena muestra de los facinerosos que se embarcaban en las naos de la flota para combatir contra los abordajes de los «mendigos del mar».

Allí mismo, aprovechando el trasiego de gentes, un abacero vendía buñuelos de miel a docena por pieza de a ocho maravedíes. Y también había un pordiosero con poncho de henequén que pedía limosna.

El indio la ignoró. Tal y como habían acordado, ni siquiera la miró.

Junto a él, pegado a su cadera, había un pequeño montoncito de piedras. Consciente de que su compañera había pasado a su lado, él siguió observando más allá de los guardas y de la Puerta de Mar, hacia las tareas de carga y a las rondas de la soldadesca. Pasó uno con coleto gastado, cruzado con una banderola a la que Pedro no supo dar significado, pero se fijó bien en el rostro barbado y ceñudo, y, cuando estuvo seguro de que no lo había visto, añadió otra piedrecilla a la montonera.

Sumaban un total de veinticinco.

Y Pedro estaba casi seguro de que aquel era el último.

A medida que se acercaba a los guardas, Catalina comenzó a ver, más allá del ajetreo, la silueta de la *Balvanera*. Amarrada, con las velas arriadas y los palos desnudos al cielo, como un bosque en otoño.

Nacida y criada en Campeche, nunca antes había visto un barco tan grande. Le costaba creer que, en realidad, fuera apenas una miniatura en comparación con los galeones de ochocientas toneladas y cuarenta piezas de bronce que surcaban el mar del Sur para traer riquezas de Manila. Era un barco estilizado, de amura orgullosa y proa labrada. Y a Catalina le pareció bella. Un símbolo, un medio gracias al cual salir de Campeche y no volver la vista atrás. De haber tenido los dineros, hubiera pagado por un pasaje a Sevilla.

Pero no los tenía. Y siguió caminando, tratando de espantar aquellos sueños como si manotease mosquitos.

Bajo el umbral mismo de la muralla, los dos guardas le cortaron el paso.

—¿A dónde te crees que vas? Nadie entra si no es por asuntos de la nao —le espetó uno de ellos, con largos bigotes en los que aún se veían las migas del pan de cazabe que se había desayunado.

—Y no irás a decirme que vienes a cargar las bodegas —soltó el otro con sarcasmo. Un feo costurón le cruzaba la sien y la mejilla.

Catalina calmó sus nervios y ensayó la mejor de sus sonrisas coquetas.

—Oh, no, solo busco al señor Bacheli. Tengo que darle recado —respondió con voz dulce y solícita.

—¿Al lombardo? —preguntó el de los bigotes sin verdadero interés, mirando con descaro el escote que Catalina enseñó al inclinarse.

Ella asintió.

—¿Para qué? —preguntó el de la cicatriz, más hosco, menos interesado por los dulces escondidos en la blusa de la joven.

—Me envía el señor Díaz del Castillo desde Mérida —contestó solícita, inclinándose más—. He pasado por casa del señor Bacheli, y allí me han

dicho que lo encontraría aquí. Es un asunto de compra y venta de libros.

Miró a ambos lados, como si le preocupase que la oyesen.

—No debería decir esto, pero Castillo, por la enfermedad de su hijo, está planeando abandonar Mérida y marchar a ciudad de México para estar más cerca de buenos sanadores. Y, claro, quiere vender. Pronto y rápido, al mejor precio. Necesita fondos. Aunque, y lo sé de buena tinta, porque mi hermana sirve en la casa principal, lo que pasa es que Castillo, ya antes de enviudar, bebe los vientos…

Impaciente, con pocas ganas de escuchar chismorreos, el de la cicatriz la interrumpió:

—¿Y qué llevas ahí?

—Pues no pensaríais que me iba a traer un gorrino atado con un cordel —repuso divertida—. Traigo una muestra de la biblioteca. Un ejemplar del *Palmerín de Inglaterra*.

Si le decían que ellos se lo llevaban, si le pedían que enseñase el libro, estaría todo perdido. Catalina, para espantar el mal agüero, sonrió.

Las manos le sudaban, y aquella horrible cicatriz en el rostro del guarda se le antojaba un pésimo augurio.

—¿Y has venido tú a cerrar asuntos así con ese peripuesto?

—Oh, no, por supuesto que no —respondió, como si la sola idea fuera un disparate—. Yo solo traigo recado. El secretario de mi señor Castillo está hospedado en El lagarto. Me ha mandado a mí porque está cansado tras el viaje desde Mérida.

El guarda rumiaba lo escuchado, poco dispuesto a tragarse el cebo. El otro, el de los bigotes, seguía buscando el modo de desatar con la mirada el cordón que ceñía el escote.

Catalina echó un disimulado vistazo sobre el hombro. Aunque el indio poca ayuda podría prestarle, el mero hecho de saberlo cerca aplacó sus nervios.

Súbitamente, el de la cicatriz le lanzó una nueva pregunta.

—¿Es tan bueno como dicen?

No entendió a qué se refería, y en su cara se dibujó el desconcierto.

—La crónica, el libro, ¿es tan bueno como dicen? He oído que no le hacen sombra ni las aventuras de Amadís.

Temió que todo se fuera al traste, pensó que el guardia le iba a ordenar que le entregase el paquete. Probablemente no se atrevería a robarlo sin más, pero sí a despistarlo durante el día para tener ocasión de leerlo y dar el recado más tarde. Dudó, no sabía qué contestar.

—En la venida, el piloto nos leía pasajes del *Esplandián*…

Se advertía que el tema le apasionaba, y Catalina, ducha en su oficio, supo entonces qué hacer.

—Ah, sí, ¿y de qué trata?

Funcionó. Con cicatriz y malcarado, el guarda desató la lengua y empezó a hablar con pasión de las hazañas del caballero Esplandián, colmo de virtudes, hijo mismo de la princesa Oriana y el celebrado Amadís de Gaula.

En apenas un abrir y cerrar de ojos, de carrerilla, emocionado, se explayó. Que si una embarcación flotante, que si una espada encantada; que la batalla con los gigantes, que el asedio de Constantinopla. La victoria de cristianos, la derrota de los moros, el amor del propio Esplandián con la infanta, hija del rey infiel.

Catalina asentía. Sonreía. Mostraba interés.

—Y cuando llega a la Isla de California, uf… Allí viven unas amazonas de piel oscura como el ébano. Y las manda una reina que lo intenta engatusar —contó con aire soñador, tanto que se advertía el íntimo deseo de protagonizar gestas similares, de ver su nombre en los anales, de bautizarse con tinta—. Calafia, así se llama…

La joven no se había equivocado, aquella pasión tenía que desembocar irremisiblemente en un callejón sin salida.

—Déjame verlo —apremió el guarda tras acabar su resumen de las hazañas de Esplandián. Señalaba al paquete que Catalina sostenía.

Por un instante, la joven llegó a temer que alargase la mano y se lo arrebatase sin más.

Pensó en protestar. Caviló sobre qué sería lo peor que le podría pasar si se descubría que allí no había caballerías, solo un viejo misal envuelto con el barragán del franciscano.

Así que, sin más opciones, se dio cuenta de que no tenía otra solución. Adelantó el brazo, estiró la mano. Ofreció al guarda la supuesta copia del *Palmerín de Inglaterra* y, cuando los dedos encallecidos estaban a punto de recibirlo, ella ensayó la mejor de sus sonrisas.

—Os lo dejo ver —dijo con ojillos de cordero degollado—, pero tened cuidado, por lo que más queráis. Si se ensucia, si le sucede algo, mi señor…

Dejó las palabras en el aire, agachó el rostro. Torció la mirada. Se convirtió en una damisela confiando su virtud a un caballero.

—… no me lo perdonaría. Me dio órdenes de que solo se lo dejase al mercader lombardo que responde por el nombre de Bacheli. Y si, Dios no lo quiera, le pasase algo… Yo no lo hago solo por obedecer, que es mi deber,

sino por ayudar a mi madre y a mi hermana pequeña… Necesitamos el dinero —aseguró, quejosa—. La pobre Isabelita no está bien, y las sangrías nos cuestan un riñón.

Alargó un poco más la mano. Los dedos del guarda ya rozaban el envoltorio.

—Por favor, tened cuidado —insistió.

El de la cicatriz la miró con atención. Se perdió en la selva verde de aquellos ojos coquetos. De repente cerró el puño con firmeza sin atrapar nada más que aire.

—Está bien, guardadlo a buen recaudo —concedió, engolando la voz y sacando pecho—. Un tesoro es lo que lleváis en las manos.

Ella pestañeó. Sonrió.

—Sin embargo, no podéis pasar. El maese de la *Balvanera*, el alcabalero Pedrarias y todo el cabildo han prohibido que nadie sin asuntos sobre la carga de la nao pase de esta puerta.

Ella dejó que su rostro se arrugase con un mohín.

—Pero tenéis mi palabra de que yo mismo, en persona, daré la buena nueva al señor Bacheli. Decid a ese secretario que lo espere en El lagarto a la caída de la tarde. Queda de mi mano, ¡por estas! —juró, besándose el pulgar cruzado sobre el índice.

Catalina respiró aliviada.

—Gracias, muchas gracias. —Sus pestañas abanicaron un suspiro de alivio—. Qué maravilloso toparse con hombres de honor. Gracias, mi buen señor.

—Lo bien hecho, bien hecho está —afirmó contundente—. Id sin cuidado, el asunto queda en buenas manos.

Y a su compañero se le torcieron los bigotes con un mohín cínico.

Catalina lo advirtió, pero lo ignoró. Desahogada, se sintió ligera como pluma. No había salido exactamente como lo planearan, pero tenían cita con Bacheli.

Iba a darse la vuelta y preparaba ya una sonrisa que dedicar a Pedro cuando el guarda la retuvo un instante más.

—Si me permitís…

Quedó con el gesto a medias, y su pulso volvió a acelerarse. Temió que el guarda hubiera cambiado de opinión.

—Espero que no resulte una desfachatez, pero ¿tendríais la amabilidad de bendecirme con una prenda?

Catalina a punto estuvo de soltar una carcajada. El rostro compuesto y serio del guardia la salvó de meter la pata.

—Claro, cómo no —dijo, deshaciendo el nudo de la cinta que le recogía el pelo bajo la cofia.

El de los bigotes hacía visibles esfuerzos por no echarse a reír.

Llovía mansamente. Con pereza. Las gotas se desvanecían como niebla espesa. Tal era la humedad que el aire se antojaba pegajoso.

En el suelo, bajo el enorme cartelón de El lagarto, los pétalos violetas del jacaranda, vencidos por la lluvia, pintaban mosaicos de extraña belleza.

Pero solo una persona prestaba atención al vibrante colorido y las caprichosas formas: el indio Pedro.

Se había acomodado, como era su costumbre, al pie del enorme árbol, y su mano extendida rogaba limosna.

Los demás, los pocos que iban y venían, los pocos que entraban y salían de la taberna, estaban demasiado ocupados para maravillarse con aquel modesto espectáculo.

En el interior de la taberna, la tarde temprana y lluviosa retrasaba a los jugadores, borrachos y pendencieros. La mayoría de los honestos seguía ocupada en los muelles.

Toral trasteaba en la cocina, pendiente de qué echar en el guiso que ofrecería para la cena. Dudaba entre un mono aullador que había comprado a un indio el día anterior o el último de los gallipavos con los que un buscavidas le pagara su estancia en tanto reclutaba a quien quisiera acompañarlo en busca de gloria, a jugarse el pellejo en las áridas tierras al norte del cabo de Mendoza, donde, a saber por arte de qué birlibirloque, esperaba encontrar oro a raudales.

Además del dueño, ocupado en sus asuntos, solo había tres parroquianos. Un curtidor que hedía a los orines propios del oficio y que, en un rincón, bebía con melancolía de una jarra en la que Toral, para evitar las moscas, había puesto como tapa una rebanada de pan y un pedazo de magro embutido de calabaza. Era un pobre sustituto del chorizo, aliñado con pimentón local y especias propias de las chacinas, pero menos sabroso y mucho más barato.

Los otros dos eran Gundemaro y Camacho. Estaban sentados en mesas distintas. El franciscano miraba hacia la puerta, y su compinche hacia la pared del fondo. En susurros, de espaldas el uno al otro, se hablaban por encima del hombro.

—Tranquilo —murmuraba Camacho, procurando que el fraile se sosegase —, él solo pisará el charco, es demasiado tentador.

Incómodo a más no poder, Gundemaro no quiso volver a discutir el asunto. Tenía hambre y echaba de menos su hábito.

Tras hacerse con algunos pertrechos que, según Camacho, serían imprescindibles más adelante, habían gastado cuanto quedaba de las monedas del hebreo en ropas adecuadas. Por desgracia, en el caso del franciscano, dado el corpachón, no habían conseguido mucho. Con la sencilla camisa de ruan sin teñir y el sobado jubón de segunda mano, dependería de la buena fe que aquel cuento de ser el secretario de un terrateniente se lo tragase alguien. Al menos, el bonete de buen tafetán que se habían agenciado le disimulaba la tonsura, y habían acordado que tendría que bastar, aunque el franciscano, desacostumbrado, no conseguía aliviar un pertinaz cosquilleo en la coronilla. Le costaba recordar, además, que, cada vez que sucumbía, debía recolocarse el dichoso gorro.

—Y no lo olvidéis —insistió Camacho—: mantened la calma, como si tuviéramos más opciones.

Le respondió un asentimiento lleno de miedos.

—Cuando llegue la negociación, yo os guiaré. A vuestra derecha —y, para ilustrar sus palabras, Camacho echó la mano a la espalda y tironeó del faldón del jubón que vestía el fraile—, debéis pedir más de lo que ofrezca.

—Y a la izquierda, menos, lo sé —lo interrumpió el otro con hastío—. Si va bien, te estás quieto, y, si va mal, tiras de los dos lados a la vez…

Por no volver a rascarse, el franciscano echó un trago de vino. De la tapa hacía mucho que se había despedido con un solo bocado. Junto al vaso descansaba el paquete envuelto en el barragán encerado, el mismo que esa mañana Catalina había llevado hasta los muelles. Y uno de sus dedos regordetes apretó contra la yema unas pocas migas que encontró y se las llevó a los labios.

—Tengo hambre…

—Yo mismo me encargaré de que asen un toro entero si esto sale bien. Pero ahora no os distraigáis.

Camacho percibía el ánimo revuelto de su compañero. A punto estaba de decirle que aún tenían tiempo para repasar los detalles, cuando, en ese momento, Francisco María Bacheli, bajo un impecable sombrero de limiste segoviano con una guarnición más cara que cuanto llevaban puesto el franciscano y el propio Camacho, cruzó la puerta de El lagarto mirando a todos lados en busca de su cita.

Tras él venía su hombre de confianza, haciéndole de escolta; aquel tudesco de nombre Carlos que se encargaba de los asuntos sucios. Era un tipo ancho, de pulcra melena parda, vestido siempre con un tabardo en el que jamás se advertía una sola mancha. Bajo el dobladillo asomaban las conteras relucientes que remataban las fundas de sus espadas gemelas.

Respecto de él, Camacho había escuchado decir a Roa que no le gustaba; porque hablaba poco, porque bebía aún menos y porque nunca jugaba a los naipes. Tenía fama de cumplidor y leal, y también de que jamás se desfogaba en casa de la Brava.

A Camacho todo aquello le parecía bien. De hecho, si Bacheli hubiera aceptado su oferta, habría confiado en el tudesco para que Roa no rematase lo que en el cenote había quedado sin terminar, pero, como ya no merecía la pena lamentarse por aguas pasadas, fue práctico y murmuró:

—Es el enjoyado del sombrero, el otro trabaja para él de matasietes.

Gundemaro asintió con disimulo y se levantó sonriente.

—¡Qué honor! Cuánto os agradezco las molestias que os habéis tomado, mi señor Bacheli. Por favor, tomad asiento y descansad. Soy Bartolomé Barros y Baños, secretario del señor Castillo, hijo del mismísimo Castillo que sirvió a las órdenes de Francisco de Montejo, «el Sobrino», cuando llevó a los caciques rebeldes de San Pedro de Champotón a Tabasco. —Habían acordado alambicar la falsa historia para darle verosimilitud, y el franciscano había soltado la retahíla de carrerilla—. ¡Toral! Algo para mi invitado.

Se oyó una respuesta desde la cocina.

El tudesco, después de verter largas miradas sobre el curtidor y el propio Camacho, se acodó en los barriles y se dispuso a esperar.

El hijo de la Camacha tiró de las solapillas de su capa y se caló el sombrero, el chambergo con el ala más ancha que habían encontrado. Después empezó a tararear una tonada marinera y a juguetear con su propio vaso con una mano, mientras, con la otra, tiraba una y otra vez unos dados de hueso, de los burdos que se fabricaban en las Indias para sortear la prohibición de importarlos desde Sevilla. Los había pedido nada más entrar en la taberna, como si no fuera más que un jugador que hubiese madrugado para las habituales timbas clandestinas.

Y el atildado Francisco María Bacheli, con una sonrisa a punto de desencajarle las orejas, aún de pie, preguntó:

—¿Es cierto? ¿Tenéis una copia del *Palmerín de Inglaterra*?

La respuesta fue una palmada rebosante de dedos regordetes en aquel paquete que descansaba junto al vino, donde ya no quedaba ni una sola miga

de pan ni de embutido.

Tan ansioso estaba el mercader que no necesitó otra prueba para aceptar la invitación y tomar asiento. Acto seguido, se puso los anteojos, emocionado.

Se llegó el tabernero a la mesa y pasó un paño con más roña que miseria. Murmuró un saludo y, con desgana, abandonó en el trazo sucio del trapo otra jarra, otro vaso y otra rebanada de pan tocada con aquel chorizo de mentirijillas.

Gundemaro, hábil, advirtió el dedo circunspecto del mercader, que se apoyó en los maderos y se levantó pegajoso para acabar en un pañuelo rebosante de puntillas donde el dueño frotó con fruición.

—Sí, es cierto, lo lamento —se disculpó, en tanto el lombardo arrugaba la nariz por el tufillo avinagrado de lo que contenía la jarra—, pero esto no es Mérida, y ni mucho menos la maravillosa México. No tenía otro lugar que elegir. Espero que sepáis perdonar las circunstancias…

Camacho pensó para sí que el fraile no se hubiera ganado la vida como actor, pero ya no podían echarse atrás.

Tosió con fuerza, como si tuviera un gargajo agarrado, y supo al instante que Gundemaro estaba pendiente porque, aceptando la señal, se olvidó de las apreciaciones geográficas y fue al grano.

—Y, respondiendo a su pregunta… —continuó el franciscano, inclinando la cabeza en un gesto servil—. Lo es, el libro, digo, una copia impresa en Lisboa hace apenas un par de años, ¡y en perfecto estado! Yo mismo la compré a pie de barco en San Juan de Ulúa —se llevó un dedo al pecho—, recién llegada desde Sevilla. Y huelga puntualizar que un caballero como vos apreciará el portugués original en favor de la desmañada traducción que lleva un tiempo rondando por ahí. Me veo en la obligación de explicaros que mi señor Castillo es hombre de gustos refinados…

El solitario jugador de dados volvió a toser con cierto escándalo, y el mercader le echó una mirada desconsiderada.

—Aquí lo tenéis, *Crónica do Palmeirim de Inglaterra* —dijo con pésimo acento luso.

El lombardo asintió y se ajustó las antiparras en el puente de la nariz.

—¿Y debo entender que es solo una muestra?

—Por supuesto. Hay ciertos asuntos apremiantes a los que mi señor debe prestar atención, y está dispuesto a deshacerse de buena parte de su colección de libros.

—¿Los tenéis aquí?

—En mi habitación.

En el rostro del comerciante se percibía un velo inequívoco de alegría.

—¿Cuántos? ¿Qué títulos?

—Una docena, nombres como *Arderique*, *Cifar*, *Lidamor*…

Las manos siempre revoltosas del italiano mandaron callar.

—¿Y en qué está pensando vuestro señor Castillo?

Al fraile le costó interpretar la pregunta. Había esperado algo menos alambicado. No cayó en la cuenta de lo que se esperaba de él hasta que Camacho, a su espalda, estiró los brazos y bostezó groseramente.

—Oh, entiendo —dijo al fin, golpeándose la frente con la palma de la mano—, claro. Me temo que se trata de un malentendido… Esa atolondrada muchacha no se ha explicado, creedme que lo siento. Mi señor Castillo no piensa en nada. Los libros son un regalo.

Camacho lamentó no ver la expresión del mercader. La idea había sido suya, él había insistido en que mantuvieran la farsa de los libros.

—¿Cómo que un regalo? —preguntó Bacheli, rastrillándose la barba—. ¿A santo de qué?

Se le advertía la suspicacia, y Gundemaro, tras echarle un reojo temeroso a las conteras que sobresalían del tabardo, a punto estuvo de persignarse.

—Oh, solo se trata de una muestra de buena voluntad para compensaros por las molestias.

—Pero ¿de qué diantres estáis hablando? Yo jamás me he topado con ese tal Castillo. Ni el nombre me suena —aseguró, quitándose las gafas.

Gundemaro se sentía inseguro, pero el hijo de la Camacha había insistido, así que siguió con su papel.

—Exactamente, por eso mismo —dijo cargado razón—, porque, desgraciadamente, se ha producido un imperdonable retraso en todo este asunto.

Camacho volvió a toser.

—No sé qué pretendéis o qué pretende ese tal Castillo, pero o aligeráis o le digo a mi hombre que se encargue del asunto —aseguró con enfado Bacheli.

El pulgar de uñas impolutas señalaba al tudesco y a sus espadas gemelas.

Camacho tosió de nuevo.

Gundemaro tragó saliva.

Desde los barriles, Toral levantó los ojos y dudó. Pensó que quizá debía coger la garrota con la que dirimía los pleitos, porque el revenido pisaverdes de acento italiano parecía a punto de encargarse de que al gordo lo afeitaran largo. Pero entró un nuevo cliente que ya olisqueaba el estofado de mono.

Era un paticorto que apestaba a estiércol y tenía cara de haberse pasado el día poniendo a prueba hasta el último callo de sus manos.

—¿Qué se ofrece? —preguntó el tabernero.

De reojo, Camacho vio que el recién llegado caminaba con pesadez hacia los barriles y pedía cualquier cosa que no fuese agua. Lo reconoció de inmediato: Lucas Dos Pasos.

Caló el sombrero tanto como pudo y se ocupó de mirar a otro lado. Después de vaciar el primer vaso, el subalterno de Roa continuó con sus peculiares andares hasta la mesa donde el curtidor bebía en soledad.

—¿Qué va hoy? ¿Naipes?

En la eternidad que tardó en llegar, Camacho aún pudo escuchar al italiano, a sus espaldas, apremiando al franciscano.

—Más vale que le deis a la sin hueso, y rápido, que soy un hombre demasiado ocupado para perder el tiempo con zarandajas.

Lucas se sentó junto al curtidor, quedando frente a frente con Camacho y, cuando apoyó su propia jarra, miró en derredor.

El hijo del inglés apartó el rostro y estiró el ala del sobado sombrero. Estuvo seguro de que lo había visto; no tanto de si lo había reconocido.

A sus espaldas, Gundemaro intentaba seguir con la representación.

—No es necesario sulfurarse —dijo en tono apaciguador, asustado por la mano a punto de llamar al tudesco—. Menos aún cuando se puede meter la cabeza en una bolsa suculenta…

—¿Suculenta?

—Alrededor de dos millones de maravedíes —susurró con aires de conspiración palaciega.

La cifra hizo que el lombardo recogiera la mano, pero Camacho, con el rostro tan vuelto como para mirarse la nuca, no lo advirtió. Lo único que

podía ver era la generosa espalda del franciscano y el remiendo mal cosido que cruzaba la corona del jubón.

—Eh, tú —lo llamó Lucas—, ¿te vienes aquí y le sacamos brillo a esos dados?

Ya no quedaba ni un ápice de la confianza que había intentado insuflar al fraile cuando estaban solos.

—¿Estás sordo? —le llegó de la mesa que tenía en frente.

—¿Cómo que una bolsa con dos millones de maravedíes? —oyó de la mesa que tenía a la espalda.

Gundemaro, inseguro, quiso confiar en lo planeado.

—Los libros os los podéis quedar, por supuesto. No es ese el pago que interesa a mí señor. Son vuestros —añadió halagador—. Un gesto de buena voluntad. Aunque me temo que hay un cierto condicionante. Serán vuestros siempre y cuando no os importe arreglar un negocio de última hora antes de que zarpe la *Balvanera*.

—Un negocio en el que bailan dos millones, ¿no?

Fue lo último que pudo oír Camacho antes de asumir que solo tenía una solución. Se levantó con los dados en una mano y su último real de a cuatro en la otra.

—Me temo que no —dijo, dirigiéndose a la mesa en que se sentaban el curtidor y Lucas Dos Pasos—, hoy me han pagado el jornal por cargar en los muelles —dejó la moneda en la mesa—, y, qué curioso, me ha dado picores —anunció en tono de chascarrillo—. Voy a ver si me rascan un poco en casa de la Brava —concluyó, lanzando los dados a la mesa vecina y girándose hacia la salida.

El franciscano, por aparentarse dueño de la situación, estaba echando un trago de vino cuando advirtió que su compinche salía de la taberna e, inevitablemente, se atragantó. Ahora fue él quien tosió con fuerza.

—Dos millones pagan paciencia, pero no mucha —amenazó el lombardo.

El franciscano, muy a su pesar, comprendió que todo dependía de sí mismo.

—Tenéis que perdonarme, pero no tengo costumbre en estas lides —confesó—. ¿Me permitiríais? —preguntó, acercando la mano a la tapa que el mercader no había encontrado apetecible.

Escamado, aunque tentado por los dineros, el lombardo asintió con mala cara.

—Veréis —comenzó, engullendo el pan y el embutido—, a mi señor le ha surgido de forma inesperada, en el último momento, la oportunidad de

hacerse con unas corachas de palo. ¡Ha sido algo realmente imprevisto! —exageró, abriendo los brazos—. Y, sabedor de que no hay mejor referente para tal mercancía que la casa Bacheli, me ha pedido que cabalgue aquí desde Mérida a uña de caballo. —Se chupó las yemas de los dedos—. Apenas tres días he tardado en recorrer las treinta leguas…

—Eso es imposible —interrumpió el lombardo y, hasta que Bacheli continuó, el franciscano temió haberse excedido al hablar de su alocada galopada—. La *Balvanera* parte en seis días, y hasta el último rincón de las bodegas está comprometido desde hace tiempo. —Gundemaro suspiró aliviado—. No queda sitio para nada más. El maese ya se lamenta por los rincones, llora como niño de teta porque está convencido de que navegarán calados en exceso.

—Oh, no sería necesario abusar de las cuadernas de la nao —desdeñó el franciscano—. Veréis, las corachas de las que hablo están ya cargadas en la nao.

—¿Cómo? Os equivocáis… Hoy mismo he estado en los muelles, las únicas en este envío son las mías y las de esa sabandija de Mora…

—Exactamente —confirmó el franciscano, moviendo las manos como un prestidigitador de feria.

Las cejas del mercader ondearon, dudando entre fruncirse o no.

—Eso sí que es interesante —dijo al cabo, divertido, atraído por el enigma —. Esperaba encontrar solaz con la lectura de estos libros, no con un trovador dispuesto a recitar romances. ¡Posadero! —llamó—, unos altramuces y algo que no sea esta agua encharcada que servís.

El cambio en la actitud fue patente. Incluso se repantingó en la silla como si estuviera en el exclusivo balcón de una corrala afamada, a punto de disfrutar de una buena comedia. Antes de volver a hablar solo se tomó el tiempo necesario de hurgar en la faltriquera y, con una floritura, dejar en la mesa un reluciente escudo de oro que diese fe de que no le importaba pagar mucho mientras la bebida y los altramuces lo mereciesen.

—¿Acaso pensáis robarme en mis propias narices? —preguntó, como un niño con una travesura a medias.

—Oh, no, no se trata de eso, nada tan burdo. Al contrario. Veréis, antes os he aclarado que mi señor mantiene la encomienda que se le concedió a su benemérito padre, quien acompañó al mismísimo Francisco de Montejo, el Sobrino, el santísimo Señor lo haya acogido en su Gloria, cuando aquello de la rebelión de los caciques.

—Y yo ya os he dicho que el nombre no me suena de nada.

—Ya, ya, os he oído. Pero acaso sabréis que otro de los hombres que estuvo también en San Pedro de Cotoche fue Melchor de Mora e Hijuelo… Por supuesto, me refiero al padre.

Aquello logró que Bacheli aplaudiese.

—¡Fantástico! Realmente fantástico. No, no lo sabía, conocía que lo suyo era negocio heredado, aunque no tenía idea de los detalles. ¿Y qué fue lo que sucedió entre ambos? Porque algo tuvo que suceder; de no ser así, no estaríais aquí ofreciendo disparates. —El ansia espoleaba sus palabras—. No, no me digáis más. Una mujer, ¿no es cierto? Los hombres son muchas veces así de estúpidos…

Al franciscano le sonó rara la frase, y el entrecejo le dibujó un arabesco, pero, cuando iba a contestar, Bacheli se lo impidió:

—¿No iréis a decirme que Mora y vuestro señor son medio hermanos?

Aquello le pareció a Gundemaro una excusa mejor que la que el propio Camacho había urdido, y se dejó llevar.

—Desde luego nadie puede negaros que sois un hombre versado en los asuntos terrenales —dijo adulador—. Perdonadme si no entro en detalles, a mi señor no le gustaría, pero andáis rondando la verdad.

—¿Cómo que no vais a entrar en detalles? Eso es precisamente lo que debéis hacer —soltó con una risilla traviesa—. Los detalles son la pimienta de las historias. Vamos, no os sintáis cohibido. ¿Qué sucedió?

—Oh, por favor, no debería… —se hizo de rogar.

—Insisto.

Y, aunque las lecturas de Gundemaro se habían centrado en lo canónico y su adorado Aristóteles, no tanto en los libros de caballería, no le costó inventar, a salto de mata, un triángulo amoroso con despechos, deshonras y entuertos que desembocaban en herencias injustas. Para cuando terminó, había hecho falta una segunda jarra del mejor vino de El lagarto y un cuenco entero de los carísimos altramuces traídos desde Sevilla.

—Ni aun con el sambenito atado y sobre los maderos prendidos de la hoguera reconocería lo que voy a deciros —exageró el franciscano—. Pero la afrenta es algo que lleva años martirizando a mi señor, quien, durante todo este tiempo, ha estado esperando una oportunidad como la que acaba de surgir.

Encantado con la historia, mientras más parroquianos llegaban y la taberna empezaba a vestirse para la noche, Bacheli preguntó:

—¿Y qué clase de oportunidad es esa?

Gundemaro, metido en su papel, miró a todos lados con suspicacia, se inclinó sobre la mesa, volvió a observar a los nuevos clientes, se inclinó un poco más y, en apenas un susurro audible, jugó su última carta:

—La de conseguir un sello de la Real Hacienda.

—¡No! Eso es imposible. El sello es como el mismo rey.

—Puede…

El franciscano se mantuvo firme ante el escrutinio del mercader.

—De acuerdo, de acuerdo, me lo creo. ¿Y cómo se ha obrado semejante milagro?

—No, eso sí que no puedo revelarlo. Ya he hablado más de la cuenta.

Atusándose la barba, Bacheli claudicó.

—Está bien, ya habrá ocasión de que habléis… ¿Y qué pinto yo en esto?

Gundemaro echó de menos a Camacho. No se sentía seguro para dar el siguiente paso.

—Lógicamente, mi señor está deseando cobrarse la afrenta que ha heredado junto a su encomienda y… —Bebió un largo trago de vino—. Vos sabéis que las mil corachas que Mora ha embarcado rondan los dos millones de los que hablábamos, pero que esos dos millones, en Sevilla…

Los ojos del lombardo brillaron con la anticipación.

—Se convierten en cuatro —interrumpió.

—Por favor, no me toméis por un mentecato, más bien seis millones —replicó Gundemaro, añorando las señales convenidas con Camacho—. Con un poco de suerte, el envío alcanzará, de hecho, los siete.

—Mucha suerte sería esa —repuso con desdén el lombardo—. Como mucho, cinco.

A falta de los consejos de su compinche, Gundemaro decidió mostrarse testarudo.

—No seáis rácano, sabéis de sobra que no es así. No son mil, sino algo más, y, si ingleses o flamencos andan cortos de tinte, el asunto podría cerrarse incluso por ocho —afirmó, sin tener idea de lo que decía—. Los precios son volubles y caprichosos…

—Está bien, digamos que en el Guadalquivir se pagan seis millones —concedió el lombardo, revolcando los ojos en una señal de abatimiento—. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Mucho. —Pese a sus pocas dotes como actor, en este punto el franciscano tuvo el acierto de bajar el tono y hacer una pausa teatral—. Porque pueden ser vuestros.

Bacheli podía haberse escandalizado, protestado fingiendo incredulidad, continuado con aquel juego de zoco y regatear hasta la medianoche. Pero era un mercader cuajado. El divertimento había terminado, ahora se trataba de negocios.

—De acuerdo —asintió—. ¿Cuál es el trato?

Gundemaro solo dudó un mísero instante, luego decidió pedir el máximo.

—De la patente con el inventario y de entrar en la *Balvanera* nos encargamos nosotros. Vos solo tenéis que proporcionarnos el cordón dorado de la casa Bacheli y pagar un precio justo por las mil cien corachas que Mora ha conseguido este año.

Respiró hondo y se rascó la coronilla, haciendo que el bonete bailase. No advirtió que parte de su tonsura se vio entre sus dedos y menos aún que a Bacheli no se le escapó el detalle.

—Dos millones doscientos mil maravedíes —añadió el fraile.

La cifra no pareció impresionar al lombardo. En lugar de replicar, revolvió sus dedos en el aire para conocer cuanto antes la consabida contrapartida.

—Vos ganáis dos cosas —prosiguió Gundemaro—. Todo lo que podáis sacar de la venta en Sevilla, seis, siete u ocho millones, cuanto más mejor; en ese aspecto mi señor os desea la mejor de las suertes. Pero esa fortuna que ganaréis no es lo único. Hay algo más, y no es menos importante, pues en todo Campeche se conoce vuestra rivalidad: tendréis la satisfacción de haber arruinado a Mora. Nos consta que se juega mucho en este envite y un descalabro semejante lo pondrá en una situación peliaguda.

El ajetreo a su alrededor no dejó ver a Gundemaro que Pedro, siguiendo las órdenes de Camacho, había entrado en El lagarto y pedía caridad por las mesas donde rodaban los dados, se barajaban los naipes y se trasegaba vino.

Tras tantos años de estudios, oraciones y convento, el franciscano estaba encantado con aquellas intrigas.

—¿Y qué prueba tengo yo de que cuanto decís es cierto? —preguntó el lombardo.

—Cuando zarpe la *Balvanera*, os traeremos los sellos de las corachas de Mora y el manifiesto original. A cambio, mi señor se lleva para su traslado a México dos millones doscientos mil maravedíes.

Rumió todo aquello el lombardo.

—Un millón.

Gundemaro negó con rotundidad.

—Dos millones doscientos mil.

El italiano guardó silencio.

El brillo en sus ojos, la pícara sonrisa entreverada en la barba y los gestos relajados daban a entender que el comerciante disfrutaba de lo lindo.

—Millón y medio —ofertó.

Sin las señales convenidas, el franciscano dudó. Al final optó por mantenerse en sus trece.

—Dos millones doscientos.

Los ojos vivarachos del comerciante se entrecerraron.

—Está bien, está bien —cedió como un padre severo ante un niño malcriado—, dos millones doscientos mil; pero me quedo con los libros y me tenéis que contar cómo diantres habéis conseguido un cuño de la Real Hacienda. —Ofreció la mano para sellar el trato.

Gundemaro la aceptó.

—Los secretos pierden su encanto cuando se revelan —susurró, estrechando el apretón.

El franciscano también se preguntaba cómo iban a conseguir un sello de alcabalero de la Real Hacienda de Castilla. O aquella supuesta colección de libros de caballería. Pero se guardó mucho de decir nada.

—Pues qué os parece si, para celebrarlo, pedimos otra jarra y algo que echarse a la boca, estoy muerto de hambre.

Se habían echado un farol, y había salido bien.

Asombrado, Camacho acababa de reconocer que no había esperado conseguir más de dos millones.

Tenían motivos para celebrarlo.

Catalina reía divertida tras escuchar el relato y, ante su pregunta, Camacho contestó sin disimular su vergüenza:

—No tenía otra opción —reconoció con la cabeza gacha—. Si Lucas me hubiera visto…

—Podías haberte quedado hasta estar seguro de si te había reconocido, y, si lo había hecho, podías haber peleado, pero, no, huiste como un conejo…

No había acritud en sus palabras, solo buen humor y ganas de echar sal en la herida. Quería hacer rabiar a Camacho, al que incluso se le habían subido los colores.

—¡Quita, quita! No le des más vueltas. Bien está lo que bien acaba. Así es la caprichosa fortuna y, ahora que todo ha pasado, no merece la pena arrepentirse de lo que pudo ser y no fue. Además, lo que a veces sale mal, otras sale bien. También podías haberte topado con alguien que te debiese dinero, como aquel hombre que fue al mercado.

Los otros miraron al fraile con los carrillos llenos de preguntas. Gundemaro se rascó la coronilla, donde la falta de afeitado empezaba a disimular la tonsura.

—Es algo que escribió Aristóteles…

—Otra vez con sus griegos locos —desdeñó Catalina—. Déjese de trabalenguas que el tiempo apremia. Nos quedan cinco días, y mi parte está hecha —sentenció, segura de sí misma—. He pasado por donde la Brava.

—¿Y conseguiste hablar con Tomasa? —preguntó ansioso Camacho—. ¿Se rumorea algo?

Catalina asintió antes de contestar.

—Sí, como siempre, ahí no caben dudas. El piloto ya ha hecho correr la voz. Será la noche antes de zarpar. La Brava ha hecho que limpien ese toldo que usa. No hay pérdida.

—De acuerdo, esa es una gran noticia. Pues ahora tenemos algo más urgente de lo que ocuparnos —suspiró—. Nos hace falta un sello de la Real Hacienda.

La gravedad de sus palabras no presagiaba nada bueno. Sin embargo, la incombustible Catalina lo ignoró. Estaba encantada; como el fraile, no echaba de menos su antigua vida.

—¿Y qué hacemos? —preguntó nerviosa.

—Por desgracia… —comenzó Camacho con tono funesto—, eso no lo tengo tan claro —concluyó de mala gana.

En un parpadeo, la sonrisa radiante se esfumó.

—Pero dijiste que lo tenías resuelto —le espetó una amoscada Catalina—. ¿A qué vienen esos mohines?

—Lo había hecho —se defendió—, contaba con el herrero, se apaña también con los trabajos finos. Arregló unos candelabros de plata para Mora. Yo mismo fui a recogerlos. —Se pasó la mano por el cogote, como si le doliese el pescuezo—. Sin embargo…

Ella lo miraba con los brazos en jarras. Ya no quedaba en su rostro pizca de alegría.

—Sin embargo —volvió a empezar—, he caído en la cuenta de que no podemos fiarnos de él —reconoció—. No lo había pensado hasta ahora, pero tuvo que ser él quien hizo las copias de las llaves del almacén… Ningún otro pudo hacerlo.

—Y lo dices ahora —repuso ella enfadada—. ¡Por la corona de espinas! Serás cabeza de chorlito.

Dio dos vueltas sobre sí misma y bufó, rabiosa.

—No hay orfebres en Campeche —continuó la joven—. Y, para llegar a Mérida, aun reventando a los caballos, se necesitan tres jornadas. ¡No queda tiempo! Ni siquiera para llegar a Maní, menos aún a Izamal. Y, aunque lo consiguiéramos, vete a saber si volveríamos de una pieza; en ese camino hay más ladrones que piedras…

Airada, braceó como un pésimo malabarista.

—Ya sabía yo que no podía fiarme de un mentecato como tú. ¿Cómo has podido? Dijiste que habías pensado en todo…

—Haya paz, haya paz —metió baza Gundemaro—, lo último que nos hace falta es pelearnos entre nosotros. Algo se nos ocurrirá… No hay problema que no tenga solución. Vamos a ver: ¿estás seguro de que necesitamos ese sello?

Camacho, que había dado un paso atrás para alejarse del ímpetu de la joven, contestó rotundo:

—Sí. Y seguimos teniendo las dos mismas opciones: o tomamos prestado el de Pedrarias sin que se entere, o conseguimos un orfebre que no se vaya de la lengua. Sea como sea, lo necesitamos.

Y, como no sabía qué otra cosa decir, continuó divagando, aunque solo fuese para no oír los resoplidos de Catalina.

—Con más tiempo —elucubró—, hubiéramos podido sobornar a alguno de los contadores de la Casa de Contratación, pero ya es tarde para eso. Necesitamos que todo parezca en orden. Echarán de menos el envío de Mora —aseguró—, aunque me cuesta creer que le den importancia. Supondrán que se ha retrasado y harán el papeleo. Darán trámite a las corachas, los compradores pagarán, y Bacheli cobrará.

—¿Cómo no pensaste en lo del herrero antes? —refunfuñó Catalina.

Iba a disculparse, pero se adelantó de nuevo el franciscano:

—Haya paz…

Fue entonces cuando Pedro, atento a la conversación, dejó a un lado el cordel que estaba trenzando. Abandonó las cuclillas, se puso en pie y gimió intentando llamar su atención, pero los demás estaban demasiado ocupados. Camacho, avergonzado; Catalina, enfadada, y Gundemaro, intentando averiguar qué decir.

Como no le hicieron caso, consiguió sorprenderlos con un agudo silbido.

Cuando todos se volvieron hacia él, los apremiaba para que se acercasen.

—¿Qué sucede?

Sacudió las manos y los guio al fondo de la covacha, donde, entre palos, había una montonera de rocas, los restos de haber limpiado el suelo de tierra pisada.

Se puso a removerlas, apartándolas, buscando algo.

No mucho después, sacó un bulto de pequeño tamaño envuelto en un trapajo. Sus gestos y la gravedad de su semblante tenían algo reverencial. Con extremo cuidado, retiró la tela sucia de tierra y, apenas quedó una rendija destapada, los tres captaron un inconfundible brillo dorado.

Cuando terminó de desenvolverla, entre sus manos había una diminuta serpiente. Una serpiente trabajada de oro. No más grande que un par de monedas y manufacturada con exquisitez.

Era un trabajo excepcional, de los que no había muchos; la mayoría habían sido cambiados por abalorios o robados con descaro por los recién llegados del otro lado del océano.

Vibraba con algo salvaje, como si pudiera alzarse y morder. Tan bien hechos aparecían los surcos de los músculos que resaltaban una piel imposible: delicada, sedosa, cubierta por una miríada de escamas resplandecientes. Hubiera resultado bella de no ser malograda por el grotesco remate de una enorme cabeza emplumada que se contorsionaba en un horrible gesto. Además, tenía engarzados dos ojillos de jade verde que la dotaban de una siniestra expresión.

Podía haber sido tallada, vaciada o fundida en molde, ellos no sabían de esos oficios, pero no había duda de que, quien tuviera las mañas para dar vida a un prodigio semejante, debía ser capaz, por fuerza, de hacer un sello con el escudo de su majestad, uno capaz de burlar a la Casa de Contratación.

En la mano del indio, la llamativa serpiente reflejaba la luz de la covacha y pintaba en las paredes brillos que llevaban generaciones despertando codicias.

—¿De dónde has sacado esto?

Pedro se punteó el pecho con el índice y volvió a gemir.

—¿Es tuyo? —insistió Camacho.

El maya echó las manos hacia atrás y se hizo entender, a su manera particular, a la que todos se iban acostumbrado y a la que el hijo de la Camacha parecía sacar mayor provecho.

Asintió comprendiendo.

Era una larga historia. Una historia de su pasado.

Tuvo la sensación de que, incluso conservando la lengua, Pedro no hubiera dado explicaciones. Se captaba una resentida tristeza en sus ojos almendrados.

—Tenía entendido que no había mucho oro por aquí —murmuró Gundemaro con aires dubitativos—. Plata en Zacatecas, pero no oro. Sí donde los muiscas. O en el Perú de los Pizarro. Por lo que sé, en estos andurriales, los que llevan la fama son las gentes de las montañas de más allá de Tabasco, de donde se trae la grana cochinilla.

Camacho se encogió de hombros, desdeñoso.

—Es cierto —admitió—, pero donde hay poder, hay oro, sea donde sea.

El franciscano lo miró sin comprender.

—Cuando se toparon con Ecab, los nuestros la bautizaron como Gran Cairo —adujo, como si fuera obvio—. Aunque ninguno de ellos en toda su vida había pisado la tierra de Moisés, a todos les sonaba el poderío de Alejandría. Pero ¿cuánto poder hace falta para levantar algo así? Aquí había ciudades cuando en Castilla se andaba a la gresca con los godos. Antes de que

Colón desembarcase, esta gente tenía sus reyes, sus caciques, sus gobiernos y sus intrigas. Con sus dotes, sus diplomacias, sus sobornos y sus sacrificios. Con su poder. Y con su oro.

El indio mostraba la joya con una sonrisa radiante. Se señalaba el pecho, y Catalina, más práctica que los hombres, preguntó de inmediato:

—¿La hiciste tú? ¿Puedes tallar tú un sello?

Pedro negó rotundamente, con cara compungida, aunque no perdió la sonrisa. La mudez le había enseñado a ser paciente, así que alzó la barbilla, indicando que estaba dispuesto, y esperó alguna pregunta más acertada.

—Está bien, tú no puedes hacerlo —continuó Catalina—, pero nos la enseñas porque sabes quién puede hacerla, ¿es eso?

El mentón barbilampiño se sacudió con frenesí.

—Muy bien, vale, conoces a un artesano que sabe hacer estas serpientes…

El indio la interrumpió. Los dedos de la mano libre se abrieron y cerraron con rapidez.

—¿Muchas?

Pensó por un instante, observando los gestos.

—Ah, que puede hacer muchas cosas distintas, no solo bichas como esta.

Los dos hombres prestaban atención mientras Catalina hacía lo posible por entender.

Se siguieron más preguntas, más gestos, unos cuantos gemidos. Al cabo, la joven se volvió hacia los otros dos.

—Creo que está convencido de que conoce a un orfebre que sabe trabajar el oro y la plata, a uno de los suyos —afirmó. Luego se giró de nuevo hacia Pedro—. ¿Y dónde está?

El indio asintió y, renqueando, se acercó a la entrada de la covacha. Allí, recortado contra la luz cenicienta del día, señaló hacia la jungla. Después dio media vuelta y levantó un único dedo.

—En la selva, a un día de distancia —tradujo Camacho con seguridad.

Miró más allá de donde había señalado el dedo. Un telón de verdes quedaba tejido por hojas, ramas y árboles. Se veía espeso y amenazador. Más aún cuando se oyó el aullido ominoso de un mono.

Se acordó de la cuatro narices, de los rebeldes que habían atacado el cargamento de palo.

—Al menos no tenemos que meternos en Campeche, donde Roa nos andará buscando —repuso Catalina con colgajos de ironía.

—No sé qué es peor, si la selva o ese desalmado —remató el fraile.

Camacho no los escuchó. Sí le pareció oír el siseo de las flechas. También el sordo golpe de aquel mandoble de la macana en la cabeza del jerezano.

Palpó el disco que guardaba en su bolsa.

—¿Nos dará tiempo de volver?

El indio caviló la respuesta. Los otros dos cayeron en la cuenta de que al día siguiente tenían una cita inevitable. Al momento, Pedro agitó las manos como dos marionetas corriendo a toda velocidad.

—Si nos apresuramos, nos dará tiempo —tradujo Camacho, dubitativo.

El franciscano, consciente de que era el objeto de los titubeos del hijo de la Camacha, sacó pecho e intentó disimular la panza. Resultó tan ridículo que los demás rieron con soltura.

Los miró con despecho, pero, en cuanto necesitó respirar, la atildada postura se desbarató, y su barrigón rebotó. Se le subieron los colores a las mejillas. Y rio también, sin atisbo de orgullo.

—Está bien —concedió con humildad—, está bien. No soy un atleta de los que iban a Olimpia cada cuatro años, pero no me quedaré atrás. No tendréis queja.

—Pues pongámonos en marcha. Cuanto antes salgamos, antes volveremos —ordenó Camacho.

Todos sufrieron en la selva. El único que la aceptaba sin contratiempos era Pedro.

El indio se sumergía en aquel laberinto verde como una gota de lluvia en el océano. Ni siquiera su cojera parecía estorbarlo.

Para los demás, fue otro cantar. Las arañas resultaban gigantescas, los bichos, infinitos, y las sombras en las que se podía esconder el jaguar, incontables. Para colmo, a no mucho de empezar, Gundemaro dio un traspiés con una raíz y, para no romperse el hocico, echó mano de unas ramas que resultaron ser de chechén.

Cayó de rodillas y se llevó un buen susto, pero lo peor fue que tenía la palma cubierta por una savia pegajosa de fuerte olor. Las hojas retorcidas del chechén se habían desprendido de sus tallos, quedándose pegadas a la piel del fraile, y, casi de inmediato, la mano empezó a arderle como si la hubiera metido en un barreño de cal.

Era una estampa particular ver al franciscano dándose mañas de saltimbanqui, a brincos por la selva, haciéndole la competencia a los micos.

Camacho buscó agua. Catalina le pidió que se calmase, y Pedro desapareció en la espesura para volver al rato con un puñado de raspaduras de la corteza de un palo mulato que, de inmediato, frotó en la comezón.

Aunque le quedó un cosquilleo molesto, el alivio fue inmediato, y, vencido por la costumbre, trazó sobre el indio la señal de la cruz al tiempo que salmodiaba bendiciones.

Siguieron camino con la lección aprendida, guardándose de echar mano a lo que cuadrase.

Camacho no dejaba de ver cortezas espinosas, púas afiladas e incluso alacranes colgando de ramas bajas. Lo suyo eran los libros de cuentas y los muelles; lo de Catalina, los pasillos de la casa de la Brava, y lo del franciscano, la teología. A todos se les pasó por la cabeza que, si se perdían, si le sucedía algo a Pedro, acabarían muertos en aquella maraña verde.

Pese al incidente, pese a los miedos de sus compañeros, Pedro no aflojó el ritmo. Habían salido de la covacha bien empezado el día y no tenían tiempo que perder.

Además, para evitar encuentros desagradables, se habían visto en la obligación de dar un amplio rodeo para evitar la hacienda Blanca Flor. La rotunda construcción, al este de Campeche, en plena etapa del camino real a Mérida, además de hospedería para los viajeros era también donde se acuartelaba la soldada de la flota, y el grupo no deseaba dar excusas a nadie para meterse en problemas.

Pero, si hasta entonces la selva les había parecido intimidante, lo que vino después fue peor.

Con la hacienda a la espalda, todo fueron sendas que solo Pedro reconocía. Trochas cruzadas por lianas y madejas de ramillas. Se sintieron irremediablemente perdidos.

Pedro les insistía con gestos cargados de apremio.

Y no mucho después, bajo aquel palio de encajes verdes, encontraron algo que daba la razón a Camacho.

Camuflada por la exuberante vegetación, de verdes casi insondables, se escondía la mano del hombre en un largo y estrecho canal. Las lluvias recientes se escurrían por él. Se internaban en la selva hacia lo que, poco después, descubrieron era una enorme laguna que, como probaba la represa cubierta de musgo, era también huella de una civilización enterrada bajo el frenesí de la selva.

El agua, calma, estaba cubierta por camalotes de grandes flores blancas; flotaban plácidamente, hasta que el coletazo de algún bagre de buen tamaño los mecía como una barquichuela en marejada.

Gundemaro y Camacho cruzaron una mirada significativa con la que retomaban las palabras de aquella misma mañana, sin idea de que los pasos renqueantes del indio los acercaban a un prodigio aún mayor.

No mucho después, incluso pese al ímpetu de los siricotes, balchés, guayacanes, jacarandás, mandriagos y cientos más de los que Camacho no sabía el nombre, distinguieron unas ruinas que hacían palidecer las murallas de Campeche.

La jungla no les dejaba ver la inmensidad de las construcciones, solo intuir hiladas e hiladas de piedras calizas. Como las catedrales al otro lado de la mar océana, ascendían hasta perderse más allá de las copas de los árboles, por todos lados. Y, si se ponía atención, aún se percibían los vivos colores de los que presumieron en tiempos. Escamas de rojo brillante y azul profundo se percibían en los recovecos de la piedra, dando fe de una decadencia melancólica prolongada por generaciones.

Incluso perdidos en aquel laberinto verde, prisioneros sin horizonte, apreciaron lo majestuoso de aquellos templos, cuajados de infinitas escaleras y enrevesadas tallas. Desde las paredes, míticos animales los observaban, dispuestos a saltar de la piedra para engullirlos.

Catalina miraba a todos lados con la boca abierta de par en par. Quedó irremediablemente prendida de un santuario escalonado en el que hubiera podido contenerse todo el muelle de Campeche. La joven se imaginó que ni siquiera Sevilla, con todas sus maravillas, podía resultar tan espectacular como aquellas ruinas que, en su apogeo, debieron ser aún más grandiosas.

Tras el renqueante Pedro pasaron también a lo largo de dos rampas de piedra pulida. Entre ellas, un corredor, donde los arbustos se habían apropiado del suelo. En la cima de ambas había estancias, y también algo similar a graderíos de un teatro. A medio camino, rodeado de bejucos enredados, se advertía, además, en lo alto de la pared, un aro de piedra bajo el que, entre gemidos, el indio golpeó el aire con la cadera.

Después del estrambótico gesto, se encogió de hombros y miró a sus compañeros, como preguntando ansioso, pero ninguno de los cristianos lo entendió. Ni siquiera cuando dibujó con las manos una esfera y volvió a repetir el golpe con las caderas.

No sabía dónde o cuándo, pero, al verlo, Camacho recordó haber escuchado rumores sobre una brutal competición.

—Era uno de sus juegos —explicó dubitativo—. Usaban pesadas pelotas de hule…

—¿Y tenían que acertar con la pelota en ese aro? —preguntó Catalina con asombro.

Estiraba el brazo y comprobaba que, ni aun poniéndose de puntillas, era capaz de alcanzarlo.

—No sé cómo se jugaba —reconoció Camacho—; si hay ocasión, ya le preguntaremos —dijo señalando a Pedro, que ya los dejaba atrás.

Se apresuraron tras el indio. Y el hijo del inglés se calló otros detalles que vinieron a su memoria. Las pelotas eran tan pesadas que un mal golpe en la cabeza o el vientre podía desbaratar a un hombre, y los que salían con vida eran muchas veces sacrificados en sangrientos rituales ignotos.

Estaban cansados, empapados en sudor y temían la noche, que ya amenazaba con cerrarse cuando salieron del complejo en ruinas. Pero siguieron hacia levante por otra de esas trochas que solo Pedro parecía capaz de diferenciar entre la maleza.

Un escalofrío recorrió el espinazo a Camacho cuando la inconfundible silueta de una serpiente reptó con prisa hacia la espesura, alejándose de sus pasos. Distraído, no advirtió que entre los árboles había algo más que animales salvajes.

Afortunadamente, Pedro sí lo hizo. Detuvo sus renqueantes pasos a tiempo.

En el suelo, frente a sus pies, cimbreante, se clavó una lanza. Y de la espesura salió un grito en una lengua que solo él entendió.

En un abrir y cerrar de ojos, estaban rodeados por un grupo de nativos malcarados.

Y a ninguno le cupo duda de que en la espesura debían esconderse más.

Al abrigo de la selva, habría otros que ni siquiera intuían.

Veían solo a media docena. Enarbolaban arcos, lanzas y mazas. Algunos se protegían con escudos; uno, decorado con el inconfundible moteado del jaguar; otros vestían chalecos de algodón endurecido con sal.

Atada la larga cola al pescuezo, como si fuera el asa del zurrón, uno de ellos cargaba con un mico cruzado al hombro. Y otro, a la cintura, llevaba atado por las patas lo que parecía un armadillo. Podían ser cazadores. Pero había uno, uno al que le faltaban dedos en la mano derecha, que portaba un saco de arpillera.

Camacho temió que no saldrían con vida.

Entre los labios apretados, a Gundemaro se le escapaba un paternóster. Catalina miraba a todos lados buscando lo que no sabía.

El único que mantuvo la calma fue el indio Pedro. Ignoró los guturales insultos. Hizo como que no veía las negras obsidianas afiladas. No mostró temor. Y se acercó, sereno, sumiso, al que parecía el cabecilla.

Uno de ellos, corpulento, de nariz aguileña y rostro tatuado, los observaba con especial fiereza, y a Camacho le dio la impresión de que tan solo un mal gesto lo separaba de un encuentro con el mismo san Pedro en las cancelas del cielo. Debía ser de buena cuna entre los suyos, porque siendo un bebé le habían deformado el cráneo entre tablas.

Tuvo la certeza de que no estaban muertos porque el mudo los guiaba. La lanza no había sido un caso de mala puntería. Más bien una estudiada advertencia.

Y la manera exaltada en la que habló el cabecilla vino a confirmar sus sospechas. Les habían dado un voto de confianza, pero la mecha era extremadamente corta. De malos modos, agitando el arco y el puñado de

flechas que llevaba en la mano, el líder de la patrulla preguntó algo a Pedro directamente. Y solo entonces se atrevió el mudo a alzar el rostro.

Sorprendiendo a propios y extraños, estiró los brazos, manteniendo fija la mirada de quien parecía a punto de rebanarle el pescuezo. Como una ofrenda, en las palmas abiertas mostraba la pequeña serpiente con ojillos de jade.

En cuanto el que mandaba la partida la vio, su expresión se demudó. Alzó la mano para acallar a sus nerviosos compañeros y les gritó, con la misma mala baba con la que instantes antes se había dirigido al propio Pedro.

Empezó entonces una retahíla de preguntas suspicaces que tenían exasperantes respuestas en las que una sacudida de la barbilla o un gesto de las manos tenían que contar demasiadas cosas.

Todos hubieron de armarse de paciencia.

Poco a poco, los ánimos se fueron atenuando y, cuando la noche ya le robaba el verde a la selva, para asombro de los cristianos, el cabecilla hincó la rodilla en el suelo. Sus hombres siguieron el ejemplo de inmediato.

No lo hicieron de buena gana, se advertía que hubieran preferido desatar la violencia que habían refrenado, pero se obligaron, preocupados por mostrar respeto ante el mudo. Este, con una apacible sonrisa, indicó a sus compañeros que podían continuar.

—¿Qué sucede? —preguntó el fraile—. ¿Quién es este que apacigua a las bestias como un mesías?

Camacho no contestó, demasiado ocupado prestando atención a las manos del de la nariz aguileña. Parecía el menos convencido de haber depuesto las armas, y los miraba con el rostro hinchado de desprecio.

Temerosos de que una lanza les encontrase la espalda, pasaron entre los nativos, que se hacían a un lado. Pedro, con aires de santón, iba el primero.

En cuanto rebasaron al cabecilla, los nativos los siguieron en procesión.

Bordearon otro de aquellos viejos canales hasta que una auténtica pared de enredaderas les cortó el paso. Quedaron arrinconados, a merced de los cuchillos de obsidiana que venían tras ellos.

Pedro, sin dar muestras de intranquilidad, seguro de sí, apartó algunas lianas, como para colarse bajo un cortinón, y, en cuanto estuvieron al otro lado, la agreste selva apareció domada en una amplia milpa.

El terreno había sido desbrozado con mimo, respetando los altos árboles, y entre aquellas enormes columnas se extendían hileras de maíz que crecían con vigor. También se adivinaban matas de camote y calabaza, todo cuidado como el jardín de un alcázar.

Más allá, se veía un alto cercado hecho con ramas secas de espinosa chonta.

Un poblado.

En cuanto traspasaron el cercado, el cabecilla se adelantó y anunció a los visitantes. Poco a poco, venciendo timidez y desconfianza, las gentes del lugar salieron de sus humildes chozas. Todos acudieron a la llamada, y todos se comportaban con recelo.

—¿Quiénes son? —preguntó Gundemaro en voz baja.

No contestó Camacho. No las tenía todas consigo.

Miró en derredor. Había unos pocos hombres, menos mujeres, un buen puñado de ancianos y tres o cuatro chiquillos a los que sus madres retenían con gesto adusto. Entre ellos se percibían diferencias en el modo en el que se arreglaban los cabellos o vestían, como si no todos perteneciesen a la misma tribu o hubiesen heredado distintas costumbres. Había incluso dos negros, que no podían ser otra cosa que cimarrones. También un anciano de rizos canos que tosía y un hombre de mirada triste con el rostro marcado. Le cruzaban la mejilla dos cicatrices, una en forma de letra ese y otra que recordaba a un clavo; sin duda, un esclavo fugado.

En total, poco más de treinta personas que parecían apañárselas con lo que cultivaban, pescaban o cazaban. Vestían con andrajos de algodón, simples taparrabos o ropas castellanas reutilizadas. Aunque no se veían signos de hambre, sí quedaban claras las penurias de vivir escondidos en la selva.

—Rebeldes, imagino —respondió al fin—. Escapados de las encomiendas o de pueblos conquistados. Cada uno de su padre y de su madre —puntualizó —; parece que han preferido embarcarse juntos antes que pelear entre ellos.

Los tres cristianos mantuvieron una actitud sumisa mientras docenas de ojos los escrutaban con interés y el líder de la patrulla se explayaba en su discurso, en el que hacía pausas frecuentes para señalar a Pedro.

—¿Y por qué respetan a Pedro?

El hijo de la Camacha suspiró.

—Yo solo sé lo que me contaron los indios que trabajan para Mora —repuso, cansado—, y es una larga historia. Quedaos con que, de no ser por él, hace rato que nos hubieran aventado el triperío —aseguró, señalando con un ligero ademán a aquel guerrero de nariz aguileña que seguía mirándolos con ojos cargados de desconfianza.

Como una estatua, apartado de los demás, observaba a los cristianos con inquina, en especial a Camacho. Era corpulento. Ceñudo. Llevaba partes de la cabeza afeitadas y el resto, en mechones arreglados con curiosos recogidos. Una pieza de jade en forma de cuarto creciente le atravesaba la base de la nariz, dándole un feroz aspecto felino.

Poco a poco, se fueron prendiendo hachones para combatir la oscuridad, y las gentes del lugar incitaron a los visitantes a seguirlos hasta la choza central, la más grande. En el interior, un hombre rubicundo los sorprendió.

No vestía los mismos andrajos que los demás. Se cubría con un mantón de intrincados patrones y estaba tocado con un penacho de plumas de quetzal. Tenía al cuello un pesado collar con cuentas de jade en el que también se veían engastados cascabeles brillantes que únicamente podían ser de oro.

Se sentaba en un modesto trono hecho con cañas, y a su lado, con un vaporoso vestido de algodón de ceiba, había una joven lozana de profundos ojos oscuros. La fina tela dejaba intuir lujurias por explorar en las que Camacho no pudo evitar perderse.

Catalina, al darse cuenta, frunció el ceño, pero de inmediato tuvo que mudar su expresión para acomodar la sorpresa.

—Es un honor recibir a los amigos de Canek —dijo en un castellano comprensible, aunque cargado de acento—. Mi nombre es Mactzil… Los castellanos me llamaron Marina cuando me dieron el agua. Y además de la lengua nuestra del Yucatán, hablo la de las gentes de Tabasco y la de Guazacualco. Sed bienvenidos —concluyó, con una expresión que pretendía ser amigable, pero que invitaba a dar dos pasos atrás.

En aquella choza, que debía hacer las veces de casa comunal, templo y taller, se veían jícaras viejas apiladas, unos cuantos panales de miel, herramientas y otros útiles, que, sin duda, habían sido robados de Campeche o Maní; al menos tres comales en buen estado, un rollo de tela, unas tijeras de forja y las pesas de una báscula que no se encontraba por parte alguna. También un telar de cintura. Incluso había pieles secas de venado pulcramente dobladas y lo que parecían parrillas de ramas verdes en las que preparar tasajo.

Pedro se acercó al trono y volvió a ofrecer la figurilla de oro. Los otros tres se quedaron tras él, codo con codo. Los lugareños se arremolinaron en derredor, unos de pie, otros acuclillados, y los niños, respetuosos, se quedaron junto a sus madres pese a que, inquietos, movían sin parar los pies, con ganas de largarse y disfrutar de sus inocencias.

A un lado, como había hecho Pedro en la covacha para preparar sus remedios, unas mujeres usaban el rodillo sobre la piedra de un molino. Amasaban unas grandes habas pardas que recogían de unos cuencos de calabaza, hasta obtener una pasta oscura de tintes granas que rezumaba brillos aceitosos. Pese a que tenían a su lado taburetes de tres patas, trabajaban de rodillas.

Un poco más allá, alguien echó leña a la hoguera central, y otros dos prendieron un sencillo pebetero junto al trono.

Y todos escucharon con interés.

Ella, como buena anfitriona, siguió con diligentes explicaciones. Refirió que era nieta de un cacique que había regido tierras y hombres en los alrededores de Punta de Cotoche y que, con la llegada de los castellanos, había terminado obligada en una de las encomiendas que correspondiera a los Montejo.

Allí, tras años de miseria, ella y su padre, el hombre en el trono, habían huido para hacerse a una vida en las selvas, donde otros como ellos, desamparados, se les habían unido, pues siempre acogían a los hijos perdidos de las tribus. Y puntualizó que deseaban vivir en paz, pues habían escarmentado. La revuelta de medio siglo antes solo había servido para derramar sangre.

En tanto ella hablaba, Gundemaro no pudo contener la pregunta.

—¿Quién es Canek? ¿Pedro? —susurró, moviendo apenas los labios.

Camacho no contestó, esperó a que la tal Marina acabase su discurso y se inclinó en una reverencia que hubiera pintado más en el despacho del gobernador en Mérida, pero que fue cuanto se le ocurrió. Luego cruzó una mirada con Pedro y, cuando este asintió, se decidió a hablar.

—Gracias, gracias por recibirnos con tanta hospitalidad.

Pedro se acercó al trono. Como una ofrenda, depositó la joya a los pies del cacique, gesto ante el que el hombre se limitó a asentir con severidad.

—Nos ha traído hasta aquí nuestro amigo común, Canek —continuó Camacho, pronunciando malamente el nombre—, y nosotros no deseamos perturbar vuestra paz.

Marina traducía para su padre. Y las palabras del cristiano parecieron molestarlo. Sus labios se contrajeron con disgusto, quedaron a la vista las incrustaciones de jade que decoraban sus incisivos.

Habló por primera vez. Con voz afectada. Y su hija tradujo.

—Los blancos hicieron que estas tierras fueran extranjeras para el indio; hicieron que el indio comprara con su sangre el viento que respira. —El tono

era amargo—. Por esto va el indio por los caminos que no tienen fin, seguro de que la única meta posible está donde está la muerte. El blanco no sabe que una jícara no lleva más agua que el agua que señalan sus bordes. La demás se derrama y se desperdicia. —Incluso en la traducción se apreciaba una mistura de odio y melancolía—. El blanco parece que marcha; el indio parece que duerme. El blanco husmea; el indio respira. El blanco avanza; el indio se aleja. El blanco quiere poder; el indio, descanso.

Hubo una pausa rebosante de gravedad. Algunos pies se movieron inquietos, la leña en el fuego chisporroteó.

—Seguís vivos por respeto a Canek —aseguró con disgusto—, cuya sombra, como la de su padre y la de su abuelo, es larga. Y tendréis nuestra ayuda porque aceptamos vuestro pago —continuó, haciendo referencia al oro abandonado a sus pies—. Sin embargo —advirtió—, en cuanto hayáis terminado, debéis marcharos, y de nada os servirá traicionarnos, porque nosotros partiremos también, buscaremos un nuevo lugar donde instalarnos como si la tierra se hubiera agotado. Eso hemos hecho otras veces y eso seguiremos haciendo. Nos esconderemos en la selva y no volveremos a vernos jamás.

Pese a las rotundas palabras, Marina hizo una señal para que las viejucas abandonaran sus rodillos.

Las mujeres, con evidente práctica, usaron agua calentada, pimienta, harina de maíz y miel para adobar la pasta que habían amasado sin descanso y la batieron con brío. Brillaba como óleos y dio lugar a una mezcla espesa y oscura, del color de la tierra fértil.

Inclinando la cabeza, con forzada cortesía, la fueron ofreciendo a sus huéspedes.

A imitación de Pedro, los demás se sentaron en el suelo y aceptaron aquellas tazas desportilladas. De ellas ascendía en volutas un aroma cautivador y profundo.

No sin dudas, acercaron los labios, mirando sobre el borde de barro con el ceño fruncido.

La bebida era amarga, intensa. Y enseguida pareció despabilarles el cansancio del día de marcha.

El que más lo agradeció fue Gundemaro. Probó con desconfianza el primer trago, entrecerró los ojos mientras paladeaba y, casi de inmediato, los abrió embargado por el éxtasis.

—Esto es ambrosía pura, tentador como un pecado, auténtico manjar de dioses, bendito sea el Señor, es… es… ¿Qué es?

La única que lo había probado antes era Catalina. Algún cliente de la casa de la Brava se había dejado acostumbrar a aquel lujo y lo exigía de tanto en tanto. Camacho, aunque había oído hablar de él, solo sabía que era un mercado que florecía en Sevilla. Según las noticias que le habían llegado, en la corte se extendía la costumbre de beber aquel preparado; y, como alguien dedicado al mercadeo, estaba al tanto de que los precios de aquellas habas habían subido sin cesar en los últimos años.

—Es chocolate —contestó al fin el hijo de la Camacha.

Sujetaba la taza entre las manos para disfrutar del calor que desprendía.

—La Brava compra la pasta a una viejuca que la vende los feriados en la Puerta de Tierra. Al gobernador le gusta mucho, siempre lo pide cuando viene. Ella lo prepara con azúcar de caña. Le sale mejor; este sabe muy amargo —comentó Catalina, torciendo los labios.

—Paparruchas, esto es una delicia —afirmó el franciscano mientras aceptaba con glotonería que le sirvieran de nuevo—. ¿Cómo Tomasa no me dijo nunca que podía tomar algo así? —preguntó en un lamento.

Marina y su padre también bebían. Y algunos de los cazadores, y otros en la comunidad que parecían hombres destacados. Y todos lo hacían con solemnidad. Resultaba evidente que las buenas maneras obligaban a compartir con los visitantes el preciado chocolate, pero que no les hacía especial gracia.

La calma aparente hacía equilibrios en una cuerda floja, ni siquiera las virtudes de la particular infusión paliaban la sensación.

Finalmente, cuando las normas básicas de la hospitalidad quedaron cumplidas, Marina volvió a hablar:

—¿Por qué habéis venido hasta aquí? ¿Qué buscáis?

Pedro intercambió una significativa mirada de aliento con Camacho.

Respiró hondo el hijo del inglés y supuso que podía ir al grano, así que sacó de la bolsa lo único que se había llevado de su casa después del ataque de los gaditanos y mostró el sello de plomo que, años antes, había colgado de una de las disposiciones que el gobernador Céspedes había remitido a los mercaderes de Yucatán, al poco de hacerse con el cargo en la provincia; no porque fueran órdenes de gran relevancia, sino más bien para dejar clara su posición como brazo ejecutor del monarca en aquella provincia de las Indias.

El disco, con algo más de dos pulgadas, tenía el aspecto de una burda moneda de grandes dimensiones. Los bordes, mal rematados, estaban engrosados por la presión del cuño sobre el plomo fundido.

Por una cara representaba a su majestad bajo una arcada, sentado regiamente con cetro y orbe rematado en cruz, todo enmarcado por dos columnas y decorado con profusión de diminutos detalles que incluían hasta el último pliegue de la larga capa del monarca o grandes rosas a cada lado. En la otra, aparecían, con todos sus cuarteles, las cinco esquinas de Portugal y, rodeado por el toisón de oro, el escudo del segundo de los Felipes de Castilla, hijo del emperador Carlos de Habsburgo.

Se lo mostró a todos los que, con ojos curiosos, estiraron el pescuezo para cotillear. Y luego, con pasos tímidos, temiendo ofender diplomacias que no entendía, se acercó al trono.

—Sabemos que en tiempos hubo aquí quien domeñaba el oro y la plata…

Estaba preparado para soltar un discurso grandilocuente con el que pretendía colmar de virtudes las habilidades de los mayas como orfebres. No tuvo tiempo.

—Estáis buscando al viejo Uxmal —dijo Marina con gesto cómplice—. El mismo que regaló esa pieza —añadió señalando la serpiente— a Canek cuando él nos ayudó.

A pierna cambiada, sin saber qué responder, Camacho miró al mudo, que asintió sonriente.

—Sí, a él es a quien buscamos —admitió, inclinando la cabeza.

Nervioso, se permitió albergar esperanzas. La amplia sonrisa de Pedro las refrendaba.

Y Catalina también debió pensarlo, porque, después de aquel frío recibimiento, se las había apañado para hacer que dos chicuelos, aún pegados a las faldas de sus madres, se rieran de las carantoñas que les hacía.

—Llegáis tarde. Murió hace una luna.

—¿Está muerto? —preguntó Camacho estúpidamente.

Marina asintió.

—Eso he dicho. Era viejo desde hace mucho. Mucho —insistió, revolviendo una mano sobre el hombro—. Recordaba a los primeros de los tuyos que llegaron a estas tierras —había disgusto en su voz al hablar de los castellanos—, luchó en las revueltas… Ah Puch «el Apestoso» llevaba tiempo rondándolo. Sus días se cumplieron —zanjó.

Sus planes se habían ido al traste.

Pero no tuvieron tiempo para lamentarlo.

Aquel guerrero de mirada torva y rostro aguileño aprovechó el silencio para acercarse. Con solemnidad, la barbilla alta y orgullo en la mirada. Y habló con evidente respeto hacia su líder.

A medida que se explayaba, los rostros de los presentes se contraían en muecas de disgusto. Miraban a sus invitados con mayor recelo. Y en la expresión de Pedro comenzó a medrar la preocupación.

Cuando el hombre calló, el cacique observó por un momento al grupo de cristianos. Hizo una pregunta. Él respondió con seguridad, señalando a Camacho.

Solo Pedro entendió lo que se había dicho y agitó la cabeza con tristeza.

A Camacho le hubiera gustado preguntar qué sucedía. No se atrevió.

Manos ansiosas taparon bocas nerviosas. Alguien gritó algo que ninguno de los cristianos entendió. La choza pareció encogerse.

Al fin, Marina los sacó de dudas.

—Este es Ek Balam —lo presentó, señalando al de nariz aguileña y cráneo deformado—. Está pidiendo permiso a mi padre. Dice que, si el viejo Uxmal ya no está, entonces ya no sois nuestros huéspedes. Pide permiso para mataros. —Marina caviló sobre lo que acababa de decir y miró fijamente a Camacho—. Para matarte a ti.

Camacho no pudo evitar un paso atrás.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Dice que no estaba seguro, todos los castellanos le parecéis iguales. Pero ya no le caben dudas —respondió Marina—. Tú mataste a su hermano.

—Yo no me he cruzado en la vida con su hermano…

Calló sin saber qué otra cosa podía decir, rebuscando en su memoria algo que explicase aquella confusión. Solo sirvió para dejar en el aire un rumor de sospechas que lo hicieron parecer más culpable.

—Mataste a su hermano Ek Bej —insistió la hija del cacique—. Le abriste la cabeza con un disparo de vuestras armas de pólvora y fuego.

Camacho vio la luz de inmediato.

Recordó historias de cómo los mayas empalaban las cabezas de los caballos de los conquistadores, pues pensaban que jinete y montura eran una misma cosa. Buena parte de lo llegado del otro lado de la mar océana se escapaba a la comprensión de los indios.

Supo de inmediato que no le serviría de nada negar la acusación.

Aunque pudiera llevar a rastras al mismo Roa hasta esa choza, con su pistola al cinto y sus doce apóstoles colgando de la pechera, aquel Ek Balam no se creería una sola palabra.

Le dio miedo la expresión furibunda del guerrero, que solo esperaba la orden de su jefe. Y le dio aún más miedo comprobar que Pedro había perdido su eterna sonrisa.

Advirtió el orgullo herido en los ojos de aquellos desesperados, refugiados en el corazón de la selva para olisquear esplendores pasados.

Recordó la cabeza de aquel bizco abriéndose como una calabaza madura bajo un pisotón.

El pellejo del jerezano cayendo del mandoble.

El olor acre de la pólvora.

—Sí, yo lo maté —replicó entonces, alzando el mentón.

En cuanto Marina tradujo, todos los ojos se clavaron en él.

El arrojo de evitar excusas impresionó al cacique. Asintió, satisfecho, y preguntó algo.

—Mi padre es quien imparte justicia aquí —tradujo la mujer con solemnidad—, él toma las decisiones. Él decide quien vive o muere. Ha escuchado a Ek Balam y, por respeto a Canek —añadió señalando a Pedro—, ahora quiere escucharte a ti. ¿Qué sucedió?

Camacho no podía saber si el cacique sería imparcial. Tampoco tenía idea de lo que el guerrero había contado, y no se le escapaba el hecho de que la traducción restaría fuerza a sus argumentos. Pero no le cupo duda de que su pescuezo dependía de sus palabras. Por si se permitía albergar esperanzas, los hombres de la partida se agruparon alrededor del tal Ek Balam, dispuestos a apoyar a su compañero. Tomó aire.

—Yo iba hacia los cortaderos de palo de tinte…

Procuró ser conciso, sin detalles sobre la *Balvanera* a punto de zarpar, Melchor de Mora o el último cargamento con prisas. No advirtió que, mientras se explicaba, el negro con el rostro marcado inclinaba la cabeza, atento a sus palabras. Lo miraba fijamente, como si de cuanto decía el hijo del inglés dependiera su vida; solo dejó de prestar atención cuando el otro negro empezó a toser.

—Nos atacaron —dijo simplemente—. Ellos nos atacaron, y nosotros nos defendimos. Uno de los nuestros murió y otro quedó herido. Yo solo evité que me matasen.

Los cascabeles sobre el pecho del cacique repicaron cuando cambió de posición en su trono.

Entre sus súbditos quedó sembrada la cizaña. Unos abucheaban pidiendo la cabeza del cristiano. Otros querían dar muerte a todos los del grupo, y unos pocos, influidos por la figura de Pedro, parecían dispuestos a dejarlo correr.

El cacique advirtió los ánimos revueltos de su pueblo. Dejó que el barullo creciese y, al cabo, solemne, habló.

Hasta que Marina tradujo, lo único que a Camacho le quedó claro fue que el cacique había señalado la serpiente con ojillos de jade.

—Canek es uno de los nuestros —dijo Marina—. Puede quedarse si quiere, o puede marchar. Es libre.

Hubo algún murmullo de aprobación.

—Vosotros dos —señaló primero al franciscano y después a Catalina— tendréis que comprar vuestra libertad.

La hija del cacique señaló la joya a los pies del trono. Uno de los hombres de la partida de caza, el que llevaba el saco de arpillera, se acercó sin esperar respuesta y se apropió del oro.

—En cuanto a ti, mientes —concluyó con rotundidad.

Y los presentes que entendían castellano llenaron el lugar de murmullos excitados.

—Nosotros no robamos, vivimos en paz. —Por toda la choza corrieron murmullos de asentimiento—. Y no hacemos tratos con los blancos, castellanos o no. Ek Balam tiene derecho a honrar a su hermano perdido —aseguró Marina, señalando al guerrero—. Combatiréis mañana cuando se alce el sol y, de los dos, quedará uno.

Aquella mañana, Rielo llegó pronto a su negocio de baratillo.

Porque Rielo no tenía mucho, pero estaba orgulloso de lo poco que tenía y procuraba regirse por una moralidad que, por desgracia, echaba en falta a su alrededor. Como solía decir a sus hijos, dos chicuelos de grandes ojos que peinaban la misma mata pelirroja de su madre:

—Lo único que de verdad os pertenece es vuestra honra.

De hecho, al pobre Rielo se lo llevaban los demonios cada vez que le llegaban rumores de alguno de los múltiples trapicheos arremolinados en el puerto. Porque Rielo era uno de esos benditos ilusos que creía firmemente en aquella máxima de que bastaba rogar mientras se le daba al mazo para que la fortuna le sonriese a uno, aunque no fuera más que por gracia de la Divina Providencia.

Y había llegado temprano a su negocio en las porticadas del barrio de San Román porque el día anterior le había comprado a una viuda el cofre del difunto.

A la mujer nunca le había hecho gracia aquello de emigrar a las Indias y, ahora que unas calenturas habían abreviado los trámites a su esposo, estaba deseosa de reunir dineros para pagarse un pasaje en la *Balvanera* con la intención de regresar a su Águilas natal. Prefería temer a los berberiscos que asediaban las costas de levante que a los indios rebeldes, la jungla o cualquiera de los muchos males que ella veía por todas partes en Nueva España, donde, para colmo, abundaban los paganos como hongos tras lluvia otoñal.

Pese a las prisas de la mujer, fiel a los dictados de su conciencia cristiana, Rielo no se había aprovechado. Había pagado un precio justo y esperaba obtener beneficios.

Y había llegado temprano esa mañana para tener tiempo de revisar su compra y ordenar los artículos antes de que se presentaran los primeros clientes.

Dedicándose a los restos, comprando y vendiendo desde unas cizallas a una polea, pasando por una navaja de afeitar y sin perder oportunidad con la

ropa usada, por más que le costase admitirlo y pese a los esfuerzos que ponía por evitarlo, su tienda amenazaba siempre el más absoluto desorden.

El cofre, de modesto fresno y sin otros herrajes que los de la cerradura, no serviría para grandes negocios. Pero dentro había más provecho. Especialmente, por un breviario iluminado, con cachas de nácar e impreso en Sevilla. Lo buscaba entre las ropas, linos y otros pertrechos del finado, cuando oyó que alguien entraba. Se volvió con una sonrisa.

—Un poco temprano para las compras —saludó de buen humor—, pero dicen que a quien madruga Dios le sirve de ayuda. Buen día.

No se topó con un marinero necesitado de una camisa antes de salir en la *Balvanera*, tampoco con alguno de los albañiles que trabajaban en las defensas de la ciudad y que siempre buscaban llanas o aciches baratos, ni con un cantero en pos de cinceles. Menos aún con un desesperado ofreciendo vender cuanto tenía a precio de saldo para unirse a alguna expedición en las entrañas de la selva.

No. Ninguno de los habituales.

Los que habían cruzado el umbral de su tienda eran, no le cupo duda, antiguos soldados.

Y le bastó un vistazo para darse cuenta de que no venían a comprar una de sus muchas baratijas, menos aún a vender quincalla saqueada a los mayas, que era el negocio habitual de los hombres de armas en su tienda.

No. Traían consigo algo funesto.

Dos pasaron, y un tercero se quedó en la puerta para espantar curiosos.

A Rielo se le agarró el miedo a la garganta y le costó tragar. Esa gente recia, de pocas palabras y mucho hierro, no le gustaba. Aun así, ensayó una sonrisa.

—No tengo ninguna pistola. Algún cuchillo para comer…

Urdaneta ignoró al tendero y echó un vistazo en derredor.

Juegos de cama, brazadas de cuerda, picos, lonas para tiendas, bridas colgadas de un gancho en la pared, unos pocos espejos de mala calidad. Había casi cualquier cosa imaginable, pero no otros clientes.

—He oído que hace unos días compraste un hábito de franciscano…

El viejo Ramón, a cambio de pagarle una docena por cada diez cigarros que entregaba, había mantenido los ojos bien abiertos, y, desde su mesita en los soportales, mientras ataba, reataba, recortaba y enrollaba las hojas del tabaco, tenía ocasiones de sobra para estar pendiente de cualquiera que fuese o viniese.

Rielo era hombre de principios, así que, aun sabiendo perfectamente de qué le hablaban, no dijo nada. Además, aquel enorme hábito, como solía suceder con los franciscanos, era de tan mala factura y estaba tan sobado que había preferido no comprarlo. La cosa hubiera sido distinta con el de un dominico.

—Este es un negocio próspero. Entra y sale mucha gente.

Pero había calculado mal, porque Urdaneta había afirmado más que preguntar. Y a Urdaneta, no había duda, le iba un bledo en si el negocio de comprar el hábito del franciscano merecía o no la pena.

El guipuzcoano dio un codazo a su compañero, y Juan no necesitó más explicaciones para acercarse a un juego de jarra y vasos que había visto tiempos mejores y hacerse el encontradizo.

El ruido de la cerámica al romperse atrajo a Roa. Con un último vistazo a ambos lados de la calle, abandonó la puerta y entró.

—Parece que tiene mala memoria, aquí el amigo… —soltó Urdaneta.

Y el veterano, después de echar el consabido vistazo, propuso un remedio.

—Dicen que los rabos de pasa obran maravillas.

No le cupo duda a Rielo: Sus visitantes no iban a acercarse al colmado de Venancio para comprar un puñado de las dulces moscatel que le llegaban cada año a un precio disparatado.

—Mi memoria no tiene faltas —se atrevió a decir el tendero.

Roa suspiró y miró al hombre fijamente.

Al ver aquella expresión lobuna, los principios de Rielo comenzaron a flaquear.

Y el veterano, como tantas otras veces, en tantas batallas, se dio cuenta al instante de que el coraje de su oponente huía con tanta rapidez como para robarle las uñas a un galgo a la carrera. Se tiró de la perilla y, cuando el gaditano se disponía a romper un aguamanil que tenía a mano, Roa lo retuvo, negando con el mentón.

—Vamos a hacer esto fácil, ¿verdad? —preguntó, mirando de medio lado al tendero.

Rielo no contestó.

—A mí me da igual a quién vendes y lo que vendes, por mí como si cuelas triaca por ambrosía —habló como si le explicase la lección a un chicuelo—. Pero el otro día, y no te esfuerces en mentir, entraron aquí un franciscano gordo como un becerro, una de las muchachas de la Brava, un indio cojo y un inglés malnacido. Y sabemos que les vendiste ropa. El fraile salió sin su hábito, vestidito como un pimpollo…

Lo dejó en el aire, para que no cupiesen dudas al tendero de que ya conocían buena parte de la historia.

Rielo tragó ruidosamente. El tipo que había destrozado los vasos y la jarra dejaba atrás el aguamanil y se interesaba ahora por una modesta colección de platos de porcelana china.

—Así que, repito, vamos a hacerlo fácil. Mis compadres y yo vamos a salir de aquí con un puñado de respuestas. —Sacó apenas una pulgada de hierro de la funda—. Por las buenas o por las bravas.

Los platos acabaron en el suelo con un estallido.

—Dime: ¿qué más compraron?

—Solo se llevaron las ropas… —No terminó.

—Mientes —afirmó Roa entre labios fruncidos.

El gaditano echó mano a una cajonera donde había unos cuantos vasos de vidrio soplado llegados en el equipaje de un veneciano que jamás llegó a venderlos en México, como había sido su intención.

Rielo consideró sus opciones.

—Unas pocas naderías. Cosas sin importancia.

Juan ya pensaba en qué más romper, pero Roa subió el envite antes de que tuviera tiempo de decidirse entre un sextante de bronce y un juego de cuencos. Desenvainó la quitapenas y, en un abrir y cerrar de ojos, apoyó el filo en el cuello del tendero, como si fuese a afeitarlo de una tajada.

—Si aún no te he destripado como a un gorrino es porque no me sirves muerto. Pero mi paciencia se está agotando…

Avanzó la mano apenas un suspiro, y el tendero sintió el acero.

—Dime: ¿qué se llevaron?

Rielo comprendió que no merecía la pena jugarse el pescuezo.

Cantó como aquel muchacho que iba para castrato y que solía aderezar las noches en El lagarto.

En la casa de la Brava abundaban las eternas noches de ajetreo y los inacabables días de aburrimiento. Al fin y al cabo, la libertad de las muchachas era un lujo escaso y vigilado con celo. Razón de peso para las estampas de las cartageneras, los gatitos de Isabelita, las ansias de maestra de la propia Catalina o los hierbajos de la Tomasa.

En las tardes lánguidas, antes de que comenzase el barullo del negocio, las jóvenes tenían tiempo de hablar, de espantar la melancolía y de hacerse compañía. A convertirse las unas en la familia de las otras.

Y, teniendo en frente a aquel guerrero malcarado, jamás Camacho hubiera pensado que su vida dependía de las largas charlas que, para combatir el aburrimiento, se desarrollaban entre risas y bromas en el dormitorio común del lupanar con más renombre del Yucatán.

Eran dos opuestos. Ni el mismo Roa, con su enfermiza obsesión por el juego, hubiera apostado un cuartillo por Camacho.

Le habían dado a cada uno un pesado cuchillo de negra obsidiana y los habían dejado en el espacio frente a la gran choza. Los rodeaban todos los habitantes del pueblo, sabedores de que solo uno de los dos saldría de allí con vida.

Lloviznaba y, pese a la hora temprana, el intenso aroma de la selva se pegaba al bochorno.

El matojo desordenado que Camacho tenía sobre las orejas daba la impresión de haberse llevado el lametón de un caballo cariñoso. El sudor le picaba en los ojos y, tras un parpadeo, miró el burdo filo de su cuchillo. Aquellos bordes chascados no le inspiraban confianza.

Intentó tener presente lo que Catalina le había susurrado antes de que aquel sinsentido comenzase. No advirtió que, en medio del corro de lugareños, el negro con las mejillas marcadas observaba con atención el desarrollo de los acontecimientos.

Ek Balam demostró enseguida que no tenía tantos reparos como aquel cristiano paliducho y barbudo y empezó a moverse de costado, trazando una espiral. Se acercaba a su oponente con lentitud mientras este, con evidentes dudas, giraba en sentido contrario.

El maya sostenía el arma con soltura. Camacho apretaba con tal fuerza el mango que le blanqueaban los nudillos.

Continuaron girando el uno en torno al otro y pronto, a medida que la distancia se acortaba, el guerrero comenzó a dibujar florituras en el aire con su cuchillo.

Gundemaro se rascaba la coronilla como si tuviera un galopante ataque de liendres. Catalina alternaba devotas jaculatorias con uñas mordisqueadas. Pedro, muy al contrario, mantenía la calma; había recuperado su sonrisa.

Una finta dejó su zumbido en el aire. El guerrero pretendió buscar el costillar de Camacho, pero, sin embargo, revolvió la muñeca con agilidad para acometer el lado contrario.

El cristiano giró sobre sí mismo por puro instinto. Se libró de la primera cuchillada. Pero su oponente fue más rápido aún. Descargó el otro codo con la fuerza de la coz de una mula terca.

La mejilla de Camacho recibió el golpe, y los dientes chocaron con tanta fuerza como para sonar a cascajo. Le faltó el aire, se tambaleó. Vencido, el paso atrás que dio por puro azar le salvó la vida: la negra hoja de obsidiana le pasó a menos de un palmo del hígado.

Cargó entonces el maya, siguiendo el impulso, y golpeó al cristiano en el pecho igual que un toro embistiendo.

El fardo que cayó al suelo respondía al nombre de Camacho. Apenas pudo reaccionar. Rodó sobre sí mismo un instante antes de que el pisotón que le buscaba el cuello se estampara en el suelo con violencia.

Se libró por unas pulgadas y, aunque el miedo campaba por sus ojos, reunió el coraje de aprovechar el revolcón para usar su propio cuchillo. Movió la mano tan rápido como pudo, pero no sirvió de mucho, apenas un corte superficial en la pantorrilla de su adversario, quien, al sentirse herido, sonrió como alguno de los demonios que su pueblo sepultaba en el noveno infierno.

No le restó ni un ápice de vitalidad. La pierna herida fue la que impactó en el vientre de Camacho con fuerza bestial.

Pese al trallazo de dolor, este consiguió reaccionar de inmediato y volvió a atacar, por puro instinto. Consiguió herir de nuevo a su oponente, pero el daño no era gran cosa. Ahora, el corte en el muslo era más largo y profundo, aunque apenas manó un hilo de sangre.

El uno de pie, con dos arañazos superficiales. El otro en el suelo, con el vientre ardiendo de dolor y el rostro entumecido. Todos intuían el desenlace.

Ek Balam se relamía como un gato ante un nido rebosante de polluelos.

Reculando con los codos, arrastrándose, Camacho intentó alejarse. Su rival se acercaba pisando con fuerza.

La negra obsidiana se alzó, y el hijo de la Camacha tuvo la certeza de que acabaría en su corazón.

Catalina, presa de los nervios, bailaba sobre la punta de los dedos de sus pies, como si aguantase una terrible picazón en una vejiga que necesitaba alivio inmediato. Se había trabucado ya una docena de veces en sus jaculatorias.

Eso no era lo que había imaginado esa mañana temprano al despertar.

De pronto, sin saber por qué, se había acordado de algunas de las muchas cosas que Tomasa le había contado, y una idea se había abierto camino apenas despegó los párpados.

De improviso, Ek Balam flaqueó. Sus mejillas dibujaron un extraño; en el siguiente paso trastabilló. En sus ojos apareció un reflejo desconocido, el del miedo.

Apenas quitándose las legañas, Catalina había corrido hasta el rincón de la choza comunal donde dormía Pedro.

—Sé que estamos lejos de la playa, pero ¿puedes ayudarme a encontrar un manzanillo?

Fue entonces cuando la sonrisa perdida del buen Pedro regresó radiante a su rostro cobrizo. Asintió con fervor.

Temieron al preguntarle a Marina que esta se lo negase; sin embargo, en lo que a ella concernía, todos menos Camacho podían marcharse. La pareja salió a toda prisa para buscar en los alrededores de los canales de la represa, pues los manzanillos tenían querencia por los ambientes encharcados.

Pedro, tan bien o mejor que Tomasa, conocía su jungla. No permitió que Catalina se arriesgase. Trabajó con rapidez y eficiencia. Había comprendido lo que ella quería.

Lo primero que hizo fue buscar con desesperación un árbol de caucho, el mismo que los suyos habían usado durante generaciones para fabricar las pelotas con las que jugaban partidos a vida o muerte. Cuando lo encontró, entrecruzó varios cortes con un tajo central y empleó la savia, que manó de inmediato, para cubrirse las manos y antebrazos como si fueran guantes.

Era un trabajo tosco, pero el indio estuvo seguro de que serviría.

Con la resina aún pegajosa y húmeda, se volvieron a poner en marcha hasta que, justamente en el cruce entre dos de aquellos viejos canales, al borde de la represa, con las raíces enterradas en un barrizal, localizaron un

imponente manzanillo. Un árbol tan bajo que ni siquiera podía uno cobijarse bajo la lluvia.

Con gemidos, ordenó a Catalina que se quedase donde estaba y se cubrió con el poncho.

A unos pasos del manzanillo, arrancó una de las enormes hojas de un chufle. La dobló como un embudo y taponó el resultado plegando la punta con extremo cuidado. Por último, sujetó las dobleces con dos trozos hendidos de una rama de balsa.

Trabajó rápido y permaneció bajo la copa el menor tiempo posible.

Al poco, tenía en la improvisada vasija cantidad más que suficiente de aquella nueva savia. Un líquido espeso, pegajoso y blanquecino no tan distinto al de cualquiera otra de las plantas de la jungla. No tan distinto al hule que le cubría las manos, pero con virtudes muy diferentes.

Y regresaron de inmediato. A toda prisa. A tiempo para simular que atendían a Camacho antes del combate.

Solo hubo una cosa que los obligó a entretenerse. Se cruzaron con otro de aquellos canales y, no muy lejos, descubrieron una construcción como las que habían encontrado sobre las gradas del juego de pelota. Extrañamente libre de maleza, resaltaba como ninguna otra de las ruinas, y, ante la puerta, se apostaba uno de los hombres de la partida de Ek Balam.

Estaba armado con arco y flechas, pero tuvieron la suerte de su lado. No se dio cuenta de que andaban cerca, demasiado ocupado atendiendo a sus compañeros, que salían de la jungla y se encaminaban hacia la construcción.

Uno de ellos era aquel al que le faltaban unos cuantos dedos. El que cargaba con el saco de arpillera. El mismo que había cogido la serpiente con ojillos de jade.

Ocultos en la floresta, Catalina y Pedro vieron cómo el del saco vaciaba su contenido.

El guarda recibió en las manos la joya que ellos habían traído hasta allí, pero también un crucifijo que brillaba como solo lo hace la plata.

—Si esos son cazadores yo soy santa —murmuró Catalina—. Me apuesto lo que no tengo a que han estado robando a gente en el camino real. Ese cacique no es trigo limpio…

Pedro la miró, y ella vio la frustración del mudo por no poder explicarse.

Catalina, escamada, hubiera querido averiguar algo más de todo aquel trapicheo, pero el tiempo apremiaba.

Llegaron cuando ya todos en el poblado formaban un cerco alrededor de la explanada frente a la choza central. Y se acercaron a toda prisa hasta donde

Camacho, con la cara cargada de incredulidad, miraba el arma que Marina acababa de darle.

Bajo su poncho, cuidando de que ni una sola gota terminase donde no debía, procurando que nadie viese lo que hacía, Pedro embadurnó la hoja de obsidiana antes de devolvérsela al hijo del inglés. Tuvo el buen juicio de deshacerse de lo que sobró tirándolo por encima de la cerca del poblado, no fuera a ser que un niño se desgraciase.

Catalina tuvo tiempo de decirle una sola cosa antes del combate.

—¡Por el vientre preñado de la Santísima Virgen! Corre, salta, aúlla, brinca, haz lo que te dé la gana, pero evita que te raje como a un gorrino —urgió—. Lo único que tienes que hacer es herirlo, ¿entiendes? Un rasguño debería ser suficiente.

Ante la cara de pasmo de Camacho, ella insistió.

—Evita que te mate antes de que consigas herirlo.

Las manos de Gundemaro dudaban entre su panza y su coronilla. Catalina apenas podía mantener los ojos abiertos. No quería mirar.

Todavía con el cuchillo en alto, Ek Balam hincó la rodilla. Era un jaguar a punto de asestar el zarpazo definitivo.

Camacho retrocedió un tanto más.

Todo parecía perdido.

El guerrero dejó escapar un aullido de dolor. El cuchillo se le cayó. Sus manos, llenas de prisas, sujetaron con fuerza la pantorrilla herida. Y se le acumuló el trabajo. Mordía con tanta fuerza como para partirse los dientes, y entonces tuvo que echarse las manos al muslo. Frenético, incapaz de decidir a qué atender, sin dejar de chillar, empezó a rodar por el suelo.

Asombrado, indeciso, Camacho se apartó.

Y Catalina respiró aliviada. Hasta que vio la expresión ceñuda del cacique. Estaba a punto de dar una nueva orden.

—Ese cabrón…

Lo había dicho para sí, pero Gundemaro lo escuchó. Y miró hacia el jefe de la aldea. Las mejillas se contorsionaban, los nudillos apretados amenazaban con partir los brazos del trono. Solo le faltaba humo saliendo por las orejas. Al franciscano no le costó llegar a la misma conclusión a la que había llegado su compañera.

—Me parece que ese no contaba con que Camacho se las apañase. Más nos vale salir de aquí…

Y para reafirmar la idea, Pedro tironeó de su codo. Catalina percibió los restos del caucho en los dedos del indio.

La animadversión del cacique parecía contagiosa; más rostros entre los lugareños fruncían el ceño de forma similar, descontentos con que uno de sus guerreros diese alaridos como un gorrino en matanza. Se cruzaban miradas, asentimientos. Nadie había esperado que la venganza de Ek Balam se malograse.

—Hay que poner pies en polvorosa —concordó Catalina.

Fue entonces cuando el negro con las mejillas marcadas se adelantó y empezó a gritar como un pregonero dando nuevas. Y sorprendió a los cristianos cuando tradujo sus propias palabras a un castellano digno de la esquina de una verdulería en el mercado de Burgos.

—¡El blanco ha ganado! —urgió con vehemencia.

Alternando los dos idiomas, se acercó a Camacho y echó el brazo a un lado para ayudarlo a ponerse en pie. Al tiempo, con la mano libre, apremiaba a los demás para que se pusieran en marcha.

Pedro, pese a la cojera, se movió como un turón en una madriguera llena de gazapos. En un abrir y cerrar de ojos, tenía en la mano el cuchillo que había usado Camacho y reculaba hacia la salida del cercado.

Catalina no le anduvo a la zaga, y el hijo de la Camacha, pese a las magulladuras, se ocupó de que el gordo culo de Gundemaro se moviese.

—¡Tirano cabezón! —gritó el negro, logrando que Catalina se preguntase si la traducción era exacta—. ¡El blanco ha ganado, y tú puedes freírte las posaderas en manteca bien caliente! A mí no me vuelves a ver el pelo. —Luego, dirigiéndose a sus improvisados compañeros, añadió—: La sorpresa no durará mucho. Vámonos antes de que reaccionen o ese malparido es capaz de ordenar que nos asen a la brasa como a cochinos. ¡Lo he visto hacerlo!

Las cicatrices daban a sus mejillas la rigidez de un cuero mojado y secado al sol. Aun así, podría jurarse que, pese a los riesgos, se estaba divirtiendo.

—¡Salgamos de aquí! —insistió el negro apremiando a los demás.

Tiraba del brazo de Camacho para que se moviera. Pedro amenazaba a izquierda y derecha, blandiendo el cuchillo envenenado, y el franciscano trastabillaba al intentar seguir el ritmo.

Todos tenían preguntas, pero el negro se adelantó, robándoles la oportunidad de saciar su curiosidad.

—¿Sigue ese cabrón malparido, hijo de mala madre con sesos revenidos…?

Respiró hondo para espantar el odio y poder formular la pregunta.

—¿Sigue ese cabrón de Roa trabajando para Mora?

Todos resollaban tras la carrera por la selva y, si se habían detenido, era únicamente porque se sentían tan cerca de Campeche como para tener la seguridad de que los hombres del cacique no se atreverían a seguirlos. El franciscano había empezado a jadear como si estuviera a punto de sufrir una convulsión, y habían juzgado que no tenían otro remedio que parar o dejar que el fraile reventase como un caballo de posta.

El rostro abotargado le brillaba, cubierto en sudor, y las mejillas coloradas parecían fanales de barco. Respiraba tan fuerte que era incapaz de hablar. Se derrumbó en el tronco caído del balché que daba origen al claro donde habían hecho el alto.

La tarde, acurrucada en nubes cenicientas, se dejaba morir, lista para acostarse.

Camacho, preocupado, miraba hacia el oeste preguntándose si les daría tiempo a llegar a la cita que tenían. Los demás miraban al negro.

—¿Sigue o no sigue trabajando para ese hijo de perra de Mora?

El hijo de la Camacha se volvió.

—Sí, siguen trabajando juntos —admitió con dudas, sin entender la obvia relación.

—Y vosotros planeáis robar a Mora, ¿no es cierto?

La sorpresa se dibujó en todos los rostros. Camacho fue el primero que logró recomponerse.

—¿Cómo has sabido…?

El negro, con evidente urgencia, no le dejó terminar.

—No me vengas con monsergas. —Se sentó junto a Gundemaro, y las prisas rabiosas de sus primeras palabras se tornaron amargas—. Dijiste que trabajabas para Mora y que buscabais al viejo Uxmal para hacer una copia

con el cuño de la Real Hacienda. Eso era lo que traías en la bolsa. ¿Qué ibais a hacer, si no?

No le dio ocasión Catalina a contestar. Estaba demasiado ansiosa por defender lo que ya consideraba suyo por derecho.

—No sé cómo ni cuándo —intervino airada—, pero te aseguro que, como te vayas de la lengua, te lo haré pagar. Aunque sea lo último que haga —amenazó con un puño cerrado.

El negro, que le sacaba una cabeza y al menos un quintal entero, asintió admirado, reconociendo el coraje de la joven.

—Soy un esclavo fugado y, hasta ahora, vivía en una mierda de villorrio en esta condenada selva —repuso en tono conciliador—. Y eso porque no me quedaba otro remedio —reconoció—. ¿Qué interés podría tener yo en fastidiaros los planes?

—Pedir un pago a cambio de la información —dijo ella, revelando sus sospechas—. Quieres ir corriendo hasta donde Mora y ponerlo sobre aviso.

Aquello ensanchó la tirante sonrisa del negro.

—Y yo no pienso permitírtelo —insistió Catalina con expresión fiera.

—No es eso lo que pretende —aseguró Camacho de repente, sin dejar de mirar al esclavo y tomando a Catalina del brazo como pidiéndole calma—, ¿verdad?

El negro se levantó y dio unos pasos sin rumbo, como si no quisiera más que estirar las piernas tras una larga cabalgada.

—¿Vais a robar a Mora, sí o no?

Se miraron largamente, calibrándose el uno al otro.

—Sí, vamos a robar todo el palo que podamos del cargamento de la *Balvanera* antes de que zarpe —repuso al fin sin pudor.

Catalina iba a recriminarle que hubiese admitido sus intenciones. El franciscano incluso alzó la mano, pero se sintió incapaz de intervenir; todavía no había recuperado el aliento. El negro fue más rápido.

—Lo que yo quiero no es traicionaros. Lo que yo quiero es que a ese Mora no le quede ni un solo cuartillo y que su esbirro se quede sin patrón.

Rindió la barbilla, preso de sus recuerdos por un momento.

—Y si, aprovechando la ocasión, nos encargamos de que a ese Roa le salgan mal cuatro envites más, mejor —chistó con los dientes apretados, y todos se fijaron por primera vez en que no solo tenía las marcas en las mejillas, sino que le faltaban la mayoría de los dientes y los que aún guardaba aparecían rotos—. Matarlo no sería suficiente. Quiero verlo mendigando en la calle… Y tullido… —Los miró con una determinación que arredró incluso a

Catalina—. No sé lo que vais a hacer ni cómo. Pero, si causa penurias a ese desgraciado, podéis contar conmigo. Ya estaba harto de pudrirme en esa mierda de poblado.

—¿Y por qué no te marchaste? —preguntó Catalina sin tapujos.

El negro iba a contestar, pero Camacho la interrumpió.

—No tenemos tiempo para eso. Debemos llegar a Campeche —les recordó a todos.

—Pues yo no puedo dar un paso más —reconoció el franciscano con pesadumbre, entre jadeos. Intentó levantarse, pero de nuevo cayó pesadamente sobre el tronco de balché, que crujió lastimero—. No estoy hecho para estos trotes.

—¿Os las apañáis para volver solo a Campeche?

Gundemaro miró a todos lados, pero cuanto vio fue un mosaico de verdes que se le antojó igual en todas direcciones. Echó un vistazo al cielo, y no encontró ni un pedazo que se colase entre las copas tupidas de los árboles.

—Os esperaré aquí hasta mañana, no os preocupéis por mí.

—Eso, y le preparamos una fogata para que los jaguares cenen caliente —replicó Catalina en tono de matrona—. ¡Por el borrico de san Pablo! Pero ¿qué sandeces decís? No os podemos dejar en la selva solo a merced de la bichería. Pedro se quedará aquí y se asegurará de que no acabéis en las tripas de un gato.

Camacho no estaba seguro de si aquella era una buena idea. Suponía que podía llegar a la villa por sus medios, pero sabía que Pedro, aun con su cojera, le ahorraría buena parte del tiempo que no tenían. Necesitaban al indio como guía. Iba a expresar sus dudas cuando el negro se ofreció.

—Id tranquilos, no os preocupéis, yo sé llegar a Campeche —dijo con seguridad—. Me quedaré con él hasta que recupere el aliento. Volveremos a nuestro ritmo.

No sabían si podían confiar en él.

—Lo necesitamos —se quejó Camacho—, es él quien debería asistir a la cita.

—Yo puedo hacerlo —intervino Catalina—, no hace ninguna falta. Ya fui hasta el puerto y salió bien.

—Es distinto —adujo Camacho—. Se supone que él es quien hace el trato.

—Pues ya le diré a ese tipo que el señor secretario Bartolomé Baños y Barros tiene una indigestión de garbanzos. ¡O lo que se me ocurra! ¿Qué más da quién vaya? Mejor será que acuda alguien a que no acuda nadie. Pedro me

acompañará para ayudarme a cargar, parecerá que es un indio más de la encomienda de ese tal Castillo.

—Es Barros y Baños —corrigió.

Ella, con los ojos muy abiertos, bufó de rabia.

—¡Por los pechos de santa Águeda! Bartolomé de los santísimos Barros y los Baños consagrados y los lodazales santificados y los lavaderos bendecidos… ¿Qué más dará?

Acorralado, Camacho miró al fraile.

—¿Estáis seguro de que no podéis continuar?

—Pero si se le sale el bofe por los hocicos —se entrometió Catalina señalando al franciscano, que, pese al tiempo que llevaban detenidos, seguía resollando como un jamelgo.

El hijo de la Camacha no hizo caso y volvió a hablar a Gundemaro.

—¿Estáis seguro?

No fue difícil advertir que se le había ocurrido alguno de sus enrevesados discursos con referencias a algún doctor de la Iglesia. Tampoco que él mismo se reconvino al instante, comprendiendo que no era el momento de moralinas.

—Lo estoy, hijo… Lo siento. No puedo dar un paso más. —Tuvo que rendirse a lo evidente.

—De acuerdo. ¿Sabrás llegar a la Puerta de Tierra? —preguntó al negro.

El aludido asintió con seguridad, y Camacho hizo lo mismo.

—Bien, cuando acabemos, Pedro irá a buscarte.

—Puedes decirme por dónde queda la casa, aún recuerdo las calles, seguro que la podré encontrar —repuso el negro con seguridad.

Camacho no supo qué contestar, pero no hizo falta: se encargó Catalina.

—Verás, a nuestros pellejos no les conviene pasearse por las calles de Campeche, pero no te preocupes, te encantará el alojamiento —repuso con una amplia sonrisa.

El negro quedó confundido, pero no tuvo ocasión de preguntar.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —se interesó ella.

—Zacarías —contestó tras dudar, confundido—, me bautizaron como Zacarías.

—Pues lo dicho, te van a encantar los aposentos de alto abolengo de los que disponemos.

Y Camacho no le dejó disfrutar de la broma.

—¡Vámonos! Tenemos que llegar a tiempo. No nos esperará.

—Pues no me mires a mí —repuso ella con una radiante sonrisa—. Di al cojo que no se quede atrás…

Pedro se rio, sin tomarse a mal la pulla, y, como si fuera la señal que había estado aguardando, se puso en marcha.

Camacho se giró para echar una ojeada sobre el hombro.

No conocían de nada al tal Zacarías.

No sabían si podían fiarse de él.

La noche en ciernes y el mismo embozo que había vestido en la taberna de El lagarto eran la esperanza de Camacho para que el sirviente no lo reconociese. Sin embargo, aliviado, pronto descubrió que sus preocupaciones habían sido en vano.

El lacayo de Bacheli había recibido órdenes de que, esa noche, la casa tendría visitantes. Y no se mostró suspicaz.

Los dejó pasar con cara de circunstancias, disgustado quizá por las horas intempestivas, pero sin contratiempos.

Y toda aquella extravagante sucesión de excesos que abarrotaban la casa del mercader volvieron a pasar delante de los ojos de Camacho. Él no les concedió importancia. Sin embargo, apabullaron a Catalina. Embobada, se quedó mirando el larguísimo lagarto de extraña cabeza y diminutas patas que volaba sobre la blanquísima porcelana de un jarrón. Los ojos de la mítica bestia estaban pincelados con tanta delicadeza que parecían capaces de devolverle la mirada. No pudo evitar agacharse para admirar la pintura con atención.

Camacho no se atrevió a hablar, no fuera que el lacayo reconociese su voz, y Pedro no podía hacerlo. Fue el sirviente quien la sacó de su abstracción con una diplomática tos.

—Es precioso —dijo ella con sinceridad, como si bastase para explicarse.

El lacayo de Bacheli dejó que el escepticismo tirase de una de las comisuras de sus labios y respondió de mala gana.

—Y caro, muy caro —aclaró, insinuando que no convenía arriesgarse a respirar cerca—. Es una pieza de la dinastía que reina ahora en el Catay, los Ming.

Al oírlo, Catalina se apartó cómicamente, como si el solo hecho de mirarlo pudiera hacer que el jarrón acabase en el suelo.

Cuando llegaron al atrio, la noche ya extendía su manto, y alguien previsor había prendido la larga mecha de un candelabro de forja. Allí los hizo esperar el lacayo de Bacheli.

—El señor Meisen vendrá enseguida —anunció escueto.

Camacho humilló el mentón, tiró del ala del sombrero y se subió el embozo de la capa, tanto que oyó a las viejas costuras protestar. Al poco apareció el tudesco. Traía al hombro una bolsa de tela basta que, pese al bulto, parecía liviana. En cuanto los vio, frunció el ceño. Se detuvo y dejó su carga en el suelo.

—Esperaba a un tal Bartolomé…

—Barros y Baños —se apresuró a completar Catalina—. Sí, yo soy su sirvienta, me envía con sus más sinceras disculpas —explicó con una reverencia descuidada—, pero me ha pedido a mí que me ocupe del compromiso. Le ha surgido de improviso una cita ineludible relacionada con otros asuntos.

Como en sus días en casa de la Brava, se sintió observada como una res en la feria. Y adivinó de inmediato que el desprecio que se colgó en la boca del tudesco venía a decir que no se tragaba lo de que fuera sirvienta a secas y que, más bien, sería fulana.

Le dolió, pero se limitó a alzar el mentón con orgullo. Su experiencia le advirtió de que aquel no era el tipo de hombres que se dejaban engatusar por las mujeres.

—Como comprenderéis, necesito alguna prueba de lo que decís… —dejó en el aire Carlos Meisen.

Pero Catalina tenía bien pisado el camino de la mentira.

—De buen principio, que hayamos venido a la cita; de segundo, que fui yo misma quien dio el recado de que vuestro señor se reuniera con el mío —respondió con seguridad—, podéis preguntar a los guardas del puerto. Y de tercero, que soy consciente de la naturaleza de la mercancía…: cordeles para unas lazadas muy particulares.

El tudesco mordisqueó la chicha en la contestación e hizo una pregunta más:

—¿De dónde es el tal Palmerín?

—De la pérfida Albión —repuso Catalina con desenvuelta sonrisa.

Como un santo y seña acordado, aquello contentó al esbirro de Bacheli. Asintió, y la joven, digna, se hizo a un lado para que uno de sus acompañantes se encargase de la bolsa.

No hubiera hecho falta, porque no podía pesar mucho, pero los indios estaban por debajo de los sirvientes, y era lo que tocaba. Sin embargo, aquel mantener las apariencias los descubrió.

El tudesco, aun con desgana, era un tipo observador, celoso de los asuntos de su patrón. Se dio cuenta de algo.

Más tarde tuvieron ocasión de hablar de ello y no dieron con lo que pudo ser. Quizá, pese al embozo, vio el rostro de Camacho, o a lo mejor la piel de la muñeca al echar mano al saco, pálida en comparación con la de Pedro.

No supieron el porqué, pero, como un relámpago, el tudesco reaccionó.

En un abrir y cerrar de ojos había desenvainado y tenía a Camacho agarrado por el pescuezo.

Lo sujetaba contra sí con el brazo, apretando la sangradura contra la barbilla, amenazando con asfixiarlo. Con uno de sus hierros gemelos mantenía a la mujer y al indio a raya.

—Tú eres el que se la jugó a Mora, ¡ladrón asqueroso! Te recuerdo —anunció con un acento de palabras entrecortadas, falto de afilado.

El sombrero se había caído y el embozo había quedado abierto. Pese a la escasa luz no valía la pena mentir. A lo largo de los años, eventualmente, sus caminos se habían encontrado. Jamás habían cruzado una sola palabra, pero cada cual sabía quién era el otro.

—¿Qué pretendéis? ¿Qué farsa es esta? No voy a consentir que estaféis a mi señor.

Pareció que iba a darles oportunidad de explicarse. Las manos alzadas del indio y la mujer deberían haber bastado para saber que no deseaban oponerse. Sin embargo, volvió a hablar, para constatar que estaba al mando y que tenían pocas o ninguna opción de jugársela:

—Roa te anda buscando como un loco. Husmea las esquinas como un chucho tras una perra en celo. Incluso ha contratado, pagando de su bolsillo, a más hombres —aclaró con tono incrédulo—. Yo he perdido a dos de los míos, que no entienden más lealtad que la del metal… —Hizo una pausa que dio énfasis a sus siguientes palabras—. Y ha prometido pagar a cualquiera que lo ayude… Si os entrego, me llevaré una buena bolsa.

Camacho intentó hablar, aunque la voz apenas le salía. Se sintió con el dogal al cuello; pensó que se desvanecería.

El tudesco se dio cuenta y aflojó.

—¿Y crees que Bacheli estaría contento sabiendo que le has hecho perder miles de maravedíes? —gorjeó con un silbido.

Aquello logró que la presa se relajase aún más, y Camacho se concedió el lujo de aspirar una buena bocanada.

—Por no hablar de los libros…

El tudesco pareció pensárselo.

—Explícate.

—Sí, es cierto. Yo soy el que se la jugó a Mora —dijo Camacho con evidente disgusto—, pero también lo es que hemos llegado a un acuerdo con tu patrón. Y aún no hemos terminado. —Tomó aire de nuevo—. Y es Bacheli el que se quedará con los beneficios cuando todo termine.

Aquello hizo reflexionar al tudesco.

—¿Has dicho miles?

Camacho había mentido en primera instancia, y volvió a hacerlo con todo descaro.

—Al menos cien mil… Por eso te conviene dejarnos ir. A Bacheli no le gustaría saber que le has causado una pérdida semejante.

Catalina, al oír la cifra, entrecerró los ojos.

—Vosotros no vais a hacer esto por caridad. Os llevaréis una buena tajada…, de no ser así no estaríais en el embrollo.

Apartó el brazo y dejó escapar a su presa. De inmediato, Camacho se escurrió y empezó a masajearse el cuello.

—Quiero una parte. Al menos, veinticinco mil… —sentenció.

A Catalina no le pareció mucho.

—Y los quiero tanto si la mano que lleváis carga triunfos como si no. Aunque —puntualizó— más vale que os salga bien, porque si causáis perjuicio al patrón, me tendréis que pagar igualmente, pero yo os rebanaré el pescuezo. Así que serán veinticinco mil menos para vosotros y veinticinco mil más para mí, y lo de conservar el pescuezo lo dejo a vuestra elección. Según el cariño que le tengáis…

Catalina estaba dispuesta a regatear y Camacho, viéndolo, se apresuró a zanjar el asunto antes de que se torciese más.

—Veinticinco mil. Tanto si sale bien como si sale mal. Y, si sale mal, además de quedarnos en la ruina, nos presentas a tus amigas —remató, señalando la espada desenvainada y el puño de la gemela, que dormitaba en su funda.

Si alguien calzaba ironía, esa era Catalina, que además vestía cinismo. Y la joven no se hubiera podido contener ni aunque hubiera querido hacerlo.

—Por los siete pecados y las siete virtudes, pinta bonita la cosa, requetebonita. —Se sopló el flequillo—. Somos la envidia de cualquier hijo de vecino, ¡de los más altos estamentos de la corte! Si nos echamos al monte, corremos el riesgo de que un cacique rebelde nos ajuste las cuentas. Si arrimamos los hocicos a la villa, nos arriesgamos a que nos cojan por banda los de Roa. —Movía las manos a un lado y al otro—. Y tanto con una cosa como con la contraria nos hemos apañado para que otro más nos la jure… Somos ratones encerrados en una despensa vacía.

No había mucho que decir, y nadie lo hizo. Ella misma se animó a continuar.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos escapar, no podemos seguir adelante y no podemos recular. Hagamos lo que hagamos, caeremos en las brasas.

Camacho echó un leño al fuego que iluminaba la covacha.

—Solo hay una cosa que podamos hacer…

—Es una pena —continuó ella, desentendiéndose de lo que acababa de oír —, estaba empezando a pensar que habíamos ganado mucho. Todos metidos en una cueva en medio de la selva. Una puta beata, un fraile descreído, un indio cojo, un hideputa y, para acabar de arreglarlo, un esclavo fugado… Es evidente que hemos progresado, ¡y mucho! Tenemos cordón de sobra para dedicarnos al punto —añadió, señalando las bobinas de cordel dorado que habían sacado de la bolsa—. Por no hablar de que, aunque salgamos con bien, debemos entregar unos libros que no tenemos y regalar veinticinco mil maravedíes de los que no hemos visto ni la sombra… Deberíamos agenciarnos bastidores y agujas para empezar a hacer bordados de Asís. Si nos apuramos y los pagan bien, ¿quién sabe?

Todos miraron a Camacho. Y Camacho, ante la pataleta, se había refugiado en sí mismo. Parecía absorto. Cavilaba con el ceño fruncido.

Pedro se afanaba pelando unas nueces de curioso aspecto que serían su única cena. Y Gundemaro, preocupado por más que las malas perspectivas

para saciar su hambre, pensó que valía la pena despistar el asunto antes de que Catalina azuzase a Camacho.

—Y, tú, Zacarías, ¿por qué decidiste venir con nosotros?

El negro, que se palpaba las cicatrices del rostro, respondió sin tapujos:

—Porque Tomé se muere y porque no podía perder la oportunidad de apretar las cinchas a ese mal bicho de Roa…

Agradecido, el franciscano recibió la respuesta con alivio. La curiosidad desvió la atención de Catalina.

—¿Tomé?, ¿quién es Tomé? —preguntó la joven.

El esclavo se encogió de hombros con resignación.

—Tomé es el otro negro, el viejo de pelo blanco con el que me fugué de la caravana.

No hacía frío, pero arrimó las manos al fuego y, tras suspirar, contó su historia. Se lo habían llevado los portugueses de la Costa de Oro y había terminado trabajando en uno de los ranchos de Río Lagartos, del que se había fugado a la primera oportunidad. Lo habían atrapado tres días después, con una pierna rota y una maldición en los labios. Al año siguiente, volvió a escapar y consiguió unirse a un grupo de cimarrones que campaban por las selvas del interior.

—Fueron buenos tiempos —reconoció Zacarías con melancolía—. Vivíamos a nuestro aire, de tanto en tanto robábamos algo, pero nos manteníamos lejos del camino real y apartados de los problemas. —Pese al bochorno, continuaba palpando el calor de la hoguera—. Tuve una mujer, nació mi hija…

Antes de que siguiera contando su historia, Catalina ya se había llevado la mano a los labios.

—… Y la cosa mejoró cuando hicieron alguacil a Oria. Le bastaba con que no robásemos en Campeche —meditó un segundo—. Es un buen tipo ese Oria, nos dejaba en paz. Pero no hay fortuna que dure cien años. Mandaron a Roa a por nosotros y…

Calló, como si frotarse las manos requiriese toda su atención.

—El martirio de los santos es una memez —aseguró al cabo, haciendo que Catalina diera un respingo—. Mi niñita tenía dos años, corría como una liebre y hablaba mi lengua y la de su madre. Era lista… —Cuando negó, las llamas jugaron con las sombras de sus cicatrices—. Lo peor que le puede pasar a un hombre…

Tragó ruidosamente.

—Lo peor que le puede pasar a un hombre es contemplar el sufrimiento de los suyos y no poder hacer nada para evitarlo.

A Catalina no le hacía falta escuchar los detalles. Una lágrima tímida le rodaba por la mejilla.

Mientras, el negro saltó aquel charco embarrado para continuar sin mirar atrás.

—Tomé y yo nos fugamos de la reata que nos llevaba a Huancavelica y anduvimos por la selva, solos, durante una temporada, comiendo hierbas y escapando de la bichería. Hasta que nos topamos con una de las partidas de Pacal.

Menos Camacho, los demás lo miraban interesados.

—El gordo emplumado —aclaró rodeando su cabeza de pelo ensortijado con un tocado que sus dedos dibujaron en el aire—. Nos ofrecieron cobijo, y lo aceptamos encantados, aunque solo fuera para espantar el hambre y el miedo. —Suspiró—. Era una trampa. Ese pajarraco es un avaricioso que intenta amasar una fortuna. Tiene engañados a los suyos. Les habla de paz y de vivir en la jungla apartados de los blancos, pero lo único que pretende es que sus cazadores roben cuanto puedan. Tiene tratos con los ingleses y con los flamencos. Y para las cosas de poco valor nos empleaba a Tomé y a mí, que debíamos venir a Campeche en los feriados para sacar calderilla a cambio.

Echó otro leño al fuego antes de continuar.

—Cuando salíamos del poblado, teníamos que hacerlo en solitario, nunca los dos. Y su promesa era que, si el que marchaba no volvía, el otro moriría. —Las sombras se tragaron sus cicatrices cuando humilló el rostro—. Muchas veces pensé en escapar, pero no podía cargar en mi conciencia con la muerte de Tomé. Así que aguanté. Pero a Tomé se le ha agarrado alguna miasma al pecho y tose sangre —sonrió, mezclando su propia dosis de ironía con resignación—. Cuando llegasteis, me dijo que me fuera con vosotros…

Dejó que los chisporroteos de la hoguera llenasen su silencio.

—Supongo que ya lo habrán despachado, y tú tienes razón —añadió, señalando a Catalina—: si nos encuentran, nos matan. Ese gordo cabrón no perdona una ofensa. Si tiene oportunidad acabamos en un espetón…

Camacho los sorprendió a todos con su reacción. Se levantó y, sin mediar palabra, sujetó el hombro del esclavo. Sabía que las palabras no servirían de nada.

Catalina había sido capaz de ponerle cara a la niñita de Zacarías. Su imaginación la veía correr y brincar, dispuesta a lanzarse a los brazos de su

padre. Y le gustó aquel gesto de Camacho. Observó al hijo del inglés e inclinó la cabeza a un lado, reparando, como lo había hecho de niña, en la profunda tristeza de aquellos ojos azules que había heredado de su padre.

Sin venir a cuento, comprendió que le debía la vida a aquel mocoso de rodillas raspadas y ganas de aventura que llegó a soñar con convertirse en famoso capitán de la flota, en benemérito conquistador que embarrancase sus naves antes que regresar, en héroe dispuesto a usar su espada para cortar la arena de una playa separando a cobardes de valientes.

Había sido un niño lleno de sueños. Ella, también. Y ambos habían despertado con un sobresalto.

Le debía la vida. Y también se percató de que, desde el primer momento, había cuidado de ella. De todos. Como ahora hacía con Zacarías.

Se prometió a sí misma que jamás se lo confesaría.

Ajeno a las tribulaciones de la joven, Pedro se preocupaba por asuntos más terrenales. En aquella patera desportillada, en unas cuantas hojas de chufle y con sus propias manos, con la vajilla que Catalina hubiera achacado a un palacio ducal, el renco sirvió la magra cena.

Y ante aquel banquete el rostro de Gundemaro reflejaba una pena casi tan grande como la de Zacarías.

Camacho hizo un gesto al renco para que dejase su ración apoyada en una piedra y, sin soltar el hombro del esclavo, habló a todos.

—No hay vuelta atrás —dijo resuelto—. Lo único que nos queda es seguir adelante. —Los miró, uno por uno—. Y eso vamos a hacer.

Gundemaro ya se había terminado su ración y observaba con callada envidia las de los demás. Catalina intentaba no mirar al fondo de aquel mar azul; se batía en tempestad, en los ojos de aquel niño de rodillas raspadas y sueños demasiado grandes. Pedro sonreía. Zacarías devolvió el gesto y puso su propia mano sobre la que tenía en el hombro.

—Muy bien. Pues hay dos cosas de las que ocuparse. La patente con la carga y el cuño de Pedrarias.

Abandonó al esclavo y retomó su asiento.

—En cuanto al sello, creo que la única solución es que el propio Pedrarias quiera colaborar con nosotros.

Aquello sacó de su ensimismamiento a Catalina.

—Perfecto —dijo con fastidio—, éramos pocos y parió la abuela… Ese pisaverdes no va a pedir veinticinco mil maravedíes. Nos va a costar una fortuna.

Camacho no perdió la calma.

—No, no nos va a costar nada, porque va a hacerlo sin saber el verdadero motivo —anunció enigmático—. Pero antes nos tendremos que ocupar de la patente de carga. Maese Fragoso llevará sus trastos a bordo el día antes de zarpar y, una vez en el barco, sería imposible. Tenemos que hacerlo mientras todavía se hospeda en El lagarto.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Catalina.

—Lo primero, vamos a robar en un convento.

—¿Robar en un convento? Pero tú has perdido la cabeza… ¿Cómo vamos a robar en un convento? ¿Y qué será lo siguiente?

—Lo siguiente será llevar la contraria al Papa.

Si aquello era posible, a la luz escasa de la vela, los malos hábitos del hermano Malaquías quedaban en peor lugar.

El franciscano no solo parecía tener una alergia galopante al agua, no fuera a ser que un baño, además de impúdico, fuera a producirle un sarpullido irremediable. También tendía al más absoluto desorden, como si le vinieran migrañas al pensar que pudiese existir un lugar adecuado para cada objeto.

—Pero no habías dicho que las tenía por aquí… —susurró Camacho, intentando aplacar su frustración.

—¿Y no ves la retahíla de botes? —respondió Catalina, conteniendo la voz de puro milagro. Deseaba gritarle que ella no tenía la culpa, pero tuvo el buen juicio de reprimirse—. Ya te dije que me parecía mala idea… ¡Robar en un convento! ¿Dónde se ha visto?

La vela de sebo dejaba más tufo que luz en el aire, y Catalina no advirtió el ceño fruncido de Camacho; tampoco la curiosa expresión que le torció el rostro en tanto reunía paciencia.

El hijo del inglés suspiró y se pasó la mano libre por el cabello, pero sus guedejas apenas aguantaron un suspiro donde los dedos las dejaron, al momento volvieron a rebelarse.

—Sigue buscando —urgió en el tono más apacible que fue capaz de conciliar.

—Eso hago —repuso ella enfurruñada.

Había botes, cantarillas, jarros, jícaras, pilches. Alfarería y simples cáscaras de frutas. Incluso un viejo pote que, de tan pequeño, tuvo que haber sido el regalo de un calderero a sus hijos. Había tapas de barro y también de corcho, y otros tenían simplemente un trozo de bayeta sujeto en el gollete con un cordel mal atado.

Buena parte de ellos no tenían ni nombre. Más de un cuarto llevaban etiquetas donde, con pésima letra, se había escrito y corregido tantas veces como era posible en el magro espacio. Todo a razón de que, aunque ninguno de ellos dos lo sabía, el hermano Malaquías tenía tanto fervor por el ahorro como aversión al jabón.

Había allí tarros con potingues, remedios, hierbas y semillas en abundancia, pero no encontraban el que buscaban.

Al menos, les había favorecido la suerte. El dispensario estaba vacío, y solo debían evitar que una mala casualidad los descubriese.

Gundemaro les había advertido de que terminasen antes de novena, en plena madrugada, cuando, aprovechando la obligación de ir al oficio divino, podía ocurrírsele a Malaquías pasar por sus dominios en pos de cualquier idea peregrina.

Y ese consejo martilleaba en la memoria de Camacho. Temía que el apestoso frailecillo los descubriese en plena faena.

—Haz memoria —rogó.

—Era un bote pequeño. —Catalina resopló—. De barro cocido, poco más que un vaso…

Inclinó la cabeza a un lado y echó los ojos atrás. Hizo un esfuerzo por encontrar en su memoria aquella explicación que le había brindado Malaquías de sus remedios. Camacho observó cómo sus labios se fruncieron, vio de nuevo aquella pequeña cicatriz.

Sin mirarlo, ella empezó a hablar en voz baja. Dudando. Insegura de si lo que recordaba era lo dicho por Malaquías sobre las semillas que buscaban o sobre cualquier otro de los muchos potingues que guardaba.

—Me dijo que las cataplasmas eran buenas para contener las hemorragias. Y que, al quemarse, espantaban a los mosquitos.

Aunque aquello no ayudaba a encontrar el dichoso bote, Camacho se guardó de decirlo. Seguía revolviendo aquel zipizape de tarros.

—Yo le pregunté por la prohibición del papa Urbano, y él me explicó que su santidad nada había dicho sobre el uso de las semillas como remedio. Que lo prohibido era prenderlo y aspirar los humos en las iglesias, catedrales y suelo consagrado. —Dudó—. Luego me habló de las profecías de san Malaquías. Le hace gracia llevar el nombre del santo. Me dijo que ya el profeta había dejado claro que Urbano no duraría mucho en el cargo porque lo había llamado «rocío de la mañana», y el rocío dura apenas hasta que el sol se alza. Al pobre le estaban dando los santos óleos a las dos semanas de salir del cónclave…

—¿Tenía etiqueta? —preguntó Camacho, alzando un bote en el que se había tachado el griego Τζιμσονγουίντ y se había escrito en castellano «molienda bezoar».

Ella se desembarazó de su expresión soñadora.

—No, juraría que no. Era pequeño y redondo, de cáscara.

—¿Tenía…?

No acabó la pregunta. Se oían voces cerca.

—¡Vamos! ¡Tenemos que escondernos!

Se fueron cada uno por un lado, mirando a su alrededor en busca de algún recoveco.

Se acercaban, y uno de ellos era, no les cupo duda, el propio Malaquías.

—No te preocupes —decía—. Un poco de árnica y se calmará.

Le respondieron unos quejidos lastimeros.

Tras las voces, llegó la luz difusa de un hachón colándose por las rendijas de la puerta.

Lo siguiente fue el chirriar de los goznes.

Tras varias vueltas, incapaces de decidirse por un escondite, tanto Catalina como Camacho correteaban de un lado a otro tal que pollos sin cabeza y, al oír aquel chirriar, ambos tuvieron la misma idea.

Se lanzaron bajo la mesa donde le habían amputado los dedos a aquel estibador de Toro.

Como tenía por costumbre, el hermano Malaquías, en lugar de limpiar y ordenar los despojos de sus operaciones, se había limitado a echar por encima un lienzo que tapase el desorden, y los faldones ocultaban las patas y el espacio debajo.

Ambos se echaron a un tiempo, malbaratados, liados entre sí, con las patas y con el propio lienzo, que a punto estuvo de escurrirse hasta el suelo.

—Dejadme que prenda un candil —decía más cerca la voz de Malaquías.

Trastearon lo que pudieron, hasta que no les quedó otro remedio que aceptar que allí no cabían los dos. Camacho, con gestos urgentes, invitó a Catalina a que se pusiese encima de él. Los ojos verdes destellearon como si les hubieran prendido lumbre.

—Ya he dicho yo siempre que esas escaleras son traicioneras para andarse de madrugada con el sueño pegado a los ojos. Pero no te apures, no creo que se haya roto ningún hueso —decía Malaquías.

Lo acompañaba malamente otro de los frailes, descalabrado al acudir al oficio divino. Apoyaba una mano en los cuadriles, la otra en una rodilla, y andaba a trancos. Arrastraba un pie que debía dolerle horrores.

Los tenían encima.

Camacho insistió.

Catalina cedió.

Tuvieron el tiempo justo de disimular el lienzo y, en silencio, quedaron agazapados en la oscuridad de su escondrijo sin más compañía que el tufillo a

quemado de haber apagado la vela.

Camacho podía sentir en su rostro el respirar agitado. Y, bajo la barbilla, el calor de los pechos de Catalina, donde un corazón fuerte galopaba desbocado.

Pese a la luz del hachón, que se filtraba al través de aquel lienzo lleno de manchurrones, apenas se veían, pero la expresión de enfado en el rostro de la joven parecía capaz de romper cadenas.

Camacho estuvo a punto de echar las manos a la cintura para asegurarse de no caer, pero, viendo lo que veía, decidió guardarse el gesto y encomendarse a la Providencia. Estaba seguro de que, de haberla tocado, ella hubiera sido incapaz de contener un bofetón.

Tuvieron de nuevo un pellizco de suerte cuando, en lugar de tumbarse sobre su escondite, el fraile descalabrado decidió echarse en uno de los camastros.

—Veamos —dijo Malaquías, empezando el reconocimiento.

Y los gestos del franciscano hicieron viajar los tufos de sus sobacos hasta donde se escondían. Ella arrugó la nariz de forma peculiar, y un recuerdo no tuvo recato en abofetear a Camacho.

Eran dos niños que examinaban con inocencia, asco y admiración, todo a un tiempo y todo mezclado, el cadáver cubierto de gusanos de una gaviota que había acabado sus días en uno de los amarraderos del puerto.

Se habían retado a ver quién de los dos tenía la osadía de tocar el despojo y se lanzaban pullas. Ninguno de los dos reunía el valor para hacerlo. Menos aún para reconocerlo.

—No hay huesos rotos —dijo Malaquías triunfalmente después de amasar al pobre fraile—. Esto lo arreglamos rápido. Algo de corteza de sauce para el dolor y, durante unos días, friegas con árnica.

En breve sintieron cómo pasaba junto a ellos y se encaminaba a aquel caos que, hasta poco antes, la pareja había estado registrando.

Desde el camastro llegaban quejas doloridas y, del otro extremo, el cacharrear del herbolario.

Cuando volvió a pasar junto a ellos, a ambos los asaltó el mismo temor. Y pronto pudieron espantarlo, gracias a lo que escucharon:

—Puedes quedarte aquí, ¿o prefieres volver a tu celda?

No les llegó la respuesta, pero la conocieron igualmente cuando, poco después, la luz del hachón y el murmullo de los lamentos comenzaron a alejarse. Al poco, los goznes de la puerta volvieron a chirriar.

Al instante, Catalina se apartó como si Camacho tuviera la peor de las pestes y el mal fuera contagioso.

Estuvo a punto de decir algo el hijo del inglés, pero cambió el discurso en cuanto abrió los labios.

—Gundemaro debe pensar que ha salido mal y que nos han pillado. Apresurémonos. Si no lo encontramos en breve, nos vamos… Ya se me ocurrirá otra cosa.

Y como de niño frente a aquella gaviota, hablaba más de lo que debía. Porque ya le había dado vueltas al asunto como para marear al más pintado y no había encontrado otra solución. Necesitaban encontrar aquel condenado botecito.

No sabía que aquella visita inesperada de Malaquías y su trastear en los potingues les puso el asunto de cara. Apenas se pusieron de nuevo a rebuscar, Catalina alzó una mano triunfal.

—Aquí está.

Tenía entre sus dedos un botecillo con tapa de corcho. Era la cáscara de un fruto de pilche en el que, con goterones, Malaquías había escrito con pintura de cáscara de huevo un nombre que cruzó las cejas de Camacho: *yetl*.

—¿Estás segura? —susurró.

Ella leyó lo que él había leído un instante antes.

—Sí, lo estoy —respondió.

Las manos de Camacho le ordenaron bajar el tono.

—Nunca había oído ese nombre.

Ella braceó impaciente. El tarro repiqueteó como un sonajero.

—Y yo qué sé. Ese Malaquías es un desastre con patas y liendres. Será el nombre que le dan los de Tabasco, o el de los caribes —dijo despechada—. ¿Acaso tú hablas igual que un flamenco o un gascón? Las cosas tienen más de un nombre —entonces le asomó una sonrisa pícara a los labios—; como tú, Isidoro —remató con retintín.

Ella sabía bien que, desde niños, él había odiado aquel de entre sus nombres. Pero Camacho tuvo el buen juicio de no entrar al trapo.

—¿Estás segura? Puede que conozca las semillas, a lo mejor las ha llevado antes, tengo entendido que en La Española lo cultivan.

—Ya te he dicho que sí —contestó resoplando, y su flequillo bailó.

Camacho abrió la jícara y observó el contenido. Catalina se inclinó. La escasa luz no ayudaba.

—¿Lo ves? Como cagarrutas de una cabra enana —dijo ella triunfal.

El hijo del inglés movió el pilche. Las semillas susurraron al rodar por el fondo. Y tuvo un arranque de sinceridad.

—No sé para qué miro. No las he visto antes en mi vida…

Ella resopló.

—Te lo juro, Isidoro —apuntilló, sin poder reprimirse—, son semillas de tabaco.

Aunque su verdadero nombre era Samuel, hacía años que se le suponía Hernán de Montalbán o, para más señas, Hernán de la Puebla de Montalbán. Y, hombre comedido como era, jamás había pisado bajo el enorme cartelón con forma de cocodrilo.

Y no lo hubiera hecho en los años que le quedaban de vida de no ser porque Camacho se lo había pedido.

Nada se le había perdido allí. Pero allí estaba.

Se caló el sombrero, dio un paso adelante, dos atrás, dudó, se dijo algo a sí mismo en un susurro. Al cabo, se encaminó a la puerta.

Los que giraron su cabeza al oírlo entrar no la devolvieron a sus propios asuntos de inmediato. A todos les sorprendió verlo allí. Quien más, quien menos sabía que, si uno deseaba hacer un alto antes de la extremaunción, podía buscar remedios en dos lugares de Campeche. Con la bolsa vacía, se iba uno al convento de San Francisco y se llevaba una pinza para las narices; con la bolsa llena, mejor acercarse a la casita frente a los pórticos del barrio de San Román a que lo compusiera el marrano. Porque, fuera cierto o no que mantenía la fe de sus padres, lo que nadie dudaba, pese al nombre, era que el tal Hernán y su familia eran conversos.

Samuel se dejó mirar y remirar. Estaba acostumbrado. Sonrió, se despojó del sombrero y observó su alrededor, inseguro.

—Buena tarde nos dé el buen Dios —saludó con cortesía.

Toral cacharreaba en las cocinas. En dos mesas había solitarios batallando con jarras de vino, y en otras dos se dedicaban al juego. En una, dos cordeleros barajaban para echar una mano a triunfos; en la otra, el timonel mayor y el contramaestre de la *Balvanera* apostaban calderilla a las carreras marineras.

Y la mente inquieta del hebreo los observó con curiosidad, asombrado por aquel vicio del juego que las prohibiciones de la Corona no lograban erradicar y que a él, devoto judío, le resultaba tan ajeno.

Con un carboncillo se había pintado en el centro de la mesa un círculo como el de un real de a ocho y, rodeándolo, otro que correspondería a un cubo de baldear la cubierta. De una cajita de madera, sacaron algo tan pequeño que

Samuel solo adivinó de qué se trataba por el gesto. Los dedos sujetaban con delicadeza lo que podía aplastarse en un descuido. Y cada uno de ellos depositó su captura en el círculo central. Contaron hasta tres y empezaron a animar o abuchear según les fuera en ello.

Viendo lo que solo conocía de oídas, entendió de pronto qué era aquel asunto que tanto encandilaba a los marinos: gorgojos, los mismos que infestaban el pan recocido de a bordo.

De su corral en el centro de la mesa, los bichos se espantaban, y cada cual apostaba por el que cruzaría en primer lugar el siguiente trazo de carboncillo.

—¿Qué se os ofrece? —le preguntó Toral, llegándose al parapeto de barriles desde el que atendía a los parroquianos.

Samuel lo oyó, pero esperó a que la carrera terminase y a que el timonel, para disgusto del contramaestre, celebrase su victoria.

—Buenas —repuso volviéndose hacia el tabernero—. Me han dicho en la consulta, y lamento no haber tenido ocasión de probarlo antes, que os hacéis traer un orujo delicioso de tierras gallegas.

—Puede… —respondió Toral suspicaz.

Con aires cómplices, el hebreo se acercó y siguió hablando.

—Veréis, mi padre era de Monforte de Lemos y, durante toda su vida, aun después de mudarnos a la Puebla de Montalbán, mantuvo la costumbre de beber buen orujo de la tierra. Le gustaba tomar un vaso después de cenar, decía que era el mejor digestivo. —Compuso la expresión, como si reconociese que aquello era una nadería cualquiera pero que, aun sabiéndolo, no podía evitarlo—. Y yo hace años, desde que se acabó el que traje conmigo, que no he vuelto a catarlo…

Desacostumbrado a semejantes discursos entre sus parroquianos, Toral lo miró de arriba abajo.

—¿Y qué queréis, una jarrilla de orujo o una mención para el cabildo?

—Nada me haría más feliz que un poco de orujo con el que recordar a mi santo padre —reconoció Samuel con una sonrisa de aires beatíficos.

Aquello sirvió para que Toral se encogiera de hombros, y también para que los demás clientes se desentendieran.

El tabernero sirvió del barrilito aquel destilado que le enseñara el fraile de Santiago de Tequila. Y, cuando lo tuvo delante, Samuel tomó el vaso como si le hubiesen ofrecido una reliquia.

Con el mero aroma se dio cuenta de que aquello era tan orujo como él cristiano, pero, en lugar de quejarse, compuso la más amable de sus expresiones.

—Esto es delicioso, realmente delicioso, ¡qué recuerdos! Casi puedo ver a mi padre a punto de cruzar esa puerta —dijo, señalando la entrada.

Aquello colmó la paciencia de Toral, que se dispuso a regresar a la cocina, pero se detuvo en seco al oír lo que Samuel dijo a continuación:

—Y me pregunto yo, sin ánimo de causar inconvenientes, ¿no habría posibilidad de que me vendieseis el barrilito entero? No me malinterpretéis, es un gozo venir a esta santa casa, pero no puedo evitar preguntarme si podría disfrutar de ambrosía semejante en el calor de mi propio hogar.

Y, a continuación, para remarcar sus palabras, deshizo la cinta que ataba su bolsa al cinto y la depositó en los barriles, con un tintineo que hizo asomar los dientes de Toral en una sonrisa.

Lleno de amabilidad el uno, cubierto de avaricia el otro, negociaron durante un rato. Hasta que, por un precio desorbitado, terminaron por darse la mano y sellar un trato.

—Y ahora, para celebrarlo, por favor, tomad un vaso y bebamos juntos —propuso el hebreo.

Toral no se pudo negar. Sirviendo del barrilito, llenó hasta rebosar una jarra y, de paso, no se olvidó de hacer lo propio con un vaso.

En todo aquel rato solo entraron un par de clientes más, que se acomodaron rápido con vino de la casa y que permitieron al hebreo seguir dando coba a Toral, sin otra preocupación que mantener lleno el vaso del tabernero.

Para cuando los marineros de la *Balvanera* se cansaron de hacer correr a los gorgojos, Toral estaba encantado por el dinero fácil, y también achispado. Entonces hizo el hebreo la pregunta que lo había traído hasta allí:

—Si no estoy mal informado, el maese Fragoso se hospeda aquí mismo, ¿no es así?

Aquello dibujó un mohín en los labios al tabernero. Se echó hacia atrás, muy serio.

—No. ¿El maese? No —negó sacudiendo la cabeza—. Además, ha dicho que no quiere ser molestado, anda con mucho ajetreo.

Samuel se cuidó de señalar el renuncio.

—Claro, claro, a punto de zarpar, es razonable.

—Seguramente aún estará en el puerto —aventuró Samuel.

Toral miró a ambos lados, se inclinó sobre los barriles y se llevó un dedo a los labios, que quedaron apretados cómicamente.

—Sssshhhh…

Cómplice, el hebreo se inclinó también y repitió el gesto, haciéndose cargo de que había llegado el momento de las confidencias, y, para remarcarlo, volvió a llenar el vaso de Toral, que fue vaciado en un suspiro.

—Debería haberle subido ya la cena —dijo, pese a que el espiritoso le trababa la lengua—. Era lo que andaba trajinando en la cocina cuando llegasteis.

—Ah, entiendo.

El tabernero asintió, hinchando el pecho, como si hubiese recibido encargo de preparar un banquete en Aranjuez para las infantas. Y Samuel tendió la red.

—Pues deberíais daros prisa. Podría enojarse por la demora.

Algo brilló en los ojos de Toral, que se apuró hacia la cocina, pero sin dejar de mirar el vaso vacío con una pena honda, como la de un penitente en procesión de Misericordia. Samuel lo llenó de inmediato acabando la jarra.

—No puede decirse que maese Fragoso sea hombre de buen carácter —reconoció, sin que el hebreo pudiera saber si el tabernero hablaba para sí.

Cuando Samuel le ofreció la jarra vacía para que volviese a llenarla, la preocupación del tabernero se esfumó.

—Podríais decir al maese que bajase a cenar a la sala. Podríamos los tres compartir este fantástico orujo.

Toral ni siquiera se percató de que el hebreo solo mediaba el primero de los vasos que se habían servido. Y la perspectiva de seguir disfrutando de su propio destilado lo privó de negarse.

—Veréis, en realidad, yo tengo grandes intereses que me gustaría discutir con maese Fragoso, algo delicado que, me temo, no puedo compartir —dijo Samuel, guiñando un ojo.

El tabernero devolvió el guiño; sin embargo, su expresión era la de estar a punto de negarse, de modo que el hebreo no le dio tiempo a respirar.

—Yo comprendo que puede resultar inconveniente —reconoció, acercando el vaso lleno a la mano del posadero—. Pero es un asunto de vital importancia en las más altas esferas, algo… —Calló abruptamente. Y fingió disgustarse por haberse ido de la lengua—. Algo capital.

El vaso se vació.

—Yo correría con los gastos de la cena y de la bebida, por supuesto. Además, como se haría tarde ya, creo que mejor sería que no mandase para que vinieran a recoger ese barrilito de orujo.

El ceño fruncido mostraba que no todas las palabras habían llegado a destino.

—Correría con los gastos y habría una propina generosa. Y digamos que el barrilito se quedaría aquí hasta la semana que viene, porque yo, desafortunadamente, debo viajar a Mérida mañana.

Y el vaso volvió a llenarse.

Y el hebreo, al comprender que hacía falta espolear la montura, ofreció algo más.

—No debería desvelar más de este asunto a no ser al propio maese Fragoso —añadió bajando la voz—, pero se ve a la legua que sois hombre de fiar. ¿Me guardaríais un secreto?

La estiba de la *Balvanera* había terminado al fin.

Se había retrasado, como siempre con las naos de la flota. Y, en la penumbra del anochecer, el trabajo había tenido que finiquitarse a la luz de hachones desperdigados por el muelle.

Además, cualquiera con ojo marinero podía ver que la nao iba sobrecargada y que la obra viva sufriría con mala mar, pero Roa no perdió un instante. Eso se lo dejaba al patrón.

Él tenía asuntos distintos de los que ocuparse.

Junto a él caminaban el gaditano Juan y el paticorto Lucas Dos Pasos. Dejaban tras ellos el atracadero, los hurras de los estibadores y el alivio de los capataces.

Se encaminaban a la salida del puerto. A su derecha, a lo lejos, la única torre de las defensas señoreaba un cielo encapotado en el que no había modo de encontrar la luna. Lloviznaba con lástima, como si los cielos terminasen desganados una tarea pendiente.

Sus rostros ojerosos delataban las pocas horas de sueño y los esfuerzos de los últimos días, pero en el rictus del veterano se adivinaba que aquellos inconvenientes eran naderías. Caminaba tan rápido que Lucas, cada pocos pasos, tenía que dar un brinco para seguir el ritmo.

Tras ellos quedaba también la soldada de la nave haciendo rondas por el muelle, y ante ellos aguardaba junto a la reja Urdaneta, en compañía de uno de los hombres del tudesco de Bacheli, un siciliano malcarado de tez aceitunada y cabellos negros comprado por los dineros de la bolsa del propio Roa.

Apenas se acercaron, sin importarle que los guardas lo oyesen, Roa preguntó:

—¿Alguna noticia?

Urdaneta tragó antes de contestar, a sabiendas del humor del veterano.

—No —respondió escueto—, como si se los hubiera tragado la tierra.

El gaditano apretó con fuerza el pomo de la cinquedea que llevaba al cinto, pero no se atrevió a intervenir.

—Tienen que andar cerca. —Roa chascó la lengua con disgusto.

Los guardas abrieron la reja para que los hombres de Mora se reunieran.

—Lo siento en los huesos. Ese inglés cabrón trama algo.

En tanto se internaban en el barullo de esos días por los alrededores del puerto, Urdaneta se permitió el lujo de recitar buenaventuras.

—A lo mejor se ha marchado —sugirió—. Me cuesta creer que se atreva a intentar algo. Aquí hay más guardas que en Ostende… No conseguirían nada, ¡ni asediando el puerto! ¿Qué van a hacer? Son un escribano, un cojo y una puta…

—Y un fraile gordo —apuntilló el gaditano—, y se las apañaron para matar a mi hermano —añadió con rabia, apretando tan fuerte la empuñadura de la cinquedea que los nudillos blanquearon.

Roa se dejó un requiebro de los labios en el aire. Le importaba una higa que hubieran apiolado a Antón. Lo que quería era que el inglés mordiese el polvo.

—No se ha marchado. De eso puedes estar seguro —tascó entre dientes —. ¿Para qué iban a comprar ropas?, ¿y el zurrón? Y lo que es más importante, si pensaba marcharse, ¿para qué demonios necesita el lacre y el recado de escribir que se llevó de la tienducha de Rielo? Puedes apostarte lo que te cuelga entre las piernas a que siguen por aquí, enredando.

A su alrededor, buena parte de los lugareños, descontando a los estibadores, disfrutaban de la feria que celebraba la partida. Los que tenían dineros para gastar se los dejaban en puestos y tenderetes; los que no, cotilleaban con envidia. Y entre ellos se movían los rateros y, si se hacía caso a las malas lenguas, también los floreadores de la Garduña, cortando cinchas de bolsas o despistando las faltriqueras de los más borrachos.

—¿Dónde están los demás? —preguntó con urgencia.

—Nuno cojea con uno de los nuevos —dijo con retranca—; hacen ronda por los alrededores de la casa de Bacheli, como ordenaste. Y el toledano se ha llevado a otro. Están con Mora. Creo que el patrón iba a encontrarse con el maese de la *Balvanera* en casa de la Brava.

La única respuesta fue un gruñido.

—Pues demos una vuelta por la feria.

A Lucas Dos Pasos se le escapó un gemido de fastidio, pues lo que deseaba, más que ninguna otra cosa, era tumbarse y espantar el cansancio. Roa, al oírlo, se volvió de inmediato.

—¿Tienes alguna idea mejor?

Si le hubieran preguntado cómo lo había hecho, Lucas hubiera sido incapaz de explicarlo. Ni siquiera viéndola, como la veía con sus propios ojos,

podía creer que la vizcaína de Roa bailara en dedos expertos a una pulgada de su riñonada, esperando un leve empujón.

Y Lucas se la había visto usar. Era un arma sin abatanado. Pulida hacia los dos filos. Cuando entraba, se agarraba a las tripas; no había canal por el que la herida respirase. Al retirarla, se traía el triperío con ella. El ruido era como el de pisar un charco.

Así le gustaba a Roa. El que se llevaba el tajo quedaba oliendo el tufo de su propia mierda, sabiendo que le esperaba tormento en una vida que no duraría mucho.

Ni se le ocurrió pestañear. No dijo nada.

—Pues vamos —ordenó Roa enfundando el arma.

Se mezclaban los olores de comida con los del ganado a la venta, y también los del puesto de un cerero que vendía velas, cirios y mechas largas para pebeteros.

Urdaneta prendió uno de sus cigarros y fumó con gusto, contemplando la brasa arder.

—Es una pena que mañana no haya festejo de toros. Lo echo de menos —dijo para quien quisiera escucharlo.

Pasaron junto al puesto de una mujeruca que vendía ungüentos preparados con grasa de oso, infalible para las coyunturas doloridas y los padecimientos de reuma. Y, pese a que nadie había visto un oso en la selva del Yucatán, un tipejo picado de viruela compraba uno de los tarros.

El murmullo de las gentes subía y bajaba. A lo lejos, alguien cantaba una tonada marinera. También se oían risas. Ante un corro de curiosos, un malabarista movía en el aire seis pelotas de colores mientras un criajo, que debía ser su hijo, pasaba un bonete sobado recaudando voluntades.

Pasado el susto, Lucas tuvo tiempo de mirar con hambre los zarajos que ofrecía un manco. Dorados, enrollados en sarmiento y fritos hasta estar crujientes, anunciaban con un delicioso aroma el mimo del adobo. Se prometían deliciosos, pero, después de la advertencia recibida, no se atrevió a pedir permiso para darse el capricho.

Por eso le sorprendió que Roa sugiriese una parada.

—Matemos el tiempo. Podrían pasar por aquí…

Urdaneta, el gaditano y el mismo Lucas, relamiéndose por los zarajos que no cataría, se miraron con intención. Pero ninguno de ellos abrió la boca. Todos conocían la querencia de su jefe por el juego.

No lejos de aquel puesto de zarajos, en una esquina en la que el paso de gentes estaba asegurado, con mucho incauto al que atraer, había un tuerto que

se cubría el ojo vaciado con un pañuelo. Aparte de eso, vestía buen jubón de lanilla, y por la bocamanga asomaban puños de puntilla. Vocinglero, embaucador, animaba a quienes caminaban a su vera.

—¿Quién es el valiente que se atreve a jugarse unas monedas? —preguntaba con intención.

Y, si nadie se detenía, sonreía soltando pullas.

—Va a resultar que Campeche está abarrotada de cobardes arruinados. Bastan cuatro reales para probar suerte… ¿Quién se anima?

El entretenimiento, más y más popular cada día, se decía descubierto en el Perú por los valientes que cruzaron la raya de Pizarro.

En la tapa de un tonel había varios agujeros y, en medio, una rana de hierro con la bocaza abierta, dispuesta a engullir las monedas que los atrevidos quisieran tirar.

Si se tenía el tino de hacer que el bichejo se tragase lo lanzado, uno podía llevarse las pérdidas que los poco afortunados hubieran colado por aquellos buratos. Pero el dueño del barril tenía que comer, así que los más honrados mantenían el tesoro bajo la tapa al mínimo, vaciando de lanzamientos herrados el tonel, y los que tenían alma de estafador se aseguraban de que la rana fuese boquifina.

El del pañuelo no era ni lo uno ni lo otro, sino más bien un avispado atento que captó la codicia en los ojos del veterano en cuanto lo vio acercarse.

—Por los cuatro reales de un tostón de plata tenéis tres oportunidades. No puedo daros más… Los soldados tenéis siempre buena puntería —añadió, zalamero.

Tal y como había aconsejado el indio, se aprovecharon del jacaranda, de sus sombras y de la esquina de un callejón al taller de un zapatero remendón.

Ahora que caía la noche, el puerto empezaría a vaciarse; pronto, jornaleros, estibadores, marineros y todos a quienes la *Balvanera* mantenía ocupados empezarían a desperdigarse por la villa. Y muchos terminarían la jornada allí. Pero, hasta entonces, podían estar seguros de que nadie los había visto, porque el trajín de gentes había sido escaso.

Sin embargo, llevaban tanto tiempo esperando que temían que todo se hubiera ido al traste.

Catalina refunfuñaba. Zacarías mordisqueaba un hierbajo, y Camacho taconeaba haciendo bailar frenéticamente la puntera de su bota.

Pero por fin vieron cómo un inseguro Toral aparecía bajo el enorme cartelón de madera.

El tabernero dio tres pasos al frente antes de echar medio atrás y tambalearse. Necesitó apoyarse en la pared para asegurarse de que no acababa con los morros en el suelo.

Lo vieron acometer los primeros peldaños en la escalera lateral, como un niño de teta en sus primeros pasos. Luego lo perdieron de vista. La esquina se lo tragó. Aunque no tardaron en oír el murmullo de voces.

Para cuando el maese de la *Balvanera* y el tabernero pasaron bajo la enorme cabeza de cocodrilo, el levante tenía ya encima un manto purpúreo, como si aspirase a cardenal, y la noche se presentaba con nubes que hacían encaje con las estrellas.

Comenzó a lloviznar.

Fue entonces cuando Camacho se giró hacia el antiguo esclavo.

—¿Estás seguro de que podrás hacerlo?

Zacarías torció el rostro.

—No estaría aquí si no pudiese.

Camacho cató aquello con seriedad, tratando de descubrir qué escondían los oscuros ojos del negro.

—De acuerdo. ¡Vamos! Debemos apurarnos, en breve esto será un hervidero.

Las gorduras de Gundemaro y la cojera del indio habían desaconsejado su compañía. Era evidente que se corría el riesgo de tener que poner pies en polvorosa. Pero no se habían quedado en la cueva templando los nervios a la espera de acontecimientos.

A Camacho, preocupado por todos los detalles, se le había ocurrido tarea suficiente. Ambos habían ido al barrio del puerto, donde, a punto de terminar los preparativos para zarpar, habían comenzado otros bien distintos: los necesarios para la feria con la que se celebraría el acontecimiento.

También Catalina debería haberlos acompañado. Hubiera sido útil volver a hablar con Tomasa sobre los entresijos de la fiesta. Sin embargo, ella se había negado. Le había parecido una tarea menor, y quería dedicarse a menesteres de mayor enjundia.

Y allí estaba.

Como Camacho, que cargaba con un zurrón que se adivinaba ligero.

Y Zacarías, que llevaba las manos vacías.

Gatos al acecho de un ratón despistado, no abandonaron las sombras hasta asegurarse de que no había nadie en los alrededores. Se apresuraron a cruzar el mosaico de flores de jacaranda y pasaron de largo junto al cartelón de madera para subir a toda prisa los escalones que corrían por el lateral de la posada.

Llegó entonces el primer momento peliagudo.

Ni siquiera sabían si la puerta que los esperaba al final de la escalera estaría cerrada. No habían tenido tiempo para preparar mejor aquel asalto a la torre, y ninguno de ellos era caballero con veteranía en lides semejantes.

Al ver la enorme cerradura de forja, a Camacho se le atragantó el aire. Pero el esclavo se adelantó y empujó suavemente para descubrir que la hoja se abría. Quizá Toral no usaba la llave hasta bien entrada la noche, o quizá los huéspedes tenían copias. No les importó. Entraron sin más que un vistazo atrás para comprobar que nadie los hubiera visto allanando la posada.

—¿Qué habitación es? —preguntó Catalina cuando se enfrentaron al pasillo.

—Tendremos que averiguarlo. —Camacho se encogió de hombros.

No tan distinta a la segunda planta que tan bien conocía Catalina, en aquel corredor había solo cinco donde elegir.

De la primera, la más cercana a la salida, brotaban unos ronquidos prodigiosos a los que solo faltaban chispas y centellas para creerse tragado por una galerna.

La última se acantonaba con el chaflán del techo y, aun desde fuera, se podían echar cuentas de que el acomodo era poca cosa, impropio para un maese.

Quedaban tres.

Camacho se paseó por delante de las puertas mientras Catalina, inquieta, miraba a la entrada a cada poco.

—Esta no puede ser —anunció, señalando la del medio—; hay telarañas en el ojo de la cerradura.

En las dos restantes no encontraron indicios que resolviesen el misterio. Tendrían que tentar la suerte, y Camacho dejó que el negro eligiese.

Zacarías no pareció tener inconveniente en que el trabajo fuera el doble, y se agachó frente a la primera de ellas. Escuchó con atención para asegurarse de que estuviera vacía y, una vez convencido, examinó la cerradura. Al verlo así, Catalina no pudo reprimirse.

—¿Cómo aprendiste a hacer algo así? ¿Has trabajado para un herrero?

Camacho hubiera preferido que guardasen silencio, pero no protestó. Ya de niña había sido incapaz de contenerse cuando planeaban una travesura.

—Yo solo he tenido un trabajo en mi vida —dijo sin distraer su labor—, el de esclavo.

Ella, sin entender la relación, se quedó a la espera de mejores explicaciones.

Zacarías sacó de una landre en la faldilla del jubón dos varillas de hierro que parecían bicheros en miniatura y, mientras trasteaba con ellas en la cerradura, se explayó:

—Me he pasado más de la mitad de mi vida encerrado, aherrojado o cargando con grillos —dijo sin acritud ni resentimiento, señalando con naturalidad un hecho cierto—. Y me he fugado tantas veces que ya no puedo acordarme de todas. No estaría hoy aquí si no hubiera aprendido. Tuve que hacerlo, y rápido, ya en la carraca apestosa en la que vine a estas tierras…

—¿En la carraca?

En el interior de la cerradura sonó un repicar de metal moviéndose contra metal y, obligando el asa de la manija, Zacarías abrió la puerta y la dejó entornada.

—En la carraca —repitió—. No hacía falta ser un licenciado para darse cuenta de que más valía morir libre que vivir preso —continuaba hablando como si contase una anécdota al amor de la lumbre—. Íbamos apilados como leña, unos encima de otros, y encadenados de a tres o de a cuatro, según cuadrase.

El desapego asombró a Catalina. Lo sintió impropio de los horrores que imaginaba en la miseria de aquella carraca.

—Si tus compañeros de cuerda morían, no se tomaban el trabajo de liberarte; te echaban por la borda junto a los cadáveres. Eso es lo que vale la vida de un negro para los portugueses: el tiempo de apañar unos grilletes…

Oírlo de primera mano hizo que a Catalina se le escapasen las manos a la boca. Entretanto, Zacarías guardaba con naturalidad las ganzúas.

—Uno se murió a base de cagarse encima hasta que no fue capaz de echar otra cosa que sangre maloliente. A otro lo mató la sed. Al tercero se le abrió la tapa de los sesos cuando golpeó una cuaderna al cruzar mala mar. Cuando vi que era el único que aún respiraba, usé un clavo del barco que estaba suelto —enseñó un índice en el que la uña crecía deforme y de un color extraño—. No sabía lo que hacía, pero no hacer nada hubiera sido peor. Me pasé horas hurgando en los grillos con aquel clavo. Hasta que conseguí liberarme…

Con suavidad, temiendo oír una protesta en cualquier momento, empujó la puerta de la habitación. Estaba vacía.

—Echaron a mis compañeros por la borda y a mí, después de dos docenas de latigazos con el rebenque, me encadenaron de nuevo a otros desgraciados.

Camacho entró mientras él seguía hablando.

—Esa fue la primera vez.

Catalina hubiera preguntado más, pero en cuanto entraron en la habitación comprendió que no era el momento.

—No es esta —anunció Camacho—. Vamos a la otra.

No les cupo duda de que tenía razón. Algún huésped debía ocuparla, pero no había allí ni cofre de marinería ni cosa alguna que sirviera de utilidad a un hombre de mar.

El bolsón de cuero sobado, arrinconado en una esquina, y la falta de otros objetos personales delataban a un viajero frecuente, ligero de equipaje porque esperaba pasar poco tiempo en Campeche. Quizás alguien que había traído algún recado antes de la partida de la *Balvanera*. Pero no el maese.

Con la siguiente puerta, el negro fue aún más rápido.

Bastó franquear el umbral para darse cuenta de que aquellos tenían que ser los aposentos de Salustio Fragoso.

Y era obvio que llevaba largo tiempo ocupada. Había un capote recio, encerado, con tantas guardias a cuestas que las arrugas de las posturas se clareaban; colgaba en uno de los ganchos hechos con pezuña de cerdo que decoraban la pared. En un rincón reposaba una arqueta forrada en becerro con cantoneras de bronce, y Camacho adivinó el contenido rápidamente:

instrumentos de navegación. Una bombilla de señales, con un caro cristal grueso, descansaba apoyada en el suelo, junto a una cajonera pegada a la cabecera de la cama. Y, a los pies, destacaba un enorme cofre de más de una vara de largo reforzado con listones de hierro forjado y grandes remates. Era un cofre marinero, el de alguien con posibles.

Además, olía a brea, a madera mojada y a salitre. Como una camareta en el castillo de popa.

Allí, a la vista, en la mesa, se advertía una montonera de papeles y recado de escribir.

—Démonos prisa —urgió Camacho—. No sabemos si Samuel conseguirá que muerda el anzuelo.

Empezó por la mesa. Movió con tino cada papel para, tras defraudarse, devolverlo cuidadosamente a su lugar. Trabajó con tanto esmero y tan rápido como pudo. Y sus compañeros lo dejaron hacer, porque ellos no tenían idea alguna de qué aspecto tenía un manifiesto de carga.

—No lo encuentro —se quejó al poco, con cara de angustia.

—¿Cómo que no lo encuentras? —preguntó Catalina—. No lo va a llevar encima… Tiene que estar aquí.

Camacho reflexionó.

Del piso inferior llegaba ya la algarabía que anunciaba que los trabajos del puerto habían terminado. Se avecinaba una noche agitada en El lagarto. Los cánticos aún sonaban entonados; ya habría ocasión de desafinar cuando el vino corriese.

—A lo mejor se lo ha llevado ya a la *Balvanera*…

—Más nos vale que así sea…

No pudieron seguir hablando.

Alguien había abierto la puerta de las escaleras y caminaba por el pasillo.

El maese de la *Balvanera* era un tipo ceniciento parapetado tras un ceño fruncido. De esas gentes que en plena verbena se lamentan de que pronto terminará la fiesta.

Tenía cierto aprecio a Toral porque, como el tabernero, él también era de origen gallego. De la muy leal Cangas del Morrazo, como le gustaba puntualizar. Provenía de una familia de raigambre asentada en el barrio de la imponente colegiata y, durante generaciones, los suyos se habían ganado el pan con las salazones de sardina y los secaderos de pulpo, hasta que, colmando sus ansias de medrar, el propio Salustio se había aventurado en aquel trajín con las Indias.

Cuando pasó bajo el cartelón de madera, su eterno ceño fruncido delataba reticencia. Pero lo oído obligaba, así que, para cuando llegó a la mesa del tal Hernán de Montalbán, ensayó un saludo cortés que no disimuló sus aires pesimistas.

—Mi señor Fragoso, cuánto os agradezco que os hayáis animado a bajar.

El maese se fijó en las ropas y el aspecto del médico y no se molestó en disimular la mueca de desdén. Entre ambos quedó Toral, en cuyo rostro sonreía bobalicón el espiritoso trasegado.

—Tomad asiento, por favor —ofreció el hebreo.

El maese permaneció en pie, en silencio, con aquel entrecejo desconfiado.

En tromba entraron entonces algunos jornaleros del puerto, que ya traían la tonada puesta y venían dispuestos a arreglarse los callos de las manos con las jarras de vino de la casa. Y Toral, chistando la lengua con disgusto, tuvo que atender a sus obligaciones.

Cuando se quedaron solos, el uno frente al otro, con la mesa en medio, el maese abrió la boca por primera vez:

—Mi tiempo es escaso, y en mi opinión el segundo mandamiento se queda corto: no hay que mentar a Dios en vano, pero tampoco a su majestad el rey y menos aún a Castilla. Bastante desgracia tenemos ya con herejes, piratas, ingleses, francos y los peores de todos, los judíos.

Los brazos en jarras, el tono frío y aquel entrecejo decían más que sus palabras. Si hubiera fruncido más el ceño, la frente se habría quebrado

limpiamente en dos.

—¿Qué es eso que he oído de que la corte precisa mis servicios? —añadió.

El hebreo temió que el asunto se le escapase de las manos. Aquel hombre tenía un temperamento aún más recalcitrante de lo que había supuesto.

—Por favor, recordad que la pérfida Isabel tiene espías hasta bajo la cátedra papal —dijo en tono cómplice—. Os ruego que bajéis la voz.

La mención a los agentes ingleses sorprendió al marino y, por un momento, las cejas aliviaron su presión.

—Tomad asiento, bebed y escuchad —continuó Samuel, sentándose él mismo—. Lo más que podéis perder es un poco de tiempo, pero podéis ganar mucho. El servicio que brindaríais a Castilla sería incomparable.

Fragoso era hombre del rey, de los que habían sentido un profundo dolor al conocer el descalabro de la armada en las costas inglesas, y la mención de Castilla le hizo sacar pecho.

—¡Santiago y cierra, España! Salustio Fragoso siempre estará dispuesto a servir a su Corona.

Y el maese tomó asiento, pero la desconfianza pintada en el rostro avivó los temores de Samuel, que, de pronto, antes de que pudiese decir una sola cosa, quedaron plasmados con rudeza.

—Dicen que sois converso…

El hebreo, a quien Camacho había advertido, encajó el golpe con soltura. Y contestó como llevaba haciéndolo años:

—Y bastante desgracia es esa —reconoció compungido—. Nací con la carga del pecado original, de la que me rescató el bautismo. Pero también con una terrible herencia por la que sigo haciendo contrición cada día —continuó con el mentón agachado, con vergüenza—. Por eso mismo rezo con fervor: para encontrar misericordia divina que libere mi conciencia.

El abierto reconocimiento, como solía suceder, descolocó a su interlocutor, que había esperado excusas y negaciones.

—Soy converso, sí. Pero también lo son buenas familias que trabajan para la Corona en Orán, en Mazalquivir o en la Real Chancillería de Granada.

El estupor aflojó el ceño del maese, y Samuel no le dio tiempo a masticar lo oído.

—Nací judío, pero vivo como buen cristiano y como orgulloso castellano —declaró patriótico—. Al servicio de Dios y de la Corona.

Estas últimas palabras arrancaron un leve asentimiento del marinero.

—Está bien —dijo, analizando el contenido de la jarra y haciendo un gesto al atareado Toral para que trajese otro vaso—. ¿Qué queréis?

Al estar frente a un marino, a Samuel se le ocurrió que acababa de sortear los traicioneros bajíos de un arrecife, pero que aún tenía delante una marejada que podía desaparejarlo. Miró al techo, preguntándose cómo estarían haciéndolo el negro, la muchacha y su amigo, y continuó con la pantomima.

—Obra en mi poder algo que debe llegar a Toledo cuanto antes.

—No hay puerto en Toledo —repuso Fragoso con sorna.

—No —reconoció Samuel—, pero desde la victoria contra los moros en Tolosa sí hay camino seguro que lleve desde el Guadalquivir a la ribera del Tajo.

—Soy un hombre demasiado ocupado para correr a Toledo después de atracar —rechazó el maese, braceando de nuevo para que Toral le trajese un vaso.

—¿Demasiado ocupado como para dar en las narices a un francés? ¿Demasiado ocupado para que los espías ingleses se hagan con un cargamento de valor incalculable?

Aquello hizo brincar los ojos del marinero.

—¿Ingleses? ¿Un francés?

Samuel asintió.

—Los ingleses meten las narices en cualquier cosa que dé dinero, ya sabéis que, si hay un pueblo sin escrúpulos, ese es el inglés. Y en cuanto al francés, hablamos de un pisaverdes peripuesto que sirve como embajador en Lisboa y que responde al nombre de Jean Nicot.

—¿Y qué tiene que ver Toledo con ese tal Nicot? Y lo que es más importante: ¿qué pinto yo en medio de ese embrollo?

Llegó por fin Toral con el vaso y, de no ser porque lo llamaron de otra mesa, se hubiera sentado para seguir disfrutando de su propio destilado.

—Ese tal Jean Nicot es un ladrón miserable que se ha aprovechado de las bondades que los siervos de Castilla hemos descubierto en estas tierras de Nueva España.

Solo por un breve instante, el ceño se destrabó, y una de las cejas se alzó en una muda pregunta.

—Como sabréis, además de converso, soy también médico y, desde la expedición que mandara el rey Felipe, Dios lo guarde por muchos años…

—Así sea —interrumpió Fragoso.

—Así sea —coincidió Samuel, haciendo acopio de paciencia—, así sea. Pues bien, desde la expedición que lideró Francisco Hernández, buena parte

de las plantas y maravillas de estas nuevas tierras se han estado estudiando y se han llevado a Sevilla para servir a la cristiandad.

El marino asintió. Era un cuento conocido con protagonistas como los tomates, la patata o los pimientos.

—Hombre ilustre y digno de admirar ese Francisco de Hernández, un castellano de los pies a la cabeza, un héroe de la Corona —admitió con fervor.

—Ciertamente. Sin embargo, el embajador Nicot se ha aprovechado de uno de los ejemplares llevados a Sevilla para gloria de Castilla. Veréis, unas pocas muestras acabaron en Portugal, y allí se hizo con ellas esa sabandija de Nicot, y ahora les saca provecho para abrir mercado más allá de los Pirineos.

—Esos condenados franceses —tascó el marino con desprecio—. ¡Herejes!

—Esos condenados franceses, efectivamente —le siguió la corriente Samuel—. Según parece, su reina Catalina…

—Esa Medici, la misma que ha sido incapaz de meter en vereda a los hugonotes…

El hebreo no estaba al tanto de las intrigas del país vecino, pero volvió a dar por buenas las apreciaciones del marinero.

—Exactamente. Catalina de Medici sufría, según se cuenta, de terribles migrañas. Y ese embaucador de Nicot le ofreció un remedio que, hombres de ciencia como yo, aún estamos tratando de descubrir en todo su potencial, pero que surtió efecto —remarcó—. Entonces, Catalina acogió bajo su tutela al tal Nicot y promocionó su milagroso remedio y, desde ese momento, aprovechando la fama, esa sanguijuela de Nicot amasa una fortuna con algo que descubrieron los castellanos y que, en buena lid, pertenece a Castilla.

—Malnacido franchute —repuso Fragoso indignado—. Pena que en San Quintín no hubiéramos arrasado con todos. Demasiado magnánimo fue el buen rey Carlos cuando dejó con vida a esos cantamañanas.

—Cierto, el emperador se dejó llevar por su buen corazón. Pero eso no es todo… A instancias de Nicot, este remedio se cultiva ya en Francia, ¡y se vende a ingleses y flamencos! ¡Sacan rentas que deberían ser de Castilla!

El escándalo desató definitivamente el entrecejo del maese.

—¿Cómo se atreven?

—No lo sé, pero lo hacen, se atreven —repuso el hebreo con tristeza—. El negocio es floreciente, y la Real Hacienda se queda sin recaudar lo que le corresponde en justicia.

—¡Miserables!

Sabiendo lo que Camacho le había contado sobre las reticencias del maese respecto del quinto real, a Samuel le costó contener una sonrisa.

—Sin duda, unos perros miserables. La situación es desesperada.

—Hay que hacer algo —propuso el marino, resuelto.

—Precisamente por eso he querido reunirme con vos —dijo el hebreo, sacando de su jubón un saquito de ante y poniéndolo en la mesa.

Habían decidido deshacerse de la humilde jícara y guardar las semillas con algo más de elegancia.

—Desafortunadamente —prosiguió Samuel en el mismo tono fúnebre que hubiese empleado para confesarle a un paciente que su mal resultaría fatal de necesidad—, ya es tarde para detener esta sangría.

Dejó la idea en el aire para que carcomiese al marino.

—Algo podrá hacerse; de no ser así, no estaría yo aquí.

—Puede que aún estemos a tiempo de mitigarlo —asintió el otro, como dándole la razón al marino—. Veréis… Ese remedio que ofreció Nicot a su reina fueron hojas de tabaco —hizo una pausa cargada de intención—, y en este saquito hay semillas de tabaco.

El marinero fue a decir algo, pero Samuel se atrevió a interrumpirlo.

—Sí, ya lo sé, se cultiva en La Española y también, como puede que no sepáis, en los cigarrales a orillas del Tajo desde hace años, gracias a las semillas que llevó, precisamente, el médico Francisco Hernández de Toledo, médico de la corte de su majestad, médico personal del rey Felipe, el hombre que la Corona eligió para conocer y explorar las virtudes de la historia natural de estas Indias.

Aquello pareció decepcionar al marino, que estuvo a punto de preguntar en voz alta para qué diantres servía entonces aquel saquito sobre la mesa.

—No nos hemos presentado formalmente —se anticipó el hebreo, haciéndose cargo—. Soy Hernán de la Puebla de Montalbán.

Aquello despistó al otro. Y el barullo que llegaba ahora desde el último rincón de la taberna no ayudaba. Un jovencito de rostro angelical cantaba con voz atiplada tonadas picantonas que hablaban de amores en pajares y maridos cornudos. Y todos los presentes tarareaban, jaleaban o reían.

—La Puebla de Montalbán está a un agradable paseo a caballo de Toledo; la misma Toledo donde nació y se crio Francisco Hernández, y la misma donde ejerció de padre para su hijo Juan. —Iba a callar cuando añadió algo más—: Y la misma a cuyos pies corre el Tajo que riega los cigarrales.

—¿Os conocéis? —preguntó admirado.

—Lo conozco, estudiamos juntos en Alcalá de Henares —dijo con modestia—. Y, cuando Nicot empezó a traficar con tabaco, mi querido Francisco me escribió para pedirme ayuda. Desde entonces, yo he estado reuniendo las mejores semillas, las más fértiles, las variedades más apreciadas por los indios, las más productivas. Ahí, en ese saquito, tenéis mi trabajo de largos años —dijo, como rindiendo una ofrenda—. Y ha llegado el momento de que alguien le haga llegar el fruto de mis desvelos a mi buen Francisco, que trabaja sin descanso en el cigarral del Santo Custodio, perteneciente a otro de los alumnos de la Universidad de Alcalá y también compañero en nuestros estudios, el arzobispo de Toledo e inquisidor general, el ilustre Bernardo de Sandoval y Rojas, con quien también comparto amistad pese a mi condición de converso.

Tomó aire Samuel y fijó la vista en el marino.

—Todo a fin de parar los pies a los franceses y a ese indeseable de Jean Nicot —concluyó, fingiendo desprecio—. Puedo aseguraros que en Toledo esperan estas semillas como agua de mayo…

Sirvió algo más del espiritoso de Toral. Una ración en cada vaso, y tomó el suyo para alzarlo proponiendo un brindis.

—Y puedo aseguraros que su eminencia el arzobispo sabrá recompensaros si lleváis a Toledo estas semillas.

Quedó el envite del lado del marino. Había llegado el momento de seguir adelante, o echarse atrás y de llevarse las manos a la cabeza.

Samuel esperó, sin atreverse a añadir nada más.

Fragoso bebió la última ración y devolvió el vaso a la mesa con fuerza. Su ceño fruncido hacía temer al hebreo que en cualquier momento el maese lo mandaría a hacer gárgaras.

Esperando una reacción, Samuel pensó en Camacho y los suyos. Era imposible que hubieran tenido tiempo a hacer lo que debían.

Los dos hombres se miraron intensamente. Calibrándose.

Samuel tomó la determinación de hacer lo que fuera necesario para evitar que el maese volviese a su habitación. Si no se había tragado la historia, pensaría en otra artimaña. Haría algo distinto.

Salustio Fragoso inclinó el rostro, se atusó los bigotes, se sirvió de nuevo y contempló durante un buen rato el vaso, con la misma expresión ceñuda con la que hubiera intentado adivinar los fondos de un bajío antes de permitir que la *Balvanera* se aventurase en aguas desconocidas.

Samuel creyó ver las dudas en los ojos del marino. Temió que las cosas se torciesen.

El marino empezó a hablar, se detuvo y volvió a beber. En esta ocasión dejó el vaso con menos ansia y, súbitamente, su expresión ceñuda se volvió amable.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer?

Poco faltó para que al hebreo se le escapase un suspiro. Se recompuso pronto, y empezó a desvelar detalles de un plan imposible que jamás se llevaría a cabo. Santos y señas, puntos de encuentro y cuantos disparates se le ocurrieron para aderezar la historia.

Daba lo mismo. Para cuando el maese descubriera que todo era una engañifa, ya no importaría.

En absoluto silencio, conteniendo la respiración, atentos al más mínimo ruido, los tres aguzaban el oído.

Tanto les había sorprendido el repicar de aquellos pasos que ni siquiera se les ocurrió ocultarse, ni tan solo intentarlo.

Se acercaban. Recios, tacones de botas pesadas, gastadas por leguas. Y se habían detenido frente a la puerta.

Catalina no lo pudo evitar; tomó una de las manos de Camacho. Y él bajó los ojos para ver y creer, pese a seguir incrédulo.

Hubo un silencio.

Se oían los prodigiosos ronquidos de la primera habitación. También la madera acomodándose a la noche; el cambio de los silbidos de la brisa rolando por los aleros y el barullo en la planta inferior.

Y se oyó también un brutal estornudo que hizo que se encogieran de hombros. Catalina dio un respingo, Camacho sintió cómo le apretaba los dedos.

Temieron la llave en la cerradura.

Pero después del estornudo llegó un juramento capaz de sacar los colores a un estibador del puerto y, a continuación, los pasos se reanudaron.

La puerta que oyeron abrirse fue la de un poco más allá. Era el viajero que ocupaba la otra habitación.

Pasado el susto, Catalina se percató de pronto que sostenía la mano de Camacho y la soltó de golpe.

—Ya puedes encontrar ese dichoso manifiesto cuanto antes —urgió enfadada.

Él ignoró los malos modos.

—No está —respondió apenado—. Ya he mirado en todas partes.

—Entonces será que ya lo ha llevado a la *Balvanera* —aventuró ella.

—El cuaderno de bitácora y las cartas de marear están aquí…

—Pues entonces no habrás buscado bien —repuso sin más, resuelta.

Camacho suspiró, pero no dijo nada.

—¿Tiene que estar aquí? —los interrumpió el esclavo.

—A la fuerza —insistió Camacho.

—Pues entonces dejemos de hablar y volvamos a buscar. ¿Cómo es? —preguntó Zacarías.

—Lo habitual, un pliego de buen papel con el nombre de la nao y un listado meticuloso con las partidas detallando cantidades, precios y el quinto real.

—¿Solo un pliego? Eso puede esconderse fácilmente —sugirió Zacarías.

Y Catalina no perdió ocasión de cazar aquel pájaro al vuelo.

—Claro, ¿cómo no lo has pensado antes? —reprochó a Camacho con mala cara y poniendo los brazos en jarra—. Lo ha escondido —aseguró—. Serás cabeza hueca…

Camacho se pasó la mano por sus desordenadas guedejas.

—Pues busquémoslo.

Y eso hicieron.

De una esquina a la contraria. De arriba abajo.

Repasaron la mesa que ya había registrado Camacho. La mesita, el colgador, la cama, incluso bajo el colchón. Con la ayuda de Zacarías abrieron la arqueta de los instrumentos de navegación. Y el cofre. Catalina se encargó de rebuscar con cuidado entre las camisas y las mudas del maese Salustio Fragoso.

En ningún momento olvidaban que el tiempo apremiaba. Incluso aunque Samuel engatusara al marino, antes o después regresaría a su habitación.

Pero no lo encontraban. No estaba.

Y Zacarías, al ver la expresión compungida de Camacho, le habló.

—Ha de llevarlo encima…

El hijo del inglés asintió con la cabeza, pesaroso.

—No te preocupes. Encontraremos el modo de hacernos con él —aseguró el esclavo.

Camacho no supo qué decir.

—Por terrible que te parezca, puedo asegurarte que hay cosas mucho peores.

Se miraron por un instante, y Camacho vio en los ojos del esclavo las cicatrices de una pena insondable.

—Está bien —asintió de nuevo—. Tendremos que pensar en otro modo de hacerlo. Vámonos antes de que vuelva el maese.

Y, al decirlo, se giró hacia Catalina, que terminaba de colocar las ropas y naderías de Fragoso en el cofre.

Fue entonces cuando se dio cuenta.

—¡Espera!

—Está bien —repuso ella con suficiencia—, el calzón oscuro debajo, los dos más claros por encima, el del remiendo en medio, las camisas…

—No, no es eso, fíjate en el fondo.

Los dos hombres se aproximaron, y Catalina comprendió de pronto.

Con el cofre lleno no se había percatado, pero ahora que parte del contenido estaba fuera, solo hacía falta prestar atención.

Metió un brazo en el interior y se agachó hasta que el pecho tocó el borde. Mientras que la mano dentro del cofre se apoyaba cómodamente en el fondo, la que había quedado fuera quedó estirada, apenas las puntas de los dedos rozaban el suelo de la habitación.

—Tiene un doble fondo —dijo encantada—. ¡Lo encontramos!

—Vuelve a vaciarlo y, por lo que más quieras, pon cuidado —ordenó el esclavo—, tenemos que volver a dejarlo como estaba.

El cofre era un trabajo de primera calidad, hecho por ebanistas concienzudos. Gruesos tablones de madera de encina, probablemente sobrantes de atarazana para galeones, habían sido ensamblados con tarugos y reforzados por gruesos listones de hierro forjado remachados a conciencia. No tenía grandes adornos, y tampoco molduras para disimular los defectos. Era sobrio, pero de hechuras inmejorables.

Zacarías lo inspeccionó a fondo. La pareja lo observaba presa del ansia.

El esclavo palpó con cuidado cada junta, cada cabeza de clavo, cada nudo de la madera.

Pidió incluso ayuda a Camacho para levantarlo y echarle un buen vistazo a la base.

No se veía más cerradura que la principal en la tapa superior. No se apreciaba una sola muesca que delatase un tirador, no se advertía una sola brecha en las vetas de las tablas, y ni siquiera encontró huellas de uso que chivasen el secreto escondido en el cofre del maese.

—Tiene un doble fondo —reconoció el esclavo—, de eso no hay duda… Pero no tengo idea de cómo abrirlo.

Los lenguaraces presumían de haberla vivido en la magnífica Sevilla, allá por el mes de abril, poco antes de que partiera la flota. Y la de Sevilla era, por fuerza, única, pues ciudades grandiosas como la del Guadalquivir solo había una, con sus torres, su giralda y su magia. Sin embargo, por pobre que fuera el puerto de partida, desde Manila a Callao, desde Acapulco a Mesina, todos aquellos que iban a encomendar su vida a la tablazón de una nao estaban más que dispuestos a despedirse de tierra firme con un jolgorio que mereciese la pena, porque siempre cabía la posibilidad de que fuese el último; y, sabiendo que la muerte ronda, el vino entra mejor, los besos de una mujer saben más dulces y el dinero se gasta sin remordimientos.

A la flota de Indias se la celebraba cuando regresaba cargada de maravillas, pero también cuando marchaba, repleta de esperanzas.

Y los rumores de la partida de la *Balvanera* llevaban semanas campando por todo el Yucatán, atrayendo a gentes de toda condición.

El puerto, más que nunca, seguía guardado por la soldada de la nao y por los mercenarios que pagaban los comerciantes, pero en las calles adyacentes, donde las cofradías, donde las tiendas de abastecida, donde los escribanos que ayudaban a redactar últimas voluntades o cartas que mandar al otro lado de la mar océana, esas llevaban días acicalándose. Había farolillos, mantillas, abaceros, vendedores ambulantes, teatrillos. Todos de acuerdo en acomodarse juntos una vez al año.

Y si, hasta el día anterior, el ajetreo había estado más allá de la enorme reja de entrada al puerto, ahora estaba justo en frente.

Había corrales improvisados donde se ofrecían puercos, gallinas, gallos y pavos. Incluso una quinta vacía en la que un pastor soriano voceaba las virtudes de sus ovejas, que se veían enfermas de roña, pero que eran tan buenas como cualesquiera otras para los incautos.

Había quien vendía frutas de sartén, una viuda gallega que ofrecía empanadas que prometía tan buenas como las del Camino Santo a la ciudad de Compostela y otro que vendía por cuatro reales mantecados con miel. Un titiritero entretenía a los niños que aún no se habían ido a la cama, y un trilero estafaba a los más crecidos, sobre todo a los clientes del soriano.

Había puestos tan modestos como el de un leridano que no tenía otra cosa que un barril de vino y un cacillo con el que servirlo, y otros tan llamativos como el de aquel atildado mulato con modales de cortesano que ofrecía, según decía, mantones traídos de la misma Manila.

De todos ellos, algunos sabían aprovechar su relación con los pilotos, maeses y gentes de relevancia, otros que tenía la cofradía al lado y unos cuantos que disponían de entretenimientos que ofrecer a quienes sabían que, con suerte, tenían por delante meses solitarios o acabar como merienda de tiburones.

La Brava, la más lista del corral, era quien, cada temporada, estaba dispuesta a invertir de sus propios fondos para sacar rédito de las celebraciones. Y no lo hacía por caridad.

Se había hecho con una vieja lona de justas y, en uno de los almacenes del puerto, guardaba bancos corridos y largas mesas. Antes de que zarpara la flota, montaba a la entrada de su negocio la lona y, además de bebidas y juerga, ofrecía a sus muchachas.

Por allí disimulaban el gordo y el cojo.

Tomasa acababa de encontrarse con ellos al abrigo de una esquina donde un indiecito preparaba tortas de maíz en un copal carbonizado y, antes de regresar a sus tareas, les había contado los rumores más jugosos.

De nuevo, el franciscano y el indio caminaban entre las gentes que iban y venían, los que compraban y vendían, prestando atención a los detalles e intentando cuadrar lo que Camacho les había pedido.

Cada poco, cuando les parecía prudente por no llamar la atención, pasaban cerca de la reja de entrada al puerto y echaban cohibidos reojos. No hablaban mucho. Ambos se preguntaban sobre la suerte que estarían corriendo sus compañeros en El lagarto.

En su última pasada, comprobaron que ya no quedaban estibadores o jornaleros en el atracadero. Solo los guardas.

Gundemaro tomó buena nota de los hachones prendidos y se fijó en los fanales que, en la borda de la *Balvanera*, iluminaban la nao. No se detuvo, no fueran a llamarle la atención, pero advirtió que por la cubierta del barco hacían ronda al menos dos hombres.

Ante tal despliegue, no entendía cómo Camacho podía albergar tanta confianza en que todo saldría bien. Por más que se estrujaba los sesos, no se le ocurría cómo diantres iban a conseguirlo. Y no pudo evitar preguntarle a su compañero en un susurro:

—¿Cómo vamos a meternos en la boca del lobo y salir sin una dentellada?

Dejó de mirar hacia el atracadero y se volvió para ver qué respondía el mudo. Pedro sonreía con una expresión feliz.

—Bendito seas, hijo, bendito seas, haces bueno aquello de que nadie querría vivir sin amigos. —El franciscano se rascó la coronilla—. Demos otra vuelta. Aún tengo un par de monedas, podríamos comprar algo de comer antes de pasar de nuevo por aquí.

Y Pedro se llevó los dedos a los labios y luego se frotó el estómago con un gesto de satisfacción.

—Sí, yo también tengo hambre…

Caminaron hasta la siguiente esquina, donde alguien preparaba un tenderete para algún negocio que aún no quedaba claro, y doblaron alejándose del puerto hacia una calle en la que el puesto más importante era el del herrero de la villa, en el que mostraba una colección de cuchillos, cucharones, sartenes y otros utensilios.

A partir de entonces, como un sabueso siguiendo un rastro jugoso, mandaron las narices de Gundemaro, que buscaban un capricho sabroso y barato con el que engañar a su siempre insatisfecha panza.

Dejaron de lado a un abacero que ofrecía trozos de alguna carne desconocida ensartados en varillas, al estilo moruno, para ser comidos sin emplear cuchillo. Pedía una pieza de a ocho por cada uno y, para su desgracia, Gundemaro hubo de reconocer que el precio resultaba excesivo para sus fondos.

Pasaron junto a un cerero, y al franciscano se le antojó miel. Pero se le olvidó pronto, cuando le llegó el delicioso aroma de adobo majado con hierbas y ajo. Husmeó en el aire; percibió el punzante bravío del cordero.

Enseguida le volaron los ojos a una bandeja rebosante de dorados y crujientes zarajos. Descansaba en un taburete de mimbre, junto a un tres pies bajo el que ardía el fuego gracias al que las delicias se iban friendo en una amplia sartén, donde se afanaba con increíble habilidad un manco al que parecía no faltarle la mano, porque soplaba las brasas, revolvía la fritura, sacaba los que estaban a punto y cobraba lo que vendía con pasmosa facilidad.

El fraile cambió el paso con un brinco peculiar y se aceleró, sin ver otra cosa que aquella bandeja rebosante. No se dio cuenta de que, un poco más allá, unos cuantos se arremolinaban en torno a uno que se jugaba los cuartos apostando a la rana. Solo veía los zarajos.

Pedro sí se dio cuenta.

Pero no sirvió de nada.

Por culpa de la carrerilla del fraile, llegó tarde cuando echó mano para retenerlo. Gundemaro y su panza no se detendrían hasta llegar junto al manco y su rebosante bandeja humeante.

También Juan se dio cuenta.

Y en los ojos de ambos, en los del gaditano y en los del indio, se pintó la sorpresa. Como en los de un gato y un ratón que se topan de frente en el granero.

Cuando se apuró para alcanzar al franciscano, el soldado le daba un codazo a otro que fumaba un cigarro.

El gaditano señalaba con impaciencia.

En el piso inferior de El lagarto, a Samuel se le agotaban las ideas para seguir tomándole el pelo a maese Fragoso. Había apilado tantas mentiras sobre cómo y qué hacer que ya temía que el marinero se echase atrás. Ni los cacareados espías al servicio de su majestad el rey Felipe debían meterse en tantos apuros durante sus conspiraciones en el corazón mismo de Londres. Pero no le quedaba otra que seguir despeñándose cuesta abajo. El esclavo aún no había aparecido para pedir una jarra de vino. Esa era la señal convenida.

Y si Zacarías no había aparecido era por la sencilla razón de que no tenía idea de cómo descerrajar el dichoso cofre. En el piso superior, rozando la desesperación, el negro repitió lo que era obvio:

—Tiene que haber algún modo de abrirlo.

Camacho se pellizcaba el mentón, intentando desentrañar el misterio.

Incapaz de estarse quieta, Catalina palpaba todas las tablas y juntas, repasando una y otra vez hasta la última pulgada. No podía creer que aún no hubieran encontrado el modo de abrir aquel condenado chisme.

Normalmente, una de las tablillas del fondo quedaba suelta y se levantaba con facilidad; a veces todo se disimulaba con un forro; otras, en los de mejor factura, había un pasador oculto en las cantoneras interiores. No habían encontrado nada de eso.

De no ser porque la altura del interior no cuadraba, no se hubieran dado cuenta.

—No puede ser tan difícil, conozco a ese cabeza hueca de Fragoso. Si no está sentado es incapaz de encontrarse el trasero.

Y, despechada, cerró la tapa con fuerza, al tiempo que ella y su frustración se levantaban.

—Se nos acaba el tiempo —anunció disgustada—, no creo que tu amigo consiga enredarlo mucho más.

Pero Camacho no le prestaba atención.

—Vuelve a cerrar la tapa —dijo.

Ella lo miró, pero no hizo nada. Zacarías fue el que dio un paso y levantó la tapa del cofre para cerrarla una vez más.

Los tres, atentos, oyeron lo que había llamado la atención del hijo de la Camacha. El repiquetear metálico de algo con holgura. En la tapa había algo suelto.

—La cerradura está en la guarnición inferior —Zacarías fue quien puso en palabras los pensamientos—. Tiene que haber otro mecanismo ahí arriba.

—Pero el compartimento está en el fondo… —se quejó Catalina.

Y de nuevo el negro dio la réplica, en tanto Camacho se agachaba junto al arcón:

—No importa, puede haber un juego de levas —aseguró, moviendo las manos para que los dedos de una arrastrasen los de la otra, como engranajes.

Con el cofre cerrado, por primera vez, Camacho se fijó en el exterior con detalle. Todo el arcón estaba cruzado por listones de hierro que, tejidos como en un cesto, pasaban por encima y por debajo de los demás, alternativamente, y habían sido fijados con grandes remaches que acusaban con abolladuras los golpes del martillo.

Palpó todos los listones y no encontró lo que buscaba.

Sin embargo, cuando hizo lo mismo con aquellos remaches, advirtió que uno de ellos era falso. Tenía holgura.

Era uno de los que debía asegurar el esquinero largo de la tapa, en la parte de atrás. Al tocarlo, cedía levemente. Bajo las yemas de los dedos, le dio la impresión de ser mucho más largo que los demás, como una varilla.

—Tiene que haber más —aseguró convencido, volviéndose para mirar a Zacarías—. Este apenas se mueve, debe estar engranado con otro.

Viendo ya la meta que llevaban tanto tiempo buscando, a Camacho le costó refrenarse. Pero lo hizo, y fue metódico. Uno a uno, palpó todos los remaches concienzudamente.

Encontró otros tres falsos. Uno más en la trasera, pero en la parte baja. Y dos al frente.

—Se supone que el dueño tendrá que abrirlo sin ayuda —afirmó Zacarías —. No deberían tener que apretarse a la vez, habrá de hacerse en un orden concreto.

No acertó a la primera. Pero no tardó en conseguirlo.

El primero que habían encontrado había que empujarlo con fuerza hasta introducirlo más de dos pulgadas; era un pasante que debía llegar al fondo del cofre. Después le seguía uno de los inferiores, el que estaba en la parte trasera; ese no había que girarlo hasta sentir que un trinquete quedaba trabado en una muesca. Del siguiente había que tirar con las uñas para encajarlo, y el último había que girarlo. Al terminar oyeron un chasquido.

Cuando abrió de nuevo el cofre, el fondo se había inclinado, y pudieron ver una rendija por la que Camacho metió los dedos hasta conseguir levantar el fondo por completo.

Era un trabajo tan fino que el falso fondo tenía sus propias bisagras, y también una riostra que lo mantenía abierto para hurgar con comodidad en el compartimiento secreto. Además, era necesario que la tapa estuviera cerrada y solo se podía tener acceso si el cofre estaba vacío.

Todos se asomaron a ver lo que allí había.

Una bolsa con un puñado de escudos de oro. Contratos relacionados con la *Balvanera*. Un par de patentes antiguas, un relicario de oro con un huesecillo y la representación de un agresivo san Bartolomé que domeñaba con una pesada cadena al demonio Asmodeo. Por último, entre otros documentos, un pliego del mejor papel de hilo valenciano: el manifiesto de carga.

—¡Aquí está!

—Pues no te quedes embobado mirándolo. Haz lo que tengas que hacer, y hazlo cuanto antes —urgió Catalina.

Pero sirvió de poco. Camacho miraba aquellos papelajos con un gesto de disgusto pintado en el rostro.

—¿Estás bien? ¿Qué sucede? —Zacarías hizo un gesto para intervenir, pero la joven no le dio ocasión—. Vamos, no te quedes ahí como un pasmarote. Tenemos prisa, ¿lo recuerdas?

Camacho volvió a la realidad con un respingo. Echó un último vistazo a los documentos, los reordenó y se recompuso.

—Sí, sí, vamos —dijo, animado.

Y en un santiamén estaba en la mesa, puesta toda su atención en el manifiesto.

Entonces abrió su zurrón y barajó cuidadosamente las resmas de papel que habían comprado en la tienda de Rielo. Ninguna era igual. Tuvo que conformarse con la que tenía dejos más marfileños, algo más oscura. La diferencia solo era apreciable si se ponía junto al original.

—Servirá —aseguró el esclavo, que observaba por encima de su hombro.

—Tendrá que servir, no hay tiempo para hacerse con otra —respondió Camacho, sacando del zurrón las cáscaras de nuez.

En los pequeños recipientes, el tendero les había servido toda su variedad de tintas. Todas hechas con una base de cortezas y hierro, pero de proporciones e ingredientes variados; cada una con un tono final distinto.

Una, la más cara, se había importado en una remesa traída de Sevilla, y Rielo, probablemente para justificar el alto precio, les había asegurado que se fabricaba con auténticas agallas de roble gallego y limaduras de los talleres toledanos. Otra, mucho más barata, era un producto local, hecha a salto de mata con cualquier corteza y clavos o herraduras.

Al final, tras varias pruebas con la pluma ya en la mano, escogió una de las de mediana calidad que secaba con un tono púrpura muy similar al original.

Preparó cálamos de repuesto, se dejó cerca el cuchillo y unas cuantas plumas más sin desbarbar; acercó una vela, acomodó la silla, abrió la salvadera con la arena secante y dispuso el pliego original con el manifiesto de la *Balvanera* delante de él.

—Esperemos que el hebreo esté inspirado. Esto llevará un buen rato.

Zacarías se sentó en la cama y se dispuso a esperar. Catalina paseaba de un lado a otro con inquietud. Camacho replicó el manifiesto línea por línea, hasta que llegó a la partida que correspondía al envío de Mora.

Ahí se detuvo, con la pluma en la mano, planeando sobre el papel, sin más cargo que las dudas repentinas.

A punto estuvo de que cayera una fea gota que hubiera acabado en borrón. Habría tenido que empezar de nuevo, y no tenían idea de si la labia de Samuel daría para más. No se les escapaba que se habían entretenido más de lo previsto y de que aún tenían tareas pendientes.

Debía apurarse.

Pero de saberlo a hacerlo mediaba un trecho.

Catalina lo vio dudar y, por una vez, se guardó su cinismo. Se acercó hasta el hijo de la Camacha.

—No nos han dejado otra —habló con calma—. Ellos nos dieron el empujón.

Él la miró consternado.

—¿Qué pensaría mi madre?

Catalina sonrió con ternura.

—Yo solo era una niña con pájaros en la cabeza; pero, por lo que recuerdo, solo quería para ti un mañana mejor que el suyo —contestó convencida—. Y, si hacemos esto, lo tendrás. Como dijiste, podrías abrir tu propio negocio. Convertirte en un ricohombre. Mandar al carajo tu pasado.

Lo miró fijamente, y su sonrisa se abrió. Camacho no tuvo dudas de que estaba siendo sincera.

—Siempre me contaba alocadas historias de caballeros y doncellas. Y, cuando te compraba un dulce, te obligaba a que me dieras la mitad, ¿lo recuerdas?

Él asintió. Ella suspiró.

—Estoy segura de que te hubiera dicho que siguieras adelante —añadió.

Por un instante, se perdió en aquellos laberintos verdes que ella tenía bajo las cejas. Al cabo, asintió.

Volvió a mojar la punta del cálamo en la tinta y llevó la mano al comienzo de la línea. Apoyó los dedos. Los alzó. Y volvió a apoyarlos.

Y comenzó a escribir.

A partir de ese renglón, por primera vez en su vida, Isidoro Bernal María de la Santísima Merced de la Visitación y Brochero quebró la ley.

En la primera ronda, el veterano coló dos monedas en los agujeros. La última rebotó en los labios de la rana y acabó en el suelo.

El tuerto se agachó con rapidez para devolvérsela a Roa.

—Un lanzamiento fantástico, le faltó un pelo para llegarle a la garganta —dijo. Había calado bien a Roa y, zalamero, añadió algo más—. Os propongo algo, esta vez: por tratarse de un veterano bragado, por un tostón podéis probar suerte con cinco monedas.

Y los ojos del soldado centellearon.

Los buracos hicieron desaparecer de nuevo las dos primeras. La tercera rebotó en la duela que asentaba la tapa y, cuando iba a tirar la cuarta, Urdaneta y el gaditano se miraron cómplices.

—¡Esta es la buena! —exclamó Roa, a punto de lanzar, con un ojo cerrado y ensayando el gesto con la mano.

Pegó en uno de los ojos saltones y, botando, se coló por otro de los agujeros. Y las monedas perdidas antes resonaron en la trampa bajo los pies de la rana.

—Estuvo cerca, muy cerca —comentó el tuerto adulador, pensando que podría sacarle más dinero.

Roa se dispuso a lanzar la última.

A su alrededor se habían congregado curiosos que chismorreaban, unos a favor y otros en contra. La mano se movió, se preparó y, en el último instante, se echó atrás.

—Podríamos ponerle más interés al asunto —propuso al tuerto, con la moneda aún entre los dedos.

Urdaneta sonrió como un zorro a la puerta del gallinero, pero el tuerto no lo vio.

—¿Más interés?

Otros cuantos paisanos se detuvieron, y los que ya estaban allí los pusieron al tanto.

—Sí, más interés —repitió Roa—. Si acierto, dobláis lo que haya en el barril…

El tuerto consideró la propuesta y se repasó el nudo del pañuelo.

—¿Y si no acertáis?

—Os deberé tanto como haya dentro —aseguró, señalando el tonel.

El volumen de los murmullos en los congregados se elevó, y el siciliano que había trabajado para Bacheli se inclinó hacia Urdaneta.

—¿Hace estas locuras a menudo? —preguntó.

—Ya te acostumbrarás —respondió entre los humos de su cigarro.

El tuerto no se decidía. La experiencia le sermoneaba que aquello olía a chamusquina, pero la tentación resultaba demasiado grande.

—Trato hecho —aceptó, pese a que sus instintos le gritaban lo contrario.

Los congregados se arremolinaron, encantados de ver que era otro quien arriesgaba los dineros.

Roa asintió. Y, como si fuese a batirse en duelo, asentó los pies, movió el brazo para soltar las coyunturas. Sin despegar la mirada del tuerto, empezó a hacer bailar la moneda en los nudillos, pasándola con soltura de un extremo al otro de la mano.

El tuerto tuvo la imperiosa necesidad de repasar una vez más el nudo del pañuelo.

Al ver la agilidad del veterano, los congregados, admirados, dejaron escapar un murmullo, y el que conociese a Roa supo interpretar en su sonrisa que estaba disfrutando de ser el centro de todas las miradas.

Flexionó la muñeca y lanzó.

Por un momento, se hizo el silencio. Todos los presentes tenían ojos únicamente para la moneda que cruzaba los tres pasos entre la puntera de la bota y el barril. Entró limpiamente, a la rana no se le escapó ni un regüeldo de metal contra metal. Y creció el griterío.

El tuerto negaba sacudiendo con fuerza la cabeza, pero no tuvo tiempo de lamentarse.

—¡Están ahí! —aulló el gaditano de repente.

Urdaneta, en plena calada, se atragantó con el humo y, en lugar de preguntar, solo pudo toser.

—¡El gordo y el indio! —insistió el otro, frenético; su dedo, extendido, se sacudía.

Roa estaba a punto de recochinearse del tuerto. Pero, cuando miró hacia sus hombres para que le rieran la gracia, vio que el gaditano echaba la mano que no señalaba a la cinquedea, y lo que se le escapó fue una maldición.

—¡Cago en la leche que mamé!

Algunos del corro lo felicitaban, un chiquillo lo observaba con admiración y otro quería abrazarlo. Más allá, vio al gordo. Caminaba alelado hacia el

puesto de zarajos. Lo seguía un indio cojo que miraba espantado hacia el gaditano.

No le hizo falta dar la orden.

Urdaneta tiró el cigarro y desenvainó. El siciliano lo imitó, y Juan ya daba el primer paso cuando, con un último vistazo al tonel, Roa repitió su lamento.

—¡Cago en la leche que mamé!

Acomodó la vizcaína en una mano y la herreruza en la otra.

Como la proa de un galeón abriendo mar, las armas y su fiera expresión obligaron a los espectadores a hacerse a un lado y, en tanto el tuerto suspiraba de alivio, Roa echó a correr.

El indio Pedro se dio cuenta de que la gente se apartaba. Venían a por ellos, pero su cojera solo le había dado el tiempo justo de alcanzar al franciscano y obligarlo a mirar hacia sus perseguidores.

—¡Por el amor de los cielos!

Gundemaro también vio a las gentes hacerse a un lado, como ante el cayado de Moisés lo hicieran las aguas del mar Rojo.

De no ser por el indio, al fraile le hubieran arreglado las tripas allí mismo, frente al puesto de zarajos. No era un hombre de acción. Se quedó paralizado. Solo los tirones enardecidos de Pedro lograron que se pusiera en marcha.

Corrían cuanto podían, y no era mucho.

Pero el gentío y el barullo ayudaban.

Un chiquillo lloroso que disfrutaba de un pastelillo tras una rabieta acabó en el suelo, sollozando desconsolado; no por el codazo del gaditano, sino por su dulce, aplastado bajo la bota de Urdaneta.

Le bastaron unos pasos al franciscano para comprender que un gordo y un cojo estaban condenados. Cuatro tipos bragados los perseguían, y no se trataba de que el de los cigarros necesitase lumbre. De las intenciones de aquellos jaques no cabía duda.

Cuando Zacarías entró en la taberna para pedir un vaso de vino y refrenar las mentiras de Samuel, Catalina y Camacho se quedaron al pie del jacarandá.

—¿Por qué no vamos a pasar un buen rato? —preguntó ella al ver pasar al esclavo bajo el estrambótico cartelón.

Él la miró sin entender.

—Vayamos a los puestos de la feria —propuso Catalina alegremente—. A cotillear un poco, a comprar unos melindres…

Camacho iba a negarse, pero ella no lo dejó.

—No hay nada más que hacer hasta mañana. —Como él seguía sin contestar, ella porfió—. Fue lo que tú dijiste. «La noche antes de zarpar» —repitió, engrosando la voz, en una pésima imitación del modo de hablar del hijo de la Camacha.

Este solo se vio capaz de levantar un dedo y abrir los labios.

—Eso dijiste, la noche antes, aprovechando la juerga, ¿no?

—Sí, mejor así —logró responder—. Cuanto más cerca de la partida más difícil será que alguien descubra el engaño —admitió—, pero no podemos ir a la feria; alguien podría reconocernos. ¡Es una locura!

—Escucha… —Ella frunció el ceño—. Puede que sí y puede que no, pero, si mañana se nos desgracia lo que traemos en las manos, entonces no volveremos a ver la luz del sol ni con la intervención de María Auxiliadora. Nos espera la horca —enfatizó sus palabras tirando con el puño de un imaginario dogal al cuello—. Y yo no pienso pasar mi última noche de libertad en una covacha infecta comiendo raíces. Prefiero divertirme —aseguró resoluta—. Habrá mucha gente, cada cual a sus asuntos. Cálate el sombrero, ¡súbete las solapas! Yo me agencio un pañolón con el que cubrirme. Vayamos a pasar un buen rato. A distraernos.

De tan sorprendido, no supo cómo protegerse de aquella avalancha.

—¿Cuándo te volviste más tieso que la mojama? De chico eras más divertido —aseguró entonces ella, con expresión pícara—. Mucho más. ¿Te acuerdas de cuando entramos en las caballerizas de Bernardo y nos escaqueamos con aquel garañón tordo?

—Claro que me acuerdo. —Camacho soltó un suspiro—. Te emperraste en que fuéramos a cabalgar. Y no salió bien —se lamentó.

—¿Cómo que no? Dimos un paseo fantástico por la playa.

—Sí, hasta que aquellos dos negros que trabajaban para Bernardo nos pillaron. Y tú escurriste el bulto —reprochó—. Cuando te preguntaron, dijiste que yo me lo había ingeniado todo. Que yo había aparecido como caballero bienfechor a lomos de corcel, dispuesto a rescatarte, porque tu madre te había castigado por vender quintaesencia de oro a los pilotos de la cofradía —sacudió el mentón, pesaroso—. Eras tú la que siempre se metía en líos…

El tono de Camacho cambió, el reproche se apagó.

—Tú jugabas a ser princesa. Yo me llevé los azotes —dijo sin acritud—. Me pasé dos semanas paleando estiércol mientras tú seguías inventando tus negocios y buscando el modo de… —calló. No quería herir sus sentimientos.

—… El modo de conseguir dineros que sacasen a mi madre de casa de la Brava. —Catalina terminó la frase que él había dejado inacabada, sin pudor.

Se miraron el uno al otro. Náufragos en sus recuerdos.

—No éramos más que críos —añadió ella con una disculpa poco sincera —. Y lo pasamos bien —repuso divertida—; no digas que no, fue una auténtica gesta digna de un hidalgo y su doncella enamorada. Cabalgamos hacia la puesta de sol en busca del reino prometido… Solo faltó el dragón —recordó con aires soñadores.

Las mejillas se le arrebolaron al hijo de la Camacha.

—Conservé el pañuelo muchos años —reconoció con vergüenza.

—¿Al final lo perdiste?

Fue más una recriminación que una pregunta.

—No, no lo perdí —negó con los ojos gachos.

—¿Qué sucedió? —se interesó ella.

Tardó en contestar, pudoroso.

—Se lo comieron las ratas de *Nuestra Señora del Rosario*, el pañuelo y el primer par de zapatos que pude pagarme.

Ella arrancó a reír con carcajadas francas, llenas de felicidad, y él, cohibido, se rascó el cogote.

—No fue mi culpa —se defendió—. Los cargueros están siempre infestados —explicó en tono de disculpa—. Las hay por doquier; si uno se descuida, se lo comen todo. Y por aquel entonces yo no tenía derecho a cofre en cubierta, solo a compartir con otros grumetes…

Ella percibió el cambio en el tono y cejó en sus risas. Se dejó llevar de la mano hasta aquellas memorias que olían a salitre.

—Uno de ellos, uno de Palos que estaba siempre bromeando, quiso echarse unas risas, y escondieron mis cosas en un entrepaño de la bodega… No tenía maldad. Simplemente era incapaz de tomarse nada en serio.

Calló un instante. Ella percibió cierta melancolía.

—Al pobre se lo llevó un golpe de mar cuando capeábamos una tormenta frente a la isla de La Huerta —explicó Camacho con pena—. A otro, al hijo de aquel cantero que quedó aplastado cuando se derrumbaron las murallas, a ese le partió el pescuezo un cabo suelto que quedó loco en cubierta al partirse la verga de la mayor…

Ella conocía la vida de a bordo. Había escuchado lamentos de muchos marinos. Camacho no lo había contado, pero ella sabía que el vinagre para baldear la cubierta se comía las manos, que las raciones de pan de cazabe se volvían mohosas, que la paga llegaba tarde.

Y tuvo el tino de guardar silencio. Ni siquiera mencionó que había esperado que él volviese a buscarla montado en un garañón tordo. Y tampoco le habló de aquel ventanuco desde el que veía una esquirla de mar que le regalaba esperanza.

—Pues hoy te lo pongo más fácil —propuso risueña—. No hace falta jamelgo. Mi buen caballero —añadió impostando la voz—, ¿me concedéis la gracia de un paseo a la luz de la luna para ver a los titiriteros y escuchar a los trovadores en la feria?

Le tendió la mano y, por unos instantes, quedó entre ellos, en el aire.

Cuando él la miró a los ojos, no vio su salvaje cinismo, ni rastro de la habitual irreverencia. Ella se había despojado de su armadura. Y no hacía falta que ella le hablase de aquel ventanuco.

Ella había leído en él la historia de sus tiempos en la mar.

Él leía ahora en ella la de una niña que construyó un refugio en el que ignorar las crueldades del destino.

Camacho tomó su mano. No dijeron nada más. Se alejaron pisando aquel mosaico del jacaranda.

A lo lejos se oía la algarabía de la feria. Tomaba fuerzas para la gran celebración del día siguiente.

Se decía que las obras en Campeche duraban más que una condena en el purgatorio. Desde la fundación de la villa, la selva caía humillada y las barriadas crecían para acoger a los nuevos inmigrantes que llegaban cada temporada; unos escapando de la peste que bajaba de Castilla, otros del hambre que subía desde Andalucía.

Y, a medida que la villa medraba, mayor era el interés de los facinerosos por asaltarla y cambiar vidas por calderilla; y también mayor resultaba la necesidad de mejorar las fortificaciones. En casi cada esquina había trabajo pendiente para canteros y albañiles; montoneras de cal, arcilla y arena para mortero, piedras de loma o buenos granitos, rematados o a la espera, sacos variados, maderos y tablas, andamiajes, sogas, cubos y esportillas.

Y suponían un incordio a todo hijo de vecino. Había zanjas, cimentaciones, calles bloqueadas y pasos cortados; carros detenidos, mercancías que se retrasaban, citas a las que no se llegaba, tropezones y eternos charcos embarrados. Solo parecían buenos cuando los piratas ingleses o los corsarios flamencos se topaban de narices con las murallas y veían coartadas sus aviesas intenciones gracias a los hombres del capitán Alcalá.

Sin embargo, las eternas obras de Campeche regalaron a Gundemaro y al indio Pedro la oportunidad de seguir huyendo. De ganar unos preciosos instantes con la cabeza pegada al cuerpo.

Al franciscano jamás se le hubiera ocurrido algo semejante, pero la necesidad había enseñado a Pedro las mañas.

Consiguieron dejar atrás el barullo zigzagueando entre puestos, gentes y curiosos, y se alejaron del puerto. Se dirigían hacia la barriada de Guadalupe, familiar para ambos. Al indio las tripas le pedían selva a gritos, y al fraile, la costumbre hacía madriguera de los muros del convento.

Pero no iban a llegar. Ni a la selva ni al convento. Sus perseguidores eran más rápidos.

Sin embargo, en una esquina, no lejos de donde el indio pedía limosna tantas mañanas, estaban levantando un tramo de muralla.

Allí había quedado el trabajo abandonado con prisas, a buen seguro por las ganas de irse a la feria y cambiar las llanas por vasos y la argamasa por

vino.

La cuadrilla había dejado la labor manga por hombro. Entre los dos paños que crecían para encontrarse, quedaba un hueco abierto, como una boca pobre de dientes en un bostezo. Había una pala y un pico chantado en el suelo, un capazo con mortero viejo, algunos maderos, sogas y cadenas. Y también el guindaste que se usaba como grúa para subir los pesados sillares, con su pie, su travesaño, su contrapeso y su plataforma. Y en la plataforma, alzada por encima de sus cabezas, descansaba un arcón candado donde debían guardar las herramientas y pertrechos de cierto valor, alejados de manos deshonestas que se dejaran vencer por la tentación de agenciárselos y engañar al honrado Rielo para sacarse unos tostones a cambio de paletas o tenazas.

Se lo toparon de frente junto a una montonera de guijarros que se usaban para rellenar el adarve. Para Gundemaro, significaba solo un obstáculo más que salvar; para Pedro, una oportunidad que no podían desperdiciar.

El gordo trastabillaba, el cojo renqueaba; sus perseguidores, libres ahora del gentío, acortaban distancias.

—¡Que no escapen! —aulló Roa.

Pedro sacó su pequeño cuchillo y estiró el brazo.

Quiso, sin detenerse, dar un tajo a la cuerda del juego de poleas en la base del guindaste, junto al trinquete que aseguraba la plataforma cargada. Pensó que podrían pasar por el hueco abierto en el paño de la muralla y dejar tras de sí el camino bloqueado.

No funcionó.

Era una maroma gruesa de buen zacate, tejida por manos expertas, calibrada para aguantar los sillares e incluso a un par de albañiles que los movieran.

El cuchillo apenas hizo muesca.

Pensó en seguir adelante y olvidarlo.

Roa y los suyos se acercaban, Gundemaro se alejaba. Él había quedado en medio.

Si seguían sin más, los alcanzarían en breve.

Derribar aquello era su única oportunidad. Hincó el cuchillo en las fibras y lo usó como una sierra.

—¡Corred! —gritó el gaditano, viéndole las intenciones.

El zacate empezó a deshilacharse. Pero los de Roa acortaban distancia. Los tenían encima. Quedaban unas pocas fibras por cortar. Los tendones le dolían. Siguió moviendo la mano frenéticamente.

Gundemaro se quedó sin resuello; se detuvo como el derrumbe de una montaña llegando al valle.

Fue entonces cuando se percató de que el indio se había quedado atrás. Lo abrazó el pánico. Lo suyo eran los libros, los griegos, las salmodias y las escapadas a la casa de la Brava. Le quedaba grande aquel asunto de robar una nao de la flota de Indias jugándose el pescuezo a cambio de unos millones de maravedíes.

Arreció la llovizna y se creció en chaparrón.

Conocía el lugar, el convento no quedaba lejos. Unas calles más allá, tentadoramente cerca.

Veía el hueco abierto en la muralla, los armatostes abandonados por los albañiles, al indio esforzándose y, más allá, cada vez más cerca, con las armas en la mano y los colmillos al aire, a los hombres de Roa. El rostro del gaditano reflejaba un odio rampante. El mismo que destilaba al despertar maniatado en la casucha de Camacho y se encontró con su hermano muerto.

Gundemaro no lo olvidaba. Había cometido el error de echar la vista atrás cuando abandonaran el lugar. Allí quedaban los dos gaditanos, y uno de ellos abrió los ojos para ver cómo escapaban. Aquel rostro pasó del desconcierto al dolor, del dolor a la comprensión, de la comprensión a la agonía, de la agonía al odio hacia aquellos cuatro desgraciados que abandonaban el lugar.

Estaban más cerca.

Una carrera lo llevaría al convento.

Pero el indio seguía atrapado en la soga, segando con su cuchillo.

Pedro y el franciscano se miraron.

Si había visto el odio más ácido en el rostro del gaditano, en el del indio descubrió la más pura misericordia. No le cupo duda. De no haber sido mudo, Pedro le hubiera gritado a pleno pulmón que se marchase, que corriese como alma en manos del diablo. Que se salvase.

Y, para remarcarlo, lentamente, sin dejar de mover su mano adelante y atrás, con la expresión solemne de un monarca, en ese momento Pedro asintió con la dignidad de un padre bondadoso. Ofreciendo su sacrificio para salvar a su amigo.

Gundemaro no lo hizo por piedad cristiana, tampoco porque fuese lo correcto, lo hizo porque lo sintió en las tripas, como el calor reconfortante de aquellos tragos de delicioso chocolate.

Le embargó una certeza inesperada. Y, tras tantos años leyendo sobre los santos y las revelaciones, comprendió algo que no había entendido antes jamás.

Cuando echó a andar, no corrió al convento. Caminó hacia la muralla. Caminó hacia su amigo.

Y su amigo lo vio. Y su amigo no negó. No se quejó. En el rostro de Pedro se pintó la comprensión.

O los atrapaban juntos o escapaban juntos.

Y Pedro volvió a asentir.

Yumil vivía de recuerdos.

De recuerdos que ni siquiera eran suyos. Eran de su padre, de su abuelo. De tiempos mejores. De antes de que los barbados llegasen desde el otro lado del mar. De antes de que su gente perdiera el orgullo.

Se convencía a sí mismo de que las luchas entre tribus, la esclavitud y los sacrificios eran solo humo. Humo, las guerras entre ciudades. Humo, los duelos entre caciques. Humo, el dolor de los suyos; un dolor que empezaba a olvidarse.

Merodeaba por la selva buscando la sombra de los templos de sus antepasados. Husmeaba la gloria de lo perdido.

No le habían hablado del miedo. Ni de las cabezas rodando escaleras abajo, del crujido de los costillares abriéndose. Tampoco del canibalismo. De eso no se acordaba.

Había heredado una melancolía que ni siquiera le pertenecía, pero Yumil era así. Y no pensaba que podía haber sido preso por los suyos, no pensaba que el horror es patrimonio del ser humano sea cual sea el color de la piel, solo pensaba que, de no haber sido por aquellos apestosos barbados llegados del otro lado del mar, su vida sería mucho mejor.

Eran los barbados quienes lo habían dejado sin oportunidades, sin vida y sin futuro.

Por esa razón, Yumil iba y venía con la marea.

Con la bajamar, usaba pequeñas nasas tupidas con las que atrapaba *sak'itos* de lomos plateados que guardaba en un balde con agua fresca; y, cuando pasaba la pleamar, aprovechaba la bajada de las aguas para sacarles partido.

Esa noche, la marea alta había llegado después de que la puesta de sol se rindiese a las estrellas. Se había traído de la mano una llovizna mansa que calaba las ropas y enfriaba el alma. Refrescaba, y el viento rolaba a norte. La llovizna arreciaba. Lances perfectos si se sabía dónde aprovecharlos.

Y Yumil conocía un lugar en el cual una escombrera hacía las veces de rompeolas. Restos de las obras de la ciudad estropeaban la playa, caían sobre

un fondo roto en un cantil que, a la luz del día, se dejaba ver porque las aguas se oscurecían y delataban el cambio abrupto en el calado.

Llegó con su balde, sus varas, sus liñas, sus anzuelos, su cuchillo, un hachón, repuestos y un cesto vacío.

La antorcha era una estaca de dura caoba verde. Había abierto un extremo en cuatro listones con un corte en cruz y, dentro de los tajos, había amontonado, apretando a más no poder, fibras de sisal empapadas con la grasa derretida de un mono. Con ayuda de la magra luz, pacientemente, escogió media docena de lugares alrededor de la escombrera y, en los huecos elegidos entre las piedras, asentó los talones de las cañas que traía preparadas.

Al final de cada liña, había puesto un codal con un peso hecho con un guijarro perforado y, en el extremo libre, un anzuelo cebado cuidadosamente con uno de los vivarachos pececillos.

Tenía las mañas que dan la experiencia y, tras sacarlos de su cubo, lograba pasarles el hierro del anzuelo por la espaldilla. Quedaban vivos, doloridos e inquietos. Y los lanzaba al agua para esperar pacientemente a que una de las punteras cimbrease nerviosa. Después, algunas veces, se combaban bruscamente, y entonces sabía que un róbalo glotón se había tragado de un bocado el cebo e intentaba huir de aquella tortura en su boca avariciosa.

Llegaba entonces el momento de luchar contra el pez.

Y, para disfrutar de aquel combate, esperaba pacientemente. Se sentaba al extremo, teniendo como confesor a aquel mar de los caribes, y aguardaba la emoción de la captura, que espantaba la tristeza de aquellos recuerdos que no eran suyos.

Porque mientras esperaba, recordaba. Se refugiaba en las palabras de su padre y de su abuelo.

A lo lejos se oía el barullo de la feria, incluso se distinguían tres tonadas que tres voces distintas cantaban. Campeche festejaba la partida de la flota, y a Yumil le dolía el extraño soniquete de una lengua que no era más que un préstamo.

Llevaba ya un buen rato aguardando con paciencia la excitación de ver en sus varales la prueba de que un pez se había engañado. Y no pudo evitar un respingo cuando lo sorprendió la campanada de un ruido metálico.

Un derrumbarse, un caerse y, por último, un escurrirse que dejó en el aire un chirrido.

Algo se había roto no muy lejos.

Pero Yumil pensó que no sería más que otra extravagancia de los barbados y siguió pescando. La marea se retiraba, y los pececillos que servían

de pasto a los grandes depredadores se afanaban en la corriente creada con el cambio de profundidad. Conocía bien el lugar. Esa noche sacaría un par de róbalos de buen tamaño de los varales.

Uno de ellos titubeó. Y los nervios atenazaron a Yumil. Volvió a vibrar, y entonces cambió de postura para acercarse a la caña, alargó los brazos y se postró como un siervo: hincado las rodillas, humillado el rostro para saludar a su rey.

La puntera se combó con decisión; la liña protestó con un gemido.

Las manos ágiles de Yumil agarraron el talón y tiraron. De inmediato sintió la fuerza debatiéndose al otro extremo. Lo vio platear bajo el agua, contoneándose en sus esfuerzos por desembarazarse del anzuelo.

No se acordaba del estruendo anterior, pero un nuevo ruido lo sorprendió. Más cerca. A su espalda. Pero el róbalo lo mantenía atareado, y Yumil no se giró a tiempo para ver al hombre gordo que corría desbocado como jamelgo con patada en los ijares.

Pasó como una exhalación, tiró la antorcha y, sin pensárselo dos veces, se echó al mar. Cayó de bruces, torpe, salpicando en todas direcciones.

El flequillo de Yumil, empapado, se derrumbó sobre sus ojos.

Fue como ver revolcarse a uno de los demonios del mar de los que su padre y su abuelo tanto le habían hablado. El enorme *sipak*; gigantesco, temible, con su diente de más de un palmo, listo para devorar a los incautos.

El agua se abrió y se tragó al monstruo. Se levantaron olas que esparcieron espuma y algas.

Y, con la embestida, la liña se partió y el gran róbalo escapó a las profundidades. Rota la tensión, Yumil se cayó de culo; sus brazos pasaron sobre su cabeza, y la caña se escapó de sus dedos para acabar a su espalda, rebotando en los escombros. Había perdido su captura.

Y lo que era peor: después de aquella escandalera no quedaría un róbalo de Campeche a Isla Mujeres. La protesta se ahogó en los labios de Yumil cuando uno de los suyos, un cojo, siguió el mismo camino que el castellano. Saltó torpemente sobre el propio Yumil y se lanzó al agua entre los anzuelos cebados, aunque no fue tanto el estruendo ni las aguas se agitaron del mismo modo.

Aun así, no cabía duda de que su jornada de pesca había quedado arruinada. Yumil se levantó y, pese a no tener la luz de la antorcha, distinguió entre las aguas las cabezas de aquellos dos locos.

Salían ya de entre las olas para beber ansiosos el aire que les faltaba. Iba a preguntarles, a quejarse, a mentar a sus antepasados vivos y a sus ancestros

muertos; sin embargo, tras unas cuantas bocanadas, aquel par volvió a sumergirse hasta desaparecer.

No entendía Yumil qué tramaban esos locos bañándose vestidos en plena noche, pero sí sabía que tendrían que volver a salir para tomar aire, y decidió esperarlos, decidido a reclamar lo que hubiera obtenido en el mercado a la mañana siguiente.

Se convenció a sí mismo de que el indio era inocente y de que toda la culpa había de ser de aquel inmenso glotón. Porque uno de los suyos, uno como él, no podía ser responsable de causarle desgracia alguna.

A lo lejos oyó de nuevo el retumbar a cascajo de trastos y cascotes.

Y de repente una sorpresa más se añadió a la ristra.

—¡Por aquí! —gritaron a sus espaldas.

Se giró. Desde las obras de la muralla salían a todo correr otros cuatro hediondos barbados, directos hacia él.

—¡Vamos!

—¡Tienen que estar por aquí!

Venían con la prisa en las botas y el ansia en los ojos.

Se detuvieron a pocos pasos, y uno de ellos, con un cigarro bajo el colmillo, lo tiró con despecho al mar, no lejos de donde se sumergía una de las liñas.

—¿Dónde se han metido? —preguntó otro. Llevaba una espada gruesa como jamás había visto antes Yumil.

De los otros dos, a uno, moreno y corto de talla, parecía traerle sin cuidado lo que sucedía, y el último, más retrasado, tenía aires recios. Gastaba el aspecto afilado de quien está al cargo; de su destino, del de los hombres que mandaba y de aquellos con quienes se topaba.

—¿Has visto a un indio cojo y a un gordo? —le preguntó el del cigarro con desprecio.

Yumil no contestó. En honor a aquellos recuerdos que no eran suyos, quiso rebelarse. Pero los ojos del que se había quedado atrás, la expresión tosca, las manos, incluso el gesto, le aconsejaron cambiar de opinión si quería volver a pescar la noche siguiente.

Se encogió de hombros.

—¡Maldito cagajón! ¿Has visto a otro mierda como tú y a un gordo?

Contestó Yumil que no comprendía, que solo eran papilla de zopilotes. Pero lo dijo en su lengua.

—Este desgraciado no te entiende. Vámonos —urgió el de la espada—, sigamos la orilla. No pueden estar lejos.

El del cigarro echó una mirada atrás para conocer las órdenes.

Roa ni se inmutó. Aun así, Urdaneta supo lo que se esperaba de él. La espada, desenvainada, le abrió camino, y él siguió con paso firme.

Yumil vio las gotas de lluvia deslizarse mansamente por el filo del arma y pensó en los valerosos caciques de su pueblo.

—¿Pican?

Tanto le sorprendió la pregunta que a punto estuvo de tragarse aquel anzuelo cebado.

Pero no contestó.

—O no habla en cristiano o tiene los cojones bien puestos —dijo Urdaneta a su jefe, sin dejar de mirar al indio.

Roa miró a Yumil con desprecio. No era para él más que una cucaracha que pisar.

—No se atrevería —repuso, antes de soltar un escupitajo bajo el colmillo.

Y fue toda la señal que necesitaron los suyos para echarse a trotar por la orilla.

No se habían alejado más que unos pasos cuando, tímidamente, aparecieron las cabezas de los otros dos donde debían haber nadado los róbalos.

El pánico les pintaba la cara. Tanto que, aun faltos de aire, no se concedieron el lujo de respirar a pleno pulmón. Salieron como sapos en el agua de una charca, asomando los ojos con miedo y apenas las narices.

Yumil miró las espaldas de los hombres hasta que se los tragó el horizonte nocturno. Entonces gesticuló con la mano para animar a aquellos dos a salir del agua.

El indio, más ágil, tuvo que ayudar al gordo para que no se dejase los dientes en las piedras. Y no tardaron en salir, chorreando y lanzando bocanadas como si el mismo Yumil los acabase de pescar.

—A cuatro reales la tajada —les dijo en perfeto castellano—. Me debéis cuarenta reales, ¡como poco!

Pese a su reticencia inicial, una sonrisa desobediente se colgó de los labios de Camacho en cuanto se adentraron en la feria y su gentío. Era imposible no contagiarse. Campeche vibraba; sus gentes iban y venían, los que podían gastaban, los que no miraban.

Primero vieron a un chiquillo descalzo que regresaba a toda prisa para evitar una regañina. Luego a dos carpinteros que no iban a ninguna parte pero que, abrazados, cantaban una tonada picantona con clavos que ablandaban martillos. Después, a un grupo de volatineros y a su audiencia. Uno llevaba zancos, otro hacía acrobacias en un largo banco y el último pasaba el gorro entre los congregados. El saltimbanqui, a quien debían haber roto las articulaciones de chico, brincaba de un lado a otro, se contorsionaba, rozaba imposibles y arrancaba murmullos de admiración que, a buen seguro, se traducían en tintinear de monedas en el sombrerete rojo que su compañero paseaba.

Llegaron hasta la esquina de la casona de un consignatario al que Camacho conocía por haber trabajado para la casa de Mora.

—Regresemos, los otros nos deben estar esperando —le pidió a Catalina, tirando nervioso de las solapas de su embozo.

Ella lo ignoró. Siguió caminando.

También había allí un titiritero que, bajo un toldo que espantaba el orvallo, hacía las delicias de unos chicuelos que debían haber estado en la cama.

En un pequeño retablo rebozado en pan de oro, con un frontón tan lleno de detalles como la casa del cabildo, recitaba apenado un Gaiferos vestido con pequeñas prendas de terciopelo rematadas con diminutas pasamanerías.

—Siete años la he buscado, no la he podido encontrar, cuatro por la morería y tres por la cristiandad…

Su amor, enfundada en brial añil, aguardaba a un lado del minúsculo escenario, con las mejillas arreboladas por el toque cuidadoso que un artesano había dejado sobre ellas gracias a un pincel cargado de carmín.

Y, aunque sabido por todos que el héroe rescataría a su ansiada Melisendra, los niños, embobados, disfrutaban de un espectáculo que, además

de la voz del titiritero y sus mañas con los hilos, contaba con el dulce son del caramillo que tocaba una muchacha.

A aquellos chicuelos sentados bajo la llovizna, se los quedó mirando Camacho, y a Catalina no se le escapó la ternura que afloró en su rostro. Para su desgracia, aun sin quererlo, ella había escuchado a los hombres quejarse y hablar largo. Sabía que aquellos que habían conocido la desdicha de niños o bien no deseaban en absoluto ser padres, por ahorrar a su descendencia las miserias del destino, o bien lo deseaban con todas sus fuerzas, para redimir las penurias pasadas.

—Venga, Isidoro, vámonos, que ese cuento ya me lo sé —dijo con retranca, sorprendiéndolo.

Él volvió la vista e iba a quejarse por el nombre, pero Catalina no le dio tiempo.

—Tengo hambre —aseguró—, vamos a comer algo. —Y siguió hablando, sin dejarlo protestar porque no tenían un cuarto con el que pagar—. No te preocupes por esas naderías.

Pasaron delante de una viejuca que vendía cuadradillos de pulpa de agave, pero a ella no le hicieron gracia. Catalina seguía caminando entre la gente con total despreocupación; y, mientras, Camacho estaba a punto de descoser las solapas de su embozo.

—¡Rosquillas! Eso ya es otra cosa —exclamó de repente, encantada.

En una carretilla cubierta por un barragán encerado, la joven viuda de un marinero intentaba hacerse con unas monedas a cambio de sus mañas con la harina y la sartén. Enhebradas en una ramilla, tendía una docena de rosquillas a un tipo con pinta de haberse excedido con el mismo vino que le estropeaba la golilla, llena de escandalosos manchurrones. Vestía buenas prendas de tafetán con mangas acuchilladas y calzaba borceguíes finos de cordobán; pero los dineros que compraban la bebida no compraban mesuras, y se tambaleaba peligrosamente. Le costó acertar con los dedos en la faltriquera para pagar.

—Espera aquí —anunció resuelta.

Camacho la vio seguir al borracho, que se comía la primera de las rosquillas de un bocado mientras caminaba sin rumbo fijo. Más lejos, lo detuvo y le preguntó algo con una sonrisa radiante.

El hombre dudó, se llevó la mano libre al mentón y, como sorprendido al darse cuenta del escote que tenía delante, lo miró con total descaro, como intentando descubrir el fondo de aquel valle. Se olvidó de lo que iba a hacer. Se quedó allí, sin más, con la cabeza gacha, migas en la boca y el silencio por bandera.

Ella, sin perder la sonrisa, volvió a preguntar, y el borrachín reaccionó aturdido, como si acabase de despertar de un largo sueño. Sacudió la cabeza, y no quiso creerse que una de sus manos estaba levantada y que en la otra cargaba rosquillas.

Unos iban y otros venían, casi todos hablaban, se oían tonadas de fondo, aún se escuchaba el caramillo que aderezaba el rescate de Melisendra.

Camacho no sabía sobre qué preguntaba Catalina tan amablemente al hombre. Pero, a la tercera ocasión, el borracho fue capaz de recomponerse. Contestó señalando con la mano que un momento antes había olvidado en su mentón.

Ella fingió prestar atención y entonces, escandalizado, Camacho vio cómo, mientras el borracho se afanaba, una de sus manos, con disimulo, se escurría hasta la ramita y, con dedos ágiles, robaba rosquillas.

Para cuando ella daba las gracias con efusión, de la docena original no quedaban para el borracho más que la que ya se había comido y una última solitaria colgando del final de la varilla.

—¡Le has robado! —recriminó Camacho cuando ella se acercaba de vuelta con una sonrisa triunfal.

Catalina mordía ya su botín.

—No irás a decirme que un puñado de rosquillas es peor que no sé cuántos quintales de palo de tinte —respondió descarada comiendo una segunda ración. Camacho cayó en la cuenta y dudó.

—No, pero… —balbució.

Ella le ofreció uno de sus trofeos.

—Están buenas. Toma una.

Camacho, pese al hambre, la rechazó.

—Ese cantamañanas puede comprarse tantas como quiera… ¿No lo conoces? Es amanuense en el cabildo, cobra sus buenos dineros.

Volvió a extender la mano, ofreciendo el dulce. Olía a anís, a buen aceite, a caña.

—De niño no lo hubieras dudado…

La frase atragantó las protestas de Camacho, perdido en la intensa mirada de ella.

—Hace años que no me como una —confesó de pronto, logrando que ella se sorprendiese.

—¿Años? Ni que fuera miel de san Ambrosio…

—Mi madre solía comprarlas —se desarmó él.

Guardaron silencio. La lluvia no apagaba los brillos en la melena trigueña. El ala del sombrero ensombrecía los ojos tristes, pero no lograba quitarles intensidad.

Se habían perdido y volvían a encontrarse.

—El azúcar es caro —añadió en tono de disculpa, con voz queda.

No hizo falta que le contase que llevaba toda una vida ahorrando hasta el último cuarto. Ella había visto la modesta casa, las escasas pertenencias, aquel cofrecillo lleno de ilusiones. Había conocido al chiquillo cargado de sueños y al hombre atiborrado de miedos.

Ella inclinó el rostro. Sabía que no era más que una disculpa, que los recuerdos dan puñaladas traperas. Y volvió a insistir con la rosquilla. Pero ya no la tendió para que él la cogiese. Alzó la mano y se la acercó a los labios.

Él dudó.

Ella lo miró. Callada, acercó un poco más la rosquilla.

Él la miró. Abrió la boca y aceptó el bocado.

En el último día antes de zarpar la *Balvanera* muchas eran las cosas que podían salir mal, demasiadas. Iban a robar una de las naos de la flota de Indias, algo que muchos intentaban y pocos conseguían; solo de tanto en tanto los huracanes tenían éxito. Sin embargo, con tanto como podía irse al garete, jamás Camacho hubiera pensado que Julián lo fallaría.

—Si estuviera yo solo, me arriesgaría —le dijo el capataz, avergonzado.

Ya no restaba ni un ápice de la alegría de haber encontrado vivo a su antiguo encargado. La amplia sonrisa se había desvanecido. El semblante se mostraba ahora ceniciento, arrugado por la preocupación.

—No puedo. No puedo —repitió—. ¿Qué sería de mi chico si me llevan preso?

A Camacho se le torció el gesto. Le dolió. Pero no se lo recriminó.

—Ya nos cuesta salir adelante tal y como estamos —continuó Julián sin esperar respuesta—. No puedo jugármela. Lo siento —parecía sincero—, lo siento en el alma.

El negro Zacarías había ido a darle aviso a primera hora de la mañana. Y lo había hecho aun a pesar de que a todos les había costado amanecer temprano.

Había sido una noche ajetreada.

Primero habían reído con ganas al conocer las peripecias del indio y el franciscano, que aparecieron en la covacha con más agua que ropas encima.

—Y ese bendito nos exigió que le pagásemos el róbalo —había explicado Gundemaro con una sonrisa—. Os juro que, si esto sale bien, no le pago uno, le pago diez.

De la mojadura, del indio y sus cañas o de los hombres de Roa hablaron largo y tendido. Sin embargo, de lo sucedido entre Catalina y Camacho nada se había dicho. Aunque Pedro captó el tono diferente en las miradas que compartían.

Después, con machaconería, Camacho había querido repasar lo pendiente. Y hasta bien pasada prima habían estado ocupados desgranando cada detalle de los planes, al amor de la lumbre.

No habría más oportunidades y tenían mucho que hacer en poco tiempo.

Lo primero en la lista era verse con Julián, y Zacarías había salido de la covacha de amanecida a dar el recado para que ninguna cara familiar tuviera que arriesgarse en los alrededores de los almacenes.

Ahora, al abrigo de los árboles, en el cerco a medio pelar que quedaba en la lucha entre la villa y la selva, los dos hombres hablaban, y a Camacho, por más que lo comprendiese, le dolía en el alma que el capataz se negase a colaborar.

—Sin tu ayuda no lo conseguiremos —aclaró el hijo del inglés.

Julián miró a todos lados, como si, pese a haberse reunido más allá de la Puerta de Tierra, el mismísimo Mora se pudiera presentar de improviso.

—En bastante apuro me metes ya haciéndome saber que Mora va a perder tanto —se quejó—. Si él se arruina, yo podría quedarme sin trabajo…

Al oír aquello, Camacho se asustó. Temió incluso que Julián pudiera traicionarlos a cambio de su salario. Y se arrepintió de haber confiado en él.

Pensó en aludir al chico. En hablar de todo lo que había hecho por la familia del capataz.

No lo hizo. Pero Julián cayó en la cuenta.

—No me olvido. Ya lo sé. Mi hijo le debe la vida al hebreo, y fuiste tú quien se encargó de todo… —Se pasó la mano por la nariz—. Y te estaré eternamente agradecido… —Se tocó entonces el pelo—. De todo corazón. No sé cómo podría pagarte el favor… —Se pasó la mano por el cuello—. Y el dinero, no sé cuándo, pero te devolveré hasta el último cuarto. Te lo juro por mi padre —aseguró.

Y puso fin a aquel eterno pasear de su mano llevándosela a la boca para besar el pulgar cruzado sobre el puño.

Sonó tan falso como un duro de madera, aunque la deuda del capataz era la última de las preocupaciones de Camacho.

—Pero no me puedes pedir eso —continuó apresuradamente—. Eso, no. El riesgo es demasiado grande. Compréndelo.

Al terminar, dejó caer el mentón y entrecerró los ojos para mirar hacia arriba, como un chiquillo temiendo recibir un coscorrón.

Camacho sopesó sus palabras. No creía haber pedido tanto. Pero no le quedaba otra opción que aceptar el revés.

—Está bien. No te lo pediré —concedió.

Dejó escapar un largo suspiro y apoyó la espalda en un balché que, de milagro, había sobrevivido hasta entonces, pese a estar tan cerca de la villa y sus obras.

A Julián le sorprendió no percibir rencor en las palabras de su amigo.

—Entonces, ¿puedo irme ya? —preguntó angustiado—. Los de Roa andan como si tuvieran los calzones llenos de ortigas. Si me retraso me preguntarán…

No le respondió, y Julián comenzó a mover los pies, inquieto, cambiando el peso de uno a otro.

Volvió a suspirar Camacho y abandonó el árbol para dar un paso y apoyar las manos sobre los hombros del capataz.

—Escúchame —le habló mirándolo fijamente—. No creo que volvamos a vernos nunca, así que no te preocupes por lo que me debes, no importa. Para bien o para mal, yo no lo voy a necesitar.

El alivio en el rostro del capataz fue inmediato; pareció desinflarse de golpe, como una vela en una revuelta de viento. Quiso marcharse entonces, pero Camacho no lo dejó.

—No te lo volveré a pedir. No te preocupes. No nos ayudes, pero tienes que hacerme un favor.

La agonía volvió a su expresión.

—Tranquilo. No te meterás en problemas. Es solo un pequeño favor, y no arriesgas nada.

Julián miró entonces con curiosidad al que había sido su encargado.

—Solo llévatelos antes, terminad la jornada pronto y déjalos en la casa antes de lo habitual. Si Mora pregunta, dile que te han dado recado de que tu hijo se encuentra mal. Eso es lo único que te pido.

—Cerrarlos pronto, ¿eso es todo?

—Todo.

—Eso es fácil. Roa aún no ha salido a por más palo. No hay mucho trabajo. Llevamos días limpiando el almacén, afilando las hachas, reparando los caballetes. Ya sabes, poniendo orden. No hay nada por rematar.

Calló un momento.

—Además, Mora aún no ha encontrado sustituto para ti. Y no creo que él se pase por el almacén. Eso sí puedo hacerlo.

—Pues hazlo, es lo único que te pido.

Y retiró las manos.

Y el capataz, ansioso por marcharse, dio unos pasos para alejarse sin ni siquiera decir adiós. Pero se detuvo de pronto. Se giró y, bañado en dudas, preguntó algo:

—Entonces, ¿vais a hacerlo igualmente?

Camacho, serio, asintió.

—Tanto si nos ayudas como si no. No me queda otra.

—¿Vais a reventar la puerta?

—No hará falta —contestó, pensando en Zacarías y sus habilidades de cerrajero.

—¿Y cómo vais a hacerlo?

—No te preocupes, no te afectará.

Julián hizo ademán de volverse de nuevo, pero se lo pensó. Aún tenía algo más que decir.

—Estás loco. Estáis locos.

—Cuida de tu hijo.

Y fue Camacho el que se marchó, dejando al capataz pensativo bajo la sombra del balché.

Pese a sus prisas de poco antes, no se marchó.

Él se había dormido por fin. Roncaba suavemente, con la placidez que solo el vino puede regalar.

Ella, acurrucada en una esquina, sin atreverse a volver a la cama, sollozaba abrazándose las rodillas.

Isabelita tenía el pelo revuelto, los ojos enrojecidos, un labio partido. El pómulo hinchado, amoratado. Y un reguero de sangre a medio secar le corría desde la nariz hasta el cuello; manos nerviosas lo habían esparcido por las mejillas en un intento por detenerlo, y también llevaba manchada buena parte de la camisola, donde a la sangre se unían mocos y lágrimas desconsoladas.

Estaba asustada, dolorida y enfadada. Enfadada con Catalina por haberla dejado sola. Enfadada con la Brava por no hacer nada. Enfadada consigo misma por haberse creído las mentiras aduladoras de aquel gaviero mallorquín que le había prometido la luna pero que se marchaba en la *Balvanera* sin volver la vista atrás. La noche antes había elegido a la sevillana Luisa, y ni siquiera se había dignado a echarle un reojo de conmiseración.

Estaba enfadada. Y también cansada.

Había intentado hacer su trabajo, pero no le salió bien.

Lo acarició, lo lisonjeó, se metió su hombría en la boca, se desnudó lentamente, volvió a acariciarlo, a usar sus labios, su lengua… Nada funcionó. Su virilidad no respondió. Él se enfadó, le echó la culpa y descargó en ella sus iras. Y eso tampoco sirvió para remediar el mal. Entonces pidió traer más vino. Tampoco lo arregló.

Ahora él dormía, y ella no tenía sueño.

Al menos ya lograba respirar sin que la asaltase el hipo. Ya podía ver sin que el llanto lo emborronase todo.

Y pensó que sería fácil. Bastaba acercarse, coger una de las almohadas, privarle para siempre del aire que necesitaba. Apretar, apretar fuerte por unos instantes.

Nunca volvería a pegarla.

Saberlo, tener esa certeza, sería suficiente recompensa. Esperaría la horca tranquila, en paz. Él no volvería a ponerle la mano encima.

Llevaba cavilando un buen rato y, a cada poco, la idea se había vuelto más y más sugerente. No la de matarlo, sino la de vivir en paz, sin miedo.

Cuando se irguió, le dolieron las costillas. Se levantó la camisola, su única prenda. Uno de sus pechos, apenas una manzana por madurar, quedó al aire; debajo se formaba un morado donde podían adivinarse los nudillos de él. Las nalgas, pequeñas, llevaban las marcas de la tarima del suelo; uno de los muslos, otro cardenal, y en el vello, entre sus piernas, la sensación pegajosa y tirante de él hocicando, buscando el modo de excitarse aunque su flácido miembro no respondiese.

Lo miró. Tenía un arañazo en el cuello. Tres marcas se caían desde la nuez al costado. Una de las veces, el terror le había insuflado fuerza para intentar defenderse, pero no se le había ocurrido volver a hacerlo: la respuesta había sido temible.

Gritos. Patadas. Puñetazos.

Isabelita dio unos pasos indecisos hacia la cama.

Se arrepintió.

Reculó, asustada de sus propios pensamientos, y se acercó al palanganero que había en la otra esquina, cerca de la ventana.

Del piso inferior llegaba el ajetreo de la limpieza. Se oían órdenes, los chapoteos en el balde para fregar, las risillas de las cartageneras. Por la ventana entraba el sol claro de la mañana. Era tarde, se acercaba el mediodía, pero la Brava jamás molestaría a un cliente así. Al gaviero ya lo hubiera echado, a casi cualquiera, pero no a Melchor de Mora e Hijuelo.

Ni el apellido ni la palabra; era el dinero quien daba licencias.

A un muerto de hambre, la *madame* tampoco le hubiera permitido maltratar la mercancía, pero a un poderoso comerciante rara vez se le negaba ese ni cualquier otro capricho.

Procurando no hacer ruido, se lavó. Necesitaba sacarse de encima su olor. Se frotó con fuerza entre las piernas, usó jabón hasta que le picó. Se recompuso el pelo lo mejor que pudo. Se vistió.

Él seguía durmiendo. Estaba atravesado en la cama; una pierna caía por un lado, la cabeza por el otro. No podía estar cómodo, pero no parecía importarle.

Isabelita se acercó al lecho. Dudó de nuevo.

En su sueño, el rostro de él tenía una expresión angelical, la de un feliz querubín revoloteando por un altar mayor. Apaciguaba sus miedos. Pero todo era mentira.

En dos pasos más estuvo a su lado.

La almohada había quedado abandonada junto a la cabecera. También allí había unas gotas de sangre. Alguna bofetada las habría sembrado.

Se inclinó y alargó los brazos.

Cogió la almohada. La sostuvo entre sus manos, junto al pecho, y lo miró de cerca.

Él le había dado un pisotón en la mano izquierda. Los dedos le dolían al apretar, pero era una sensación lejana.

Hasta entonces, le había parecido fácil. Lo había pensado una y mil veces: lo único que tenía que hacer era apoyarse en aquel rostro angelical y apretar.

Cerró los ojos y fantaseó una vez más. Se vio a sí misma haciendo el gesto, hincando las manos en el relleno.

Sus hombros se tensaron.

Era fácil.

Sus brazos no obedecieron.

Respiró profundamente. Se imaginó el alivio. El desahogo de saberse libre de aquella violencia. Parecía sencillo. Bastaba mover la almohada unos palmos.

Cerró los ojos de nuevo, respiró profundamente, aplacó los nervios. Había tomado una decisión.

Sus manos temblaban, aunque no era consciente. Solo pensaba en cómo hacer el gesto, cómo bajar la almohada, cómo enterrar aquel rostro angelical para siempre.

No volvería a pegarla.

Nunca.

Él emitió un gemido en su sueño. Pestañeó.

Melchor de Mora e Hijuelo, preso de la resaca y del sueño, abrió los ojos. No vio nada, pero sintió la urgente necesidad de desperezarse. Se frotó el rostro, rastrilló unas legañas y comenzó a estirarse.

Apenas había empezado cuando escuchó el portazo que lo despabiló.

Estaba solo en la habitación.

Con lengua de esparto y los sesos en penitencia, Melchor gruñó con disgusto. El portazo retemblaba en sus oídos.

—¡Sileeencioooooo!

Sin levantarse, sentado en la cama, con la cabeza entre las manos, amenazó con despellejar a cualquiera más allá de la puerta que tuviera el cuajo de estornudar o siquiera rascarse las posaderas.

Fétido, su propio aliento se apelotonó en sus narices. Aquel tufo se deshacía con pesadez, como si pudiera echarle un bocado. Y, arrugando el hocico ante su propia miseria, acudió a su sempiterno palillo de plata.

Se levantó para usar el orinal y, con ambas manos ocupadas, los problemas que la borrachera y el sueño habían espantado se tomaron la molestia de regresar. En los últimos tiempos, en los últimos días, la noche anterior, tenía la sensación de que lo había mirado un tuerto con mala baba. Nada le salía a derechas.

Para intentar aplacar sus preocupaciones, la noche pasada se había encontrado con maese Fragoso. Pero había resultado inútil.

Sentados bajo el toldo de la Brava, así protegidos de la bochornosa llovizna, habían comenzado con las cortesías debidas, preguntando lo que no les interesaba y sirviéndose mutuamente los primeros vasos de un vino que, según la *madame*, se había traído de Toro.

Y, cuando habían pasado a asuntos de más enjundia, a Mora le había servido de bien poco.

—Todo dependerá de la voluntad divina —le había dicho el marino bajo los bigotes.

—La voluntad divina no me sirve —había respondido Mora, inquieto.

Entonces había bajado la voz, porque los oídos indiscretos tendían a joder los negocios.

—Se rumorea que se zarpa tarde, que hay riesgo de sufrir vientos de través…

—Es un secreto a voces. La maldita broma nos ha retrasado. No quisiera yo servir a mi rey con tanto retraso, pero no ha habido modo.

—Un carajo me importa a mí el retraso, lo que quiero saber es si la carga peligra.

A cuerno frito le había sentado la frase al tan digno maese Fragoso, y, frunciendo el ceño, había respondido de mala gana.

—Si las vidas —había enfatizado— o la carga corriesen peligro, yo no zarparía.

Había crecido entre ambos un silencio incómodo en el que se guardaron reproches.

—Me juego mucho —había confesado Mora en un arranque de sinceridad del que luego se arrepintió—, necesito que salga bien. Solo necesito estar seguro de que no teméis…

—¿Por quién me tomáis?

Y, pese al ceño fruncido, Mora había porfiado, pero de nada le había servido. El maese no había confesado nada útil.

La mar era caprichosa, y a la mar temían los marinos, más que a los piratas o a la misma broma. El comerciante pedía certezas que el maese no podía pagar.

Lo cierto era que, pese a haber desvalijado a aquel inglés hideputa, la casa de Mora pasaba apuros. No podía permitirse perder el envite y, en las bodegas de la *Balvanera*, no solo iba la carga de palo más grande de la historia, también su única posibilidad de remontar. Coqueteaba con la ruina tras haberse comprado un rancho cerca de Río Lagartos. La inversión resultó ser un sumidero. La ganga se había enrevesado, y la propiedad parecía capaz de tragarse todos los beneficios de los años comerciando palo de tinte.

El mondadientes aliviaba sus penurias, pero, mientras se vestía, no podía dejar de echar cuentas, y su cabeza, afectada por los excesos de la noche, no regía lo suficiente como para que esas cuentas cuadrasen.

Todo el ganado del rancho se había perdido por culpa de una peste que nadie había sabido atajar, y ya no tenía otra agarradera que el cargamento de palo. Se había cuidado de guardar el secreto, no fuera a ser que Bacheli o algún otro se enterase y pretendieran aprovecharse. Aun así, la preocupación lo carcomía.

Y, para colmo, la noche anterior había descubierto que lo malo siempre podía empeorar.

Después de que Fragoso se marchase y a Mora no le quedase otro consuelo que el vino, había decidido darse un capricho y pasar la noche con alguna de las muchachas de la Brava.

Tras mirar en todas direcciones en busca de Nuno o del nuevo que Roa contratara, sin rastro del portugués, avisó al tudesco con la mano.

—¿Dónde está Nuno? —preguntó cuando lo tuvo a su lado.

—Comprobando que nadie sigue al maese, como ordenasteis.

Mora se había olvidado de lo que él mismo había mandado, pero no dejó que su nuevo empleado se diese cuenta.

—Me quedaré aquí esta noche —anunció—. ¿Y Roa?

—Supongo que en el puerto. Dijo que después daría una vuelta por la feria, a ver si se topaba con el inglés.

Pensando ya en la joven Isabelita, a Melchor de Mora e Hijuelo se le pasó por alto lo dicho. Pero, cuando iba a despedir al jaque, cayó en la cuenta.

—¿Qué inglés? ¿De quién hablas? —preguntó de pronto, ansioso.

El tudesco, que ya se arrepentía de haberse dejado llamar por el dinero y haber abandonado a Bacheli, comprendió que había metido la pata. No sabía por qué, pero al parecer Roa había ocultado al patrón que sus hombres buscaban al hijo de un pirata inglés y de una fulana de tres al cuarto.

Pensó en mentir, pero comprendió que no le convenía. El barro le llegaba al tobillo y tenía al patrón delante; mejor sería que no le llegase a los huevos.

—A ese tal Camacho —respondió.

—¿Cómo?, ¿está vivo? ¡No puede ser!

El tudesco se encogió de hombros.

—A lo mejor me equivoco de nombre, yo solo hago lo que me mandan —adujo con aires inocentes.

Mora masticó aquello.

—Cuando vuelva Nuno, os vais a buscar a Roa y le decís que venga a verme cuanto antes, que haga que me despierten si es necesario. ¿Has entendido?

Luego había mandado llamar a la Brava. Y había pasado la noche con Isabelita. Ahora se hurgaba los dientes intentando espantar el dolor de cabeza.

Llamaron a la puerta con golpes tímidos.

—¿Quién es?

Del otro lado, llegó la voz de la Brava, acostumbrada a hablar a través de las puertas.

—Soy yo —dijo sin más—. Siento molestaros, pero os buscan abajo, ese soldado que trabaja para vos.

Al caer la tarde empezó a llover con fuerza y un cierzo caprichoso racheó con violencia. El toldo de la Brava salió volando, para disgusto de la *madame*, que corrió dos calles con los pelos a medio arreglar y las enaguas en la mano.

Los agoreros temieron que la gran celebración resultara un fiasco. Los volatineros, los abaceros, los saltimbanquis, los titiriteros e incluso los ladrones que aprovechaban el gentío, todos miraban al cielo con preocupación. Pero ninguno de ellos con más angustia que el maese de la *Balvanera*.

Salustio Fragoso temía que la Providencia hubiera decidido castigar su avaricia. Y quizás el único a la par fue el propio Mora, que no se sacaba el mondadientes de la boca.

Sin embargo, Camacho se sentía alegre; el mal tiempo ayudaría en lo mucho y difícil que tenían por hacer. Aunque fue una alegría efímera.

Las súplicas de los tenderos más humildes, los que en verdad necesitaban una velada con buenos ingresos para aspirar a comer los meses venideros, fueron escuchadas.

Antes de la puesta de sol, el cielo se abrió como un clavel a la primavera. Las nubes se deshilacharon, el sol empezó a brillar, y todo Campeche, la selva entera, el mar de punta a punta, aparecieron bajo una nueva luz, con la belleza incomparable de aquella tierra verde que había robado al océano uno de sus refugios.

Los tucanes fueron los primeros en celebrarlo. Los cristofués no se quedaron a la zaga. Las loras donaron el estribillo, y los micos se quejaron del barullo.

Olía a tierra húmeda y a esplendor. Y, para coronarlo, el sol se vistió de naranja tímido y se tendió sobre el horizonte mirando al puerto.

Era difícil no sentirse en paz.

Pero muchos tenían demasiado a lo que atender.

El taciturno Zacarías, mientras repasaba sus ganzúas, resultó una bendición. Las cosas se habían torcido tanto que contar con una cara desconocida anunciaba buenaventuras.

Aun así, Camacho no las tenía todas consigo. Ni siquiera sabía que el diablo había barajado y llevaba mejor mano. Y, como no lo sabía, el hijo de la Camacha miraba la puesta de sol.

Catalina tampoco lo sabía; se limitaba a esperar a que los jornaleros acabasen de tender los vientos y asegurasen los nudos.

Gundemaro ni siquiera se lo preguntaba. Se alisaba el hábito y, aunque solo habían sido unos días sin él, se sintió extraño vistiéndolo de nuevo.

Pedro, cenizo a fuerza de sino, sí se lo preguntaba, y temía descubrir que los triunfos los llevaba en la manga el mismo diablo. Sin embargo, hacía su parte: caminaba por la playa, no lejos de aquella escombrera donde el róbalo se había llevado un anzuelo de prestado.

Y, en tanto, ya llegaba de las cercanías del puerto el barullo tímido del inicio de la fiesta. Se habían encendido farolillos, afinado instrumentos, preparado cocinados y mudado ropas. A excepción del toldo de la Brava, todo estaba listo para despedir a la *Balvanera*, que partiría a la mañana siguiente, con la marea.

El esclavo, el indio, el fraile, la fulana y el hideputa. Cada uno sabía lo que debía hacer y cuándo. Solo quedaba esperar y que el diablo no ganase la dichosa mano.

Camacho se dio la vuelta y echó a andar. Tenía que llegarse a la zona más rica de la ciudad, pasados los soportales de la barriada de San Román, a las casas de los que sí conocían sus apellidos, de los que tenían títulos y ditados, de los que no eran como él. Su destino era el hogar de Pedrarias.

En tanto, Catalina aguardaba a que el toldo de la Brava volviera a su lugar, y, contra la esquina de la cofradía de pilotos, a prudente distancia, echando disimulados vistazos, esperaba impaciente su oportunidad. Lo que más le preocupaba era que el duro que bailaba en sus dedos sudorosos suponía todo su capital, y no alcanzaba. Se quedaban cortos.

Aun así, Camacho se había mostrado convencido. Recordaba bien el pasado, y la Brava, con sus pullas, se lo había dejado claro. Sin querer, la *madame*, al irse de la lengua, había proporcionado información útil.

—Funcionará —había asegurado él—. Pedrarias no podrá resistirse.

Y Catalina se lo había creído. Pero no tenía idea de cómo resolverían el problema de la falta de fondos.

Con la excusa de la lluvia, se había anudado una pañoleta bajo el mentón. Contenía así la melena y disimulaba el rostro, pero rondaban por allí muchos que la reconocerían con facilidad, así que se guardaba de mostrarse a plena vista.

Y esperaba. Necesitaba de alguien a quien dar recado.

Arriba y abajo, con sus instrumentos a cuestas, paseaban tres músicos que la Brava había contratado para amenizar la velada. Los conocía, eran habituales de la casa cuando había algo que celebrar. Dos hermanos pacenses, uno que tocaba la flauta y el otro la vihuela, y un sardo nervioso que había aprendido en el Milanesado a tocar el violín.

Más impacientes que la propia Catalina esperaban también los primeros clientes. Miraban los esfuerzos de los jornaleros con tanto nerviosismo que uno incluso se ofreció a ayudar para que acabasen de una vez con el dichoso toldo.

Llegaron entonces dos más. Por las trazas, debían de ser marineros de la *Balvanera*. Los vio bracear y quejarse por el negocio aún cerrado. Aquellos dos no convenían.

Miró a todos lados. Sorprendentemente, no había nadie más.

Estaba cansada de esperar. Y se hacía tarde. El tiempo apremiaba. Debían echar las cosas a rodar antes de que a Pedrarias se le ocurriese salir por su cuenta. Estuvo a punto de contravenir lo acordado y presentarse ella misma ante la Brava.

Fue entonces cuando la fortuna le sonrió.

—Mis disculpas —oyó a sus espaldas.

Cuando se volvió, un joven con levita y bonete, un amanuense de los muchos negocios del puerto, le pedía paso.

Catalina decidió que era su mejor opción.

—Oh, perdonadme, no sé en qué estaba pensando. Por favor, pasad.

Pero, pese a sus palabras, no se apartó. Junto a ellos, por la calle, rodaba en ese momento un carro, lo que desaconsejaba un rodeo.

Se quedó donde estaba y la miró confuso. Ella se echó a hablar con ímpetu.

—Sé que es un atrevimiento, pero debo pediros un favor.

El joven se extrañó, pero no se negó. En parte porque comprendió que hubiera sido inútil.

Le dijo lo primero que se le ocurrió, un cuento sobre unas hierbas, y arguyó que sentía una terrible vergüenza de que algún conocido la pudiese ver en aquel lugar de mala reputación. El muchacho se sonrojó tanto que Catalina pensó que se derretiría. Y ya fuera por caballerosidad o por vergoña, el amanuense cumplió su palabra. Al poco, Tomasa salía por la puerta y cruzaba la calle hacia la cofradía de pilotos.

Primero bromearon sobre los mofletes carmesí del amanuense, quien, de tan avergonzado, había incluso tartamudeado. Luego, de inmediato, se abrazaron rebosantes de cariño. Y, antes siquiera de preguntar a qué venía aquel clandestino, la mulata regalaba lagrimones de felicidad.

—¿Cómo está mi gordo? —preguntó enseguida, pasándose el talón de la mano por las comisuras de los ojos.

—Tan bien como se puede… —sonrió Catalina.

Resuelta la urgencia, Tomasa se dispuso a ayudar.

—¿Qué sucede?

Sabedora de que la excusa que habría escuchado la Brava no les regalaba mucho tiempo, Catalina fue al grano. Contó una versión resumida de las peripecias vividas y de los planes venideros. Por último, y en esta ocasión fue ella la avergonzada, reconoció la verdad:

—Pero no tenemos los dineros —admitió de mala gana.

Tomasa dio un paso atrás.

—¿Y a qué has venido? Sabes que no las dejará salir. Aunque le dé el nombre de Pedrarias, necesitáis una señal.

Catalina dejó ver el duro que tenía en la mano.

Tomasa sonrió con indulgencia.

—Pues habrá que pensar en algo…

Eso mismo había dicho Camacho cuando le confió el encargo, y Catalina se sorprendió al oírse pronunciando sus mismas palabras.

—La conoces de sobra, no aceptará. Lo de «brava» no es en balde.

—¿Y no podrías hacerlo tú? —preguntó Tomasa—. Sería mucho más fácil…

La pilló por sorpresa. Camacho no lo había planteado, y ella no lo había pensado. Dudó.

—Supongo que sí —balbució—, pero Camacho insistió en que Pedrarias…

Tomasa se rio con ganas, radiante de felicidad, y miró a su amiga como una madre a una hija.

—¿Y tú? ¿También lo quieres?

Ahora la sorprendida fue Catalina, que dio un respingo.

—Vamos… —dijo Tomasa—, a Pedrarias le da igual pelo que pluma, aceite que agua… Lo que quiere es meterla en caliente —añadió con picardía —. Yo no recuerdo eso que dices de cuando pasó una semana entera aquí, pero, aunque fuese con Amalia y Adosinda, sabes que a él le da igual.

Poco a poco, resbalando en la cuenta, Catalina empezaba a intuir qué significaba aquello. Pero no respondió.

—Dime —insistió con el nerviosismo de una chiquilla en un corrillo de confidencias—, ¿lo quieres?

Al cabo, sorprendiéndose a sí misma, Catalina respondió:

—Es un mentecato cabeza hueca…

Las palabras y la expresión del rostro no cuadraban, y Tomasa volvió a reír.

—Me alegro mucho —dijo la mulata, abrazándola de nuevo—, me alegro por ti.

Catalina, por una vez en su vida, no supo qué decir. Se dejó llevar. Estaba demasiado sorprendida como para hacer otra cosa que abrir los ojos y balbucear.

Y no mejoró cuando Tomasa la soltó. Fue la mulata la que siguió llevando la iniciativa.

—¿Podría irme con vosotros?

A Catalina la pareció insólito. Miró a su amiga sin entender.

—Me pregunto si podría irme con vosotros…

Catalina pareció volver en sí.

—Sí, claro, si eso es lo que quieres, pero vengas tú o las cartageneras hay que pagar a la Brava; si no, podría amoscarse y mandarlo todo al traste…

—No, no me refiero a eso, a Pedrarias que lo aguanten esas dos —espetó la otra enfática con un manotazo—. Yo me refiero a irme de aquí, lejos, a México o a donde os vayáis. Lo que sea con tal de no volver jamás a pisar esta mierda de lugar.

Catalina tardó en asumirlo.

—Claro, claro que puedes venir…

—Entonces lo de las cartageneras lo arreglo yo —afirmó segura de sí la mulata.

—¿Qué?

Resultó que Tomasa tenía unos ahorros, gracias a vender sus hierbas y potingues.

—No me quedará mucho, pero no importa, ¿no? Vamos a ser ricos…

No supo qué responder Catalina.

—Voy a dar el recado —aseguró Tomasa arrolladora—. Necesito algo de tiempo para cuadrar las monedas, no mucho —hablaba tan rápido que las palabras cabalgaban unas encima de otras—. Le pediré a ese amanuense que diga que viene de parte de Pedrarias y que pague a la Brava…

Aún dijo algo más, pero ya se daba la vuelta para marcharse. Y Catalina intentó pensar con claridad.

Los recuerdos de su infancia acudían en tropel. Lo sucedido en los últimos días se apelotonaba.

Se miró la mano, la misma con la que le había ofrecido aquella rosquilla.

Pensó en él. En aquella pelambrera rebelde. En cómo hablaba. Y, más que ninguna otra cosa, en cuanto callaba.

Pensaba en Camacho. Y se le dibujó una sonrisa.

Aun pese a su cojera, a Pedro le gustaba caminar junto al mar. Renquear al amor de la orilla. Aquel inmenso azul meciéndose hacia el horizonte le regalaba una paz perdida.

Le agradaba el olor punzante del salitre, ver la espuma bailar en la cresta de las olas, las idas y venidas de las madejas de algas pintando arabescos en la arena.

Muchos atardeceres, tras un día en las calles pidiendo limosna, antes de refugiarse en su covacha, había buscado aquellos largos paseos.

Y ante tanto azul siempre le asombraba la capacidad de los castellanos por haber cruzado aquella inmensidad. Había visto el mar encabritado, las enormes olas durante los huracanes, el bambolearse de las gamelas de pescadores con la marejada. No le cabía duda de que hacía falta estar loco para embarcarse, y esa era una de las muchas razones por las que respetaba a Camacho.

También porque, de no ser por él, estaría muerto.

Había sido Camacho quien se interpuso entre el látigo y su cuerpo maltrecho. Camacho había detenido la paliza, y Camacho se había encargado de que aquel hombrecillo de patillas rizas le recompusiera la pierna.

Se había quedado cojo. Le habían cortado la lengua. Pero estaba vivo.

Y le gustaba pasear junto al mar.

Sin embargo, esa noche no caminaba hacia el ocaso para recordar a los suyos, para lamentar la revolución perdida ante el hierro de los castellanos. Lo hacía para devolver el favor a su samaritano. Porque se sentía en deuda, y él, hijo del jaguar, descendiente de quienes habían levantado «la casa de las serpientes», había sido caudillo de los suyos antes que esclavo.

Y Halach Uinic, el mismo que se hizo llamar Canek durante la revolución, conocía el honor. Halach Uinic respetaba la memoria.

En tiempos, lo hubieran reconocido, y en tiempos lo hubieran admirado o abucheado. Los pueblos no se habían unido.

Ahora se cruzaba con unos pocos que, como él, ignoraban la feria de despedida de la flota, y nadie le prestaba atención. Ya no era Halach Uinic, ya no era Canek. Ahora era solo Pedro «el renco».

Y así pudo acercarse hasta el humilde amarradero donde, cerca de la playa que llamaban de San Román, los locales mantenían unas pocas barcas con las que salir a pescar.

Aun lejos como estaba, cuando las olas le daban permiso, el rumor de la feria llegaba hasta allí. Pero no todos participaban del jaleo. Allí, en un pontón de restos, envejecido antes de tiempo, donde las lapas que se agarraban a los pilotes parecían las responsables de mantenerlo en pie, había más indios.

Una redera, ahora que la noche empezaba, recogía sus trastos y abandonaba el inacabable trabajo de sus remiendos. Un chiquillo al que le colgaban los mocos estaba a la espera, jugando con un carozo de maíz convertido en muñeco. A la luz de un hachón encastrado en uno de los pilotes, dos hombres charlaban mientras ordenaban liñas con palangres. Manos callosas de dedos fuertes colocaban los anzuelos. Los pinchaban en un tarugo de madera de balsa y en el canto, como un regimiento en formación, quedaba una pulcra línea con cientos de ellos. De cada uno salían codales que quedaban empatados con la línea madre, arrollada a los pies en vueltas incontables.

Pedro los miró con curiosidad, asombrado de que no acabase todo enredado sin remedio. Daba la sensación de que un simple soplido bastaría para convertir aquello en un embrollo que solo hubiera servido para nido de pájaro.

Los pescadores, enfrascados en sus asuntos, solo echaron al renco un reojo despreocupado. La redera ni siquiera miró. El chiquillo le sonrió.

Había también una pila de nasas hechas con varillas y con bocas como embudos. Y Pedro no supo adivinar que eran para engañar a los astutos pulpos. Le gustaba el mar, pero lo que él conocía era la selva.

Más allá, en los palmos de agua que dejaba la marea, media docena de sencillas barquichuelas aguardaban obedientes a sus patrones para hacerse a la mar y ganar el sustento de quienes no tenían otra agarradera que las esperanzas ensartadas en aquellos palangres.

Vio una más grande, con arboladura de juguete para una pequeña vela. Aquella quedaba fuera de su alcance, no tenía idea de qué hacer con los trapos y el timón. Entre las demás, cualquiera servía. El problema era que ninguna tenía remos.

Y, como aquellos hombres estaban todavía allí, Pedro pasó de largo. Caminó, entre graznidos, espantando gaviotas que se habían recogido para la noche. Y volvió a incordiarlas cuando se dio la vuelta.

La redera y el crío se habían marchado, pero, para disgusto de Pedro, los otros dos, no.

Miró hacia el cielo. Calculó que aún tenía margen y volvió a pasar de largo.

Esta vez, los dos pescadores se lo quedaron mirando. No era fácil olvidar a un cojo paseando arriba y abajo. No dijeron nada, pero algo cuchichearon entre ellos, y Pedro comprendió que le convenía pasar desapercibido, así que, cuando estuvo a una distancia prudente, en lugar de darse la vuelta para pasar de nuevo, decidió esperar hasta que el hachón que los marinos tenían prendido se moviese o apagase.

Se sentó en las rocas. Los cangrejos le hicieron compañía.

Sobre los tejados de la ciudad, el halo de los farolillos, antorchas y velas de la feria tenía algo de místico. Y los ritmos que traía el viento se le hacían extraños. Aquella era una música distinta a la de su pueblo.

Al rato, cuando empezaba a ponerse nervioso, cuando ya temía que tendría que recurrir a la violencia, los pescadores finiquitaron su laborioso trabajo y la luz del hachón se movió tierra adentro.

El amarradero quedó a oscuras.

Prudente, sabedor de que Camacho y los demás aún tenían mucho por hacer, Pedro esperó un poco más antes de cojear hacia las chalupas.

Eligió la que parecía más entera, una que en tiempos debió haber sido barca auxiliar de alguna nao castellana, pero que ahora mostraba claros rastros de haber sido calafateada pobremente y demasiadas veces. Aun así, parecía la que menos necesitaba achicar.

Se metió en el agua y, procurando no chapotear, se acercó a la borda.

Como era de esperar, faltaban los toletes y los remos. Los dueños de aquellas gamelas no querían llegar a faenar y encontrarse con que algún desaprensivo se había llevado su medio para ganarse el pan. Si las barcas no podían esconderse, los remos, sí.

Pero Pedro ya imaginaba que se encontraría con aquel inconveniente. Lo que no había esperado era toparse con el recio candado que aseguraba el tambucho de la chalupa.

Tuvo que escoger otra en mucho peor estado. Tanto vicio tenía de tragar agua que, en el fondo, sobre el charco formado, había dos jícaras con las que sus sufridos amos debían estar siempre faenando. Pero el tambucho no tenía candado, y allí encontró dos toletes viejos y gastados que enseguida colocó en los taladros de la amura, a ambos lados del banco central que dividía la barca.

En cuanto a los remos, conocía su secreto. No se lo había contado a Camacho. Gestos y gemidos no bastaban para explicar ciertas cosas. Pero no importaba. Había visto a los pescadores hacerlo más de una vez.

Le gustaba pasear por la orilla del mar antes de que acabase el día. Había visto a los pescadores limpiar las capturas, reparar los aparejos, calafatear sus barcas, tejer cestos, afilar anzuelos, empatar liñas. Y esconder los remos.

Con el agua por las rodillas, volvió hasta el atracadero, justo donde antes habían estado los pescadores. No eran más que unos pilotes y unos travesaños; había escamas, restos de liñas. Nada útil a la vista.

Pedro rebuscó bajo las tablas del pontón.

Bajo ellas, colgando de cáncamos, había juegos de largos remos que, a no ser con marea viva, quedaban en seco.

Tomó uno y lo llevó a la barca. Regresó, se hizo con la pareja y, cuando estaba de vuelta, pensando que lo más difícil del trabajo ya estaba hecho, escuchó un grito.

—¿Qué crees que estás haciendo? —lo increparon en su lengua.

Eran aquellos dos pescadores. Sus idas y venidas los habían hecho sospechar.

Uno de ellos ni siquiera esperó respuesta. Se echó al agua desde el pontón con cara de pocos amigos, decidido a detener a aquel condenado ladrón.

Nada podía contestar Pedro.

—Ni te muevas —gritó el que había quedado arriba del pontón.

El otro se acercaba levantando las rodillas, salpicando. Avanzaba más rápido en el agua que el propio Pedro cojeando cuesta abajo.

El silencio del ladrón convenció al que se había quedado en seco de que debía ponerse en acción. Se echó también al agua, tan decidido como su compañero, con la rabia esculpida en el rostro.

Pedro se dio la vuelta y lanzó el aparatoso remo, que cayó con estrépito en la barca y rebotó en el banco. Temió que saliera por la borda y acabase en el agua.

Sin esperar, Pedro peleó con su cojera para acercarse a la borda.

El primero de los pescadores ya estaba a unos pocos pasos.

—¡Quieto!

Y el que iba detrás sirvió de eco.

—¡Quieto!

Pedro no podía explicarles que pensaba devolver la barca. Que solo la necesitaba durante unas horas.

—¡Ladrón!

El remo, de liviana madera de negrito, repiqueteó sobre los maderos y amenazó con salirse. Botó y rebotó. Se ladeó. Quedó en equilibrio en la aleta de babor.

Su pierna maltrecha apenas tenía fuerzas, pero sus brazos sí las guardaban, y Pedro se abalanzó. Sus dedos atraparon la madera recia, se agarró, y tiró con todas sus fuerzas para auparse.

El remo se asentó al fin. La pértiga, dentro; la pala, sobre el agua.

El primero de los pescadores también se impulsó hacia delante, como si quisiera zambullirse. E, igual que Pedro, alcanzó lo que pretendía.

El mudo, como en un potro, se encontró con las manos presas en la barca y su tobillo malo atrapado en los dedos del marinero.

El otro pescador estaba a punto de alcanzarlos.

Tiró con todas sus fuerzas, arrastrando al hombre, que hincaba los pies en el fondo lodoso y echaba el torso atrás.

Y los viejos arreglos de su pierna mala empezaron a doler rabiosamente. La presa de aquella mano encallecida era como un cepo del mejor hierro. Era la garra de quien subía a plomo peces arrancados del fondo del mar, la mano de quien se había cortado mil veces con una línea tensa.

Pedro supo que no lo soltaría. No podría escapar.

Le dolió en el alma tener que pelear con los suyos.

Volvió a hacer fuerza con los brazos, ganó apenas una pulgada y, recogiendo su propia rodilla, lanzó una patada con la pierna buena.

El segundo pescador estaba ya a punto de atraparlo.

El talón golpeó la mejilla del marino, se hundió en la piel cobriza. Pedro percibió la resistencia de las muelas, sintió algo romperse. Escuchó un gruñido. Un resoplido. Una queja ahogada.

La presa se relajó. Aquellos dedos se escurrieron en una caricia.

No perdió el tiempo. Se aupó, trepó a la barca y cayó como pudo. Se enredó con los largos remos. Braceó como un pollo aprendiendo a volar y, al cabo, acertó a dejar las palas fuera.

El segundo de los pescadores recogía ya a su compañero.

Mientras colocaba las pértigas en los toletes, Pedro vio que había quedado aturdido.

Tenía el rostro ladeado, empezaba a amoratarse, se le escurría sangre entre los labios. El pelo mojado le caía por la frente. Pedro se preocupó y frunció el ceño. Entonces vio que aún respiraba y se sintió aliviado.

—¡Maldito seas! Ojalá desciendas a través de todos los infiernos dos veces —maldijo—. ¡Una tras otra!

Por primera vez en años, echó realmente en falta poder hablar.

Al menos, al detenerse a atender a su compañero, el otro no se había echado a nadar tras la barca.

Pedro remó mirando a popa, y la imagen de los dos pescadores, uno abatido y el otro sacudiendo el puño en el aire, lo acompañó hasta que la noche se los tragó.

Se concentró en bogar al mejor ritmo. Pero su pierna mala no ayudaba, le costaba llevar los dos remos al tiempo, debía prestar atención a no escorar. Y, sin embargo, debía apurarse. Con lo sucedido, sus problemas eran ahora otros: temía llegar tarde.

Tras callejear por un Campeche abandonado, sin más compañía que algún escarabajo, para su sorpresa, Zacarías vio luces en el almacén.

La noche empezaba, todo el mundo estaba en la feria.

En los alrededores no había contraventanas abiertas, en las casas aledañas no se intuían resplandores de candiles prendidos. Sin embargo, por encima del vano del portalón, varias polillas revoloteaban en torno a la luz anaranjada de unas velas prendidas. Y también se escapaba el rumor airado de voces que discutían acaloradamente.

Temió que el tal Julián no hubiera cumplido su palabra.

Prestó atención, aunque no llegó a adivinar de lo que se hablaba en el interior. Dudó. Finalmente aceptó que no tenía más opciones que seguir adelante.

Pasó de largo. Y, cuando llegó a la casucha donde Mora alojaba a los esclavos, calle abajo del almacén, junto a las caballerizas, alguien prendió un candil. Los destellos del pedernal huían por el enrejado de caña que corría bajo el alero.

Se detuvo frente a la puerta y aguardó unos instantes.

Del puerto llegaba el rumor de la feria. Si prestaba atención, también las voces del almacén. Y el ladrido de un perro en la lejanía. Pero no se veía un alma. Solo aquellas delicadas polillas que ahora dudaban entre las dos luces.

Zacarías atendió al trabajo pendiente.

Había, como en el almacén, tres cerraduras distintas. La superior y la inferior fueron fáciles, apenas tardó un padrenuestro en abrirlas.

La del medio, sin embargo, fue otro cantar. Llegó a temer que lo sorprendiesen. Tuvo que cambiar la posición de las ganzúas varias veces, y le costó una eternidad oír el deseado clac que puso fin a la tarea.

La sonrisa que se extendió en sus labios hizo cabriolas con las cicatrices de sus mejillas. Ya daba por hecho lo más difícil cuando, al empujar la puerta, esta se abrió de golpe.

Y un vendaval lo arrastró al interior.

No tuvo tiempo de sorprenderse. Se encontró atrapado en el abrazo de un inmenso oso de cabeza rapada.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Pese a que Camacho le había advertido, la enormidad de Estebanico lo dejó asombrado. Los brazos del gigantón eran como los mástiles de un galeón.

Intentó responder, pero le faltaba el aire.

—¿Qué quieres?

Temió perder el conocimiento antes de contestar. Al fin, entre sus labios se escapó un susurro:

—Camacho.

Las anchas narices de Estebanico se abrieron de golpe, y en sus ojos, tan oscuros como el fondo de una cueva, brilló algo imprevisto.

—Camacho está muerto —dijo entre dientes.

Zacarías notaba que se le iba el aliento; iba a perder la consciencia de un momento a otro.

—¡Suéltalo! Déjalo hablar —dijo una voz oculta tras los hombros del gigante.

—Puede que sepa algo de Camacho… —lo acompañó otro más.

Zacarías se sintió como una manzana en un lagar. Cuando aquellos brazos relajaron la presión, no fue capaz de hacer otra cosa que caer como un pelele. Aturdido, sacudió la cabeza para despejarse.

Lo primero que vio fue aquella montaña que era Estebanico en todo su esplendor. La luz de velas de sebo estiraba las sombras en los enormes músculos. Daba la sensación de que, con uno solo de sus pulgares, el esclavo sería capaz de parar la embestida de un toro.

Tras él había otros cinco hombres, afortunadamente de un tamaño normal. Y al fondo de la sencilla estancia, sin más que unos cuantos camastros y unos pocos cacharros, dos indios daban candela a un hogar en el que una trébede aguardaba un pote en el que calentar algo de sopa.

Estebanico lo miraba y, en sus ojos, la paciencia se veía a punto de agotar la mecha. Los indios lo ignoraban. El resto de esclavos parecía mostrar genuino interés.

Con la voz apenas recuperada, poniéndose en pie, Zacarías insistió.

—Me envía Camacho.

—Camacho está muerto —resopló el gigante con un vozarrón grave que no lograba hacer justicia a la enormidad de su cuerpo.

—No, no lo está. Y me ha enviado para pediros ayuda.

Estebanico dio un paso al frente. Grillos con cadenas cortas le rodeaban los tobillos. Todos ellos estaban aherrojados. Eso era una sorpresa. Camacho

no se lo había comentado.

Haciendo tintinear los hierros, Estebanico dio otro paso.

Zacarías retrocedió hacia la puerta.

No había creído una sola palabra, pero uno de los otros medió a tiempo para que el negro no acabase convertido en papilla.

—Deja que se explique.

El gruñido que salió como respuesta del grueso pescuezo vino a significar que no le convencía la idea.

Zacarías, expectante, pensó en salir por piernas y echó una disimulada mirada atrás.

—Escuchemos primero, ya habrá tiempo de decidir —abogó otro.

El enorme pie descalzo, Zacarías imaginó que no habría zapatero capaz de hacer botas de ese tamaño, se levantó. Los hierros protestaron. Vacilaron. Quedaron en silencio.

Comprendió que la tregua no duraría mucho.

—Me llamo Zacarías, y yo también fui esclavo —dijo, señalándose las cicatrices de la mejilla.

Lo miraron con dejadez. Entendió de súbito que tenía que ofrecerles algo más contundente para ganarse su paciencia.

—Camacho está en apuros, necesita vuestra ayuda.

Aquel mastín lobero que tenía enfrente mudó de expresión hasta parecer un pachón acompañando a una viuda. Sin embargo, la tensión no se disolvió.

—Entonces, ¿está vivo? —preguntó uno callado hasta entonces.

—Sí, está vivo.

—Roa se lo llevó…

Las palabras quedaron en el aire, como el comienzo de una buena historia, y Zacarías se alegró de poder contar una en la que, siendo Roa el protagonista, la muerte no era comparsa. Y explicó lo que sabía.

El vozarrón de Estebanico lo interrumpió a medio cuento.

—¿Qué tenemos que hacer?

Cuando Camacho llamó a la campanilla, sabía que se jugaba el todo por el todo.

Era el momento más delicado de cuanto tenían por hacer esa noche.

Y si al frente tenía todas sus preocupaciones, a sus espaldas oía las risillas de las cartageneras. Lo que no ayudaba, y tampoco tenía remedio. Ya Catalina había intentado reconducir la despreocupación, pero ni Adosinda ni Amalia eran capaces de tomarse en serio algo que no fuera su colección de estampitas. Solo callaron cuando un lacayo de rostro aburrido abrió la puerta.

No era más que un lugar donde dejar pasar los días cuando la flota recalaba en el puerto y tenía que acudir desde Mérida; sin embargo, el mayordomo, lo que se veía del recibidor y hasta la misma puerta delataban que aquella era la mansión en Campeche del funcionario de la Real Hacienda de su majestad, don Pedrarias Muñoz de la Seca.

—Buena noche —saludó procurando mantener la sangre fría—. A la casa de Mora ha llegado noticia de que el señor Pedrarias tiene queja de las costureras de Campeche…

El lacayo alzó una ceja, pero no habló.

—… De todos es sabido el buen vestir del señor Pedrarias en fastos como la despedida de la *Balvanera*, y el señor de Mora ha pensado que, si acaso había algún arreglo que hacer en las galas para la ceremonia, y si acaso no encontraba el modo de encargarse de ello aquí, lejos de la capital, entonces sería su deber ofrecer ayuda…

Se alzó la otra ceja. Un gesto con más cansancio que curiosidad.

—… Así que el señor de Mora me ha mandado buscar a las mejores manos de la villa para los trabajos más delicados. —Se hizo a un lado para que el lacayo pudiese ver a Adosinda y Amalia, vestidas con sus mejores prendas y ensayando rostros inocentes que no engañarían a un crío de teta—. Son conocidas por sus bordados en hilo de oro para el corporal, la palia, el purificador y el paño de la iglesia de San Román —explicó, como si presumiese de la calidad de un envío de palo—. De hecho, tal es su habilidad que les han encargado trabajos desde la catedral de Sevilla.

El lacayo carraspeó.

—Y seguro que también se les dan bien las cintas de los calzones…

Sonó tan frío que a Camacho le faltó el aire. Temió que se estropease antes de empezar. Supuso que el sirviente sabía que ya no trabajaba para Mora, que era todo un cuento.

Ninguno se movió. Y Camacho tuvo el acierto de guardarse las excusas que le venían a los labios.

El lacayo dejó entonces que una sonrisa cínica le tirase de una de las comisuras de los labios.

—Quizá, cuando hayan acabado con los arreglos del señor —alzó la voz con exageración—, podría encargarse de un remiendo que me hace buena falta… —calló un instante y miró a las cartageneras—. Ya sabéis, un descosido en las calzas, por mor del roce…

Siguió como una estatua unos segundos y luego, como si girase sobre bisagras oxidadas, se fue haciendo a un lado con lentitud.

El hijo de la Camacha comprendió.

—Estoy seguro de que habrá tiempo para todo —afirmó tras escuchar de nuevo las risillas de las cartageneras.

—Esperaos un momento que doy aviso. El señor se estaba preparando para ir a la feria.

Y los dejó en un recibidor donde el apellido del dueño quedaba retratado con el dispendio de muebles, alfombras y adornos de toda condición, entre los que las cartageneras se pusieron enseguida a cotillear y señalar.

Y Camacho, con el corazón al galope, ni siquiera las regañó.

Los pasos apresurados en el corredor aceleraron aún más el alocado semental que tenía en el pecho. Pero, cuando el muy excelentísimo señor Pedrarias apareció a medio vestir, con las calzas y la camisa, sin zapatos ni golilla, pudo respirar aliviado.

Toda la atención del funcionario se volcó en las muchachas.

Y las cartageneras se hicieron cargo de inmediato.

—Hemos traído hilo de todos los colores —mintió con descaro Adosinda, acercándose con andares de gata—, pero nos hará falta una aguja fuerte y recia, de las que no se doblan a mitad de costura.

—Sí, eso es importante, es una pena cuando sucede —recalcó Amalia, también adelantándose—, pero estoy segura de que, en esta casa —sus dedos aletearon sobre el pecho del funcionario como una mariposa indecisa—, la aguja no se arruinará a mitad de bordado.

Camacho vio una sonrisa cansina en el rostro del mayordomo, y en el de Pedrarias la más sincera expresión de felicidad.

Dos temporadas atrás, durante una semana, a gastos pagos con cargo a la casa de Mora, el funcionario había pasado todas las noches en casa de la Brava. Y cada mañana Camacho se había tragado el orgullo y soportado la humillación de escuchar bravatas mientras saldaba las cuentas.

No podía olvidar el aire displicente con el que la arrugada *madame* lo había mirado todas y cada una de esas mañanas. Consumida a partes iguales por la codicia y los años, la viejuca rejuvenecía cuando el hijo de la Camacha le tendía la mano con las monedas que pagaban los vicios del funcionario.

Ahora al fin sacaba rédito a las exageraciones de la Brava. Siempre había presumido de que las cartageneras traían de cabeza al contador de la Real Hacienda.

—¡Qué oportuno!, ¡qué oportuno! —exclamaba encantado Pedrarias—. Justamente se me ha descosido la manga de un jubón —continuó, fingiéndose apenado—, un auténtico inconveniente. La casa de Mora, siempre atenta a que los esforzados trabajadores de la Corona puedan sobrellevar las dificultades de esta vida lejos de la villa y corte —añadió, mirando a Camacho e inclinando la cabeza con un saludo.

Fue un alivio. No hubo preguntas, ni menciones a su relación con Mora. Quizá lo que tantos sabían en Campeche no había llegado a oídos del atildado funcionario; o, si había llegado, Pedrarias lo había olvidado por considerarlo sin importancia.

—Pues vamos, vamos —animó Adosinda—, veamos ese desastre…

—No hay tiempo que perder —concordó Amalia—. Es una urgencia —añadió, fingiendo escándalo.

—¡Claro! Amenaza catástrofe.

—Y… ¿dónde está ese jubón? ¿En el guardarropía o en el dormitorio?

Camacho ya no escuchó lo que siguió de aquellos flirteos en los que no se decía lo que se quería y se quería lo que se callaba.

Solo se tomó la molestia de mirar fijamente a Amalia, que era la mayor y en quien Catalina había dicho que debían confiar. Y no lo defraudó.

Cuando Pedrarias ya se las llevaba de la cintura por el pasillo, continuando con las bromas sobre hilos, paños y colores, Amalia volvió el rostro y miró fijamente hacia Camacho.

Una de sus manos acariciaba el hombro del funcionario, pero su expresión dejó de ser risueña y asintió con toda seriedad.

Camacho le devolvió el gesto.

Ahora dependían de Gundemaro.

En el campanario de San Francisco sonaron puntuales las nueve de la noche. En San Román, sin embargo, el hermano Calero tocó con retraso; se le habían desarreglado las tripas.

Las campanas dieron las nueve tarde en San Román, muy tarde, todo por culpa de unas tortillas compradas en un puesto de la feria. Al fraile le habían salido baratas, pero no había averiguado por qué hasta que se pasó un buen rato en el gallinero, al pie del muro de las celdas, agarrándose a uno de los palos para evitar que los retortijones lo enviaran al suelo.

Cuando llegó junto a las maromas de los badajos, todavía llevaba paja en las sandalias y el vientre agarrado con fuerza.

Y no solo sonaron tarde, también lo hicieron sin compás.

Tres seguidas a buen ritmo, un parón en el que a Calero se le escapó un portentoso cuesco; dos más demasiado juntas, y las cuatro restantes en una lenta secuencia. Al fraile le dolía más el triperío que la vergüenza de hacer mal su trabajo. La última, además, repicó como a rebato cuando Calero, presa de un retortijón, no pudo evitar un gesto brusco de las manos.

Más que nueve, fueron siete y media y un cuarto de pena.

Pero en la feria nadie se dio cuenta. Los había ocupados comiendo las mismas tortillas que le habían jugado una mala pasada a Calero. Los había jugando a la rana, o disfrutando del espectáculo de títeres, paseando sin más, bailando. Todo Campeche participaba del jolgorio.

Quien sí escuchó las erráticas campanadas fue Melchor de Mora e Hijuelo. No porque fuera hombre piadoso, tampoco porque le preocupase la hora; más bien porque no prestaba atención a lo que le decían.

—No hay nada que pueda hacer, no tiene tiempo —aseguraba Roa sin creérselo—. Mañana a estas horas la *Balvanera* estará pasando por punta Cotoche.

En sus almacenes, sentado a la mesita que el propio Camacho usara para llevar el papeleo, el mercader roía su mondadientes amenazando con descuajeringarlo o partirse el colmillo. Las palabras del mercenario no le ofrecían consuelo.

—¿Están todos donde deben?

La pregunta no hizo gracia a Roa. Su perilla retembló aguantando la rabia. Aun así, se esforzó por contestar.

—Tal y como se ordenó —afirmó en el tono cansado de quien ha repetido demasiadas veces lo mismo—. No hay fallo. Si ese inglés cantamañanas se mueve, lo atraparemos.

Una polilla se había colado por el enrejado bajo el alero y revoloteaba junto a la vela que iluminaba la mesa. Cuando el animalillo se posó, Mora acabó con él de un manotazo.

—¿No hay fallo? —preguntó restregando la palma contra el canto de la mesa—. Si no hubiera fallo, no estaríamos así…

El veterano, de mala gana, se tragó el orgullo. Se le estaba agotando la paciencia. Empezaba a plantearse la posibilidad de largarse con viento fresco.

—Ese cantamañanas —continuó el mercader con desprecio— ya te la ha jugado una vez… No me fío.

No lejos de los almacenes de la casa de Mora, más cerca de la iglesia, en un trecho entre las casonas de San Román, Gundemaro también oyó las campanadas.

Le dieron un buen susto. Estaba concentrado, tenía demasiado a lo que atender. Repasaba lo que debía decir cuando llegase a destino y, al tiempo, intentaba infructuosamente acomodarse de nuevo al hábito.

Caminaba por las calles oscuras, murmuraba el discurso ensayado y se ataba el cíngulo una y otra vez.

Y fue al sonar aquella última campanada, la que tartamudeó por culpa de Calero, que el franciscano se dio cuenta de que debía apurarse.

Camacho había insistido en que no se retrasase. Y apenas quedaba tiempo.

El indio Pedro también las oyó, de la primera a la última.

Por encima del chapoteo de los remos, rielando sobre el mar, hasta él llegó el pobre trabajo del campanero en apuros. Y se percató de que no habían sonado como debieran. Pero no supo interpretarlo; eran demasiadas las cosas que no entendía de los castellanos. Se concentró en seguir bogando tan rápido como le permitía su pierna renca.

Ignoró el dolor en las manos y las protestas de su espalda; sabía que, como Gundemaro, no tenía tiempo que perder.

⁂

Pedrarias Muñoz de la Seca, sin embargo, ni se enteró de que habían dado las nueve. Mucho menos de que era ya tarde o de que habían sonado malamente,

y eso aun a pesar de que apenas un par de calles distaban desde su casa a la iglesia de San Román.

Aunque nadie hubiera podido echarle la culpa, porque, con razones de sobra, fundadas en una amplia pesquisa a la que habían contestado hombres de toda índole, las tetas de Adosinda eran más gloriosas que el retablo mayor de la catedral de Toledo. Y las de Amalia no le andaban a la zaga.

Como Eva en el paraíso, ellas estaban desnudas.

Y, aunque había donde colgar una hoja de parra, lo único que vestía el funcionario era su camisola. Sus esqueléticas piernas asomando por debajo de los faldones le daban el aspecto de una grulla zanquilarga que corría tras las dos cartageneras alrededor de la cama.

Una jarra de vino se había derramado. Los añicos de una copa habían sido barridos con una almohada hasta una esquina. Los cortinones estaban desarreglados y las sábanas, hechas un gurruño. Las pruebas de la juerga desatada se acumulaban.

A las continuas risillas de las cartageneras se unían las estridentes risotadas de Pedrarias. Con dos pares de tetas a los que prestar su atención, el funcionario no podía imaginar que, como aquel Gaiferos en la feria, no era más que un títere.

Amalia corría delante del funcionario. Lanzaba gritos y se hacía la liebre asustada. Adosinda, para no caerse de bruces, se apuraba con las manos; Pedrarias la llevaba por los tobillos como si guiase una carretilla.

Si bien el hombre no se había enterado de la hora, Amalia, por el contrario, sí que oyó el trabajo de Calero. Y, cuando aquella última campanada dubitativa sonó, echó un reojo a la pintoresca estampa tras ella y se detuvo, jadeando.

—Deberíais tener más cuidado, excelencia —llamó, exagerando el tono cortés—. Somos mercancía delicada. —Se llenó las manos con los pechos e hizo bailar los pezones.

Pedrarias quedó quieto. Resollaba como un galgo.

Adosinda se dejó caer al suelo y arrastró al alcabalero, que se derrumbó encima de ella y aprovechó para hocicar de inmediato en el escaso vano entre aquel glorioso par de tetas.

—Cierto, cierto —insistió Adosinda, fingiendo reír y mirando la coronilla del funcionario—, mercancía delicada y valiosa.

La respuesta fueron ahogados murmullos que las generosas carnes hicieron ininteligibles.

Pero Amalia siguió el juego de su amiga.

—Muy valiosa, más que el palo de tinte.

—Mucho más.

El funcionario logró espantar su lujuria para levantar el rostro, y sustituyó sus labios por sus dedos, que enseguida se afanaron.

—Muchísimo más —dijo, efusivamente de acuerdo.

Rieron un poco más. Se rompió otra copa. Las cartageneras conocían su oficio. Acariciaron, besaron y sonrojaron, lamieron, se contonearon; lo justo para provocar, apenas a punto de lograr que todas las fuerzas del funcionario desaguasen por un único lugar.

—¿Qué precio se pagaría por nosotras en Sevilla?

—Una fortuna —respondió Adosinda, usando la mano para mantener la camisa del funcionario levantada sin necesidad de tocar la tela.

—Un mayorazgo —aseguró Pedrarias, pensando que estaba a punto de poner perdidos los faldones de esa camisa que Adosinda no necesitaba tocar.

Entonces, aquella tarea tan prosaica que en ese preciso instante se le antojaba a Pedrarias las más importante de toda su vida, quedó detenida cuando aquel par glorioso de tetas y su dueña se levantaron de improviso, dejando que los faldones de la camisa quedasen a cargo de la excitación del funcionario.

Adosinda corrió hacia los cortinones desarreglados y cogió un cordón de terciopelo y borlas que se usaba para retenerlos.

Y aprovechó aquel paripé para, con disimulo, tirar de la pesada tela y dejar una rendija a través de la que pudiera verse la ventana y, más allá, la calle. Además, pretendiendo que le estorbaba, recolocó el candelabro que había en una mesa junto a la cristalera. Lo puso un poco más cerca del borde, más cerca de esa rendija que acababa de abrir.

Después siguió jugueteando con el cordón. Se lo ató a la cintura como para ceñir una saya, y las borlas quedaron meciéndose sobre la mata de vello bajo el ombligo.

A Pedrarias se le fueron los ojos.

—Pero —dijo ella con un mohín apenado— nos falta el sello de la Real Hacienda de su majestad…

Amalia se apresuró a ponerse junto a su amiga.

—¡Claro! ¡Y sería una pena acabar incluidas en el quinto real! Al fin y al cabo, a su majestad le interesan más las reliquias… Es un hombre poco preocupado por mercancías tan delicadas.

Las dos cartageneras se besaron lentamente. Una lengua recorrió el camino de los otros labios; los otros labios aletearon en una boca y una boca

se fundió con la otra. Los cuerpos se acercaron. Danzaron.

El faldón de la camisa del funcionario palpitó.

—Una pena —insistió Adosinda al despegarse.

El vaivén del trajín hacía que las borlas se bamboleasen. También sus pezones, que dibujaron en el aire deliciosas promesas.

—Nos falta el sello —insistió Amalia, al borde de unas lágrimas más falsas que Judas—. Así no valemos nada…

—¡Nada de nada!

Se abrazaron desconsoladas.

—¡Qué desdicha! ¿Quién sacará provecho de esta mercancía?

Cada una sujetó los pechos de la otra.

—¿En qué manos acabaremos?

Entonces Adosinda, con una sonrisa, dio unos saltitos nerviosos que obligaron a Pedrarias a mirar arriba y abajo, embobado.

—¡Qué tontas! ¡Pero si estamos ante el hombre más importante de toda la provincia de Yucatán, justamente el único hombre que puede remediarlo!

Pedrarias se tenía por muchas cosas, pero no por tonto. Sin embargo, aquello que palpitaba haciendo que los faldones de su camisa pareciesen una vela mal cordada, aquello que sentía a punto de reventar, aquello le robó buena parte de su raciocinio.

—Eso puede arreglarse fácilmente —resolvió con rapidez.

Y se apuró hasta el bargueño que había a un costado. A toda prisa apartó los cojines que, sin saber cómo, habían acabado allí. Y abrió el cajón donde tenía las llaves que descerrajaban los caudales donde se custodiaba el sello que ostentaba el poder del mismo rey de Castilla, Aragón, Portugal y Nápoles.

⁂

A pocas calles, Catalina y Camacho también oyeron las campanadas. Y, sin más que una mirada, se apresuraron.

Ocupado cada cual con sus propios asuntos, lo que ninguno hubiera esperado era que alguien más estuviera prestando atención a las estrambóticas campanadas arruinadas por un pescado en mal estado.

⁂

Julián estaba sentado junto al lecho de su hijo menor.

La única ventana, como le había recomendado el hebreo, se mantenía abierta para ventilar. En la cama, agitado, un muchachito delgado respiraba

trabajosamente en un sueño incómodo. En el cabecero había una medalla con la Virgen Antigua de Sevilla, y a ella rezaba Julián con fervor.

Tenía tres hermanas mayores, todas sanas como manzanas, pero el pequeño Julián había nacido bajo un mal aire. Al chico le hubiera hecho falta un poco más de suerte en esta perra vida, porque, desde que tuvo redaños para echarse a gatear, le habían asaltado las fiebres.

Y el miedo de Julián se había desatado.

Su primogénito, que también había llevado el nombre de Julián, como aquel chiquillo enclenque bajo las sábanas, apenas había vivido una semana después del parto. A los dos días de ver la luz, el bebé había comenzado a sufrir violentos ataques. Mordía con fuerza asombrosa para su cuerpecito, tanto como para lastimar a su asustada madre. Y sus pequeños miembros se quedaban trabados; se le torcía la cerviz y se quedaba tieso.

Nadie se atrevía a decirlo, pero la impresión era que el mismo demonio lo poseía.

El matasanos lo había negado, alegando que se trataba de alferecía, pero Julián jamás había logrado creérselo, mucho menos quitarse la culpa de encima. Porque él había visto la mano del mismo Lucifer en aquel sufrir que, sin descanso, llevó a su hijo hasta el regazo de la muerte. Qué otra cosa podía haber sido.

La conciencia le pesaba. Pocos días antes del parto, había dejado que la tentación lo venciese, había pecado, pecado de golpe contra un buen puñado de mandamientos, cuando los miedos tras ser descubierto con los calzones bajados lo habían llevado a dejar que a un cornudo muerto lo despachasen los lagartos del río.

Se había echado la culpa. Y se la seguía echando de que, ahora, el segundo de sus varones padeciese aquel penar que le traía fiebres, le quitaba el aire y hacía que, las pocas veces que era capaz de vaciar las tripas, hediese como en el peor de los estercoleros.

Este pequeño había vivido más que su hermano. Había cumplido ya los seis años, pero nadie confiaba en que llegaría a los siete.

Aquella última campanada a trompicones pareció una señal.

El muchachito abrió los ojos de golpe, asustado. Y su padre vio la angustia crecer en el aterrorizado rostro infantil. Lo intentaba, pero el aire no le llegaba a los pulmones.

Boqueaba. Fruncía el ceño. Intentaba levantarse y le fallaban las fuerzas.

Julián ahogó un quejido. Se echó la culpa de nuevo. Y, al pronto, a todo gritar, llamó a su esposa para que trajese el agua que siempre dejaban

arrimada al fuego.

Ella, acostumbrada, no tardó una avemaría en aparecer con dos cacharros sujetos entre trapos, uno encima de otro. El más grande, para los vahos; el más pequeño, rebosante de sopa de tortuga, que era cara, pero buena para fortalecerse.

El padre frotó el pecho del niño, tan delgado que el costillar asomaba entre las escaras que cubrían la piel cenicienta. Masajeó los músculos acalambrados. Lo arrulló. Le ofreció palabras cariñosas. Lo miró consternado. Le aseguró que todo iría bien.

Su esposa, incapaz de hacerse a tanto padecimiento, no pudo evitar que una lágrima se escapase rebelde por la mejilla.

Las dos mayores jugaban con muñecas y no se dieron por enteradas de la crisis, pero la pequeña Teresa, cuyo buen corazón era el orgullo de su padre, se asomó en la puerta. Traía en la mano un vestidito de bayeta que había estado cosiendo por su cuenta, pues sus hermanas la dejaban siempre fuera de sus juegos. Y fue ella, diligente, la que se encargó de coger del tarro un puñado de hojas secas.

No preguntó y no dudó. Apartó la sopa, agarrando el cacharro caliente con el vestidito, y las echó en el agua humeante del otro puchero.

Pronto quedó todo inundado de aquel olor que se había vuelto tan familiar para todos en la casa.

Y, aunque cada vez Julián temía que sería la última, el pequeño logró respirar en cuanto los vahos comenzaron a llenar la estancia.

Con trabajo, como si tragase arena y no aire. Casi tenía que morderlo.

El chico hipaba apenas, incapaz de hacerse con una buena bocanada. Pero a ese resuello, que no era más que un hilván, por desgracia se habían acostumbrado ya todos. Era cuanto podía el pequeño.

Y Julián también respiró. Al ver que su hijo se recuperaba, miró fijamente a la medalla.

Su esposa se acercó con el cuenco de sopa. Teresa, con un paño húmedo. Refrescó esta la cara de su hermano, aún asustada. La mujer, cariñosa, le preguntó si tenía hambre.

Julián, sin abandonar la medalla, tanteó hasta encontrar la pequeña mano de su hijo y la tomó con delicadeza. Pasó un buen rato así, confesando sus pecados a aquella virgen de plata y, cuando el cuenco de sopa estaba ya mediado, abandonó la mano lánguida de su pequeño sobre las sábanas. Se levantó y las rodillas, tras tanto tiempo en aquel magro taburete, crujieron.

—He de salir —anunció.

—¿Ahora? —preguntó su esposa.

—Ahora, acabo de recordar que dejé algo sin hacer para el patrón.

Lo último que oyó cuando dejó la habitación fue la tos lastimera de su hijo.

Catalina y Camacho aguardaron en una esquina.

Les tocó ejercitar la paciencia, resguardados de la llovizna bajo un alero, uno festoneado con tantas florituras que solo alguien pagado de sí mismo hubiera mandado añadir a su casa. Era la propiedad de los Acevedo, sobrinos, o eso presumían, de aquel Lázaro Acevedo que pusiera en pleitos al cabildo de la catedral de Compostela, aquellos que presentaran los pueblos de Castilla para no pagar el voto de Santiago.

En Yucatán poco se sabía de aquel enredo, solo que hubo quien hizo dineros y quien acabó sin calzas; además, para más inri, resultó agua de borrajas. Pese a tanta alharaca judicial, las cosas quedaron como estaban: los campesinos castellanos continuaron apoquinando religiosamente cada año, aunque no les hiciera maldita la gracia sufragar los caprichos de un cabildo que, como todos sabían, disfrutaba de quintas solariegas en Valladolid y no pasaba por Compostela ni el día del santo patrón.

De aquellas aguas turbias habían salido nadando «los sobrinos del abogado». Y, aunque era cierto que aparentaban, ofreciendo contratos y asesorías, con la boca siempre llena de palabrejas propias de leguleyo de tres al cuarto, lo que se rumoreaba en los cantones era que hacían de prestamistas, jugándose el cuello ante la Inquisición, pero asegurándose importantes beneficios en un lugar donde la flota, con sus idas y venidas, animaba a los ilusos a meterse en negocios.

Con frontones, molduras, hornacinas e incluso vierteaguas tallados, era la de los sobrinos una de las casonas más llamativas de entre las muchas que presumían de negocios prósperos o de apellido en aquella barriada de San Román.

Pero la pareja no había elegido el lugar por admirar su arquitectura, sino porque la casona estaba frente a la propiedad del muy excelente Pedrarias Muñoz de la Seca.

Entre las sombras, sin decirse nada, los dos aguardaron hasta ver al franciscano, que, ensimismado, ni siquiera advirtió que sus compinches le cubrían la espalda. Lo vieron pasar de largo, darse cuenta, reconvenirse y, por

fin, encarar la puerta correcta y alzar la mano para buscar la cadena de la campanilla.

Los dedos regordetes se quedaron en el aire, y a Catalina se le escapó un susurro de ánimo:

—¡Vamos!

Oyeron el tintineo lejano de la campanilla.

A Gundemaro, si los días antes le había picado la pelusilla que empezaba a cubrirle la tonsura, ahora le ardía la coronilla, recién afeitada. Y tenía los pies helados por culpa de las sencillas sandalias; para colmo, se le enredaban en el ruedo del hábito que, además, rascaba, y resultaba incómodo por lo aparatoso. Le costaba admitir que durante años no había conocido otra cosa y había sido feliz.

Viéndolo en aquel desasosiego, Catalina no pudo evitar preguntar en voz alta:

—¿Funcionará?

Camacho reaccionó con seguridad.

—Sin duda. Además, es cierto. No va a decirle más que la pura verdad —repuso, convencido—. De no tratarse de Gundemaro, cualquiera de estos días algún otro de los frailes hubiera venido hasta aquí con el mismo cuento.

Ella terminó por asentir, y Camacho, viendo que el lacayo de Pedrarias abría la puerta, la instó a apurarse.

—Vamos, no tendremos mucho tiempo.

—No, no creo. —Catalina no pudo evitar reírse—. Pedrarias querrá volver rápido, eso seguro.

Tras asegurarse de que no había un alma, Camacho cruzó la calle y rodeó la casona de Pedrarias mirando hacia arriba, hacia los ventanales de las habitaciones de la planta superior. Catalina lo imitaba.

Por encima de una cornisa con menos florituras que la de los sobrinos, la sobria fachada mostraba una hilera de ventanas.

Y, mientras ellos las observaban con la atención de albañiles, la puerta de entrada se abría y el mismo lacayo que había atendido a Camacho alzaba ambas cejas al toparse de frente con un orondo franciscano.

—Su ilustrísima, Sinesio Ponce, ha muerto —anunció Gundemaro en tono solemne, sin saludar siquiera.

Las cejas del mayordomo hicieron un quiebro extraño.

—Perdón, ¿cómo decís?

Gundemaro, sereno, con un ápice de tristeza y toda la autoridad que pudo imprimir a su voz, insistió:

—Su ilustrísima, el comisario general de Nueva España para la orden mendicante de los hermanos de San Francisco, el reverenciado Sinesio Ponce, ha sido llamado a la vera del Padre y ya no pena por este valle de lágrimas. ¡El señor lo tenga en su Gloria! ¡Bendito sea!

El mayordomo tenía aplomo de sobra. Tras años sirviendo en la casa, había oído y visto tanto como para no extrañarse; sin embargo, no supo interpretar la situación.

—Creo que os equivocáis, hermano —carraspeó antes de continuar—. No entiendo qué interés puede tener tan lamentable circunstancia para mi señor, y menos aún a estas horas intempestivas.

—¿No es esta la residencia en Campeche de su excelencia el tesorero y alcabalero de la Real Hacienda, el señor Pedrarias Muñoz de la Seca?

El lacayo asintió con parsimonia, esperando ver por donde encajaba el asunto.

—Pues entonces sí que es del interés de esta casa. Porque me envía el superior del convento, fray Humberto de Ávila. He de tratar un asunto urgentísimo con vuestro señor.

—Entiendo —aseguró el sirviente—. Sin embargo, por desgracia, ya nada puede hacerse por su ilustrísima. Así que no veo la urgencia —protestó—. Os aseguro que yo mismo le daré la noticia mañana por la mañana, apenas cante el gallo.

—No, no —negó Gundemaro, exagerando el gesto—, no se trata de la noticia de tan infortunado fallecimiento —urgió, como si lo propuesto fuese un sinsentido—. Se trata de algo de índole muy distinta… —Dejó pendientes las últimas palabras, señalando que no podía compartir una información delicada—. He de hablar con su excelencia cuanto antes.

A casa de un alcabalero de la Real Hacienda llegaban todos los días peticiones y ruegos. El que más y el que menos tenía un primo tonto al que deseaba colocar en un despacho, una petición para retrasar el pago del quinto real o algún chanchullo que necesitaba de una firma para disimular. El lacayo las había visto de todos los colores. No se arredró.

—Me temo que eso es imposible —afirmó tajante—. Mi señor ni siquiera ha ido a la feria. Se encuentra afectado de una terrible jaqueca —explicó con admirable soltura, sin que se percibiese la mentira—. Sus responsabilidades son muchas, y estos últimos días han sido de enorme ajetreo. Le convenía descansar y se ha acostado ya. Lo lamento. —Alzó un dedo para añadir algo más—. Pero me ocuparé de darle aviso mañana, en cuanto despierte —enfatizó—. Se enviará un recadero al convento, no os preocupéis.

Gundemaro temió que las cosas se fueran al traste por culpa de aquel lacayo testarudo.

—Mañana será tarde —repuso tajante—. Fray Humberto debe partir de amanecida para llegar a Mérida cuanto antes.

Lo dijo con retintín, dando a entender que aquello significaba más de lo que parecía. Sin embargo, como el lacayo lo ignoró, decidió ir al grano.

—Debe llegar antes que los otros candidatos —susurró cómplice, como si compartiese un terrible secreto.

Pero tampoco sirvió.

—Pues le deseo suerte y que no se tope con bandoleros o facinerosos. Dicen que el camino no es seguro, que hay indios rebeldes —respondió displicente el mayordomo, echándose ya hacia atrás, dispuesto a cerrar la puerta en las narices del franciscano.

Gundemaro dio un paso al frente, sin atreverse a echar mano e impedirlo. Tenía que decir algo y debía hacerlo cuanto antes. Algo que detuviese aquella puerta.

⁂

Ajenos a la agonía del fraile, Catalina y Camacho aprovechaban las sombras y buscaban destino.

—Ahí está —anunció él, conteniendo la voz.

Sobre ellos, por encima de la cornisa, un ventanal aparecía partido en dos. Un tenue rayo de luz se escapaba de la casa y caía hasta la calle.

Ambos se miraron.

—Está cerrado —anunció Catalina.

Camacho guardó silencio.

—¿Irá todo bien? —preguntó ella.

Tampoco habló entonces.

—A lo mejor no lo han convencido para que se lo enseñe —aventuró.

Siguió callado.

—O a lo mejor Pedrarias no lo ha hecho. O a lo mejor se niega a recibir a Gundemaro…

Camacho bajó el rostro.

—Sabes que esas dos son capaces de robar las uñas a un galgo a la carrera —dijo, seguro de sí—. Sabes también que Gundemaro tiene más labia que los feriantes —continuó con confianza—. Y, sea como fuere, incluso si algo ha salido mal, poco podemos hacer nosotros salvo esperar…

Ella lo miró. Él la miró.

—¿Esperar?

El cielo se había echado encima una manta de nubes. No llovía, pero de poco servían las estrellas y la luna para espantar los grises. Aunque, en aquel barrio de ricos, la luz que no ofrecía la naturaleza la daba el ingenio humano y dineros que no importaba gastarse en leña y carbones. Por los alrededores, algún pebetero vestía de luz la entrada de algunas casonas, y, como en la ventana que tenían sobre ellos, alguna otra había que, tímida, se chivaba de las luces en el interior de la casa. No se veía mucho. Pero sí lo suficiente como intuir el rostro.

—Ajá —asintió él.

Y ella advirtió el mentón moviéndose. La barba sin afeitar despuntaba. Pequeñas arrugas arropaban la comisura de los labios. La barbilla quedaba acentuada. Era un rostro de hombre, pero tras él aún se distinguían los rasgos familiares de aquel niño inquieto y soñador.

El mismo con el que tantas veces había jugado. El mismo que tantas veces la había consolado. El único que, como ella, podía saber lo que se sentía siendo niña en casa de la Brava.

La pregunta de Tomasa revoloteó en su cabeza. Catalina supo la respuesta. Y tuvo el impulso de compartirla.

Se acercó a él inclinando el rostro, entrecerrando los ojos.

Advirtió cómo la respiración de Camacho se agitaba.

⁂

—¿Acaso vuestro señor no desearía estar a bien con el próximo comisario general de la orden en Nueva España? —soltó Gundemaro de carrerilla.

La pregunta sirvió para que el lacayo no cerrase la puerta. Y el franciscano dio otro paso más; su barrigón ya ocupaba el umbral.

—Quizá podáis explicárselo mañana —embistió el fraile con intención—. Podéis hacer hincapié en que la casa de Mora ya ha hecho preparativos para una donación. Ya sabéis, a fin de congraciarse con quien va a decidir sobre lo que cientos de frailes predican, imprimen, sermonean…

El mayordomo lo miró de arriba abajo.

—Para bien o para mal —continuó Gundemaro—, el próximo comisario tendrá mucho que decir sobre cómo y cuánto se mercadea en Yucatán.

No fue sutil. Pero funcionó.

—Esperad aquí —pidió el lacayo, haciéndose a un lado.

Y lo primero que llegó al fraile fueron los refunfuños del alcabalero. Blasfemaba como un poseso mientras avanzaba por el corredor de la casa, y

el lacayo, con saltos de un lado a otro y gestos llenos de apremio, intentaba colocarle el jubón mal puesto.

Despeinado, sin golilla ni puños, con las calzas arrugadas, el muy excelentísimo Pedrarias Muñoz de la Seca conocía bien su oficio y, en cuanto apareció en el recibidor, exhibió una enorme y franca sonrisa.

—Mi querido hermano, a sus pies, bienvenido seáis —saludó con afabilidad empalagosa—. ¡Qué terrible noticia! ¡Terrible! Una desgracia, se echará de menos a ese santo hombre…

El lacayo, al quite, murmuró al oído de su señor:

—… Ese santo hombre, ese santo en vida, el hermano Sinesio Ponce. Una desdicha, sin duda. Deberéis perdonarme —añadió, pasando la mano delante de su propia estampa—. Me había retirado ya, no me encuentro bien, una jaqueca pertinaz —hablaba a toda prisa, intentando congraciar la hospitalidad con la urgencia por rematar asuntos pendientes—. En cualquier caso, decidme, ¿qué puedo hacer por el ilustre… —un nuevo susurro—, por el ilustre fray Humberto de Ávila?

⁂

Sus bocas se buscaron. Apenas las separaba su aliento.

Él se inclinó.

Ella se acercó.

Se abrieron los labios. Se cerraron los ojos.

Con veinte años de retraso, dos niños iban a besarse. Una mujer y un hombre iban a amarse.

Desde arriba llegó el chirrido de unas bisagras. Y, de inmediato, las risillas inconfundibles de las cartageneras se escaparon hacia la noche.

—¿Interrumpimos algo?

Se apartaron como si el uno hubiera hecho tropezar al otro. El beso se quedó huérfano.

Alisándose la falda, Catalina agradeció que la oscuridad disimulase el bochorno que le ardía en las mejillas. Iba a responder lanzando maldiciones cuando Camacho la refrenó. La había tomado del brazo y tiraba de él suavemente.

—¿Lo tenéis? —preguntó sin alzar la voz.

Las cartageneras se miraron la una a la otra. Rieron. Mostraron algo en sus manos.

—Lo tenemos —dijeron al unísono.

Les dio el alto un guarda con largos bigotes y cara agria, probablemente debido a que no estaba disfrutando del jolgorio de la feria, que llegaba hasta el puerto fastidiando a quienes no podían vivirlo.

—¿Quién va?

Zacarías no se detuvo. Estebanico y los demás lo seguían.

Junto al de los bigotes estaba su compañero con el rostro partido por una cicatriz viciosa. Si Zacarías se hubiera fijado, hubiera visto que llevaba atada en la muñeca la cinta de la cofia que Catalina le había dado como prenda.

—Nos envía el maese Fragoso —respondió alzando la mano.

Entre sus dedos llevaba el manifiesto de carga original de la *Balvanera,* el mismo que habían sacado del cofre del marino en la posada.

La mención del maese templó el ánimo de los guardas, pero no retiraron las manos de los pomos de las espadas. Al ver la enormidad de Estebanico, temían tener que defenderse de aquellas manazas como palas.

—Alguien la ha cagado —anunció Zacarías, paseando el manifiesto a un palmo de las narices del guarda de los bigotes—, y mucho. Si la mitad de lo que he oído es solo una cuarta parte cierto, entonces el látigo del maese va a acabar hecho cisco.

Los dos guardas se miraron el uno al otro.

—Al repasar la carga —continuó Zacarías—, el maese se ha dado cuenta de que no se desembarcaron todos los azulejos franceses que vinieron como lastre.

El de los bigotes, a quien se veía menos marinero que los ajos, calló. Nada le habían dicho al respecto.

El de la cicatriz, más cuajado en asuntos de mar, sí supo qué pensar, y se decidió a preguntar:

—¿Queda en el barco lastre de la venida?

—Sí —respondió Zacarías—. Y, ahora que se ha cargado para La Habana, el maese teme que le pese el culo. Ha dicho no se qué de la obra viva, del timón, de la limera… y no tengo idea de qué más.

El de la cicatriz, astuto, tendió un cebo para atrapar a la mentira:

—Te diría que va con poco calado…

Zacarías se rascó una oreja.

—Yo juraría que justo lo contrario —dijo, inseguro—. Y algo más de que sería poco maniobrera en mala mar. Pero yo no soy marino —se quejó—. Además, el maese no es hombre de explicaciones. ¡Qué sé yo!

Durante largas horas en la covacha, frente a la hoguera, Camacho había explicado mucho de sus años en el mar a Zacarías, y ahora este andaba seguro de haber salvado la trampa.

El de los bigotes, que no había entendido nada, miró a su compañero y, cuando recibió un asentimiento, decidió hacerse cargo de la situación.

—Muy bien, pues podéis esperar aquí hasta que llegue el maese y os dé permiso —tascó tajante—. Nadie pasa. El alcabalero Pedrarias, maese Fragoso y todos los que han metido una blanca en esa nao han ordenado que al puerto no entra nadie sin bendición papal, las indulgencias ganadas y asiento a la derecha del Padre —aseguró, echando un reojo desconfiado a Estebanico—. Si lo que decís es cierto, ya vendrá alguien con autoridad a granjearos el paso. Mientras yo esté aquí de guardia, no pasa ni el mismo san Jorge, aunque venga arrastrando al dragón muerto.

Estebanico gruñó un disgusto. Zacarías se volvió con las manos en alto para pedir paz, luego se giró hacia el guardia.

—Perdona a mi amigo, es que es de pellejo delicado. ¿Y piensas compartir los latigazos o la quilla? —preguntó con descaro.

—¿Qué?

—Mira —dijo, volviendo a alzar el manifiesto—, a mí me han dicho que saquemos las corachas de palo para que no se mojen, que si se mojan y se pierde tinte me hinchan. Nos hinchan —añadió, echando la mano atrás y abarcando con el manifiesto a Estebanico y los demás—, nos hinchan a latigazos y a mí me pasan por la quilla. Me han dicho que abra las sentinas y saque todo el lastre y lo tire por la borda. Y que si me dejo una sola pieza de azulejo nos hinchan a latigazos y a mí me pasan por la quilla —repitió—. Y, además, me han dicho que luego coloque de nuevo todas las corachas, y que, si me dejo una sola, nos hinchan a latigazos y a mí me pasan por la quilla…

El guarda iba a interrumpir, pero Zacarías no lo dejó.

—… Y también que más me valía hacerlo todo antes de que amaneciera, porque la nao zarpa mañana con la marea, y, si no acabo a tiempo, nos hinchan a latigazos y mí me pasan por la quilla.

Tomó aire después de la apresurada retahíla y reformuló la pregunta mirando a aquellos ojos, bien abiertos en el cantil sobre los poblados bigotes.

—Así que si no me dejas pasar y hacer mi trabajo… —anunció con falsa zalamería—, tú me dirás, latigazos o quilla, o las dos cosas… Como más le plazca a vuesa merced —terminó con retranca.

El de los bigotes miró al de la cicatriz, y este se volvió a hacer cargo.

—No llevan nada —dijo a su compañero—. No van a colar mercancía. Y, si solo recolocan el palo y se deshacen del lastre, tampoco sacan nada de la *Balvanera*. Tampoco van a robar. —El bigotudo no pudo negarle la razón—. Además —continuó—, cuando terminen, o se echan a nadar o salen del puerto por aquí. Las demás puertas están cerradas a cal y canto. Si intentan algo, lo sabremos. Y traen el manifiesto —dijo señalando el papelorio—. No nos metamos en líos —instó a su compañero—. No pueden hacer ningún mal.

La expresión de su compañero le daba la razón.

—Y yo le tengo alergia al látigo…

Con cara de estar subiendo una cuesta empinada, el guarda de los bigotes caviló durante un buen rato.

—Está bien. Acompáñalos y avisa a los de la nao —ordenó a su compañero.

La *Balvanera* era de buena sabina aragonesa y ebanistería de roble gallego. Una nao recia a la que se había pedido demasiado pero que había cumplido con creces. No tenía una estampa bonita, más bien de caballo percherón; le faltaba la gracia de una ágil carabela o la rotundidad de un galeón armado, más bien era una balandra venida a más. Aun así, se la presentía cumplidora. Y bastaba verla por la aleta de estribor, desde la lejanía, por donde andaba Camacho, para calibrar que era la más grande que jamás se había atrevido a sortear los traicioneros bajíos del puerto de Campeche.

Tras haber perdido demasiados barcos en el Yucatán, la Casa de Contratación había tomado la drástica decisión de limitar el tonelaje de las naos. Y se rumoreaba que a maese Fragoso le había costado sus buenos dineros convencer a los pilotos de la institución de que la *Balvanera* era más ligera que los cien toneles de la restricción.

Pero, al fin, el marino se había salido con la suya. Y allí estaba, atracada en el puerto, cargada de codicias, y hacia ella remaba el indio Pedro.

El indio bogaba de espaldas, sin ver el puerto. Pero su pasajero miraba a proa, escrutando con ansia la nao, a la espera de la señal convenida.

La noche seguía cenicienta. Abrazados al puerto, se distinguían la silueta de la villa y el resplandor de la feria, que la rodeaba como un halo de santidad.

En sus manos, bien sujeto, temiendo perderlo con un mal golpe de mar, tenía el cuño de Pedrarias. Entre sus pies, un amplio zurrón con el cordón dorado de la casa Bacheli, lumbre, un par de cuchillos, lacre abundante y cuanto se le había ocurrido que podía necesitar; todo lo había recogido antes de embarcarse, al tiempo que se despedía.

Por primera vez en días, ella no había insistido en acompañarlo. Se había quedado en la orilla, en aquella misma escombrera donde Gundemaro y el indio se habían lanzado al agua espantando un róbalo. Y lo había visto subir a la barca sin abrir la boca.

Había sido Gundemaro quien se atreviera:

—Ve con Dios, hijo. ¡Suerte!

—Para la amanecida estaré en la casa de los Acevedo —había recalcado, no solo para dar seguridad a quienes esperarían, sino también a sí mismo.

Se sentó frente a Pedro en la barquichuela, y el indio comenzó a remar.

Fue entonces cuando ella gritó al viento. No lo llamó mentecato. Tampoco iluso.

—¡Ten cuidado!

La miró, y asintió con gravedad.

Tantas cosas habían cambiado. Tantas seguían igual. Y tantos años habían pasado. Ya no eran dos niños. Pero lo seguían siendo.

Ella no dijo nada más. Brusca, como una rama tronzándose, se dio la vuelta antes que el franciscano y se adentró en la noche. Tampoco aquel se atrevió a hablar.

Y ahora, en la barca, Camacho lamentaba no haberlo hecho. Se recriminaba la cobardía de haber callado.

Pero no tuvo tiempo a repensarlo. Los gemidos del mudo lo sacaron de sus pensamientos. Pedro sonreía y, las manos ocupadas con los remos, señalaba con el mentón hacia el barco.

Por la borda de estribor, la contraria al amarre, alguien hacía señas con un fanal.

—Ese tiene que ser Zacarías.

La feria se había llevado a la mayoría de rondas, y los pocos guardias que se habían quedado sin juerga patrullaban por el puerto. En la nao había solo tres, que, en lugar de hacer su trabajo, jugaban a los naipes sobre un cofrecillo en el castillete de proa.

No les habían dedicado más que un mirar despreocupado. Aun así, Zacarías y Estebanico habían subido de las bodegas con la excusa preparada:

—Ese aire viciado de las sentinas no sienta bien…

Pero los guardas no se molestaron en escuchar explicaciones y lo que siguió, que necesitaban tomar el fresco, solo lo oyó Estebanico; la partida estaba demasiado animada como para preocuparse por los antojos de dos esclavos.

No sin algún reojo, se habían acodado en la regala, hacia popa, de espalda a los guardias. Y allí, apuntando a mar abierto, la manaza de Estebanico se encargó de palmear la boca del fanal mientras Zacarías preparaba el cabo que había llevado enrollado bajo la camisa, como una faja.

Pronto los vieron. Y al poco escucharon el chapoteo.

Abajo, en el agua, Pedro maniobraba con los remos.

Tras comprobar que los guardias seguían preocupados por barajar, lanzaron el cabo. Camacho se hizo con él, sin darse cuenta de que el indio sonreía por lo familiar del asunto. Mientras Estebanico tiraba de él con facilidad, le dio una última advertencia:

—Aléjate lo suficiente para que no te vean y espera la señal. Si no hay señal —añadió sin dudar—, reúnete con Catalina y Gundemaro. Marchaos sin mirar atrás.

Pedro no asintió.

Ya estaba a la altura del entrepuente; los fuertes brazos de Estebanico hacían rápido el trabajo.

—¡Marchaos!

Pedro tampoco asintió entonces. Remó mar adentro.

Y Camacho no se atrevió a alzar la voz. Solo chistó a disgusto y negó sacudiendo el mentón. Nada más podía hacer. La mano de Zacarías ya estaba

a su alcance, dispuesta a ayudarlo a embarcar. Solo pudo echar un último vistazo preocupado a la barca que se alejaba.

—Tres jugando a las cartas a proa, el resto está abajo —anunció el negro en apenas un susurro.

Camacho revolvió una última vez la barbilla, negando con tristeza, y se obligó a atender los asuntos necesarios. Miró hacia proa, donde vio la linterna encendida y las sombras sentadas alrededor, atentas a la magia de los naipes. Pidió a Zacarías que apuntase con el fanal hacia la popa y, agachado, cruzó entre sombras la cubierta para asomarse por babor.

No por esperada, la estampa resultó menos ominosa. El puerto estaba plagado de guardas armados: los mercenarios contratados por Fragoso, los hombres del capitán Alcalá, los veteranos pagados por los mercaderes. Y todos guardaban la *Balvanera* como hermanos celosos de la virginidad de la benjamina; todos tenían trazas de usar como Dios mandaba los hierros que llevaban al cinto, y todos sabían que, si frustraban un robo, se llevarían un pellizco de lo recuperado.

El indio había hecho un buen trabajo pese a no dársele bien los números. Solo los de la nao eran más de veinte.

A su derecha, en una esquina de la dársena, le llamó la atención un resplandor inusual. Con la siguiente calada, no le cupo duda. El rostro de Urdaneta quedó iluminado. Allí estaba, con cara de pocos amigos, y de un tiracol cruzado al hombro colgaba su querida ballesta. Lo acompañaban otros dos a los que Camacho no conocía. Probablemente, los hombres que el tudesco había mentado.

Y, si Urdaneta estaba allí, los demás no andarían lejos.

Roa tampoco faltaría.

Fue otro peso más sobre sus hombros. Las rodillas se resintieron. Su única salida si las cosas se torcían, era el mar. Echarse a tierra era como meter el pie en un avispero. Un avispero en el que un niño travieso acabase de lanzar una pedrada. Respiró hondo.

Volvió junto a los otros dos y, con un gesto, los animó a bajar a las bodegas.

Por grande que pareciese la *Balvanera* atracada en el puerto, como en todas las naos, el interior tendía a lo miserable. Estornudar sin atención suponía abrirse una ceja por un mal golpe. Y, si se estaba apretado en cualquier parte, lo peor siempre eran las bodegas.

Ya en la escala, los olores eran intensos, pegajosos en el calor del espacio abarrotado. Se distinguían viejos sudores, la acidez de vómitos, el dejo férreo

del palo de tinte, el tufillo a vinagre de la última limpieza y el hedor del agua corrupta de las sentinas, justo por debajo.

Al menos las cucarachas aún no habían hecho de las bodegas su reino y, con suerte, saldrían de allí sin cargarse de liendres.

Cuando bajó el último escalón, Camacho se quedó petrificado. Las liendres iban a ser el menor de sus problemas.

Los otros cinco esclavos de la casa de Mora esperaban apretujados en el estrecho pasillo entre las montoneras de corachas. El pobre Estebanico se unió a sus compañeros, doblado como un viejuco penitente de reumas, y aun así se dio más de un coscorrón. Apenas cabían.

En el almacén, las corachas se habían antojado manejables. Allí, sin sitio para respirar, daba la sensación de que perecerían de un momento a otro por mor de una avalancha.

Eran demasiadas, y demasiado lo que tenían por hacer.

La preocupación volvió a asaltarlo con violencia. Le pareció imposible que lo consiguieran.

Y en ese momento, para colmo, oyeron el crujir de la tablazón sobre sus cabezas. Alguno de los jugadores de cartas había sentido remordimientos y decidido disimular con una ronda.

Todos callaron.

Los pasos se acercaban.

Se oyó el crujir de la escalera.

Quizá le había caído una mala mano, o quizá se había hartado y quería estirar las piernas.

Y ahora estaba allí, bajando hacia las bodegas.

No tenían prisa.

Tampoco adonde ir.

Y, aunque estaban juntos, se sentían solos.

Nada tenían que hacer hasta maitines, momento en el que debían reunirse con Camacho en la casa de los sobrinos y encontrar el modo de devolver el sello real sin que se notara su ausencia.

Después de rascarse la coronilla por enésima vez, obligado por el hábito que volvía a vestir, Gundemaro ofreció palabras de consuelo, consciente de que nunca más volvería a enfundarse aquellas ropas de franciscano.

—Todo saldrá bien…

Catalina no respondió, y el fraile, que la conocía desde hacía años, decidió que mejor sería probar algo distinto.

—Nada existe y, si algo existe, no puede ser conocido.

El trabalenguas tuvo la virtud de hacer que la muchacha reaccionase.

—¿Qué demonios…?

Gundemaro carraspeó.

—Los escépticos decían que solo se puede conocer la percepción que tenemos de lo que nos rodea, pero que no podemos conocer lo que nos rodea —discurseó con aires de profesor—. Obviamente, se equivocaban. Sin embargo, plantearon contradicciones interesantes. Adujeron que ninguna idea puede ser probada de manera concluyente; como mucho, mostrarse más cierta que otras…

Catalina lo miró fijamente.

—Puedo darte una patada en los huevos y otra en el trasero, y luego me explicas cuál de las dos ha sido solo una percepción.

Comprendió el franciscano que se había equivocado y, no dispuesto a rendirse, volvió a hablar. En esta ocasión, sin tapujos.

—No es como tu padre.

Ella le echó un reojo desconsiderado.

—Ya lo he dicho antes —suspiró el fraile—. No todos los mercaderes son como tu padre. —Se le cruzaron las cejas—. De hecho, ni siquiera se dedica

al comercio todavía; de momento, como mucho, podría decirse que es un amanuense metido a ladrón.

Ella chistó.

—Me prometí a mí misma que jamás me dejaría engañar por una de esas ratas avariciosas.

Gundemaro la reconvino con la mirada.

—Camacho puede ser muchas cosas, pero no una rata avariciosa, y tú lo sabes —aseguró con vehemencia—. De no ser por él, no tendríamos donde caernos muertos.

—La idea de robar el cargamento fue mía —protestó ella.

—Las ideas sirven de poco sin los actos.

—Yo no quería que acabáramos así —dijo, lastimera.

—Aún no se ha acabado —le recordó el fraile—. Aún hay mucho que puede torcerse.

Al doblar una esquina, sorprendieron a un perro famélico que salió espantado hacia las sombras. Ella lo miró con tristeza. Y Gundemaro supo que debía darle tiempo.

—Cuando venía a ver a mi madre, me traía siempre algún pastelillo… —suspiró antes de continuar—: Y nunca dejaba de sonreír… Eso hacen los charlatanes de feria: sonreír y contar mentiras —afirmó con disgusto—. Me hablaba de Sevilla, me prometía bonitos vestidos. Decía que viviríamos en una preciosa casa en Triana, junto al puente, con balcones cargados de geranios rojos.

Calló. Sacudió la cabeza, y la melena trigueña bailó de un hombro al otro.

—Y yo me lo creía —se reprochó a sí misma—. Necesitaba creerlo. Me encantaba que me abrazara. Me gustaba sentir su barba —dijo como en sueños. Sus cabellos volvieron a moverse al compás del mentón—. Yo no era más que una niña tonta. Cuando se marchaba, nunca se despedía… Y yo no… Le preguntaba a mi madre por qué se iba, y ella decía que no podía ser, pero que pronto habría ocasión, que no nos fallaría, que era un hombre de la cabeza a los pies…

Resopló con enfado y se tomó un respiro.

—Peor que esos jesuitas que expolian las reliquias de Roma —tascó entre dientes al cabo—. ¡Miserable! Lo único que quería era una oportunidad de joder gratis.

Gundemaro iba a intervenir, pero ella no le dio ocasión.

—Le pedía a mi madre que se encamara con Mora…, con cualquiera que anduviera al negocio, ¡y que los sonsacase! ¡Eso es amor! Fueron los secretos

que mi madre consiguió los que lo convirtieron en un hombre rico. ¡Desgraciado! No hubo contrato que no firmase para el que no tuviera que atarse primero los calzones…

El franciscano la tomó en brazos, pero ella se revolvió.

—Sabes que Camacho no haría eso…

En sus ojos se derramó el dolor de los recuerdos, y las lágrimas empaparon la basta lana del hábito cuando él estrechó el abrazo.

El fraile y la puta vagaban sin rumbo.

Pedrarias buceaba en el glorioso par de tetas de la cartagenera.

Camacho tragaba saliva.

Zacarías ponía el oído, temiendo escuchar un nuevo crujido.

⁂

Y en los almacenes de la casa de Mora la puerta se cerraba. Un cabizbajo Julián salía de allí arrastrando los pies y se escondía en la noche para disimular la vergüenza.

En el interior, Roa y su patrón hablaban.

—¿Te lo crees? —preguntó el mercader, mordisqueando el mondadientes de plata.

Roa era más hombre de acciones que de palabras. Consideró la situación. Escupió ruidosamente. Y luego afirmó con una sacudida de la barbilla. Una sola; con parsimonia, con intención.

—Pues vamos a aplastar a ese inglés cabrón —repuso el patrón, señalando la puerta con el palillo.

Camacho no reaccionó. Estebanico, sí.

Antes de que las escaleras volvieran a quejarse, el negro usó sus manazas para colocarlo a su espalda, como un padre protegiendo a un crío.

Los peldaños de la *Balvanera* crujieron de nuevo.

Y ya no volvieron a hacerlo.

El guarda ni siquiera descendió los últimos peldaños, se limitó a agacharse y a mirar con curiosidad. Era un tipo de barba descuidada que crecía por parroquias; a la vista, entre hierbajos morenos, quedaban calvas que solo podían ser obra de la tiña.

—¡Malditos haraganes!

No le gustó lo que vio, y bajó otros dos peldaños para poder alzarse. La espada al cinto brillaba impecable, más sana que su dueño, a quien, además de las consecuencias de la tiña, se le notaban las de pasados abordajes. Le faltaban dos dedos de una mano y un trozo de oreja.

—Aún no habéis empezado —gritó malhumorado—. ¿A qué esperáis, negros de mierda?, ¿una visita del obispo? ¡Vamos! ¡Poneos a trabajar!

La inmensidad de Estebanico eclipsaba a Camacho. Pero el zurrón había quedado en el estrecho pasillo y, al darse cuenta, al hijo del inglés le faltó el aire.

Estaba allí, abandonado, entre el grupo de negros y el guarda. Bastaban unos pasos para que se preguntara qué diantres era aquello.

Si lo hacía, estaban perdidos.

—¡Negros del carajo! —insultó, avanzando otro paso—. ¡Holgazanes! ¡Vamos! ¡A trabajar! —Braceó con ímpetu—. O yo mismo pediré al maese que me deje usar el rebenque para despellejaros…

Nadie se movió.

Las calvas de la tiña se habían vuelto púrpuras. Los ojos del guarda destilaban rabia.

Zacarías también se percató entonces de que el zurrón estaba allí, a la vista, a dos palmos de sus pies.

—Lo siento, patrón —habló, sumiso—, no estamos acostumbrados al olor. Nos ponemos de inmediato. Acabaremos a tiempo.

El guarda quedó fijo en aquellas mejillas marcadas y dio otro paso más.

—Parece que no te enseñaron bien la lección —dijo, escupiendo entre dientes.

Y lanzó un brutal puñetazo que envió a Zacarías al suelo.

—Como se os ocurra jugármela, ¡os despellejo a todos con un manojo de mejillones! —espetó con desprecio.

Camacho temió que su amigo reaccionase a la agresión, pero supo templar los nervios. Se humilló como esclavo.

—Por supuesto, patrón, nos ponemos a ello. Pierda cuidado —respondió servil, sin siquiera llevarse la mano al labio partido, que empezaba a sangrar.

—Más os vale, panda de boñigas, más os vale…

Pero siguieron sin ponerse a trabajar. Todos se habían dado cuenta de que el zurrón estaba allí; todos, menos el guarda.

Juanillo, un jovencito enclenque al que Camacho siempre había intentado librar de los trabajos pesados, hacía repiquetear los dedos en uno de sus muslos; los nervios le impedían estarse quieto. Estebanico, sin embargo, parecía una imponente estatua guardando la entrada de un palacio ancestral.

Cuando se levantó, por la frente de Zacarías se escurría, traviesa, una gota de sudor que no se atrevió a enjugar.

A punto estaba el guardia de volver a increparlos. Se le veía en la cara. Movió el pie para dar un último paso, junto al zurrón.

—¿Vienes o no? —se oyó lejano desde cubierta—. Enríquez dice que está en racha —se oyó en tono jocoso.

—Por los pelos que el cabrón de mi padre tenía en los huevos —masculló el tiñoso malhumorado—. ¡Voy! —aulló, escaleras arriba, volviendo la cabeza hacia el hueco—. ¡Poneos a trabajar! —gritó hacia la bodega.

—Ahora mismo —insistió Zacarías, dando un codazo a Juanillo para que dejara de tamborilear.

Y, como laboriosas abejas en la entrada de la colmena, se esparcieron por las bodegas. Todos menos Estebanico.

El guarda lanzó un gruñido.

—¡Y daos prisa!

Entonces se volvió para encarar la subida, y los esclavos lo oyeron gritar:

—¡Voy! ¡Esperadme!

Camacho y Estebanico cruzaron una mirada. No se dijeron nada; no hacía falta. Y no perdieron el tiempo.

—Vamos, hay mucho que hacer —anunció el hijo del inglés, y palmeó con afecto el enorme brazo del esclavo.

En breve, se organizaron. Mandaron a Juanillo a las escaleras, para que avisase si volvían a tener visita. Y, al abrigo de medio mamparo de refuerzo, que disimularía algo en el apretado espacio, en un platillo de estaño, quedó preparada la lumbre. El lacre se templaba junto a ella.

Dos de los hombres de la casa de Mora las traían. Estebanico las sujetaba. Zacarías cortaba los cordones morados para guardarlos a buen recaudo. Camacho volvía a cerrarlas y les ponía el sello. Los demás las recolocaban.

Tardaron unas pocas en hacerse al trabajo, cada uno al suyo, pero pronto laboraban a buen ritmo, sobre todo gracias a Estebanico, como siempre atento a cuanto hiciera falta, ya fuera para sujetar una pila, levantar un estorbo o ayudar a sus compañeros.

El más retrasado era el hijo de la Camacha. Se encargaba del trabajo más delicado. Y, aunque había visto cómo se usaba miles de veces, jamás había empleado antes aquellas aparatosas tenazas para sellar. De hecho, las primeras intentonas quedaron pobres, sin bordes y con el cordón apenas prendido. Una hubo de repetirla cuando el lacre cayó al suelo, dejando entre las hebras doradas pegotes tibios. Aun así, como llevaba la cuenta, pronto hizo un anuncio feliz:

—Con esta van cien. —Se atrevió a sonreír.

Todos sudaban, pero, a la escasa luz de los fanales, sus sonrisas florecieron.

Camacho se había quemado los dedos varias veces. Zacarías se había cortado el pulpejo del pulgar con un cordón rebelde. Pero el número les dio ánimos.

Iban a conseguirlo. Lo que parecía imposible era ahora una realidad: estaban desvalijando el mayor envío conocido de palo de tinte.

Poco a poco, los rostros desaguaron los nervios y la inquietud se fue quedando dormida. Una coracha tras otra pasaba por las manos de Camacho, y llegó un momento en que Zacarías le dio un golpe en el hombro para hacerlo callar.

Concentrado, se había puesto a tararear una vieja tonada que a su madre siempre le había gustado.

—Lo siento —se disculpó abochornado.

Las cicatrices en las mejillas del negro hicieron un extraño cuando Zacarías sonrió con indulgencia.

—Ya son doscientas —anunció entonces, alzando la voz tanto como se atrevió.

La sonrisa de Zacarías se amplió, mostrando los rotos que había dejado Roa. A todos les dio ánimos.

Tuvieron que apilar algunas de las corachas en las escaleras para poder seguir sacando de las pilas y mantener un espacio abierto en el que maniobrar. Por un rato, en lugar de acarrear de un lado a otro, Estebanico se echó de espaldas contra un montón que amenazaba con escurrirse y provocar un desastre.

Las bodegas rebosaban, llenas hasta los topes, y lo más duro del trabajo era ingeniárselas para mover unas y tener acceso a las siguientes sin desbaratar las hechas. Era un enorme rompecabezas en el que cada pieza pesaba un quintal.

Aun así, para prima ya tenían más de un tercio del trabajo hecho.

Camacho empezaba a pensar qué ciudad sería la adecuada para fundar una familia.

Zacarías tenía claro que se quedaría en Campeche, viviendo de rentas, a la espera de ver la ruina de Mora y la caída de Roa.

Estebanico solo quería catar la libertad. Camacho había prometido que enviaría a alguien que comprara la partida de esclavos de la casa de Mora. Había dado su palabra.

Y el inglés siempre cumplía su palabra. Eso el negro lo sabía. Por eso no le fallaban los ánimos, ni a él ni a los suyos.

Todo iba bien.

Hasta que se jodió.

Oyeron gritos, como antes, y pensaron que las cartas eran la razón. Que alguien hacía trampas y otro le quería quitar la costumbre a base de acero. Pero luego oyeron unas pisadas retumbando en la cubierta. Y más gritos. Y los tacones de botas sacudiendo la tablazón.

Estebanico se quedó con una coracha en los brazos. Camacho se quemó con la lumbre. Los dedos de Zacarías se apretaron en torno a la empuñadura del pequeño cuchillo.

Todos miraron hacia la escalera. Los pasos se acercaban.

Antes de que pudiera darse la vuelta, antes de que pudiera refugiarse inútilmente en las bodegas, un hierro en manos ágiles le ahorró las penas.

Lo vieron bajar con prisa, dos peldaños más allá de donde el tiñoso se había detenido. Y vieron la punta de la espada salir por la pechera harapienta. A Juanillo le habían robado la libertad arrancándolo de la costa africana a golpes. Ahora le robaban la vida.

En aquellos ojos pardos, abiertos, muy abiertos y asustados, Camacho reconoció sus propios miedos.

El esclavo quedó con el paso en el aire, buscando con su pie encallecido un peldaño que no halló. Algo patético quedó en el modo en que, inútilmente, sus dedos buscaron dónde apoyarse.

La espada salió con el susurro de un beso furtivo.

Por un momento, el rostro en agonía se relajó. Parpadeó lentamente. Fue un breve instante de paz. Juanillo se quedó donde estaba, dudando, como preguntándose qué había olvidado.

Y entonces la sangre empezó a brotar con fuerza. La estocada le había atravesado el pulmón, y sus harapos se empaparon, con rapidez, de vibrante carmesí, de sangre en la que burbujeaba la bocanada tragada antes de echarse escaleras abajo.

Su única merced fue la de morir viendo a quienes se habían convertido en su familia. Estebanico ya levantaba los brazos hacia él para recogerlo; los demás se movían a su alrededor. Camacho tiró el lacre y quiso correr.

Soplaron los rescoldos de una hoguera que quería apagarse.

Y hasta aquella miseria se la robaron de un plumazo.

No quedó hueco para la esperanza.

Una bota pateó salvajemente la espalda de Juanillo.

Le fallaron las fuerzas para asentar aquel paso a medias. No consiguió echar las manos al frente. Solo pudo dejarse vencer por el miedo, que mudó su rostro.

Cayó sobre los escalones. Se golpeó la cabeza. El costillar. Uno de los brazos. Los muslos. Los cantos de los peldaños mordieron como bestias.

Y todos oyeron el crujir de huesos.

Estebanico recogió los pedazos al final de la escalera.

Lo siguieron aquellas botas.

El asesino bajaba las escaleras. Traía el hierro a un lado, goteando la sangre que latía solo un instante antes. La pistola al cinto. La bandolera con los doce apóstoles. Pisó la sangre de Juanillo sin respeto alguno.

Y lo oyeron. Todos reconocieron su voz rasposa. Todos habían aprendido a temerla.

—No sé qué huele peor, las sentinas, este montón de cagajones o ese inglés de mierda.

Iba a morir.

Y eso no era lo peor.

A la muerte se había acostumbrado en sus tiempos de grumete. La mar daba, pero también quitaba. Como el hierro y la pólvora.

La mecha ardía. Su resplandor llenaba la noche. Untaba ocres en la mano, en el brazo, en la mirada. Y en el rostro, un ojo abierto ejercitaba puntería. El otro no era más que un guiñapo de sangre y humores viscosos, hebras carnosas colgaban entre los párpados cerrados. Pero Roa se mostraba ajeno al dolor. Sostenía la pistola con firmeza, y estaba cargada con el último recado que Camacho recibiría.

No, a Camacho la muerte no lo arredraba; lo que le dolía en el alma era el destino de sus compañeros. Ellos habían confiado en él. Y les había fallado.

Empapado, de pie en la barca, ofreció el pecho a aquel disparo.

Pedro había desobedecido.

Cuando cayó al agua, allí estaba él, envuelto en su poncho de henequén y su sonrisa infatigable, tendiéndole una mano, sin prestar atención al griterío de la cubierta.

El indio lo había recogido, y ahora el indio remaba con toda su alma.

Y Camacho no podía hacer otra cosa que emplear lo único que le quedaba: su vida.

Al menos el indio se salvaría.

De la cubierta de la *Balvanera* surgió un alarido. Tres empujones dieron la explicación: uno de los esclavos se empotró contra la borda. Camacho lo vio con el rabillo del ojo. Miraba fijamente el cañón de la pistola. Aquel negro talismán lo seguía mientras se alejaba hacia la noche. Y, en tanto huía, el dueño de un pellizco de pólvora y de una bala se tomaba su tiempo para dar en el blanco.

En el barco, la cabeza del esclavo se sacudió violentamente. Se movió sobre la borda como una marioneta. Se oyeron gritos. Golpes. Una blasfemia.

Y el esclavo se precipitó al mar.

Camacho no sabía su verdadero nombre. Solo que lo habían bautizado como Justino.

Y Justino cayó como un fardo. Con el gaznate rajado, sin más fortuna que la mugre en el fondo de los bolsillos.

En cuanto se estrelló en el agua, Urdaneta apareció en la cubierta. Enfundó la espada con la que acababa de matar y encaró la ballesta que tanto le gustaba.

Aun desde la barca, Camacho escuchó el rugido de Roa reclamando su presa.

—¡El inglés es mío!

Y este se giró un tanto para seguir protegiendo con su cuerpo al remero. El indio resollaba, al indio le dolía la pierna mala, le ardían las manos, llevaba en la espalda un tormento. Pero remaba. Tanto, tan fuerte y tan rápido como podía, alejando la barquichuela del horror de la *Balvanera*.

El gesto de Urdaneta le había regalado un precioso instante, y Camacho, pensando que sería el último de su vida, no se puso a bien con Dios. Pensó en ella.

No sabía qué había sido de Gundemaro, menos aún de Catalina. Y solo podía preguntar por ellos dos a la fe que aún conservaba.

Quiso pensar que, con un poco de fortuna, habrían escapado. Probablemente habían venido a buscarlo solo a él; tal vez al franciscano y a la muchacha los dejarían tranquilos.

Se equivocaba.

Como se había equivocado con Julián.

—Ese cabrón rastrero de Julián no mintió…

Eso había anunciado Roa, divertido. Lo gritó al poner pie en la bodega de la *Balvanera*, junto al charco de sangre de Juanillo en las tablas.

Al oír el nombre del capataz, Camacho había sentido la dentellada del destino partiéndolo en dos, como los tiburones habían hecho con aquel pobre segundón que le diera en herencia el nombre.

Habían estado cerca. Casi lo habían conseguido.

Y Juanillo casi había conseguido llegar al último peldaño.

Pero Julián se había interpuesto.

Le dolió la traición. Pero más aún ver que la violencia arrollaba a quienes habían confiado en él.

Detrás de Roa, entró Urdaneta, con el chicote de un cigarro bien apretado entre los dientes. En los peldaños quedó el tiñoso, y detrás se adivinaban más botas. Más hombres, más perros de presa con los dientes aguzados.

Llegaban voces y el inconfundible tintinear de los hierros.

Roa no era ningún novato. Le bastó una ojeada al atiborrado lugar para hacerse cargo de la situación de inmediato.

Vio tensarse los enormes hombros de Estebanico, el mismo que tronzaba el palo con manos desnudas.

—¡Que no baje nadie más! —ordenó escaleras arriba.

Estebanico pensó que aún podía hacer algo. Dejó el cuerpo sin vida de su amigo en el suelo, apoyándolo con delicadeza impropia para aquellas manazas.

—¡Sube! —ordenó entonces a Urdaneta.

El guipuzcoano no reaccionó.

—¡Sube, imbécil!

Y Roa, sin dar la espalda a los de la bodega, reculó hacia la escalera.

—Arriba, hatajo de cabrones, ¡a cubierta!

Si la voz no bastaba, la espada hacía el trabajo.

Y Estebanico tuvo que abandonar sus ideas. Había pensado que podía partirles el pescuezo como a gallinas viejas. A todos y cada uno, a medida que fueran bajando por la angosta escalera. Pero Roa se había dado cuenta de la trampa que suponía lo angosto de la bodega.

—Y, vosotros —gritó el soldado—, ¡subid de uno en uno! Si no lo hacéis, os juro que hago buscar al herrero y atranco esta condenada escalera para que os muráis de hambre camino de Sevilla.

Camacho supo que morirían antes de sed que de hambre. Y también que no tenía otra opción que obedecer.

Por un momento, él también se dejó llevar por ideas alocadas, como el esclavo. Pensó en aprovechar la lumbre para prenderle fuego a la *Balvanera*. De haber estado solo, a lo mejor lo hubiera hecho, pero dejó de mirar el platillo de estaño con las brasas en cuanto comprendió que los condenaría a todos, no solo a sí mismo.

Camino al patíbulo, uno a uno, ascendieron por la escalera; hasta que solo quedaron Estebanico y el propio Camacho.

—Lo siento, lo siento en el alma —susurró con sinceridad.

El enorme negro dejó de mirar el cuerpo de Juanillo y encaró al que había sido su patrón.

—Todos sabíamos dónde nos metíamos.

Y, por primera vez, como un hombre libre, Estebanico adelantó la mano y se la ofreció al hijo de la Camacha.

—¡Vamos! ¿A qué estáis esperando? ¡Arriba! —se oyó con enojo desde cubierta.

El gesto pilló por sorpresa a Camacho. Nunca antes se habían dado la mano.

—Gracias por esconder el látigo… Gracias por tratarnos como a hombres.

Aquellas palabras sentidas no encajaban en el grave vozarrón del gigante.

Camacho extendió el brazo y dejó que aquella manaza envolviera la suya. Los dedos del negro abrazaron incluso la muñeca. Pudo sentir los callos, la fuerza descomunal, y también la pena.

—¿Cómo te llamas?

El ceño de Estebanico se frunció. Necesitó unos instantes para comprender.

—Uuka. Mi nombre es Uuka… Significa «aquel que está listo para alzarse».

Sonó endemoniadamente difícil de pronunciar. Aquella lengua no solo tenía palabras, también chasquidos y requiebros. Aun así, intentó repetirlo.

—Ha sido un honor *Uka* —dijo, fallando estrepitosamente—. Un auténtico honor.

Se miraron como iguales.

—¡Si tengo que bajar os cuelgo de una verga por los huevos!

Cuando Uuka soltó la mano y encaró la escalera, por la que sus hombros apenas cabían, alzó el mentón y caminó con orgullo, como un hombre libre.

Camacho suspiró y miró en derredor.

Una fortuna al alcance de los dedos y, al tiempo, inalcanzable.

Les había faltado tan poco. Habían estado tan cerca.

Cuando pisó el primer peldaño, también alzó la barbilla y cuadró los hombros. Decidió mirar a la muerte a la cara.

Aun naciendo sin apellido, podía morirse con honor.

Si en la bodega hubieran tenido una oportunidad, matando uno a uno a quien se atreviera a bajar, en cubierta esa esperanza quedó pulverizada.

Allí estaban Roa, Urdaneta y Lucas Dos Pasos. También el tiñoso y sus compañeros de cartas. Y otros, al menos veinte más, entre los que solo había un par de rostros familiares: los esbirros de Mora y buena parte de la soldada de la nao.

Hombres distintos, misma intención. Todos miraban con desprecio hacia los ladrones. Y todos iban armados.

Incluso el mismísimo Melchor de Mora e Hijuelo estaba allí. Un poco apartado, con aires dignos, su rostro angelical destacaba entre los mercenarios. Parecía el santo de la única capilla con velas encendidas.

Eran muchos, y no eran todos.

Advirtió Camacho que faltaba el gaditano Juan y también el portugués Nuno. Y se temió lo peor. Quizás habían ido a casa de Pedrarias. Pero no tuvo ocasión de preocuparse.

Atemorizados, los esclavos y el propio Camacho se apretujaron como un rebaño de ovejas de anochecida. Y quedaron rodeados de inmediato por un cerco de acero y mala baba. Las botas se arrastraron contra las tablas, los codos empujaron. Algunos habían desenfundado ya. Otros escupieron. Hubo uno que gruñó.

Quedaron arrinconados contra la borda.

Por detrás, a espaldas de los soldados, alguien bajó a toda prisa por las escaleras. Para comprobar si faltaba algo, para saber si se había llegado a tiempo.

Y la noche ignoraba a unos y a otros. Ignoraba al leonés zanquilargo que se llegaba ahora a la bodega y no entendía aquel trasiego de cordones y lacre; al desgraciado se le iluminaron los ojos de pura avaricia al ver el sello real abandonado junto al plato de estaño. Incluso tonteó con la tentación hasta que el miedo a la horca le robó el coraje.

La noche los ignoraba, empecinada en ocultarse con un manto de nubes, quizá vergonzosa. Las gaviotas graznaban de tanto en tanto. Se oía el suave

oleaje golpear contra el casco de la *Balvanera*. La feria susurraba sus cantinelas desde la lejanía.

Se había acabado. Todo estaba perdido.

Se cataron los unos a los otros. Un puñado de esclavos desharrapados y un amanuense frente a una compañía de hombres curtidos en la sangre, los abordajes y las caponeras de Flandes.

No había nada qué hacer.

Pero había que hacerlo de todos modos.

Camacho tragó para despegar la lengua del paladar. Dio un paso tímido al frente y quedó acorralado por el odio. A ninguno de aquellos hombres le hacía gracia toparse cara a cara con quien había puesto en riesgo la paga. Igual que Camacho, ellos solo tenían una tarea pendiente; ellos y sus hierros.

—Yo soy el único responsable —logró decir el hijo del inglés—. Ellos solo obedecían órdenes —añadió, señalando al grupo de esclavos y a Zacarías —. Yo soy el culpable.

Un murmullo sincopado recorrió la turbamulta. Por un instante, se atrevió a albergar esperanzas para sus amigos.

—Y una mierda —gritó Roa, haciendo de los anhelos de Camacho un montón de añicos verdes—. Conozco a los negros. Son como urracas, echan mano a todo lo que brilla. Deberíamos colgarlos ahora mismo…

Hizo una pausa y miró alrededor, trabando expresiones furiosas con los soldados.

—¡A todos! —gritó a voz en cuello.

Y muchos le dieron la razón.

—¡A todos!, ¡a todos! —repitió un coro de voces.

Y los que no, parecían con ganas de entretenerse con un linchamiento.

La turbamulta se agitó. Se adelantaron, ahogaron el espacio, como una ola cerniéndose sobre una huella en la arena. Algunos jadeaban, sabuesos listos para azuzar una alimaña.

Zacarías, nervioso, miró a Camacho. Aunque en los ojos pardos el hijo del inglés no encontró el miedo que esperaba, más bien chocó con crudos deseos de venganza. El negro incluso hizo un gesto hacia Roa.

Y Camacho, horrorizado, se dio cuenta de que, si no empezaban unos, empezarían los otros. Cada grupo tiraba de un extremo distinto de la soga, y la soga iba a romperse. Lo vio en Zacarías. El negro oscilaba sobre las puntas de los pies, preparado para luchar. Y lo vio en Estebanico, que seguía con la barbilla erguida, con el porte de un rey ante un desfile. Los demás esclavos lo imitaban, confiaban en el gigante.

Alguien acercaba un hachón a la santabárbara, y la *Balvanera* iba a volar por los aires.

Con alivio, Camacho vio que, al fondo, algunos hombres se apartaban con mala cara y protestaban, o lo intentaban, hasta que veían quién se abría paso entre ellos. Eran los corchetes de la alguacilería de Campeche y, detrás, abordaba la nao el mismísimo Juan de Oria.

—¡Basta de sandeces! En Yucatán decide la Audiencia —exclamó, imponiendo su voz al barullo creciente.

Los abucheos quedaron contenidos por la autoridad. En todos los rostros brilló la mala gana.

—Ah, sí, ¿y cuándo? —preguntó Roa con una sonrisa—. ¿Cuándo decidirá? Los hemos atrapado con las manos en la masa. No hace falta que ningún oidor se duerma sobre este asunto. ¡Esto puede resolverse aquí! ¡Ahora!

El alguacil iba a dar orden de que los prendieran. Les aguardaba el calabozo y, probablemente, la horca. Pero saldrían de la *Balvanera* andando. Tendrían tiempo de vivir un nuevo día, de buscar la manera de salir airosos.

—Cuando le dé la real gana —respondió airado Oria—. No es asunto tuyo. Ni siquiera mío.

Algunos refunfuñaron, otros siguieron protestando. Pero el alguacil se mantuvo firme.

—¡Se acabó el espectáculo! El que quiera más, que vaya a la feria. Y, si no les conviene a sus excelentísimos —añadió con ironía—, dispongo de habitaciones de sobra para que pasen la noche a gusto. —Su mano señalaba firme la silueta de la torre pegada al paño de murallas.

Había ganado la partida. Pese a la arenga de Roa, los demás no parecían dispuestos a acabar en el calabozo.

El alguacil, plantado en cubierta, con el rostro cincelado en piedra, sin mostrar emociones, dejó que todos catasen su autoridad. Camacho llegó a ver que Oria levantaba la mano, a punto de dar la orden. Entonces intervino Mora. Y echó leña al fuego que Roa había prendido.

—Con la venia —dijo, echando un reojo soberbio al alguacil—. ¡Estos malnacidos querían robarnos! ¡A todos! Vos sabéis que el que haya tenido una blanca la ha puesto, con todo derecho, en esta nao. A nuestros pies hay más de diez millones de maravedíes.

Calló el tiempo suficiente para que las bocas tuvieran tiempo de cerrarse.

—Si no hubiéramos llegado a tiempo, habrían vaciado las bodegas…

Camacho no se molestó en contradecirlo. Para su horror, vio que Oria se arrugaba.

—¿Y cuánto vale el aire rancio de unas bodegas? Porque eso es lo que hubiera quedado: ¡aire rancio!

Mora se escurrió con rapidez y se subió a la cofa del mástil de la mayor, como para predicar a su rebaño desde un púlpito en el que no se notase que era corto de talla.

—Yo os lo diré: la peste a sentina no vale nada, ¡nada! ¿Y quién pagaría a cambio de nada? —preguntó, cargado de intención, fingiendo buscar una respuesta.

La mentira caló. Muchos asintieron ofendidos. Algunos soltaron abucheos. Otros tantos, insultos. Los ánimos se caldeaban. Los de todos menos los de Oria, que, con mezcla de espanto y vergüenza, guardaba palabras y largaba silencios.

—¡Nadie! Nadie en Sevilla hubiera pagado un cuarto por comprar peste a sentina —se contestó Mora alzando la voz—. Y, si se hubieran salido con la suya, eso nos hubieran dejado. ¡Olor a mierda!

Muchos volvieron a asentir, convencidos. La mayoría no sabían leer ni escribir, pero todos tenían sesos para echar la cuenta. Un treintaidosavo de mierda sigue siendo mierda.

—Estos malnacidos querían dejarnos con las manos vacías… ¡Vacías!

Un treintaidosavo de nada era menos aún que uno de mierda.

Camacho no se atrevió a hablar. Tenía enfrente a un tipejo de pelambres rizas que lo apuntaba con una daga hambrienta. Miró fijamente al alguacil y aguantó hasta que Oria alzó el rostro. Siempre lo había tenido en estima. Fue una decepción verlo entregado.

Alguno de los trapos sucios de Mora llevaba ahora el alguacil por capote, y pesaba más que todo lo que había en bodegas.

Para desesperación de Camacho, intentando contener el rubor de sus mejillas, Oria dio una orden:

—¡Quedan otros cabos por atar! ¡Vamos a casa de Pedrarias!

Los corchetes recularon. Y, cuando se echaron atrás, el alguacil solo se tomó el tiempo de hablar con aquel leonés que había bajado a bodegas.

En cuanto desembarcaron, la turbamulta se cerró de nuevo, atenta a las prédicas de Mora.

Camacho apenas tuvo momento de preocuparse por las cartageneras, por el franciscano, por Catalina. De un momento a otro se despejaría la duda de si sería en el de mesana o el del trinquete, el resto estaba claro.

—Yo digo que los colguemos ahora mismo. ¡Para dar un escarmiento a todo Campeche!

Una ovación rugió en la cubierta de la *Balvanera*.

—¡Que traigan soga!

—Sí, que no falte.

Y Roa no perdió el tiempo.

No supo Camacho si había reconocido a su vieja presa. O si no fue más que un capricho del destino. El primero a por el que se lanzó fue a por Zacarías. El resto se abalanzaron hacia Estebanico.

Fue entonces cuando Zacarías lo miró. No para pedir permiso, no para avisarlo, sino para despedirse. El negro volvió el rostro hacia él, parpadeó con ojos tristes y, con disimulo, mostró lo que tenía en la mano: el pequeño cuchillo con el que había estado cortando los cordeles.

El grito se le atragantó a Camacho. No tuvo tiempo de negar. Menos aún de hacerlo cambiar de opinión.

En cuanto el veterano se acercó, Zacarías alzó la mano y la movió con rapidez endiablada. El filo entró en el ojo de Roa con pasmosa facilidad, y, entre el silencio asombrado, repentino, de sus hombres, se escuchó el aullido de dolor.

—¡Cabrón! ¡Malnacido! —escupió Zacarías.

Roa no cayó. Se llevó las manos al rostro, desesperado, y tanteó hasta encontrar el pequeño y sobado mango de balché. Entre sus dedos se escurrían los humores, prendían gotas en la barba.

No le hizo falta la orden a Urdaneta. Se olvidó de inmediato de Estebanico y trató de atrapar al otro.

Fue una señal. Toda la soldada reaccionó al instante.

El único que se quedó donde estaba fue Mora, y Camacho advirtió el miedo en la expresión del mercader. Se volvió, pues no encontraba a Estebanico, que miraba por la borda, hacia el mar, inescrutable.

Ya no había marcha atrás. Se les echaban encima.

Antes de que Lucas pudiera prender a Estebanico, este juntó ambos puños y, usándolos como un martillo, descargó un golpe descomunal. Ni uno ni dos pasos. Lucas se quedó en el sitio.

Los ojos en blanco y aquel derrumbarse como un trapo anunciaron a todos que Lucas Dos Pasos saldría de la nao con los pies por delante, a cargo de brazos misericordiosos.

—¡Negros de mierda! ¡Poneos a bien con Dios!

—¡A por ellos!

—Capadlos, primero capadlos.

Una marea enfurecida, erizada de espadas, se abalanzó sobre ellos.

Les darían una paliza. Los torturarían. Los matarían.

Urdaneta forcejeaba con Zacarías, que se resistía con una valentía inútil.

No había solución. No quedaba sino pelear, y Camacho se preparó para vender cara su vida.

En un abrir y cerrar de ojos, Estebanico despachó a otro par de atacantes. El resto de los esclavos hacía lo que podía. Se forcejeaba, se gruñía, se pegaba. El reducido espacio robaba protagonismo a las espadas y se lo daba al cuerpo a cuerpo. Una jauría de furiosas dentelladas.

En el barullo, Roa se recompuso.

—¡No los matéis! ¡Prendedlos!

A la luz de las antorchas, con un ojo vaciado y la rabia encendida, el veterano parecía un demonio escapado de los más profundos infiernos.

—¡Los quiero vivos!

Oyó quejarse a Zacarías, que acababa de recibir un puñetazo en el costillar. Otro de los esclavos cayó al suelo con la ceja abierta, sangrando; había recibido un derechazo con el pomo de un puñal. Estebanico, por el contrario, era como la proa de un pesado galeón abriéndose paso en la marejada; dejaba tras de sí una estela de huesos rotos, manos desbaratadas y encuentros con familiares que habían abandonado mucho tiempo atrás este valle de lágrimas.

Camacho levantó los brazos, dispuesto a pelear.

El de los rizos y la daga venía hacia él, y la puta de la guadaña lo seguía de cerca. Manejaba el arma con soltura, con la palma al cielo y sin ceñir los dedos. Con práctica en el oficio de matarife.

Camacho no disponía de armas con qué defenderse, pero no se arredró. Fintó a un lado. El de los rizos le entendió la intención, reculó hasta sentir la regala en la espalda, se escurrió al lado contrario, la hoja pegó en la madera, dio la vuelta, ganó el interior de la cubierta, lanzó una buena patada que aterrizó en la rodilla. Y, como ante el altar, cayó de hinojos.

Tras él repicaban los hierros, gritaban los hombres, se dolían los heridos. Roa aullaba descosido.

Entonces, antes de que pudiera lanzar un puñetazo por encima de la guardia de su oponente, lo arrolló una montaña. Y nada pudo hacer por defenderse. Quedó atrapado en el abrazo de un oso.

Y lo arrastraron hasta que su espalda chocó de nuevo con la regala.

Alzó el rostro. Vio la enorme cabezota de Estebanico, que miraba de nuevo hacia el mar. Pero no dijo nada.

El de rizos dio un salto, y se le unieron otros cuantos de la soldada. Más allá, Urdaneta despachaba a un esclavo. Roa corría. Todos gritaban. Solo faltaban bocas llenas de espumarajos.

La daga se clavó en el hombro del esclavo.

El de los rizos sonrió, salvaje.

Estebanico ni se inmutó. No dejó escapar una queja.

Lo alzó en vilo con pasmosa facilidad. En aquellas manazas no era más que un pelele. Y lo tiró por encima de la borda como si soltase lastre.

Mientras caía, vio la cabezota rapada de su amigo asomarse por la borda.

Uuka se despedía con el mentón erguido y el alma libre.

Y a Camacho le dolió aquel adiós más que la puñalada que su amigo llevaba en el hombro.

Estebanico se dio la vuelta para seguir peleando.

Quedó la arboladura contra las nubes, la tablazón de la obra muerta. La noche. Y el mar.

El agua lo recibió con un abrazo frío y, por segunda vez, fue el indio Pedro quien lo libró de ahogarse. Allí estaba la barca. Allí estaba otro amigo.

En cuanto salió a respirar, uno de los remos apareció a su lado.

Miró atrás. Pero ya no vio a Estebanico.

Cayeron más hombres por la borda. La fuerza descomunal de aquel gigante partía pescuezos, saltaba muelas, aplastaba narices. Se deshacía con facilidad de cualquiera que tuviera los arrestos de echarse contra él.

Un solo puñetazo, un simple revés; le bastaba soplar para desbaratar a cualquiera.

Muchos lo rodeaban, pero pocos se atrevían a acortar distancias. Escarmentaban en cabeza ajena. Lo tentaban, amagando con avanzar para luego retroceder, sin atreverse a nada más. Esperando un traspié, una oportunidad.

Sin embargo, Urdaneta era perro viejo. Viejo y sin escrúpulos.

Se quedó a un lado, dejó a otros el trabajo sucio, y, después de considerar las órdenes de Roa, pensó que le importaba una higa. Él los quería muertos. Lo de torturarlos no era cosa suya. A él no le iba un bledo.

Urdaneta solo quería finiquitar el asunto, tener un rato que gastar en casa de la Brava antes de que la feria se apagase. Perderse en las piernas de la mulata, encontrarse en las tetas de la cartagenera.

Cargó un bodoque en la ballesta y apuntó.

El negro abrazaba a un tipo de cara picada por la viruela. Pese a los pataleos, los escupitajos y las maldiciones, lo sostenía como si no fuera más que un muñeco. Y apretaba. Una de las manazas sujetaba la muñeca opuesta, y sus brazos se tensaron como velas en tormenta. Los hoyuelos que dejara la enfermedad blanquearon, las mejillas se volvieron rojo intenso primero, moradas después. Y los brazos apretaron aún más.

No tenía un tiro limpio. Debía esperar.

Sonó como una rama seca tronzada por una galerna. El espantoso crujido del espinazo se oyó incluso por encima del barullo.

El color escapó de aquel rostro. Quedó ceniciento, las marcas de la viruela destacando aún más. Cayó muerto a los pies del gigante. Roto.

A tan escasa distancia, Urdaneta no falló.

La punta de hierro afilado siseó como una víbora y entró por la oreja de Estebanico.

Aún fue capaz de dar otro paso. Luego se detuvo. En su rostro de ébano, grande y franco, se pintó la confusión. Las cejas se fruncieron. Y se derrumbó como una montaña. Incluso la cubierta retembló al acogerlo.

Y de inmediato se oyeron vítores celebrándolo. Con el gigante muerto, lo que quedaba por hacer era sencillo.

Tanto que, incluso con su nula experiencia en combate, Melchor de Mora e Hijuelo ya sabía que allí no había más leña que cortar. Ahora solo le preocupaba esa chalana que se alejaba, y se acercó a Roa, que, apartado de la batalla, en cuclillas junto al palo de mesana, intentaba domeñar el dolor de su ojo.

—El inglés se escapa —le dijo en voz gélida—. Más te vale hacer algo.

—No tiene escapatoria —refunfuñó sin alzar la cabeza, demasiado concentrado en su sufrimiento—. O se ahoga o lo atrapamos en cuanto eche pie a tierra, he mandado a los tudescos abajo.

—Deberías acercarte a la borda. Una chalupa lo estaba esperando…

Al levantarse, pareció una bestia rampante salida de una pesadilla, empapada en sangre, cargada con sus armas.

—¿Qué?

El mercader se limitó a hacer un gesto con aquel mentón cincelado por un escultor de gustos exquisitos.

La bestia salió al galope.

Estebanico había muerto peleando. Con la cabeza alta, el orgullo en la mirada. Reclamando el nombre que le habían dado al nacer, olvidada la miseria de la esclavitud, recobrada la dignidad de su tribu.

Y no fue el único.

Tampoco a Zacarías podrían torturarlo.

Alguno de los mercenarios le había atado las manos y lo había dejado a un lado del combés, arrimado a la borda de babor, hacia el puerto, lejos de la pelea. Y el negro había saltado, sabiendo que se estamparía contra los adoquines del amarradero, sabiendo que robaba al cabrón de Roa la oportunidad de ensañarse.

Así de pobre fue su venganza.

Muerto el gigante, muerto el fugado, Urdaneta cogió desprevenido a otro de los esclavos y lo arrinconó. Dos codazos lo dejaron en precario sobre la regala de babor. Era un muchacho arrancado de su hogar antes de su prueba de hombría, antes de que los juegos infantiles se convirtieran en auténticas peleas. Estaba asustado y no sabía lo que hacía.

Al perro viejo le bastó un giro mañoso aprendido en las riñas durante el asedio de Maastricht, cuando el agobiante calor del verano sacó de quicio a los hombres e hizo falta tener ojos en la espalda para que una trapera amiga no quitase las muelas. Usaba bien la daga el guipuzcoano, y, al acabar la vuelta, tras librarse del puño desesperado del negro, la hoja había hecho su trabajo. Le abrió el pescuezo con un tajo rápido.

Y, antes de que el esclavo cayese, cuando todavía estaba intentando comprender por qué le fallaban las fuerzas, Urdaneta se agachó aprovechando el impulso. Con la mano tinta de sangre, tiró de los tobillos enclenques de quien había pasado demasiada hambre. Fue como volcar un taburete vacío. Volcó por encima de la regala.

Cayó. Muerto. Y se lo tragó el mar.

Urdaneta se asomó para ver su obra.

Y entonces también vio la chalupa a lo lejos.

Sin titubeos, volvió a cargar la ballesta. En el barco, tan por encima de su blanco, la experiencia le había enseñado a corregir la puntería. Y se tomó su tiempo para no errar.

No tenía dudas de que podía acertar. Como a aquellos orangistas cabrones que asomaban los dientes por encima de las murallas de Amberes. Él era de los que se había asegurado de que aquel descuido sería el último de sus perras vidas de hereje. Y, como en aquellos días, estaba a punto de dejar volar el bodoque cuando oyó el grito salvaje de Roa:

—¡El inglés es mío!

Urdaneta relajó la presión del dedo sobre la palanquilla. Desobedecer a Roa a la espalda era muy distinto que hacerlo a la cara. En ese caso, las excusas valían poco. Y Urdaneta sabía para qué usaba Roa la caña hueca que guardaba en la bandolera de los apóstoles.

Dejó que Roa se encargara del hijo del pirata y echó un reojo para ver cómo iban las cosas.

La situación estaba bajo control. Desembarazados del terror que había sembrado Estebanico, el resto de los esclavos no resultaron un problema para aquellos hombres bragados. Fue como pescar en un barril.

En la *Balvanera* no quedaba más leña que cortar.

Mientras, la barca se alejaba mar adentro.

Roa espantaba el dolor del ojo con maldiciones. Apuntaba cuidadosamente. Se mordía el labio, su perilla temblaba.

Camacho se interponía para proteger a su amigo. Dispuesto a morir.

Tanto como le permitía la barca, abría brazos y piernas. Y seguía el ejemplo de Uuka, con la barbilla alta. Miraba sin arredrarse el negro cañón de la pistola que lo apuntaba.

Roa respiró hondo, templó la mano, se calmó. Había hecho disparos más lejanos y había acertado.

La pistola se la había robado a un herreruelo muerto en la segunda carga que ordenara aquel capitán, Sancho Dávila. Un tipo bragado que se pisaba los huevos, un buen oficial como pocos; un corajudo que tuvo el temple de ordenar que se volviera a cargar sobre lo que acababa de perderse. Había sido en Mook, para recuperar las trincheras.

El alemán y su caballo habían caído bajo el impacto de un veinticuatro libras en manos de un artillero con tino. Jinete y montura habían quedado despanzurrados en medio de un barro en el que no había agua, solo sangre.

Y, como a la victoria había seguido la habitual falta de paga a la soldada, los hombres de los Tercios se habían amotinado y dedicado al pillaje, para cobrarse en especia lo que no se había cobrado en plata.

Allí, en la tierra sembrada de muertos de aquel lugar de mierda que no importaba a nadie menos a los despachos de la corte, un Roa veinte años más joven había tenido suerte. Sin que nadie lo viera, se había hecho con uno de los famosos arcabucejos de los armeros alemanes.

Era su posesión más preciada. La había disparado incontables veces.

Y casi siempre acertaba.

El dedo se curvó sobre el gatillo, y el serpentín que sostenía la mecha descendió. Las chispas lamieron la cazoleta. La pólvora prendió con una protesta.

La carga explotó con brutalidad. En la mano acostumbrada, retembló un culatazo. La bala salió a toda prisa entre humo espeso. Envuelta en aquel tufo acre a salitre quemado.

Roa no falló.

A través de la humareda, vio que Camacho recibía la bala.

El impacto lo volteó. Giró con torpeza sobre sí mismo. Perdió el equilibrio. En su rostro no había espanto, solo calma. Cayó en la barca de mala manera, a punto de abrirse la crisma.

Roa era un espectro. Rodeado de humo, aparecido en la noche, tinta la cara de sangre, enganchadas en la barba las miserias de su ojo arruinado. Y una sonrisa feroz enseñaba los dientes, como si acabase de lanzar una dentellada.

A sus espaldas, el patrón asintió satisfecho. Melchor de Mora e Hijuelo miró en derredor y, tras embriagarse de victoria, supo exactamente qué quería hacer para celebrarlo. Y también a quién debía encontrar para cumplir el capricho.

Supuso que debía sentirse afortunada. Podía haber sido mucho peor.

Sin embargo, se equivocaba. Lo peor aún estaba por venir.

Una gavilla de paja mal amontonada, una jarra con agua verdosa y un escaso tragaluz atravesado por dos barrotes era su hogar ahora, y, por patrimonio, no tenía más que las ropas que vestía y la hinchazón de la mejilla.

Además, la puerta, cerrada a cal y canto, era su única compañera, aparte de una gotera impenitente, y ninguna de las dos parecía dispuesta a contestar una sola de la retahíla de preguntas que amontonaba.

No tenía idea de qué había sucedido en la *Balvanera*. Nadie le había hablado sobre la suerte de sus amigos.

Lo único que sabía con certeza era dónde se encontraba.

En la villa de Campeche, la guarnición se acuartelaba en el único tramo de la muralla terminado, el que corría más allá del puerto, el mismo donde se disponía la escasa artillería, nueve falconetes, herencia de la que se apropió el capitán Alcalá después de que un galeoncillo embarrancara en los bajíos.

El conjunto no era gran cosa, mucho menos que las enormidades en ciudades abolengo como Acapulco y Veracruz, perlas de aquel imperio en el que el sol no se ponía.

Sin embargo, pese a la modestia, la fortaleza tenía sus asuntos apañados. En los aledaños de la torre, que era donde empataba la muralla, las fortificaciones se ensanchaban y daban asiento a un baluarte en el que los solados ofrecían oficinas, alguacilería, dormitorios, patio, armería y residencia para el capitán. Además, la torre contaba con dos matacanes unidos por ladronera, suficientes para repeler a quien intentase trepar por las escarpas que subían a plomo desde los roquedales donde batía el mar. Y, en los cimientos del complejo, excavadas en aquellos mismos roquedales, tenían cabida otras dos utilidades.

Protegido por siete llaves y buena parte de la guarnición, estaba el tesoro de la Real Hacienda, el que regía el ínclito alcabalero Pedrarias Muñoz de la Seca.

Y, como colofón, muy práctico en una villa tan llena de tentaciones, al cargo del alguacil Oria, había también media docena de húmedas mazmorras.

Allí habían acabado Gundemaro y Catalina. Allí donde el salitre del mar se colaba por las grietas de la argamasa y donde las ratas estaban cebadas como cochinillos.

Nerviosos tras la noche en vela, habían regresado según lo convenido. Al amparo de la noche doblaron esquinas y evitaron pescadores tempraneros en tanto el amanecer se arrebujaba bajo nubes, como espantado por la brisa fría.

Al regresar, se habían quedado de piedra.

Desde la esquina, habían visto el revuelo en torno a la casa de los Acevedo.

Y para entonces ya fue tarde para evitar males mayores.

Allí estaba el alguacil Oria con cara de pocos amigos, y el alcabalero Pedrarias, que, descalzo y en camisa de dormir, lo increpaba de malos modos.

No tenían idea de qué había sido de las cartageneras; tampoco ninguno de aquellos dos les hubiera respondido. Tampoco oían lo que se decía.

Dudaron, se miraron el uno al otro y se preguntaron sin necesidad de hablar. Podía ser una coincidencia, quizá las cosas seguían marchando según lo previsto.

Pero entonces vieron que el alguacil, aprovechando un silencio de Pedrarias, sacaba de su coleto una tenaza que a ambos les resultó familiar.

El alcabalero se echó las manos a la cabeza, empezó a renegar y, pese a la distancia, era fácil adivinar que estaba mentando los muertos a alguien.

Volvieron a mirarse llenos de consternación. Y tan pendientes estaban de lo que no sabían que no prestaron atención a lo que no veían.

Tras ellos, de ronda, quizá buscando a unas cartageneras, que, medio desnudas, corrían hacia la casa de la Brava, aparecieron los dos corchetes que ya habían acompañado a Oria hasta la *Balvanera*.

A Gundemaro le nublaron las ideas de un porrazo, y a ella la sujetaron por los hombros.

Se debatió, intentó escapar, mordió la mano de uno de los corchetes, y el otro, al quite, le arreó un bofetón que la sentó en la calle, forzando que los dos funcionarios miraran hacia allí desde la puerta de la mansión.

Aherrojada, humillada y dolorida, había tenido que esperar hasta que un retén de guardia trajera un carretón en el que llevarse la enormidad del inconsciente franciscano.

La dejaron en la celda sin una sola palabra, y ahora, preocupada, debía aguardar acontecimientos, pero era incapaz de estarse quieta.

La distancia más larga, de esquina a esquina, era de unos pocos pasos. Ella era alta; debería acurrucarse para dormir, de otro modo no cabría.

Olisqueó el agua con desconfianza, como un perrillo, y tentó todas las piedras de las paredes y todas las losas del suelo. Ni una sola le regaló la esperanza de estar suelta. La puerta era de buena madera recia y, aunque la humedad había hecho mella en los refuerzos, tampoco había allí huecos donde cupiera un sueño. Cuando la sacudió, apenas se movió en las pesadas bisagras.

Pegó la oreja a las tablas y escuchó por un rato. Cuando se convenció de que no se oía nada, llamó:

—¡Fray! ¡Fray Gundemaro!

Esperó impaciente.

—¡Fraile! —se atrevió a alzar la voz.

Volvió a esperar. E iba a gritar a pleno pulmón cuando oyó un cascabeleo de trastos. El miedo la obligó a callar.

Prestó atención. Sonaba a metal contra metal, y se acercaba.

Se detuvo frente a la puerta de la celda. La cerradura castañeteó mientras la llave hacía su trabajo.

Apareció en el quicio una figura tan obesa como la del propio franciscano, pero con una expresión muy distinta. Vestía con ropas que habían conocido tiempos mejores, incluso prósperos, porque entre la retahíla de manchas alguna había que parecía de buen vino. De bigotes desaliñados, con roña pintando las dos papadas bajo una barbilla perdida entre lardos, grande como una hogaza, una cara la miraba.

Enseguida comprendió Catalina el origen del cascabeleo. Al cinto, mugroso, colgaba un enorme aro con un juego de pesadas llaves. Traía también dos cubos.

—Acerca la jarra —ordenó, alzando un brazo y haciendo chapaletear el contenido de uno de los baldes.

La peste a sudor rancio robó protagonismo al salitre, y la mazmorra se llenó del desagradable olor que, con tanto cariño, guardaba el sobaco del carcelero.

Catalina no reaccionó, y el hombre chistó con la lengua antes de dar dos pasos hacia el interior de la mazmorra y, tras de sí, dar un taconazo a la puerta para dejarla entornada.

—¡La jarra!

Catalina miró hacia la puerta, pero le faltó el valor. Tan solo obedeció.

El carcelero le ofreció uno de los cubos para que la llenase de agua limpia. Dudó, pero al fin Catalina vertió lo que quedaba del contenido en el suelo e hizo lo que resultaba obvio.

Un brazo se bajó y se alzó el contrario. Los sobacos podían ser distintos, pero el tufo resultó el mismo. Durante el proceso, sus pequeños ojos oscuros la observaron con detenimiento, con descaro. Y, aunque estaba acostumbrada al escrutinio, se sintió incómoda. Notó algo extraño en los silencios, en la expresión.

—Coge una escudilla y sírvete.

En el otro cubo, apenas tibia, había una sopa aguada donde flotaban con pena trozos de pan viejo y, junto al pan, dos escudillas de madera, todo entre rastros grasientos que hedían a pescado rancio.

Catalina volvió a obedecer.

Entonces el carcelero la sorprendió. Se inclinó sobre ella, cercándola con su enormidad. Como un ave de presa.

Y acercó el rostro.

Ella pensó que iba a besarla. Quiso dar un paso atrás. Pero se quedó donde estaba, comprendiendo de súbito que, si quería abusar de ella, negarse le saldría caro. No supo qué hacer. Su corazón le gritaba que luchase; su cabeza le aconsejaba que se dejase hacer, que ya hacía mucho que había perdido la honra.

La piel rezumaba grasa, el terrible hedor pesaba.

Él aproximó sus labios a una mejilla que se había vuelto blanca. Ella cerró los ojos.

—Le he dicho que no podía ser, que el fraile había despertado —dijo de pronto en un susurro, hablándole al oído—. Que el alguacil querría interrogarlo.

Catalina abrió los ojos.

Él se echó hacia atrás y se dio la vuelta con pesadez, dispuesto a marcharse, y ella reaccionó dejándose embargar por la esperanza. Tan nerviosa se puso que derramó la sopa.

—¿A Camacho? ¿Está vivo?

El carcelero volvió el rostro, vio el desastre y se acercó de nuevo levantando el cubo para que ella volviera a servirse.

—No sé quién es Camacho. Yo hablo de Melchor de Mora. Es él quien anda prometiendo fortunas por un rato a solas contigo… —Su rostro abotagado se sonrojó—. Le he dicho que ahora no. Pero no siempre soy yo el que está de guardia —reconoció con lo que no podía ser otra cosa que vergüenza.

No hacía falta una carta para trazar el rumbo.

—Entiendo —dejó escapar ella con los labios fruncidos.

El carcelero asintió y se encaminó a la puerta. Y Catalina, pese a la preocupación, hizo de tripas corazón.

—Gracias…

Con los cubos en el suelo, una mano en el tirador de la puerta y la otra en el llavero, el hombre bajó los ojos y dejó escapar un susurro.

—Tengo una hija de tu edad…

Se quedó allí, con la jarra de agua y la escudilla de sopa. Y oyó el tintineo de las llaves haciendo lo que no podía ser otra cosa que abrir la celda contigua.

—¡Despierta!

Catalina prestó atención.

—Condenado fraile. ¡Arriba! ¡El alguacil Oria quiere hablar contigo!

No fue el dolor lo que lo sorprendió. Fue la brutalidad del impacto.

Se le clavó en un costado y tiró de él con una fuerza que no esperaba. Como el zarpazo de un oso furioso.

Perdió el equilibrio. A punto estuvo de caer por la borda.

No supo cómo, pero evitó acabar de pasto para los peces, aunque no llegó a tiempo para poner las manos y esquivar la bancada de la chalupa. Golpeó con la sien en el viejo y sobado madero.

El intenso olor del mar lo llenó todo, la noche se hizo día. Pudo ver las cicatrices de viejas jornadas de pesca, los tarugos que armaban la tablazón del fondo, las hebras sueltas de la estopa que se había usado para calafatear. Lo más pequeño se volvió crucial. Lo más grande se perdió en algún lugar lejano.

Se escurrió hasta el fondo. Cayó en dos dedos de agua que necesitaba achicarse. Y todo se apagó.

Tenía los ojos abiertos. Pero no veía.

Era el fin.

Solo una cosa lo consoló. Antes de escurrirse hacia aquel abismo que lo llamaba a gritos, sintió algo. Advirtió también el golpear de los remos en el agua. El rítmico chapotear de las palas. Y luego la negrura lo arrastró irremisiblemente.

Al menos su amigo estaba bien. Llegó a sentirse en paz.

Desde la cubierta de la *Balvanera*, con su único ojo, Roa vio cómo la noche se tragaba la barquichuela. Más allá de los fanales de la nao, más allá del resplandor de la feria, hacia la negrura absoluta. Aunque no supo si lo había matado o no.

A Urdaneta se le llenó la boca de elogios por el prodigioso disparo. Alardeó ante los demás, compartiendo el triunfo, y le respondieron vítores animados. Todos jaleaban bien por el acierto o por el trabajo terminado.

Roa, sin embargo, no tenía ánimos para celebrar o lamentar. Ahora que había pasado todo, se derrumbó contra la borda con la pistola en el regazo.

—¿Queda alguno?

Urdaneta, acuclillado junto a su jefe, señaló tras él. Solo uno de los negros seguía vivo. Lo tenían atado de pies y manos, tirado en la cubierta. Un

muchacho de pelo ensortijado y mirada asustada.

Bastó un gesto de Roa para que el guipuzcoano supiera lo que tenía que hacer.

Aquel muchacho, al que Estebanico había tenido un especial cariño, murió desangrado sobre la cubierta de la *Balvanera*. Durante el viaje a La Habana, los grumetes seguirían esforzándose con el vinagre para limpiar el manchurrón en las tablas. Aun en la temporada siguiente, si la luz batía de forma adecuada, bastaría con esforzarse para ver las sombras de tanto salvajismo.

Cuando se volvía hacia su jefe, limpiando la daga sin reparo en un harapo arrancado a la camisa del esclavo, Roa volvió a hablarle:

—Llevadme a casa del hebreo…

Hizo falta pasar por El lagarto a por dos botellas de aquel aguardiente hecho con tacos de agave. Y Roa casi se terminó las dos antes de dejarse hacer.

Samuel aceptaba los rincones más oscuros de su profesión. Estaba siempre dispuesto a atender al necesitado, aunque este fuera un indeseable. Y, en tanto amanecía, se ocupó de deshacerse de los colgajos que bien podían gangrenarse, de vaciar completamente la cuenca, de limpiar la fea herida a conciencia con aceite de ajo y esencia de rosas, de vendar e incluso de ofrecer su propia casa para el convaleciente.

Así, en buena parte porque el alcohol animaba la lengua además de espantar el dolor, Samuel fue el primero en escuchar el relato de la muerte de Camacho.

Y en sus oraciones de la mañana, escondido en lo más profundo de su casa, lejos de indiscreciones que lo pudieran acusar de judaizante, atándose las filacterias que exigía su auténtica religión, Samuel oró por su amigo, suplicando con toda su alma que siguiera vivo. Más tarde se lo contó a su esposa. Miriam lloró desconsolada y, durante toda la mañana, llevó siempre un pañuelo en la mano.

Poco a poco la noticia se fue extendiendo por Campeche. Y creció con rapidez, alimentada de sí misma con gula, desgajándose en versiones y detalles que cada cual avivaba a su modo.

Las cartageneras no pudieron evitarlo. En su favor había intervenido el mismo Pedrarias, que las trató como niñas traviesas y se conformó con un par de azotes pícaros a condición de que lo visitaran a menudo. El asunto se espantó de los cauces que lo hubieran llevado hasta la Audiencia. Fue suficiente con que la Brava pagase una cuantiosa multa, que cargó a la cuenta

de las dos muchachas. Y, aunque habían prometido no hablar sobre el asunto, en cuanto llegaron al dormitorio de la planta superior, el corrillo reunido a su alrededor exigió noticias que ellas entregaron entre labios fruncidos, rogando discreción y, al tiempo, encantadas por la atención. No faltaron risas ni tampoco picantes detalles sobre las capacidades amatorias del alcabalero.

La única que no rio fue Tomasa.

La soldadesca de la nao también hizo su parte. Sabedores de que les esperaba una larga travesía, habían cerrado los puestos de la feria, y alguno quedó durmiendo la borrachera por las esquinas. Entre trago y trago, pocos tuvieron reparos para hablar sobre los esclavos muertos. A medida que la madrugada avanzaba, Estebanico menguó, y el número de valientes capaces de enfrentarse a él medró.

Incluso aquel leonés que había bajado a bodegas presumió media docena de veces de lo que se había encontrado. Y en cada ocasión los quintales eran más y los prodigios, mayores.

Unas y otras versiones fueron mezclándose hasta edificar una verdad llena de mentiras.

En El lagarto, Toral aceptó trabajar para el Rubio. A cambio de una comisión, con letra abigarrada y sufrida, la de quien apenas sabe lo que hace con la pluma en la mano, tomaba nota de los envites en las apuestas que empezaban a cruzarse y que el Rubio había decidido cubrir. Las opiniones estaban divididas, pero la mayoría se jugaba los cuartos a que Camacho estaba muerto.

Y el chismorreo pasó de boca en boca y se desbocó durante la ceremonia de partida de la *Balvanera*. Entre los que allí se congregaron, el asunto se desbarató como lumbre en reguero de pólvora.

Algunos juraron que la habían pisado con sus propios pies, que se comerían los gusanos la cubierta de la nao; otros, que fueron ellos los que dieron el aviso al alguacil para evitar el robo, y también hubo quien llegó a decir que tenía escondidas corachas de palo a buen precio.

Al principio, el pudor refrenó a los más exagerados, pero, para cuando el horizonte se tragó las velas de la *Balvanera*, la imaginación de los más atrevidos se desató, y alguno hubo que, además de llevarse buena parte del cargamento, había conseguido también un mapa escondido en la bitácora, un prodigio que llevaba a una ciudad perdida en la selva donde los monumentos eran de oro macizo.

Gundemaro no supo que lo tachaban de hereje.

Catalina no se enteró de que alguno se atrevió a pronunciar la palabra «bruja».

Y Mora tampoco escuchó los rumores. Al mercader se la traían al pairo las habladurías. En cuanto salió, escaldado, del baluarte en las murallas, con la negativa del carcelero zumbando en los oídos, decidió buscar un sumidero por el que verter las culpas.

Ya en su casa, despertó a su lacayo para redactar una carta urgente que viajaría a uña de caballo hasta Mérida. Fueron letras escuetas en las que solo se mencionaban dos cosas. La primera, una diplomática alusión a un viejo favor que la casa de Mora había prestado al gobernador Céspedes. La segunda, una petición, mucho menos diplomática y mucho más vehemente: la exigencia de que se pusiera precio de inmediato al hijo de un conocido pirata inglés que había intentado robar una nao de la flota de Indias. Todo en el nombre del buen hacer de cualquier siervo de su majestad el rey Felipe y bajo la voluntad de cualquier oveja del rebaño del buen Señor.

En cuanto su lacayo echó sales sobre la rúbrica, Mora se echó la capa a los hombros y salió rumbo a casa de la Brava. No tenía intención de ver zarpar a la *Balvanera*. Iba a regresar esa noche al baluarte de las murallas, a las mazmorras. No podría averiguar si ese hideputa estaba vivo o muerto. Pero había otras cosas que deseaba conocer.

En tanto, hasta que llegase la noche, la urgencia obligaba.

Tenía una visita que hacer.

⁂

Pero Isabelita no tenía las respuestas que el mercader buscaba. Tumbada en su cama en el dormitorio común. Oía de fondo los sollozos de Tomasa y a Luisa susurrando consuelos. Aunque ella estaba demasiado ocupada.

Soñaba. El gaviero mallorquín ya se había embarcado, pero le había regalado sueños con una última ración de promesas. Tenía la cesta de los gatitos en el regazo y, mientras los acariciaba, se creía sus mentiras. Los animales ronroneaban, ella también. Imaginaba que un día formarían una familia en la bonita casa que construirían juntos en Albussa, al abrigo de la sierra.

Despertó con un sobresalto.

Se ahogaba. No podía respirar.

Tosió.

Y un trallazo de dolor le robó el aire que le faltaba.

Intentó enseñarle el camino a una bocanada, y el mar lo traicionó.

Su cabeza se había escurrido hasta el fondo de la barca. El agua se había colado por las juntas mal calafateadas, había subido de nivel con el paso de las largas horas a la deriva.

Tosió de nuevo.

Había estado a punto de ahogarse.

Volvió a toser.

Estiró el espinazo, alzo el rostro. Consiguió respirar. Al fin. Con tanta ansia que se atragantó.

Y los tormentos de su cuerpo maltrecho se hicieron patentes. Le palpitaba la sien, hinchada, amoratada, cubierta por una costra de sangre reseca que rodeaba una brecha abierta hasta la ceja. En el costado desfilaba un paso de penitentes. Y, pese al cielo encapotado, el sol caribeño le había quemado la nuca allá donde la camisa no le cubría la piel.

Incluso abrir y cerrar los ojos supuso una ordalía. Sin embargo, la tormenta que relampagueaba por su cuerpo quedó empequeñecida al darse cuenta de la sed atroz.

Tenía los labios resecos, cubiertos de una costra salitrosa que amenazaba con despellejarlos. Sentía la lengua hinchada. Por su frente paseaba un doloroso hormigueo. Apenas era capaz de tragar.

Y, sin embargo, toda aquella recua de martirios era una insignificancia. El peor golpe de todos se lo dio la realidad.

Apenas se incorporó, vio la sangre.

El poncho de henequén, sobado, estaba cubierto de manchurrones. Se había arruinado para siempre. Y sobre el vientre se derramaba un ramo de claveles carmesí. Claveles marchitos.

Intentó gritar su nombre, pero fue incapaz.

Trastabilló, la barca se balanceó, perdió el equilibrio, a punto estuvo de caer por la borda. Solo con un enorme esfuerzo logró acercarse, de rodillas, chapoteando en el agua caliente.

Ni siquiera tuvo el seso de pensar que más le valía achicar aquel desastre.

El flequillo negro brillaba sobre la frente derrumbada. Los hombros vencidos habían dejado caer las manos a los costados.

Camacho sabía poco de la violencia de sus semejantes, pero sí lo suficiente. Había oído historias de Flandes, de Lepanto, de los berberiscos, de los piratas. Sí sabía que una herida en el vientre suponía una agonía lenta y dolorosa. Un suplicio inútil que jamás servía para escapar de la puta de la guadaña.

Camacho sabía poco de la violencia de los hombres, pero sí lo suficiente como para entender que su amigo había dado hasta el último aliento para salvarle la vida una vez más.

En una de las manos, el indio Pedro aún conservaba uno de los remos que los había alejado de la *Balvanera*. El otro puño seguía cerrado, pero el remo se lo había llevado el océano.

Canek había bogado, pese al terrible dolor, sin descanso. Hasta que la muerte le impidió seguir.

Haciendo acopio de cuanta voluntad le quedaba, se sentó en la bancada frente a su amigo.

La pena se desbordó. La culpa lo dejó en ridículo.

Encontró los redaños de levantarse su camisa, ensangrentada, y el silencio le dio las respuestas que necesitaba.

Bajo el costillar brillaba la fea herida por donde la bala había entrado. Hizo cabalgar la barbilla sobre el hombro, y en la espalda encontró el lugar por donde había salido después de dejar un rastro de misericordia que le había perdonado el hígado. El plomo había encontrado la manera de abrirse camino. Avaricioso, rebosante de la codicia que el armero le había dado al nacer, no se había dado por satisfecho. Había partido del cañón de la pistola de un muerto, y solo se había detenido después de arruinar para siempre el poncho de henequén de un hombre al que los suyos habían amado y perdido.

Había cumplido con su sino.

Camacho miró a su amigo, los ojos se le anegaron en lágrimas.

—¿Cómo te has atrevido?

No pudo enfadarse. Era lo que deseaba, pero no pudo.

—Necesito una de tus apestosas cataplasmas…

Hasta ese día, Camacho había pensado que de la soledad había logrado hacer una compañera con la que entenderse. Sin embargo, al mirar a su alrededor, escapando de aquel ramo de claveles, la soledad lo abofeteó sin compasión.

De sus amigos, los que no estaban muertos estarían presos. Había perdido a la mujer a la que amaba.

Y no lo sabía, pero un caballo se reventaba camino a Mérida pidiendo dinero a cambio de su cabeza.

No veía tierra por parte alguna. No tenía idea de dónde estaba. En el fondo de la barca se acumulaban dedos de agua. Solo tenía un remo. Y la barca derivaba mar adentro.

Inconsciente, no había advertido que las olas llevaban horas medrando, que los vientos habían cogido carrerilla y que lejos, justo sobre el horizonte, las nubes se arrebujaban sobre el mar como la manta de un chiquillo friolero.

«… y era porque Cortés le preguntó si Moctezuma tenía oro. Y como respondió que sí, “envíeme”, dice, “de ello, que tenemos yo y mis compañeros mal de corazón, enfermedad que sana con ello”».

Francisco López de Gómara,
Conquista de México

El bochorno apretaba. El viento aullaba. Y las nubes, tintas, ominosas, baldeaban agua. Llovía como si jamás antes lo hubiera hecho. Con impaciencia.

Unos días después de Pentecostés, madrugador, había llegado a Campeche el primer huracán de la temporada.

Las campanas de la ciudad se desgañitaron para avisar a sus gentes. Tocaron una y otra vez, hasta que los vientos amenazaron con hacerlas volar y los campaneros temieron los rayos.

En la selva, los árboles se humillaban, los más débiles quedaban tronzados como mondadientes y las hojas de palmera viajaban como cometas en manos del viento. Los micos, en silencio, miserables y mojados, se aferraban a las ramas bajas y no se atrevían siquiera a despiojarse. Las loras se escondían donde podían, ni las más aventureras se arriesgaban a volar. Un viejo nogal, no lejos de la Puerta de Tierra, quedó hendido por la centella; pese a la lluvia, en la madera abierta, rescoldos encendidos querían alimentar el fuego caído del cielo.

En la villa, los callejones silbaban lamentos con cada ráfaga. Sobre los suelos, cubiertos de agua que se enfangaba, alocados, corrían hojas, basuras e incluso un vaso de latón que tintineaba en un rápido compás. Hasta en los charcos se formaban olas y daba la sensación de que la lluvia le llevaba la contraria a los dictados del buen Dios; a veces, en lugar de caer, viajaba de un lado a otro con prisa.

El mar batía furioso. Había perdido aquel bello color que escondía azules en una paleta de verdes. Envalentonado, mostraba su fuerza salvaje sin reparos; atronador, se estrellaba contra las peñas y los roquedales, luchaba una batalla que iba perdiendo contra el muelle del puerto, pero no desfallecía, como si estuviera convencido de que podía reducir a escombros la obra dejada por la mano del hombre.

Los cielos se abrían inmisericordes.

La *Balvanera* se había librado. Por poco, por pura Providencia, dijeron algunos. Nada era seguro, y habría que esperar noticias; sin embargo, la mayoría tenía fe o simplemente prefería mentirse, porque, quien más, quien

menos había puesto algo en la enorme carga de sus bodegas. Ignorados los pesimistas, quien más, quien menos la imaginaba arribada sin contratiempos a La Habana y viajando ya en conserva, junto a los demás navíos de la flota, rumbo a Sevilla.

El huracán rugía. La villa se agazapaba temerosa. Solo un loco se hubiera aventurado en aquella salvaje tormenta.

Los pescadores habían resguardado sus barcas, alguno incluso la había enterrado. Las contraventanas estaban cerradas, los postigos, echados. Los años habían enseñado a las gentes a respetar aquella violencia, y habían encontrado algo en que ocuparse al calor del hogar, bajo el rumor desconfiado del tabletear de la lluvia y el silbar de la ventolera. Pobres y ricos, todos se habían refugiado.

En la casona de Bacheli, en la segunda planta, en el extremo de un corredor custodiado por un aparador con una delicada colección de jades chinos, había una puerta cerrada. Conducía al dormitorio principal.

Un oído indiscreto, bien arrimado, hubiera escuchado los gemidos. Y, de ser sensato, hubiera pensado que a ninguna otra actividad se le podía sacar más provecho en un tiempo de perros como aquel.

Dentro, a la luz de velas de auténtica cera virgen aromatizada con vainilla, apabullaba el lujo desmedido al que era aficionado el lombardo. No había mueble que no tuviera volutas o taraceas. Destacaba además un enorme espejo, más caro que la herencia de dos primogénitos de buena familia, y también un gigantesco armario de oloroso cedro en el que cabría ropa para los dos herederos y sus descendientes.

La chimenea estaba prendida; las brasas chisporroteaban entre dos morillos forjados como exquisitos querubines de cabellos ensortijados y brazos regordetes. Y, al amor del fuego, sobre una alfombra oriental de enrevesados dibujados, dos amplios sillones proponían descanso. Hechos con grandes travesaños labrados de roble que tensaban piezas de piel becerro, para salvaguardar posaderas delicadas, se habían acomodado con mullidos cojines de plumas tapizados en terciopelo fino. Sobre los cojines, abandonados, doblados con pulcritud, esperaban dos juegos de prendas.

Eran telas de buena factura, cosidas por quien conocía su oficio y no olvidaba hilvanes sueltos. Apoyadas en un respaldo, una en cada sillón, había también dos espadas, gemelas, con preciosos gavilanes, a resguardo en fundas rematadas con conteras de bronce.

Dos pasos más allá estaba la cama. Con dosel, con baldaquino de seda de Damasco teñida de añil y, bajo aquella fortuna, enredados en sábanas del

mejor hilo egipcio, dos amantes luchaban con la misma fuerza del huracán que, fuera, se esforzaba por no dejar piedra sobre piedra.

A la luz cimbreante de las candelas, dos manos entrecruzaban los dedos con pasión, tal como sus dueños entrecruzaban los cuerpos justo en el instante del clímax.

El rostro de uno se enterraba en la nuca del otro.

Un largo gemido quedó ahogado, el otro se convirtió en un gruñido de satisfacción.

Sabedores de que su pecado era perseguido por la Santa Inquisición, se refugiaban uno en el otro, queriendo fundirse en aquel dulce momento. Hasta que las fuerzas fallaron y se derrumbaron sobre el lecho. Uno junto al otro, mirando sin ver aquel dosel bordado en hilo de oro. Sudorosos, satisfechos, contentos de no tener que ocultarse.

Jadeantes, se miraron, y uno de ellos se atusó el pelo de la sien. Era la señal convenida en público.

—Yo también te quiero…

Se besaron con calma, hasta que uno se sintió obligado por las apariencias y rompió la fragilidad de lo íntimo.

—Debo irme —susurró Carlos Meisen—. Los muchachos se preguntarán dónde estoy —añadió, acercándose al sillón que custodiaba su ropa.

—Te escapas de mí —protestó el otro desde las sábanas con un mohín.

—¡No empieces!

En la cama, Bacheli se dio la vuelta con brusquedad, y una pluma blanca se escapó de los almohadones. Ofreció a su amante la espalda en la que, instantes antes, los besos habían trazado senderos. En su nuca se veía la rojez de un apasionado mordisco.

Carlos abandonó la camisa que acababa de coger, conteniéndose.

—¡Vamos! No te enfurruñes, me quedaré un poco más, pero solo un poco —concedió con tono paternal.

El mercader se giró de nuevo. El ceño fruncido se había convertido en una emocionada sonrisa.

—Ven —dijo, levantando un brazo.

Y el tudesco se cobijó en el tibio hogar que le ofrecían. Quedaron acurrucados, el uno junto al otro.

—Cuéntame algo, háblame —pidió Bacheli endulzando la voz.

—No irás a empezar otra vez con eso de que solo nos encamamos —se defendió el mercenario con suspicacia.

Resoplando con disgusto mal fingido, Bacheli dejó escapar aire entre labios apretados.

—No —negó con un largo ronroneo—, solo quiero escuchar tu voz…

Y, con un largo suspiro de puro contento, se apretó contra su amante.

—¿Qué tal está esa muchachita?

—Oh, no, no quiero hablar de ese animal de Mora —respondió Bacheli arrugando la nariz, como si un tufo desagradable se hubiera tumbado junto a ellos.

—Pero te has encargado de que el hebreo la atienda, ¿no?

—Sí, claro —respondió con hastío—, es lo que convenía. Podría sernos útil.

Tras un resoplido de enfado, Carlos lo interrumpió.

—¿Útil? ¡Útil! —repitió, alzando la voz—. ¿Es eso lo único que te preocupa? Que resulte de provecho para tus negocios, para seguir comprando caprichos…

El mercader, sin darse por aludido, enredó los dedos en el vello que adornaba el torso de su amante.

—No te enfades —respondió con desgana—, ya sabes que no.

—Pues es lo que parece.

Quedaron en un silencio incómodo. Bacheli intentó templar con caricias que no recibieron respuesta.

—¿Y yo? —preguntó el mercenario con despecho—. ¿Te soy útil?

La respuesta fue un beso en la oreja.

—¡No seas zalamero! ¡Contesta!

Se repitió el beso. Y Bacheli lo enfatizó ciñendo su abrazo.

—No te enfades conmigo —pidió—. Disfrutemos de estar juntos.

E insistió en sus arrumacos hasta que, a regañadientes, el mercenario se dejó convencer.

—Eres incorregible —se quejó, cediendo, capturando la mano para besar los dedos.

—¿Y no es eso por lo que te enamoraste de mí? También te concedo tus caprichos —dijo, liberando sus dedos para señalar las espadas gemelas.

—¿Insinúas que me dejo pagar como una furcia?

Carlos trató de separarse, pero Bacheli lo retuvo.

—No seas suspicaz, sabes que no quería decir eso.

Hicieron falta más carantoñas para aligerar los ánimos. Pero al poco el mercader había logrado convencer a su amante de que lo significaba todo en

su vida. Sin embargo, pese a sus palabras, los entresijos del negocio seguían enredando en su cabeza.

—Una pena lo de ese muchacho —comentó más tarde, cuando el soldado ya se estaba vistiendo—. Nos hubiera ahorrado mucho trabajo —añadió pensativo, fija la mirada en los músculos del mercenario mientras se ataba los calzones.

—Supongo —repuso el otro, absorto en sus tareas—. Intentó engañarme con el monto —recordó—, pero parecía seguro de conseguirlo. Estaba dispuesto a pagarme. ¿Crees que sigue vivo? —preguntó Carlos sin alzar la vista.

El abdomen torneado lo distrajo mientas el tudesco estiraba los brazos para dejar que la camisa se deslizase.

Antes de contestar, suspiró una vez más, disgustado porque el algodón le había privado del panorama.

—No, la verdad es que no.

Le sobraban horas al día.

Había contado los clavos de la puerta, las piedras de las paredes y hasta las cucarachas, que parecían más acostumbradas a los blancos que los indios de tierra adentro.

Y había rezado. Mucho. Todo lo que se le había pasado por la cabeza. Incluso lamentó amargamente no poder hablar con Gundemaro y buscar consuelo espiritual.

Se aburrió soberanamente hasta que una idea cruzó por su atribulada cabeza.

Desde ese momento, le faltaba el tiempo.

Le sangraban los dedos y le dolían ambas manos, pero estaba decidida a terminar; debía conseguirlo antes de que la escasa luz del ventanuco se convirtiese en noche.

No sabía qué carcelero estaba de guardia, si el bueno de Rebocato o esa sabandija de Cipriano, pero sí que Mora podía presentarse para rematar lo que había quedado pendiente al pie de las escaleras de la Brava.

Había roto el ruedo de la falda y, entre las vueltas de tela, para protegerse los dedos, Catalina frotaba el vástago de un viejo cáncamo contra los barrotes del tragaluz.

En sus primeras horas en la celda la apatía había ganado la partida. Había recorrido la pequeña celda palmo a palmo, buscando una vía de escape, pero, para su desesperación, no había encontrado modo de salir de allí como no fuera por la puerta.

Sin embargo, en el encastre de dos piedras, había encontrado un viejo cáncamo cubierto de óxido. El vástago, de más de un dedo de grueso, se clavaba en la pared y sostenía un aro de dos pulgadas. Supuso que se utilizaba para prender los grilletes y colgar a los presos como embutido. El suplicio imaginado por algún sádico para echar pimienta a la falta de libertad.

Lo había tanteado porque no tenía otra cosa que hacer. Lo descubrió con holgura, afectado por años de humedad salitrosa, pero no le dio importancia. Hasta que, inspirada, le encontró una utilidad.

Necesitó un día entero para sacarlo, moviéndolo pacientemente de un lado a otro en constante vaivén. Colgándose con todo el peso de su cuerpo en cada extremo del bamboleo, preguntándose cuántos desgraciados habrían dado cuanto tenían por haberse librado de aquel ingenio.

Al llegar la noche, temió que Mora se presentase. Lo único que tenía para defenderse era aquel cáncamo, de buen hierro forjado, pero con tanto robín que sus manos se habían tornado naranjas.

Sin embargo, el huracán acudió en su auxilio. El mercader no apareció.

Lo hizo la lluvia, el viento, los truenos. Y en aquella mazmorra la sensación de impotencia ante la fuerza brutal de la naturaleza resultó abrumadora.

Para colmo, a medida que la terrible tormenta crecía, el agua empezó a acumularse en el solado y, cuando dio prima, la paja estaba arruinada. Sobre las losas se acumulaban dos dedos de agua fría, y pronto serían más. Además, también se colaba por el tragaluz; sucia, llena de las hojas y basuras que las escorrentías atrapaban. Olía a orines y mierda.

El viento aullaba y la tormenta fanfarroneaba, pero poco podía hacer. Lo único que estaba en su mano era aquel condenado cáncamo.

Se había puesto a la faena. Pese a los pies empapados y el frío en el cuerpo, desoyendo las protestas de sus músculos, doloridos después de toda una jornada de esfuerzos a la que había seguido una noche sin más que una cabezada.

Tras horas de infierno, para la amanecida, el huracán siguió camino y dejó atrás Campeche, revuelto y sucio. El viento se aligeró, se volvió coqueto, se convirtió en brisa que, en lugar de arrancarlas, peinó las hojas de las palmeras. La lluvia se amansó. En el cielo aparecieron parches azules.

En la celda, el suelo desaguó el enorme charco y quedaron sobre las losas solo las ramillas, hojas, desperdicios y el dejo a humanidad que la lluvia había lavado.

Y, en tanto la naturaleza se apaciguaba, la prisionera se dedicó a probar suerte. Lo intentó con distintas piedras de las paredes, más oscuras, más claras, más rugosas, más lisas, pero ninguna de ellas sirvió. Lo intentó con idéntico resultado con las losas del suelo y, finalmente, espantando la desesperación, tuvo la idea de probar con los remaches de la puerta.

Tampoco funcionó, pero así fue cómo se le ocurrió emplear los barrotes del tragaluz.

Con el nuevo día, frotaba con todas sus fuerzas. No se detenía ni para soplar los cabellos sudorosos que se le derramaban sobre la frente. Intentaba

afilarlo.

Se había detenido apenas un par de veces; una para comer con ansia aquella maldita sopa de raspas, a resguardo de la inundación, en la solera del tragaluz; y otra cuando le fallaron los dedos.

No había logrado aún gran cosa, pero, con exasperante lentitud, el extremo del vástago tomaba forma. Se convertía, a poco, en un burdo estilete.

Al menos, así no pensaba. En tanto se deslomaba, no se le ocurrían preguntas. No imaginaba qué habría sido de Pedro o de Zacarías. Menos de Camacho. Era mejor ocuparse de aquel maldito cáncamo.

Tenía el pelo revuelto, como un nido caído durante una tormenta. El sudor le picaba en los ojos, estaba sucia, sus ropas continuaban mojadas y las manos eran un suplicio.

Pero no desfallecía. Adelante y atrás, adelante y atrás. Rezaba seis avemarías mientras frotaba un lado, descansaba durante un paternóster y le dedicaba otra media docena al contrario.

La luz de la tarde se atenuaba, ya se derramaba con pereza a través del tragaluz. Se le acababa el tiempo.

Estaba segura de que Mora volvería. Y estaba segura de que ella lucharía. Aunque le costase la vida.

Para cuando llegó la noche, el extremo del maldito cáncamo se había afinado; sin embargo, seguía siendo romo.

Lo miró desolada, tentándolo contra la palma de su mano. Poco era lo conseguido. Aun así, no se desmoralizó. Se dijo a sí misma que, si empleaba toda su fuerza, podría desbaratarle los sesos si le acertaba en un ojo o en el oído. Y continuó frotando, y frotando. Hasta que un ruido familiar pregonó que no quedaba tiempo.

Ya se había hecho a las peculiaridades de sus carceleros.

Rebocato tenía maneras lentas. Arrastraba su enorme peso, apenas se agachaba y, como el cinturón con las llaves le quedaba bajo el barrigón, el tintineo metálico sonaba a sonajero para dormir a un rorro. Cipriano, muy al contrario, tenía la costumbre de acarrear el llavero en las manos. Lo hacía saltar de una a otra o le daba vueltas después de haber enhebrado uno de los dedos en el aro. Sonaba a calderero. Además, se movía como una liebre a punto de echarse a correr.

Esa noche el que bajaba con el rancho era Cipriano. Las llaves golpeaban con cada paso en el asa de uno de los cubos.

Si le habían quedado dudas, enseguida las espantó otra de las costumbres del carcelero: Pese a que desafinaba como una cabra, tenía la manía de

tararear mientras atendía a sus asuntos.

Catalina dejó de frotar el cáncamo y prestó atención.

Solo había otra respuesta por conocer. Si se habría dejado sobornar o, al contrario, como su compañero, se habría apiadado de ella.

Aguzó el oído. Intentó adivinar si alguien más acompañaba al guardia. Si Mora seguía aquel tararear como un muchacho embelesado tras un flautista.

Conocía la canción. Luisa le había dado voz más de una vez en la casa de la Brava. Era una melodía alegre, de un granjero que prefería el establo al dormitorio, y la esposa se lamentaba de que la moza que ordeñaba diera mejor leche que las vacas. En el último verso, el granjero confesaba que lo que en realidad le gustaba era la mantequilla del mozo que ayudaba en la siega.

Cesó el canturreo.

Ella se inclinó para escuchar mejor. Y llegó, inconfundible, el rumor de palabras.

A toda prisa, se escondió el cáncamo en la cinturilla de la falda. E, inconscientemente, reculó hasta la pared más alejada de la puerta.

Los pasos se detuvieron. Las voces callaron. La llave trasteó en la cerradura. El mecanismo gruñó. Las bisagras chirriaron.

Apareció Cipriano en el umbral, un tipejo escurrido, con pelo tímido y grasoso. Los hachones del pasillo pintaban reflejos en su cabeza rala.

—Tenéis visita… —dejó caer, como sorbiéndose un moco agarrado a la garganta.

Entró, y se distinguió una nueva figura tras él, hasta ahora escondida por la hoja de la puerta. Un mondadientes de plata sobresalía entre la cuidada barba.

—Buenas noches, dulce dama.

Intentó en vano Catalina dar otro paso atrás. La pared tuvo el despecho de negárselo.

Él no dijo nada más. Ella, tampoco.

El carcelero los miró divertido. Llenó la jarra. Y la escudilla de sopa aguada, esparciendo tufo a pescado podrido. Luego volvió a mirarlos. Se tomó un instante para disfrutar del horror pintado en el rostro de la joven, y la envidia con la que miró al mercader se mostró evidente bajo sus cejas sucias.

Los dos hombres se cruzaron en el umbral. El carcelero salió; el mercader entró.

La puerta se cerró, y no solo la llave volvió a canturrear.

—¡Que os cunda! —gritó desde el corredor.

Él retiró su mondadientes y lo guardó en la faltriquera.

Ella se llevó las manos a la cinturilla de la falda.

Él dio unos pasos al frente.

Ella no podía retroceder.

En la lejanía, se oyó el abrir de la puerta de la celda contigua. Luego unas órdenes, el silencio, las llaves haciendo su trabajo.

Una vez más, regresó el tararear.

Mora dio un paso.

—Tenemos una cuenta pendiente…

Se prometió a sí misma que no lo consentiría. Los dedos, desollados, le dolían horrores, pero, con todo, se cerraron en torno al secreto que guardaba.

—Será lo último que hagas…

Mora se rio. Ella supo que había sonado enclenque. Nadie se hubiera tomado en serio la amenaza. Menos él.

—Eso ya lo he oído antes —respondió sereno—, muchas veces.

Una sonrisa se abrió camino en aquel rostro angelical, y algún artista perdió la oportunidad de retratar la beatífica expresión de un santo tocado por la gloria divina.

—La otra noche —continuó el mercader con aire casual—, la misma Isabelita dijo algo parecido…

Fue una patada en la boca del estómago.

—¡Malnacido! ¿Qué le has hecho?

Se acercó aún más. Si alzaba la mano, ya podría tocarla. Y ella estiró el cuello, apartó la cara. Se raspó el cogote con las piedras de la pared. No solo tenía miedo, también sentía asco.

—¿Yo? Nada —respondió él como un niño travieso—. Pasamos una estupenda velada y, debo decirlo, aunque esté mal pecar de soberbia, pagué generosamente. Y, añadiría yo —chasqueó la lengua fingiendo fastidio—, no debería haberlo hecho… —La acidez de las palabras no estropeaba un ápice la hermosura de su rostro—. Alguien como yo, acostumbrado a los negocios, debería conocer bien el valor de lo que se ofrece y lo que se cobra. Y no, no debería haber pagado tanto como pagué —se lamentó—, al fin y al cabo, ella disfrutó…

Cerró la distancia. Con alzar los talones hubiera podido besarla.

Ella era más alta, más corpulenta. Y, sin embargo, se sintió pequeña.

—Gozó como jamás lo había hecho antes con ningún otro hombre —remató, dejando caer la voz hasta un susurro viperino.

—Mientes, esa espada no está afilada —escupió ella, inclinando el mentón hacia abajo, rehaciéndose.

Fue tan rápido que no lo vio venir. La bofetada la sacudió. La cabeza golpeó la pared a su espalda.

—Habrá que enseñarte modales…

Y, cuando el brazo llegó al final del recorrido, volvió atrás. Un revés se estrelló en la otra mejilla.

—En esa forja no hay fuelle —resopló Catalina, sin arredrarse—, la vara no se endereza.

El mercader rio con desdén.

Ella sacó el cáncamo de la cinturilla y lo empuñó como un puñal.

—Chiquilla traviesa —la reprendió Mora, echándose atrás.

—Una pena que no te hayas traído a un mamporrero. A lo mejor necesitas un mancebo para que se te ponga tiesa.

—Te equivocas…

Ella intentó reír también.

—Ya se sabe, hay chimeneas que no echan humo.

El buen humor de Mora empezó a diluirse. El ceño fruncido no lograba afearle el rostro, pero las pullas de Catalina daban en el blanco.

—Muchacha deslenguada, no sabes lo que dices —repuso con soberbia—. Potras más salvajes he domado —la despreció—. Y todas han quedado encandiladas.

Obcecada, Catalina no escuchaba, no veía. Se le había ocurrido algo. No advirtió que la rabia empezaba a burbujear bajo las cejas del mercader.

—¿Eres de los que le ponen nombre? Déjame adivinar… ¡Lázaro! —De haberse sometido, todo podía haber terminado con unos moratones. Pero no podía dejar de echar leña al fuego—: ¡Levántate y anda!

Mora amagó un primer golpe. Ella solo fue capaz de encogerse y cerrar los ojos. Al abrirlos, lo vio ante ella, seguro de sí mismo, sonriendo con altivez.

—Se te van las fuerzas por la boca —espetó el mercader.

Ella resopló.

—Esa mojama no está curada. Sigue blanda.

Él iba a responder, pero lo interrumpió.

—Deberías ir a un juguetero, para que te revise la cuerda.

—Te voy a cerrar esa sucia boca —gruñó Mora, abriendo y cerrando los puños—. Por mucho tiempo…

—Lo que deberías cerrar es la bragueta, a ver si le va a coger el frío y se acogota.

Vio que él asentaba el pie. Se preparaba para golpear. Y Catalina sonrió. Lo que había parecido una locura era una intención meditada. Había decidido que su única opción era sacarlo de sus casillas.

—Deberían ahorcarte. Dicen que a los ahorcados se les pone dura como verga en mastelero.

El mercader embistió. Descargó la derecha. No con la mano abierta, con el puño cerrado.

Y Catalina volvió a sonreír. De haber estado allí, Isabelita le hubiera dicho que se equivocaba. Ella había estado esperando aquel arrebato y, al mismo tiempo que él cargaba, ella se movió. Trazó un arco con su improvisada arma, buscando el rostro del mercader con toda la intención.

Los dos brazos quedaron enfrentados.

Cada uno iba a golpear al otro.

No salió bien. Él tuvo las mañas. Ella, no.

El puño aterrizó en el costillar y, además, tuvo el acierto de agacharse a tiempo. Atrapó la mano con el cáncamo antes de que llegase a destino.

El espanto abrió los ojos de Catalina.

De inmediato, Mora empezó a retorcerle la muñeca, con la práctica de quien lo ha hecho antes. Y con el mismo impulso descargó un puñetazo más.

Catalina cayó de rodillas. Pero no abrió los dedos. Aquel cáncamo herrumbroso era toda su esperanza.

El mercader continuó retorciendo la muñeca. Más y más. Sabía lo que hacía. De repente, le dio un rodillazo en el pecho, y ella cayó al suelo, sin aire.

Él acompañó la caída como un bailarín. Y dejó el brazo en el suelo para, de inmediato, poner el pie encima. En cuanto lo hizo, empezó a apretar con el talón.

—Suéltalo.

—¡No!

Hincó el tacón. El dolor se hizo insoportable.

—¡Suéltalo!

Pataleó, protestó. Volvió a negarse. Todo menos suplicar.

—No lo repetiré: ¡suéltalo!

No quería hacerlo, pero sus dedos maltratados no respondieron. La mano se relajó. Se oyó un tintineo apenado. La joven giró el rostro para mirar a aquel odioso hombre y, pese al impulso que sentía, refrenó el deseo de pedir clemencia.

Mora asintió satisfecho y levantó el pie, no para liberarla, sino para sacudir un puntapié a la riñonada. Catalina se encogió.

Él se agachó y recogió el cáncamo.

—Tendrás que hacer penitencia —dijo, golpeándola de nuevo.

Quería llorar, gritar de rabia, pero se obligó a permanecer serena.

—Va a ser una noche larga. Muy, muy larga —aseguró Mora.

Ella bajó la cabeza, derrotada.

—Aun así, no creo que nos dé tiempo de terminar. No se aprenden modales con una sola clase. Tendré que volver mañana… —Cerró los ojos con fuerza—. Y al día siguiente…

Ese fue el golpe que más dolió. Se acurrucó, indefensa, en el suelo aún húmedo, aún cubierto por desperdicios, aún pestilente.

Mora desabrochó la cadena que sujetaba la capa. Se sacó la prenda y la dobló con cuidado. Miró a todos lados buscando dónde apoyarla y, a falta de un lugar mejor, acabó por dejarla en la solera del tragaluz.

Catalina no se quejaba. No lloraba. No pensaba suplicar. No le daría ese placer.

Desabotonándose el jubón, Mora se agachó junto a ella.

—Oh, no te preocupes, lo pasarás bien —remachó, pasándose la lengua por los labios.

Por primera vez, el fétido olor que desprendía la boca del mercader llegó hasta ella.

—Muy bien, ya lo verás —insistió.

Su mano paseó por los hombros de ella. Tiró de la tela hasta desnudar la piel. No era lujuria lo que encendía sus ojos. Era algo distinto. Oscuro.

Metió la mano bajo la camisola y encontró el nacimiento del pecho. No buscó el pezón, no quiso sopesar la tibieza de aquella carne. Solo pellizcó con fuerza. Y miró hacia el dolor en el rostro de la joven.

Lo que encendía sus ojos era el saberse dueño y señor.

Fue entonces cuando llegó de nuevo aquel inconfundible tararear.

Por el corredor de las celdas avanzaba el desafinado canturrear del carcelero. Catalina fue la primera en advertirlo. Ensimismado, él no reaccionó hasta que vio el extraño en las cejas de ella.

Cipriano regresaba. Y no venía solo.

Se oía algo más. Órdenes secas. Palabras rudas.

Siguió un silencio que rompió el carraspeo de la llave en la cerradura.

Mora se alzó sobresaltado. Libre, cuando los goznes chirriaron, Catalina se incorporó.

—¡Maldito pulgoso! —berreó enfadado—. Te dije que nos dejaras en paz. ¡Lo pagarás caro!

La puerta se abrió bajo los gritos del mercader. Pero en el umbral no apareció Cipriano. Se había quedado atrás, en el corredor, con el rostro gacho

y las manos cruzadas sobre el vientre, tal que un crío al que acabasen de regañar. Eran tres hombres los que lo adelantaban, tres frailes vestidos con el hábito blanquinegro de los dominicos.

Y de los tres se adelantó quien debía mandarlos, un tipo alto y espigado, como hecho con cordeles atados, y con una pelambrera tan rubia que casi parecía blanca.

—No estoy seguro —dijo el fraile con voz atildada— de que a su excelencia, el obispo —añadió golpeando cada sílaba—, le parezca bien pagar nada. Es un hombre que se toma muy en serio el voto de pobreza.

Entró en la celda con la confianza de quien es dueño del suelo que pisa.

—Pero permitidme que, antes de aclarar ese asunto del pago, me presente. Soy fray Hernando de Socuéllamos, comisario en la provincia de Yucatán, Cozumel y Tabasco para el Tribunal del Santo Oficio.

Sabedor del peso de sus palabras, el fraile las dejó en el aire para que cayeran sobre todos los presentes como la ceniza de un incendio.

A Mora se le aflojaron las piernas. A Cipriano, un repeluzno le sacudió el espinazo. Catalina fue la única que se alegró de la intromisión.

El tal Hernando se volvió hacia el carcelero con maneras pausadas.

—¿Es ella?

Cipriano asintió temeroso, como si el fraile pudiera condenarlo a lo más profundo de los infiernos con levantar un dedo. Sin embargo, eso no fue lo que hizo el dominico. Se giró de nuevo y usó la mano para mover los dedos, como si espantase a un moscardón. Un gesto cargado de desprecio.

Y Mora comprendió de inmediato. Jamás hubiera tolerado algo semejante de cualquier otro. Sin embargo, se hizo a un lado sin pronunciar palabra.

Entonces, el dominico ensayó una sonrisa que, en aquel rostro tan blanco, pareció una grieta abriéndose en cera recién cuajada.

—Hija, levántate, no es tiempo de humillarse.

Esperó paciente hasta que ella se enderezó, se alisó la camisola e hizo un vano intento de recomponerse el pelo.

—Mejor así. ¿Te han tratado bien aquí?, ¿quieres comer?, ¿beber? Debes saber que nos espera un arduo viaje hasta Mérida.

Anonadada, Catalina no supo a cuál de las preguntas contestar. Quedó en silencio, con los labios fruncidos en un remiendo.

El dominico suspiró, reuniendo paciencia.

—¿Puedes hablar? No me digas que alguno de estos animales te ha torturado…

Por un momento, Catalina estuvo tentada de delatar al mercader. Pero no sabía de dónde soplaba el viento.

—Puedo hablar —respondió escueta.

El dominico abrió los brazos.

—Alabado sea el Señor por las mercedes que nos regala en esta vida —dijo gozoso—. Fantástico, porque tienes mucho de qué hablar. Mejor dicho, mucho que confesar —remató con un siseo.

Ella se vio obligada a mirar al miedo a los ojos.

—¿Eres Catalina Urbarri? ¿De Campeche?

Solo pudo asentir.

—Bien, bien, me alegro de que hayamos aclarado este asunto. —Dio otro paso al interior de la celda—. Catalina, ya no estás bajo la jurisdicción del alguacil de Campeche; ni tú ni ese franciscano limosnero —añadió, riéndose por lo bajo del mendicante, abundando en la rivalidad entre las órdenes—. Ahora estás, ambos estáis, bajo la jurisdicción del Tribunal del Santo Oficio, ¿lo has entendido?

Ni siquiera fue capaz de asentir. Pero fray Socuéllamos continuó igualmente:

—Ese anudatrapos ha sido acusado de cómplice. Y tú…, tú has sido acusada de brujería.

Rodrigo Toral se sentía afortunado.

El viento había rugido, los cielos se habían abierto y, en tanto otros tenían mucho que lamentar, especialmente los más pobres, los que vivían en poco más que chabolas en los alrededores del convento de San Francisco, él solo tenía un destrozo que arreglar: el enorme cartelón que daba nombre a su negocio.

No era gran cosa. Por pura gracia divina, la gigantesca talla no se había roto. El huracán la había arrancado de sus cadenas y la había arrastrado hasta el pie del enorme jacaranda. Y el gran lagarto de madera estaba sucio y contaba con unos cuantos raspones, como las cicatrices que recosían los morros de sus congéneres de carne y hueso, acostumbrados a pelear cuando el celo les nublaba el sentido y las hembras se volvían zalameras.

Así que Toral se sentía afortunado.

No era un trabajo fácil el que tenía por delante, pero podía hacerlo él mismo, sin gastarse una blanca en la reparación.

Empezada la noche, sin más luz que la luna y un par de hachones, tenía junto a la puerta tres de las sillas de su negocio, unas cuantas brazas de soga de yute, un par de tramos de cadena, unas tenazas, un martillo y, lo más importante, una polea.

Aprovechaba que la resaca del huracán había dejado a pocos con ganas de juerga y, en tanto en el interior solo los parroquianos más fieles bebían, él intentaba ingeniárselas para volver a colgar el cartelón sin descalabrarse.

Fue entonces cuando oyó algo. Un susurro. Un siseo.

Se detuvo. Miró a todos lados.

Nada. Y acabó pensando que algún bicho se habría espantado y siguió en su faena.

Hasta que volvió a escuchar un sonido similar. Dio una vuelta sobre sí mismo. Las esquinas de siempre, las calles que podía recorrer con los ojos cerrados.

No supo el porqué, pero un escalofrío le recorrió el espinazo y se santiguó tres veces en rápida sucesión. Eso le había enseñado su padre cuando,

cruzando el bosque, temía toparse con las ánimas, las malditas que vagaban anunciando la muerte a los desdichados. La compaña.

De pronto, aquellos cuentos que asustaron su niñez se hicieron presentes.

En cada valle, en cada rincón, cuando acudía a las ferias o cuando las gentes se juntaban para arar, para segar; en tiempo de trillar, los días de molienda, cuando los jornaleros se juntaban cargados de cansancio, las mujeres remataban los trabajos finos, como atar las gavillas, y todos, cuando la noche caía, se reunían al amor de la lumbre, primero cantaban y después hilaban historias. Cuentos extraordinarios de lobisones y de meigas. Y los que más miedo le daban: los de ánimas descarnadas y penitentes que deambulaban en procesión.

Siempre había un primo, un concuñado, un compadre que, en noche oscura, se había encontrado con aquel horror y, poco después, había recibido los santos óleos.

Aun ahora, hombre hecho y derecho, posadero que se había enfrentado a borrachos pendencieros, seguía temiendo a aquellos espectros que habían atormentado su niñez.

Más de una vez se había reído a la cara de quien, en las mesas de su negocio, había contado historias semejantes. Los había tachado de locos o de haber bebido demasiado. Solo para no reconocer sus propios miedos.

Sin embargo, los miedos de los hombres tienen la mala costumbre de dar la cara de tanto en tanto.

Intentó olvidarlo. Se concentró en su tarea. Le faltaban manos para atender a todo. Encima de una silla levantaba con el hombro el cartelón e intentaba enganchar el tramo de cadena al cáncamo que sobresalía de la madera.

Volvió a escuchar aquel ruido.

Se dijo a sí mismo que no merecía la pena volverse.

Pero el ruido insistió.

Forcejeó con la cadena, las tenazas, el cartelón.

Volvió a oírlo, más cerca.

Se dijo una cosa, pero hizo otra. Giró sobre sí mismo.

Y se topó con las pesadillas de su infancia.

Una de aquellas ánimas malditas se acercaba. Arrastraba los pies, cubierta en sangre, con el rostro demacrado y los ojos idos. Y la luna la envolvía con halo de plata.

A Rodrigo Toral, y jamás lo reconocería, se le encogieron tanto los huevos que le dolieron.

Y, para colmo, la boca de aquel espectro se abrió, ronca.

—Rubioooo…

Si no se meó encima fue porque el susto hizo que desatendiera el cartelón y la madera cayó, hasta que la cuerda atada como seguro al jacaranda hizo su trabajo.

Como si fuera un auténtico cocodrilo dispuesto a atacarlo, el lagarto se balanceó con su enorme bocaza abierta, rebosante de colmillos y terror.

Toral se cayó al suelo, volcando una de las sillas. E inmediatamente se puso en pie como un gato asustado.

Entonces, cuando iba a esconderse en su negocio, entonces tuvo los arrestos de mirar por encima del hombro. Y entonces comprendió que se había dejado engañar.

Una avalancha cayó sobre ella. Y a punto estuvo de sepultarla. Por su mente, con paso de penitencia, procesionaron todos los santos a los que había rezado en su vida.

Nada le dijo al fraile. Únicamente pudo susurrar para sí una plegaria, rogando ayuda a la santísima Virgen.

Y mientras Catalina se acordaba de las desdichas de la Magdalena, Mora aprovechó el silencio.

—Pero… —balbució—. Pero —miró a Catalina con codicia— no podéis…

El espigado fraile observó al mercader, a medias aguas entre el divertimento y la curiosidad.

Mora no quería que le arrebatasen su ansiado premio. Se sentía triunfal. Se había deshecho de Camacho, el palo había partido a Sevilla, podría salir del agujero en el que se había metido con el rancho de Río Lagartos. Lo tenía todo en la palma de la mano. Y ahora se lo quitaban.

—Ha intentado robar el cargamento de una nao de la flota —protestó con mucho menos convencimiento de lo que hubiera querido—. No os la podéis llevar. Debe rendir cuentas a la justicia del rey…

La expresión del dominico se endureció de forma salvaje. Y, de inmediato, su rostro cerúleo se contrajo en un esfuerzo por dominarse.

—Podría deciros que el rey es a quien más le preocupan los asuntos divinos —dijo resoplando—. Podría deciros que no hay más gloriosa colección de santas reliquias que las de su majestad. Incluso podría tomarme la molestia de explicaros que la Corona ha ordenado que no viajen hombres casados a Nueva España para evitar los deleznables casos de bigamia contra los que tantos esfuerzos ha tenido que hacer la Iglesia… —El tono del dominico ganaba firmeza, los empeños por refrenarse no surtían efecto—. Podría deciros muchas cosas, mercader —añadió con aires de insulto—, pero mi tiempo es valioso…

Viendo cómo temblaba la perilla de Mora, incluso el carcelero advirtió que hubiera deseado callar.

—Así que abreviaré —añadió—. Esa nadería de la flota, eso son asuntos terrenales que competen a la justicia de los hombres, ¡y pueden esperar! —rugió a todo pulmón. Calló, se pellizcó el puente de su afilada nariz y continuó—: Aquí se habla de asuntos que competen a la justicia divina —aulló, levantando una mano—. Y esos, ¡esos que afectan a la Iglesia!, esos no pueden esperar —clamó, alzando la otra mano al cielo.

Bajó los brazos y resolló como si acabase de echar una carrera.

—Y no os conviene inmiscuiros —remató tajante.

La autoridad de la que había sido investido era la más temida a ambos lados del océano. Solo un loco se opondría. Y Mora no era un loco. Dejó caer el mentón y no replicó.

Satisfecho, el dominico se regodeó en su victoria, paladeando el silencio humillado de su víctima.

—He aquí un nuevo regalo del Señor, el cabeza hueca del mercachifle ha encontrado la razón. —Miró de reojo a Mora, para ver si tenía el cuajo de protestar por el insulto—. ¡Qué pena que nuestro buen Jesucristo se limitase a expulsar del templo a esta escoria avariciosa! ¡Qué pena!

Con el alboroto, mechones de aquel pelo casi transparente le caían sobre la frente, y el dominico, antes de continuar, se atusó las melenas y señaló hacia la puerta.

—No es este el templo donde los cambistas y los vendedores de palomas hacían su agosto, pero supongo que preferís marchar, siguiendo el ejemplo de los Evangelios, ¿u os decantáis porque me haga cargo de averiguar qué asuntos os han traído hasta aquí?

Mora estuvo a punto de protestar. Su perilla retembló buscando una excusa, pero la coronilla de Cipriano, incapaz de alzar el rostro, daba todas las explicaciones necesarias.

La mano abierta del dominico invitaba a la salida. Y Mora advirtió que era aquella una mano más propia de un marino o de un labrador; quedaban en ella los callos que solo el trabajo duro puede dejar, e imaginó que el dominico era un hombre de vocación tardía.

Lo que no vio, la luz era escasa, fueron los tres puntos tatuados.

Tras unos instantes de indecisión, Mora aceptó que no quedaba otra que salir de allí con la mayor dignidad posible. Recogió su capa y, mientras se la abrochaba de nuevo, encontró redaños para volver a hablar.

—Escribiré al gobernador notificándole mi desacuerdo —dijo con voz más floja de lo que hubiera querido.

El dominico miró a sus compañeros, como si necesitase que le prestasen sin intereses una ración de paciencia. Bufó y se pasó aquella mano recia por el rostro.

—Un tendero que hace tratos con los indios del interior ha hecho llegar a nuestro conocimiento un relato interesante —dijo, avanzando hacia Mora—. Ha contado que corre el rumor de que una cristiana es capaz de realizar encantamientos terribles, ¡terribles! —remarcó, alzando de nuevo una de las manos—. Capaces de hacer que un simple rasguño con un cuchillo de piedra conduzca a una terrible agonía que, irremediablemente, lleva a la muerte.

Inoportuna, Catalina no pudo contener un suspiro de angustia.

El dominico lo advirtió, y una sonrisa le dibujó una mueca extraña en el rostro.

La joven no se atrevió a poner excusas, menos a protestar. Sabía que no merecía la pena aducir que el manzanillo no causaba la muerte, a no ser a quien fuera tan imbécil como para sestear a su sombra.

El fraile abandonó a la joven y continuó su admonición, mirando ya fijamente al mercader.

—Podéis escribir al gobernador; es más, os animo a hacerlo —remarcó—. Sin embargo, aunque copiéis toda la vulgata de san Jerónimo, yo me dispongo a llevarme a estos dos al Tribunal del Santo Oficio en Mérida, tal y como me ha ordenado su excelencia el obispo. Y dejaré que sea su excelencia, que tiene mucha más paciencia que yo, quien responda al gobernador.

A regañadientes, Mora aceptó su derrota. Se escurrió como una anguila, culebreando entre los frailes, sin más despedida que un reojo furioso al carcelero.

Cuando no quedó rastro, fray Socuéllamos continuó:

—Bien, parece que hemos salvado la primera prueba —dijo a sus silenciosos compañeros—. Tendrás que disculparme, hija, no debería haber compartido detalles con esa rata —añadió, volviéndose hacia Catalina—, pero a veces no basta con que oigan el cascabel, tienen que ver al gato.

Ella no se había movido.

—¿Has entendido lo dicho? —El fraile se acercó.

Catalina no se vio con fuerzas para responder. Lo intentó, pero solo logró balbucear un sinsentido.

—Este es el hermano Seijo —prosiguió, señalando a uno de sus compañeros, moreno y recio como un soldado arrepentido de su carrera militar y refugiado en el convento—; él será el notario de vuestro proceso. Y

este —continuó mirando al otro, pelirrojo como una panocha y con las mejillas llenas de pecas— es el hermano Bienvenido, mi asistente.

Catalina era incapaz de pronunciar palabra. El fraile asintió, haciéndose cargo.

—Pues pongámonos en marcha, que para luego es tarde.

Fue entonces cuando Catalina pagó los esfuerzos y la tensión. Había logrado sortearlos hasta entonces, pero la sopa aguada no ayudaba.

Se desmayó.

Hambre.

Eso era lo peor. Gundemaro lamentaba el fiasco del robo, lamentaba no conocer la suerte de sus compañeros y, como no podía ser de otra manera, lamentaba verse encerrado en una mazmorra húmeda y maloliente. Incluso echaba en falta sus libracos. Sin embargo, lo peor, con diferencia, era el hambre atroz.

Aquella miseria de sopa aguada, peor aún que la que se daba por caridad en el convento, no servía ni para apaciguar el estómago. Además, en el cenobio hubiera disfrutado ya de los dulces del Corpus Christi, fiesta a la que el valenciano que regía las cocinas tenía mucha devoción y para las que siempre preparaba bizcochos con dulce de naranja.

Le rugían las tripas. Poco le faltaba para comerse el cuero de las sandalias.

Sus tripas habían empezado lamentándose como gata en celo y, tras días encerrado, rugían como la bestia de siete cabezas y diez cuernos del mismísimo Apocalipsis.

Por momentos, se le nublaba la vista y, en ocasiones, le parecía oír tonadas salidas de ninguna parte.

Del paso del huracán apenas se había enterado y, cuando abrieron la puerta de la celda, sin caer en las horas que eran, hizo un esfuerzo por levantarse del montón de paja y acercar ansioso la escudilla hasta el cubo del carcelero.

Pero allí no había tal cosa. Solo tres dominicos liderados por un fraile espigado de melena pajiza.

Entonces llegaron los verdaderos lamentos. Y el hambre dejó de ser lo peor.

Solo contestaron a una de sus preguntas.

—Catalina Urbarri está bien, no temas —le dijo el tal Hernando de Socuéllamos.

No dieron más explicaciones, tan solo lo ayudaron a subir las escaleras, donde sus piernas desfallecidas resultaron incapaces de equilibrar su panza.

Eficaces y rápidos, Gundemaro tuvo la impresión de que los dominicos hacían lo posible por ponerse en marcha cuanto antes.

Y viéndolo todo desde la retaguardia, a Cipriano, en pie junto a la puerta, con el llavero en la mano, le pareció que aquel comisario sabía lo que se hacía. Lo tenía todo bien previsto.

Fuera los esperaba un carretón tirado por cuatro jamelgos, con amplio pescante para los frailes y un cajón cerrado, donde ya aguardaba Catalina, inconsciente. Allí, entre tablones asegurados con varas de hierro, acabó también el franciscano, en cuanto aquel fraile con pintas de soldado lo aherrojó con unos grillos gemelos a los que ya cargaba la otra prisionera.

El carcelero los vio marchar, lamentando el maloliente regalo que uno de los caballos había dejado en el patio, frente a la puerta de la alguacilería. Porque, si Juan de Oria veía aquella mierda, entraría en cólera.

En tanto las riendas restallaron en manos del fraile pelirrojo, Cipriano fue en busca de una pala. Deseaba que acabase su turno; con suerte, contar lo visto le pagaba unos tragos en El lagarto.

Pese a ser noche cerrada, en un abrir y cerrar de ojos, el trotar de los caballos callejeaba por Campeche hacia la Puerta de Tierra. Y llevaba el carretón cuatro grandes fanales en ganchos a los lados del pescante. Los dos pares de luces iluminaban el camino, pero no era su único cometido. También anunciaban, a todo el que quisiera saberlo, que por allí pasaban los reos del Santo Oficio.

Se los tragó la noche en el camino a Mérida. Ni al fraile ni a la muchacha, que volvió en sí con los baches, les extrañaron aquellos procederes. Tampoco ninguno de los dos se atrevió a preguntar, en parte reconfortados por haber encontrado el consuelo del uno en el otro.

—¿Estás bien, hija? —preguntó Gundemaro, mirando los dedos sanguinolentos de la joven.

Insegura, se incorporó en la paja esparcida en el fondo del cajón. Una mueca de dolor empañó su rostro. Los golpes de Mora empezaban a reclamar atención.

—Sí, supongo que sí…

El franciscano se frotó el barrigón.

—¿Tienes idea de lo que sucede? ¿Desde cuándo la Inquisición se ocupa de ladrones? ¡Y de madrugada!

Ella se tanteó las costillas.

—No es por el robo… —repuso al fin.

Y le contó lo que sabía. Apenas nada, pero suficiente para que el miedo rampase.

—¿Brujería? ¡Dios nos guarde! —exclamó el franciscano, asustado.

Ella asintió. Y él, conocedor de los vicios del Santo Oficio, empezó a cavilar sobre cómo podrían salir de semejante entuerto. Pero ella lo sacó pronto de sus tribulaciones.

—¿Qué habrá sido de los demás? —preguntó afectada.

Él resopló, dando a entender que más valía ocuparse del futuro que del pasado.

—Menos Zacarías —puntualizó—, todos estábamos allí cuando tuviste la idea del manzanillo. Y Camacho era quien empuñaba el cuchillo… Pedro fue quien te ayudó. Todos tuvimos parte en el asunto, y todos sabemos que no tuvo que ver con brujería —añadió con fastidio—. Pero aquí solo estamos tú y yo…

El tono lúgubre disgustó a Catalina.

—Puede que hayan escapado —dijo esperanzada.

Gundemaro dejó los ojos gachos y suspiró.

—Camacho no nos habría abandonado.

—A lo mejor…

—No está aquí. No sabemos nada de él. Solo hay una explicación… Lo último que sabemos es que estaba en una barca y, desde entonces, ha pasado un huracán…

Oírlo en labios ajenos fue la gota que colmó el vaso. Se le escapó un sollozo. Aceptó entonces ella el hombro que le ofrecían y lloró amargamente al compás del traqueteo.

Ambos tenían más preguntas que respuestas. Sin embargo, más allá del carro, los vecinos de la villa no echaron en falta aclaraciones; y tampoco las hubieran pedido, porque, aun apretado, quedaba sitio en el cajón para un tercero o incluso para un cuarto que metiera las narices donde no correspondía.

Miradas temerosas en las rendijas de los postigos, reojos desde las esquinas y la lengua de Cipriano, que lo contó con pelos y señales en cuanto Rebocato lo sustituyó, sirvieron para extender un rumor que creció como la cizaña. Hasta el punto de que algunos, a la tarde siguiente, cuando lo contaron a su vez, incluyeron detalles como que el franciscano y la joven estaban amancebados o que habían visto, con sus propios ojos, cómo la fulana mantenía una camada de gatos negros.

Tanto fue así que el pobre Samuel, temeroso de que dieran la vuelta y buscasen más prisioneros, decidió aquel día cancelar todas sus visitas. Pasó la tarde encerrado en su laboratorio, repasando remedios, trabajando con el almirez y la báscula. Aunque sirvió de poco, pues, de tan nervioso, fue

incapaz de hacer nada de provecho. Las recetas se le torcieron a medio camino y acabó tirando preciosos ingredientes porque no se fiaba de lo preparado, no terminase por provocar cólicos a sus pacientes. Ni siquiera fue a ver al hijo de Julián.

Las beatas de San Román rezaron con fervor por el alma de aquellos perdidos. En el mercado, algunas comadres se alegraron de que el vicio de aquella desvergonzada la hubiera llevado al fin a las redes de la Iglesia. Y, en el convento de San Francisco, el hermano Malaquías se lamentó entre sus hierbas de haber perdido a un amigo y a una joven prometedora. Porque ni él ni ninguno de los hombres, mujeres y niños de Campeche dudó de que, como poco, los dos acusados cumplirían una larguísima y penosa condena en los calabozos del Santo Oficio en Mérida.

Eso si se libraban de la hoguera.

Y más que el herborista se lamentaron los pescadores locales, cuando, tras el huracán, encontraron los restos de la barca robada. Flotando junto aquella escombrera que tenía fama para tentar a los róbalos, encontraron apenas unos travesaños. Maderos rotos y astillas a merced de la marea.

Aunque el auténtico desvelo de la mayoría fue descubrir al delator, todos querían saber quién había levantado la liebre.

—No tengo idea —se cansó de repetir Toral tras sus barriles en El lagarto.

Algo similar, si cabía acompañado de blasfemias, dijeron también los jugadores de naipes en las mesas de la posada; también los albañiles que trabajaban en las obras de la muralla, incluso los esparteros antes de retorcer las sogas.

Nadie lo sabía.

No faltó quien se quiso apuntar el tanto, incluso quien presumió de su labor de cristiano temeroso, pero fueron desenmascarados pronto, porque ni los más descerebrados mantenían sus mentiras cuando el Santo Oficio andaba de por medio.

Fue un asunto que dio para abundantes chismorreos durante días, pero ninguna de aquellas habladurías sobre el quién, el cómo y el por qué se acercó a la verdad. Porque la verdad era esquiva, y los únicos que la conocían eran los micos.

El carretón siguió el camino real a Mérida. Pasó junto a la hacienda Blanca Flor, ahora vacía, a no ser por un retén de guardia que, a la luz de velas, mataba el tiempo jugando a quínolas.

Pudo haberse detenido para pedir escolta, pero continuó camino. Curiosamente, los dominicos no temían un asalto de los rebeldes nativos.

Siguió traqueteando hacia el noroeste, hasta que, dos leguas más adelante, justo ante un desvío que se escondía al pie de enormes ceibas, el carretón se detuvo con un tirón de las riendas. Quedaron los caballos piafando, nerviosos ante el camino que se abría frente a ellos.

En aquella horquilla se podía elegir entre continuar hacia Mérida, la capital de la provincia, o dirigirse a Maní, la ciudad donde el Santo Oficio empezara su labor en el Yucatán. En Maní se había celebrado el primer auto de fe al otro lado de la mar océana. Allí el obispo Diego de Landa había purificado con fuego los códices pintarrajeados de los nativos, sus ídolos y cualquier símbolo de paganismo.

Cuando el carretón continuó su marcha, las luces, el traqueteo y los chirridos de las ruedas despertaron a unos cuantos micos que dormían en las frondosas copas de las ceibas. Uno de ellos abrió los ojos a tiempo para ver que el carretón no seguía hacia Mérida.

Los caballos resoplaron, las riendas dejaron un chasquido en el aire. El carretón tomó el desvío que llevaba a Maní.

Y el mico se rascó un sobaco haciendo que las pulgas se espantasen camino al hombro. Gruñó, dejó escapar un largo cuesco y se volvió a acurrucar en el barullo de ramas dobladas que había preparado para pasar la noche.

Estaba acostumbrado a ver cómo los hombres hacían locuras.

Se durmió sin preguntarse lo que se hubiera preguntado cualquiera de los habitantes de Campeche viendo algo semejante.

En Maní no había y nunca había habido tribunal del Santo Oficio.

Los Montejo y sus hombres, y otros como ellos, soñadores, desesperados, bandidos, huidos y aspirantes a caballero, camparon y seguían campando a lo largo y ancho de aquel inabarcable territorio del que apenas se conocían las costas.

A algunos se los había comido la jungla; a otros, los caribes, y un puñado había salido de la selva con las espadas tintas de sangre, las barbas desaliñadas, el hambre en el vientre y las piernas picadas por las niguas. Entre esos, entre los que conservaron la vida sin enloquecer, muchos se consumieron por las fiebres y unos pocos, los últimos, los que aún se tenían en pie tras tanta penuria, tuvieron una recompensa. No se les concedió oro, plata ni especias, poco o nada había de todo eso en Yucatán; lo que consiguieron después de apostarse hasta la última blanca de sus escasos patrimonios fue una venia. Se les otorgó el dudoso derecho de explotar un terreno donde solo agarraban malas hierbas y el cargo de unos cuantos indios renuentes con los que trabajarlas, todo a cambio de espantar la herejía y arrastrar a aquellos indígenas al corral cristiano. Fueron las llamadas encomiendas que el rey sancionó con la esperanza de que, en los vastos territorios bajo su corona, los cristianos estuvieran presentes incluso en tierra de paganos.

De esos, de aquellos locos con suerte, algunos lo intentaron con el trigo y otros con el ganado. Sin embargo, la tierra no ayudaba, y ellos eran buscadores de fortuna, no ganaderos, menos labriegos, pues bien que muchos habían salido espantados de Trujillo, Badajoz o Écija con la intención de no volver a soportar en su vida un azadón.

El invento no resultó. Buena parte no consiguió otra cosa que morirse del asco. Así, desperdigados por la península, quedaron abandonados casonas y terrenos que la selva reclamaba.

Apenas a cinco leguas de Campeche, justo para hacer el trayecto de ida y vuelta en una jornada, se alzaba una de ellas. Una donde las esperanzas de su dueño naufragaron en una tierra de montes pedregosos y selva cerrada, todo rodeado por viejas ruinas. Durante años había quedado abandonada, sin más

compañía que los lamentos de los cristofués, entretejida de lianas y cubierta por enredaderas.

Pero alguien había decidido que volviese a la vida.

Para llegar hasta allí bastaba apartarse del camino de Maní en un sendero por el que los jaguares rondaban de tanto en tanto. A tiro de arcabuz, la selva remitía; aún se veían los tocones de los balchés y los senderos desbrozados, donde las lianas asomaban. Siguiendo las huellas del hombre, se llegaba a la hacienda. Un galpón para los indios, unos alpendres para los aperos y, señoreando la propiedad, la casona del encomendero.

Era testigo de su tiempo, de piedra remendada con maderos, con una fachada de hornacinas en las que nunca se llegaron a colocar estatuas. Como si el dueño hubiera pasado por Mérida y visto el esplendoroso palacio de los Montejo, como si lo hubiera codiciado y se hubiera quedado sin posibles a medio camino. Una casa que quiso ser grande y quedó deslavazada. Pero que ahora respiraba de nuevo.

Se veían los arreglos bienintencionados, aunque resultaba evidente que no se había puesto el cariño de quien esperaba convertirlo en un hogar. Como un jubón sucio que, en lugar de pasar por el agua del río y la tabla de lavar, se adecenta con un cepillado. Unos puntales asentaban los aleros del tejado, los postigos se habían trabado con trancas y las enredaderas se podaban para que no tapasen huecos, pero nadie las arrancaba para zanjar el asunto de raíz.

Las luces de unos candiles encendidos se colaban por las faltas de la fachada. Y una rendija amplia del portalón vertía ámbar sobre la explanada de la entrada principal.

Allí se detuvo el carretón. Y un armadillo, asustado, escapó a toda prisa hacia la noche.

Los frailes dominicos saltaron del pescante con agilidad inusual para hombres de oración. Sus pisadas crujieron en la grava.

En tanto, en el interior del carromato, extrañados, los dos prisioneros se interrogaron, primero con nervios, luego entre susurros.

—No hemos podido llegar a Mérida —afirmó el franciscano—. Es demasiado pronto, ¡imposible!

—Quizás hagamos noche en el camino —aventuró Catalina.

—¿Dónde? ¿En la Blanca Flor?

La puerta se abrió, y el pelirrojo apareció sonriente.

—¡Abajo! —Los animó con un gesto.

Ellos se quedaron donde estaban.

—¡Vamos! Se hace tarde —les insistió en tono amable.

Obedecieron entre titubeos, y fue Gundemaro el primero en hablar:

—¿Qué significa esto? ¿Dónde estamos?

Fray Hernando de Socuéllamos se acercó entonces a grandes pasos.

—He prometido que no diría palabra —les aseguró con expresión divertida y tono amable, tomándolos a ambos por el brazo—. Por ahora, será mejor que entremos, creo que este condenado hábito se lavó con agua de mar —aclaró chasqueando la lengua contra el paladar—. Tengo la garganta como el esparto y me he ganado un buen trago…

Y los soltó para adelantarse hacia el portalón de entrada, que ahora, en lugar de una simple rendija, derramaba un telón de luz sobre la grava donde se escurrían los escarabajos que el armadillo había estado cazando. Alguien, un tipo enclenque con un pañuelo atado en la cabeza, los esperaba bajo el umbral con una amplia sonrisa. Movía la mano para animar a todos a entrar. Tras él, en el interior, se veían luces y animación.

Se acercó entonces el otro dominico, el que tenía pintas de haber servido en los tercios. Sacó la llave de algún recoveco entre el hábito y las ropas y, tras mostrarla ante sus ojos con una floritura, abrió los grilletes.

—Espero que no hayan dejado marca, los escogí amplios —les dijo mientras se afanaba—, pero estos cabrones tienden a despellejar las muñecas. Pueden hacer el trago amargo, por breve que sea.

Era todo sonrisas. Y Gundemaro y Catalina se miraron, anonadados. Tanta incomprensión había en el rostro del uno como del otro.

Terminado el trabajo, el extraño dominico siguió al pelirrojo tras los pasos del tal Socuéllamos, que ya le daba la mano al del pañuelo bajo el quicio del portalón.

Los habían dejado solos. Sin los hierros.

Se frotaron las muñecas. Volvieron a mirarse. Podían echar a correr, escapar; sin embargo, cuando miraron la negrura que los rodeaba, la tocata que la jungla hacía sonar se antojó más peligrosa que el soniquete de la casona. No parecía prudente seguir al armadillo.

Viendo que no lo seguían, Socuéllamos deshizo sus pasos para asomarse por el vano del portalón. Los descubrió exactamente en el lugar donde habían ido a parar sus pies al bajar del carretón. Y, alzando un brazo, les hizo señas para que entrasen.

El franciscano se encogió de hombros:

—Supongo que no hay mucho más que pueda pasarnos…

Catalina lo miró indecisa.

—Puede que nos ofrezcan algo de comer —añadió el fraile con una sonrisa tímida.

Al ver la expresión de la joven, Gundemaro estuvo a punto de levantar las manos, esperando alguno de sus exabruptos cargados de ironía, pero ella no dijo nada. Miró a la casona, y luego volvió la vista hacia la selva.

El fraile se fijó por primera vez en las ojeras, el rostro demudado, la expresión desvanecida. Y abrió sus brazos para acogerla.

—¡Estás helada!

Siguió en silencio.

—Anda, ¡vamos! Se estará mejor dentro. Quizá sea verdad aquello de que el hombre es la medida de todas las cosas…

Ella no hizo ademán de interesarse por el galimatías, y él, apenado, la sujetó por los hombros.

Entraron con pasos cansados que dejaban un rastro triste. Pasos de un condenado hacia el cadalso.

Jamás hubieran imaginado lo que se encontraron dentro.

Una fantasía de cuento morisco, con sus lujos de oriente y sus excesos. Había abundantes velas prendidas, y un fuego generoso ardía en una chimenea que, sin duda, no había sido pensada para cocinar los espetos de cochino que se asaban lentamente, bajo la mirada de un bigotudo casi tan gordo como el franciscano. Y, además de la cálida luz, que invitaba a sonreír, era imposible despegarse la alegre sensación que transmitían las voces animadas y la música de fondo.

El aire destartalado que envolvía a la casa se desvanecía al cruzar la puerta. Fuera se había intentado evitar el desastre de la ruina, sin más, pero el interior se había adecentado a conciencia. Lo que el abandono estropeara se había arreglado con buena voluntad.

Una amplia lámpara de radios, remendada con tarugos tras haberse roto en una caída olvidada, iluminaba la estancia. Y lo mismo sucedía con la cúpula que albergaba la luz: la mampostería se había repasado. Todo estaba lleno de viejas molduras enrevesadas, cenefas alegres y las extravagancias de quien, en tiempos, había querido presumir de poderío.

Abarrotada de trastos y salpicada de gente, la planta baja era un gran salón donde los hombres iban y venían, algunos con jarras o vasos, otros con comida. Unos pocos acarretaban cofres o papeles. Y había otros tantos que, repartidos en grupos, se habían sentado en sillas desparejas para charlar alegremente.

—No tiene pinta de convento… —soltó guasón el franciscano.

Algunos llevaban prisa, otros malgastaban su tiempo. Al fondo, entre columnas recargadas a la griega, había unos músicos. Uno cantaba con voz dulce, cargada de acento jiennense, y otro tocaba la vihuela; se lo veía mañoso, sus dedos parpadeaban con rapidez sobre las cuerdas y arrancaban acordes enrevesados.

Era como una taberna con todos los parroquianos cortados por el mismo patrón. Bastaba verlos para imaginar que no se trataba de hermanitas de la caridad. El que no llevaba al cinto una buena espada, cargaba dos puñales.

Advertirlo hizo que Gundemaro alzase una ceja. Y una sospecha anidó en sus pensamientos.

—Estos no tienen pinta de dominicos…

La confirmación a su sospecha se presentó pronto.

En una esquina, al fondo, dos descargaban bolsas que parecían frescas, recién divorciadas de sus cintos. Y un tercero se aseguraba de que las monedas cayesen en una fuente de estaño que ya no se usaba para servir asados y, como un molinero examinando el trigo, sacaba de entre el botín lo que no tenía valor, como llaves o amuletos.

—¡No puedo creerlo! —exclamó sin conseguir llamar la atención de Catalina—. ¡Existe! Siempre había pensado que eran solo rumores, cuentos de borracho…

La joven ni siquiera preguntó. Permanecieron quietos, junto al umbral. El uno, admirado; la otra, apática. Hasta que aquel inconfundible pelirrojo apareció ante ellos sin el hábito de dominico y los instó a seguirlo.

—Normalmente somos menos. Pero en las últimas semanas han venido cofrades de toda la provincia. Hay mucho ajetreo —habló afablemente—, aún estamos liados con lo que los floreadores agenciaron durante la despedida de la *Balvanera*. La partida es siempre una época de mucho trabajo —explicó ufano.

Sortearon a unos y a otros hasta que doblaron la esquina a un anexo a la sala principal. Allí, grandes pebeteros iluminaban un estrado improvisado con viejos tablones de cubierta y, sobre él, como sentado en un trono, en una amplia silla labrada, esperaba el tal Socuéllamos, con una mano alargada para recibir una copa.

Junto a él había varios cofres amontonados y, preso con una cadena asegurada en un grueso madero, un majestuoso ejemplar de jaguar devoraba tranquilamente su cena. El precioso pelaje moteado, brillante como recién aceitado, caía drapeado sobre curvas que pintaban músculos poderosos. Las gruesas patas delanteras terminaban en potentes garras que sujetaban la

carcasa de un gallipavo a la que el animal daba delicados lametones. Con gran finura, no arrancaba huesos como un perro callejero hambriento, sino que usaba su lengua rasposa para limpiarlos de la carne con los modales de una dama cortesana. Aunque no había dama en corte alguna con colmillos semejantes, casi tan largos como un puñal riñonero.

Les dedicó Socuéllamos un gesto con la mano para que se acercaran, y aquel tipo con aires de soldado, el que los había librado de los grillos, se apresuró a acercar dos sillas para los invitados. A gusto del franciscano, quedaron demasiado cerca del impresionante felino. Con dos pasos, el animal podría abrirle la panza de un zarpazo.

Un alma caritativa, un muchacho de pelo rizo con un gran lobanillo en la ceja, les trajo también dos platos. De vajilla distinta, descascarillados ambos, pero limpios y cargados con una generosa ración de carne de cerdo y batatas asadas sobre las que se había vertido aceite de oliva y salpicado pimienta roja molida.

Catalina, sin apetito, lo dejó en el suelo. Gundemaro empezó a devorarlo antes incluso de tenerlo entre sus manos. Hasta echaba reojos desconfiados al enorme gato, temiendo que, una vez terminada la carcasa, se le ocurriese agenciarse un postre.

—Siento el teatrillo —comenzó con afabilidad fray Socuéllamos—, pero mentar a la Inquisición fue lo único que se nos ocurrió.

La expresión, el rostro curtido, las maneras, pero sobre todo aquel pelo largo y pajizo aseguraban que se trataba del mismo hombre, pero ya no vestía el hábito dominico. Llevaba una buena casaca de piel fina con abundantes hebillas y calzas acuchilladas en raso y oro. Bien podía pasar por un rico mercader aficionado a los lujos.

Advirtió las miradas preocupadas del franciscano hacia el jaguar y se levantó para acercarse al animal.

—Que no os alarme, es manso como una paloma, lo he criado desde cachorro —dijo acuclillándose—. Bueno —se contradijo con una sonrisa—, en una ocasión le pisaron el rabo…

La sonrisa se volvió risotada, a la que se unieron sus hombres.

—Tuvimos que sacar a aquel desgraciado con los pies por delante —remató enjugándose los ojos, divertido—. ¡Pero no fue una gran pérdida!

El felino, agradecido por las caricias, empujó con la cabeza, frotándose contra las rodillas de su amo, que a punto estuvo de perder el equilibrio.

—Le arreglaste las tripas a ese cantamañanas, ¿eh? —le preguntó al jaguar como si le hablase a un chiquillo travieso—. Sí, lo dejaste listo.

Cuando se enderezó para volver a sentarse, el animal lo miró con auténtica devoción.

—Así que ya lo sabéis, pisad con tino. Por lo demás, tranquilos.

Gundemaro se chupaba los dedos. Tenía el plato ya vacío, y no pudo evitar una mirada de pena, parecida a la que también echó el propio jaguar, a lo que Catalina no había probado. Sin embargo, haciendo gala de toda su voluntad, renunció a una segunda ración y centró su atención en aquel hombre peculiar.

—Espero no meterme donde no me llaman —carraspeó—, pero imagino que comprenderéis que, con lo sucedido, tenemos algunas preguntas…

Desde el sillón llegó un asentir indulgente que le dio permiso para continuar.

—No temas, aquí la curiosidad no mató al gato —repuso divertido.

Y el franciscano iba a hacer una pregunta, pero el falso dominico siguió hablando después de chasquear los dedos.

—Ese es el único palo que no toco, ¡jamás! Ni peleas de gallos ni de perros, y menos azuzamientos. Cuando estaba embarcado, bien que hubiera querido tener un gato conmigo, para que esas condenadas ratas no se nos comieran hasta los huevos. No, aquí no se patrocinan salvajadas —aseguró con rotundidad—. En eso no hay discusión. Si hay que destripar a un moroso, se le destripa. Si hay que organizar un combate entre cimarrones, se organiza. Pero a los animales, no. Aquí, mientras yo mande, se los trata con dignidad.

Entonces se calló, consciente de que no había dejado al franciscano preguntar, y revolvió los dedos en el aire para que procediese.

—¿Sois el capataz?

Aquello arrancó una nueva risotada.

—Puedes apearme el tratamiento. Sois bienvenidos aquí. Y, sí, si no había quedado claro, yo soy el capataz.

Levantó la mano. En la palma, visibles a la luz de los pebeteros, se distinguían tres puntos azules, tatuados en el encuentro con el pulpejo del pulgar.

—¡La Garduña! —Gundemaro contuvo a duras penas la sorpresa—. Siempre había pensado que eran habladurías…

—Eso significa que hacemos bien nuestro trabajo —le respondió con un guiño.

El franciscano asintió, y se animó a hacer la pregunta que realmente consideraba importante:

—Pero ¿por qué?

No solo quería saber por qué la Garduña los había sacado de las mazmorras, también por qué demostraban esa confianza con ellos, cómo podía ser que los dejasen estar allí, en la que no podía ser otra cosa que la casa franca de la cofradía, donde solo los hermanos eran admitidos.

El capataz lo entendió a la perfección.

—Sí, es cierto, hay mucho que explicar… —reconoció meditabundo.

El jaguar abandonó la carcasa, monda, y se acercó a su amo para frotarse contra sus pantorrillas. El falso dominico cavilaba su respuesta en tanto acariciaba al animal.

—Por algún sitio hay que empezar… Nunca le he puesto cara al tal Socuéllamos, solo sabíamos de él lo que se cuenta, que de esos «cucarachos» se cuenta mucho. Pero no tenía idea de si era alto o bajo, gordo o flaco. —Se rascó la coronilla—. La verdad, era lo único que podía haber salido mal. Por lo demás, con mentar al santísimo oficio de los santos cojones, todo el mundo se caga en las calzas. Abre puertas mejor que las ganzúas… —Se volvió hacia

sus hombres—. Y estos dos saben hacer bien su trabajo. Ellos sí se llaman Seijo y Bienvenido. —El moreno inclinó la cabeza como saludo, y el pelirrojo ofreció una sonrisa que hizo brincar las pecas—. Mi verdadero nombre es Alonso Contreras.

Hizo una pausa en la que dedicó sus atenciones al animal, luego suspiró.

—Mi nombre es Alonso Contreras, y yo saldo mis deudas. Ahora mismo intento pagar una, una de hace más de veinte años, cuando un muchacho me salvó de que una cuchillada me aventase la riñonada.

Catalina reaccionó por primera vez desde su llegada. Alzó la cabeza para mirar su interlocutor, que seguía hablando.

—Un loco testarudo. Cuando me llegó la oportunidad y ascendí a capataz, le ofrecí el cielo, le dije que se viniera conmigo, que sería mi mano derecha. Y ese insensato se negó a un viaje de gastos pagos —declaró sin resentimiento—. Aún puedo recordarlo. Quería llevar una vida honrada, ¡honrada! —soltó con recochineo—. Pero algún día reculará, reconocerá que se equivocó y me dará la razón. ¿Quién quiere ser honrado pudiendo ser rico? Ni lo entendí entonces ni lo entiendo ahora, pero lo que sí sé es que todo este tiempo ha guardado el secreto. Jamás ha dicho una palabra sobre mí o los míos…

Negó sacudiendo el mentón, y aquellos largos cabellos rubios bailaron de un lado a otro. Le costaba creer sus propias palabras.

—Por eso estáis aquí, porque venís bien avalados por el silencio de mi acreedor.

—¿Eres el piloto? —se atrevió a preguntar al fin Catalina.

El capataz asintió sin más.

—¿El que acogió a Camacho de grumete?

Volvió a asentir.

—Sí, yo soy —confirmó con una sonrisa—. En aquellos tiempos, aprovechaba los asuntos de marinería para enterarme de qué cargaba cada barco y qué se podía uno agenciar. Daba los soplos para robar mercancías y me llevaba mi parte. Todos ganábamos, aunque me hice algunos enemigos desagradables…

La sonrisa se transformó en una mueca de cinismo. Le rascó una de las orejas al jaguar, que ronroneaba como un coro en misa sabatina.

—De no ser por ese loco, estaría muerto. Él me salvó la vida. Y el Rubio siempre paga sus deudas.

La mención del sobrenombre era suficiente. Explicaba muchas cosas. Aunque no la más importante. Y Catalina se apresuró a preguntar, llena de

ansia.

—¿Y sabes dónde está? ¿Sigue vivo?

El Rubio asintió, y Catalina recuperó su ímpetu por primera vez en toda la noche.

—¿Dónde está? —exigió.

El capataz de la Garduña se admiró del arrojo y sonrió benevolente.

—Arriba, con el hebreo.

Por orden del Rubio, temprano, apenas de amanecida, Seijo y Bienvenido se habían brindado a llevar a casa a un ojeroso Samuel ha-Leví Abulafia.

El mismo carro de la noche anterior estaba listo. Aprendices de la cofradía habían sacado el cajón para prisioneros y dejado libre el espacio de carga, donde se había sentado con pesadez el hebreo.

Y, desde una ventana en la planta superior, una que no se habían comido las enredaderas, Gundemaro los vio partir.

Tomaron camino como granjeros que hubieran acudido al galeno para una visita a domicilio, y ahora, con el trabajo hecho, devolvían al médico a su hogar.

Los garduños charlaban animadamente, despreocupados por el fácil encargo. El hebreo, sin embargo, antes de dejarse cubrir los ojos con un pañolón, miró hacia donde estaba el franciscano, hacia la habitación de su paciente. Y Gundemaro levantó una mano para dejar ante el cristal un saludo que no fue correspondido. Un velo funesto ensombrecía el rostro de Samuel.

El franciscano lo achacó al cansancio. Ya al cruzarse le había parecido que al médico no le había sentado bien el esfuerzo, pero no le dio importancia. Simplemente, hizo tiempo. Incluso vio a un armadillo acurrucarse como una bola cuando las ruedas empezaron a rodar. El animal recobró la confianza cuando la polvareda se asentó. Y él se quedó junto a la ventana, mirando con curiosidad al extraño bicho.

A sus espaldas, Catalina estaba sentada en la cama, junto a Camacho.

En la ceja derecha el hebreo le había rematado un costurón con todo cariño. Lo había suturado con cabellos de la larga melena de su esposa, el mejor material para ese tipo de brechas, y se había esmerado; aun así, dejaría una fea marca.

Y no era la única. Y tampoco la menor.

El hombro derecho lo habían tenido que recolocar, una tarea para la que Samuel había pedido la ayuda de dos hombres fornidos. Además, en la mano del mismo brazo, la quilla de la barca le había espachurrado los dedos. Al médico no le había quedado otro remedio que amputar el extremo del

meñique, para lo que no solo habían hecho falta manos fuertes, sino también una botella de aquel destilado de agave que Toral regalaba al Rubio.

Además, Camacho tenía el rostro amoratado y la mejilla cruzada por raspones ahora inflamados en los que brillaba una grasa infusionada con rosas. Los labios seguían agrietados por culpa de la sed. Y todo su cuerpo pagaba el esfuerzo de los días en la mar con un solo remo; tantos como para que los primeros coletazos del huracán convirtieran su barca en astillas cuando acariciaba destino. Y esa no era toda la historia, pues bajo las sábanas había también cardenales, moraduras y una urdimbre de arañazos que le habían regalado con generosidad las mismas rocas que destrozaron su embarcación.

Sin más que alguna cabezada, a punto de enfermar él mismo, el galeno se había pasado con él dos noches y todo un día.

En cuanto accedió a regresar a casa, más que ninguna otra cosa por no preocupar a Miriam, los visitantes tuvieron permiso para entrar.

Catalina a punto estuvo de arrollar al pobre Samuel al cruzarse con él en el umbral, y el fraile, murmurando disculpas, siguió a aquella exhalación. Si Gundemaro se había fingido interesado en la partida del hebreo, mirando con atención por la ventana, había sido únicamente para regalar intimidad. Porque tras abrazarse, tras alegrarse, tras confesarse, tras contarse deprisa lo sucedido, habían llegado las lamentaciones. Y el necesario consuelo. Quiso regalarles la mentira de que estaban solos.

—No fue culpa tuya, no hables así, ¡todos sabíamos dónde nos metíamos! —decía Catalina, y, entretanto, el franciscano, pretendiendo no escuchar la angustia, observaba cómo el armadillo se convertía en una bala de falconete.

Él tardó en responder.

—No sé qué fue de él, se lo tragó el mar —dijo finalmente, cargado de pena—. Y ni siquiera sé cómo… —Se ahogó en su reproche—. No sabía si quería ser enterrado en la selva, si dejarlo al capricho del mar, si… No sabía…

No encontró palabras de consuelo para él. Se consoló a sí misma.

—Pensé que te había perdido —le dijo, apretando su mano sana entre las suyas.

Y se inclinó con el recato escaso, dudosa, presa de los nervios. Quiso regalarle un beso, un beso sincero que contase lo que no sabía decirle. Pero el franciscano eligió mal el momento de volverse y olvidarse del armadillo.

Quedó huérfano el beso y la vergüenza, en los coloretes de Catalina; encontró padrino en el apuro del fraile, que se dio cuenta de que había metido

la pata. Se ruborizó tanto o más que ella.

Se fundieron en un silencio incómodo que Camacho decoró con una sonrisa. Pero, antes de que pudieran inventarse excusas, llamaron a la puerta con alegría, como repicando.

Al instante, el Rubio entró como una tromba, sin acordarse de mojigaterías ni de los modales de una buena cuna. Lo acompañaba aquel zagal del lobanillo, llevando un poco de pan de cazabe y queso para que el convaleciente desayunase. Y la habitación se colmó enseguida con el buen humor del capataz.

—¿Cómo estás, muchacho? ¿Respiras o te ahogas? Ya pensaba que ese matasanos se iba a quedar aquí a gastos pagos… No se te ve tan mal —hablaba de carrerilla, sin respirar siquiera, con aires animados y un dejo a retranca—. Son unos exagerados, los matasanos, digo; quieren ver pestes donde no las hay para cobrarse sus buenos dispendios —guiñó un ojo con picardía—. Yo no los quiero ni en pintura. No sé por qué te empeñaste… Créeme, son muy capaces de descalabrarte en lugar de recomponerte. Ese es un negocio al que no le convienen los sanos.

Sacudió una mano, como desentendiéndose del asunto, pues no era momento o lugar para despotricar de los médicos, y repitió la pregunta:

—¿Cómo te encuentras?

Camacho se incorporó, sin quejarse, aunque su rostro se contrajo en una mueca extraña. Aceptó la comida que le ofrecieron.

—Haría mal en lamentarme, no resolvería mucho.

—Más bien poco —asintió el Rubio—, pero a veces es el único consuelo. Bueno —juntó las manos, como alguien que termina una tarea—, los míos se desperdigarán pronto, aquí ya se ha cumplido…

Iba a añadir algo más, pero Camacho lo interrumpió.

—¿Has pagado a Samuel?

—No —respondió resuelto—. Él no lo ha pedido, y yo no he sacado el tema —aclaró resuelto y, al ver el disgusto en el rostro de Camacho, moderó sus palabras—. No te apures —añadió conciliador—, cuando lo reclame se le pagará, no te desveles por eso.

Camacho lo miró seco. El plato, apoyado sobre sus piernas, estuvo a punto de caer. Catalina puso la mano encima para evitarlo.

—Todo lo demás está resuelto —continuó el Rubio, abandonando el tema del hebreo con un carraspeo—. Ellos están aquí —añadió señalando al franciscano y a Catalina—, lo pendiente está de camino —aclaró en tono cómplice, dirigiéndose a su antiguo grumete—. Y, si quieres cambiar de

opinión, ya te he dicho que lo de esa sabandija se resuelve de un plumazo. Seijo es hábil y discreto; en tiempos trabajó para Alcalá, y sabes que solo alista a los mejores.

—¡No! —lo cortó Camacho—. Bastantes problemas tiene ya… Estoy seguro de que sus remordimientos son condena suficiente. Déjalo en paz. La culpa no es de Julián —reconoció convencido—. Yo me equivoqué al hablar con él. Me equivoqué en eso y en muchas otras cosas… —Calló un instante, reunió pensamientos—. Pero no fue él quien vino a por nosotros —aclaró ceñudo—. Ese fue Mora —añadió con desprecio—. Él es el responsable.

Todos captaron la rabia contenida. Y el capataz asintió severo.

—Como quieras… —amoscado, el garduño prefirió resultar práctico—. Cuando Seijo y Bienvenido vuelvan de Campeche, podéis quedaros con el carro. Me encargaré de que bajo el pescante dejen una bolsa bien provista y, hasta que decidáis marcharos, se quedarán aquí unos cuantos hombres, por si os hace falta algo —dispuso—. Si te sientes con ánimos, mañana mismo podríais poneros en marcha.

—No nos vamos a marchar —repuso Camacho rotundo. Entonces miró a sus amigos y recortó sus palabras—. Yo no me voy a marchar.

Todos quisieron responder, pero el que impuso su voz fue el capataz:

—¡No seas imbécil! Has de poner tierra de por medio… Te has salvado de puro milagro, a la siguiente hay que hacer hueco en el camposanto…

Con los morados y las raspaduras, la negativa resultó siniestra, pero el Rubio no se desanimó.

—Vete a Lima —propuso, el rostro iluminado por la ocurrencia—. Se dice que van a empezar las obras de una catedral. Allí no te conoce nadie. Puedes, podéis —se corrigió—, empezar de nuevo.

Camacho guardó silencio bajo el ceño fruncido.

—Vámonos, dejemos toda esta pesadilla atrás —instó Catalina, apretándole la su mano.

—Es lo más razonable —porfió Gundemaro.

—Vosotros podéis iros; debéis iros. No me perdonaría lo contrario. Mis errores ya han causado suficiente mal —reconoció Camacho—. Bastante me pesa cargar con esas vidas. Pedro, Zacarías, Estebanico… están muertos por mi culpa. Y yo he sido un imbécil.

—Eso no es cierto —repuso Catalina.

—¡Sí! Sí lo es. Han pagado con su vida —remató, bajando la voz, apesadumbrado.

Como no se dejaba convencer, el garduño volvió a la carga.

—Si te faltan razones, yo te daré una más, jodido testarudo cabeza hueca: sabes que han puesto precio a tu cabeza, pero no sabrás cuánto pagan…

Todos lo miraron.

—No sé cómo lo ha hecho ese cabrón de Mora, supongo que todos imaginan que estás muerto y no importa el precio… La cabeza del Taciturno —dijo, refiriéndose al hereje Guillermo de Orange—, esa la paga el rey a veinticinco mil coronas, y por ti, un ladrón incapaz de salirse con la suya, el gobernador Céspedes ha fijado un décimo: dos mil quinientas coronas.

El más ágil para las cuentas era el propio Camacho, pero no se inmutó, y Gundemaro hizo el trabajo.

—Eh… Eso… —Sus ojos se revolvieron en tanto atendía a la aritmética —. Eso es más de un millón de maravedíes.

—¿Un millón? —preguntó Catalina.

—Un millón —insistió el capataz—. Incluso yo se lo he ocultado a mis hombres —reconoció con un vistazo severo al zagal del lobanillo—. Son leales, pero es una tentación del carajo. Un millón de maravedíes vuelve honrado al ladrón y ladrón al honrado —filosofó—. Si te quedas aquí, si vuelves a Campeche, no durarás un día. ¡Es un suicidio! Mira hasta dónde te ha traído tanta honradez, ya te lo dije hace veinte años… Aunque sea a regañadientes, algún día tendrás que darme la razón.

Camacho alzó el mentón.

—Ya se me ocurrirá algo, pero no voy a huir como una rata. Eso, no. Y no estoy dispuesto a vivir de tu caridad —dijo rotundo, hablando al Rubio—. No me hace falta —dijo despechado—. Me iba bien, estaba a punto de empezar mi propio negocio…

—No merece la pena —intervino Catalina con voz calma—. Ni siquiera matándolo conseguirás que te devuelta lo que te quitó.

Gundemaro miró extrañado a la joven. Sus alocados ímpetus se habían convertido en juicios serenos.

El garduño aprovechó el silencio y metió baza:

—Hazle caso —instó, señalando a la joven—. Además, sabes que el alguacil Oria come en la mano de Mora —afirmó, abriendo los ojos—; es más, con el capitán Alcalá también tiene sus marrullas. Aquí, con más de dos apellidos, tienes los dientes verdes y agujeros en los bolsillos. No hay caso. E, insisto, sé de buena tinta que fue él quien convenció al gobernador para que pusiera precio a tu cabezota. Si te presentas en Campeche, puede que el mismísimo Mora acabe siendo el que cobre la recompensa, o al menos buena parte. No solo te ahorcarían por imbécil, sino que además será un gesto inútil.

Gundemaro prefirió no ser tan cenizo.

—Nos apañaremos. Encontraremos algo de qué vivir. Yo podría instruir a quien se prepare para la universidad, trabajar como traductor para alguna imprenta —aventuró—. En todas partes florecen negocios, y cada temporada vienen más gentes de Sevilla. Algo surgirá.

Camacho hacía oídos sordos. No estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—No huiré —tascó de nuevo.

Catalina fue la única que comprendió que había algo más que mero orgullo tras aquellas palabras.

—Los dos tienen razón, y tú lo sabes tan bien como ellos —susurró.

Él la miró. Y por sus ojos se paseó una tormenta. Un dolor mucho mayor que el de sus heridas, costurones o dedos amputados. No pudo sostener el gesto, y su cabeza se inclinó, como si aquel viejo plato tuviera algo más que pan de cazabe y queso.

Y ella hizo la pregunta clave:

—¿Por qué?

Camacho humilló aún más el rostro.

—Por Mora —contestó en un susurro.

Ella le apretó más la mano.

—No es eso lo que Zacarías, Pedro o Estebanico hubieran querido —recitó con solemnidad—. Si estuvieran aquí, te dirían que te marchases.

Permaneció en silencio. Ella le acarició con ternura la mejilla sana. Paseó los dedos por la barba áspera, canteó la barbilla hasta donde empezaban las heridas. Las yemas de sus dedos trazaron rumbos anhelados.

Ella se estaba ofreciendo. Pero él se resistía.

—Puedes decírmelo…

Él negó suavemente con la cabeza. La barba acarició las yemas de sus dedos.

—No puedo hacerte eso —susurró.

Ella lo sujetó por el mentón y tiró de él. Lo obligó a mirarla a los ojos.

—Iré donde tú vayas.

Él parpadeó. Una sola lágrima rodó por una mejilla en la que crecía un laberinto falto de afeitado.

—Estaremos juntos —añadió ella.

Y la coraza de Camacho se resquebrajó en pedazos.

—No —negó, poco convencido.

—Ya no son dos, sino uno solo —dijo ella en un susurro.

Solo el franciscano advirtió que recitaba el evangelio.

Se le trabó la garganta a Camacho.

—No es por Pedro o por Zacarías… Tampoco por Estebanico… —Camacho hizo una pausa, a punto de retractarse, de volver a su escondrijo. Pero ella volvió a reconfortarlo con una caricia—. Es por mi madre.

Ella no entendió, pero guardó silencio. Temió que las preguntas arrebatasen algo insustituible. Sin embargo, el Rubio se dedicaba a negocios en los que el tacto era un estorbo.

—¿Y qué demonios tiene que ver tu madre con todo esto?

El zagal del lobanillo era el único que sonreía. Aquello era lo más emocionante de su corta vida, y esperaba con impaciencia la respuesta.

—Mora mató a mi madre.

Para cuando Camacho acabó la frase, Gundemaro se sintió de inmediato avergonzado. El tira y afloja de la pareja lo había aburrido y, sin remedio, su atención se había volcado en aquel plato con pan de cazabe y queso.

Las humildes tajadas se le habían antojado un suculento bocado. Tenía hambre. Y no saber qué sería de su vida empeoraba las urgencias del pozo sin fondo escondido en su panza. Además, se acordaba de Tomasa, y la situación empeoraba. Ahora que Pedro no estaba, la soledad apretaba los anhelos del franciscano.

Sin embargo, en cuanto Camacho reveló la verdad, la vergüenza le pintó la cara. Soltó la tajada. Calló. Esperó haciendo acto de contrición.

Catalina también guardó silencio, aunque por motivos distintos. No le preocupaba la verdad, sino cómo esa verdad castigaba al hombre que amaba. Lo tenía a su lado. Aquella expresión soñadora. La sonrisa caída, la que guardaba silencios comprensivos. Estaban juntos, y ella veía el dolor.

Y a ella también le dolía.

Y la asustaba. Había algo frío y nuevo, algo desconocido que impulsaba a Camacho. Pero no era eso lo que ponía en estampida su miedo. Lo que la inquietaba era comprender que, si él se lo pedía, daría el paso más allá del abismo.

Fue de nuevo el capataz de la Garduña quien tuvo el cuajo de pasarse por el forro los sentimientos de su pupilo.

—¿Qué demonios dices? ¿De qué hablas? —Antes de que pudiera contestar, el Rubio amontonó más preguntas en el regazo de Camacho—: Y, si eso es cierto, ¿por qué has trabajado para él todos estos años?

Catalina aferró de nuevo entre las suyas la mano sana. Con apenas un aleteo, dejó un racimo de besos sobre las líneas donde las gitanas veían mentiras. Y adoró el gesto cuando él convirtió su mano en una copa y recogió sus labios. Pese al dolor, pese a todo, él seguía pendiente de ella, y en su pecho entablaron batalla el fuego y el hielo. El frío nacía del desamparo del hombre al que amaba; el calor, de saber que era tan generoso como para dedicarle su atención en tanto atravesaba aquellas tierras baldías.

Supo, dentro de sí, que siempre habría en él rincones oscuros que jamás podría compartir. Y comprendió que debía enseñarse a sí misma a alejarse de ellos. Camacho había pasado una vida solo, luchando, y ahora, de pronto, su lucha se había convertido en inútil.

Ni siquiera el garduño se atrevió a romper aquel instante íntimo. Todos esperaron hasta que Camacho decidió seguir hablando, todos menos un pájaro carpintero que empezó a faenar en los lindes de la selva.

—Porque soy un imbécil —respondió al cabo el hijo de la Camacha.

Y el Rubio estiró el cuello, como queriendo escuchar al fin que su discípulo le daba la razón.

Sin embargo, Camacho no le dio el gusto. Sacudió el mentón. Pero no logró espantar su rabia. Menos aún la culpa.

—Yo no sé lo que quería —admitió derrotado—. Ya no lo sé.

La habitación era un pedazo más de aquella casa que pretendió ser muestra de grandeza y se quedó en intención. Las grietas habían tejido telarañas en las paredes, y las tablas del suelo tenían rendijas por las que una bolsa despistada podía perder la calderilla. Además de la cama, no había allí otra cosa que un viejo cajón de mercancías que servía de asiento al franciscano.

Era uno de esos lugares a los que sentaba bien la noche, porque la oscuridad escondía el desconsuelo de haberse perdido. No había mucho. Y lo poco que había apenas servía. Menos para la larga charla que se avecinaba.

—Está bien —dijo el Rubio, como zanjando un asunto importante—. Ve abajo y trae unas sillas —ordenó al mozalbete del lobanillo, que no pudo evitar un mohín de disgusto, sabedor de que iba a perderse el relato—. Y ocúpate también de que traigan algo más de comer… Y bebida, también bebida. —Se volvió hacia la cama—. ¿Vino? ¿Os va bien? —Sin escuchar la respuesta, se volvió hacia el zagal, que ya estaba en la puerta—: vino, una jarra del brebaje de Toral y también agua, y loja. De todo, ¿me has oído?

Asintió tan rápido que el lobanillo pareció un borrón y salió disparado escaleras abajo.

En breve se dispuso lo ordenado y, esta vez, quedaron los cuatro solos.

Gundemaro comía al fin pan de cazabe. El hambre podía más que la vergüenza.

El Rubio mordisqueaba tasajo de puerco ahumado, un plato que, al estilo nativo, habían empezado a elaborar y vender los renegados franceses del occidente de La Española y que se conocía como «bucán».

Catalina se limitó a echar un trago de agua.

Camacho no había querido ni una cosa ni la otra.

La mañana avanzaba, arrancando destellos a los intensos colores de la selva. Los minutos los marcaba disciplinado el pájaro carpintero, que abría un hueco en un viejo árbol de aguacate, justo donde terminaba la explanada de entrada a la casona. Un árbol que había dado de comer a los tristes indios que dormían en el galpón sin más compañía que los aperos.

Para pasar los primeros bocados de tasajo, el Rubio echó unos tragos del fuerte licor de Toral, y, tras contener un regüeldo, fue de nuevo el primero en intervenir, una vez más con la delicadeza de un martillazo en el pulgar.

—Callas más que el capitán Aldana, que iba para poeta y acabó en la soldada —dijo revenido—. ¿Vas a hablar? O busco el hábito de dominico y hago de inquisidor…

Camacho la miró a ella y, cuando Catalina asintió, él se aferró a su gesto.

—Yo me escondía bajo la cama, o subía a los tejados de las casas que miraban al mar. —La pareja se miró cómplice; habían compartido escondite en más de una ocasión—. La Brava me sacó por las orejas. Me dijo que ya no podía quedarme, me echó a patadas escaleras abajo…

Gundemaro fue capaz de contener el siguiente bocado. Quedó con el trozo de pan en los dedos, atento.

—Ni siquiera me dejó llevarme un hatillo con mis cosas —recordó con un rencor hecho de escombros—. Dijo que no tenía derecho a llevarme nada, que bastante hacía perdonándome la deuda que tenía mi madre con ella por las ropas, la comida…

El burdo pan volvió al plato sobre las piernas regordetas del franciscano.

—La vino a buscar el alguacil, aquel gigantón que estaba antes que Oria, al que mataron a puertas de El lagarto. —El Rubio asintió, recordaba al hombre—. Y lo siguiente que supe fue que enterraban a mi madre en el camposanto de San Román. En ese rincón de poniente, bajo la ceiba, donde acaban los desamparados y los muertos de hambre.

Gundemaro abandonó el plato, todavía con un buen trozo de pan y unas cuantas lonchas de queso, y, como no había dónde, lo dejó en el suelo, junto a sus pies.

—No había nadie en el funeral.

—La Brava no permitió que nadie de la casa asistiese —intervino Catalina, inclinando el rostro, desconsolada.

Camacho asintió antes de continuar.

—El cura era aquel extremeño, ese al que mandaron a México poco después…

El Rubio lo interrumpió:

—Al alguacil lo despacharon, y al cura lo mandaron lejos —dijo con disgusto—. Todo muy rico, con aderezo de chamusquina.

Y Gundemaro se santiguó al tiempo que Camacho continuaba.

—Nadie pagó por la lápida y yo… Fue junto a las matas de cundiamores, junto al muro, donde los pobres y los sin nombre… —suspiró—. Me dijo que debía ser un buen cristiano. Que debía rezar e intentar comprender que los designios del buen Dios estaban fuera de las entendederas de un crío —recordó con incredulidad—. Yo le pregunté qué le pasaría al hombre que… —Catalina le ofreció consuelo con una caricia, y Camacho cubrió la mano de ella con la suya—. Se limitó a decirme que la mala voluntad de los hombres tenía el vicio de esconderse en los atajos que llevan de uno a otro de los tortuosos senderos del Señor. No entendí nada —reconoció con pena—. Y él se dio cuenta —añadió, cargado de cinismo—. Creo que le di pena, supongo que le pesó la conciencia, confesó que no debería decirme lo que iba a decirme…

—¿Cómo no me lo contaste antes? —recriminó el Rubio con aires de padre enfadado—. Te hubiera ayudado, hubiera hecho que los míos preguntasen. Hubiésemos encontrado a ese pedazo de mierda.

Camacho se encogió de hombros.

—Me dijiste que tu madre había muerto, pero no… —El Rubio acabó por asentir con pesadumbre.

A Catalina le gustó ver la genuina preocupación que colgaba de las palabras del garduño.

El silencio quedó punteado por la cabezonería del pájaro carpintero.

—Me dijo que lo olvidase, que el culpable era cuñado de un secretario al mando de un oidor de la Audiencia de los Confines. Me dijo que tenía demasiados apellidos y demasiados títulos. Y que yo no tenía ni una cosa ni la otra, que un desgraciado como yo, sin una cosa y sin la otra, poco podía hacer… Creo que se apiadó de mí; supongo que intentó protegerme.

El pájaro insistía en el tronco del aguacate.

Gundemaro creyó comprender el fuego que durante tantos años había alimentado los empeños de Camacho. Había luchado toda una vida para espantar la sombra de aquel niño triste al que un cura hablara en la esquina del camposanto de San Román.

—Mentía —afirmó Camacho, rebosando dolor.

Una vez más, el Rubio ignoró las virtudes de la delicadeza.

—De acuerdo, ese cagajón mentía y tú callas. ¿Vas a soltar de una vez qué mierda de tripa se te ha roto?

Catalina lo miró con rabia. El garduño, advirtiéndolo, descargó en ella un gesto de impaciencia.

Camacho parecía ordenar sus pensamientos. Luego se volvió hacia la joven.

—Samuel me ha dicho que Isabelita se pondrá bien —le dijo—. Bacheli le pagó para que se encargase de ella. —Vio cómo los ojos de Catalina se humedecían—. Lo hizo por intereses propios, claro, por si se daba el caso de acusar a Mora…

—Ese codicioso ha olido el rastro y no lo suelta —intervino Gundemaro, comprendiendo—. Es peor que un buitre. Quiere hundir a la competencia. Si tiene donde amarrarse cursará denuncia…

Camacho asintió, dándole poca importancia.

—O callará y esperará, apilando estiércol como un escarabajo. Ordenó a Samuel que intentase que la muchacha hablara, que le contara lo sucedido, e Isabelita lo hizo.

A Catalina no le costó imaginarla hablando por los codos. Estaba segura de que Isabelita podía haber hablado al hebreo incluso de aquellos pájaros con los que llenaba su cabeza, esos pájaros mallorquines.

—Samuel lo entendió todo al instante —abrevió Camacho ante el gesto de impaciencia del garduño—. Mora fanfarroneó, aseguró que podría matarla, que ya lo había hecho antes.

Chistó con disgusto.

—Llevo años viéndolo tratar a los esclavos como a animales, pero… —tragó ruidosamente, calló un momento—. Dijo el nombre de mi madre…

Revolvió la mano, dando a entender que había más, mucho más. Pero que no merecía la pena relatarlo. Y el repicar del pájaro carpintero no sirvió para terminar la frase.

—Samuel se ha sentido en la obligación de contármelo.

Catalina se apiadó de cuanto Camacho callaba. Gundemaro entendió el rostro abatido del hebreo.

Y, por una vez, la falta de tacto del Rubio sí pareció venir a cuento:

—Puedo encargarme de que lo despachen…

La amenaza flotó en la pobre habitación, cobró protagonismo, y ni siquiera los escrúpulos cristianos del franciscano se atrevieron a intervenir. Fue en ese momento cuando llamaron a la puerta y el muchacho del lobanillo apareció temeroso bajo el quicio.

El Rubio asintió, y el zagal se acercó a toda prisa para susurrar al oído de su jefe.

—¡Ah! Me había olvidado —exclamó de repente—. Traedla, vamos —urgió al muchacho—. Ya está aquí, todo resuelto —añadió dirigiéndose a Camacho.

El hijo del inglés tardó en reaccionar, pero pronto comprendió a qué se refería y se inclinó hacia Gundemaro:

—Me tomé la libertad de pedirle que nos echase una mano —le dijo, señalando con el mentón hacia el Rubio.

Y el garduño descargó aspavientos, restándole importancia.

—La Brava no se atrevería a llevarnos la contraria. Nos debe demasiados favores —aclaró—. Ni siquiera ha hecho falta que fuera yo en persona. Perro ladrador poco mordedor…

Gundemaro sintió renacer algo en su interior conforme el desconcierto se convertía, poco a poco, en esperanza.

—No puede ser —se le escapó—, ¿de verdad?

Para cuando se abrió la puerta, la figura que emergió confirmó las sospechas del fraile. También las de Catalina. Y le ganó la carrera a la enorme panza del franciscano.

—¡Tomasa!

La mulata se asomó con la elegancia del jaguar que el Rubio tenía por mascota. Resplandecía con una belleza salvaje que contaba la historia de todos sus antepasados, a un océano de distancia. Y la amplia sonrisa enseñaba los blanquísimos dientes.

Las dos mujeres se envolvieron en un abrazo, y a Gundemaro le tocó esperar.

—Mi gordo —dijo cariñosa en cuanto su amiga se apartó.

Y, durante un rato, mientras el carpintero terminaba su tarea en la madera de aguacate, aquella habitación triste vibró con el buen humor de Tomasa. Luego hubo que responder a preguntas y contar historias que,

desafortunadamente, se habían repetido demasiadas veces. Al cabo, el garduño insistió.

—Puedo hacer que lo despellejen —aseguró mirando a Camacho.

La respuesta fue un negar lento.

—¿Y qué quieres hacer? —insistió el Garduño.

—Vámonos —urgió Gundemaro, interrupiéndolos—. Vámonos lejos y dejemos todo esto atrás.

La barbilla de Camacho volvió a sacudirse. Solo Catalina se dio cuenta de lo que bailaba en sus ojos; algo que no había visto antes.

—En el dormitorio de Fragoso encontré algo más junto al manifiesto de carga —anunció, logrando que en los demás rostros se pintase la duda—. Pedrarias y el maese llegaron a un acuerdo. El quinto real no se embarcó…

—¿Qué? —saltó el garduño—. ¿Cómo es posible?

—¿Y a ti te sorprende un chanchullo más? —Camacho se encogió de hombros.

Atrapado en el renuncio, el cofrade se rascó el cogote.

—Fragoso quería aprovechar que nunca se había hecho un envío tan grande. Prefirió que otro llevase el quinto real. Si no se metía en las bodegas de la *Balvanera*, tendría a su disposición más toneladas para la carga —explicó Camacho como si fuera elemental—. Más toneladas, más comisión… Supongo que Pedrarias ha metido su contrabando en ese espacio sobrante y que, a su vez, Pedrarias no pagará ni una blanca a la muy Real Hacienda. E imagino que, como capitán de la plaza, Alcalá también tendrá las manos sucias.

—¡Menudos cabronazos! —exclamó el garduño—. Ya me gustaría que se me ocurriesen a mí esas añagazas. Se van a hacer de oro.

Perdido en aquellos asuntos turbios, Gundemaro no pudo menos que preguntar.

—No entiendo… ¿Y qué ha sido del quinto real? ¿Se lo han quedado sin más?

—No… —comenzó a explicar Camacho—; por eso hace falta que el capitán Alcalá se haya dejado untar. Fragoso y Pedrarias no se atreverían a eso por su cuenta. La carta que iba junto al manifiesto excusaba a la *Balvanera* de llevar la carga con permiso del mismísimo Pedrarias. En teoría, por mor de la salida tardía, no convenía sobrecargar la nao por el riesgo de tormentas…

—Y el huracán llegó a tiempo de darles la razón… ¡Menudo par de cabronazos! —repitió el garduño—. Ahí los tienes, a lo más honrado del

servicio a la Corona —añadió con retintín, mirando con intención a quien podía haber sido su discípulo.

—Exacto —concordó Camacho—, el quinto real estará en el tesoro, en la torre de la muralla, bajo la custodia del capitán Alcalá. Y la nao que venga en la próxima temporada tendrá que llevárselo a Sevilla, a expensas de su carga. El rey cobra, y esos cabrones se enriquecen.

—¡Claro! ¡Ya entiendo! —exclamó el Rubio—. Tú lo que quieres es asaltar la torre, robar el quinto real. ¡Es brillante! No llegarán noticias a Castilla hasta la temporada que viene, si ponemos pies en polvorosa…

Los ojos del garduño vibraban, el colmillo le asomaba entre los labios. Ya contaba los maravedíes.

—Acabaríamos en la picota. El capitán Alcalá puede tener sus sombras, como has dicho, pero sabe lo que hace. Hasta los piratas lo temen. Asaltar la torre es una locura, haría falta un ataque en condiciones, con cientos de hombres armados hasta los dientes. Ni aunque juntases a todos los cofrades… Eso es jugarse el pellejo a lo bobo. No, eso no es lo que quiero.

—¿Entonces? —La desilusión abatió el rostro del Rubio.

Camacho se tomó un momento para responder. Repasaba una última vez el plan pergeñado.

—¿Tienes algún hombre que conozca la selva? —preguntó—. ¿Un nativo?

Confuso, el garduño se guardó las preguntas un instante y entornó los ojos. Quería adivinar las ideas de su antiguo grumete, y necesitó un buen rato para acabar de admitir que no era capaz de aventar el rastro.

—Sí, podría arreglarse —dijo sin convencimiento—, supongo, pero tendrás que explicarte mejor. Depende de lo que tengas en mente.

—¿Sí o no? —repreguntó Camacho con firmeza.

A regañadientes, el Rubio acabó por admitir que alguno había. Un tal Felipillo, que era quien se encargaba de cuidar al jaguar cuando él andaba ocupado. Entonces, sorprendiéndola, Camacho se giró hacia Catalina, que se mordía el labio inferior.

—Sé que estabas con Pedro y que él es… que él era… ¿Crees que podrías volver a encontrar aquel manzanillo?

—¿El manzanillo? —repitió, confusa.

—Sí, el manzanillo. Es la mejor referencia.

Ella trató de hacer memoria, se tomó su tiempo para pensar. Incluso cerró los ojos e intentó recorrer la jungla de vuelta con el indio cojo. Todos la

vieron inclinarse a un lado y a otro, esquivando árboles y avanzando entre la maleza.

—Sí, creo que sí, aquella vieja presa y el resto de los templos… Sí, podría encontrarlo.

Camacho asintió satisfecho.

El Rubio, cubierto de impaciencia, se levantó.

—Oye, me estoy empezando a cansar de tanto misterio, ¿vas a decirnos qué diantres piensas hacer?

—No quieras correr antes de andar. Hay algo más que necesito saber, y es lo más importante…

El garduño embolsó su impaciencia.

—¿No irás a preguntarme si tengo a mano las cenizas de san Cecilio? ¿O un cuesco de san Cucufato?

A Catalina le sorprendió la tranquilidad de Camacho, que escuchó las burlas con una sonrisa retorcida. Parecía tener muy claro aquel enredo de interrogantes.

—No, lo que necesito saber es si cuentas con alguien que pueda navegar hasta La Española —preguntó entonces, señalando el tasajo que preparaban en la isla.

El capataz, confundido, estuvo a punto de mandar a tomar por saco a su antiguo pupilo, pero logró refrenarse.

—Conozco a un tipejo, un malparido hijo de comadreja al que no fiaría una blanca —repuso al fin—. Lo llaman Venturate. Es capaz de vender a su abuela por un vellón. Empezada la temporada, es el único posible. No sé si es que le faltan sesos o le sobran huevos, pero es el único que se me ocurre…

—¿Llevará un mensaje?

—Si el pago es bueno —se encogió de hombros—, lo hará… Aunque no me gustaría que mi cuello dependiese de ello.

Camacho consideró con gravedad sus palabras.

—¿Es tu única opción?

A punto de arrancarse el cabello a mechones, sulfurado, el garduño soltó su respuesta:

—Si se me ocurre otro nombre, te lo diré. Pero o me explicas ya qué demonios pretendes o juro por lo más sagrado que me voy, meto aquí dentro al jaguar y atranco la puerta.

—Está bien. —Camacho sonrió—. Supongo que no tenemos otra opción que ese tal Venturate, tendrá que servir… —Miró entonces a Catalina, buscando reafirmarse, y esperó hasta que ella movió la cabeza, seria, para

volver a hablar—. Tendremos que esperar a que me pueda valer por mí mismo, y eso nos da algo de tiempo, pero hay mucho que hacer…

El capataz resopló, haciendo bailar su flequillo pajizo, y dio un paso hacia la puerta. Pero Camacho empezó a hablar, en voz baja y confiada. Y lo dicho detuvo en seco al garduño.

—Vais a entregarme y a reclamar la recompensa.

Los rumores corrieron de un extremo a otro de Campeche cuando Isabelita acabó contratada como doncella en la casa de Bacheli. Aunque lo vertido sobre el maíz y las berzas en la plaza de abastos resultó desencaminado. La mayoría creyó que el lombardo se había encaprichado de la jovencita, y la mayoría se equivocó. Pero tenían excusa para trabucarse: el tudesco Carlos, con los disimulos debidos, repartía monedas entre las verduleras para que los vientos soplasen por donde él quería.

La temporada de lluvias hacía su trabajo, y casi todos los días el bochornoso calor se tomaba un respiro y los cielos se abrían mansamente para sembrar chaparrones. Parecía que una lavandera escurriese entre sus manos las nubes, bajas y oscuras, que discurrían desde la selva.

Las gentes iban y venían, el viejo Ramón seguía elaborando sus cigarros en los soportales, los róbalos continuaban quitando el sueño a Yumil, el hebreo disimulaba su condición, atendía a sus pacientes, y preparaba sus potingues con esmero. La vida continuaba inexorable. Nadie hablaba ya del hijo de la Camacha.

Quizá Melchor de Mora e Hijuelo aún se hurgaba los dientes de tanto en tanto, preguntándose si seguiría vivo, y a disgusto se reconocía a sí mismo que no había encontrado todavía un sustituto adecuado; ni siquiera había sido capaz de encargarse de la compra de nuevos esclavos, algo de lo que habitualmente se ocupaba Camacho. Y por ello se había visto obligado a permanecer en Campeche en lugar de regresar a Mérida. Y eso a pesar de haber recibido noticias de que sus asuntos en el rancho pintaban mal.

Pero Mora era el único. Nadie más se preguntaba qué había sido del hijo de la Camacha.

Y menos Juan de Oria, que tenía muchas otras preocupaciones que atender. Uno de sus corchetes andaba metido en las timbas de El lagarto. Y, pocos días antes, uno de los estibadores del puerto había aparecido con una cuchillada en los riñones, en un callejón cerca de la barriada de Guadalupe. No se le echaba de menos, había sido un tipo pendenciero que más de una noche durmiera la mona en el calabozo. Aun así, el alguacil quería dar con el asesino, no fuera a ser que a la próxima reventase el hígado a alguien con

apellido. Pero, por el momento, ni él ni sus confidentes tenían idea de a quién culpar.

Por eso, meditabundo, el alguacil se atusaba las barbas en el paño de barbacana, a la sombra de la torre, unos pasos más allá del portón de entrada a los cuarteles y los dominios del capitán Alcalá. Aprovechando que no llovía, bajo el plácido sol de la mañana, reflexionaba sobre a quién merecía la pena interrogar para sacar en claro quién había apiolado al estibador.

Asuntos había a los que no podía acercarse, por mor de la política o de las obligaciones; chanchullos en los que no merecía la pena meter los hocicos y resultaba mejor tender la mano. Pero a Oria le gustaba hacer bien su trabajo, al menos cuando le dejaban. Los chirridos de unas ruedas interrumpieron sus pensamientos. Alzó el rostro. No pudo evitar que trazos de disgusto le pintasen la cara.

El pelo pajizo resultaba inconfundible.

—¡Buenos días nos dé Dios! —saludó desde el pescante, tirando de las riendas, todo sonrisas.

—Ni buenos ni malos —gruñó el alguacil—. ¿Qué tripa se te ha roto?

—No son esas maneras de tratar a los invitados…

—Yo no te invitaría ni a echar un vistazo a una jarra de vino. Si andas cerca, algo se torcerá —espetó con desprecio—. Y ya tengo bastante de lo que ocuparme sin que vengas a joderla.

El Rubio se fingió ofendido.

—Pero si traigo un regalo —dijo, saltando a tierra—. Un regalo generoso —recalcó, y se volvió hacia el cajón en la trasera del carro.

Las negras cejas del alguacil se juntaron sobre la nariz, un gesto cargado a partes iguales de curiosidad y desconfianza.

Como un anfitrión enseñando los lujos de su mansión recién reformada, el garduño se colocó junto a la puerta del cajón, el mismo que tan bien conocieran el franciscano y Catalina.

—Creo que acabarás pagándome una ronda… Al fin y al cabo, ¿no se supone que el alguacil se lleva una comisión?

—¿Una comisión? —preguntó Oria, amoscado—. ¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué traes ahí?, ¿no será esa mierda de gato del que siempre presumes? ¿Qué pretendes?

Por toda respuesta, el garduño se manejó con la teatralidad de un prestidigitador en la feria.

Giró la llave en el candado.

Corrió el pestillo.

Abrió la puerta.

—Ya puedes decir a ese avaro de la cofradía del puño cerrado que no me la juegue…

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A Pedrarias —repuso el garduño como si fuese obvio.

Pero Oria ya no le prestaba atención. Miraba al interior del cajón, donde las sombras no dejaban ver otra cosa que algo de paja esparcida por el suelo. Y le pareció prudente sacar una pulgada de acero de la funda. Por si acaso.

—Se acabó el viaje —anunció el garduño con guasa, hablando a la oscuridad.

El carro se balanceó cuando alguien se movió dentro del cajón. Enseguida un pie apareció entre la paja desperdigada.

—¡Por la Virgen de Guadalupe!

La piel, todavía sonrosada, dejaba adivinar las heridas recientes, pero el pelo desaliñado seguía siendo el mismo.

—¡Está vivo! —volvió a exclamar Oria.

—Y tan sano que vale un millón de maravedíes —añadió el garduño, con la voz cargada de intenciones.

Bastaron dos gritos malhumorados, y a toda prisa un par de corchetes asomaron por la puerta de la alguacilería. En un abrir y cerrar de ojos, Camacho tenía grillos en muñecas y tobillos.

Al momento, escoltado por los dos guardias y sus porras, trastabillaba escaleras abajo, rumbo a las mazmorras que, como el cajón, tan bien conocían el franciscano y Catalina.

Abajo, hurgándose las uñas con la punta de un cuchillo, un carcelero malhumorado tarareaba desafinado. Hizo su trabajo de mala gana, pero la puerta se cerró igualmente, con un chirrido de los goznes. Y Camacho quedó preso.

Mientras el hijo del inglés se acomodaba en su magro alojamiento, escaleras arriba, en una mesa contra una esquina donde colgaban telarañas desangeladas, en el único despacho del que podía presumir el alguacil, el Rubio esperaba, haciendo bailar su pie con impaciencia, mientras Oria, refunfuñando, se sentaba en un taburete que, pese a haber sido remendado media docena de veces, cojeaba.

—Tendrás que volver cuando esté el notario. Ha de hacerse una declaración jurada —advirtió alzando una ceja—. Pero tengo que preguntarlo: ¿dónde lo encontraste?

El garduño dejó escapar una sonrisa radiante.

—Oh… Algo realmente portentoso. Me lo encontré al pie de una ceiba. Había brotado allí como una cebolla madura. —Y se dio la vuelta, sin preocuparse por el notario ni la declaración—. Tú solo avísame para cobrar la recompensa.

Encaraba ya la salida cuando el alguacil volvió a hablar:

—Un millón de maravedíes es mucho para que la Real Hacienda se lo entregue a un desaprensivo con fama de llevar las riendas de la Garduña —soltó el alguacil severo—. Más aún si no da explicaciones.

—¿La Garduña? —repuso el Rubio sin mirarlo—. ¿Esa cofradía de ladrones y malhechores? ¡Eso es un cuento de viejas! No existe nada semejante, y tú lo sabes mejor que yo —protestó—. No soy más que un marino retirado que, de tanto en tanto, se saca unos cuartos con el juego.

Oria cambió de posición. El condenado taburete cojeó.

—Del juego y de las timbas en la posada de Toral ya hablaremos en otra ocasión. Ese es un cubo rebosante de mierda —comentó con disgusto—. Ahora, en cuanto a lo que nos atañe… —añadió, cambiando el tono de voz—, sin declaración, no habrá aprobación de Pedrarias y, sin aprobación, no verás una blanca.

Dejó que el otro rumiase lo dicho y, pasado un instante, añadió:

—Podría suponerse que ambos estáis conchabados…

Una vez más, permitió que el silencio ayudase al juicio.

—… y podría presentarse alguien dispuesto a dejar constancia.

Hizo una pausa por tercera vez. Sus cejas se enredaron.

—Digamos… Alguien a quien no le preocupe dar explicaciones, alguien a quien no le importe decir dónde y cuándo.

Una sonrisa retorcida, en la que el colmillo asomaba, afloró en el rostro del garduño.

—¡No te creo! —protestó quejoso—. ¿Quién se atrevería a hacer algo así? Yo lo encontré, y la recompensa es mía.

Y quedó claro que las dotes de actor del Rubio eran mejores que las del franciscano, porque Oria dejó caer una lacónica advertencia.

—Tú sabrás lo que haces, luego no vengas llorando.

El Rubio había vendido más de un mapa. Todos falsos, marcados con ruinas indígenas rebosantes de oro. Planos con inverosímiles tesoros que hacían palidecer a Cajamarca. En una ocasión, incluso había cobrado una buena suma por dejarse arrebatar un derrotero que conducía sin pérdida a la fuente de la eterna juventud.

Conocía bien su oficio el garduño, y supo que el pescado había mordido el anzuelo. Ya solo quedaba recoger la liña.

No tuvo que esperar mucho.

Empezaba a lloviznar cuando Oria salió de la fortificación. Con la capa terciada al hombro y el sombrero calado, con una sonrisa en los labios, miró al cielo y se puso en camino. Tras doblar unas cuantas esquinas, pronto se encontró bajo los soportales de San Román. Y, cuando volteó la siguiente, lo hizo, justamente, en la buena dirección, tal y como el garduño había esperado.

Lo vio alejarse hacia las pudientes casonas de San Román.

Con el colmillo asomando de nuevo, el Rubio se alejó del ventanal en la casa del hebreo y salió a toda prisa, sin más que un adiós a Miriam, que cerró la puerta tras él.

Subió al carretón para regresar a la fortaleza, donde, ahora que el alguacil se había marchado, tenía asuntos pendientes.

Tiró de las riendas en la misma plazoleta junto a la barbacana, aunque más cerca del portón de la alguacilería. Allí se bajó del pescante y abrió la trasera. Ahora que ya no tenía que disimular, no pudo evitar que se le arrugaran las narices.

Renuente, entró y, del fondo, entre las sombras y la paja, sacó un cesto de palma cuya tapa se había amarrado con un nudo prieto. Alguien se había asegurado a conciencia de que aquella cesta no se abriese en un descuido. La cuerda daba la vuelta a la base y se cruzaba dos veces bajo el asa.

La alejó de sí, con los brazos bien estirados. Y aun así torció el gesto, como si dentro guardase un montón de apestoso estiércol. De esa guisa volvió a entrar donde hacía poco que saliera.

Uno de los corchetes de confianza de Oria, el mismo que había engrilletado los tobillos de Camacho, se había quedado al cargo. Lo recibió de

malos modos. Se levantó de inmediato y el taburete quedó retemblando.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? Es pronto para reclamar la recompensa —le espetó con el ceño fruncido.

El garduño no se arredró. Agachó el rostro con humildad y ensayó su sonrisa más inocente.

—Mis disculpas. Con tantas emociones se me había olvidado un asuntillo —explicó—. Me envía Jimena, la hija de…

Fingió recordar por un instante, y el corchete, como si la escena fuera familiar, asintió y terminó la frase.

—La hija de Rebocato —dijo cansinamente.

—¡Exacto! La hija de Rebocato. Ayer estaba descargando en la lonja, y ella me preguntó si tenía otro encargo después. Cuando le dije que no, me explicó que tenía mucho trabajo, que había entrado pescado por la tarde. Me pidió que trajera las raspas para la sopa. —Adelantó la cesta hacia el guardia.

El tufo de pescado llegaba hasta el corchete, aun sentado, y no se dignó a levantarse.

—¿Y eso te lo pidió ayer? —preguntó en tono acusador.

El Rubio bajó los brazos.

—He estado ocupado —se excusó.

—Como yo ahora —repuso el otro, rascándose la entrepierna con grosería —. Pues, por lo que te han pagado y con lo que vas a cobrar, bien puedes dar unos pasos más y acabar el trabajo, que no quiero que se me pegue esa peste.

El garduño chistó con disgusto.

—A mí me dijeron que lo trajese hasta aquí y eso he hecho —protestó.

El corchete llevó la mano a la porra.

—Puedo volver a pedírtelo, pero usando otras palabras.

El Rubio miró la cachiporra, luego al rostro del corchete, y blasfemó en voz baja.

—¿Por dónde?

—No tiene pérdida. —El corchete señaló las escaleras—. Lo peor que puede pasarte, si te empecinas en bajar demasiado, es acabar en los infiernos —remató chistoso.

El último escalón lo condujo a un mugriento zaguán abierto al corredor de las celdas. Allí, un carcelero desaliñado le mandó dejar la cesta en cualquier sitio, como si estuviera ocupado con algo importante, pese a que no tenía nada mejor que hacer que tararear machaconamente.

En la esquina, junto a un montón de leña seca, había un brasero apagado. El Rubio supuso que para espantar la humedad y para cocinar aquella sopa

aguada de la que tantas pestes había oído.

—Pero es para el rancho —puntualizó, señalando las cenizas sin vida en el brasero—, y ya pasó el mediodía.

—¿Te digo yo cómo hacer tu trabajo? —preguntó con despecho el carcelero.

El Rubio negó sacudiendo la barbilla.

—Pues más te vale ocuparte de tus propios asuntos. Hay celdas vacías —amenazó.

El garduño no se hizo de rogar. Aún tenía un trabajo más por hacer, y necesitaba tiempo para adecentar su aspecto. Echó un vistazo de reojo a los calabozos y subió las escaleras convencido de que todo saldría bien.

Se equivocaba.

Sus cuentas estaban más llenas de ilusión que de verdad, pero Oria caminaba ligero, casi trotaba. Pese a conocer el pelaje de aquel individuo, se había convencido de que, si ayudaba a Mora a reclamar la recompensa, podría sacarse el yugo que este le había puesto al cuello cuando, gracias a su intervención, consiguió el puesto de alguacil.

Habían pasado los años, y la vergüenza le repetía cada día que había sido una mala idea. O una buena idea a la que aquel condenado tiempo tropical había sacado óxido demasiado pronto.

Le gustaba su trabajo, tenía posición y dineros, pero echaba de menos su dignidad.

Caminaba con paso resuelto, contento. Incluso entró en la tienda de Rielo para echar un vistazo a los collares expuestos en una vitrina; podía ser una buena ocasión para hacerle un regalo a su esposa.

Cuando salió del comercio, torció junto a la iglesia de San Román, absorto en el discurso que debía soltar, y a punto estuvo de tropezar con el viejo fray Benito, que, apoyado en su bastón, intentaba subir los cuatro peldaños de la entrada al templo. El religioso, un matojo de canas encima de un cuerpo esquelético y cargado de arrugas, lo miró de hito en hito a través de unos ojos entrecerrados en los que se adivinaba el velo de las cataratas.

—¡Hijo! —exclamó sin saludar—. Qué bien me vienes… Échame una mano, ayúdame a llegar al confesionario. Estas lluvias me apremian los huesos. Cada día me cuesta más.

Oria, respetuoso, se guardó la impaciencia.

—Claro, padre, no os preocupéis. Agarraos. —Y le ofreció el brazo.

—Gracias, hijo, muchas gracias. Me temo que empiezo a hacerme viejo —chistó fray Benito con disgusto.

El alguacil, echándole un reojo, estuvo a punto de reír.

—Naderías, no digáis eso, si estáis hecho un mozalbete —lo aduló, con el sano deseo de agradar.

—Embaucador —protestó el fraile con poco convencimiento.

La modesta iglesia, de piedra ruda y planta recia, se abría con sus bancos mirando hacia el retablo y, a los costados de la nave principal, falta de

capillas, había un par de confesionarios que echaban de menos a un ebanista.

—Parece que aún no han llegado pecadores arrepentidos pidiendo sacramento —se lamentó el fraile.

Frente al confesionario, Oria agarraba la mano del fraile para que soltase su antebrazo. Pensaba ya en seguir camino hacia casa de Mora, pero fray Benito no lo dejó.

—Y a un hombre de armas como tú, ¿no le vendría bien ponerse a bien con Dios?

Fuera, la lluvia arreciaba, y el alguacil pensó que, además de ahorrarse la mojadura, podía hacer una buena acción.

—¡Claro que sí, padre! Claro que sí, hace ya cuatro o cinco días de mi última confesión.

Y, bien dispuesto, Oria dejó a fray Benito ante la puerta del confesionario y se arrodilló a un lado, en el reclinatorio. Levantó la funda de la espada para que la contera no prendiera en el suelo, echó la capa hacia atrás, se quitó el sombrero y quedó frente a una rejilla a la que los rotos le habían hecho crecer los agujeros. Fue entonces cuando advirtió que, en lugar de entrar en el confesionario, un sonriente fray Benito hacía equilibrios con el bastón para sentarse en uno de los bancos.

Iba a preguntar cuando, desde el confesionario, le hablaron:

—*Potestatem indulgentias conferendi a Christo in Ecclesia relictam esse; illarumque usum christiano populo maxime salutarem esse afirmat…*

—¿Cómo? —Oria dio un respingo.

El asiento en el interior del confesionario chirrió.

—Nada, hijo, nada, que la Iglesia está contenta de perdonar a su rebaño —oyó decir desde el interior.

Echó un nuevo vistazo al viejo Benito. El fraile lo animaba con la mano a seguir. Pero Oria dudó, más aún cuando oyó la siguiente pregunta:

—Vais a casa de Mora, ¿verdad? —Permaneció en silencio—. Lleváis buenas nuevas y os apremia el compartirlas, ¿no es así?

—¿Cómo sabéis? ¿Quién…?

Retembló el confesionario, y el asiento volvió a gemir, lastimero. La luz era escasa, pero Oria pudo distinguir un rostro de papadas generosas que se inclinaba hacia la rejilla.

—Está bien, hijo, está bien —oyó entonces, en tono indulgente—. Hay que ganarse el pan… Y el pellizco de un millón de maravedíes da para muchas hogazas. Incluso para buen tocino. —La voz, grave, hablaba con calma. Con seguridad—. Sin embargo, en esta ocasión no os conviene seguir

ese derrotero. Podéis decir a Mora que el hijo de la Camacha está preso, aunque de poco servirá, antes o después el rumor le llegará…

Hubo una pausa, los frágiles maderos amenazaron con desmontarse.

—Sin embargo —repitió la voz—, no os conviene hacer lo que estáis pensando… No hace falta que le pongáis en bandeja cobrar la recompensa. Dejad que ese asunto siga su curso. La avaricia rompe el saco.

El alguacil, anonadado, volvió de nuevo la mirada hacia fray Benito. El viejuco asentía.

—¿Quién sois? —preguntó, con los labios pegados a uno de los rotos de la rejilla.

—Alguien que sabe lo que os conviene. Creedme.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque yo sé lo que pasó de verdad con aquel pobre desdichado que pilotaba la *Santa Margarita*…

En el banco, fray Benito carraspeó. Tosía con un crujir que amenazaba con descoyuntarle el pecho, y ahora no prestaba atención a los asuntos del confesionario.

—Porque yo sé que estáis en deuda con Mora, y esa deuda no será saldada jamás —afirmó con rotundidad—. Le consigáis un millón o diez, ese pecador os tiene comiendo de la mano y no os dejará ir mientras pueda evitarlo.

—Esta vez sí lo hará —respondió Oria convencido, poniendo los ojos en blanco—. No solo querrá cobrar, Mora se la tiene jurada a Camacho, y estará encantado de que se le condene. Aplaudirá con las orejas. Querrá que todo siga su curso.

—¿De verdad? ¿Tan fácil? ¿Os creéis podenco? Lleváis la liebre al amo, y él os da el espinazo para la cena…

Iba a responder, pero la verdad se le antojó pesada.

—Seguiréis preso en su correa, como hasta ahora…

El silencio pareció al alguacil la mejor respuesta.

—Ya lo habéis intentado otras veces, ¿no es cierto? Cuando descubristeis que no cuadraba en el libro de cuentas… —No quiso Oria reconocer que aquella voz desconocida tras la rejilla decía la verdad—. No funcionó entonces. Y tampoco funcionará ahora. Dejad las cosas como están.

—No puedo —reconoció, rayano en la desesperación—. Quizá salga bien…

—Sois un estúpido si pensáis eso. Mora os seguirá dando dentelladas hasta que se canse.

Y el alguacil terminó por claudicar.

—¿Y qué voy a hacer, sino intentarlo? Estoy harto de que me ningunee. Yo soy la autoridad, para todos —repuso, despechado, recordando la vergüenza de haber desembarcado de la *Balvanera*—. Incluso para los que, como él, piensan que solo los dineros mandan.

El confesionario amenazó volverse leña cuando su ocupante se retrepó en su asiento.

—Eso tiene solución.

Sonó a promesa tentadora.

—¿Cuál? —preguntó ansioso.

—Basta con que hagáis algo que os ponga de verdad en vuestro lugar, que os haga imprescindible como alguacil, que no importe que Mora llegue a decir la verdad.

—¿Como atrapar al asesino del estibador?

Dio la sensación de ser un chiquillo respondiendo con prisas a las preguntas de un padre severo.

—No, eso no sería suficiente —negó rotunda la voz en el confesionario—. Aunque hay otras cosas…

—¿Como qué?

En el silencio que se siguió, la esperanza de Oria se peleó con sus nervios.

—Como encontrar las mercancías que los rebeldes han robado en el camino real a Mérida.

—Para eso no llegan media docena de corchetes. —La respuesta sonó llena de desaliento—. La selva se come a los hombres. Ahí dentro, los mosquitos cagan flechas y, si te descuidas, acabas en el espetón de uno de esos animales asándote a fuego lento. La cosa está bien como está —dijo con desdén—: ellos no abusan y nosotros los dejamos en paz.

—Cierto —concedieron desde el interior del confesionario—, pero imagínatelo: qué diría el capitán Alcalá, o Pedrarias; cómo responderían desde el cabildo. Y, cuando las nuevas llegaran a México, a Sevilla… —remató, alzando la voz con emoción.

El alguacil comprendió. Se convertiría en un héroe.

—Supongo que sí, podría funcionar.

—Entonces, hijo, *quid pro quo*.

—¿Cómo?

Se quejaron de nuevo los maderos del confesionario.

—Tú no llevas la liebre a Mora… Y yo me encargo de que alguien que conozco te enseñe dónde los indios guardan lo robado.

El alguacil no se dejó llevar por la promesa. Decidió mostrar que era un hombre con valía para el puesto que ocupaba.

—Aunque sea así, no os saldrá bien el cuento —afirmó con seguridad—. Pedrarias no dejará que el garduño cobre la recompensa. Algo inventará para negarse, más aún si no declara ante notario.

Sonó en el interior un resoplido que bien pudo ser una risa contenida.

—¡Claro que no! Esa recompensa no la cobrará nadie que no tenga una fila de ditados detrás del apellido. Es demasiado jugosa —reconoció—, y la gula campa a sus anchas. Si no es Mora, el propio Pedrarias se hará con ella, o el mismísimo gobernador Céspedes… Pero eso no importa. Eso ya lo sabíamos cuando mandamos al garduño.

Por la tarde, hasta la última esquina de Campeche había escuchado el cotilleo.

Y más de uno se atrevía a recitar cómo se gastaría la recompensa, aunque todos supiesen que aquel millón de maravedíes estaba agarrado como una lapa a las arcas de la Real Hacienda.

Pero en las tierras bajo el puño del rey Felipe, a uno y otro lado del océano, no se pagaban impuestos por las ilusiones.

Además, Camacho caía simpático. Podía haber elegido asaltar bolsas ganadas a base de esfuerzo, pero había escogido las de apellidos ilustres. Por muy ladrón que fuese, a la mayoría de los vecinos ni siquiera les parecía mal lo que había hecho. Alguno incluso lamentaba que hubiera acabado preso.

Sin embargo, amén de las simpatías, cada cual siguió con su vida, y la noticia pasó como el agua de la temporada de lluvias, que terminaba por escurrirse y secar.

Solo hubo alguien, uno solo a quien la noticia cambió la vida: Julián.

Había vivido una agonía. Ni siquiera los momentos en los que su hijo mejoraba servían de consuelo. La culpa pesaba como una losa sobre su cabeza. Y, para colmo, el trabajo apenas demandaba otra cosa que barrer los almacenes.

Por eso, en la puerta, con un escobón en la mano, Julián miraba la lluvia caer y, por eso, cuando un esportillero pasó corriendo con un capazo vacío, prestó atención a la noticia.

Al verlo ocioso, el muchachillo la dejó caer al vuelo, con la alegría de compartir la novedad.

Y Julián escuchó, y cada palabra le exprimió una mueca distinta en el rostro.

Nada podía hacer ya por Estebanico o los demás esclavos. Pero Camacho, ese condenado loco, ese amigo al que había traicionado, seguía con el pellejo puesto.

—¡Vivo! —exclamó para sí cuando el muchacho echó a correr de nuevo.

La lluvia no se dio por enterada y, si lo hizo, no le importó. Siguió atendiendo a sus negocios.

—¡Vivo! —repitió en voz más baja.

Y el almacén ya no le pareció tan grande. Y el escobón ya no le pareció tan pequeño.

El almacén estaba limpio, impoluto. Incluso había limpiado las riostras entre las vigas y las ventanas, hasta había engrasado los goznes del portón y ayudado al cerrajero a cambiar las cerraduras. Pero sin negros a los que atender y sin palo con el que ocuparse, eso era cuanto había mandado Mora. Y el capataz, a paso vivo, fue al fondo del almacén, donde estaba la mesa en la que tantas horas había trabajado Camacho, y empezó a barrer una vez más. Aunque en esta ocasión con brío, moviendo el escobón como una pluma, silbando con alegría.

Y estaba en ello, barriendo lo que no necesitaba barrerse, cuando alguien asomó por la puerta.

—¿Julián?

Lo primero en lo que pensó fue en su hijo. Temió malas noticias. Era una joven alta y bien parecida que se cubría con un barragán encerado. Al capataz le dio un vuelco el corazón. Creyó que tendría que salir corriendo para ver a su hijo agonizar y, cuando contestó, lo hizo acercándose a toda prisa. El escobón cayó al suelo y resonó en el almacén vacío.

—Sí, yo soy. ¿Qué sucede? ¿Está bien mi niño?

Los ojos verdes no hablaban y su dueña, menos. Al cabo, asintió.

—Sí, que yo sepa, sí —afirmó, y soltó al instante una nueva pregunta—: ¿Eres el hijo del campanero?

Julián quedó desconcertado.

—¿Está bien mi pequeño? —repitió.

—Tal y como lo dejaste —respondió impaciente—. Son otros los asuntos que me han traído aquí.

Julián inclinó el rostro. Luego miró de hito en hito a la joven.

—Sí, yo soy hijo de campanero —se decidió a responder al fin.

No entendía a qué venía aquella pregunta. Y menos aún la que siguió, pero la recibió con alegría.

—Él dice que querrás hacerlo, está seguro de que te has arrepentido. Yo creo que es un idiota soñador y que todo esto es una locura que saldrá mal… —resopló la joven—. Sin embargo, eres nuestra última opción… —La dureza en las palabras hizo que Julián diera un paso atrás—. Así que seré clara: ¿quieres ayudar a Camacho?

Se desvaneció el desconcierto. Antes de contestar, se acercó a toda prisa a la puerta para mirar a ambos lados y asegurarse de que no había quien estuviese pendiente de asuntos ajenos.

—Pasa —la apremió el capataz.

Y trabó la puerta con los cerrojos.

Hubo tiempo de que el esportillero pasase de nuevo frente al almacén, esta vez sin prisa, porque el capazo iba tan cargado de arena que desinflaba los fuelles.

Y entre tanto comenzó a llover.

Incluso hubo tiempo de que el muchacho pasase una siguiente vez, con el capazo vacío de nuevo.

Y continuó lloviendo.

Entonces la puerta del almacén se entornó. Apenas lo justo. Julián volvió a asomarse, y volvió a mirar a ambos lados para cerciorarse de que no había quien le sacase los colores.

Entonces se escabulló al interior del almacén como una comadreja que regresa a la madriguera y, al poco, fue Catalina quien salió con paso rápido, arrebujándose con aquel barragán encerado.

—Tres días —le recordó sin volver la vista atrás.

—Tres días —repitió el capataz con una sonrisa—. Ve tranquila. No fallaré.

Camacho se pasó la mano por los revueltos cabellos y respiró hondo. El pungente olor del salitre no lograba disimular el hedor que el miedo de anteriores inquilinos había dejado en la triste celda. Se intuían allí demasiadas historias que habían acabado mal.

Pero el hijo de la Camacha no se arredró por el ominoso entorno. Asintió para sí, reafirmándose, y tomó asiento en la esquina más seca, dispuesto a esperar. Para matar el tiempo, se había traído chicle. Las reservas que Pedro dejara en la covacha.

La luz que se colaba a través del escaso tragaluz fue pintando su camino sobre las losas del suelo, descubriendo cagajones de rata, musgos mustios y parches de líquenes.

Dormitaba tranquilo cuando la cerradura dejó escapar un crujir oxidado. Y abrió los ojos a tiempo para ver la puerta girar sobre sus goznes.

Apareció entonces la generosa figura del carcelero. Esta vez no llevaba los cubos con el agua y la sopa.

—¿Todo en orden? —preguntó Camacho, incorporándose.

Rebocato se sorbió los mocos ruidosamente y contestó con la voz tomada:

—Se me ha agarrado al hocico una de esas influencias italianas, pero vamos tirando…

Y, para remarcar sus palabras, tosió ruidosamente antes de escupir un grueso gargajo en el suelo de la celda.

—Cuando todo esto termine, ve a ver al hebreo —le dijo Camacho.

Aquello estrujó las abotargadas mejillas del carcelero. Y, aunque no formuló la pregunta en voz alta, el gesto preñó de dudas un incómodo silencio.

—Saldrá bien —reaccionó Camacho con seguridad.

—A mí me huele que hay justos que pueden acabar pagando por los pecadores —murmuró Rebocato con la voz queda, sin enfatizar sus recelos.

Camacho no se molestó en negarlo.

—Puede ser —reconoció—. Pero al menos no será una sorpresa; las otras veces siempre nos ha cogido a calzón quitado. A nosotros y a todo el mundo,

de aquí a Cotoche, en La Española y Veracruz. Esta vez todo el mundo estará sobre aviso, y eso salvará a muchos si la cosa se desmanda.

A regañadientes, el carcelero admitió las razones.

—Pero es enseñar al gato la madriguera del ratón… —adujo.

—Cierto —admitió Camacho sin tapujos—, pero el gato hubiera encontrado la madriguera en cualquier caso. Y come ratones a menudo. Al menos, de esta, el gato ha prometido comportarse.

—Lo sé, pero…

Camacho entendía los recelos del carcelero. Y, deseoso de ponerse manos a la obra, atajó el asunto:

—¿Le has dicho a tu esposa y a tu hija que se vayan?

—Sí —afirmó el otro con premura—, mañana salen para Mérida, con el pretexto de visitar a un pariente.

—Entonces ellas estarán a salvo y, seguramente, alguien más —añadió con intención.

La vergüenza coloreó las abundantes mejillas del carcelero. Sin una sola palabra, aceptaba su culpa.

—No pasa nada —dijo Camacho indulgente—. Ya suponía que se correría la voz, es un secreto demasiado jugoso.

—Solo se lo he dicho a los más queridos.

—Y ellos se lo habrán dicho a otros —repuso Camacho—, pero eso era algo previsible. Solo espero que, al verlos marchar, no se levante la liebre.

Quedaron en silencio, madurando el asunto.

—No hay más que hacer —concluyó el hijo del inglés al rato—; no le demos más vueltas, a ver si se marea. —Y cambió de asunto con una pregunta directa—: ¿Ha venido el Rubio?

El rostro del carcelero mudó por completo. Las gorduras se agitaron, y pasó de la preocupación al miedo con un ademán cómico. Se hizo a un lado, dejando franco el paso, y señaló más allá del vano de la puerta. El dedo rechoncho apuntaba, pero el brazo recogido aclaraba que no tenía intención de acercarse.

A Camacho se le colgó una sonrisa en los labios.

—Yo lo haré —anunció.

—Más te vale, porque yo no pienso tocarlo —remarcó el carcelero.

Y Camacho salió de la mazmorra sin que su guardián hiciera nada por impedirlo.

Allí, junto al brasero que tiznaba de negro la esquina del corredor, estaba el cesto que apestaba a pescado podrido. Le llegó el tufo en cuanto dio el

primer paso fuera de la celda.

Tras él, con la cabeza entre los hombros, como una tortuga asustada, Rebocato lo miraba hacer sin moverse del sitio. Advirtiendo su inquietud, Camacho decidió sacar hierro al asunto.

—Cuando el Rubio recogió este regalo tan especial no tuvo ocasión de contarme si habían llegado nuevas del rancho —comentó, al tiempo que se agachaba junto al cesto—. Había que guardar las apariencias y no cuadraba que hablase con su prisionero. —Camacho examinó el nudo que aseguraba la tapa y se lo señaló al carcelero—. Pues sí, han llegado buenas noticias de Río Lagartos —anunció.

El hombre se encogió de hombros. Aun así, Camacho dio explicaciones.

—Me enseñó cuando era grumete. Los nudos no solo sirven para atar, también pueden hablar. Lo usábamos en las amarras para que en tierra supieran cuál era la carga a bordo y si merecía la pena robar algo de la nao.

—Si tú lo dices… —repuso Rebocato, a quien, claramente, le preocupaba mucho más lo que había en el interior del cesto y no cómo venía envuelto.

—Está bien… —Camacho sonrió.

Sin mayor ceremonia, alzó el cesto para llevarlo al interior de la mazmorra.

Cuando pasó junto a Rebocato, este dio un paso atrás y chocó con el quicio de la puerta. Se quedó allí, apretando sus gordas posaderas contra el madero, dejando tanto espacio como era posible entre su panza y la cesta.

Una vez en el calabozo, Camacho fue hasta la misma esquina en la que se había sentado, la menos húmeda, y lo depositó en el suelo.

—¿Funcionará? —preguntó Rebocato aún en el quicio de la puerta.

Camacho resopló, se pasó la mano por el pelo, que siguió revolviéndose a su antojo, y respondió:

—Si vienen, lo hará. Funcionará. —Su voz sonó a lamento.

Rebocato lo miró alzando una ceja.

—¿Y vendrán?

—Preferiría contestar que no —repuso el hijo del inglés—. No lo creerás, pero me gustaría pensar que no. Sin embargo —apuntillo, aún en cuclillas junto al cesto—, vendrán.

El carcelero se apartó al fin de su magro refugio.

—Hubiera sido más fácil de otro modo…

Camacho volvió a resoplar, pero no contestó. Se puso en pie y dio un paso atrás. Miró por un momento al carcelero y luego clavó los ojos en aquel cesto.

El tufo a pescado que había olvidado el mar se peleaba con el salitre, y ganaba el combate.

Algo se movió en el interior de la cesta. La tapa se sacudió contra las sogas.

Dio otro paso atrás.

—Eso mismo dijo el Rubio —reconoció.

Callaron y, a través del tragaluz, les llegaron las voces de los soldados del capitán Alcalá. Pese a la lluvia, bromeaban mientras marchaban hacia los cuarteles. Se oía el tintinear de los hierros en los costados y el tono bronco de los hombres de armas. Pero ellos no les prestaron atención.

—Eso mismo dijo el Rubio —repitió Camacho, circunspecto—. Pero ¿qué haría eso de mí? ¿Es eso lo que haría Isidoro Bernal María de la Santísima Merced de la Visitación y Brochero?

—¿Quién?

El desconcierto del carcelero hizo retemblar sus rechonchas mejillas. Y la perplejidad de su rostro se enrevesó al no saber qué contestar a ninguna de aquellas preguntas. Pero Isidoro Bernal María de la Santísima Merced de la Visitación y Brochero se dio a sí mismo la respuesta.

—Si lo hiciera, no sería mejor que él —declaró reflexivo—. Seríamos paladas del mismo carbón.

Negó, sacudiendo el mentón. Y bajó la voz para añadir algo que únicamente oyó el propio Isidoro Bernal María de la Santísima Merced de la Visitación y Brochero:

—Eso no es lo que mi madre hubiera querido.

Durante solo un instante, Rebocato tuvo la tentación de preguntar, incluso levantó un dedo rechoncho y sus labios carnosos se abrieron. Luego se lo pensó mejor, tragó y cogió el tirador con una última mirada desconfiada a aquel cesto.

—Luego vuelvo con agua y sopa —anunció.

Y cerró la puerta. A ninguno de los dos le extrañó que en la mazmorra se quedase el supuesto pescado con el que hacer la sopa aguada.

La llave entonó sus crujientes lamentos en la cerradura.

Camacho masticaba el chicle, perdido en algún rincón de sus recuerdos.

Entre el mundo y él quedaron las piedras salitrosas, los barrotes del tragaluz, y los gruesos maderos remachados del pesado portón.

Desde el otro lado, con una risa disimulada, llegó por última vez la voz del carcelero:

—¿Sabes? El capitán Alcalá siempre presume de que, desde que se construyeron, nadie ha escapado jamás de estos calabozos…

En las cocinas de la casa de Mora se preparaba un lacón lechado. Se había cocinado a fuego lento desde la amanecida, como le gustaba al señor. Y toda la planta baja estaba inundada por el aroma del buen sofrito de laurel con el que se había preparado el fondo del guiso; además, por encima, sutilmente, flotaba el dulzón perfume de la leche cocida, que se consumía poco a poco en torno a la pieza de carne del mejor puerco criado en la península.

En el horno se cocía también auténtico pan de trigo; ni cazabe, ni maíz ni otros ingenios para engañar el hambre, sino auténtico pan bregado. Una pieza con la corteza abierta como una flor, hecha con harina de candeal, amasada durante la noche, estirada a rodillo y fermentada una sola vez; una hogaza de lustroso dorado, igual a la que un peregrino a Compostela hubiera podido encontrar en una venta a pocas leguas de Cruz de Ferro, no lejos de Ponferrada y su virgen de la Encina.

Había también una fuente con garbanzos salteados con ajo. Y, para completar el menú, la manteca estaba al fuego. Se calentaba para atender a la fritura de unos paparajotes hechos con las hojas del limonero que presumía de vigor en los jardines de la casa.

Nada al uso o costumbre local, todos platos de castellano de abolengo.

Lo único que faltaba por preparar era la tajada de pescado en sopas de cebolla, uno de los favoritos del señor de la casa. Pero esa mañana el recadero que debía traer el róbalo de la lonja se retrasaba.

Y el lacayo se mordía las uñas hasta las muñecas, porque, en los últimos tiempos, el humor del señor era peor de lo habitual y faltaba poco para servir las raciones y que el señor comiera a gusto, escogiendo los bocados más tiernos, los que no le dejaban hebras entre las maltrechas muelas. Luego, de cuanto sobrase, el servicio podría aprovecharse. Y más valía, porque en los últimos tiempos, aunque se guardasen las apariencias, el señor regía las dispensas y a las comidas les faltaban platos y a los platos, cantidad.

De hecho, la cocinera, una oronda riojana, se disponía a tirar a la basura unos recortes de los tocinos del lacón. El sirviente la detuvo.

—Pueden venir bien para hacer relleno otro día —le dijo con voz autoritaria.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta y, tras comprobar que la riojana guardaba aquellos recortes en un tarro de la fresquera, salió de las cocinas.

Lo hizo con prisa y preocupación a partes iguales. Pese a que aún no habían recibido la última paga, trataba de que el personal se esforzase para agradar al señor, por si tal cosa mejoraba el mal temple de las últimas semanas. No quería que nada se estropease.

Llevaba en la casa desde los tiempos del viejo, y ahora, con su hijo, las cosas se habían vuelto difíciles, pero el ansia del trabajo bien hecho espoleaba las viejas costumbres, incluso a falta de salario.

Fue a la puerta a recoger el ansiado pescado, estiró la librea, recolocó los cabellos y carraspeó. Sin embargo, su ceño fruncido no se topó con el habitual muchacho sudoroso que se había echado una carrera desde la lonja.

El parche no volvía la expresión más amable, y la sonrisa retorcida, con la silueta de una rama quebrada, prometía más una cuchillada al tuétano que un saludo. Aun así, el lacayo se recompuso, se olvidó de la regañina que había preparado y se esforzó por cumplir con su labor.

—Buen día, señor de Roa —saludó en tono amable, haciéndose ya a un lado—. Pase, daré noticia. El señor de Mora está atendiendo otros asuntos.

Como buen lacayo, mentía. El dueño de la casa llevaba días sin levantarse antes del mediodía, rabioso y enfurecido de continuo, incapaz de conciliar el sueño hasta pasados maitines.

Sin embargo, el veterano no quedó impresionado por sus esfuerzos. Lo atravesó con su único ojo, que brillaba encima de una mejilla a la que hacía falta afeitado.

—¡Sácalo de la cama! —gruñó con autoridad—. Que se despabile la resaca, ¡y que vaya al salón!

El lacayo a punto estuvo de protestar, pero el mirar torvo del único ojo le dio consejos más provechosos.

—Y trae loja para remojar el gaznate —mandó, pasando al interior con brusquedad—, si es que hay —aclaró con desprecio—; y, si no hay loja, llévame un vaso de ese orujo gallego que escondes en la bodega con más celo que el virgo de tu hija.

No le gustaban aquellas familiaridades, pero había sido el señor quien metiera al lobo en el corral.

—Me ocuparé lo antes posible —se contuvo el lacayo.

Y lo dijo sinceramente. Pero justo en ese momento el mozo de la lonja apareció por fin. El muchacho, desarreglado, con el rostro lleno de granos y bozo oscuro sobre el labio, se llegaba hacia la casa con aires bobalicones y sin

prisa alguna. Envuelto en hojas, traía el róbalo al hombro, como si fuera un costal de grano, sin cuidado por evitar mazarlo.

Y el lacayo, rescatando la regañina que el veterano había sofocado, salió del zaguán mientras Roa se mostraba a sí mismo el camino hacia el salón en que los Mora presumían de su colección de bronces.

—¡Te has retrasado! —acusó con el índice levantado—. ¿Es este el modo de tratar a los buenos clientes? Todas las vigilias desde hace más de treinta años os compramos el pescado. Y al menos una vez a la semana el resto de las semanas del año, ¿y así nos tratáis?, ¿con retrasos?

Descargaba en el muchacho lo que no había podido verter en el veterano.

—¡No son maneras! ¿Has oído? No se puede tratar así a un cliente como el señor de Mora…

El mozo se encogió de hombros, acostumbrado a las protestas, y contestó con menos respeto del debido.

—Si queréis me lo llevo de vuelta…

Y para dejar claro lo que opinaba, hizo ademán de darse la vuelta.

El gesto sirvió para que al lacayo se le desbaratara la digestión del desayuno que le había agenciado la riojana con unas tortas de aceite.

—¡No! —se alarmó, soltando pasos al frente como un mal luchador hubiera echado puñetazos al aire en una reyerta de taberna—. Hay que llevarlo a cocinas cuanto antes —añadió con angustia.

El mozo encogió los hombros de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el lacayo respirando con más calma.

—Ni idea. Falta gente en los puestos. De pronto a todo el mundo le ha aparecido un pariente enfermo o un compromiso en Mérida —repuso el mozalbete con desgana, dejando bien claro que le daba lo mismo izquierda que derecha.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Y el otro, como si tuviese que pagar a cuarto la palabra, en lugar de contestar, señaló calle abajo.

Una pareja pasaba tirando de las riendas de un borrico con las alforjas cargadas.

El lacayo los conocía. Eran un mercader de poca monta y su mujer. Vendían abastos a las naos de la flota, salazones, tasajo, panes recocidos y vino agrio, nada de enjundia, pero llevaban un buen vivir que les había permitido comprar una casa en la linde del barrio.

Le llamó la atención el asunto, pero no disponía de tiempo.

—Vamos, ¡a las cocinas! —apremió al muchacho, sin ofrecerse a coger el pescado.

Y, en tanto se comenzaba a destripar y sazonar el róbalo al gusto de la casa, el lacayo corrió escaleras arriba para avisar a su señor.

Porque Roa esperaba. Cotilleaba la campana que, supuestamente, se había recuperado de los restos del fuerte de la Natividad. Siempre había sospechado que al viejo lo habían estafado, pero nunca había dicho palabra. Los dineros de Mora no solo pagaban por su espada, también por fingir respetos.

Aún tuvo que esperar un buen rato hasta que, ojeroso, con pinta de cabalgar una resaca revoltosa, Mora apareció en el salón sin más que calzas y camisa, con el pelo desarreglado y el rostro descompuesto.

—¿Qué quieres? —preguntó de mal humor, y quedó por la habitación el putrefacto aliento, capaz de espantar el delicioso aroma del lacón lechado.

Roa se quedó admirado de que aquel rostro angelical ni siquiera ofreciera mal aspecto cuando era evidente que su dueño pagaba el precio de los excesos.

—El inglés ha aparecido. Está preso en la alguacilería.

Aquello despabiló por completo al mercader. Había estado por sentarse, pero se quedó con las manos en los brazos de la silla y las posaderas en el aire, haciendo equilibrios, como si, en lugar de cuero, en el asiento hubiese un balde de agua fría.

—¿Qué?, ¿cómo?

Roa se guardó la sonrisa, pero no pudo contenerse y aventó el aire delante de las narices, abanicando con la mano.

—Uno al que llaman el Rubio se ha presentado de buena mañana y lo ha entregado —relató el veterano—. No sé de dónde lo ha sacado. Y él se ha negado a dar explicaciones.

Las posaderas de Mora tomaron asiento finalmente.

—¿El Rubio?

—Un prestamista que controla las timbas de El lagarto —explicó Roa—. Hay quien dice que es el capataz de la Garduña, pero a mí eso me parece mucho decir…

—¿La Garduña? ¡Majaderías! Eso es un cuento para asustar a los críos de teta.

Roa, de opinión contraria, se encogió de hombros, con pocas ganas de discutir al señor sus convencimientos.

—Puede —repuso—, pero lo seguro es que es un cabronazo de pies a cabeza. Yo no me fiaría ni de los piojos de ese espantamonas.

Reflexivo, Mora guardó silencio.

El lacayo ya entraba con la bebida. Traía una botella que ya mediaba y un solo vaso.

Inmerso en sus pensamientos, el señor de la casa no advirtió la mirada de odio que se cruzaron el veterano y su sirviente.

La chimenea había sido encendida y, aunque solo había un leño ardiendo mansamente, era más que suficiente, porque la temporada de lluvias traía agua, pero no frío.

—Te lo ha dicho Oria, supongo —rompió el silencio Mora cuando el lacayo abandonó el salón.

Roa miró el vaso desatendido, se recolocó el parche, al que aún no lograba acostumbrarse, y contestó:

—¡No! Ha sido uno de sus corchetes, uno que me debía un favor —aclaró sin entrar en detalles—. Esa comadreja de Oria se ha ido derecho a lamer las muy ilustres posaderas a Pedrarias.

Roa se dio cuenta de que la comprensión medraba en su patrón. Su expresión fue cambiando a pocos. La mala noche hizo que al mercader le costase trabajo, pero las consecuencias calaron finalmente.

—¿Cómo se ha atrevido? —preguntó airado—. ¡Desagradecido! Hijo de la gran puta…

Farfulló algo más, incomprensible. Revolvió los brazos.

—La madre que lo parió.

El veterano asintió, entendiendo al instante el enfado. Conocía al patrón y sabía que tenía que darle cuerda para que soltase su ira.

—Yo fui el que conseguí que la recompensa fuera tan alta —dijo Mora, golpeándose el pecho con el índice—, yo fui el que envió recado al gobernador Céspedes —insistió alzando la voz—. Pedrarias ni siquiera creía que pudiera seguir con vida. Ese mentecato es incapaz de tener una idea propia, lo único que sabe hacer es chupar de teta ajena.

Se levantó. Y vio entonces el vaso con orujo, como si acabase de caer en la cuenta de que estaba allí. Lo ventiló de un trago ansioso.

—Fue idea mía, ¡mía! —recalcó sulfurado—, por si acaso aparecía ese inglés de mierda.

Como sabía lo que se esperaba de él, Roa asintió compungido.

—Claro que sí, patrón —concedió solícito—. Pero me da en los hocicos que ese desagradecido de Oria se nos quiere subir a las barbas.

—Yo hubiera dado a Pedrarias su parte —protestó Mora—. Llevo mucho haciendo negocios con esa sanguijuela.

—Ya —concedió Roa—. Me hago cargo. No sé con qué pretexto, pero Oria está deseando quitarse la soga que lleva al cuello y querrá congraciarse con Pedrarias… Apuesto a que, además de la recompensa, le ha ofrecido las posaderas para que se huelgue a gusto —añadió, haciendo un gesto obsceno con las manos—. Pedrarias no cambiaría de caballo a mitad de camino a no ser que supiera que se llevará algo más que su parte de la recompensa, algo que realmente merezca la pena…

—Yo no soy ningún caballo… —habló Mora con los dientes apretados, enrabietado.

Roa dejó caer los ojos, consciente de que no había cuidado sus palabras.

—Claro que no, patrón, claro que no…

El mercader alivió la carga de la botella sin usar el vaso y, tras limpiarse con la manga, habló. El ceño seguía fruncido.

—De ese par de cantamañanas me encargo ahora mismo —aseguró con decisión—. Voy a escribir al gobernador diciéndole que suspenda el pago de la recompensa… Si yo no la cobro, no la cobrará nadie. Prefiero que se la quede ese gordo cebón de Céspedes —remató con saña.

Y, sin saber que sus enemigos se ganarían el favor del gobernador Céspedes al recuperar lo robado por los indios rebeldes, Mora se gustó a sí mismo. Pese a los problemas de los últimos tiempos, se enorgullecía al pensar que su poder y posición no se tambaleaban.

—Sí, aunque haya que reventar diez caballos de aquí a Mérida, de eso me encargo ahora mismo —repitió—. Sin embargo, queda un cabo suelto. —Tenía la misma expresión que Roa había visto en los perros a los que solo alimentaban con carne de esclavo—. Uno del que eres responsable —acusó al veterano, mirándolo con los ojos sembrados de cizaña—. Hay que encargarse de ese inglés de mierda. Tendrás que rematar el trabajo que dejaste sin terminar. Y cuanto antes.

—Pues habrá que esperar a que lo trasladen a Mérida para ir a la Audiencia. Mientras esté en los calabozos no se me ocurre cómo…

Calló de repente, con una idea rondándolo.

—Podría armar bronca en El lagarto y que me enrejasen por unos días, pero no creo que me encierren en el mismo calabozo —dijo dubitativo—. Tan difícil es escapar de ahí como entrar —admitió—. Conozco a los corchetes. Uno de ellos, el que se ha ido de la lengua —aclaró—, ese me debe un buen pellizco. Lo mejor es enterarnos de cuándo lo van a trasladar y asaltar el transporte.

La expresión siniestra de Mora se acentuó.

—No hay por qué esperar. Puede que tú conozcas a los corchetes, pero yo sé qué tripa se les ha roto a los carceleros —dijo Mora con toda la intención —. Uno de ellos es un mojigato, pero el otro se deja convencer con facilidad.

Y contó al veterano sobre aquella anguila con greñas que era Cipriano, y Roa cayó en la cuenta de quién le hablaban.

Para cuando la tajada de róbalo estaba en su punto y el lacayo respiraba con calma, el mercader ya se había adecentado y el veterano iba rumbo al puerto para encontrarse con el gaditano y con Urdaneta.

Tenían pesquisas que hacer y trabajo pendiente. Pero se las apañaron con soltura. Como buenos sabuesos acostumbrados a seguir el rastro, les quedó tiempo para darse a los vicios. Juan y el guipuzcoano se decantaron por las mercancías que ofrecía la Brava, pero Roa tenía más querencia por los naipes y prefirió refugiarse en El lagarto.

Jugó a quínolas hasta la madrugada, y acabó con una sonrisa retorcida en los labios cuando, bien entrada la noche, no él, sino otro, terminó con los grillos de los corchetes en las muñecas.

Fue otra mesa la de la bronca, y Roa se quedó sin detalles, pero nadie desenvainó. El asunto se zanjó con una silla rota, unos dientes por el suelo y un pelirrojo de cara pecosa que, con poca protesta, se dejó llevar en andas por los corchetes para conocer los calabozos de la alguacilería.

No le dio el veterano más importancia.

Tres días después, la noche se volvió cobarde cuando la lluvia arreció. Empezó a clarear y ya no quiso pelearse con el día que llegaba por levante.

Afortunadamente, pese a la lluvia, testaruda, los vientos no soplaban con fuerza. Por el momento, no había razones para temer otro huracán que tuviera la mala idea de rematar lo mediado por su madrugador hermano.

Cantaron los gallos en los humildes corrales de las casas pobres, las que rondaban la barriada de San Francisco. En la tahona, sacaron la última tanda de panes del horno, y un mozo preparaba las cestas con el encargo diario para la posada de El lagarto y la casa de la Brava; silbaba contento porque a veces, en el lupanar, se entreveía algún escote, sobre todo cuando las chicas fregaban.

Pese a la festividad, los albañiles de la cuadrilla que se afanaba en el paño de muralla, más allá del puerto, salieron de sus casas. Eran quienes llevaban el trabajo más atrasado y, desde Mérida, había llegado orden de que se laborase sin descanso. Ellos serían los únicos en trabajar ese día santo.

Ajeno al calendario cristiano y a sus asuntos, el indio Yumil bostezaba ruidosamente. Más le valía dar por concluida la jornada. La noche no se había dado bien: había logrado engañar a un róbalo enorme, pero el aparejo se había roto en pedazos cuando el pez se enfureció con el anzuelo.

Algo más de suerte habían tenido los que volvían en las barcas hacia el atracadero de la playa de San Román; traían sobre todo humildes *chackchi*, pero también dos meros de talla que darían buenos dividendos en la lonja.

El hebreo Samuel estaba en su botica. Preparaba con diligencia mejunjes que sabía necesarios, sobre todo cataplasmas para pechos congestionados, hierbas para bajar la fiebre y remedios para los catarros que siempre traían las lluvias.

A Julián, los primeros morados del amanecer lo sorprendieron junto a su pequeño. El crío dormía como si caminase sobre hielo fino; daba la sensación de que despertaría sobresaltado de un momento a otro y de que, al despertar, algo irreparable se rompería.

Julián comprendió que no podía entretenerse por más tiempo. Recogió en su mano la mejilla cenicienta y contempló aquel rostro donde el sufrimiento

había grabado huellas imborrables.

—Volveré pronto —anunció con un susurro frágil.

Dejó la casa a cargo del silencio de la mañana, sabedor de que su esposa se ocuparía del niño y de que su hija ayudaría con las tareas. Aquello resultó reconfortante, porque los remordimientos ya no le robaban la sencilla felicidad de los pequeños momentos.

Salió de su casa refugiándose del aguacero con su sombrero más grande. Y, para no olvidarse de por quién debía preguntar, iba murmurando, una vez tras otra, el mismo nombre:

—Malaquías —susurraba para sí bajo el rumor de la lluvia.

Caminó hacia la silueta del convento de San Francisco, cuyo campanario despuntaba sobre las humildes casas de la barriada.

Al otro lado de la ciudad, otro hombre se refugiaba de la lluvia con un chambergo de ala ancha y también mascullaba entre dientes.

Aunque, en lugar de repetir un nombre para que la memoria no le jugase una mala pasada, Cipriano blasfemaba; de mala gana e intercalando reniegos. Iba a la alguacilería, pero, al contrario que el capataz de la casa de Mora, no iba de buen ánimo a cumplir con sus obligaciones.

Durante unos días, Rebocato se había ofrecido a cubrir los turnos, pero esa mañana, precisamente la mañana del día del Carmen, justo cuando se ofrecían buenas fiestas, cuando los negocios cerraban y en El lagarto se auguraba una tarde de juerga, debía acudir a la alguacilería.

En el puerto habría guirnaldas de flores, las muchachas en casa de la Brava se mostrarían dispuestas, alguien habría montado un puesto de dulces, quizás incluso quedase algún titiritero que, pese a la salida de la *Balvanera*, se hubiese acomodado en la villa.

Y él, por desgracia, tendría que perdérselo. Por atender al trabajo, por llevar sopa aguada a los dos prisioneros en los calabozos.

Arrastraba su disgusto como alma en pena, pensando que quizá debería cobrar su salario por ser quien era, y no por desempeñar un trabajo útil.

Bajaba ya de San Román hacia el puerto cuando, antes de doblar la esquina que conducía a las fortificaciones, vio una figura que esperaba arrimada a la muralla.

La capa le caía desde el hombro y se abultaba donde la mano se apoyaba en el puño de la espada. Una bota pisaba en la misma pared donde descansaba la espalda. El chapó, de ala ancha, se derramaba a un lado como un guiño. No se le veía la cara.

Cipriano pensó que más valía aconsejarse un rodeo, porque ya de lejos al tipo se le destilaba pinta de jaque, y, para no rematar el día antes de empezarlo, al carcelero se le antojó evitarlo.

Por si las moscas.

Había tenido un tío en Ávila que había muerto de un mal encontronazo con el palmo de acero que traía en las manos un bandolero de la sierra, y Cipriano se preciaba de ser un tipo que aprendía sus lecciones. Echó la mano a la bolsa que llevaba al cinto y se dio la vuelta.

—Las prisas son malas consejeras —le espetó otro matasiete con la colilla de un cigarro prendida en los dientes, incapaz de tirarla pese a que estuviera empapada.

Junto a Urdaneta estaba también Juan, que enseñaba sin reparo aquella particular cinquedea con la que armaba su cintura.

Echó Cipriano un reojo por encima del hombro y vio que el de la muralla ya se le había puesto detrás.

Por el ala del sombrero desfilaban goterones de la lluvia que se vencían al lado donde lo cargaba, justo frente al ojo que no llevaba cubierto por un parche. Si le hubieran dicho que aquel tipo robaba niños para sacarles las mantecas, se lo hubiera creído.

No le hizo falta hablar. Ni a él ni a ninguno de los otros dos.

A quien se le soltó la lengua fue a Cipriano.

—No llevo mucho —empezó a decir con un murmullo cobarde.

Y, al tiempo que se esforzaba por tragar el nudo en su garganta, desataba la bolsa del cinto, dispuesto a darla como ofrenda para evitar que le enseñasen de qué color tenía las tripas.

El gaditano echó al aire una risotada semejante a un escupitajo. Y Urdaneta fue quien cubrió el paso que los separaba hasta arrimarse a Cipriano, quien, pese al gesto, no creyó que fueran a besarlo.

—Respira, hombre, respira…

La palmada en el hombro tuvo poco de amistoso.

Incapaces de resistirse, los dos se relamieron con el miedo que afloraba en el rostro del carcelero.

Y Roa, que conocía a sus perros, decidió ir al grano.

—Nos envía el señor de Mora para arreglar una visita —susurró al cogote del carcelero, que, indeciso y asustado, no sabía a dónde mirar o a cuál de ellos prestar atención.

Del miedo pasó al desconcierto. Hasta que una chispa de inspiración le iluminó la sesera.

—A la jaca se la llevaron los cucarachos —dijo Cipriano sin saber a quién dirigirse, repartiendo la noticia como naipes a una mesa.

Urdaneta se sacó el chicote del cigarro de entre los dientes, lo examinó con calma, como si hubiera en las hojas de tabaco la revelación al misterio de la Trinidad, y, cuando se convenció de que no tenía provecho, lo tiró con desgana.

—Eso ya lo sabemos. El patrón estaba allí cuando se presentaron los del Oficio.

Pero, de nuevo, fue Roa el que cortó por lo sano:

—Queremos hacer una visita a ese inglés de mierda, y queremos que tú mantengas la boca cerrada.

Dicho lo sustancioso, Urdaneta remató:

—Y podrás echar unas monedas a esa bolsa que tanto aprecias. —Guasón, señaló con el mentón la faltriquera, encerrada entre nudillos blanqueados.

El alivio solo duró un suspiro. Como si hubiera comido huevos olvidados una semana al sol, Cipriano quedó con las tripas llenas de retortijones y no logró asentarlas. Cargaba con la pesada sensación de que, en cualquier momento, aquella falsa amabilidad le escupiría a la cara.

Hizo lo que le pidieron.

El corchete de retén, medio adormilado tras la guardia nocturna, repantingado en aquel taburete cojo, no dijo ni pío.

Pasó Cipriano hacia las escaleras. Avirtió que el del parche le dedicaba al otro un asentimiento vago, e incluso se preguntó qué se traerían entre manos, pero no se atrevió a pronunciar palabra.

Bajaron los primeros peldaños hacia los calabozos, y la sorpresa llegó cuando Cipriano se encontró al otro carcelero sentado allí, recuperando el resuello.

Rebocato se volvió al oír los pasos.

—¡Bendita Providencia! Vamos, échame una mano…

Calló en cuanto vio a Roa y los suyos, unos escalones más arriba.

Todos estiraron el pescuezo, preguntándose lo mismo.

Y la respuesta era una coracha grande, un resto de las mismas que usaban los estibadores en el puerto. Deslavazada, yacía unos peldaños por debajo.

Rebocato se sintió en la obligación de matar aquel silencio.

—Al borrachuzo que la montó el otro día en El lagarto —dijo, señalando los rotos con un gesto vago—, le ha dado un aire, o qué se yo…

Cipriano asintió. De tanto en tanto alguno de los prisioneros estiraba la pata, y poco más podía hacerse que ocuparse del muerto antes de que

apestase, tarea para la que siempre había hueco en el camposanto San Román.

—Pedí ayuda al corchete —seguía hablando Rebocato, inseguro al ver que nadie respondía—, pero me mandó a freír espárragos. Llevo un buen rato peleando para subir a este condenado.

Y, sin temor a represalias, soltó un puntapié al bulto, que, lógicamente, no se quejó.

Roa y los suyos mantuvieron el silencio. Aquel asunto no les concernía. Cipriano adujo rápidamente razones para no compartir el penoso trabajo.

—Es menester atender a sus señorías —dijo, como el más solícito de los lacayos, y se echó escaleras abajo sin más esfuerzo que el de sortear la coracha con el cadáver.

Pasaron todos por encima del bulto, y solo el gaditano tuvo el fario de persignarse; los demás ni le prestaron atención.

Rebocato los vio alejarse escaleras abajo y lamentó su suerte. No le quedó otra que empeñar la riñonada.

Se agachó con disgusto, sujetó la tela entre los dedos y tiró con fuerza para, penosamente, subir peldaño a peldaño con el cadáver. Ascendía de espaldas, tanteando cada escalón con los talones y arriesgándose a que un mal paso lo obligara a donar las muelas.

Cuando solo quedaban dos peldaños, entre resoplido y resoplido, echó un vistazo a su espalda, pero allí no había nadie. Probablemente el corchete, esperando el relevo de amanecida, había salido a despejarse o a aliviar la vejiga.

Antes del último tirón, el que sacaría al muerto de las escaleras, aguzó el oído e intentó averiguar qué hablaban aquellos matasietes y el escurrido de Cipriano. Le llegó un murmullo de voces, pero no entendió.

Estaba inclinado hacia delante, prestando atención, haciendo equilibrios, con un pie por encima y otro por debajo de la coracha, cuando la sorpresa casi lo echó al suelo.

—¿Aún estás aquí? Ni que el pelirrojo ese fuera un buey —oyó en tono de burla.

El corchete volvía a entrar, colocándose las calzas.

—Muy gracioso —replicó Rebocato.

Y, resignado, continuó con su tarea. Con las mejillas coloradas, el sudor en la frente y ganas de liarse a patadas con aquel fardo. Lo dejó en la entrada y salió.

Junto al portal, sentado en la barbacana, con pocas ganas de hacer bien su trabajo, había otro guarda.

—Ya he visto que entraba Cipriano —dijo afable, sin levantarse—. ¿Te vas a casa o pasarás por el puerto?

El carcelero saludó con un gesto de la mano, sin detenerse.

—¿A casa? Aún me queda trabajo. Ayer por la noche estiró la pata ese que la lio en El lagarto.

—Mejor él que tú —contestó el corchete intentando consolar el tono quejoso.

—Puede, pero mejor ninguno. Me ha tocado cargarlo escaleras arriba —contó con fastidio.

Y, tal que si llevara prisa, se fue a las caballerizas para que algún palafrenero le agenciase una mula con la que llevarse el muerto, a ver si los frailes se apiadaban y le donaban una parcela a la sombra de la ceiba de poniente.

—¿Quieres echar una mano? —preguntó sin convicción.

El guarda sonrió de medio lado.

—Yo lo siento —mintió—, pero mi relevo ya debería estar aquí.

De camino a los establos, vio a alguien que se resguardaba de la lluvia bajo un alero, y entonces le salieron las cuentas que, hasta entonces, le habían fallado. Rebocato suspiró aliviado.

Pensó que todo marchaba bien, pero, como le había sucedido al Rubio, se equivocó.

Entre tanto, escaleras abajo, Roa y los suyos esperaban a que Cipriano se manejase con el enorme llavero.

—¿Cuál es? —preguntó el gaditano.

Cipriano señaló la puerta del medio y, con un tintineo, enseñó al fin la llave en una pregunta muda.

Roa no habló al carcelero para darle respuesta, se dirigió a Urdaneta.

—Ve a buscar al patrón…

Mora bajó por la escalera como si fuera la de su propia casa.

Llevaba entre los dientes aquel maldito palillo, y lo hacía danzar en sus labios de una comisura a la otra.

Abajo lo esperaban sus hombres. También aquella sabandija de Cipriano.

En cuanto lo vio, le lanzó los dos reales que llevaba en la mano. Hizo el gesto con desprecio y se quedó corto, adrede. Las monedas cayeron a dos pasos de su codicioso destino.

Y Roa advirtió cómo el palillo hacía un alto cuando Cipriano se puso a gatas. El rostro del patrón era el de un zopilote ante carroña fresca.

—¿Cuál es? —preguntó Mora sin esperar.

Todavía arrodillado, Cipriano respondió:

—La del medio, las otras están vacías. Había un pintamonas en aquella —señaló—, pero la palmó anoche.

El dedo del carcelero apuntaba a una puerta, recia, con los remaches peinados de robín. Al otro lado había un calabozo, como los demás del corredor, húmedo y desolado. Vacío. O casi vacío, pues quedaba paja suelta. Un montón apilado contra la rendija de la puerta, bien apretado, y otro más en una esquina. El resto del suelo se veía limpio, como si hubieran barrido para repartir la paja en las dos montoneras. Y en la de la esquina brotaba un mechón rebelde y pelirrojo. Como una seta en un prado, asomaba entre la hierba seca.

Tras el mechón estaba el garduño Bienvenido, que rezaba para sí. Rezaba porque todo saliera bien y, más que nada, se estaba quieto. Tan quieto como podía.

Cuando las monedas estuvieron a resguardo, el llavero tintineó en las manos del carcelero, que presto se encaminó a la puerta de en medio.

—¿Lo tienes? —Mora miró a su lobo.

Roa asintió.

—Pena que no estemos en la selva —chistó—. Con un tablón de madera de balsa y un agujero en el sitio justo, basta hacer un corte…

El gaditano y Urdaneta lo miraron interesados. Mora ya solo prestaba atención al carcelero.

—Le quitas las calzas, lo atas al madero y le dejas lo suyo colgando por el agujero, un tajo para que sangre, y lo lanzas donde haya pirañas…

Advirtió que al patrón no le iba una higa en su historia, y Roa sacó algo del coleto. Los apóstoles de la bandolera se mecieron como ahorcados en el patíbulo.

—Azuza el brasero…

Ni el guipuzcoano ni Juan supieron a quién de los dos se refería. Pero este último entendió que la jerarquía mandaba y se fue a la esquina cubierta de hollín. Avivó el fuego con unos cuantos soplidos y añadió un par de leños que pronto quedaron envueltos en llamas.

En la mano del veterano había unas tenazas. No tenían sello, como las de Pedrarias, pero, para lo que pensaban hacer allí, bastaban. Sin decir palabra, Roa se las tendió al gaditano, y acabaron arrimadas a la lumbre.

Cipriano, que se había quedado quieto, entendió el asunto y entrecerró los ojos, imaginando el sufrimiento. Pero el peso de los reales en su bolsa, quizás el miedo a que también quisieran chamuscarle las carnes si no obedecía, lo obligaron a meter la llave en la cerradura y hacerla girar.

El mecanismo protestó, lastimero, y, cuando empujó la puerta, las bisagras contestaron con su propia queja.

Se hizo a un lado, dejando el paso al interior de la celda a los hombres de Mora.

El mercader se quedó atrás, esperando.

Frente a la puerta abierta, a apenas unos pasos, Roa y los otros dos se inclinaron.

Una sombra de duda cruzó por los tres rostros.

El veterano se llegó hasta el umbral.

—¿Qué demonios…?

La expresión en el rostro del mercader mudó por completo, y se acercó a toda prisa. Y Cipriano, picado por la curiosidad, se asomó como un ratón a la boca de la ratonera.

—¡Es imposible! —exclamó.

Los cinco miraban al interior del calabozo. Había manchurrones en las paredes, humedad en el suelo, paja por todos lados y, en el centro, un cesto.

Eso era todo. Camacho no estaba.

En el puerto, como ya había sucedido en la feria por la partida de la *Balvanera*, unos cuantos intentaban aprovechar la festividad del Carmen y paseaban entre los habituales puestos de comida.

Se prendían fuegos, se picaban verduras, se cocían tortillas, se sazonaban carnes. La lluvia deslucía, pero se podían conseguir unos cuartos. Merecía la pena el esfuerzo.

Quien más, quien menos llevaba en el asunto el tiempo suficiente para darse buenas mañas, y bastaba con ver a una indiecita que deshilachaba la carne de un jamón asado para darse cuenta de que allí todos tenían práctica en la profesión.

Todos menos los de un puesto montado con cuatro traveseros y un enorme barragán encerado. Un tenderete arrimado a la esquina de un callejón ciego que se veía, a todas luces, una chapuza; como las artes de sus ocupantes para el oficio de abacero.

—Mierda de almendras y mierda de dulces —mascullaba a disgusto.

Catalina, con poca maña, intentaba arreglárselas para dar forma de rosquilla a la supuesta pasta de melindres que ella y Tomasa habían preparado, pero se le desmigaba en las manos, y Gundemaro, como un niño travieso, picoteaba las migas de la tabla.

Al lado del improvisado mostrador, una pequeña hoguera ardía en un caldero de fundición, y encima, una parrilla en la que se calentaba una sartén con la manteca de la fritura.

El Rubio se paseaba por los alrededores, mirando cada poco hacia la fortificación que coronaba la bocana del puerto, como esperando a que, de un momento a otro, apareciese alguien.

Y, entretanto, a Catalina se la llevaban los demonios, especialmente porque Tomasa ya tenía una pulcra línea de pequeñas rosquillas alineadas contra el canto de la tabla.

La mulata soltó un cachete que resonó en la mano del fraile.

—Espera al menos a que las friamos —protestó.

Catalina gruñó como un oso, desesperada porque era incapaz de darles forma a los condenados dulces.

Cuando el Rubio anunció lo que esperaban, la joven a punto estuvo de volcar la sartén y causar una desgracia.

—¡Hala! A tomar viento, que le den por saco a este potingue —exclamó, tirando la masa de mala gana.

Gundemaro miró con pena el estropicio.

—Ahí vienen —repitió el garduño.

Señalaba a un borrico que cargaba un fardo. El que tiraba de las riendas era Rebocato.

Frotándose las manos con ansia, intentando soltar las bolillas de masa pegadas a sus dedos, Catalina los miró angustiada.

La lluvia empezaba a cansarse de sus esfuerzos, la mañana clareaba. Al mirar al cielo daba la impresión de que se hubiera echado encima un mantón de puntillas que, de puro viejo, se estuvieran deshilachando.

Rebocato los saludó con un gesto de la cabeza y tiró de la brida para que el borrico se echara a un lado y encarase el callejón. Tras él pasaron Catalina y el garduño, este último echando vistazos a ambos lados.

Una vez allí, Gundemaro se situó en la entrada, y Tomasa se quedó atendiendo a los dulces.

Cuando el pollino se detuvo, el carcelero le dio una palmada al fardo.

Y el muerto cobró vida.

Sacudió los pies y se dejó escurrir de la grupa hasta tocar el suelo. Pese a la burda tela, se intuía la curva de los hombros y la cabeza.

Rebocato se ocupó del cordón que ceñía la boca de la coracha. Desató el nudo con facilidad y retiró el cordón de los ojales. La coracha cayó.

Pestañeando, bajo inconfundibles guedejas desordenadas, aparecieron los ojos de Camacho, la única herencia que le había dejado su padre.

Catalina se le echó encima de inmediato, con un abrazo a la par de un gruñido de frustración y, con los pies todavía presos en la coracha, acabaron los dos en el suelo, mojándose.

Tomasa, con las manos sucias de masa olvidada, sonrió.

Quiso florecer un beso, pero el Rubio, con su tacto habitual, los apremió antes de que los labios se encontrasen.

—Ya habrá tiempo —protestó—. No es el momento ni el lugar de refocilarse. ¡Hay prisa!

Dudaron. Se miraron. El verde de la jungla se perdió en el azul del mar.

A regañadientes, Camacho asintió y se levantó. Y el franciscano, no sin sorpresa, advirtió que lo hacía sin atisbo de rubor en las mejillas. Al Rubio no le interesó el detalle, solo insistió:

—Vamos, leche, que se hace tarde…

Camacho la ayudó a incorporarse, sostuvo su cara entre las manos y la miró largamente, ignorando al garduño. Después, seguro de sí, preguntó:

—¿Según lo previsto?

El Rubio chistó antes de responder, ceñudo:

—Hasta donde sabemos, sí, pero aquí corremos el riesgo de que te reconozcan. Deberíamos haber esperado en otro lugar…

Camacho consideró lo que acababa de oír y negó lentamente.

—No, hay que avisar a la gente —repuso decidido—. No podemos permitir que se desmande y haya inocentes involucrados. Los que tienen que pagar son quienes se han ensuciado las manos.

El Rubio resopló con desgana.

—Tú y tu maldita conciencia. Al que menos y al que más, a todo fulano le llega antes o después su San Martín. ¿Qué más dará si se le adelanta un poco? Lo que hay en esa torre —señaló la fortificación donde estaba el cuartel, la alguacilería y también el tesoro de la Real Hacienda— vale mucho más que la vida de la mitad de los que se arrastran ahora mismo por el puerto.

Camacho lo miró con ojos sepultados en hielo.

—Hace ya muchos años que te di mi opinión al respecto, y no voy a repetirme. Ya sabes lo que sucedió —recalcó, alzando las cejas en una pregunta que no esperaba respuesta—. Tienes la oportunidad de llevarte un pellizco, pero ha de ser a mi manera. O lo tomas o lo dejas…

Los demás callaron, conscientes de que el asunto se tornaba serio. Pero el Rubio le sacó hierro con una sonrisa pícara.

—A la fuerza ahorcan —concedió—. No te soliviantes, que no merece la pena, será como tú digas.

—Bien —asintió Camacho—. Pues ahora a esperar que todo el mundo cumpla su parte.

Y miró hacia la lejanía con aires circunspectos.

El único que se dio cuenta fue el franciscano.

No se veía desde donde estaban, pero miraba hacia el convento de San Francisco, hacia su campanario, y, mientras tanto, Gundemaro advirtió que aquel semblante férreo tenía algo de impostura. Camacho tenía la mano de Catalina en la suya, y los dedos jugueteaban inquietos.

El primero en hacer frente al misterio fue Roa.

Y, como buen soldado, no se fio de las apariencias. Imaginó que Camacho se escondía tras la pared, arrimando la espalda a las piedras. Dispuesto a emboscarlos.

No sacó la pistola del cinto y tampoco prendió la cuerda que llevaba en la muñeca, pero desenvainó con soltura sin que el hierro asomase por el vano. Se pegó a la puerta e intentó descifrar lo que escondían las sombras. Rodeó el hueco del umbral. Hizo lo mismo desde el otro lado.

Lo único que descubrió fue el cubo de los desperdicios.

Hizo entonces un gesto a los otros para que entrasen y, con la cinquedea en el puño, Juan pasó, seguido por el guipuzcoano.

—¡Está vacía! —anunció Urdaneta al poco, girando sobre sí mismo en el interior del calabozo.

En un abrir y cerrar de ojos, todos estaban dentro, incluso Cipriano, y todos se preguntaban lo mismo.

—Nadie se había escapado nunca antes —titubeó el carcelero.

Miraban a todos lados y, sin embargo, no vieron lo único que debería haberles importado.

En una de las esquinas, las losas del suelo estaban mal asentadas, se levantaban un pellizco sobre el resto. Era el lugar más seco de la húmeda mazmorra. Allí, unas cuantas hebras de paja se movieron. Una incluso se escurrió con pereza.

Pero ninguno de ellos lo advirtió.

El cesto, en medio de la celda, tenía la tapa inclinada, como queriendo caerse. Roa la apartó con cuidado con la puntera de su bota y, al momento, el hedor se hizo tan intenso que resultó casi insoportable. Había dentro un par de cabezas de pescado y unas raspas por las que campaban los gusanos.

—¿Qué demonios?

Cipriano se explicó.

—¿Y qué hace aquí dentro esta mierda? —preguntó el veterano.

—¡Basta! —los interrumpió el mercader.

A grandes pasos, sulfurado, mordiendo su palillo con fuerza, Mora llegó al centro de la celda.

—¿Dónde está? —aulló, mirando al carcelero.

Cipriano caminó a un lado, al otro, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

Mora hizo un gesto a Roa, y el veterano pasó el relevo a sus hombres, que entendieron al instante lo que se quería de ellos. Urdaneta y el gaditano, cada uno por un brazo, prendieron al carcelero y lo arrastraron hasta colocarlo frente al patrón.

—¿Dónde está? —gritó de nuevo el mercader.

Cipriano boqueaba como pez fuera del agua. Los ojos desorbitados intentaban mirar en todas direcciones.

La mano de Mora apremió pellizcando el aire.

Obediente, Roa salió de la celda y regresó con las tenazas en la mano. Echó un vistazo al corredor y cerró la puerta a sus espaldas, por si a alguno de los corchetes se le ocurría bajar al oír los gritos. Se colocó junto a su patrón y levantó el instrumento. El hierro no había tenido tiempo de ponerse al rojo, apenas cada filo estaba rematado con una línea del color de las brasas al fuego. Aun así, prometían una agonía de la que Cipriano se hizo cargo enseguida.

Más allá del pánico del carcelero, algo se movió de nuevo. La paja del suelo se sacudió. Roa pensó entonces que debía tratarse de una rata e imaginó incluso que tendrían tiempo, quizá, para dejar que los roedores diesen una lección al carcelero. Entre su repertorio de barrabasadas, había alguna en la que las ratas eran aliadas.

—No lo repetiré más —dijo ahora el mercader, bajando el tono de voz hasta casi un susurro—. ¿Dónde está ese hijo de puta?

Incapaz de articular palabra, derribado por el miedo, Cipriano siguió sin contestar. Entonces Juan lo sacudió con violencia.

—¡Contesta! —gritó el gaditano—, ¡contesta, saco de mierda!

Y enfatizó la orden soltándole una patada en la espinilla. En andas como estaba, su pie se sacudió.

Cipriano no contestó. No pudo abrir la boca.

Hasta que soltó un alarido terrible.

Juan y el guipuzcoano se miraron por delante del pecho del carcelero. La patada no había sido para tanto.

—¡Arde!, ¡arde! ¡Dios misericordioso!

Tenía el rostro contraído de dolor. Aullaba desesperado. Se contorsionaba como poseído por demonios.

Lo soltaron. Y cayó al suelo tal que un pelele, asiéndose el tobillo con ambas manos. Se revolcó a un lado y a otro.

—¿Qué me habéis hecho? ¿Qué…?

El dolor lo consumía. Pero los otros cuatro estaban tan sorprendidos que solo se miraron sin saber qué hacer.

Mora se sacó el palillo de entre los dientes. Iba a dar una orden cuando vio que Juan se agachó al lado del carcelero. Echó la mano al pecho, para detener las sacudidas, y entonces se produjo el nuevo ataque.

Roa la vio entonces con claridad; salió rápida como una centella. Abrió la boca, destelló nacarada y mordió el antebrazo del gaditano antes de que llegase a destino.

—¡La madre que…!

Juan no terminó la frase, la agonía comenzó al instante. Se desmadejó. Soltó la cinquedea para echarse la mano al mordisco.

—¡Una cuatro narices!

Por primera vez desde que lo conocía, Mora creyó intuir el miedo en los ladridos de su perro de presa.

—¡Es una trampa! —gritó Urdaneta.

Mora la vio entonces, al fin, y entendió.

—Hay más de una —dijo, incapaz de alzar la voz.

El palillo de plata señaló la silueta de una sierpe. Se deslizaba entre los desperdicios. Era una ola que bañaba las losas del suelo. El cuerpo robusto, larga como un hombre; la cabeza, inconfundible, una flecha, y la garganta pintada con un brochazo amarillento. Tenía el dorso cuajado de diamantes oscuros. Había en ella algo bello. Hipnótico.

El carcelero seguía aullando de dolor. Pataleaba. Echaba espumarajos por la boca. Su tobillo empezaba a hincharse, tensando la tela de las calzas como una tripa de chacina. Por encima del olor a pescado podrido llegó pronto el agrio tufo arcilloso de los meos que se escurrían por los muslos de Cipriano.

—¡Quietos! No las alarméis… —reaccionó el guipuzcoano.

El carcelero comenzó a tener arcadas. Se le sacudió el pecho. Intentó girarse. Vomitó ruidosamente junto a los pies de Urdaneta.

Y una de las cuatro narices se tomó a pecho el asunto. Apareció entre la paja del suelo, alzando su cabeza afilada, tentando el aire con su lengua. Se movió de un lado a otro, en una danza macabra. Y el guipuzcoano apenas se encogió y adelantó el hierro, preparando un tajo rápido.

El hombre y el animal midieron sus fuerzas.

Fue un duelo desigual.

Urdaneta fue rápido, pero la víbora mucho más. El acero pasó silbando. La sierpe lo esquivó. Rebotó como un resorte y mordió la corva del guipuzcoano al tiempo que se escabullía.

Fue la espada de Roa la que acertó. La cortó por el medio de un tajo limpio. Salieron chispas cuando el acero chocó con las losas del suelo. Y los dos pedazos quedaron retorciéndose en el suelo. En la enorme boca, los colmillos rezumaban veneno, buscando venganza.

Como si supiera bien lo que hacía, como si el instinto le hubiera dicho que las viejas botas de soldado frenarían el ataque con su cuero basto, la sierpe había mordido justo por encima.

Y Urdaneta conocía el oficio.

Espantó el dolor con una blasfemia y, sin atención a donde pisaba, se fue contra la pared y se sentó, dejándose caer. Sacó su último cigarro de algún sitio y buscó el chisquero con el que prendían los arcabuces.

Mora no se había movido.

—Sácame de aquí —ordenó a Roa.

El veterano escupió por el colmillo antes de soltar una carcajada vacía.

Entonces, a lo lejos, oyeron el alboroto. Campanas, sonaban las campanas en una llamada inconfundible. No tocaban para avisar de un huracán, tampoco para que los pescadores supieran que se avecinaba tormenta. Tocaban a rebato con inconfundible alarma.

Empezó en San Francisco, muy lejos, pero, antes de que ninguno de los dos pudiera decir una sola palabra, las de San Román siguieron la cantinela.

Y, cuando la llamada parecía terminar, volvía a empezar con ansia. Hasta los sordos se enteraron.

—Piratas —susurró Roa entre dientes apretados—. Nos atacan.

No hubo tiempo para más.

Una de las cuatro narices se alzaba frente a él, nerviosa, decidiendo si matar o no. Gruesa como un calabrote de amarre. Con el cuerpo encogido, preparada para barajar muerte, pintaba dibujos en el suelo.

Mora se colocó a su espalda, mirando nervioso a todos lados.

Roa avanzó la espada, cuyo filo se veía manchado de gotas calientes de sangre. Con su único ojo, el veterano la vio balancearse, tentando el ataque.

Más allá, junto a la puerta, otra reptaba inquieta, buscando acomodo. Y, junto a las tablas mismas de la puerta, había otra más.

Roa soltó un juramento y tanteó la bandolera con sus apóstoles. Luego echó mano al coleto buscando el chisquero.

Julián sudaba. Tiraba de las cuerdas y, al momento siguiente, las mismas cuerdas lo arrastraban como un pez en la red. Luego quedaba durante un suspiro en el aire, y entonces caía. Y al caer jalaba con todas sus fuerzas. Subía. Bajaba. La inercia de las campanas jugaba con él.

Julián resollaba. Le ardían las manos, comidas por las sogas; le dolían los cuadriles, sentía las piernas reblandecidas. Y hubiera jurado que, como le había sucedido a su padre, se estaba quedando sordo por momentos.

Sin embargo, no cejó en su empeño. Continuó tañendo los bronces con una sonrisa que murmuraba infancia, una sonrisa que prometía redención.

Y las campanas de San Francisco siguieron tocando.

Y las de San Román insistieron.

Los hombres podían cansarse; las campanas, no.

Y en Campeche todos corrieron. Unos a esconderse, otros a cumplir con su deber.

En el único tramo acabado de las murallas, los hombres de la guarnición se amontonaron en el adarve con los ojos clavados en el horizonte y, por un momento, dudaron. Porque no vieron nada más allá del mar meciendo sus azules. Alguno se quejó de que, quienquiera que hubiese dado la alarma, se había equivocado. Otro amenazó con cortarle los huevos y empalarlos en la picota de la plaza de armas.

Sin embargo, al poco, no les quedó otra que desdecirse. Uno de los más jóvenes, un alcalaíno soñador al que sus intentos de hacerse artillero le habían costado una ceja, levantó el brazo para señalar una silueta lejana.

Velas, las inconfundibles velas de una nao.

Todos siguieron la dirección de aquel dedo en el que la pólvora había dejado picaduras como de viruela, pero tiznadas de hollín.

No cabía duda. Eran velas. Velas oscurecidas, teñidas con ceniza para volverse de un gris desganado, teñidas para que no destacasen contra el horizonte.

En la muralla se mentó a los santos. Se juró con rabia. Todos miraban embobados y, al cabo, bajo las velas, apareció un casco fino, ligero, de poca

obra viva y escasa obra muerta, tinto también para camuflarse en los azules. Era un ágil bergantín que solo podía tener un dueño: la codicia.

Y aquel más joven, el que mejor vista tenía, el que había distinguido por primera vez la amenaza, señaló de nuevo. En el mástil de la mayor, ondeando, escupía amenazas un pabellón negro.

No hizo falta que se lo ordenasen. Corrió a confirmar el despacho con las terribles noticias. Salió como alma que llevase el diablo hacia los aposentos del capitán Antonio Alcalá.

Por fortuna, había tiempo. La alarma había sonado extrañamente temprano. Había viento de popa y bastaba verlo cazando las escotas para adivinarlo rápido. No llegarían a la costa hasta bien entrada la mañana, y, mientras corría con toda su alma, aquel joven soldado dedicó un paternóster a los buenos ojos del bendito que hubiera decidido tañer los bronces con tanta antelación.

Muchas vidas se salvarían.

En el puerto, a los incautos a quienes las campanas no habían puesto los pelos de punta, los que se habían quedado mirándose unos a otros con la incredulidad pintada en el rostro, se vieron espoleados.

—¡A San Francisco!

Gritaba Camacho, también el franciscano y las dos mujeres, como espantando al ganado para que entrase en el corral. Incluso el Rubio hacía las veces de pastor.

Las campanadas regalaban a todos un tiempo precioso, y solo los locos o los imbéciles lo perderían.

Recorrían las calles gritando, haciéndose eco de lo que contaban los campanarios, y, un rato después, oyeron, inconfundible, el disparo de aviso que soltó uno de los falconetes de la fortificación.

El bergantín aún estaría a una distancia insalvable para la pequeña pieza de artillería, pero el capitán Alcalá quería dejar claro que la plaza estaba armada y que no pensaba rendirse.

Camacho se volvió, dejando en el olvido a una pareja que ya corría en dirección a San Francisco. El garduño lo miró a los ojos.

—Debemos ir…

No hizo falta explicarse. Pese a la nota enviada, pese a que había sido él quien había puesto sobre aviso a los mendigos del mar de que millones de maravedíes del quinto real descansaban en la fortaleza de Campeche, pese a ser hijo de quien era, Camacho no olvidaba cuánto podía salir mal. Y sabía de

quién podía fiarse y de quién no. Ya corrían demasiados riesgos como para tentar la suerte sin necesidad.

El franciscano y Tomasa también lo entendieron. Sin embargo, Catalina no quería aceptar la realidad.

—Voy con vosotros —anunció.

Camacho dejó caer la barbilla. Ya había temido ese golpe. Supo que negar no serviría de nada y también que explicarse serviría de menos.

—Necesito que los ayudes, a ellos —adujo, señalando al fraile y a la mulata.

A regañadientes, la joven terminó por aceptar. Accedió a llevarse a la pareja a la covacha que Pedro les había mostrado. Y se despidieron bañados por el sabor amargo de las dudas, incapaces de consolarse con la esperanza.

El garduño y Camacho quedaron solos, con las gentes pasando a su lado, con el griterío y las campanas. Y enseguida echaron a andar a contracorriente, hacia el mar. Al encuentro de Seijo y Bienvenido, tal y como habían acordado.

Mientras, en el adarve de la muralla, las órdenes del capitán Alcalá atendían a razones. Quedó allí un retén de cinco hombres, además de un artillero por falconete y un asistente para echar una mano con la munición y la carga. Encantado, al pie de uno de los cañones, con su vara, con su estopa, estaba el jovencito que había visto por primera vez el bergantín pirata. El mismo que llevaba meses ahorrando la paga para examinarse de artillero en la Casa de Contratación.

Bajo las órdenes del capitán, a cada falconete se le había hecho una cureña a medida para hacerlos servir en tierra, y, junto a cada uno, habían apilado bolaños preparados con paciencia por los artilleros, para que entrasen bien ajustados en el alma de cada cañón.

Junto a los merlones que cortaban la muralla, había también dos toneletes de pólvora, tan cerca como para no deslomarse con cada carga, pero tan lejos como para evitar disgustos. Además, a mano, tenían atacadores, palas, estopa y voluntad, que los artilleros repartían poniendo a punto a sus «niños».

El resto de la guarnición se repartió según mandó el capitán, y la gran mayoría, unos veinte, se apostaron en la playa de San Román, donde atracaban sus barquichuelas los pescadores. Gracias a lo que había construido de muralla, si los piratas querían echar pie a tierra, no tenían otra elección que aquel tramo.

Por eso, en tanto esperaban frente a la reja de entrada al puerto, en el mismo lugar donde Pedro había hecho sus guardias, no vieron a nadie.

La mañana espantó la lluvia y dejó que el sol secase los charcos. Quedó plácidamente tendida sobre la villa y, cuando las campanas dejaron de insistir, los pájaros tuvieron ánimo para tomar el relevo.

No hablaron. No había nada que decir, pero, pasado un tiempo prudente, ambos se preocuparon. Los otros dos se retrasaban. Empezaban a inquietarse cuando, a la carrera, apareció Seijo.

Al llegar a su altura, alzó una mano para pedir un instante en el que recobrar el aliento y, entre resoplidos, les dio la mala noticia.

—Algo ha salido mal…

El hijo de la Camacha se sintió de inmediato responsable.

—¿Y Bienvenido?

El mentón de Seijo se sacudió. Escucharon sus explicaciones, hicieron preguntas, entendieron, y no les quedó otro remedio que aceptar un cabo suelto.

—Tú decides —dijo al cabo el capataz de la Garduña—. No creo que te encuentren si te vas ahora. Tenéis tiempo, y yo puedo echarte una mano en los dineros —añadió, indulgente—. Y el diablo sabe bien que me importa un bledo lo que pase con este condenado lugar, pero tú bien sabes qué sucederá si no cumples lo prometido…

Se miraron fijamente.

—No dejarán piedra sobre piedra.

Le dio un instante.

—¿Qué quieres hacer?

Camacho alzó la cabeza y refugió los ojos en el cielo, claro y limpio, recién lavado por la lluvia, y los otros dos tuvieron el buen juicio de dejarlo a su aire.

Isidoro Bernal María de la Santísima Merced de la Visitación y Brochero, Camacho, el hijo del inglés, se vio obligado a tomar una decisión más.

Sabía lo que se jugaba. Sabía lo que podía perder.

Hacía más de veinte años que se conocían. Y el Rubio no reconoció el rostro que contestó a su pregunta:

—¡Vamos!

Guardaron silencio durante el camino. Había demasiados cabos que atar, y se quedaban sin soga.

En lugar de seguir la muralla hasta la torre, atravesaron las calles vacías de la villa y, un par de esquinas antes de torcer hacia la plazuela frente a la barbacana, recogieron el carro que Seijo había dejado allí en su fallido intento por recoger a Bienvenido.

Era el carromato de siempre, solo que a la trasera había atada una mula con varios juegos de alforjas, todas hueras.

Sin una palabra, Seijo se hizo cargo. En tiempos, cuando servía bajo el estandarte de san Andrés, para mayor gloria del rey y de España, había lidiado a menudo con jacos y pollinos. Se le daba bien; además, él había sido quien los trajera hasta Campeche mientras las campanas daban la alarma.

Tirando de las riendas, caminaron al pie de aquel único tramo completo de las murallas donde se alineaban los falconetes, y, desde donde estaban, oyeron el murmullo de las voces de los artilleros. Les llegó desde las alturas. Y, aun sin entender lo que se decía, se advertían los miedos disimulados.

No se habían topado con un alma. Unos huían, otros se preparaban para luchar. Y todo aquello a ellos les convenía.

Solo hubo una excepción. A punto de llegar a su destino, se cruzaron con un despacho que corría con prisa a su encuentro. Los tres contuvieron el aliento. Era un muchacho que para afeitarse solo necesitaba un estropajo, pero llevaba un bonete con insignia, y en la mano el rollo lacrado de unas órdenes que, por lo que se veía, llevaban prisa. Pasó de largo, como si no los hubiera visto, y siguió a la carrera hacia las únicas escaleras que, desde el interior de la villa, permitían subir al tramo de adarve donde el capitán había instalado su artillería.

—Lleva el culo más apretado que el puño de un tío que tenía yo en Cuenca que se ahogó por no gastar aire… Alcalá ata en corto a sus hombres —señaló Seijo.

Camacho no habló, y el que faltaba se sintió obligado a contestar.

—Ha de estar mordiéndose las uñas —dijo el Rubio.

—No —repuso Seijo, alargando la expresión—, es un tipo bragado. Sabe lo que se hace, créeme. Si algo le gusta, es la gloria. Estará encantado con el ataque… Su única preocupación es hacerse un hueco en las crónicas. Para ese engreído, solo hay dos opciones: o la victoria o morir con gloria, como un mártir.

—Pues, si nada se tuerce, se va a llevar una sorpresa del carajo —sentenció el Rubio con una risotada.

Llegaron entonces al pie del torreón principal.

Se había alzado sobre intentos previos de menor altura. Se habían reutilizado cimientos, compartido paños, aprovechado escombros. Como la misma muralla, era una mezcolanza de piedras y facturas; no porque se hubiera construido al descuido, sino más bien porque se había levantado con prisas y con lo que había a mano. Sin embargo, la piedra era piedra y los muros, muros. Desde donde estaban, la torre parecía inexpugnable.

—Bien atrincherados y con víveres, ahí se aguanta un asedio —dijo Seijo con convicción.

Sin embargo, les cabía una esperanza.

La amenaza de los piratas habría robado efectivos de guardia. Los que no estuvieran en el adarve andarían por la playa para repeler el ataque; el resto lo sumaban los artilleros, los correos y algún otro despistado con naderías.

Y eso encontraron al rodear la torre hasta el portón, sobre el que caía ya la luz del mediodía. Era una entrada como la de la alguacilería, aunque con algo más de fuste, por aquello de la posición, pero ni siquiera tenía escudos de los que presumir.

El muchacho al que habían visto subir a la muralla regresaba a toda prisa, y los adelantó una vez más sin fijarse en ellos. Traía la respuesta a las órdenes de la capitanía; no cabía demora.

Le dio paso en el portón un guardia cariacontecido al que no hacía falta conocer para saber que no debería estar allí, sino en manos del hermano Malaquías, intentando poner remedio a la avería que le avinagraba el rostro.

Seijo refrenó al caballo y a la mula, que se detuvo tras el carro con un rebuzno malhumorado.

El soldado retomó su posición, bloqueando el vano, y los miró malencarado.

—¿Qué hacéis aquí?

Llevaba buen coleto y la espada era decente, incluso vestía bandolera con prendas turcas ganadas en batalla. Parecía un tipo competente. Y, en tanto no contestaron, comprendieron cómo alguien de buena casa y nombre había sido

destacado para un trabajo sin fuste, y también porque llevaba aquel quintal de mala baba en la barbilla.

El soldado dio unos pasos hacia ellos. Cojeaba, y mucho. Cada vez que intentaba adelantar el pie izquierdo, el dolor le estrujaba la expresión.

—Apuesto a que ha sido una caída del caballo —aventuró el Rubio, ignorando su mirar furioso.

—Yo me inclino por una puñalada en la nalga —rebatió Seijo, como si comentasen una mano de naipes en El lagarto.

—Debéis marcharos —espetó con autoridad, interrumpiendo sus suposiciones—. Hay un bergantín inglés a menos de una legua de la costa. Atacarán de un momento a otro.

Se lo veía bien intencionado. Un hombre de armas severo y curtido, dispuesto a cumplir con su deber.

Camacho rodeó a sus compañeros y se acercó al pescante del carro como para recoger algo.

—Debéis perdonarnos —dijo con tono cumplidor—. Nos mandan de San Francisco para traer recado al capitán Alcalá.

El guardia se extrañó, pero siguió acercándose, incapaz de imaginarse la encerrona. Con esfuerzo por disimular el suplicio, bajó los peldaños de la plataforma que asentaba la torre y continuó su renquear hacia los tres insensatos.

Camacho sacó un papelajo enrollado y lacrado, no tan diferente al del correo que habían visto ir y venir. Incluso aparentó apiadarse del guardia y se acercó un tanto para ahorrarle tormento a la cojera.

Escondida en el rollo de papel, menos aparatosa que la que servía en El lagarto para convencer a los parroquianos de que se comportasen, la cachiporra se deslizó hacia una mano en cuanto la otra alzó un poco las supuestas órdenes.

Y Camacho la esgrimió con eficacia.

El guarda tuvo tiempo de alzar los brazos para protegerse, pero no llegó a parar el golpe. Quedó tirado allí mismo y, con rapidez envidiable, con la que solo puede dar la práctica concienzuda, los garduños se encargaron de meterlo en la trasera del carro.

—Respira, ¿verdad?

—Tranquilo, vivirá. —El Rubio sonrió con malicia.

Y tras él, antes de cerrar la puerta del carro y asegurar el candado, Seijo descargó el barrilete que habían transportado hasta allí. El Rubio y Camacho se repartieron las alforjas.

Temieron cruzarse con el joven correo; quizá volviese a bajar a toda prisa, pero no fue el caso. Traspasaron el umbral sin que nadie les diera el alto.

Y Seijo, que algo se acordaba de cuando había servido a las órdenes de Alcalá, los guio.

Poco después, al Rubio se le escapó un resoplido.

—El que lo pensó, lo pensó bien…

Las palabras quedaron en el aire. Ninguno de los otros dos se lo discutió. Llevaba razón.

La torre de Campeche era poca cosa, y la muralla no mucho más, pero no quedaba otra que atravesar los cuarteles de la soldada para llegar a destino; y ni siquiera un loco hubiera intentado algo semejante, aunque solo a un loco se le hubiera ocurrido algo semejante mientras los piratas atacaban.

La pieza tenía una forma rara, porque iba de la base de la torre hasta la muralla y robaba el final a la barbacana que conducía hasta la alguacilería. Pero era evidente que aquello era el dormitorio de la soldada. Al primer vistazo se adivinaba que aquel lugar difería mucho de la habitación que compartían las muchachas de la Brava.

Se lo encontraron todo manga por hombro, prueba de que se había llamado a zafarrancho con prisa. El que no se había dejado atrás una camisa había despistado una tarea u olvidado un guante. Seijo incluso tuvo el descaro de robar unas olivas y un mendrugo de pan. Abandonado sobre un cofre sobado, había quedado a medias un almuerzo.

Se palmeaba las migas de la pechera cuando llegaron al otro extremo, donde, bajo un arriostrado contrahecho que sostenía la planta superior, los encaminó hacia otras dos puertas en las que no encontraron un solo guardia. Tras el corto periplo, Seijo se detuvo y abrió las manos para señalar, más allá de una sala modesta, la boca de las escaleras.

—No hay más que bajar —anunció triunfal.

Y el Rubio, tras recolocar en el hombro las cinchas de las alforjas, se dispuso a hacerlo, pero Seijo lo detuvo con un gesto y se acercó al primer peldaño.

—¡Gandules! —gritó a más no poder. Sonrió entonces a sus compañeros y susurró—: Más vale prevenir que lamentar…

Los tres inclinaron el rostro, pero no oyeron nada.

—¡Acémilas! —berreó Seijo de nuevo—. ¡Tuercebotas! ¿Qué cojones seguís haciendo ahí abajo?

Se oyó un tintineo metálico subiendo por los peldaños con prisa, y el garduño, tras guiñar de nuevo un ojo a sus compinches, continuó con sus

gritos malhumorados:

—¡Mentecatos! Hay otra nao que viene tras el bergantín, el capitán nos quiere a todos en la playa —y para terminar tomó aire y logró subir el volumen—: ¡Teníamos que estar allí ayer!

Al Rubio incluso le dio tiempo a apiadarse de ellos. Subieron tan atolondrados, con tantas ganas de obedecer, que no se enteraron de lo que les sucedió.

La cachiporra volvió a hacer su trabajo y, cuando los dejaron atados en una esquina, el Rubio dijo lo que pensaba:

—No creí que fuera a ser tan fácil.

Pero Camacho no contestó, ya descendía por las escaleras.

Los garduños se miraron. Uno se encogió de hombros, el otro insistió:

—¿Cómo no se nos ocurrió a nosotros?

Continuaron el camino sin consuelo a su pregunta.

Al fondo, no tan distinto al corredor que se abría a los calabozos, encontraron el otro secreto que guardaban los sótanos de la fortaleza de Campeche: el tesoro de la Real Hacienda.

Un zaguán amplio servía a un grueso portalón de hierro que no solo se veía pesado, sino también reforzado con listones y remachado a conciencia.

—Si me lo hubieran contado, no lo hubiera creído —insistió el Rubio.

Camacho, de nuevo, lo ignoró.

—No puede faltar mucho para que Alcalá de la orden —dijo, más para sí que para los otros dos—. No nos conviene perder tiempo. Prepáralo todo —instó.

Y Seijo no se hizo de rogar. En un santiamén, la mecha estaba lista, el pedernal, preparado, y el barrilillo de pólvora, bien encajonado en la esquina entre el quicio y la puerta. Faltaba arrimar candela. De inmediato, se abriría allí un pedazo de infierno con suficiente gracia para que el mismísimo demonio pasase a saludar. Con prender la mecha, el tesoro de la Real Hacienda de Campeche sería suyo. Pero ni uno solo de los tres hizo ademán por arrimarse al pedernal.

Más bien al contrario, se sentaron en los peldaños de la escalera mirando aquel paño de hierro que los separaba del tesoro.

—¿Seguro que no hay modo de abrirla por las buenas?

El que había preguntado era el Rubio, y fue Seijo quien, sacudiendo el mentón, contestó:

—No —negó seguro—, es un buen trabajo de cerrajería. Se trajo de Sevilla —remarcó, señalando la puerta—. Y son dos cerraduras. Una llave de

Alcalá y otra de Pedrarias.

Camacho guardó silencio. El Rubio resopló.

—Pues habrá que joderse y esperar…

Pese a sus siniestras intenciones, no podía negarse que el bergantín era un navío elegante, maniobrero y rápido. No se trataba de un pesado galeón reaprovechado para el saqueo. Cortaba el agua como cuchillo caliente en manteca, y su capitán conocía el oficio. Ajustaba el rumbo en cuanto el viento rolaba una pizca, y las velas, con el pujamen preñado, no titubeaban ni por un parpadeo. El bauprés, brincando sobre el suave oleaje, apuntaba hacia la villa como si tuviera la intención de apuñalarla.

Ya era mucho más que una silueta contra el horizonte.

Ahora se distinguía a los hombres de a bordo; ya se los veía en la cubierta, yendo de un lado a otro. Incluso se intuían los brillos metálicos de las armas. Y del pabellón no quedaba duda. Y seguía avanzando.

Viéndolo acercarse a Campeche, aquel joven aspirante a artillero se sintió recién naufragado, como si estuviese echando la primera bocanada de aire tras haber caído por la borda y lo primero a la vista, con el agua escurriendo por el flequillo, fuera la aleta de un tiburón.

—¡Espabila!

Salió de su ensimismamiento y se volvió hacia la voz.

—Baja a buscar los telones encerados, no sea que empiece a llover y se nos arruine la pólvora.

—¡Voy! —El muchacho reaccionó con un respingo.

Pero seguía mirando entre los merlones de la muralla, por el mismo espacio por donde, en breve, saldrían los bolaños del falconete.

Por orden de los artilleros, se habían preparado los pedreros, porque el menor alcance con respecto a los fundidos se compensaba por el mayor daño. Al disparar a una nao, que las piedras reventasen y esparcieran esquirlas aseguraba menoscabos a las velas, a las gavias, al cordaje y a los aparejos. Era mejor repartir desgracia por toda una cubierta que hacer un único burato malintencionado.

Al muchacho le pareció que ya distinguía hasta a un descarado que, a proa, enseñaba las posaderas con una burla hacia la villa y sus gentes. Aunque también podía ser que se hubiera levantado la camisa y mostrase una generosa barriga.

—¡Apúrate, condenado mocoso!

El último grito lo sacó de su abstracción y se dispuso a echarse escaleras abajo, pero, antes de poner el pie en el primer peldaño, se detuvo.

Venía por allí de nuevo el mismo correo que, no mucho antes, había traído las órdenes del capitán Alcalá.

Se hizo a un lado, y el otro muchacho, que dudaba entre el miedo y el entusiasmo, pasó como una exhalación. El rollo lacrado encontró destinatario en el sargento al cargo de la artillería.

El sello fue roto con un crujido que sonó igual que un mordisco a un pajarillo frito en las tabernas de la sevillana Triana, donde muchos hubieran preferido estar.

Todos los ojos se quedaron mirando, como si pudieran leer lo escrito al través. Incluso los analfabetos clavaban los ojos en el trasluz, que dejaba entrever garabatos de tinta. Nadie recriminó al muchacho que siguiera allí como un pasmarote.

El sargento era un bilbaíno rubicundo de largos bigotes. Bastaba con oírlo roncar una siesta para saberlo capaz de comerse un pedrusco y cagar un bolaño con el que cargar los falconetes.

—¡Muy bien, señoritas! —gritó, alzando los ojos del escrito.

Los miró a todos de uno a uno, trincando los dientes y haciendo bailar los bigotes. Tenía las mejillas plagadas de quemazos de la pólvora, y no había agua ni estropajo que quitasen aquellas pecas negruzcas. Se aclaró la garganta y sacó un gargajo que escupió con furia.

—Es hora de que os ganéis la paga. Cagüen la puta de Babilonia… —farfulló, y remató la blasfemia con otro escupitajo prodigioso—. ¡Hora de empolvarse! —aulló con pasión por el oficio.

No resultó formal, pero fue cuanto necesitó el correo. Asintió convencido y corrió de vuelta al despacho del capitán Alcalá.

El muchacho que aspiraba a artillero lo vio pasar, y ya no supo qué hacer. Si bajar a por las lonas o volver a su falconete. Pero el bilbaíno le hizo un gesto para que regresase a su puesto.

—El capitán quiere que espantemos a esas comadrejas —dijo el sargento. Caminó entonces por delante de los falconetes, arengando a sus hombres—: Hay que enseñar a esos hideputas qué les va a pasar si siguen tocando los cojones —tascó con saña—. Hay que meterles el miedo en los huesos y que se caguen en sus calzas de hereje.

Se detuvo entre dos de los cañones, observó el bergantín en la lejanía y se giró para mirarlos de nuevo a todos de hito en hito. A los nueve artilleros con

suspicacia, a los nueve ayudantes con desdén, y a los nueve cañones, con devoción.

—¡Vamos! A lo vuestro. Cagüen en el serrucho de san José. Al que se le vaya el tiro, lo castro a mordiscos.

Todos gritaron. Por Santiago, por el rey, por Castilla. Hubo vivas, y alguno echó mano a la fe para murmurar un kirieleisón. Pero todos se pusieron manos a la obra y quedaron pendientes del brazo del bilbaíno.

Este se atusó los bigotes y alzó la mano al cielo mientras los artilleros ajustaban las cureñas o repasaban las raberas. Su mano dio un tajo al aire.

Se arrimó candela, y los tres primeros falconetes desataron el infierno.

Volvió a levantar el brazo el bilbaíno.

Los que habían disparado se afanaron con la recarga, atacando la pólvora, ajustando los bolaños. Los tres siguientes dispararon cuando el brazo volvió a bajar, como un machete desbrozando selva. Y luego, los tres últimos.

Para ese momento, los tres primeros estaban listos para una nueva andanada.

Pero el brazo del bilbaíno no volvió a levantarse. El sargento, mientras se terminaba la recarga, se acercó a la muralla y soltó otro prodigioso escupitajo que a punto estuvo de alcanzar los bolaños que silbaban en el aire.

Ocho de los proyectiles cayeron en un radio de cincuenta brazas; uno se fue al carajo, y al sargento casi se le casca una muela de tanto apretar los dientes, pero en suma no había sido una mala andanada. Habían sacudido el agua a doscientas varas de la proa del bergantín, y hasta el más imbécil a bordo tenía que saber que, si traspasaban aquella línea, les esperaban nuevos escupitajos.

El muchacho que aspiraba a artillero contenía el aliento para no respirar el humo acre y caliente. Estaba espantado de la muerte que repartían aquellos falconetes. Le dolían los oídos, y ahora entendía por qué el bilbaíno estaba sordo como una tapia. Pero no dijo una palabra; solo continuó mirando la proa del bergantín, que pareció no darse por enterado de la amenaza.

Estaban todos tan concentrados que ninguno de ellos se dio cuenta de que las cuentas no cuadraban.

Sobraba una detonación.

Cuando el brazo del vizcaíno caía por segunda vez, Seijo arrimó la candela. Y los tres corrieron escaleras arriba mientras la mecha chisporroteaba.

No salió perfecto, pero casi. Los garduños habían hecho un buen trabajo.

El barrilete explotó prácticamente al mismo tiempo que los tres últimos falconetes.

En la mar, el bergantín maniobró, el bauprés apuntó hacia la playa de San Román, y hubo quien pensó que los guindastes se preparaban para bajar los botes de abordaje.

Sobre la arena, los hombres del capitán Alcalá templaron el miedo. Uno de ellos vomitó ruidosamente, pero las filas no se rompieron. Si se escuchaba con atención, se percibía el murmullo de los que, entre labios apretados, dejaban escapar jaculatorias con las que ponerse a bien con el creador.

En la muralla, los hombres clavaban la vista en el horizonte.

Y, en las entrañas de la fortaleza, los hombres no veían un carajo, envueltos como estaban en la pesada humareda.

En el encierro de las escaleras, el humo quedó trabado, y, cuando llegaron de nuevo abajo, tosían, tenían los ojos enrojecidos y en la garganta guardaban un mico cabreado con uñas afiladas.

La puerta de hierro, testaruda, seguía en su sitio, pese a la multitud de esquirlas de piedra y la gigantesca abolladura. Las planchas y listones se habían retorcido, algunos remaches quedaban desperdigados por el suelo y, en una esquina, bailando, una duela del barrilete tintineó hasta quedar quieta con un sonido a cascajo.

Ninguno de los tres abrió la boca.

Fue el Rubio el que, antes de maldecir, tentó la suerte. Se acercó a la puerta sin prisa, como si los restos del barrilete pudieran explotar de nuevo. Tocó el hierro con dudas. Y empujó.

La puerta se resistió, el hombre insistió.

Y el tesoro de la Real Hacienda quedó abierto.

—Por las sandalias del santo Pablo…

No fue una exclamación. Lo que vio le quitó el aliento. Solo fue capaz de musitar las palabras.

Allí no estaba solo ese quinto real que la corrupción de Pedrarias había avalado. Había mucho más; mucho más de lo que el patrón Fragoso o el capitán Alcalá se habrían llevado; mucho más de lo que Mora había metido en las bodegas de la *Balvanera*.

Estaba lleno de cofres, arcones llenos de monedas de toda condición, plata en bruto y orfebrería en oro. E incluso un par de tallas de retablo entre las que destacaba un san Ambrosio, con una colmena tan realista que daba la impresión de que las abejas fueran a ponerse a zumbar de un momento a otro. En una esquina, apoyado de canto, se veía también un curioso disco cubierto por un estuche de buen cordobán repujado. El Rubio, lleno de curiosidad, lo abrió para examinarlo, y en él halló un pesado espejo de obsidiana pulida con esmero. Se encontró el indiscutible reflejo de sus cabellos pajizos y soltó un silbido de admiración. Era un producto de artesanía local de gran valor, porque muchos decían que permitía comunicarse con el más allá; y hasta el más zoquete sabía que el mismo rey Felipe había regalado uno igual a la Tudor cuando marchara a Inglaterra de esponsales.

El lugar era tan grande como la casucha de Camacho, y tan atestado de avaricia que acogotaba. Era la muestra del hambre de la Corona y de la gula de los funcionarios que trabajaban para ella, porque, y los tres lo sabían, de lo que había allí, la mayor parte se despistaría o se olvidaría, pero jamás llegaría a Sevilla.

Seijo se apresuró tras su capataz, frotándose los ojos para creer. Camacho, sin embargo, solo echó un vistazo despreocupado. Aún no podían cantar victoria. Y empezó a repartir las alforjas vacías.

—¡Vamos! No hay tiempo que perder, la segunda puede venir de un momento a otro…

Aquello no sirvió para que los otros reaccionasen.

—No os olvidéis de Bienvenido… —añadió.

—¡Manos a la obra! —respondió animado el Rubio.

No fue un trabajo fácil, y las escaleras terminaron por ser un tormento. El que había pensado el asunto lo había hecho a conciencia. Llevar un envío oficial, con los hombres que fueran menester y sin las prisas de ser descubiertos con las manos en la masa, era un asunto bien distinto a sacar de aquella ratonera una alforja tras otra cuando, de un momento a otro, podían toparse con una patrulla, con un guarda regresado a los cuarteles o con un simple guiño desafortunado.

Lo único que tenían de su parte era el testarudo avance de aquel bergantín de pabellón negro que, cada vez más cerca, amenazaba con dejar caer una

tromba de hombres armados en la playa de San Román. Y ni la soldada en la arena ni aquel bizarro sargento bilbaíno le sacaban ojo al barco.

Desde el adarve de la muralla, bajo ceño fruncido, con otro gargajo revoloteando entre las muelas, el artillero calculaba la distancia con la práctica de la experiencia.

—¡Atentos! Los tenemos a un pelo de coño —vociferó, sin mirar a sus hombres—. ¡Atentos! Como falléis, os cuelgo de los pulgares y os ato un pedrusco a los pies.

Solo apartó los ojos del bergantín para descolgar un vistazo sobre el hombro. El despacho con las órdenes debía de llegar de un momento a otro. Alcalá sabía lo que hacía, y el sargento solo se preguntaba si el capitán esperaría hasta que estuvieran a tiro o querría envidar con una nueva advertencia.

Más abajo, los tres ladrones corrían de un lado a otro entre resuellos, cruzando la plaza hasta donde aguardaban el carro y la mula.

Seijo y su capataz estaban de tan buen humor que incluso tenían tiempo para chascarrillos. El primero juraba por lo más sagrado que se iba a pasar un mes entero en casa de la Brava.

Camacho no compartía la alegría. Al hijo del inglés le preocupaba que las partes se hicieran como correspondía. En el interior del carro, junto al guardia inconsciente, donde había estado el barrilete de pólvora, había también un cofre en el que los garduños fueron vaciando las alforjas.

No mucho después, la mula cargaba con cuatro alforjas, y, en el carro había muchas más, además de lo cabido en el cofre.

—Voy a darme un capricho —anunció el Rubio, alejándose.

En la plaza vacía quedaban expuestos, y a Camacho le podía la impaciencia, aunque conocía demasiado bien al garduño como para intentar detenerlo.

—¡Apúrate!

Sin darse la vuelta, rumbo a la torre, el Rubio hizo un gesto vago. Tanto podía significar que haría caso como venir a decir que le importaba una higa. Ni siquiera apretó el paso.

En tanto, por enésima vez, tras comprobar que el guardia seguía en Babia, el dedo de Camacho iba del cofre a las alforjas del carro y de las alforjas del carro a las que llevaba la mula al lomo.

—No te inquietes, no hay fallo —le dijo Seijo, que empezaba a conocerlo —. En cuanto él vuelva, salgo para Cotoche y hago la entrega —repasó, como un crío con la lección aprendida.

Camacho dejó sus cuentas y lo miró para asentir.

—Y tú —continuó Seijo— te vas a ver al lombardo…

Dejó aquello en el aire y, creyendo haberse ganado la confianza, se atrevió a preguntar.

—¿Te fías de él?

Camacho rumió la pregunta.

—No —suspiró al fin—. Bacheli es una rata avariciosa, pero es mejor así. Viajaremos más ligeros. Algo se llevará más allá de lo prometido, y su comisionado en Mérida nos quitará otro pellizco, pero es mejor así —insistió Camacho.

Seijo se encogió de hombros.

—Tú sabrás, que yo no quiero cocinar en pucheros ajenos —dijo el garduño con suspicacia, como si no le pareciese tan buena idea.

Pero Camacho ya había tomado sus decisiones, y aquel asunto ya no le preocupaba. Lo que sí le preocupaba era la tardanza del Rubio.

—Espera aquí —dijo a Seijo.

No tenía idea de qué iba a hacer con él, si venderlo o quedárselo. Pero aquel espejo de obsidiana se le había antojado, y el Rubio no pensaba dejarlo allí, abandonado, para que Pedrarias se mirase los mocos o para que alguien en Sevilla lo escamoteara del siguiente envío.

Lo recogió bajo el brazo y, antes de salir, observó los cofres vacíos y el lamentable aspecto en el que quedaba el tesoro de la capitanía de Campeche. Se habían llevado hasta los lingotes de plata china.

Le creció en los labios una sonrisa desmesurada. Jamás en su vida había dado un golpe semejante. Y aún le costaba creer que hubiera sido tan fácil.

—¡Vámonos!

En cuanto se recuperó del sobresalto, comprobó que había sido Camacho el que hablara a su espalda, y el semblante daba lugar a pocas réplicas.

—No me digas que te arrepientes —soltó con sorna el Rubio—. ¿Acaso no lo repetirías? Puedo asegurarte que no hay hombre honrado bajo el sol que gane esta fortuna en una mañana. Algún día tendrás que darme la razón. Deberías haberte quedado conmigo de aprendiz…

—¡Vámonos! —repitió Camacho, aunque el tono no resultó tan severo como hubiera querido. Resultaba difícil enfadarse con el garduño, incluso cuando se repetía como el ajo.

Mientras subían las escaleras, siguió con las bromas. Preguntaba qué haría, adónde iría, y no perdía oportunidad de entresacar pullas para recriminar aquella alocada idea de llevar una vida honrada.

Camacho no se dejaba tentar y guardaba silencio.

Ninguno de los dos se imaginaba lo que iba a suceder.

Pese a la insistencia de Camacho, ambos habían descuidado lo que sabían.

Atravesaron los cuarteles y salieron a una mañana que no lograba espantar la lluvia. Más bien al contrario, el cielo, empedrado con nubes grises, se arrepintió de su decisión previa y empezó a aliviarse sobre Campeche. Y la lluvia los envolvió, gruesa y cálida. Quedaron calados al instante.

A los pies de la muralla, no oyeron al sargento bilbaíno. El artillero maldecía a aquel aspirante que aún no había traído las lonas. Y lo hacía sin saber que aquellos dos hombres estaban pensando en la dotación de los

falconetes. Camacho iba, justamente, a preguntar en voz alta sobre la siguiente andanada. Pero no hubo tiempo.

La mula empezó a rebuznar como si un chico travieso le hubiese arreado un cantazo en las ancas.

Ambos se miraron con idéntico gesto de extrañeza y, sin mediar palabra, se apuraron.

La mula tiraba de las riendas. Intentaba zafarse del nudo que la mantenía presa al carro. Piafaba agitada. Abría los ollares con espanto y soltaba coces a diestro y siniestro. A los caballos de tiro, les retemblaba el pellejo como si los cubriesen las moscas. Algo había asustado a los animales.

Vieron entonces unos pies al otro lado del carro. Unas botas gastadas calzaban un cuerpo tirado en el suelo, y los radios de la rueda parecían estacas que llevara clavadas.

De un tajo en la garganta se escurría sangre que la lluvia lavaba.

Era Seijo.

El carromato se sacudió. Había alguien dentro.

Camacho supo que tenía que ser él. De algún modo se debía haber librado de las cuatro narices y se las había apañado para matar a Bienvenido. Eso era lo que Seijo les había contado al encontrarse. Al bajar a los calabozos, estaba revuelto, las celdas, abiertas y los cadáveres, mudos.

El gaditano, Urdaneta, aquel carcelero con pinta de anguila y Bienvenido.

—Una de esas bichas andaba por ahí —había dicho Seijo—. La vi moverse, y ya no había nada que pudiera hacer por Bienvenido. Le habían cosido el tripería a cuchilladas —había añadido pesaroso—. Puse pies en polvorosa.

El gaditano, Urdaneta, aquel carcelero con pinta de anguila y Bienvenido. Faltaban dos.

—Te dije que había modos mejores —lo recriminó el Rubio—. ¿Por qué no me das la razón nunca?

Camacho frunció los labios. Pero no dijo nada.

Faltaban dos, y el primero de ellos apareció saliendo por la trasera del carro. Sin el parche, con ira cabalgando en su rostro, Roa saltó al suelo. Enseñaba los dientes como un perro arrugando los belfos, y la fea herida que lo había dejado tuerto lo desfiguraba de tal manera que parecía fugado de los mismos infiernos.

Camacho advirtió que no llevaba la bandolera con sus apóstoles y solo entonces, con retraso, cayó en la cuenta de que podía haberlos usado para

espantar a las sierpes. Sensibles como eran a la escandalera, tal vez se había abierto camino detonando las cargas.

Roa los apuntó con la pistola.

Tras él salió Mora. Con el pelo revuelto, la cara contraída y una mano envuelta en un trapo empapado en sangre. Alguna de las cuatro narices debía haberlo mordido. Y el mercader había encontrado el cuajo para mutilarse antes de que fuera tarde. Con certeza, no serviría de mucho, quizá solo era una venia antes de rendir cuentas. Aunque Mora parecía dispuesto a aprovechar ese préstamo que le había concedido la puta de la guadaña.

Su aspecto era lamentable, pero, aun así, su rostro continuaba siendo condenadamente bello. Incluso mientras mordía con fuerza aquel maldito palillo de plata.

—¡Dispara! —ordenó, saltando al suelo.

Pero no fue Roa el que disparó. La mecha enrollada en su muñeca ya no ardía. La lluvia caía pesadamente sobre ellos y no tenía con qué prender la pólvora.

El que se había adelantado, aun a riesgo de tener que dar explicaciones, había sido el sargento bilbaíno.

—¡Corre a por esas lonas! —le había gritado al muchacho con enfado.

Luego había dudado durante un amén y, al fin, confiando en que el capitán Alcalá estaría de acuerdo, decidió lanzar otra andanada antes de que la lluvia arruinara cualquier posibilidad.

Llovía. Llovía tanto que costaba distinguir al bergantín en su imparable avance. Llovía como si los cielos se hubieran desfondado. Llovía como si mucho hubiera quedado pendiente y ya nunca más pudiera rematarse.

Los tres primeros falconetes escupieron piedra. El brazo volvió a bajar, y lo mismo hicieron los tres siguientes. Pero, cuando le tocó el turno a los últimos, solo uno de ellos hizo su trabajo; el agua se había colado hasta la recámara, y el bilbaíno soltó una peligrosa ristra de maldiciones.

Desde las ventanas de su despacho en la torre, el capitán Alcalá escuchó las detonaciones y se hizo cargo de inmediato. De hecho, asintió para sí, no tanto pensando en que el bilbaíno había hecho bien su labor, sino en que él mismo había mostrado acierto al elegirlo para encargarse de los falconetes.

Alcalá observó los impactos en el agua. Cayeron en un racimo de menos de treinta brazas, a un suspiro de la proa del bergantín, y el capitán volvió a asentir con satisfacción.

Ya no habría más advertencias. A partir de entonces empezaba la batalla. El capitán del bergantín decidiría si querían jugarse el pescuezo.

Roa no se lo pensó. Tras el disparo fallido, tiró la pistola y se abalanzó hacia Camacho con la espada en la mano. Cargó como un toro enfurecido.

El hijo del inglés no estaba armado, pero no se arredró. Chantó los pies en el suelo y se dispuso a pelear. Tuvo tiempo de pensar que aquel rostro tuerto era la máscara que se había puesto la muerte. Y se decidió a engañar a aquella cabrona.

Jarreaba. Llovía como en el juicio final, y, cuando Camacho se disponía a esquivar la primera embestida, un bulto golpeó a Roa en el pecho, y al momento el Rubio se interpuso con su hierro en la mano.

Le había tirado el espejo de obsidiana, que al menos pesaba media arroba, pero apenas había servido para retrasarlo un instante. Le rebotó en el pecho, le hizo perder medio paso, y luego la bestia siguió con su embestida. Sin embargo, fue suficiente para que el asunto quedase en manos de aquellos dos.

Mientras, sin reparos por la sangre, Mora se hizo cargo de la espada que el propio Seijo aún llevaba al cinto.

Camacho sabía que Mora no era un buen espadachín. Lo había visto pegar a los esclavos, lo había visto usar el látigo, lo había visto hacer añicos la pierna del pobre Pedro con una de aquellas condenadas ramas de palo de tinte. Pero jamás lo había visto hacerlo solo. Siempre era otro el que sujetaba al pobre desgraciado, siempre era otro el que se encargaba de que aquel enano de boca apestosa lo tuviera fácil.

Y él no estaba dispuesto a ponérselo fácil.

Mora era hijo de su tiempo y posición. No se le hacía extraño tener la toledana en las manos. La usó como si estuviera en clase de esgrima con su antiguo maestro, en el patio de la casona de Mérida; un combate entre caballeros dispuestos a detenerse a la primera sangre. Incluso hizo una floritura en el aire a modo de saludo.

Camacho supo que había poco que pudiera hacer, pero también que lo intentaría con todas sus fuerzas. Aunque fuese lo último. No miraba el filo, miraba la mano, el brazo, el hombro. Dependía de sus reflejos.

La lluvia no perdía fuerza. Caía con un rumor sordo que amortiguaba los choques entre las toledanas del garduño y el veterano. Aquel era un combate más parejo. Se rondaban el uno al otro, jugando con los pies, fintando con las manos. Cualquiera de los dos podía ganarlo. Sin embargo, a solo unos pasos, la suerte parecía echada.

Camacho llevaba las de perder.

No flaqueaba, pero no era valor lo que le faltaba; le faltaban cinco buenos palmos de hierro en la mano.

Y, como la tenía vacía, se la pasó por el rostro para enjugárselo.

—He llegado a un acuerdo con Bacheli —rugió sobre la lluvia.

Aquello no detuvo a Mora. Continuó tejiendo su red con unos pasos más. La espada, sesgada, cruzaba su guardia, y la puntera, planeando sobre los adoquines, iba dejando un reguero de gotas de agua. El herrero había hecho un buen trabajo, y el arma sabía cómo desembarazarse del exceso.

—Me dará una carta de pago a cambio de mi parte en el botín —continuó anunciando Camacho sin perder de vista la mano del mercader, queriendo averiguarle las intenciones—. Tiene un comisionado en Mérida que me hará el cambio.

El mercader dio un par de pasos de través, tentando con rodearlo para dar ventaja al brazo que llevaba el hierro.

—Pero se va a quedar con una buena parte —prosiguió Camacho—, y, además, debo pagarle algo. Lo he convencido para que me venda un negocio ruinoso que tiene.

Mora se aventó algo. En sus ojos brilló una duda, pero siguió adelante. Se atravesó a un costado, y Camacho quedó entre el comerciante y la pareja que bailaba al son de sus espadas.

—Es algo enrevesado que ha montado ese codicioso. Algo con mucho ingenio. —Dio un paso a un lado, para calibrar la reacción de su oponente—. En realidad, es su comisionado en Mérida el que pone cara al asunto, porque Bacheli nunca ha querido que se supiera que él estaba detrás. Es algo… delicado.

La espada del mercader centelleó en el aire, dando un tajo del derecho y otro del revés. Fue rápido, por un momento pareció que la lluvia se dejara pintar un aspa.

—Se dedica a comprar los pozos de los ranchos de Río Lagartos —continuó Camacho—. Y, en cuanto puede, compra también los propios ranchos. Para venderlos después. Luego ciega los pozos y, con disimulo, espera… Y espera.

Mora se detuvo.

—Antes o después, el incauto que ha comprado un vergel teme acabar con un desierto y, entonces, el lombardo se ofrece como salvador y se aviene a recomprar la propiedad, aunque pagando mucho menos, claro…

En los ojos del mercader, pese al agua, empezó a arder una hoguera.

—Hasta donde sé, lo ha hecho ya cuatro o cinco veces, siempre sacando un buen pellizco. Pero había una propiedad por la que no se decidía. Un rancho especialmente grande, al oeste de la loma…

Algo masculló Mora que el hijo de la Camacha no entendió.

—Creo que el dueño está desesperado —continuó con toda intención—. Supongo que no solo por la falta de agua, sino también porque Bacheli se ocupó de que la última remesa de ganado fuera una mísera colección de bestias a las que más valía sacrificar. Por lo que sé —añadió en tono inocente —, el desgraciado que lo compró debe hasta los mocos.

Cerca, el veterano y el garduño se habían enzarzado en un cuerpo a cuerpo. Cada uno sujetaba las muñecas del otro y las hojas de sus espadas pasaban entre sus rostros como si pretendieran afeitarse.

—No se le puede negar al lombardo que es espabilado, ¿verdad? No sé cómo se le pueden ocurrir semejantes negocios.

Mora bajó la guardia, apenas unas pulgadas, pero lo suficiente para alentar a Camacho a recortar distancias.

—La verdad, creo que me he equivocado —reconoció con voz apenada—. ¡Qué insensatez! Ahora que consigo dineros, me los gasto en comprar deudas…

El labio de Mora temblaba ligeramente. El mondadientes brincaba arriba y abajo.

Camacho lo miró. Alzó la mirada, irguió el mentón. Lo miró como nunca lo había mirado en todos los años en los que había trabajado para él. Con orgullo.

—Me ha costado medio millón… —dijo al cabo.

Antes de que el mercader se diera cuenta de que ahora debía una fortuna al que había sido su empleado, Camacho saltó sobre él. Y estiró los brazos para sujetar la mano de la espada.

Salieron rodando los dos sobre los charcos y bajo la lluvia.

El comerciante se sobrepuso rápidamente a la sorpresa inicial. Intentó zafar la mano de la espada y, cuando no pudo, estampó un rodillazo que acabó en las costillas de Camacho. Estas resonaron con un crujido. Le faltó el aire, pero no aflojó el cepo que había cerrado en la muñeca del mercader.

Terminaron en una poza, salpicando bajo la lluvia incesante.

Llegó entonces otro rodillazo, que volvió a castigar la misma costilla, y Camacho aulló de dolor.

Tenía las manos ocupadas, así que hizo lo único que podía hacer. Soltó un cabezazo con toda su alma. Sintió cómo la nariz de Mora se partía igual que una nuez. Aquel rostro ya no parecería nunca más el de un querubín.

Fue entonces cuando lo vio, brillando en el agua que cubría el suelo, hundido en la poza. Allí estaba aquel rocambolesco palillo de plata, abandonado, náufrago. Y Camacho soltó entonces las manos y aprisionó con un codo el cuello del mercader mientras alargaba el otro brazo para agarrarlo.

Aullaba de dolor por las narices rotas, maldecía a cuenta del orgullo herido, mentaba a los muertos de Camacho. Y, al verse de nuevo con las manos libres, Mora lo intentó con la espada. Abrió el brazo todo lo que pudo y cerró la muñeca para meter la espada entre ambos.

Camacho sabía que viviría el tiempo justo para que el comerciante terminase el gesto. No más.

El filo le buscaba los riñones.

Forcejeaban. Gruñían.

A su lado, los aceros se cruzaban en una clase de esgrima. En cambio, allí se peleaba como borrachos desesperados. Sin la gracia de las fintas y la medida.

Pero la muerte rondaba a todos por igual, sin importarle el estilo en la estocada.

Camacho acercó su mano a la oreja de Mora. Solo tendría una oportunidad.

Cuando clavó el palillo, el mercader se llevó las manos al oído y empezó a gritar como un condenado. Apenas un hilo de sangre brotó. Quedó allí, como el zarcillo de una gitana coqueta. No fue mucho, pero sí lo suficiente para zafarse.

Y Camacho estuvo listo. Y ágil. Logró ponerse en pie mientras, inútilmente, Mora palpaba para quitarse aquel aguijón que le mordía el oído, poniéndose de rodillas. Eran una mala copia del retrato de unas semanas antes, cuando Camacho había jurado que no era un ladrón, cuando el mercader lo había pateado para mandarlo al suelo del almacén.

Mora se había dejado llevar por la rabia.

Camacho, no.

Iba a hacerlo, pero se contuvo. Se quedó quieto, luchando contra la tentación.

—No eres más que un hijo de puta —masculló el mercader, asiendo de nuevo la espada.

Había mucho más en el hijo del inglés que rabia.

Llovía. Llovía tanto que el sargento bilbaíno dudaba de que los falconetes disparasen. Los estaban cebando de nuevo, pero era tal el agua que caía que no se fiaba.

Y el mismo pensamiento cruzó por la mente del capitán Alcalá mientras sus ojos eran incapaces de apartarse del bauprés de aquel bergantín. Frente al barco aún quedaba la huella de la última andanada. Y él y todos los hombres bajo su mando miraban ansiosos.

Por eso mismo nadie perdió detalle cuando el barco empezó a virar. Con timidez, como si la nao no obedeciese al timón, el bauprés fue orzando hasta que el bergantín mostró el costado.

En el adarve de la muralla, el muchacho con aspiraciones de artillero fue el primero en estallar en vítores. Todos pensaron que eran héroes. Todos creyeron que habían hecho huir a los piratas. Y, en su despacho, el capitán Alcalá pateó el suelo encantado.

Mientras, en aquella poza, bajo la lluvia, Camacho pateaba con todas sus fuerzas.

La cabeza de Mora se sacudió violentamente. El hierro de Seijo cayó al suelo con un tintineo. Los ojos se volcaron, quedaron en blanco.

La lluvia lo tumbó.

Quedó allí como un puñado de trapos. A los pies de Camacho.

A su espalda, el garduño sacaba la última estocada de entre las tripas de Roa y, tras comprobar la situación, se acercó.

Se quedaron ambos mirando a Melchor de Mora e Hijuelo.

Muerto.

Y el garduño, venciendo todos sus impulsos, fue capaz de mantener la boca cerrada.

Les llegaron los gritos de alivio y los vítores de los hombres del adarve. Celebraban que el bergantín se hubiera echado atrás. Los muy ilusos creían que había sido gracias a ellos.

El Rubio miró con desgana hacia la muralla, y ya no pudo guardar silencio por más tiempo.

—Han virado —anunció—. Iré yo a Cotoche, esos… —Miró por un momento a Camacho y se guardó la tanda de insultos que iba a soltar—. Esos ingleses no suelen tener paciencia. Si me retraso, me colgarán de una de las vergas.

Sin dejar de mirar el cadáver de Mora, el hijo del inglés asintió.

—Y tú deberías irte también, o tendrás muchas preguntas que responder.

Ya no había más que decir.

Al contrario que los hombres de la muralla, que gritaban todo cuanto eran capaces de imaginar.

Caminó hasta la mula, liberó las riendas, aseguró las alforjas y, antes de montar, echó un vistazo al interior del carro.

—¡Cabrón testarudo! Algún día acabarás por darme la razón…

Y ni siquiera la lluvia consiguió disimular su sonrisa.

«¡Oh, libertad, gran tesoro! Porque no hay buena prisión, aunque fuese en grillos de oro».

Lope de Vega Carpio,
La niña de plata

La Capitanía General de Yucatán tenía esos aires de querer y no poder que brotan como cizaña en las provincias.

Al pie de un cerro, aprovechando los restos de antiguos templos que la selva se había tragado, Mérida se había levantado como tantas otras cosas en aquellas nuevas tierras al otro lado de la mar océana. Por cojones.

Y los primeros en llegar se habían llevado su pellizco. Rodeando la plaza Mayor, estaban las grandes casas de los que habían tenido la fortuna de salir enteros de la selva y reclamar las tierras. Por allí sonaban apellidos como Montejo o Bracamonte. Y por allí se había levantado la alhóndiga, la catedral, la casa del obispo, la de gobierno y el ayuntamiento.

Todo lo habían construido los indios, los mismos que vivían más allá del cerro, en un ejido de chozas de palma. Ellos habían sido quienes se dejaron los riñones hurtando las piedras que sus abuelos habían consagrado a los dioses. Pero quienes vivían allí eran los castellanos. Vivían y atendían a sus asuntos, a veces complejos y a veces sencillos, casi siempre sucios. Porque en Yucatán, allá donde Cristo perdiera las sandalias, Sevilla era solo un rumor y la ciudad de México, una esperanza para los burócratas y un sueño para los infelices.

Mérida, levantada con escombros gracias al látigo, quería ser más, pero no lo era.

La Capitanía General resultaba tosca, como hecha de remiendos, con piedras gruesas y ventanas escasas que no espantaban el calor. Además, en plena temporada de lluvias, las goteras medraban por las esquinas.

Y, con rabia, renegando entre labios fruncidos, Enrique de Esquivel, fiscal de la capitanía, se levantó para mover un balde que, hasta entonces, había visto las gotas caer a su lado sin cumplir su cometido.

No era él un hombre de acción. Más bien un apocado leguleyo que se sentía más a gusto entre escribanías y papeles que en su propia casa. Pero aquellas goteras acababan por sacarle de quicio. Más que nada, porque arruinaban los informes y estragaban las denuncias.

Con el pie, el fiscal empujó el balde, un antiguo cubo de fregar cubiertas que a saber cómo diantres había terminado allí, y esperó a que cayese la

siguiente gota para comprobar que, a partir de entonces, en lugar de empapar el suelo, amenazando con que cualquiera se rompiera la crisma de un resbalón, el agua quedaba recogida.

Cuando se dio por satisfecho, regresó a su asiento para continuar con la declaración. El gobernador Céspedes estaba por llegar, y no le cabía duda de que el capitán Argáiz lo acompañaría. La detención no se merecía menos. Nunca antes se había tratado asunto de semejante calado en la humilde capitanía de la más remota de las provincias. Y el fiscal sabía que debía tener listo el papeleo si quería tener la esperanza de que algún día le concedieran otro destino que no fuera aquella ciudad a medio hacer en el corazón de la selva. Era su oportunidad para que le concedieran patente en Acapulco, en Veracruz o en la misma México. Y no pensaba desaprovecharla.

Se repasó el jubón, como si por levantarse se hubiera podido arruinar, y tomó asiento tras su mesa con la postura más digna que pudo apañar.

Antes de reanudar su trabajo, miró por la gran ventana. La lluvia no se aburría. Chistó entre dientes, sabedor de que, en breve, tendría que vaciar el dichoso balde. También dedicó un fugaz pensamiento a que, con suerte, no volvería a dedicar esfuerzos a esas tareas impropias. Fue entonces, espoleado por sus sueños, cuando mojó el cálamo en el tintero, carraspeó y se retrepó en el asiento, dispuesto a continuar con la mayor de las diligencias.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

Pero no le dio tiempo a su interlocutor a responder, porque el fiscal se contestó a sí mismo:

—Ah, cierto, el huracán. —Repasó lo escrito hasta el momento—. Y la recompensa, por supuesto, no nos olvidemos de la recompensa.

Garabateó algo en sus papeles y luego alzó el rostro.

—Lo recuerdo bien. Yo mismo llevé la petición del señor de Mora al gobernador Céspedes, y yo mismo envié copia al virrey…

Calló al comprender que no venía a cuento hablar de burocracia. Volvió a carraspear para disimular.

—Continuad —dijo, reconduciendo el asunto—, por favor, continuad.

Y los guardias que custodiaban al declarante, en pie, uno a cada lado del prisionero, se cruzaron una sonrisa. Podían haber estado fuera, haciendo turno bajo la lluvia, pero estaban allí, disfrutando de un relato que tendrían ocasión de contar esa misma noche en la taberna que había tras el «convento grande» y por el que, con toda seguridad, conseguirían más de una copa de balde.

El asunto ya había empezado de la forma más peculiar, cuando el prisionero, desarmado, se había plantado en la plaza Mayor y, sin resistencia,

se había dejado arrestar. Pero aquello había sido solo un aperitivo. La historia prometía mucho más.

El prisionero asintió.

Y los grillos que llevaba en las muñecas tintinearon cuando alzó las manos para echarse en la boca una de aquellas bolas de chicle que tanto gustaban a los indios.

Con voz calma y segura, sin un solo titubeo, continuó con su narración, confesando con desparpajo todos y cada uno de sus delitos.

El fiscal no dejaba de asombrarse, porque los años de oficio lo habían acostumbrado a las mentiras, pero aquel hombre peculiar no se refugiaba en el engaño.

En la Capitanía General todo se registraba y anotaba. Al abandonar su cargo, desde el alcabalero del puerto más humilde al mismísimo gobernador, todos tenían que dar cuenta de lo hecho. Todo hijo de vecino, si quería volver a Sevilla con la cabeza alta, debía ser juzgado por sus actos. Esa era la norma. Pero las intenciones servían de poco, y más de un cabrón con pintas se salía con la suya sin importar las barrabasadas hechas.

La mayoría mentía, unos pocos no se atrevían a tanto y simplemente ocultaban la verdad. Sin embargo, el fiscal Enrique de Esquivel, mientras escuchaba, tuvo el pálpito de que cuanto estaba oyendo era, para bien o para mal, la simple, llana y testaruda verdad. Por increíble que sonase.

—Esa es una acusación muy grave —interrumpió de pronto—. El quinto real no es asunto para chuflas. Y el señor Pedrarias lleva años cumpliendo fielmente con la Real Hacienda. Además, de maese Fragoso jamás ha habido queja, ni siquiera con las marcas en las pipas de vino…

Escuchó lo que le decían y, al darse cuenta de la expresión de los guardias, los miró con el ceño fruncido de intenciones. Aquellas risitas no resultaban apropiadas.

—¡Y lo mismo del capitán Alcalá! ¡Eso es un disparate! Mentís como un bellaco, ¡no puede ser cierto! Son hombres de honor.

Los grillos volvieron a tintinear cuando el prisionero se encogió de hombros, como dejando claro que a él le daba lo mismo que lo creyesen o no.

—La calumnia también se castiga —reconvino el fiscal con el gesto serio —. Os recuerdo que la palabra de ese herrero que asegura haber hecho copia de las llaves del almacén de la casa de Mora es más que cuestionable…

El tintineo fue similar. Y esta vez se prolongó, porque el prisionero se llevó las manos a la cabeza y, en balde, intentó recolocar las desordenadas guedejas.

—Está bien, ya dilucidaremos ese particular más adelante. Continuad.

El balde se iba llenando de agua y, para deleite de los guardas y escándalo del fiscal, el relato del cautivo iba engordando.

—¿Cuatro qué?

Mientras le contestaban, aprovechó para echar algo de secante.

—Ah, cuatro narices. Muy bien, proseguid.

La pluma iba y venía del papel al tintero, del tintero al papel. Y era tal el frenesí del fiscal por registrar hasta la última palabra que no se dio cuenta de que uno de los guardas junto al prisionero tosía con disimulo. No oyó las pisadas ni el murmullo de saludos a su paso. No fue hasta que el gobernador Céspedes entró con pompa y boato en la sala que el fiscal se dio cuenta de que las autoridades habían llegado al fin.

Se les había dado aviso en cuanto aquel mentecato se había presentado en la plaza Mayor para ponerse a disposición de la guardia. Pero, como donde manda patrón no lo hace marinero, mientras el patrón está en la taberna, el marinero friega la cubierta.

Enrique de Esquivel se puso en pie, como movido por un resorte, y lamentó de inmediato que el gesto dejara un borrón en el pliego donde había estado escribiendo.

—¡Excelencia! —exclamó, inclinando la cabeza—. ¡Capitán! —repitió el respetuoso saludo.

El gobernador Céspedes tenía aires de tocinillo a punto para la fritura. Era bajo y revenido, con el apetito de un oso y apenas fuerza de voluntad con la que resistirse a la gula. Cuesta abajo, bastaba con un puntapié en salva sea la parte para echarlo a rodar como una pelota.

Cada uno de los guardias metió una mano bajo el sobaco que tenía más cerca y obligó al prisionero a levantarse, y los grillos volvieron a tintinear.

El capitán Argáiz era la imagen opuesta. La del militar de carrera y nacimiento. Vestía impoluto y caminaba con aplomo envidiable. Y todo lo miraba como si fuera poco para él y su apellido.

—¿Es este? —preguntó el gobernador con desgana, mirando al prisionero con recelo.

—Este es —afirmó el fiscal—. Fue capturado de buena mañana en la plaza Mayor —añadió, sin aclarar que el hombre se había entregado por voluntad propia.

—¿Y hacía falta sacarme de la cama para este asunto? —cuestionó Céspedes con disgusto.

El fiscal dudó un instante, sin saber qué contestar. Y no tuvo oportunidad de hacerlo, porque, sin que nadie le hubiera dado venia, ya lo hizo el prisionero.

—Excelencia, me temo que sí —dijo resuelto—. Comprendo que os resulte inconveniente, pero necesitábamos que tanto vuestra merced —señaló al gobernador—, como vuestra escolta personal —continuó, señalando ahora a los seis guardias que se habían quedado detrás—, os ausentaseis. De haberos quedado en casa, qué se yo, zampando un tercer desayuno, no hubiera sido posible.

El gobernador, el capitán, los guardias, los escoltas y el fiscal reaccionaron cada cual a su manera ante tamaño descaro.

El gobernador Céspedes terminó por hinchar los mofletes y bufar en tanto las mejillas se le ponían coloradas.

—¿Cómo os atrevéis…? —se le quedó en el aire la queja indignada.

El fiscal acudió en su ayuda de inmediato.

—Isidoro Bernal María de la Santísima Merced de la Visitación y Brochero, ese es su nombre…

—¿Cómo os atrevéis, Isidoro Bernal, a semejante desfachatez? ¡No sabéis quién soy ni de lo que soy capaz!

Y dio la impresión de que iba a hacer una señal a sus escoltas para que ejecutasen allí mismo al prisionero. Pero este soltó una carcajada franca que volvió a despistar a los presentes e incluso, por la sorpresa, la mano de los hombres que lo flanqueaban aflojó.

—Excelencia —dijo con recochineo—, en realidad podéis llamarme Camacho. —Miró fijamente al gobernador y al capitán—. Camacho, el hijo de la Camacha, eso es suficiente.

Y, en cuanto cerró la boca, se desembarazó de los guardias y saltó a la mesa del fiscal.

—¡Atrapadlo! —ordenó el capitán Argáiz sin dudarlo.

Pero los había pillados a todos desprevenidos y ya corría hacia la ventana. No intentó huir hacia las escaleras, aquel camino estaba bloqueado por los guardias, por el capitán, por el gobernador y sus escoltas. Saltó por el otro lado de la mesa, derramando la tinta, que se vertió en la esforzada declaración que el fiscal había tomado. Empujó al funcionario, que se sentó con mucha menos dignidad que antes, y pasó como un suspiro en dirección hacia la ventana con la clara intención de estamparse contra los cristales.

—¡Que no escape!

Los hombres de armas se pusieron en marcha.

Pero no llegaron a tiempo.

Camacho alzó los brazos. Los grilletes fueron lo primero que golpeó el cristal. La ventana se hizo añicos al instante, y él pasó por el hueco, encogido, sin más que unos cuantos rasguños; llevaba puesta una capa recia y un coleto de cuero, de los que aliviaban las cuchilladas.

Lo lógico era que, de no matarse, se hubiera al menos descalabrado, porque del primer piso de la Capitanía a los adoquines de la plaza Mayor había al menos siete buenas varas castellanas.

Pero no pasó ni una cosa ni la otra, porque tanto él como los cristales rotos cayeron en un carro lleno de paja que lo esperaba al pie de la ventana.

En el pescante, una figura embozada sujetaba firmemente las riendas del tiro para que el espanto no lo desbocase. Cuando se volvió, la capucha se escurrió lo suficiente para ver relampaguear unos ojos verdes.

Camacho miró hacia arriba y descubrió las expresiones cariacontecidas de los guardias, que no supieron qué hacer hasta que, tras ellos, tronó la voz del capitán Argáiz, gritándoles que se apurasen escaleras abajo.

—¡Vamos! —urgió Camacho.

Y Catalina sacudió las riendas. Y los caballos se echaron al trote. Y las riendas restallaron de nuevo, y los caballos se echaron al galope.

Dando tumbos por los adoquines, esquivando a los que por allí pasaban y maldecían a aquel insensato conductor, el carro desapareció por un costado de la catedral.

Los guardias, resollando, llegaron a la plaza a tiempo de verlo doblar la esquina.

—¿Y los demás? —preguntó Camacho, pasando de la trasera al pescante.

—En el cerro —contestó Catalina, atenta a guiar al tiro para evitar atropellar a dos que cargaban con unos tablones.

Escuchaba, pero no la miraba. Estaba ocupado. Había sacado una ganzúa de la bocamanga e intentaba acertar con la cerradura de los grilletes.

—¿Os ha dado tiempo? —preguntó, frotándose las muñecas.

Los grillos cayeron con un cascabeleo, y un chiquillo se apresuró a llevárselos para sus juegos.

—Sí —contestó ella—, tenías razón. Guardaba al menos medio millón…

Se sonrieron. Y, aunque era una locura desatender el tiro, pese a que podían descalabrarse de un momento a otro, Catalina se volvió hacia él. Lo miró, radiante, con el rostro sembrado de alegría. Los ojos, vivos, muy abiertos, lagrimeaban, el aire le alborotaba el cabello.

—Me debéis algo, caballero, aunque solo sea por haber perdido aquella prenda que os regalé…

Los caballos tomaban más decisiones que las riendas. Podían desgraciarse en cualquier momento. Pero ella estaba borracha de libertad. Feliz.

Camacho no entendió.
Volvieron a mirarse.
Los labios jugaron a decidirse.
Y entonces él comprendió.
Y también lo hizo Catalina.

Aquellos ojos azules no eran ya los del chiquillo soñador que robara un caballo para pasear a su doncella. Ya no eran los de un amanuense labrándose un futuro mejor. Pero sí eran la única herencia de su padre.

Fue presa de las dudas.

Camacho estaba a punto de inclinarse hacia ella, más que dispuesto a pagar por la prenda.

Pero Catalina no se dio cuenta. De pronto, todo se le antojó evidente. La única herencia de su padre. Se echó hacia atrás, y el beso quedó huérfano. Uno más.

Desconcertado, envainando aquella intención en sus labios, él preguntó:

—¿Qué sucede?

Ninguno de los dos prestaba atención al alocado galopar de los caballos, guiados únicamente por su instinto. Para evitar a un anciano que desfilaba el día sentado junto al portal, entre relinchos, viraron brusco, obligando a que en el pescante tuvieran que echar las manos al asiento.

—¡Nos engañaste! —reprochó—. Lo habías planeado todo desde el principio, desde antes de… —Calló un segundo—. Era todo mentira. Siempre supiste que había sido Mora… Lo que contaste, aquella parrafada del cura bajo la ceiba, lo has sabido desde entonces, ¿verdad? Nunca pretendiste ganarte la vida honradamente, nunca…

Se le abrió la boca con asombro. Se había dado cuenta de algo más.

—¡Me abandonaste! Podías habérmelo dicho…

Los caballos galopaban. El carro traqueteaba, amenazando con escupir hasta el último clavo. Desde las calles les llovían insultos y maldiciones.

Le pareció más bella que nunca. Camacho la miraba fijamente. No dijo una sola palabra. Sus ojos azules brillaban con picardía.

—Será mejor que agarres las riendas. Ahí delante hay una tapia…

Ella no lo hizo. Él, tampoco. Ya se encargarían los caballos.

Las miradas estaban fijas.

Él volvió a inclinarse. Sonreía.

Ella quiso resistirse. Volvió a echarse hacia atrás.

Él se inclinó más.

Ya no había tempestades. Ya no había marejadas.

Ella intentó protestar, pero perdió el rumbo en aquel mar azul profundo. Él se inclinó aún más, y su sonrisa se ensanchó. Quedaron sus rostros el uno junto al otro. Las miradas, trabadas. El ansia en el aliento.

Catalina negó con fuerza, pero sus brazos, con voluntad propia, rodearon el cuello de Camacho.

Él miró sus ojos verdes.

Ella no vio la verdad en su rostro, pero le importó un carajo cuál fuese la verdad.

Los caballos cayeron al trote. La tapia se acercaba.

Lentamente, cobrándose revancha por las ocasiones perdidas, con timidez que se convirtió en ansia, sus labios se abrazaron.

Y tejieron un beso.

FIN

Cuadernillo de notas

Hace un par de años, asistiendo a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en mi querido México, tuve el enorme honor de conocer al nieto del ilustre Miguel León Portillo. Aquel joven inquisitivo se presentó en la mesa donde yo firmaba ejemplares de *Fierro* a los lectores que se acercaban a conocerme.

Fue una charla agradable que no pudo ir más allá de unos minutos, pues había otros lectores esperando. Pero para mí se convirtió en un regalo.

Así descubrí *Visión de los vencidos*, una lectura más que recomendable que debería ser tan conocida a este lado del Atlántico como lo es en tierras americanas. Mi buen amigo Juan Meneses, del Grupo Madre Editorial (quienes distribuyen mis novelas en tierras mexicanas), se hizo con una copia de la obra de Portillo en la misma feria y me la regaló apenas el nieto del autor se alejaba con su ejemplar firmado.

Aquella noche, en el hotel, tras una cena en la que no faltaron gusanos de maguey y buen tequila, abrí la primera página…

En cuanto regresé a Galicia, me hice con una copia de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo.

Y pronto quedé inmerso en un viaje iniciático en el que los rumores, los ecos de los estudios de mi infancia y los muchos pellizcos de Historia que uno va atrapando a lo largo de su vida se iban entremezclando para espantar mi ignorancia. Pronto me percaté de que había un cuento ahí escondido.

Sin embargo, contar con un decorado atractivo o una premisa no construye un argumento; lo único que hace es dar un motivo para pensar.

Y, pese a que mi admirado Stephen King suele decir que no merece la pena estropear una buena novela por culpa del argumento, yo soy un escritor metódico. Necesito ideas claras antes de mecanografiar. Y seguí leyendo, investigando, hasta que encontré la chispa que tanta falta me hacía; vino al escuchar a mi admirado Lorenzo Caprile (tan admirado que sus intervenciones televisas han terminado conmigo cosiendo vestidos para las

muñecas de mis hijas) hablando de cómo aquella España de los Austrias se vistió de negro para presumir de lo que se había encontrado en las Indias.

Los comentarios del brillante modisto me enseñaron el camino, y leer los completísimos trabajos de la doctora Manuela Cristina García Bernal sobre el comercio del Yucatán y la importancia del misterioso palo de tinte me permitieron seguirlo sin perder el rastro.

A partir de ahí, la Camacha cervantina me sirvió en bandeja todo lo demás que podía necesitar.

Así nació esta novela…

Y, como todas las novelas con un trasfondo histórico, ha sido necesario buscar un equilibrio entre el rigor histórico y las obligaciones narrativas. En ese aspecto, como en todos mis trabajos anteriores, he procurado hacerlo lo mejor posible, pero seguro que habré cometido errores por los que, de antemano, pido disculpas, y alego, sin pudor, que mi prioridad ha sido la acción narrativa. En cualquier caso, a continuación doy algunas pinceladas sobre algunos de esos asuntos, con el fin de satisfacer curiosidades y alimentar el deseo de los curiosos.

Por último, antes de brindar esas pinceladas, una consideración que afecta a toda la novela. No creo que aquellos que abogan, consciente o inconscientemente, por las llamadas «leyenda negra» o «leyenda rosa» tengan razón. En primer lugar, me parece prácticamente imposible juzgar hechos de hace siglos desde el presente, y, en segundo, la inevitable comparativa resultará siempre torticera. En mi opinión, dejando a un lado las innegables barrabasadas de ciertos individuos, el conjunto general de las acciones de la llamada «conquista» son razonables para su tiempo y momento; es más, adelantadas en algunos casos, que no debe olvidarse la creación de hospitales y universidades, así como la pronta incorporación de los locales y mestizos a las élites. Hoy en día se puede pasear por cualquier ciudad del centro y sur de América y seguir encontrando rastros de historia precolombina y conocer a sus gentes, en tanto que no es habitual cruzarse con un apache en Nueva York o Texas. Creo sinceramente que se tiende a penalizar en demasía lo que allí sucedió y cómo sucedió, y que se pierde la perspectiva histórica.

El púrpura de Tiro lo fue para la antigua Roma; el estatus de los miembros más destacados de su sociedad se refrendaba con apenas una cenefa de color en el borde de sus túnicas. El mismo púrpura señalaba a los poderosos en el imperio bizantino, y de aquellas trazas quedó como herencia para las altas

jerarquías de la Iglesia; aún hoy en día el diccionario recoge «purpurado» como cardenal de la Iglesia romana. Y, no hace tanto tiempo, las virtudes innegables del añil natural para conseguir un profundo azul seguían en boca de las gentes de a pie. Los tintes, su valor y su exclusividad han marcado profundamente la historia y las civilizaciones. Eso mismo sucedió con el palo de tinte cuando, por primera vez en la historia, podía lograrse un negro profundo y único que garantizaba exclusividad a quien pudiera pagarlo. Así, desde poco después de su descubrimiento (los nativos amerindios lo habían empleado desde tiempos inmemoriales), los europeos empezaron a comerciar con el palo de tinte, y las cortes y casas más pudientes de todo el viejo continente presumían de dineros vistiendo de riguroso luto. Por primera vez era posible conseguir un negro profundo, lustroso y estable que permanecía en la tela inalterado pese al uso y los lavados. Desgraciadamente, sobre el comercio de palo de tinte de finales del siglo XVI no existen tantos estudios como a mí me hubiera gustado. Yucatán, como la menos importante de las provincias en términos económicos y de explotación de materias primas, no fue el centro de atención en aquellos tiempos, ni lo es ahora para quienes bucean en los registros. Aun así, se pueden ofrecer algunos datos. En realidad, pese a que en la novela se usan cantidades diferentes para simplificar el argumento, hubo años de ese período en que el total de los envíos anuales pudo superar los tres mil quintales. Y curioso resulta que la Corona española se las ingeniase para acabar arruinando un mercado tan provechoso. Media Europa quería comprar palo de tinte, la otra media estaba dispuesta a robarlo si era necesario, y el único país que tenía derechos legítimos sobre el producto terminó por ahogar el comercio a base de limitaciones, impuestos y burocracia. Una triste historia para una materia prima que llegó a alcanzar, ocasionalmente, precios más altos que el oro o la plata.

A la sazón, cabe mencionar que el palo supuso una auténtica revolución que cambió la moda del viejo mundo, de las tendencias italianas de los años anteriores, vivas en el color y barrocas en el gusto. Ese novísimo y profundo negro que puso de moda la corte de los Austrias causó tal furor que, como algunos han afirmado, todo el continente se vistió «a la española». De hecho, podría decirse que fue uno de los elementos de lo que algunos han calificado primera globalización, ya que el poderío marítimo español, que unió Occidente con Oriente, se conjugó con la novedosa normativa fiscal china que exigía el pago de impuestos en plata, una plata que en buena parte salía, precisamente, de las posesiones españolas en las Indias y que acabó

instaurando el real de a ocho como primera moneda del comercio mundial, tanto como para resultar, siglos después, base para el dólar estadounidense.

Con los nombres, topónimos y antropónimos, como siempre sucede al enmarcarse de forma aislada un período histórico, surgen dudas e imprecisiones. De modo que tomé la decisión consciente de inclinarme por las versiones que ya aparecen en las crónicas de antiguo, como la de Díaz del Castillo, la de las Casas o la de Gómara. Me pareció lo más razonable, pues los dos personajes principales son castellanos de aquel tiempo que hubieran pronunciado y pensado esas palabras de ese modo. Así, sin darle importancia a si el origen del término estaba en el náhuatl, el inglés o el francés, se cortaron todos por el mismo patrón (salvo algunas excepciones mayas) y se disfruta de curiosidades como la de escribir Guatarral por Walter Raleigh.

Del antiguo urbanismo de Campeche hay pocos datos firmes. Entre otros motivos porque, tal y como se refleja en la novela, las obras de fortificación se eternizaron durante prácticamente dos siglos. Además, casi todos los monumentos históricos presentes hoy en la preciosa villa de Campeche son posteriores o bien han sufrido transformaciones. Pese a todo, he intentado reconstruir la ciudad lo mejor posible gracias a esas pinceladas deslavazadas. Aunque debo admitir que, allá donde los datos escaseaban, dejé volar la imaginación sin pudor alguno.

El transporte y el sellado de las corachas tal y como se muestra en estas páginas es un tema controvertido. No he encontrado evidencias fehacientes de que se hiciera del modo en que se describe. Es cierto que las marcas en las pipas de vino y en otros envíos sí aparecen a menudo referenciadas en las crónicas, y también que los sellos en variadas formas eran de uso extendido; sin embargo, consideré que era un planteamiento verosímil. De hecho, aún hoy en día, los sacos de harina castellana siguen viniendo con cuño de plomo (como las bulas papales), o al menos así era en aquellos años de mi juventud en los que trabajé en una panadería.

Nota curiosa al hilo de las marcas y cuños de las mercancías resulta el hecho de que en multitud de crónicas se encuentren referencias a variaciones en las marcas hechas en las pipas de vino o aceite. Tanto que, incluso en los juicios en los que distintos comerciantes litigan por problemas con la carga o diferencias en los pagos, se menciona a menudo este particular en los testimonios. Y parece razonable afirmar que, en aquellos días y aquellos puertos, por lo general, el que no corría, volaba.

Mucho antes de que Farinelli cantase para curar las depresiones de Felipe V, en la España de hace varios siglos se apreció ese particular canto de los *castrati*, esos varones sopranos que el vulgo llamaba a menudo «capones». Y no siempre era bien visto, tal y como se refleja en la novela, pues parece ser que muchos sufrían dicha castración y el asunto se envolvía en un supuesto accidente. En el entorno de este tema no puedo dejar de recomendar la novela de mi buen amigo José de Cora *La navaja inglesa*.

Aunque no es este el foro para entrar en detalles, hay que aclarar que la cultura maya, en parte porque la materia prima no estaba especialmente disponible en la zona, no se caracterizó por la orfebrería de metales preciosos. Hoy en día ha alcanzado fama internacional, pero, no es una herencia de los tiempos precolombinos.

En toda la península del Yucatán hay una abundancia abrumadora de antiguas construcciones mayas de diversas tipologías y épocas. En la que yo me inspiré para el periplo de los protagonistas es en la de Edzna, que, si bien no correspondería exactamente desde el punto de vista geográfico, servía para ilustrar la magnífica cultura local.

En las crónicas hay abundantes referencias a esclavos cimarrones y a indios rebeldes refugiados en la selva intentando escapar del yugo de los nuevos pobladores. Me pareció necesario mostrarlo y, además, debo reconocer que en el poblado que aparece en estas páginas hay una clara inspiración en la actitud de los indios en la magnífica obra de Ermilo Abreu González, *La doctrina*.

Parafraseo las palabras de su protagonista Canek, de cuyo nombre también me apoderé.

En sentido similar, la obra de Abreu fue una de las muchas de las que bebí preparando este cuento, y no la única de la que me he aprovechado con descaro. Una de las más evidentes fue, sin duda, *El guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, a la que algunos califican de auténtica primera novela moderna, por delante de las aventuras del famoso hidalgo. De sus brillantes páginas y de las crónicas que hablan de la brutal epidemia de peste que asoló aquella Castilla del siglo XVI surgió la frase: «unos escapando de la peste que bajaba de Castilla, otros del hambre que subía desde Andalucía».

La realidad del tequila como bebida pudo ser bien distinta a la que se muestra en estas páginas, pero resultó agradable dar pábulo a la historia, no confirmada, de que fueron los franciscanos de Santiago de Tequila los que supieron enseñar a los locales cómo sacar un partido adicional a las golosinas que cortaban de las hojas de agave.

El papa Urbano VII prohibió efectivamente el tabaco en suelo sagrado, y no mucho después lo haría también Felipe III. Y al hilo de este asunto merece la pena comentar que, en 1565, el médico sevillano Nicolás Monardes publicó *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales*, en la que describe la planta del tabaco, el uso que hacían de la misma los indígenas americanos y sus empleos terapéuticos. Además, siguiendo con estas menciones científicas, entre 1571 y 1577, el médico y botánico español Francisco Hernández de Boncalo fue elegido por la Corona española para dirigir una expedición a América focalizada en el territorio de Nueva España. Y, gracias a ella, nació *Historia natural de la Nueva España*, donde se da una de las primeras descripciones sobre el tabaco y sus propiedades: «Es el *yetl* una hierba de raíz corta, delgada y fibrosa de donde nacen tallos de cinco o más palmos de largo, vellosos, desordenados, estriados y lisos; hojas anchas, oblongas y hasta cierto punto parecidas a las del lampazo; flores semejantes a las del beleño que dejan, cuando caen, cápsulas llenas de…». Como colofón a este respecto, puede mencionarse que el nombre de «tabaco» parece ser heredero de los haitianos y, de hecho, es en la isla de La Española

(actualmente dividida entre República Dominicana y Haití) donde ya en 1530 empieza a cultivarse con intereses comerciales.

En cuanto al Santo Oficio, gracias a la tesis del profesor Carlos Roberto Gutiérrez Peraza, pude encontrar referencias al auténtico Hernando de Sopuerta (que no Socuéllamos), franciscano inquisidor de Yucatán para Mérida, Izamal y Maní. En la novela se presenta como dominico para no tener una duplicidad con el personaje de Gundemaro y para, a su vez, hablar de las tensiones entre las dos órdenes, representativas entonces y hoy de la idiosincrasia de cada una. Gracias al trabajo de Gutiérrez Peraza y otros similares, conocí las jerarquías y los procedimientos que se plantean en la novela, y, aunque estas páginas no eran lugar para extenderse en explicaciones, a cualquier interesado le recomiendo encarecidamente la lectura de este tipo de trabajos. Asimismo, por terrible que fuera esa institución que ha pasado a la historia como la Inquisición, lo cierto es que en estas páginas la uso más por su sombra (de la que me aprovecho con descaro) que por su figura. Sin desmerecer las muchas barbaridades que se cometieron a fin de salvaguardar la fe, lo cierto es que basta un vistazo a cualquier estudio competente para caer en la cuenta de que, tanto en el territorio peninsular como en el de ultramar, el Santo Oficio español fue mucho más benévolo que sus coetáneos de cualquier otro rincón de Europa. También cabe aclarar que, según parece, buena parte de los procesos en los territorios americanos tuvieron que ver con la bigamia o los judaizantes y no con artes brujeriles.

Lo más probable es que la Garduña, como sociedad de crimen organizado a la que incluso pueda considerarse como germen de la camorra napolitana, sea, en realidad, una falacia. Las menciones literarias y los rumores, e incluso que el diccionario recoja la palabra «garduño» como sinónimo de ratero, no son más que pruebas circunstanciales. Sin duda, como nos muestran el maravilloso *Buscón* de Quevedo y otras obras de aquellos años, no hay lugar a dudas de que hubo sociedades de crimen organizado que pudieron parecerse a las cofradías religiosas, pero es dudoso que llegasen a la catadura de la supuesta Garduña. En cualquier caso, y con fines únicamente literarios, servía para expresar un concepto fácil y rápido al que se sumaba un entorno atractivo desde el punto de vista de la narración.

Alonso Contreras, el Rubio, es el nombre de un capitán de aquella España de los Tercios que dejó una entretenida biografía que merece la pena leer. En ella queda retratado como un auténtico lobo de mar que pirateó el Mediterráneo contra el turco, y muestra mucho de la vida, uso y costumbres de su momento. Además, supuestamente, es una de las obras que sirvió de inspiración para el famosísimo Alatriste, personaje icónico de mi admirado Pérez-Reverte.

La bandera pirata es un tema controvertido y complejo. Es probable que a finales del siglo XVI no se usasen los estandartes del mismo modo, pero sí he encontrado algunas referencias a que Drake utilizaba banderas o pendones negros, sin más. Y he de reconocer que era un elemento visual que aportaba peso al ataque pirata al refrendarse en los tópicos instalados en el imginario colectivo. Así que puede ser cierto que a finales del siglo XVI algunos piratas usasen estandartes negros que quizá supusieran el germen de las banderas más elaboradas que surgieron después y que tienen por elemento más representativo la conocida como Jolly Rogers; aunque quepa señalar que, por ejemplo, los germanos tendían más a banderas con fondo rojo.

Que Campeche fue un lugar que asistió una y otra vez al ataque de los piratas queda fuera de toda duda, y merece la pena visitar la fortaleza que rodeaba la antigua ciudad y que tan bien se ha adaptado como espacio museístico. Ahora bien, no hay ninguna referencia a, como se muestra en la novela, un ataque que resultase una artimaña sin más que terminase en agua de borrajas. Sin embargo, la inspiración para este episodio surgió al leer cómo la enciclopedia *Yucatán en el Tiempo* narra los acontecimientos protagonizados por el pirata inglés Parker en 1597 cuando atacó la población con la clara intención de saquearla:

> *William Parker (Guillermo Parque, como lo llamaban los cronistas españoles), asaltó la villa de San Francisco de Campeche. Un día apareció en el puerto una flota compuesta por tres navíos que se mantuvieron a una cierta distancia de la costa, sin visos de atacar. Los confiados vecinos se retiraron a sus domicilios sin pensar que la presencia de los piratas pasase de cierta amenaza. Bien entrada la noche, con la complicidad de un vecino llamado Juan Venturate,*

desembarcaron en la playa de San Román y atacaron la villa. Sorprendidos los campechanos abandonaron sus viviendas; pero ya repuestos se reunieron en el templo de San Francisco y desde ahí, bajo las órdenes de sus alcaldes, Pedro de Interián y Francisco Sánchez, organizaron el contraataque, entrado el día siguiente. Tras horas de lucha, Parker ordenó la retirada, pero en su precipitada fuga abandonaron parte del botín, a algunos prisioneros y a Venturate, a quien, al conocerse su complicidad, se le condenó a muerte en juicio sumario y fue ejecutado…

… En el contraataque participó otro barco amigo que venía de Yucatán con el propósito de auxiliar a la población y que uniéndose a otras embarcaciones campechanas prosiguieron la persecución de Parker, a quien dieron alcance, logrando capturar a uno de sus barcos piratas con todo y la tripulación. Durante diecisiete días Parker volteó en torno al puerto con la esperanza de recuperar el navío perdido, sin lograrlo. Finalmente desistió de su propósito y enfiló hacia otros rumbos…

El sistema de las encomiendas y los posteriores repartimientos merece quizá más estudios y documentación, y no es este tampoco el foro apropiado, pero resulta interesante destacar que las llamadas encomiendas no solo fueron concedidas a los conquistadores, también a aliados nativos, como el caso de la famosa doña Isabel, hija de Moctezuma; asunto espinoso por otras vertientes, pues Cortés se amancebó con ella para luego casarla con prisa con uno de sus oficiales. En cualquier caso, el trato a los amerindios desde las instituciones españolas ha sido malinterpretado en muchas ocasiones, y basta con bucear en las crónicas para darse cuenta del papel fundamental del llamado «imperio español» en los debates morales que llevarán al desarrollo de lo que hoy entendemos como derechos humanos. La actitud de la no siempre entendida Isabel la Católica, o el sonoro debate de Valladolid en 1550, son más que prueba de ello y contrapunto de peso indiscutible cuando se tiene en cuenta, por ejemplo, que los aborígenes australianos, en términos legales, fueron considerados animales hasta que la Ley Electoral de la Commonwealth del Gobierno de Menzies de 1962 confirmó el voto para todos ellos, otorgándoles la categoría de humanos como tal. Lo que a su vez hunde sus raíces en un jardín fangoso que lleva hasta la diferente concepción de la esclavitud por Aristóteles y Platón y la herencia que las ideas de ambos filósofos dejaron.

He de reconocer que tuve que reprimirme para no incluir en estas páginas más detalles sobre esa eterna confrontación entre dominicos y franciscanos; he dejado pinceladas a través de los diálogos, pero no pudo irse más allá a fin de salvaguardar la acción narrativa. Sin embargo, es un estudio apasionante el de las diferencias filosóficas con las que las dos órdenes se enfrentaban a su labor evangelizadora. Entre ellas, la validez de esos bautismos masivos que favorecían los franciscanos, y esa conversión meditada, aupada en la razón, por la que abogaban los dominicos.

Por todo lo demás, estoy seguro de que algo se me habrá quedado en el tintero y que habré cometido más de un error, pero quedo a su disposición a través de las redes sociales o del correo electrónico:

francisconarla@francisconarla.com

Gracias, muchas gracias por haberle dado una oportunidad a mi cuento.

FRANCISCO NARLA (Lugo, 1978), es un escritor español, autor de novelas históricas y de misterio.

Piloto aéreo de profesión, comenzó su carrera literaria con una novela de terror, *Los lobos del centeno* (2009), de ambiente gallego, a la que siguió la novela negra *Caja negra* (2010). En las obras siguientes, aborda el género de la novela histórica, ambientada en diversos períodos de la historia española: la Hispania romana en *Donde aúllan las colinas* (2015) y la España medieval en *Assur* (2012), *Rōnin* (2013), *Laín. El bastardo* (2018, premio Edhasa de Narrativas Históricas), *Fierro* (2019) y *Balvanera* (2022).

Dentro de su campo profesional, es autor del tratado de aerodinámica *Canon de performance: masa y centrado, y planificación de vuelo* (2012).

ÍNDICE

Parte 1
Parte 2
Parte 3
Parte 4
Parte 5
Cuadernillo de notas